

# LARS KEPLER

EL CAZADOR

**Roja & Negra**

Empieza a correr ya si no quieres ser su presa...  
«La mejor entrega de Joonas Linna hasta la fecha.»

FÄDRELANDSVENNEN

**EL CAZADOR**

**LARS KEPLER**

Traducción de  
Carlos del Valle

**R**

---

**ROJA Y NEGRA**

SÍGUENOS EN  
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

Es de madrugada y la lisa superficie del mar de la ensenada brilla como acero pulido. Las mansiones lujosas disfrutan al unísono del letargo en la noche, si bien el fulgor de piscinas y jardines atraviesa las altas vallas y el follaje.

Un hombre borracho camina por la carretera que bordea la costa con una botella de vino en la mano. Se detiene delante de una casa blanca cuya extensa fachada de cristal está orientada a la bahía. Coloca la botella con gran cuidado en medio de la carretera, cruza la zanja, trepa por la verja de hierro negro y se introduce en la finca.

El hombre camina dando tumbos por el césped, se detiene apenas en equilibrio y mira fijamente las grandes ventanas, el reflejo de la iluminación del porche y las formas imprecisas de los muebles del interior.

Prosigue hacia la casa, saluda con la mano a un enano de jardín de porcelana de medio metro de altura, rodea una valla, tropieza con la madera del porche y se golpea en una rodilla, pero se sobrepone y consigue mantenerse en pie.

El agua de la piscina brilla como un lingote de cristal azul claro.

El hombre se sitúa con piernas inseguras junto al bordillo, se baja la cremallera y comienza a orinar en la piscina, a continuación se vuelve tambaleante hacia los muebles de jardín color azul marino y deja que la orina fluya sobre los cojines, los sillones y la mesa redonda.

La orina humea en el aire fresco.

Se sube la cremallera y observa a un conejo blanco que corretea por la hierba y desaparece bajo un arbusto.

Sonriendo, se encamina de regreso hacia la casa, pasa ante la puerta del porche, se apoya contra la valla, se aleja de nuevo por el césped, se detiene y da

media vuelta.

Su brumoso cerebro intenta comprender qué es lo que ha visto.

Un hombre vestido de negro con un rostro de forma extraña que lo miraba fijamente.

O bien la persona estaba en el interior de la casa, a oscuras, o bien se encontraba en el exterior y lo miraba a través del reflejo.

*Viernes, 26 de agosto*

La llovizna cae lenta en la penumbra del cielo. Un halo mate engrandece los edificios hasta treinta metros por encima de sus tejados. No hace viento y la luz de las gotas forma casi una esfera de niebla sobre todo Djursholm.

Junto a las aguas quietas de Germaniaviken se levanta una impresionante mansión.

Y ahora, en su interior, una joven se pasea en tensión, como un animal, por el suelo barnizado y la alfombra iraní.

Se llama Sofia Stefansson.

La inquietud hace que se fije en cada detalle.

Sobre el reposabrazos del sofá descansa un control remoto. Alguien ha liado una cinta autoadhesiva a su alrededor para mantener la tapa de las pilas en su sitio. Sobre la mesa se observan pequeñas huellas circulares de vasos. Una tirita vieja se ha enganchado a los largos flecos de la gran alfombra.

Sofia nota cómo el suelo cruje a su paso, como si alguien la siguiera por la habitación.

Las salpicaduras del húmedo camino de piedra son visibles en los zapatos de tacón y sus musculosas pantorrillas. Sus piernas todavía siguen estando en forma a pesar de que hace dos años que ha dejado de jugar al fútbol.

Sofia oculta en la mano el spray de gas lacrimógeno al hombre que la está esperando. Se repite a sí misma que ha sido ella la que ha elegido la situación, que todo está bajo control y que es ahí donde quiere estar.

El hombre que le ha abierto la puerta está de pie junto a un sillón y la sigue

descaradamente con la mirada.

Las facciones de Sofia son simétricas. Muestra una redondez juvenil sobre las mejillas. Lleva puesto un vestido azul con los hombros al descubierto. Una hilera de pequeños botones forrados lo abrochan en cascada desde el cuello hacia abajo, hasta entre los pechos. Un pequeño corazón de oro se balancea en su cuello al ritmo de su pulso acelerado.

Ella sabe que puede excusarse y explicar que no se encuentra bien, que tiene que irse a casa. Tal vez él se irrite, pero lo aceptará.

El hombre del sillón la observa con una voracidad lúgubre que hace que el miedo revolotee en su estómago.

De repente tiene la sensación de haberlo visto antes; quizá se trate de un alto directivo con el que ha coincidido en alguna oficina o del padre de alguna antigua compañera de clase.

Sofia se detiene algo alejada de él, sonrío y siente el acelerado latido de su corazón. Su idea es mantener la distancia mientras decide si le convencen su voz y sus movimientos.

La mano de él, que aferra el respaldo del sillón, no muestra signos de violencia, tiene las uñas bien cuidadas y la sencilla alianza está rayada por un largo matrimonio.

—Bonita casa —dice ella, y aparta del rostro un mechón rebelde de pelo.

—Gracias —responde él, y suelta el respaldo del sillón.

No puede tener mucho más de cincuenta años, pero se mueve con una pesada tristeza, como un viejo en su viejo hogar.

—¿Has venido en taxi? —pregunta él, y traga saliva.

—Sí —responde ella.

Vuelve a hacerse un silencio, con delicado sonido resuenan dos campanadas en el reloj de péndulo de la habitación contigua.

Un polvo rojo azafrán cae silencioso de una azucena en flor en un jarrón.

Desde edad muy temprana, Sofia se dio cuenta de que le excitaban las situaciones con una alta carga sexual. Le gustaba sentirse deseada, la sensación

de ser la elegida, pero nunca se había enamorado realmente de nadie.

—¿No nos hemos visto antes? —pregunta.

—No lo habría olvidado —responde él, y sonrío sin alegría.

El cabello rubio canoso del hombre es lacio, está peinado hacia atrás. La cara flácida se ve algo brillante, y una profunda arruga cruza su frente.

—¿Coleccionas obras de arte? —pregunta Sofia, y señala hacia la pared con la cabeza.

—Me interesa el arte.

Sus ojos claros la miran desde detrás de unas gafas con montura de concha. Ella se da media vuelta, oculta el pequeño spray de gas lacrimógeno en el bolso y a continuación se acerca a un gran cuadro de marco dorado.

Él la sigue, se detiene demasiado cerca y respira por la nariz. Sofia da un respingo cuando el hombre levanta la mano derecha para señalar.

—Siglo XIX... Carl Gustaf Hellqvist —instruye él—. Murió joven, tuvo una vida difícil, mucho dolor y electroshocks... pero fue un magnífico artista.

—Fascinante —responde ella en voz baja.

—Me gusta ese cuadro —dice el hombre, y se dirige al comedor.

Sofia lo sigue con la extraña sensación de estar siendo atraída poco a poco hacia una trampa, como si una portezuela se cerrara tras ella con plácida lentitud, el gran engranaje diera vueltas, y el camino de huida se redujera centímetro a centímetro.

La enorme sala con hileras de ventanas con parteluces que dan al mar está amueblada con tresillos caprichosos y armarios relucientes.

Ve que en el borde de la mesa ovalada del comedor hay dos copas de vino tinto.

—¿Puedo invitarte a una copa de vino? —pregunta él, y se gira de nuevo hacia ella.

—Prefiero blanco, si tienes —responde ella, temiendo que pretenda drogarla.

—¿Champán? —dice él sin apartar la mirada.



—Me encantaría —responde ella.

—Que sea champán, entonces.

Cuando llegas a casa de un completo desconocido, te sientes encoger de algún modo, pues cada habitación puede ser una mazmorra, cada objeto, un arma.

Sofia prefiere los hoteles, porque siempre cabe la posibilidad de que alguien la oiga si pide ayuda.

Mientras lo sigue hacia la cocina, oye un sonido extraño y agudo. No consigue situarlo. El hombre no parece haber oído nada, pero ella se detiene, dirige la mirada hacia la oscura ventana y está a punto de decir algo cuando de repente se oye un chasquido, como si un trozo de hielo se agrietara en un vaso.

—¿Estás seguro de que no hay nadie en casa? —pregunta.

Piensa que si sucede algo se puede quitar los zapatos y correr hacia la puerta principal. Seguramente es mucho más ágil que él, y si no se para a recoger el abrigo de la percha tendrá tiempo de sobra para salir.

Sofia espera en la puerta de la cocina mientras el hombre saca una botella de Bollinger de una vinoteca. La descorcha y llena dos delgadas copas de champán, espera a que baje la espuma y las llena un poco más antes de acercarse a ella.

Sofía prueba el champán, siente el buqué propagarse por la boca y oye el ligero rumor de las burbujas en la copa. Algo hace que de nuevo dirija la mirada hacia la hilera de ventanas de la cocina. Tal vez se trate de un venado, piensa. Fuera está oscuro. En el reflejo, ve la cocina de contornos definidos y la espalda del hombre. La superficie lisa de la encimera, el bloque de madera para los cuchillos y el cuenco con limones.

El hombre alza la copa de nuevo, bebe y su mano tiembla levemente cuando hace un gesto hacia ella.

—Desabróchate un poco el vestido —dice en voz baja.

Sofía vacía la copa, ve el rastro de su pintalabios en el borde y la deja sobre la mesa antes de soltar con suavidad el primer botón del pequeño ojal.

—¿Llevas sujetador? —dice él.

—Sí —responde ella, y se desabrocha el segundo botón.

—¿De qué talla?

—Sesenta C.

El hombre se queda donde está y la observa con una sonrisa, y Sofía siente cómo le pican las axilas debido al sudor incipiente.

—¿Qué clase de bragas llevas?

—De seda azul claro.

—¿Puedo verlas?

Ella duda y él se da cuenta.

—Disculpa —se apresura a decir él—. Soy demasiado directo, ¿verdad?

—Primero deberíamos arreglar el asunto económico —dice ella, e intenta sonar firme y natural.

—Comprendo —dice él finalmente.

—Es mejor empezar con...

—Te pagaré —la interrumpe con un toque de irritación en la voz.

Por lo general, cuando está con sus clientes habituales, todo es más sencillo, a veces incluso resulta agradable, pero los clientes nuevos la ponen bastante nerviosa. Empieza a pensar en todo lo que puede ocurrir, cavila sobre cosas que le han sucedido, como el padre de dos niños de Täby que la mordió en el cuello y la encerró en un garaje.

Sofia se anuncia en *Rosa sidan* (Página rosa) y *Stockholmstjejer.se* (Chicas de Estocolmo). La mayoría de los hombres que se ponen en contacto con ella son poco amenazadores. Mucho lenguaje soez, promesas de sexo maravilloso y amenazas de violencia y castigo.

Y siempre hace caso de su instinto cuando inicia una correspondencia con alguien nuevo. En este caso en particular, los mensajes estaban bien escritos, eran muy directos, pero no irrespetuosos. Dijo que se llamaba Wille, tenía un número de teléfono secreto y una elegante dirección.

En su tercer correo electrónico explicaba qué deseaba hacer con ella y cuánto estaba dispuesto a pagar.

Ella lo percibió como una advertencia.

Si suena demasiado bien entonces hay algo que no cuadra. No hay boletos ganadores circulando por este mundo y aun cuando los hubiera, es mejor perder un negocio fantástico que exponerse a que le pase algo.

Sin embargo, ahora está ahí.

El hombre regresa y le tiende un sobre. Ella cuenta el dinero deprisa y lo guarda en el bolso.

—¿Es suficiente para que me enseñes las bragas? —dice.

Ella sonríe abiertamente, sujeta suavemente el vestido con ambas manos y lo levanta despacio sobre las rodillas. El dobladillo roza el nailon de las medias al subir por los muslos y Sofia se detiene un momento y lo mira.

Él no le devuelve la mirada, mira fijamente abajo, entre sus piernas, mientras

ella levanta poco a poco el vestido hasta la cintura. Bajo los pantis color carne, la seda de las bragas brilla como el nácar.

—¿Estás rasurada? —pregunta con la voz un poco ronca.

—Depilada a la cera.

—¿Por completo?

—Sí —responde lacónica.

—Eso debe de doler, ¿no? —inquieta interesado.

—Una se acostumbra —asiente ella con la cabeza.

—Eso ocurre con muchas cosas en la vida —susurra él.

Sofia deja caer el vestido y mientras alisa la tela sobre los muslos intenta eliminar el sudor de sus manos.

Aunque ya tiene su dinero, comienza a sentirse nerviosa de nuevo.

Seguramente es porque le ha dado demasiado.

Le ha pagado cinco veces más que ningún otro cliente antes.

En el correo electrónico había explicado que pagaba de más por la discreción y por sus deseos especiales, pero esto está muy por encima de lo razonable.

Cuando le escribió y le contó qué deseaba, no le había parecido tan peligroso.

Sofia recuerda a un hombre de mirada inquieta que se puso la ropa interior de su madre y quería que ella le pateara la entrepierna. Pagó para que orinara sobre él mientras yacía en el suelo llorando de dolor, pero ella no pudo, se limitó a coger el dinero y se largó.

—La gente se excita de diferentes maneras —dice Wille, sonriendo algo abochornado—. No se puede obligar a nadie... Quiero decir que hay cosas por las que es evidente que hay que pagar. No cuento con que te guste lo que haces.

—Depende, pero si el hombre es cariñoso puedo llegar a disfrutar —miente ella.

Evidentemente, en su anuncio Sofia promete discreción total, pero tiene, no obstante, una medida de seguridad. En su casa guarda un diario donde escribe el nombre y la dirección de la persona a la que tiene que ver, de forma que si desapareciera pudieran rastrearla.

Además, Tamara estuvo con Wille una vez justo antes de abandonar el mundo de las escort, casarse y mudarse a Gotemburgo. Sofia sabe que si él se hubiera portado mal, Tamara habría puesto un aviso en el foro de trabajadoras sexuales.

—Espero que no pienses que soy desagradable y repugnante —dice el hombre, y se acerca un paso a ella—. Quiero decir, tú eres increíblemente guapa y joven... yo sé la pinta que tengo. No estaba nada mal cuando tenía tu edad, pero...

—Ahora no estás nada mal —asegura ella.

Sofia piensa en todas las veces que ha oído decir a la gente que una escort tiene que ser como una especie de psicólogo, pero la mayoría de los hombres que ha conocido no hablan de nada personal.

—¿Subimos al dormitorio? —pregunta con tono desenfadado el hombre que se hace llamar Wille.

Mientras lo sigue por las anchas escaleras de madera Sofia siente ganas de orinar. Unas finas tiras de latón fijan la delicada moqueta en cada peldaño. La luz de la gran araña del techo se refleja en la barandilla barnizada.

Al principio, Sofia pensó en aceptar solamente a clientes exclusivos, aquellos que están dispuestos a pagar grandes sumas por una noche entera, aquellos que desean tener compañía en una fiesta o un viaje.

Durante los tres años que lleva haciendo algunos trabajos extra como escort, ha tenido una veintena de veladas de ese tipo, pero la mayoría de sus clientes lo que desean es que se la chupen después del trabajo, antes de reunirse con sus familias.

El dormitorio principal es luminoso y está dominado por una enorme cama de matrimonio con bonitas sábanas de seda gris.

En el lado de la esposa hay una novela de Lena Andersson y un bote de una exclusiva crema de manos y en el lado de Wille hay un iPad con el vidrio oscuro cubierto de huellas.

Él le muestra las correas de cuero negro que ha preparado alrededor de los postes de la cama. Sofia ve que no son del todo nuevas, los pliegues están algo agrietados y el color ha empezado a desvaírse.

De pronto la habitación tiembla y da un par de vueltas. Sofia mira al hombre, pero este parece indiferente.

En la comisura de los labios tiene restos de pasta de dientes o Almax.

Se oye un crujido en la escalera y él dirige la mirada hacia el pasillo antes de volver a mirarla.

—Tengo que confiar en que me soltarás cuando yo quiera —explica el hombre

mientras se desabrocha la camisa—. Tengo que estar seguro de que no intentarás robarme o te largarás ahora que ya tienes tu dinero.

—Por supuesto —responde ella.

El pecho de él está cubierto de un vello claro y se nota que intenta esconder la barriga cuando ella lo mira.

Sofía piensa que le pedirá usar el cuarto de baño cuando esté atado. Se accede desde el dormitorio. La puerta está entornada y en el espejo puede ver la ducha con una pared de mosaicos dorados al fondo.

—Quiero que me ates y te tomes tu tiempo, no me gusta la violencia, ni la coacción —explica él.

Sofía asiente y se quita los zapatos, vuelve a notar un ligero mareo al enderezar la espalda y lo mira un momento a los ojos antes de levantar el vestido hasta el ombligo. Crepita a causa de la electricidad estática. Introduce los pulgares bajo la tirilla de los pantis y se los baja. Desaparece la sensación de presión alrededor de los muslos y el delgado tejido se arruga en torno a las pantorrillas.

—¿Tal vez prefieras que yo te ate a ti? —pregunta él, y sonrío a causa de la ocurrencia.

—No, gracias —responde Sofía, y empieza a desabotonarse el vestido.

—Es bastante agradable —bromea, y tira un poco de una de las correas.

—No hago esas cosas —explica ella amablemente.

—Nunca lo he probado al revés... Si lo haces podría doblar la cantidad. —Y ríe como si la ocurrencia lo sorprendiera y excitara.

Le está ofreciendo más dinero del que puede ganar en dos meses, pero tumbarse y dejar que la aten es demasiado peligroso.

—¿Qué te parece? —sonríe él.

—No —responde Sofía, y siente, al mismo tiempo, pesar y alivio.

—De acuerdo —dice él, y suelta la correa.

La hebilla tintinea cuando la correa se balancea contra el poste de la cama.

—¿Quieres que me desnude del todo?

—Espera un poco —responde, y la observa con mirada escrutadora.

—¿Puedo utilizar el cuarto de baño?

—Enseguida —dice él, y suena como si intentara apaciguar su respiración.

Sofia siente los labios extrañamente fríos. Cuando alza una mano y se palpa la boca ve cómo él esboza una amplia sonrisa.

Se acerca a ella, sujeta su barbilla, la agarra con fuerza y después le escupe directamente en la cara.

—¿Qué haces? —pregunta ella, y siente un repentino mareo cruzar su cerebro.

De repente, sus piernas se doblan y cae con tal fuerza en el suelo que se muerde la lengua. Se vuelve de costado, siente que la boca se le llena de sangre y ve que el hombre está encima de ella, desabrochándose los pantalones de pana.

Sofia no tiene fuerzas para arrastrarse. Descansa la mejilla contra el suelo y ve una mosca muerta entre el polvo debajo de la cama. Su corazón late con tal fuerza que retumba en sus oídos. De alguna manera, comprende que la han drogado.

—No lo hagas —jadea, y después cierra los ojos.

Antes de perder el conocimiento, se da cuenta de que aquel hombre podría estar a punto de asesinarla y que quizá esos sean sus últimos momentos de vida.



Sofia se despierta tosiendo de un sueño en el que se ahoga e inmediatamente comprende dónde se encuentra. Está atada a la cama en la casa de un hombre que se hace llamar Wille. Yace sobre la espalda, sujeta a unas correas de cuero. La ha atado con tal fuerza que siente que los músculos de brazos y piernas están demasiado tirantes, le arden las muñecas y tiene los dedos helados.

Nota la boca completamente seca, ha dejado de sangrar por la lengua, pero la siente hinchada y le duele.

El vestido se ha levantado hasta la cintura porque la ha forzado a separar los muslos.

Esto no puede estar pasando, piensa.

Él había previsto todas sus reacciones y, por adelantado, había puesto la droga en una de las copas de champán del armario.

Sofia oye una voz desde una habitación contigua, se trata de una conversación en tono profesional, un jefe hablando.

Intenta alzar la cabeza y mirar por la ventana, comprobar si es de día o de noche, pero no lo consigue, le duelen demasiado los brazos.

Y está pensando que no tiene ni idea del tiempo que lleva ahí tumbada cuando él entra en el dormitorio.

El miedo se derrama en el corazón de Sofia como si fuera un veneno. Siente cómo el pánico le sube a la cabeza, hace que la garganta se le cierre y el pulso retumbe.

Ha ocurrido lo que no debía ocurrir.

Trata de tranquilizarse, piensa que tiene que intentar dialogar, hacerle comprender que ha elegido a la chica equivocada, y que no dirá nada si la suelta

de inmediato.

Sofia se promete a sí misma que dejará de trabajar como escort, ya lleva haciendo aquello demasiado tiempo, además, solo se gasta el dinero en cosas inútiles.

El hombre la mira con la misma hambre que antes. Ella intenta mostrar un rostro tranquilo y piensa que desde un primer momento ha sabido que había algo raro. Pero en lugar de dar media vuelta y largarse de allí, no ha hecho caso a su instinto. Ha cometido un error catastrófico y se ha comportado como una heroinómana desesperada.

—Dije que no quería esto —dice ella con serenidad.

—Sí —sonríe el hombre vacilante, y deja que su mirada recorra su cuerpo.

—Conozco a chicas a las que les gusta. Si quieres, te puedo conseguir un contacto.

Él no responde, se limita a respirar ruidosamente por la nariz y se sitúa a los pies de la cama entre sus piernas. Ella comienza a sudar por todo el cuerpo y se prepara para la agresividad y el dolor.

—Esto es una agresión, lo entiendes, ¿verdad?

Tampoco ahora responde, solo empuja las gafas hacia arriba sobre el puente de la nariz y la observa interesado.

—Esto me resulta desagradable y ofensivo —comienza de nuevo Sofia, pero guarda silencio cuando su voz empieza a temblar.

Se obliga a controlar la respiración, no debe parecer asustada, no debe rogar. ¿Qué habría hecho Tamara? Visualiza el rostro pecoso de su amiga, la sonrisita burlona, la dureza de sus ojos.

—Tengo tus datos en un diario en mi apartamento —dice Sofia, y lo mira a los ojos.

—¿Qué datos? —pregunta él, imperturbable.

—Tu nombre, que seguro que es falso, pero está esta dirección, tu correo electrónico, la hora de la cita...

—Ahora ya lo sé —asiente él.

El colchón oscila cuando el hombre comienza a arrastrarse hacia ella por encima de la cama. Se detiene balanceándose entre sus muslos, sujeta sus bragas y tira de ellas. Las costuras se agrietan sin llegar a romperse y el hombro le duele como si lo hubieran sacado de su sitio.

El hombre vuelve a tirar con ambas manos. Le escuece cuando las bragas hienden las caderas, pero las costuras del elástico resisten.

Susurra algo para sí mismo, luego la deja en la cama.

El colchón vuelve a oscilar y Sofia siente que se le acalambran los músculos del muslo.

De pronto, el recuerdo de un entrenamiento de fútbol le viene a la mente, la tensión que notaba en la pantorrilla antes de tener un calambre cuando intentaba quitarse los terrones de hierba de entre los tacos.

Los rostros rubicundos y cálidos de sus compañeras. El suelo de madera que crujía en el vestuario, el olor a sudor, linimento y desodorante.

¿Cómo puede estar sucediendo esto? ¿Cómo ha podido acabar ahí?

Sofia trata de no llorar, siente que si muestra lo asustada que está habrá llegado su hora.

El hombre regresa con unas tijeras de uñas, corta las bragas por ambos lados y se las quita.

—A muchas les va el *bondage* —dice Sofia—. Conozco...

—No quiero chicas a las que les vaya —la interrumpe él, y tira las bragas a un lado sobre la cama.

—Quiero decir que hay chicas que consienten que las aten —dice.

—No deberías haber venido —constata él lacónico.

Sofia ya no puede contenerse más y rompe a llorar. El pánico hace que tense la espalda y tire de las correas de forma que la piel se rasgue y la sangre corra en pequeños regueros por el antebrazo derecho.

—No lo hagas —le ruega hipando.

El hombre se quita la camisa, la tira al suelo, se baja un poco los pantalones y se enfunda un condón en su sexo medio erecto.

Se arrodilla en la cama y cuando le introduce los restos de las bragas en la boca ella nota el olor a goma de sus dedos. Siente arcadas y está a punto de vomitar. Tiene la lengua completamente seca y las lágrimas corren por sus mejillas. El hombre aprieta uno de sus pechos por encima del vestido y se tumba sobre ella.

Sofia se orina a causa del miedo, y el cálido flujo se extiende por debajo de su cuerpo.

Cuando él intenta penetrarla, se sacude hacia un lado y lo empuja con la cadera.

Una gota de sudor cae de la punta de la nariz de él sobre la frente de ella.

Él la coge del cuello con una mano, la mira con ojos brillantes, le aprieta la garganta y se tumba encima de ella. El peso del hombre hace que Sofia se hunda más en el colchón y los muslos se separan aún más. Siente una quemazón alrededor de los tobillos y los postes de la cama crujen.

Trata desesperadamente de respirar, echa la cabeza a un lado y consigue introducir un poco de aire en los pulmones por la nariz.

Él aprieta la garganta con más fuerza y unos puntos se agitan ante sus ojos. La habitación se oscurece y siente al mismo tiempo cómo él intenta penetrarla. Sofia lucha por darse la vuelta, pero es inútil, sucederá de todos modos. No puede permanecer en su propio cuerpo, tiene que pensar en otra cosa, tiene que desaparecer por completo. Los recuerdos empiezan a aparecer como destellos en su mente, las tardes gélidas en el gran campo de juego, la respiración entrecortada, la nube de vaho en torno a la boca, el silencio del lago y la vieja escuela de Bollstanäs.

El entrenador señala la pelota, toca el silbato y se hace un silencio.

De pronto, la mano que la sujeta del cuello ya no está. Sofia escupe las bragas y aspira con fuerza, pestañeando, mientras oye una melodía mecánica.

El hombre vuelve a ponerse de rodillas, mientras ella jadea, con el rostro sofocado.

Alguien llama a la puerta principal.

Él la agarra de la barbilla, la obliga a abrir la boca y vuelve a meterle las bragas. Sofia siente náuseas, respira por la nariz, no puede tragar.

Llaman a la puerta una segunda vez.

El hombre le escupe y se levanta de la cama, se abrocha los pantalones y recoge la camisa al salir.

Tan pronto como desaparece por la puerta Sofia tira de la mano derecha tan fuerte como puede, sin pensar en las consecuencias ni el dolor.

Siente un terrible dolor cuando la mano se libera de la correa.

Las bragas le impiden gritar a los cuatro vientos.

Le retumba la cabeza, está a punto de desmayarse y le tiembla todo el cuerpo a causa del dolor. Quizá el hueso del pulgar esté roto, quizá se le haya salido del ligamento, la piel se ha desgarrado como un guante roto y la sangre le corre por el brazo cuando se saca las bragas de la boca.

Gime en alto cuando de forma histérica intenta liberarse de la hebilla de la mano izquierda. Los dedos no le responden, pero consigue sacar la púa del agujero. Saca enseguida la correa de la hebilla, se sienta y se libera de las correas de los pies.

Se levanta con piernas temblorosas, mantiene la mano herida contra el abdomen y empieza a caminar por la gruesa alfombra. La cabeza le retumba a causa de la conmoción y el dolor, las piernas están entumecidas y el vestido le cuelga húmedo y frío de las nalgas.

Sale del dormitorio con cuidado y camina con sigilo por el pasillo, por donde ha desaparecido el hombre.

Sofia se detiene antes de llegar a la escalera. Oye otra voz ahí abajo y piensa en gritar pidiendo ayuda. No puede oír lo que dice el otro hombre y se acerca con cuidado. Hay ropa de la tintorería colgada de la barandilla de la escalera. A través del delgado plástico se ven un montón de camisas blancas iguales.

Carraspea con cuidado para gritar pidiendo ayuda pero, de repente, comprende qué está pasando en la planta baja.

El otro hombre no está en el interior de la casa. Su voz llega a través del

interfono. Se trata de un mensajero que se encuentra al otro lado de la verja y quiere que le dejen pasar. Wille reitera que tendrá que volver más tarde, interrumpe la comunicación y se vuelve de nuevo hacia la escalera.

Ella se tambalea pero conserva el equilibrio. Siente un hormigueo y un escozor en los pies cuando la sangre fluye de nuevo.

Sofia retrocede, el suelo cruje bajo sus pies, mira a su alrededor y vislumbra una habitación grande al final del pasillo con retratos colgados de las paredes. Piensa en correr hacia allí, abrir una ventana y pedir ayuda, pero comprende que no le dará tiempo.

Sofia se mueve deprisa pegada a la pared, pasa la escalera y llega a la pequeña puerta de un armario, sujeta la manilla y tira.

Está cerrado con llave.

Suelta la manilla con cuidado y ve moverse al hombre escaleras arriba en el reflejo de los prismas de la araña de cristal.

No tardará en llegar arriba.

Retrocede en dirección a la escalera y se deja caer en el suelo junto a la barandilla, tras la protección de las camisas de la tintorería. La verá si mira en esa dirección, pero si pasa de largo tendrá algunos segundos de ventaja.

Le duele tanto la mano que está temblando y tiene el cuello y la garganta hinchados. Siente como si necesitara toser, carraspear, beber agua.

La escalera cruje, los pasos son pesados y cansados. Ve al hombre a través de los barrotes y se desliza hacia atrás con cuidado.

Wille llega arriba, se agarra a la barandilla y continúa por el pasillo.

Se dirige al dormitorio sin ver que la sangre de ella ha goteado por el suelo.

Sofia se levanta con cuidado y ve su espalda y su nuca bronceada antes de que desaparezca por la puerta.

Gira en silencio por la barandilla y comienza a correr escaleras abajo.

Comprende que él ha dado media vuelta, que ya la está persiguiendo.

Se redobla el retumbar de pasos.

Sofia protege la mano herida con la otra, sujeta los dedos doloridos y ensangrentados.

Lo único que sabe es que tiene que salir de la casa. Corre por el gran recibidor, oyendo el áspero crujido de la escalera, porque el hombre va tras ella.

—No tengo tiempo para esto —grita él.

Sofia corre en silencio hacia la entrada por encima de una estrecha alfombra. Tropezaba con un par de zapatos, pero no pierde el equilibrio.

El monitor de la alarma brilla junto a la puerta principal.

Los dedos están tan empapados en sangre que el pestillo se le resbala, se los seca en el vestido y lo intenta de nuevo, pero el pestillo no se mueve. Aprieta la manija, empuja la puerta con el hombro, pero está cerrada con llave. Mira a su alrededor tratando de encontrar unas llaves y vuelve a girar la manija. Se rinde y corre de vuelta hacia la puerta de doble hoja y entra en el salón.

Algo cae al suelo en otra habitación, un objeto metálico que resuena sobre el parquet.

Sofia se aleja de las grandes ventanas, el vidrio brilla oscuro, su propio reflejo aparece como una silueta contra la pared más clara del fondo.

Oye que él viene desde la dirección opuesta, retrocede y se esconde detrás de una de las puertas.

—Todo está cerrado con llave —dice él en voz alta al entrar en el salón.

Sofia contiene la respiración, el corazón late desbocado en su pecho, la puerta cruje ligeramente. Él se detiene en la entrada. Puede verlo a través de la rendija de las bisagras, con la boca entreabierta, las mejillas sudadas.

Las piernas comienzan a temblarle de nuevo.

Él da unos pasos, se detiene y escucha. Sofia trata de no hacer ruido, aunque su respiración asustada se oye demasiado.

—Estoy cansado de este juego —dice él, y pasa de largo.

Oye cómo la busca, abre puertas y las cierra de nuevo. Grita que solo desea hablar con ella.

Un mueble raspa el suelo y después se hace el silencio.

Sofia escucha, oye su propia respiración, el tictac de un desolado reloj de pared, pequeños chasquidos en el parquet, nada más.

Tan solo un silencio subterráneo y desesperado.

Espera un poco más, trata de oír algún paso furtivo, sabe que podría ser una



trampa, pero abandona su escondite pues esta puede ser su única oportunidad.

Se adentra a hurtadillas en el salón. Todo está en calma, como inmerso en un sueño centenario. El suntuoso mobiliario y sus oscuros gemelos de los cristales. Su propia figura bajo el resplandor de una araña.

Sofia se aproxima a una de las sillas que hay alrededor de la mesa e intenta levantarla, pero se da cuenta de que es demasiado pesada. Tira del respaldo con la mano sana, la arrastra hacia los grandes ventanales del porche y gime de dolor cuando se ve obligada a utilizar también la mano herida. Sujeta el respaldo con ambas manos, da dos pasos para impulsarse, gira el cuerpo y da un grito cuando arroja la pesada silla contra el ventanal.

La silla golpea el cristal y cae de vuelta a la habitación, se rompe el vidrio interior y el suelo se llena de fragmentos rotos. Una lámina de vidrio se desprende y queda erguida contra el cristal exterior de la ventana.

La alarma comienza a sonar ensordecedoramente.

Sofia vuelve a agarrar la silla, no le importa si se corta los pies; y está a punto de lanzar de nuevo el mueble contra la ventana cuando ve al hombre aproximarse a ella desde el recibidor.

Suelta la silla, se encamina a la gran cocina y sus ojos vuelan sobre el entarimado blanco del suelo y las encimeras de acero inoxidable.

Él la persigue con pasos pesados.

El recuerdo de una persecución en un juego infantil cruza su mente: la impotencia de sentir que el perseguidor está tan cerca que ya no hay posibilidad de escapar.

Sofia se apoya en la encimera y sin querer tira un par de gafas y una extraña pulsera al suelo.

No sabe qué hacer, mira hacia la puerta cerrada de la terraza, sigue en diagonal hacia la isleta de la cocina con dos relucientes cacerolas, abre los cajones de un tirón con mano temblorosa, jadeando, y de pronto ve la hilera de cuchillos.

El hombre entra en la cocina y ella coge uno de los cuchillos, se vuelve hacia

él y retrocede. Él la mira fijamente, sujetando con ambas manos un atizador de la chimenea sucio de hollín.

Sofía apunta temblando la ancha hoja del cuchillo hacia él pero se da cuenta de que no tiene ninguna posibilidad.

La matará con la pesada herramienta.

La alarma no deja de sonar, le arden las plantas de los pies a causa de los cortes y tiene entumecida la mano lesionada.

—Para, por favor —jadea ella, y retrocede hacia la isleta de la cocina—. Volvamos a la cama, te prometo que haré todo lo que quieras.

Muestra el cuchillo, lo deja sobre la encimera de acero e intenta sonreírle.

—De todos modos te voy a dar una buena paliza —dice él.

—No tienes por qué hacerlo —le ruega, y siente que pierde el control de su rostro.

—Te voy a dar de lo lindo —dice él, y levanta la herramienta por encima del hombro.

—Por favor, me rindo, yo...

—Es culpa tuya —la interrumpe él, y de pronto suelta inesperadamente el atizador.

Este golpea sobre la madera blanca con fuerza, restalla y queda tirado en el suelo. La ceniza del tridente revolotea y se disipa en el aire.

El hombre sonrío sorprendido y baja la mirada al círculo de sangre que se extiende por su pecho.

—¡Qué diablos! —susurra, tratando de encontrar donde apoyarse con una mano, pero no atina con la encimera y se tambalea.

Aparece una nueva mancha de sangre en medio de la camisa blanca. Florecen heridas rojas como estigmas por su cuerpo.

El hombre aprieta una mano contra el pecho, comienza a tambalearse hacia el comedor, pero se detiene y vuelve su palma ensangrentada. Parece asustado como un colegial e intenta decir algo antes de caer de rodillas.

La sangre salpica el suelo frente a él.

La alarma suena sin cesar.

La cocina aparece reflejada en la brillante olla para la pasta en una imagen panorámica convexa.

Sofia ve a un hombre con una extraña cabeza en la parte de la ventana con cortinas claras.

Está con las piernas separadas y sujeta una pistola con ambas manos.

Un pasamontañas negro le cubre todo el rostro, excepto la boca y los ojos. Unos mechones de pelo o rígidas tiras de tela cuelgan de una de sus mejillas.

Wille se lleva de nuevo la mano al pecho, pero la sangre corre entre sus dedos y su antebrazo.

Sofia se gira inestable y mira fijamente al hombre con el arma. Sin dejar de apuntar a Wille, se agacha rápidamente para recoger dos casquillos del suelo.

Corre hacia delante y pasa junto a ella como si no existiera, aparta el atizador de una patada con una bota militar, sujeta a Wille del pelo, le echa la cabeza hacia atrás y presiona la boca del cañón contra su ojo derecho.

Se trata de una ejecución, piensa Sofia, y se dirige como en un sueño hacia el salón, se golpea la cadera contra la encimera, deja que la mano siga el borde. Pasa junto a los dos hombres, siente un escalofrío en la espalda y echa a correr, pero se escurre en la sangre. Sus pies patinan y al caer al suelo se golpea la espalda y la nuca.

Por un momento, se le nubla la vista y todo se torna negro, y después vuelve a abrir los ojos.

Ve que el hombre todavía no ha disparado, el cañón sigue apretando el ojo cerrado.

A Sofia la nuca le quema y le palpita.

Su mirada pierde nitidez, como si la imagen estuviera borrosa. Lo que hasta ahora parecían gruesas correas de cuero en la mejilla del hombre de repente parecen plumas húmedas y pelo sucio.

Cierra los ojos, con una intensa sensación de vértigo, y después oye voces a través del sonido estridente de la alarma.

—Espera, espera —ruega Wille, con respiración agitada—. Crees saberlo todo, pero estás equivocado.

—Sé que Ratjen abrió la puerta y ahora el...

—¿Quién es Ratjen? —lo interrumpe Wille jadeando.

—Y ahora el infierno os devorará a todos —finaliza el hombre enmascarado.

Se hace un silencio y Sofia vuelve a abrir los ojos. Una extraña tranquilidad se ha apoderado de la casa. El hombre enmascarado mira el reloj y le susurra algo a Wille.

Este no responde, aunque parece entender. La sangre que le brota de la barriga le corre por la ingle y forma un charco en el suelo.

Sofia ve que las gafas de él están en el suelo, junto al zócalo rayado de la encimera y el objeto que ella había tomado por una pulsera.

Ahora comprende que se trata de una alarma antipánico.

Parece una pequeña cajita de acero con dos botones, como un reloj de pulsera.

El hombre enmascarado está completamente inmóvil y observa a su víctima.

Sofia mueve con cuidado la mano a un lado, acerca la alarma a su cuerpo y aprieta los botones varias veces.

No sucede nada.

El hombre suelta el pelo de Wille pero mantiene el cañón de la pistola contra su ojo derecho, espera un momento y después aprieta el gatillo.

Resuena la corredera al retroceder. La cabeza de Wille se sacude hacia atrás y le chorrea sangre de la coronilla. Trozos de hueso del cráneo y un tejido grisáceo salpican el suelo de la cocina, hasta llegar al comedor, y caen sobre los respaldos de las sillas, la mesa y el cuenco con fruta.

Sofia siente las cálidas gotas que salpican sus labios y después ve el casquillo que cae y rebota contra el suelo.

En el aire flota una nube gris de pólvora y el cuerpo sin vida cae como un saco de trozos de madera y tela mojada al suelo, y después queda absolutamente quieto.

El hombre enmascarado se agacha y el reloj de pulsera se desliza hacia la

palma de la mano cuando recoge el casquillo del suelo.

Se coloca con las piernas separadas sobre el cuerpo sin vida, se inclina sobre él, coloca el cañón de la pistola contra el otro ojo y sacude la cabeza para apartar las tiras de tela mojada del rostro antes de apretar de nuevo el gatillo.

## 6

El primer tono del teléfono encriptado del trabajo forma parte de un sueño en el que un arroyo atraviesa una espesa vegetación. Al segundo siguiente Saga Bauer se despierta y abandona la cama sin darse cuenta de que arrastra la manta al suelo.

Corre en bragas hacia el armario de las armas al tiempo que marca el número que se ha aprendido de memoria. El resplandor de las farolas se filtra a través de los listones de los estores sobre sus piernas sinuosas y su espalda desnuda.

Abre rápidamente la pesada puerta de acero del armero y escucha las instrucciones por teléfono mientras saca una bolsa negra, extrae una Glock 21 con su cartuchera y cinco cargadores adicionales.

Saga Bauer trabaja de comisaria operativa para los servicios secretos suecos, y se ha especializado en lucha antiterrorista.

El tono que la ha despertado significa que se ha activado el código Platina.

Corre hacia el recibidor, escucha las últimas instrucciones, finaliza la llamada y deja caer el teléfono en el bolso.

Hay prisa.

Se pone el mono de cuero negro sobre su cuerpo desnudo, siente el frío cuero contra la espalda y el pecho, mete sus pies descalzos en las botas y coge el casco, el pesado chaleco antibalas y los guantes de la estantería.

Abandona el apartamento sin pararse a cerrar con llave la puerta principal, corre escaleras abajo, sale por la puerta, se sube la cremallera hasta la barbilla, se pone el casco y aparta con impaciencia algunos mechones de pelo rubio.

En la calle Tavastgatan hay una sucia Triumph Speed Triple con el silenciador de escape abollado, el carenado rayado y el estárter averiado. Saga corre hacia

ella, abre el candado y lo deja caer sobre el asfalto junto a la pesada cadena.

Se monta en la moto, arranca el motor de una patada y comienza a conducir tan rápido como puede a través de la ciudad nocturna.

El cielo no rebasa el tono plomizo a causa de la contaminación lumínica y la luz de las gotitas de lluvia en suspensión.

Hace caso omiso a los semáforos y señales de stop, acelera y adelanta a un taxi en la calle Bastugatan.

El motor vibra contra el interior de sus rodillas y sus muslos, y el rugido suena a través del casco como el mugido de una criatura bajo el agua.

La comisaria Saga Bauer mide un metro setenta de estatura y tiene la complexión muscular de una bailarina de ballet. Durante mucho tiempo perteneció a la élite pugilística del norte de Europa, pero desde hace dos años ha dejado de competir como profesional.

Tiene veintinueve años y todavía es impresionantemente hermosa, tal vez más hermosa que nunca, con su piel clara, su cuello delgado y sus ojos azul claro.

La mayoría de la gente que la ve por primera vez siente una profunda debilidad interior, como si algo se rompiera.

A su paso deja una sensación de nostalgia, como después de un amor desgraciado.

Sus colegas se han acostumbrado a su belleza, igual que se acostumbra uno a una hermana atractiva.

Ella misma no suele pensar en su aspecto, y no parece darse cuenta cuando hombres y mujeres sonrían y se ruborizan en su presencia.

Pocas cosas la irritan tanto como cuando alguien dice que se parece a Tuvstarr o a alguna princesa Disney.

Una bolsa de plástico se arremolina delante de la moto y la aparta de sus pensamientos.

Cuando llega a la calle Söder Mälarstrand gira de golpe a la derecha y la estribera roza el asfalto, pero consigue mantenerse en el carril bajo el puente Centralbron y subir por la rampa de acceso.

Esta es la primera vez que el código Platina se activa por una situación real estando ella en el equipo. Es el nivel máximo de alerta en la escala del servicio secreto de amenazas a la seguridad nacional. Y sabe que en estos momentos el asunto tiene prioridad sobre cualquier otra cosa.

Al pasar por Gamla stan y Riddarholmen, con sus torres y callejones, se siente como si volara dentro de una lámpara oscura.

Saga ha sido entrenada para este tipo de situaciones y sabe que, en este estadio, se espera que actúe de forma independiente y sin tener en cuenta las leyes vigentes.

Vislumbra los tristes edificios de ladrillo del hospital Karolinska y entra en la E4, acelera al máximo el motor de tres cilindros y novecientos centímetros cúbicos hasta alcanzar los doscientos veinte kilómetros por hora, pasa de largo por Roslagstull y gira a la izquierda en dirección a la universidad.

El aire frío la ayuda a conservar la calma mientras repasa la información recibida y prepara una primera estrategia operativa.

Saga abandona la autopista, acelera a la salida de la curva y toma la dirección de Vendevägen hacia Djursholm con su exuberante vegetación y sus enormes mansiones. Los coches aparcados en los accesos pavimentados están cubiertos de rocío. El brillo turquesa de las piscinas titila entre los árboles frutales y los arbustos.

Entra en una rotonda conduciendo demasiado rápido y gira directa a la derecha. Antes de que su cerebro pueda captar la presencia del coche aparcado, sus músculos reaccionan y hace un giro brusco. Está a punto de caer, pero consigue compensar con el peso de su cuerpo. La rueda trasera patina sobre la calzada. Suena un fuerte porrazo cuando golpea un gran contenedor de basura de plástico antes de conseguir dominar la moto de nuevo y acelerar.

El corazón le late con fuerza.

Alguien ha aparcado un Jaguar plateado justo después de la curva, oculto tras el alto seto. Pero su moto tiene un centro de gravedad bajo y una dirección con una alta capacidad de respuesta.



Probablemente eso es lo que la ha salvado.

Saga vislumbra las grandes embarcaciones de recreo cuando gira en una amplia curva entre las enormes mansiones. Está demasiado inclinada a la izquierda, pero acelera todavía más cuando llega a la orilla y entra en una recta que atraviesa una zona verde.

Cuando se acerca a la dirección indicada, Saga reduce la velocidad, gira con suavidad hacia el estrecho camino de acceso a la derecha y se detiene.

Deja que la moto caiga a un lado sobre la hierba junto al camino, deja el casco al lado y, mientras camina, se pone el chaleco antibalas y la cartuchera.

Han pasado trece minutos desde que el teléfono la despertó.

En el interior de la casa suena una alarma.

Un sentimiento de anhelo por el comisario Joonas Linna atraviesa fugazmente por su cabeza. Hasta la fecha ha trabajado a su lado en todos sus grandes casos. Es el mejor policía que ha conocido jamás y uno de los que más se han sacrificado.

Ella lo traicionó en una ocasión, hizo lo único que no debía hacer, pero consiguió enmendar su error y está segura de que la ha perdonado.

Él mismo había dicho que no había nada que perdonar.

Perdieron el contacto después de que lo condenaran a prisión. A ella le habría gustado ir a verlo, pero sabe que él tiene que construir una nueva vida. Va a tener que poner mucho de su parte para convencer al resto de los presos de que es uno de ellos.

Ahora se ha activado el código Platina y Saga Bauer está sola.

Aún no ha llegado ningún otro miembro del servicio secreto.

Saga salta la verja, corre hacia la entrada de la mansión, introduce una ganzúa en la cerradura y a continuación la punta estrecha de una pistola ganzúa, aprieta varias veces y mueve la punta hacia arriba en la ranura de la llave hasta que el pasador se suelta y puede girarla.

La cerradura se abre con un clic amortiguado.

Deja caer la herramienta al suelo, saca su Glock, le quita el seguro y abre la puerta. El sonido del pitido de la alarma ahoga todo lo demás.

Saga comprueba rápidamente la entrada y el gran recibidor, vuelve enseguida al cajetín de la alarma junto a la puerta de la calle y teclea el código que ha memorizado.

El silencio envuelve la casa y deja tras de sí una carga funesta.

Continúa por el recibidor con el arma en alto y el dedo en el gatillo, pasa junto a la escalera que conduce a la planta superior y entra en un gran salón, mira detrás de las puertas, se pega a la pared derecha y sigue avanzando agachada.

Una de las grandes ventanas que dan a la parte trasera está rota. Hay una silla en el suelo rodeada de trozos de vidrio relucientes.

Saga prosigue, se acerca a la puerta de la cocina y se ve reflejada y duplicada en las numerosas superficies acristaladas.

La sangre y los fragmentos de cráneo han salpicado desde la cocina hasta el suelo, el tresillo y la mesa baja de lectura.

Gira con la pistola en alto y avanza lentamente, mientras ve aparecer la cocina poco a poco. Armarios blancos y encimeras de acero inoxidable.

Se detiene y escucha.

Se oye un cauteloso tictac, como si alguien estuviera sentado completamente inmóvil e hiciera repiquetear una uña contra el tablero de una mesa.

Saga apunta el arma hacia el umbral de la cocina, se mueve hacia un lado en silencio y ve a un hombre tendido de espaldas en el suelo.

Le han disparado en ambos ojos y en el pecho.

La redondez de la coronilla ha desaparecido.

Se ha formado un charco oscuro bajo su cuerpo.

Las manos están tendidas a ambos lados como si estuviera tomando el sol.

Saga alza el arma en posición de disparo y hace un barrido de la cocina con la mirada.

Las cortinas que hay ante las puertas del porche se mueven y se curvan hacia dentro. Las anillas de la barra resuenan entre ellas.

La sangre del primer disparo en la cabeza ha salpicado gran parte del suelo y unos pies descalzos la han pisado.

Las huellas conducen directamente a Saga.

Se da la vuelta enseguida, barre la habitación con el arma y se vuelve hacia la doble puerta que conduce al salón.

Saga se sobresalta cuando ve con el rabllo del ojo cómo una persona sale arrastrándose por el suelo de su escondite detrás de un sofá.

Se da la vuelta justo cuando la persona se levanta. Se trata de una mujer con vestido azul. Saga apunta entre sus pechos cuando la mujer da un par de pasos tambaleantes.

—Las manos en la nuca —grita Saga—. De rodillas, de rodillas.

Saga mantiene la línea de tiro, y se acerca corriendo.

—Por favor —susurra la mujer, y deja caer al suelo la alarma antipánico.

Apenas alcanza a mostrar sus manos vacías antes de que Saga le propine una patada lateral debajo de la rodilla, con tal fuerza que le barre ambos pies y cae al suelo con un ruido sordo, las caderas primero, y después la mejilla y la sien.

Saga se abalanza sobre ella, le golpea en el riñón izquierdo, aprieta la pistola contra su coronilla mientras la mantiene inmovilizada sujetándola con la rodilla derecha, y vuelve a recorrer la habitación con la mirada.

—¿Hay más personas en la casa?

—Solo el que ha disparado, entró en la cocina —responde la mujer, con la respiración entrecortada—. Disparó y se fue...

—Silencio —la interrumpe Saga.

Saga le da la vuelta con rapidez y le lleva los brazos a la espalda. La mujer lo soporta todo con una desconcertante docilidad. Saga aprisiona sus muñecas heridas con una brida de plástico, se pone de pie apresurada, entra en la cocina y pasa de largo junto al muerto.

Las cortinas se mecen y se hinchan por el aire.

Apunta hacia delante, pasa por encima del atizador tiznado, comprueba la parte izquierda de la cocina y continúa doblando la isleta hacia la puerta

corredera.

El cristal fijo tiene un agujero redondo hecho con una sierra de diamante y la puerta está abierta. El aire nocturno fluye hacia el interior y hace que tintineen las anillas de las cortinas. Saga sale a la terraza y apunta el arma hacia abajo, hacia el césped entre los parterres.

El agua está tranquila, la noche es silenciosa.

Las personas que fuerzan la entrada de una casa de esta manera y realizan una ejecución tan impecable no permanecen en la escena del crimen.

Saga regresa con la mujer, ata sus piernas con unas bridas y permanece con una rodilla clavada en su coxis.

—Necesito que respondas a unas preguntas —dice en voz baja.

—Yo no estoy involucrada, yo solo estaba aquí, no he visto nada —susurra la mujer.

Saga no puede por menos que bajarle el vestido y cubrirle las nalgas desnudas antes de ponerse de pie. Pronto habrá cinco todoterrenos aparcados delante de la casa y el servicio secreto irrumpirá en el lugar.

—¿Cuántos asaltantes había?

—Solo uno, yo solo he visto uno.

—¿Puedes describirlo?

—No sé, estaba enmascarado, no vi nada, ropa negra, guantes, todo ocurrió tan deprisa, creí que también me mataría a mí, creí...

—De acuerdo, espera —la interrumpe.

Se acerca al cadáver. El rostro redondeado está lo bastante intacto como para que pueda identificarlo sin problemas. Coge su teléfono encriptado, se retira un poco y llama al jefe de los servicios secretos. Es más de medianoche, pero él ha estado esperando su llamada y responde enseguida.

—El ministro de Asuntos Exteriores está muerto —dice.

Siete minutos después, el jardín y la casa bullen de personas del grupo especial de los servicios secretos, que en lenguaje interno es conocido como Elektrolux debido a una broma que ya nadie recuerda.

Durante dos años el servicio secreto ha aumentado la seguridad de los dirigentes del Estado de forma drástica con guardaespaldas y modernas alarmas antipánico. Existen diferentes niveles, pero dado que la mujer apretó al mismo tiempo los dos botones de la alarma durante más de tres segundos se activó el código Platina.

La escena del crimen está acordonada, tres zonas alrededor del Gran Estocolmo están fuertemente vigiladas y se han establecido controles de carreteras.

Janus Mickelsen entra y estrecha la mano de Saga. Él se hace cargo de la dirección del operativo en el interior de la casa y ella enseguida lo informa de la situación.

Janus tiene cierto encanto hippie, con sus rizos cobrizos y su barba pelirroja de tres días. A Saga le hace pensar en aquello de «paz y amor», pero sabe que fue militar profesional antes de acabar en el servicio secreto. Formó parte de la Operación Atalanta, y estuvo destinado en las aguas próximas a Somalia.

Janus sitúa a un agente en la puerta, aun cuando no se va a elaborar la lista habitual sobre quiénes entran en la escena del crimen. En esta ocasión no quedará constancia de las personas que han estado en la casa después del asesinato. Cuando se activa el código Platina, nadie debe tener acceso a ningún dato sobre quién ha sido informado o ha tenido conocimiento de los hechos y quién no.

Dos agentes del servicio secreto se dirigen directamente a la joven que yace de lado, con los brazos y las piernas ligados con bridas de plástico. Tiene los ojos inyectados en sangre a causa del llanto y el rímel se le ha corrido hasta la sien.

Uno de los dos hombres se pone en cuclillas junto a ella y saca una jeringuilla con ketamina. Está tan asustada que comienza a temblar, pero el otro la sujeta con fuerza mientras le inyectan la droga directamente en la vena cava superior.

Las mejillas de la mujer enrojecen, echa la cabeza hacia atrás, tensa el cuerpo y después se relaja.

Saga ve que le cortan las bridas, le colocan una mascarilla de oxígeno en la boca y la nariz, la levantan, la introducen en una bolsa para cadáveres y cierran la cremallera. Cargan con el cuerpo inerte hasta una furgoneta que la conducirá a Spinnhuset.

Los otros cuatro equipos ya están en plena acción, con la obligada investigación de la escena del crimen, documentándolo todo escrupulosamente. Con eficiencia, consiguen huellas dactilares y de calzado, examinan las imágenes de las salpicaduras, orificios de balas y la dirección de los disparos, recogen rastros biológicos, fibras de tejidos, pelos, fluidos corporales, restos de huesos, de la amígdala cerebral, fragmentos de cristal, esquirlas y astillas de madera.

—La esposa y los hijos del ministro vienen de camino —dice Janus—. Su avión aterrizará en Arlanda a las ocho quince, y para entonces esto tiene que estar limpio.

El grupo tiene que reunir toda la información que necesite en este registro, no habrá más oportunidades.

Saga sube por la escalera y entra en el dormitorio del ministro de Asuntos Exteriores. La habitación huele a orina y sudor. Las correas de cuero cuelgan de los cuatro postes de la cama. La sangre se ha esparcido por las sábanas.

En una cómoda encuentra una fusta bajo el débil resplandor de una lámpara. Detrás de una placa de vidrio, un Rolex marca en silencio las horas junto a un

Breguet.

Saga se pregunta si la esposa estaba al corriente de las visitas de las prostitutas.

Probablemente no.

Tal vez simplemente no preguntaba.

Con los años, uno descubre que puede vivir con todo tipo de fisuras en la imagen que tiene de sí mismo y, sin embargo, seguir aferrándose a lo que se percibe como seguro.

La misma Saga estuvo con Stefan Johansson, el pianista de jazz, durante muchos años antes de que él la abandonara.

Stefan se ha mudado a París, toca en una banda y se ha prometido.

Saga sabe que no es fácil convivir con ella, que tiene un temperamento fuerte y en ocasiones es capaz de reaccionar de forma exagerada.

Ella trabaja mucho, y la única relación sexual que ha tenido después de la separación es cuando Stefan ha estado de gira por Suecia. Él la llama por la noche, y ella deja que se quede a dormir. Sabe que no piensa dejar a su prometida por ella, pero está de acuerdo en acostarse con él.

Saga regresa a la planta baja, al cuerpo destrozado por los disparos de la cocina.

La luz de los focos brilla en las placas de aluminio acanalado. Es como estar sobre un puente de plata encima de un caos sangriento.

Saga observa durante un buen rato las palmas de las manos vueltas hacia arriba del muerto, el callo amarillento bajo el anillo de casado, las manchas de sudor debajo de los brazos en su camisa.

El equipo trabaja a su alrededor de forma silenciosa y rápida. Filman y catalogan todo en un sistema tridimensional de coordenadas con un iPad. Se recogen con precisión mecánica muestras de pelo y fibras textiles con una cinta adhesiva especial, mientras que los tejidos y fragmentos de huesos se introducen en tubos de ensayo que a continuación se congelan para evitar el crecimiento de bacterias.



Ninguna prueba se enviará al Instituto Anatómico Forense en Linköping, pues en situaciones como esta los servicios secretos utilizan sus propios laboratorios.

Saga se acerca a la puerta del porche y observa el agujero circular a través de las tres capas de vidrio reforzado.

La alarma no se activó hasta que lanzaron la silla contra la ventana, haciendo que reaccionara el detector acústico de cristal roto y contactos magnéticos.

No pudo ser el asesino el que lanzó la silla.

Saga piensa en el rostro aterrado de la mujer, las muñecas laceradas, el olor a orina.

¿La tenían prisionera en la casa?

Dos hombres cubren el suelo con grandes láminas de celofán frío y lo presionan con un ancho rodillo de goma.

Un técnico envuelve con cuidado el disco duro de las cámaras de vigilancia en plástico de burbujas y después introduce el paquete en una nevera portátil.

Janus está estresado, las mandíbulas apretadas, las cejas son casi blancas y tiene la frente pecosa húmeda de sudor.

—Vale, joder... ¿Qué opinas? —pregunta, y se coloca junto a Saga.

—No sé —responde ella—. El primer disparo contra el cuerpo se realizó desde cierta distancia en un ángulo algo extraño.

El ministro de Asuntos Exteriores no ha dejado de sangrar y la sangre de su estómago se ha esparcido por el suelo.

La velocidad del disparo de una pistola es de aproximadamente mil kilómetros por hora, y la bala deja un anillo de suciedad alrededor del orificio de entrada. La camisa presenta dos tenues círculos con restos de pólvora de la bala.

Primero dos disparos realizados a distancia y después otros dos a quemarropa.

Saga se inclina sobre el cadáver y estudia los orificios de entrada en las cuencas de los ojos, y ve que no hay ningún boquete en torno a la herida.

—Ha utilizado un silenciador —susurra.

El asesino tiene que haber utilizado un silenciador de un tipo que también reduce la llama ya que no hay collarete erosivo. Si no, los gases expulsados

habrían penetrado bajo la piel y habrían formado un orificio en forma de embudo.

Eso es lo que suele pasar.

Saga se pone en pie y da un paso a un lado para dejarle sitio al técnico, que extiende una laminilla de plástico sobre el rostro del muerto. La aprieta contra los orificios de bala para que las partículas del anillo de suciedad se adhieran y después marca el centro de los orificios de entrada en el plástico con un rotulador.

—Lo pusieron bocabajo después de muerto y luego de nuevo de espaldas —dice Saga.

—¿Por qué? —sonríe socarronamente el técnico.

—Cierra el pico —le espeta Janus.

—Quiero ver su espalda —dice Saga.

—Haz lo que te dice.

Todos saben que se les acaba el tiempo. Algo estresados, le ponen unas bolsas de plástico alrededor de las manos al ministro y colocan una bolsa para cadáveres abierta a su lado. Levantan con cuidado su cuerpo robusto y lo colocan bocabajo en el saco. Saga examina los amplios orificios de salida en la espalda y el orificio pulposo de la cabeza.

Examina el lugar donde estaba el cadáver y ve unos orificios de bala dejados en el parquet tras los disparos finales y comprende por qué el cuerpo estaba de lado.

—El asesino se llevó los casquillos.

—Nadie hace eso —murmura Janus.

—Utilizó una pistola semiautomática con silenciador... realizó cuatro disparos, de los cuales dos eran mortales de necesidad —dice ella.

Un hombre corpulento está ocupado con los oscuros muebles del salón y rocía Hungarian Red sobre las telas, mientras otro técnico vuelve a colocar un sillón sobre las marcas dejadas por las patas sobre la valiosa alfombra.

—Tenemos que acabar ahora —grita Janus, y da unas palmadas—.

Limpiamos la casa en diez minutos; el cristalero y los pintores estarán aquí dentro de una hora.

Cuando se van, el hombre corpulento retira las planchas de paso. Tan pronto como salen por la puerta entra otro equipo en la casa y la desinfecta con una espuma crepitante con un fuerte olor a cloro.

El asesino no solo recogió los casquillos, sino que además extrajo las balas del suelo y las paredes mientras sonaba la alarma y la policía venía en camino. Ni siquiera un sicario del más alto nivel haría una cosa así.

Se trata de un asesinato perfectamente ejecutado y, sin embargo, deja una testigo. No se le pudo pasar por alto que había una persona en el lugar del crimen y lo vio.

—Voy a ir a hablar con la testigo —dice Saga, convencida de que la mujer tiene que estar involucrada.

—Sabes que ya tenemos a nuestros expertos allí —dice Janus.

—Necesito hacer yo misma mis preguntas —responde Saga, y se va a buscar su moto.

Cuando se construyó a principios de la guerra fría, el refugio de Katarinaberget era el mayor refugio del mundo contra las bombas atómicas. Hoy en día la instalación entera se utiliza como aparcamiento, excepto la sección que albergaba las máquinas para los generadores de reserva y la ventilación.

La vieja casa de máquinas es un edificio independiente, perforado en la roca al lado del mismo refugio.

Ahora lo utiliza el servicio secreto.

Es aquí donde se encuentra el centro de detención secreto llamado Spinnhuset, y es en las profundidades de las piscinas de hielo donde se realizan los interrogatorios clasificados como de alta seguridad.

Aún no ha amanecido del todo cuando Saga Bauer pasa por Slussen con su sucia moto. Ha conducido directamente desde el lugar del crimen en Djursholm y siente cómo el mono de cuero sudado se ha enfriado entre los pechos. Entra a través del acceso abovedado de la gasolinera y gira para descender al garaje. El cambio en la acústica hace que el sonido del motor la envuelva.

Se ha acumulado basura bajo las descoloridas barandas amarillas y se ven cables sueltos colgando de los altavoces con forma de embudo.

Las placas que cubren el desnivel del suelo retumban bajo los neumáticos cuando Saga pasa por las inmensas puertas correderas del refugio, diseñadas como protección frente a una posible onda expansiva.

Continúa bajando la rampa de hormigón mientras sus pensamientos dan vueltas en torno al misterio sin resolver.

¿Por qué accionó la mujer la alarma antipánico y se quedó en la escena del crimen si estaba implicada en el asesinato?

¿Por qué dejó el asesino una testigo, si ella no estaba implicada?

Desde la perspectiva de los servicios secretos, la mujer es una amenaza, independientemente de si está involucrada o solo se encontraba en el lugar equivocado en el momento equivocado.

Saga frena con cuidado mientras desciende en círculos cada vez más abajo en el aparcamiento.

Han verificado la identidad de la mujer. Se llama Sofia Stefansson y parece ser una prostituta a tiempo parcial, aunque hasta ahora nadie lo ha confirmado.

Por el momento, solo tienen la palabra de ella y la escasa documentación encontrada en su apartamento.

Por supuesto, Saga no descarta que Sofia haya sido reclutada por algún grupo terrorista.

Quizá fuera solo un cebo, quizá la filmaron en la cama junto al ministro de Asuntos Exteriores para chantajearlo.

Pero entonces ¿por qué lo mataron?

Saga suelta el freno y gira para entrar en la planta inferior, a cuarenta metros bajo tierra.

Pasa con las ruedas chirriantes ante algún que otro coche aparcado. Un polvo rojo se arremolina en torno a la moto mientras circula por la zona más recóndita del aparcamiento. Se detiene y se acerca a una puerta antidetonaciones azul.

Saga pasa su identificación por el moderno lector, teclea nueve dígitos y espera unos segundos antes de que la puerta se abra a una esclusa.

Se identifica por segunda vez, y un guardia la inscribe y se queda con su arma y sus llaves. Después de pasar a través de un escáner corporal sale a una segunda esclusa.

Jeanette Fleming, psicóloga y experta en interrogatorios de los servicios secretos, está sentada en la sala de personal provista de una pequeña cocina. Es una hermosa mujer de mediana edad, con cabello castaño y peinado a lo garçon.

Como de costumbre, Jeanette viste de forma elegante, y está comiendo una ensalada de una fiambarrera, con la tapa a un lado encima de la mesa.

—Tú ya sabes que no me interesas en ese sentido, pero eres increíblemente guapa —dice, y mete el tenedor de plástico en la ensalada—. Trato de no pensar en ello... mi instinto de conservación, supongo.

Jeanette deja el resto de la ensalada en la nevera y la acompaña por el pasillo en dirección a los ascensores.

—¿Cómo va tu solicitud? —pregunta Saga.

—Me la han denegado.

—Lo siento.

Jeanette esperó durante ocho años a que su marido decidiera que era el momento adecuado para tener hijos, y entonces la abandonó. Probó con las citas por internet durante tres años antes de solicitar la inseminación en la seguridad social.

—No sé, quizá me mude a Dinamarca... pero quiero que el niño hable sueco, eso desde luego —bromea Jeanette, y se coloca junto a Saga en la cabina del ascensor.

Aprieta el botón de la planta baja, la puerta se cierra y la maquinaria se pone en marcha retumbando.

—Solo he leído el informe preliminar en el teléfono —dice Saga.

—Han sido realmente duros con la chica. Se asustó y se ha cerrado en banda —dice Jeanette—. Pero es evidente que tenían órdenes de ser duros con ella.

—¿De quién? ¿Quién dio la orden?

—No lo sé —responde Jeanette.

Viajan deprisa por el hueco del ascensor. La luz de la cabina ilumina la rugosa pared de la montaña. El contrapeso parpadea con la luz y se desliza hacia arriba.

—Sofía tiene miedo de que le hagan daño... Necesita alguien que la escuche, que la proteja.

—Y quién no —sonríe Saga.

Llegan abajo y caminan apresuradas por el frío pasillo. A esta profundidad reina una sombría quietud.

La historia de Sofía Stefansson es corroborada por el médico forense, que ha

encontrado en su sangre altos niveles de Flunitrazepam, un somnífero de rápido efecto. Tenía heridas en las muñecas y tobillos, y cardenales en la cara interna de los muslos, y sus huellas dactilares se han encontrado en la silla que rompió la ventana.

Si su historia es cierta, según la ley de compra de servicios sexuales es una víctima. Y puesto que su cliente abusó de ella y la maltrató tendría que permitírsele hablar con la policía y un psicólogo.

Pero como resulta que también puede estar implicada en graves actos de terrorismo, queda fuera de la ley ordinaria y los principios del Estado de derecho.

—Creo que, en principio, será mejor que espere en la sala de control —dice Jeanette.

Saga Bauer teclea el código y abre la puerta de la vieja piscina de hielo.

La luz es muy potente en la gran habitación sin ventanas, y una cámara de circuito cerrado graba todo lo que sucede.

En realidad, la piscina está pensada para albergar doscientas toneladas de hielo, que en el caso de una guerra atómica tendría que contrarrestar el aumento excesivo de la temperatura del aire en el inmenso refugio debido al calor corporal humano.

Sofia Stefansson se encuentra en una extraña postura, suspendida sobre una lámina de plástico en medio de la habitación. Tiene los brazos atados a la espalda por los codos, cuelga hacia delante y descansa la mayor parte de su peso sobre un cable que se extiende tensado hasta una plancha situada bajo una de las vigas. Los hombros están muy tensos, la cabeza hundida y el cabello lacio oculta su rostro.

Saga se dirige directamente hacia Sofia, comprueba que está viva y le explica que la va a bajar al suelo con cuidado, pero que estaría bien si ella pudiera ayudar un poco con las piernas para asegurarse de que no se hace daño.

Saga se acerca al cabrestante, retira el pasador y comienza a dar vueltas a la manivela. El aparato rechina mientras Sofia desciende lentamente. Una de las piernas está a punto de doblarse de una forma extraña bajo su peso.

—Apoya los pies en el suelo —grita Saga.

Los tobillos de Sofia están repletos de heridas y Saga piensa en las correas ensangrentadas que ha visto alrededor de los postes de la cama en la planta superior de la casa.

Primero allí y después aquí abajo, sin contacto alguno con el mundo exterior, sin que nadie le dé ninguna explicación.

Sofia queda tendida de costado sobre la lámina de plástico. Su respiración es trabajosa pero callada. Sin rastro de maquillaje parece mucho más joven, podría ser jovencísima. Tiene los párpados muy hinchados y los hematomas alrededor del cuello parecen más marcados.

Cuando Saga libera sus brazos de las correas, Sofia se echa a temblar y su cuerpo se pone tenso.

—No me hagas daño —jadea—. Por favor, no sé nada.

Saga se dirige a la pared, acciona la manivela, hace subir el cable vacío hasta el techo y acerca una silla a Sofia.

—Me llamo Saga Bauer, soy comisaria del servicio secreto.

—Por favor, no aguanto más —susurra.

—Sofia, escúchame... No sabía que te habían tratado de esta manera, lo



siento. Pienso hablar con mi jefe sobre esto —dice Saga.

Sofia levanta un poco la cabeza del suelo. Sus mejillas están manchadas de lágrimas, le han quitado toda la bisutería y el cabello castaño se le pega al rostro pálido y sudado.

La misma Saga ha probado el submarino, formaba parte del entrenamiento especial, pero no cree que sea efectivo.

Ve un cubo de agua ensangrentada y un trapo, y piensa que lo único que la tortura revela son los secretos del torturador.

Saga abre el tapón de una botella de agua mineral, ayuda a beber a Sofia y después le da un pedazo de chocolate.

—¿Cuándo podré volver a casa? —susurra Sofia.

—No lo sé, primero tienes que responder a unas preguntas —dice Saga en tono de disculpa.

—Os he dicho todo lo que sé, no he hecho nada malo, no sé por qué estoy aquí —llora Sofia.

—Te creo, pero necesito saber qué hacías en la casa.

—Ya lo he contado todo —gime.

—Cuéntamelo a mí —le pide Saga con suavidad.

Sofia levanta con cuidado sus brazos entumecidos para secarse las lágrimas de los ojos.

—Trabajo como escort y él se puso en contacto conmigo —responde con un hilo de voz.

—¿Cómo? ¿Cómo se puso en contacto contigo?

—Tengo un anuncio y él me envió un correo electrónico y me dijo en qué estaba interesado.

La joven se sienta despacio, acepta un poco más de chocolate, lo introduce en la boca y mastica.

—Tenías un espray de gas lacrimógeno. ¿Sueles llevarlo encima?

—Sí, suelo llevarlo, aunque la mayoría son bastante buenos y considerados... Puedo decir que tengo más problemas con los que se enamoran de mí que con

los violentos.

—Pero ¿nadie está al tanto de adónde vas, alguien que pueda ayudarte si necesitas ayuda?

—Escribo el nombre y la dirección en un cuaderno... y Tamara, que es mi mejor amiga... ya había estado con él y no había tenido ningún problema.

—¿Cómo se llama Tamara de apellido?

—Jensen.

—¿Dónde vive?

—Se ha mudado a Gotemburgo.

—¿Tienes su número de teléfono?

—Sí, pero no sé si funciona.

—¿Tienes más amigas que trabajen de escort?

—No.

Saga se levanta y se retira unos pasos, observa a Sofia y piensa que probablemente dice la verdad sobre su trabajo.

Nada contradice su relato, aunque por desgracia pocas cosas lo confirman.

Vuelve a sentarse en la silla.

—¿Qué sabes de tu cliente?

—Nada... Me pagó muy bien por atarlo a la cama —responde Sofia.

—¿Lo ataste a la cama?

—¿Por qué todos hacéis las mismas preguntas? No lo entiendo, no miento, ¿por qué iba a mentir?

—Solo tienes que contarnos lo que sucedió de verdad, Sofia —dice Saga, buscando su mirada.

—Me drogó y me ató a la cama.

—¿Cómo era la cama?

—Grande, no recuerdo gran cosa, ¿qué importancia tiene?

—¿De qué hablasteis?

—De nada, era un tipo aburrido.

Los técnicos han revisado su ordenador, el teléfono y el cuaderno con las

direcciones, y no hay nada que indique que Sofia supiera que el cliente era el ministro de Asuntos Exteriores.

Saga observa la boca tensa y el rostro agotado de la joven. Vuelve a pensar que Sofia, tal vez, sigue su relato original demasiado bien. Es casi como si evitara detalles específicos para que no la pillen mintiendo.

—¿Había algún coche aparcado junto a la verja cuando llegaste?

—No.

—¿Qué respondió él por el telefonillo cuando llamaste? —pregunta Saga.

—No sé quién era —dice Sofia, con una voz que está a punto de quebrarse—. Sé que es rico e importante, pero nada más. Solo sé que se hacía llamar Wille, pero es normal que los hombres no utilicen su nombre verdadero.

Saga cree que si Sofia forma parte de algún grupo radical y simpatiza con sus objetivos, no confesará nada, pero si la han engañado u obligado a participar, existe una posibilidad de que se abra.

—Sofia, te escucharé si quieres contarme algo... No has matado a nadie, eso ya lo sé, así que creo que podré ayudarte —dice Saga—. Pero para eso necesito saber la verdad.

—¿Estoy acusada de algo? —pregunta Sofia, finalmente.

—Tú estabas presente cuando asesinaron al ministro de Asuntos Exteriores, estuviste atada en su cama, lanzaste una silla contra una ventana, resbalaste sobre su sangre.

—No lo sabía —susurra Sofia, y se queda pálida.

—Así que necesito algunas respuestas... Entiendo que te han engañado u obligado, pero necesito que me digas cuál era tu misión anoche.

—No tenía ninguna misión, no entiendo a qué te refieres.

—Si no colaboras conmigo no podré hacer nada por ti —dice Saga, y se levanta de la silla.

—No te vayas, por favor —dice la joven con creciente desesperación en la voz—. Intentaré ayudarte, te lo prometo.

Saga deja que Sofia le suplique que no la deje sola mientras se encamina hacia la puerta y apoya la mano en la manija.

—Si tú o tu familia estáis amenazadas, podemos ayudaros —dice Saga, y abre la puerta—. Podemos conseguiros una vivienda segura, podemos procuraros una nueva identidad, estaréis a salvo.

—No entiendo, yo... ¿Quién nos está amenazando? ¿Por qué tendría...? Esto es una locura.

Saga vuelve a pensar que Sofia tal vez solo estaba en el lugar equivocado. Pero en ese caso la pregunta sigue siendo por qué un asesino profesional deja una testigo tras de sí.

Si es realmente una testigo entonces tiene que haber visto algo que haga avanzar la investigación. Durante los interrogatorios anteriores, no ha podido proporcionar ninguna descripción del asesino. Solo ha insistido en que tenía el rostro cubierto y ha repetido que todo sucedió muy deprisa.

Saga necesita que comience a recordar detalles, ya que los pequeños detalles pueden ayudar a desvelar algunas cosas y fragmentos olvidados a causa del shock.

—Tú viste al asesino —dice Saga, y se da media vuelta.

—Pero llevaba puesto un pasamontañas, ya lo he dicho antes.

—¿De qué color tenía los ojos? —pregunta, y vuelve a cerrar la puerta.

—No lo sé.

—¿Cómo era su nariz?

Sofia niega con la cabeza y una herida del labio se agrieta y comienza a sangrar.

—Dispararon al ministro, te diste la vuelta y viste al asesino allí con el arma en la mano.

—Solo quería largarme de allí, empecé a correr, tropecé y encontré la alarma que...

—Espera un momento —dice Saga—. Tienes que explicarme qué apariencia tenía el asesino cuando te diste la vuelta.

—Sujetaba la pistola con ambas manos.

—¿De esta manera? —pregunta Saga, y muestra una posición con las dos manos.

—Sí, pero miraba hacia delante, como si no me viera... No le importaba que yo estuviera allí, no sé si siquiera me vio, todo sucedió en cuestión de segundos. Estaba detrás de mí, pero pasó corriendo y lo cogió por el pelo...

Guarda silencio, frunce el ceño y mira al vacío como si estuviera viendo la escena en su mente.

—¿Lo cogió del pelo? —pregunta Saga en voz baja.

—Después del segundo disparo, Wille cayó de rodillas... y el asesino lo cogió del pelo, apretó la pistola contra su ojo, no sé, era tan irreal...

—Sangraba mucho, ¿verdad?

—Muchísimo.

—¿Tenía miedo? —continúa Saga.

—Parecía aterrado —susurra Sofia—. Quería más tiempo y dijo que era un error, tenía sangre en la garganta, así que no fue fácil oírlo, pero intentó decir que era un error, que lo dejara vivir.

—¿Qué dijo exactamente?

—Dijo que... «Crees saberlo todo, pero estás equivocado...» y entonces el asesino dijo... con total tranquilidad, que... que Ratjen abrió la puerta... Espera, dijo esto: «Ratjen abrió la puerta... y el infierno os devorará a todos... a todos vosotros». Eso dijo.

—¿Ratjen?

—Sí.

—¿Pudo haber dicho otro nombre?

—No... o... al menos a mí me sonó así.

—¿Te dio la impresión de que el ministro de Asuntos Exteriores sabía quién era Ratjen?

—No —responde Sofia, y cierra los ojos.

—Vamos, ¿qué más dijo? —pregunta Saga.

—Nada, no oí nada más.

—¿A qué se refería con eso de que Ratjen abrió la puerta?

—No lo sé.

—¿Es Ratjen el que hace esto? ¿Es él el que se llevará a todos con él al infierno? —pregunta Saga alzando la voz.

—Por favor...

—¿Tú qué crees? —pregunta Saga.

—No lo sé —contesta Sofia, y se seca las lágrimas de las mejillas.

Saga se dirige apresurada hacia la puerta y oye gritar a Sofia que no lo sabe.

El rostro del chófer del servicio secreto es de preocupación cuando mira por el espejo retrovisor para controlar que el vehículo de la comitiva todavía les sigue de cerca.

El sonido del motor resuena como un agradable ronroneo a través de la carrocería del Volvo de construcción especial del primer ministro.

Desde hace un año, el servicio secreto ha decidido que el primer ministro se desplace en un vehículo reforzado y acorazado que pesa casi cuatro toneladas, tiene doce cilindros y cuatrocientos cincuenta y tres caballos de potencia. Es un coche que puede ir marcha atrás a más de cien kilómetros por hora y cuyas ventanillas están fabricadas para detener munición de armas de alta velocidad.

En el espacioso asiento de cuero de la parte trasera se encuentra el primer ministro, con los dedos pulgar e índice de su mano izquierda reposando sobre los párpados cerrados. El traje azul oscuro está abotonado y la corbata roja cuelga torcida sobre la pechera de la camisa.

A su lado se encuentra Saga Bauer enfundada en su mono de cuero. No le ha dado tiempo a cambiarse de ropa y se siente acalorada después del esfuerzo de la noche y la mañana. Lo que le gustaría realmente hacer es bajarse la cremallera hasta el ombligo, pero se abstiene ya que todavía está desnuda debajo del cuero.

En el asiento del pasajero se encuentra Verner Sandén, responsable de los servicios secretos. Ha sujetado el respaldo del asiento con la mano derecha y ha girado su largo cuerpo hacia atrás para poder ver al primer ministro mientras describe la rápida actuación del servicio secreto.

Con su voz aguda repasa la cronología de los hechos, desde el servicio de emergencia de Saga Bauer y los controles de carreteras hasta la apresurada

investigación de la escena del crimen y los continuados informes de los técnicos.

—Hemos limpiado la casa, no ha quedado ni rastro de lo ocurrido anoche — finaliza Verner.

—Estoy pensando en la familia —dice el primer ministro en voz baja, y mira por la ventanilla.

—Los mantendremos fuera de esto; se trata de un asunto de alto secreto.

—Sostenéis que la situación es grave —dice el primer ministro mientras responde a un mensaje de texto en su teléfono.

—Sí, hay algunas circunstancias especiales que han hecho que quisiéramos verle de inmediato —responde Verner.

—Pero como sabéis esta tarde tengo que ir a Bruselas y en realidad no tengo tiempo para esto —explica el primer ministro.

Saga siente que sus nalgas sudorosas se han pegado al cuero del mono.

—Nos enfrentamos a un asesino profesional o semiprofesional que sigue escrupulosamente su plan —informa, e intenta levantar un poco las nalgas.

—El servicio secreto siempre pensando en grandes conspiraciones —dice el primer ministro, y vuelve a mirar su teléfono.

—El asesino utilizó una pistola semiautomática con un silenciador que enfría el fogonazo —dice ella—. Mató al ministro de Asuntos Exteriores de un disparo en el ojo derecho y recogió el casquillo, se agachó sobre el cadáver, apoyó el cañón de la pistola contra el ojo izquierdo, disparó y recogió el casquillo, le dio la vuelta...

—Vale, joder —dice el primer ministro, y la mira.

—No fue el asesino el que activó las alarmas —prosigue Saga—. Pero a pesar de que sonaban tan fuerte que despertaron a todo el vecindario, a pesar de que la policía ya estaba en camino, se quedó allí y extrajo las balas del suelo de madera y de la pared antes de abandonar la mansión. Sabía dónde estaban todas las cámaras de vigilancia, no aparece en ninguna de las cintas... Y estoy segura de que los técnicos no encontrarán nada que nos conduzca a él.

Guarda silencio y observa al primer ministro, que le da un sorbo a su agua



mineral noruega, posa el pesado vaso sobre la tabla de madera de la mesa barnizada y se limpia la boca.

El coche se desliza a través de la zona de las embajadas y continúa hacia el norte de Djurgården. A la izquierda se extiende la amplia zona de césped de Gärdet. En la década de los sesenta este lugar era una zona de entrenamiento militar, pero hoy en día apenas se ven algunos deportistas y gente que pasea al perro.

—Entonces, ¿se trata de una ejecución? —pregunta con voz ahogada.

—Todavía no sabemos la causa, pero podría tratarse de alguna clase de extorsión. Quizá el asesino intentó acceder a información clasificada —explica Verner—. Quizá obligaran al ministro a hacer alguna declaración mientras lo grababan.

—Eso no suena nada bien —susurra el primer ministro.

—No, estamos convencidos de que se trata de terrorismo político, aunque durante la noche nadie se ha atribuido la acción —responde Verner.

—¿Terrorismo?

—Había una prostituta en la casa —dice Saga.

—El hombre tiene sus problemas —contesta el primer ministro, y toquetea su nariz aguileña.

—Sí, pero...

—Déjalo correr —la interrumpe.

Un cuervo se aparta aleteando de la carretera, algunas hojas caen revoloteando al suelo, en un prado hay un caballo gris completamente inmóvil bajo la llovizna.

Saga mira de reojo al primer ministro. Tiene la mirada ausente y la boca tensa. Se pregunta si estará intentando asimilar lo sucedido. Han asesinado a su ministro de Asuntos Exteriores. Quizá esté pensando angustiado en la última vez que ocurrió.

Un plomizo día de otoño de 2003, la entonces ministra de Asuntos Exteriores, Anna Lindh, se encontraba de compras con una amiga cuando un hombre la

atacó y la acuchilló en los brazos, el pecho y el vientre.

La ministra de Asuntos Exteriores no tenía guardaespaldas, ninguna protección personal. El ataque a cuchilladas fue tan grave que falleció en la mesa de operaciones mientras aún estaba bajo los efectos de la anestesia después de haber recibido ocho litros de sangre.

Entonces Suecia era diferente, un país donde los políticos todavía creían que tenían derecho a proclamar un ideal socialista de decencia internacional.

—Pero la mujer con la que estaba el ministro de Asuntos Exteriores... — prosigue Saga, y mira al primer ministro a los ojos—. Escuchó el fragmento de una conversación que nos hace pensar que el asesinato es el primero de una serie de asesinatos ya planificados.

—¿Asesinatos? ¿Qué cojones de asesinatos? —pregunta el primer ministro levantando la voz.

El Volvo del primer ministro circula por el estrecho puente de piedra de Djurgårdsbrunn, gira inmediatamente a la izquierda y continúa a lo largo del canal. El camino de gravilla chirría bajo las ruedas del coche y dos patos descienden al agua y se alejan nadando de la orilla.

—El asesino nombró a un tal Ratjen. Parece ser que es una figura clave —dice Verner.

—¿Ratjen? —repite el primer ministro pensativo.

—Creemos haberlo identificado. Se llama Salim Ratjen y cumple condena por tráfico de drogas —explica Saga, y se inclina hacia delante para intentar que la ropa de cuero, que se le pega al cuerpo, se desprenda de su espalda húmeda.

—Vemos fuertes vínculos entre los hechos de anoche y el jeque Ayad al-Jahiz, que lidera un grupo considerado terrorista en Siria —añade Verner.

—Esta es la única imagen que tenemos de Ayad al-Jahiz —dice Saga, y le enseña su teléfono.

Un breve vídeo muestra a un hombre con un agradable rostro envejecido, barba canosa y gafas. Habla directamente a la cámara, sonriendo con aire de estar enseñando a atentos escolares.

—Tiene manchas de sangre en las gafas —susurra el primer ministro.

El jeque Ayad al-Jahiz finaliza el corto discurso y alza los brazos en un gesto bonachón.

—¿Qué dice?

—Dice... «Hemos arrastrado a infieles detrás de camiones y vehículos de transporte de tropas hasta que las cuerdas se han roto... Ahora nuestra misión es encontrar a los líderes que apoyan los bombardeos y dispararles hasta que

desaparezcan sus rostros» —responde Saga.

La mano del primer ministro tiembla mientras se la pasa por la boca.

Pasan por el pequeño puente de Lilla Sjötullsbron y suben hacia el pequeño embarcadero.

—Y el servicio de seguridad de la cárcel de Hall ha grabado una conversación de Salim Ratjen que transfirieron a un teléfono no registrado —dice Verner—. Hablan en árabe acerca de tres grandes fiestas. La primera fiesta fue cuando murió el ministro de Asuntos Exteriores... la segunda será el miércoles y la tercera, el 7 de octubre.

—¡Dios! —masculla el primer ministro.

—Nos quedan cuatro días —dice Verner.

Algunas ramas con hojas de un verde claro raspan el techo del coche cuando este gira bruscamente y comienza a dirigirse de vuelta hacia Kaknästornet.

—¿Cómo es posible que no tuvierais controlado al tal Ratjen? —pregunta el primer ministro, y toma una servilleta de papel de la caja que hay en la puerta del coche.

—Antes no tenía vínculos con ninguna red terrorista —responde Verner.

—Entonces se ha radicalizado en prisión —dice, y se seca el sudor alrededor del cuello.

—Sí, eso es lo que creemos.

La lluvia arrecia y el chófer pone en marcha el limpiaparabrisas. Las escobillas eliminan en silencio las gotitas del cristal.

—¿Y creéis que yo puedo ser... una de esas fiestas?

—Tenemos que considerar esa posibilidad —responde Saga.

—Así que estáis aquí sentados diciéndome que quizá alguien me asesine el miércoles —dice el primer ministro sin poder ocultar su indignación.

—Tenemos que conseguir que Ratjen hable... tenemos que conocer su plan antes de que sea demasiado tarde —contesta Verner.

—¿Qué diablos estáis esperando?

—No creemos que sirva de nada someter a Salim Ratjen a un interrogatorio

normal —intenta explicar Saga—. No respondió cuando lo interrogaron hace cinco años, y no abrió la boca durante todo el juicio.

—Joder, tendréis vuestros métodos, ¿no?

—Quebrantar a alguien puede llevar meses —responde ella.

—Tengo un cargo muy importante —dice el primer ministro mientras hace añicos la servilleta de papel—. Estoy casado, tengo dos hijos y...

—Sentimos mucho todo esto —dice Verner.

—Es ahora cuando de verdad se os necesita, así que no me vengas y me digas que no hay nada que hacer.

—Pregúnteme qué se puede hacer —dice Saga.

El primer ministro la mira sorprendido y se afloja un poco el nudo de la corbata.

—¿Qué podemos hacer? —repite él.

—Pídale al chófer que se detenga y salga del coche.

Han llegado a Loudden, con sus sombríos tanques de petróleo. La larga espalda del muelle casi ha desaparecido bajo la lluvia plomiza.

A pesar de que el primer ministro todavía tiene una expresión interrogante, se inclina hacia delante y habla con el chófer.

Llueve con más fuerza, una lluvia fría que cae a plomo en los charcos. El chófer del servicio secreto se comunica un momento con el coche de la comitiva y después se detiene justo delante de uno de los depósitos de combustible.

Un BMW negro se detiene con suavidad detrás de ellos.

El chófer se apea y se queda a un par de metros del coche. La lluvia hace que la tela beige claro de la chaqueta de su uniforme se oscurezca en cuestión de segundos.

—¿Qué hacemos entonces? —pregunta el primer ministro, y mira a Saga.

La sombra de una nube se desliza lentamente por el paisaje plano, pasa a través de la verja con concertinas, se desborda sobre la hierba pajiza y sube por el alto muro de siete metros.

La jornada laboral ha terminado en la sección T de la cárcel de alta seguridad de Kumla, y los quince internos se agolpan para conseguir sitio en el abarrotado gimnasio al fondo del pasillo.

No se permiten pesas, mancuernas, barras ni otros materiales que puedan ser utilizados como armas.

Los internos se apartan cuando entran Reiner Kronlid y sus guardaespaldas de la Hermandad. El poder de Reiner se basa en el hecho de que él controla la entrada de estupefacientes en la sección, y controla su posición como un dios celoso.

Sin necesidad de que él diga nada, un hombre delgado se baja de la bicicleta estática y seca apresurado con un papel el sillín y el manillar.

Hay un tubo fluorescente estático que brilla encima de las paredes rayadas, y el aire está impregnado del olor a sudor y bálsamo de tigre.

Como de costumbre, el grupo de viejos drogadictos está al otro lado del plexiglás y dos albaneses de la banda de Malmö están junto a la mesa de ping-pong plegable.

Todo se oscurece cuando una nube cruza delante del pálido sol.

Joona Linna finaliza una serie de dominadas, suelta la barra asegurada al techo, se posa con suavidad sobre el suelo y mira hacia la ventana. La luz polvorienta del sol vuelve a llenar el gimnasio. Sus pupilas se contraen y, durante unos segundos, sus ojos grises parecen plomo fundido.

Joona está bien afeitado y tiene el pelo rubio corto, casi al cero, la frente arrugada y la boca seria. Lleva puesta una camiseta azul claro con las costuras tirantes sobre los abultados músculos.

—Una tanda más antes de cambiar a una barra más ancha —le dice Marko.

Marko es un viejo prisionero fibrado que se ha impuesto a sí mismo la función de guardaespaldas de Joona. En la sección siempre hay grandes tensiones entre los grupos, pero a pesar de que ahora existe un delicado equilibrio, él sigue a Joona Linna a todas partes.

Un nuevo prisionero con cara de pájaro demacrado se acerca caminando hacia el gimnasio. Oculta algo en la mano pegada a la cadera. Tiene las mejillas hundidas y los labios pálidos y el cabello lacio recogido en una pequeña cola de caballo.

No lleva puesta ropa de entrenar, sino que viste una chaqueta de lana de color rojizo desabrochada que muestra su cuello y pecho tatuados.

Alguien abre la puerta y unas pelusas se deslizan por el suelo a causa de la corriente repentina.

El hombre delgado pasa debajo de la última cámara del circuito cerrado del techo, entra en el gimnasio y se detiene delante de Joona.

Uno de los funcionarios de prisiones se da la vuelta al otro lado del plexiglás y la porra que lleva en la cadera roza la mampara.

Algunos internos les dan la espalda a Joona y Marko.

El ambiente en el gimnasio se tensa, todos se mueven con una nueva prudencia.

En el silencio se oye el sonido agudo del sistema de ventilación del techo.

Joona se coloca, de nuevo, debajo de la barra de dominadas, da un salto, se agarra a ella y se aúpa hacia arriba.

Marko se queda detrás de él con los brazos fibrosos y tatuados colgando a ambos lados.

Las sienes se tensan cuando Joona, una y otra vez, se impulsa hacia arriba de forma que la barbilla queda por encima de la barra.

—¿Tú eres el poli? —pregunta el hombre de rostro delgado.

Pequeñas partículas de polvo caen lentamente a través del aire inmóvil. Al otro lado de la mampara, el funcionario intercambia unas palabras con un interno y vuelve a la sala de control.

Joona vuelve a subir.

—Treinta más —dice Marko.

El hombre del rostro enjuto mira fijamente a Joona. El sudor brilla sobre su delgado labio superior, corre a lo largo de sus orejas y cae por la mejilla.

—Pienso joderte, cabrón —dice con una sonrisa forzada.

—*Nyt pelkään* —responde Joona tranquilo en finlandés, «Qué miedo», y vuelve a auparse.

—¿No entiendes? —sonríe el hombre socarronamente—. ¿Entiendes qué cojones te digo?

Joona ha visto que el recién llegado oculta un cuchillo pegado a su cadera, un arma punzante hecha con un largo y delgado trozo de vidrio envuelto en cinta adhesiva.

Apuntará abajo, piensa Joona. Intentará alcanzarme debajo de las costillas. Resulta casi imposible apuñalar a alguien con un vidrio, pero si el cristal está entablillado bajo la cinta adhesiva puede penetrar en el cuerpo antes de que se rompa.

Algunos internos se han congregado al otro lado de la pared de plexiglás del gimnasio con hambre de curiosidad en los ojos. Su lenguaje corporal muestra un entusiasmo moderado cuando lentamente y, como por casualidad, se interponen delante de las cámaras.

—Eres de la pasma —espetea el hombre, y después mira a los demás—. ¿Sabíais que es un poli?

—¿Es eso cierto? —sonríe uno de los espectadores, y bebe de una botella de plástico.

Una cruz se balancea de una cadena del cuello de un hombre de rasgos ajados. Las cicatrices de la cara interna de los brazos están corroídas a causa del ácido



ascórbico que ha utilizado para disolver la base de heroína.

—Joder, lo prometo —prosigue el preso de rostro enjuto—. Es de la policía judicial, es un cerdo de mierda, un jodido madero.

—Eso explica por qué todos le llaman Madero —ironiza el hombre de la botella de plástico, y ríe en silencio mientras baja la vista al suelo.

Joona Linna continúa con sus dominadas.

Reiner Kronlid está sentado en la bicicleta estática con gesto inexpresivo. La mirada completamente quieta, como la de un reptil, mientras observa los acontecimientos.

Uno de los hombres de Malmö entra y empieza a correr en la cinta. El ruido sordo de sus pies y el chirrido de la cinta llenan la estrecha sala.

Joona suelta la barra, posa suavemente los pies en el suelo y mira al hombre con el arma.

—¿Puedo decirte unas palabras para que pienses en ellas? —dice Joona con su afable acento finlandés—. La ignorancia fingida nace de la certeza, la debilidad ilusoria nace de...

—¿De qué cojones hablas? —lo interrumpe el hombre.

Durante el tiempo que pasó en el grupo de operaciones especiales del ejército, Joona fue reclutado para una unidad especial y recibió formación en Holanda en lucha cuerpo a cuerpo no convencional y armas innovadoras.

El teniente Rinus Advocaat lo entrenó para situaciones parecidas a esta. Joona sabe exactamente cómo evitar los brazos del hombre y romperle la garganta y la laringe con repetidos golpes, torcerle la mano para quitarle el cuchillo, clavárselo en la garganta y romper la punta.

—Pincha al madero —le espeta un hombre de la Hermandad, y luego se ríe—. No te atreves...

—Cierra el pico —lo interrumpe un hombre joven.

—Pínchalo —ríe el otro.

El preso de rostro enjuto acaricia el cuchillo, y Joona lo mira a los ojos cuando se acerca a él.

Si atacan a Jooná en este instante, sabe que debe evitar reproducir la serie de movimientos que lleva grabados en su cuerpo como un recuerdo físico.

Solo tiene que doblarle el brazo para desarmar al hombre y tirarlo al suelo.

Durante los casi dos años que lleva en la prisión ha conseguido mantenerse al margen de las grandes peleas; su único plan ha sido cumplir su condena y empezar una nueva vida.

Jooná le da la espalda al recién llegado con el arma punzante.

Cruza unas palabras con Marko, sin dejar de observar al hombre en el reflejo de la ventana que da al patio.

—He podido matar al madero —dice el recién llegado, respirando aparatosamente por la pequeña nariz.

—No, no habrías podido —responde Marko por encima del hombro de Jooná.

Han pasado veintitrés meses desde que el comisario Joon Linna fue condenado por la Audiencia Provincial de Estocolmo por la liberación violenta de un preso. Fue conducido a la prisión de Kumla con los pies y las manos esposados a una correa en la cintura.

La unidad de transporte del servicio penitenciario se ocupó de sus pocas posesiones, la orden de comparecencia y su identificación. Joon fue conducido a la recepción, tuvo que desnudarse, entregar una prueba de orina para el control de drogas, y le proporcionaron ropa nueva, sábanas y un cepillo de dientes.

Después de cinco semanas de evaluación lo enviaron a la sección T, en lugar de a la unidad de seguridad en Saltvik, donde suelen ir a parar los policías convictos. Pasaría los próximos años en una celda de seis metros cuadrados con suelo de linóleo, lavabo y una pequeña ventana con cristal reforzado y barrotes.

Durante los primeros ocho meses Joon trabajó junto al resto de los internos en la gran lavandería. Conoció a muchos de los hombres del segundo piso, le contó a cada uno de ellos que había trabajado en la policía judicial y les habló de la condena de la Audiencia Provincial. Sabía que, de todos modos, no podría mantener su pasado en secreto. Cuando un nuevo prisionero llega a una sección, el resto se encarga de que rápidamente algún familiar se haga con los datos de su condena.

Mantiene una relación relajada con la mayoría de los grupos de la sección, pero permanece alejado de la Hermandad y de su líder, Reiner Kronlid. La Hermandad está relacionada con grupos de extrema derecha y se dedica a la extorsión y el tráfico de drogas en las grandes cárceles.

Para finales de verano, Joon había animado a otros diecinueve internos a

seguir estudiando, en diferentes niveles. Crearon un círculo para apoyarse unos a otros, y hasta el momento solo dos de ellos han abandonado sus estudios.

Las tareas rutinarias hacen que toda la institución penitenciaria sea como un mecanismo muy lento. Todas las puertas de las celdas se abren a las ocho de la mañana y se cierran a las ocho de la noche. Por cada muesca que marca el minuterero se apaga un pequeño pedazo de la vida de los internos.

Tan pronto como chirría la cerradura automática por la mañana, Joonna abandona su celda para ducharse y desayunar antes de que toda la sección baje al pasaje subterráneo helado que, como un sistema de alcantarillas, conecta entre sí las distintas partes de la institución.

Los hombres pasan la intersección donde solía estar el quiosco ahora cerrado, esperan a que se abran las puertas y continúan por el pasaje.

Los chicos de Malmö acarician supersticiosamente con las yemas de los dedos la pintura mural de Zlatan Ibrahimovic antes de desaparecer en el taller para trabajar con pintura electrostática.

El grupo de estudiosos sigue hasta la biblioteca. Joonna está en la mitad de sus estudios de horticultura, y Marko, finalmente, se ha sacado el título de bachillerato. Le temblaba la barbilla cuando le contó a Joonna que se iba a inscribir en el programa de ciencias.

Este podría haber sido uno de tantos días iguales en prisión. Pero no lo es para Joonna, pues se va a encontrar con Valeria de Castro, y después de eso su vida dará un giro inesperado y peligroso.

Joonna pone la mesa de la sala de visitas con tazas de café y platillos, alisa una de las servilletas que se ha desdoblado un poco y pone en marcha la cafetera de la pequeña cocina.

Cuando oye el tintineo de las llaves al otro lado de la puerta se levanta de la silla y siente que el corazón le late con fuerza.

Valeria lleva puesta una blusa azul marino con topes blancos y vaqueros

negros. Los rizos castaños están recogidos y trenzados como suaves serpentinas.

Entra, se detiene frente a él y alza la mirada.

La puerta se cierra y corren el cerrojo.

Se quedan de pie un buen rato mirándose antes de susurrar un hola.

—Todavía me siento tan rara cada vez que te veo —dice Valeria con timidez.

Mira a Jooná con ojos brillantes, la mirada se desliza por las zapatillas con el logotipo de la institución penitenciaria, la camiseta azul grisácea con mangas color tierra y las desgastadas rodilleras de los amplios pantalones.

—No tengo mucho que ofrecer —dice él—. Solo unas galletas de mermelada y café.

—Galletas de mermelada —asiente ella con la cabeza, y se sube un poco los vaqueros antes de sentarse en una de las sillas.

—Son bastante buenas —dice él, y sonrío de forma que los hoyuelos de sus mejillas se vuelven más profundos.

—¿Cómo se puede ser tan guapo?

—Es la ropa —bromea Jooná.

—Sí —ríe ella.

—Gracias por la carta, llegó ayer —dice él, y se sienta al otro lado de la mesa.

—Disculpa que fuera tan atrevida —murmura, y se ruboriza.

Jooná hace una mueca y ella esboza una amplia sonrisa bajando la vista antes de volver a mirarlo.

—Pero es una pena que te hayan denegado el permiso... —dice Valeria, y reprime una nueva sonrisa de forma que se le arruga la barbilla.

—Lo volveré a intentar dentro de tres meses... y si no, solicitaré un permiso de unas horas —explica Jooná.

—Todo se arreglará —asiente ella, y busca a tientas su mano sobre la mesa.

—Ayer hablé con Lumi —continúa él—. Acababa de leer *Crimen y castigo* en francés... estuvo bien, estuvimos hablando de libros, me olvidé de que me encontraba en este lugar... hasta que la conversación se cortó.

—No recuerdo que hablaras tanto antes.

—Pero en el contexto de dos semanas, se trata solo de un par de palabras por hora.

Un rizo cae sobre la mejilla de Valeria y ella lo aparta con un movimiento de cabeza. Su piel tiene un tono de cobre en polvo y las patas de gallo de sus ojos son profundas. La delicada piel debajo de los ojos es grisácea y tiene un poco de tierra debajo de las uñas cortas.

—Antes se podían encargarse de pastas de una pastelería —dice Jooná, y sirve el café.

—Tengo que empezar a pensar en mi figura para cuando salgas —responde ella con la mano en la barriga.

—Estás más guapa que nunca —dice Jooná.

—Pues tenías que haberme visto ayer —ríe ella, al tiempo que sus largos dedos acarician una margarita esmaltada que cuelga de una cadena en su cuello —. Estuve en el balneario de Saltsjöbaden, arrastrándome bajo la lluvia y acondicionando la zona de plantación.

—Cerezo japonés, ¿verdad?

—Elegí una especie que da flores blancas, miles de ellas, es increíble... es como si una tormenta de nieve pasara por ese pequeño árbol.

Jooná observa las tazas y las servilletas azul claro. La luz del exterior cae formando amplias franjas sobre la mesa.

—Hablando de eso, ¿cómo van los estudios? —pregunta ella.

—Es emocionante.

—¿Te resulta raro volver a estudiar? —pregunta ella, y dobla la servilleta.

—De una forma positiva.

—Pero ¿estás seguro de que no quieres volver a ser policía?

Él asiente con la cabeza y dirige la mirada a la ventana. Entre los barrotes horizontales se ve el cristal sucio. El respaldo de la silla cruje cuando se recuesta y se pierde en el recuerdo de aquella última noche en Nattavaara.

—¿Qué estás pensando? —pregunta ella seria.

—Nada —responde Jooná en voz baja.

—Piensas en Summa —apunta ella lacónica.

—No.

—Por lo que he dicho de la tormenta de nieve.

Él mira sus ojos color ámbar y asiente; esa mujer tiene la extraña capacidad de poder leer casi sus pensamientos.

—No hay nada más silencioso que la nieve cuando deja de soplar el viento —dice él—. ¿Sabes...? Lumi y yo estuvimos con ella, la tomamos de la mano...

Joona piensa en la extraña calma que se apoderó de su mujer antes de morir y la quietud total que siguió.

Valeria se inclina hacia delante sobre la mesa y posa su mano en la mejilla de él sin decir nada. El tatuaje de su hombro derecho se distingue a través del delgado tejido de la blusa.

—Superaremos esto, ¿verdad? —dice ella en voz baja.

—Lo superaremos —asiente él.

—Joona, no me romperás el corazón, ¿verdad?

—No.

Joona todavía siente un dulce placer después de la visita de Valeria. Es como si ella le aportara un poco de vida cada vez que viene a visitarlo.

Apenas tiene espacio en su celda, pero si se coloca entre el lavabo y la mesa tiene el espacio suficiente para boxear con su sombra y perfeccionar su técnica de pelea militar. Se mueve lenta y sistemáticamente y piensa en las interminables llanuras holandesas donde recibió su adiestramiento.

Joona no sabe cuánto tiempo ha estado entrenando, pero cuando accionan la cerradura y se abre la puerta de la celda el cielo está tan oscuro que ya no se ven los muros amarillos desde la ventana enrejada.

Dos guardias que no ha visto antes aparecen en la puerta y lo observan con mirada tensa.

Piensa que se trata de un registro, que ha ocurrido algo, quizá un intento de fuga que han relacionado con él.

—Tienes que ver a tu abogado —dice uno de los guardias.

—¿Por qué? —pregunta Joona.

Lo esposan sin responderle y lo sacan de la celda.

—No he solicitado ninguna reunión —dice Joona.

Bajan juntos las escaleras y continúan por el largo pasillo. Un funcionario de prisiones pasa en silencio a su lado en un patinete y desaparece.

Joona piensa que tal vez han descubierto que Valeria utiliza la identidad de su hermana cuando lo visita. Ella misma tiene una condena de prisión a sus espaldas y no podría visitarlo si no hubieran encontrado esta solución.

El color y el estilo de los cuadros de las paredes cambia. La luz áspera destaca lo ruinoso del suelo de hormigón.



Los funcionarios de prisiones conducen a Jooná a través de una puerta de seguridad y unas esclusas. Tienen que enseñar varias veces los papeles que autorizan el traslado. Las cerraduras chirrían y se adentran cada vez más en una sección que Jooná desconoce. Al fondo del pasillo hay dos hombres vigilando una puerta.

Jooná reconoce inmediatamente a los guardaespaldas de los servicios secretos. No lo miran a los ojos, sino que abren la puerta para que pase.

La habitación oscura está desprovista de muebles, con la excepción de dos sillas de plástico. En una de ellas hay un hombre sentado.

Jooná se detiene en mitad de la sala.

El brillo de la lámpara del techo no llega al rostro del hombre, pero alcanza la raya del pantalón y los zapatos negros con barro en las punteras.

Algo brilla en su mano derecha.

Cuando la puerta se cierra detrás de Jooná, el hombre se pone en pie, da un paso hacia la luz y se guarda las gafas de leer en el bolsillo de la pechera.

Solo entonces puede ver su rostro.

Se trata del primer ministro de Suecia.

Las cuencas de sus ojos se ven oscuras y la sombra de su afilada nariz es como una pincelada de tinta china sobre su boca.

—Esta reunión nunca ha tenido lugar —dice el primer ministro con su característica voz ronca—. Yo no me he reunido contigo y tú no te has reunido conmigo, pase lo que pase dirás que has estado con tu abogado defensor.

—Su chófer no fuma —dice Jooná.

—No —responde el primer ministro sorprendido.

La mano derecha del primer ministro se alza desorientada hacia el nudo de la corbata antes de que siga hablando.

—Anoche fue asesinado en su casa el ministro de Asuntos Exteriores. Se informará de que murió tras una corta enfermedad, pero, en realidad, se trata de un acto terrorista.

La nariz aguileña del primer ministro brilla de sudor y las ojeras de sus ojos

son oscuras. La correa de cuero de la alarma antipánico se desliza hacia abajo sobre el dorso de la mano cuando le acerca a Jooná la otra silla.

—Jooná Linna —dice—. Te voy a hacer una propuesta muy inusual, una oferta que solo es válida aquí y ahora.

—Le escucho.

—Un interno de la prisión de Hall será trasladado a Kumla y lo colocarán en tu sección, se llama Salim Ratjen, condenado por tráfico de drogas, pero absuelto de las acusaciones de asesinato... Por lo visto ocupa una posición central... quizá incluso dirija a los terroristas que asesinaron al ministro de Asuntos Exteriores.

—¿Tiene un informe?

—Por supuesto —responde el primer ministro, y le tiende una fina carpeta.

Jooná se sienta en la silla de plástico y la toma con sus manos esposadas. El respaldo de la silla cruje cuando se recuesta. Mientras lee se da cuenta de que el primer ministro mira su teléfono de vez en cuando.

Jooná revisa el informe de la escena del crimen, los resultados del laboratorio y el interrogatorio con la testigo en el que cuenta que oyó decir al asesino que Ratjen abrió las puertas del infierno. El informe concluye con gráficos del tráfico en la red y la conexión con las palabras del jeque Ayad al-Jahiz animando a encontrar a los líderes occidentales y destrozarles el rostro a tiros.

—Hay muchas lagunas —dice Jooná, y le devuelve la carpeta.

—Este es solo un informe preliminar, faltan los resultados de las pruebas y...

—Lagunas intencionadas —lo interrumpe Jooná.

—No sé nada de eso —dice el primer ministro, y se guarda el teléfono en el bolsillo interior.

—¿Hay más víctimas?

—No.

—¿Hay indicios de que se hayan planeado más atentados?

—No lo creo.

—¿Por qué el ministro de Asuntos Exteriores? —pregunta Jooná.

—Ha trabajado en la cooperación europea contra el terrorismo.

—¿Qué consiguen matándolo?

—Esto es un claro ataque contra el corazón mismo de la democracia — prosigue el primer ministro—. Y quiero las cabezas de los terroristas en un puto plato, si me disculpas la expresión... Es una cuestión de justicia, hay que dejarlo muy claro... ni pueden intimidarnos ni lo harán... Por eso estoy aquí, para preguntarte si estás dispuesto a infiltrarte en la organización de Salim Ratjen desde la cárcel.

—Lo entiendo y agradezco la confianza, pero tiene que comprender que me he labrado una reputación que funciona aquí dentro. No resultó nada fácil, todos conocen mi pasado, pero con el tiempo han aprendido a confiar en mí.

—Estamos hablando de la seguridad del reino.

—Ya no soy policía.

—El servicio secreto ha dispuesto que si haces esto tu sentencia de prisión pase a ser de libertad condicional.

—No me interesa.

—Es justo lo que dijo que dirías —contesta el primer ministro.

—¿Saga Bauer?

—Dijo que no aceptarías una oferta de los servicios secretos... esa es la razón de que yo esté aquí.

—Seguramente me plantearía aceptar la misión si no sintiera que me están ocultando datos relevantes.

—¿Qué podríamos ocultar? El servicio secreto cree que puedes ayudarlos a identificar a los contactos de Salim Ratjen fuera de la cárcel.

—Siento que haya venido hasta aquí para nada —replica Joona, se pone en pie y se vuelve para dirigirse hacia la puerta.

—Puedo indultarte —dice el primer ministro a su espalda.

—Para eso es necesario una resolución del gobierno —dice Joona, y se da media vuelta.

—Soy el primer ministro.

—Mientras no esté seguro de que me dan toda la información, seguiré siendo que no —repite Joona.

—¿Cómo puedes asegurar que sabes lo que no sabes? —pregunta el primer ministro claramente irritado.

—Sé que está aquí sentado cuando en realidad debería estar en Bruselas para la reunión del Consejo Europeo —dice Joona—. He leído que había dejado de fumar hace ocho años, pero, a juzgar por el olor de la ropa y los zapatos embarrados, ha tenido una recaída.

—¿Zapatos embarrados?

—Usted es una persona respetuosa y, como su chófer no fuma, ha estado fumando en el arcén.

—Pero...

—He visto que ha mirado once veces el teléfono, pero no ha respondido a ningún mensaje... Por eso sé que falta algo, ya que nada de lo que he leído en ese informe indica que haya una situación real de emergencia.

Por primera vez el primer ministro parece no saber qué responder. Se pasa la mano por la barbilla y parece pensativo.

—Al parecer se trata de una serie de asesinatos planificados —dice al fin.

—¿Una serie? —repite Joona.

—El servicio secreto lo eliminó del informe, pero al parecer inicialmente se trataría de tres asesinatos... y el próximo asesinato sería el miércoles... Esa es la razón de que haya tanta prisa.

—¿Quiénes son los posibles objetivos de los atentados?

—No lo sabemos, no tenemos ni idea, pero la información que tenemos sugiere ejecuciones planeadas y precisas.

—¿Políticos?

—Probablemente.

—Y cree que uno de ellos pueda ser usted, ¿verdad? —pregunta Joona.

—Eso no tiene nada que ver, podría ser cualquiera —responde el primer ministro enseguida—. Pero puesto que, según parece, tú eres nuestra mejor baza,

espero que aceptes la misión... Y si consigues descubrir algo que nos ayude a detener a estos terroristas, me encargaré de que recuperes tu vida.

—No puede —responde Joon.

—Escucha, tienes que hacerlo —dice el primer ministro, y por su voz Joon comprende que está realmente asustado.

—Si consigues que los servicios secretos cooperen conmigo de verdad... le prometo que encontraré a los culpables.

—Pero tiene que ser antes del miércoles, ¿lo has entendido...? Es entonces cuando asesinarán a su próximo objetivo —susurra el primer ministro.

El Cazador se mueve inquieto arriba y abajo dentro del enorme contenedor de transporte bajo la luz oblicua del tubo fluorescente que cuelga del techo. El sonido de los pasos por el suelo metálico se propaga a través de las paredes.

Se detiene delante de unas cajas de mudanza rotas y un bidón de gasolina, presiona los dedos de la mano izquierda contra la sien izquierda e intenta respirar con calma.

Mira el teléfono.

Ningún mensaje, nada.

Pisa un mapa de Djursholm plastificado que está tirado en el suelo de metal cuando regresa al lugar donde está su equipo.

Sobre una mesa rayada ha dispuesto una serie de pistolas nuevas y viejas, cuchillos y un fusil desmontado. Algunas armas están sucias y desgastadas mientras que otras todavía se encuentran en sus embalajes originales.

Hay un revoltijo de herramientas oxidadas y viejos tarros de mermelada con muelles y percutores, recámaras adicionales, rollos de bolsas de basura negras, cinta americana, bolsas con relucientes bridas, hachas y un cuchillo Emerson de hoja ancha con la punta afilada como la de una flecha.

El hombre ha colocado junto a la pared unas cajas de cartón con distintos tipos de munición. Encima de tres de ellas están las fotografías de tres personas.

Muchas de las cajas de cartón están sin abrir, pero la tapa de una de ellas con munición de 5,56 × 45 mm está rasgada, y en otra se ven huellas ensangrentadas.

El Cazador mete en una bolsa arrugada del supermercado Ica Maxi una caja de munición de 9 mm, le da la vuelta a un hacha de mango corto, la mete dentro y después deja caer la bolsa al suelo con un gran estruendo.

Alarga la mano, coge una de las pequeñas fotografías y la coloca sobre el borde de una de las barras transversales que conforman las paredes interiores del contenedor de acero, pero se cae.

La coloca de nuevo con cuidado y mira sonriendo el rostro: la boca satisfecha, el cabello enmarañado y una oreja extrañamente iluminada. Se inclina hacia delante, observa los ojos del hombre y piensa si debe cortarle las piernas y mirar cómo se arrastra sobre su propia sangre como un caracol.

Y observar los desesperados intentos del hijo por vendarle las piernas para salvarle la vida. Sí, quizá deje que el hijo ataje el flujo de sangre antes de acercarse y destriparlo.

La fotografía vuelve a caerse y revolotea entre las armas.

El hombre grita y vuelca la mesa, y las pistolas, los cuchillos y la munición caen en medio de un gran estruendo al suelo.

Los tarros de cristal se rompen en pedazos y los fragmentos y piezas de reserva se esparcen por el suelo.

El Cazador se apoya jadeando contra la pared y, de repente, recuerda el viejo terreno industrial que se encontraba entre la autopista y la estación de aguas residuales. La imprenta offset y el almacén se quemaron, y bajo los viejos cimientos de una casa de la zona había infinidad de madrigueras de conejos.

La primera vez que sacó la larga red de la trampa, había diez pequeños conejos en la malla, todos exhaustos pero aún vivos cuando los desolló.

Ahora está de nuevo tranquilo y centrado, sabe que no debe ceder a la ira, no puede mostrar su lado más terrible, ni siquiera cuando está solo.

Es hora de irse.

Se pasa la lengua por los labios, coge uno de los cuchillos del suelo y dos pistolas, una Springfield Operator y una Glock 19 embarrada, mete una caja más de munición en la bolsa de plástico y cuatro cargadores adicionales.

El Cazador desenchufa el cable de la lámpara de la batería del coche y sale al aire fresco de la noche, cierra la puerta del contenedor, coloca la tranca y cierra el candado, y entonces se dirige hacia el coche a través del terreno lleno de

maleza. Cuando abre el maletero salen revoloteando un centenar de moscas. Lanza la bolsa con las armas junto a una bolsa de basura con carne podrida, cierra el maletero y se gira hacia el bosque.

El Cazador mira entre los altos troncos, piensa en el rostro de la pequeña fotografía e intenta apartar el estribillo de su cabeza.



En el local del Ejército de Salvación de la calle Östermalmsgata, 69, se está celebrando un almuerzo privado. Doce personas han juntado tres mesas pequeñas y ahora están sentadas tan cerca las unas de las otras que ven el cansancio y la tristeza reflejados en el rostro de los demás. La luz diurna exterior se refleja en los muebles de madera clara y el tapiz con los apóstoles pescando.

En un extremo se encuentra Rex Müller, enfundado en una chaqueta a medida y pantalones de cuero negro. Tiene cincuenta y dos años y buena presencia, a pesar de su frente arrugada y las ojeras.

Todos lo observan cuando posa la taza de café sobre el plato y se pasa la mano por el cabello.

—Me llamo Rex, y cuando vengo siempre me limito a sentarme y escuchar en silencio —comienza, y después sonríe incómodo—. En realidad no sé qué queréis que diga.

—Cuéntanos por qué estás aquí —dice una mujer con arrugas de tristeza en torno a la boca.

—Cocino bastante bien —continúa él, y se aclara la garganta—. Y en mi trabajo uno tiene que ocuparse del vino, la cerveza, destilado de uvas, aguardiente, licores, etcétera... No soy un alcohólico, quizá beba demasiado, a veces hago estupideces, aunque no hay que creerse todo lo que dicen los titulares.

Hace una pausa y entorna los ojos sonriéndoles, pero ellos se limitan a esperar que continúe.

—La razón de que esté aquí es que mi jefe lo exige para que pueda conservar mi trabajo... y a mí me gusta mi trabajo.

Rex esperaba unas risas, pero todos lo observan en silencio.

—Tengo un hijo que ya es mayor, está en el último año de bachillerato... Y una de las cosas de las que debería arrepentirme en esta vida es no haber sido un buen padre. En realidad no he sido un padre, ni bueno ni malo, he asistido a cumpleaños y eso, pero... en realidad, no quería tener hijos, no me sentía lo bastante maduro para...

Su voz se quiebra en mitad de la frase y para su sorpresa siente que las lágrimas aparecen en sus ojos.

—De acuerdo, soy un idiota, quizá ya os hayáis dado cuenta —dice en voz baja, y después respira hondo—. El asunto es... mi ex es fantástica, no hay mucha gente que pueda decir lo mismo de su ex, pero Veronica es fantástica... Y ahora ha sido elegida a dedo por Unicef para poner en marcha un gran proyecto de atención médica gratuita en Sierra Leona, pero ella pensaba rechazarlo, como siempre.

Rex esboza una sonrisa torcida.

—Es perfecta para el trabajo... así que le dije que estoy tratando de mantenerme sobrio y que Sammy podía quedarse conmigo las semanas que ella esté fuera... y como ve que asisto a vuestras reuniones cree que empiezo a ser responsable y ahora va a hacer su primer viaje a Freetown.

Vuelve a pasarse los dedos por el pelo negro enmarañado y se inclina hacia delante.

—Sammy lo ha pasado bastante mal, es culpa mía seguro, no sé, él vive una vida diferente... y no creo que pueda recuperar la relación, pero el caso es que estoy deseando conocerlo un poco mejor.

—Gracias por compartirlo con nosotros —dice una mujer.

Rex Müller lleva dos años cocinando para un popular programa matutino de TV4, ha ganado la medalla de plata en el concurso Bocuse d'Or, ha colaborado con Magnus Nilsson en el restaurante Fäviken Magasinet, ha publicado tres

libros de cocina, y el otoño pasado firmó un generoso contrato con Grupp F12 para ser el jefe de cocina del restaurante Smak.

Después de tres horas en el nuevo restaurante lo deja a cargo de Eliza, su ayudante, se pone un traje y una camisa azul, acude a la inauguración de un nuevo hotel en Hötorget, lo fotografían junto al productor musical Avicii y después toma un taxi hasta Dalarö para reunirse con su colaborador más cercano.

David Jordan Andersen —o DJ, como todos lo llaman— tiene treinta y tres años y creó la empresa de producción y contenidos que compró los derechos televisivos de la cocina de Rex. En tres años ha conseguido que Rex pase de ser uno de los mejores chefs del país a convertirse en una celebridad.

También se han hecho amigos y pasan bastante tiempo juntos en privado.

Rex entra en el restaurante del Dalarö Strand Hotel, le estrecha la mano a DJ y se sienta frente a él.

—Creía que Lyra te acompañaría —dice Rex.

—Tenía que ver a sus amigos de Konstfack.

DJ tiene el aire de un vikingo moderno con una gran barba rubia bien cuidada y los ojos azul claro.

—¿Le parecí a Lyra un pesado la última vez? —pregunta Rex con la frente arrugada.

—La última vez fuiste un auténtico pesado —dice DJ con sinceridad—. No hay por qué darle una lección al chef cada vez que va uno a un restaurante.

—Se suponía que era una broma.

El camarero aparece con los entrantes pero no se retira y, al final, pregunta con las mejillas arreboladas si Rex podría firmar un autógrafo para el personal de la cocina.

—Depende de la comida —responde Rex muy serio—. No soporto que una crema de limón sepa a caramelo.

El camarero espera junto a la mesa esbozando una sonrisa nerviosa mientras Rex toma los cubiertos y corta un trozo de espárrago a la parrilla.

—Tómalo con calma —le dice DJ acariciándose la barba rubia.

Rex sumerge un trozo de salmón ahumado en la crema de limón, aspira el aroma por la nariz, prueba y mastica concentrado, saca un bolígrafo y escribe en la parte de atrás del menú: «Mis felicitaciones a los chefs del Dalarö Strand Hotel. Saludos cordiales, Rex».

El camarero le da las gracias y vuelve a toda prisa a la cocina sin poder disimular su alegría.

—¿Tan bueno estaba? —pregunta DJ en voz baja.

—Estaba bien —responde Rex.

DJ se inclina sobre la mesa, llena el vaso de Rex con agua y empuja la pequeña cesta de pan hacia él. Rex bebe un trago y mira un imponente yate que en ese momento zarpa del muelle de invitados hacia mar abierto.

Llegan los platos de arenque frito, cebolla roja dorada y puré de patatas.

—¿Has mirado si puedes el próximo fin de semana? —pregunta DJ con cuidado.

—¿Es entonces cuando nos reuniremos con los inversores? —pregunta Rex.

Durante más de un año, DJ y su equipo han trabajado para desarrollar las primeras piezas de una serie de utensilios de cocina firmados por Rex.

Se trata de unos utensilios de calidad con un diseño sobrio y un precio asequible. Todo el mundo debería ser capaz de ser el rey de su cocina. Rex of Kitchen.

—Pensé que podríamos comer algo bueno, socializar... es muy importante que se sientan especiales —explica.

Rex asevera con la cabeza y corta un trozo de arenque, mastica y se inclina sobre la mesa para coger el vaso de cerveza fría de DJ.

—¿Rex?

—Nadie tiene por qué saberlo —dice él, y le guiña un ojo.

—No lo hagas —dice DJ con calma.

—¿Tú también? —sonríe Rex, y deja el vaso sobre la mesa—. Estoy sobrio, pero es realmente ridículo... todo el mundo ha decidido que tengo un problema, y ni siquiera se han molestado en preguntarme.

Acaban de comer, pagan y bajan al muelle del hotel, donde DJ tiene su motora, una Sea Ray Sundancer algo rayada.

La tarde es cálida e increíblemente bonita, el agua está en calma, el sol se está poniendo y las nubes iluminadas tienen un matiz dorado.

Sueltan amarras y abandonan lentamente el embarcadero, balanceándose sobre las estelas dejadas por otros barcos, y navegan con cuidado a través del estrecho. La colina del lado de babor está salpicada de elegantes mansiones de madera con porches acristalados que reflejan el cielo del atardecer.

—¿Cómo está tu madre? —pregunta Rex, y se sienta en el sillón de cuero blanco junto a DJ.

—Un poco mejor —responde, y aumenta un poco la velocidad—. Los médicos le han cambiado la medicación, y ahora justamente se encuentra bastante mejor.

El ruido del motor ahoga su voz cuando llegan a aguas abiertas. Se levanta una espuma blanca tras ellos, la proa se eleva y el casco choca contra las olas. No dejan de acelerar, y poco después el barco comienza a planear a toda velocidad sobre el agua.

Rex se levanta tambaleándose y empieza a ponerse los esquís acuáticos que hay en el suelo detrás de los sillones.

—¿No te vas a quitar el traje? —grita DJ.

—¿Qué?

—Se mojará.

—No voy a caerme —responde Rex gritando.

Ya ha empezado a desenrollar la cuerda cuando siente que el teléfono vibra en el bolsillo interior. Es Sammy, y Rex le hace un gesto a DJ para que reduzca la velocidad.

—¿Hola? —responde.

Se oye música y voces de fondo.

—Hola, papá —dice Sammy pegado al auricular—. Solo quería saber qué vas a hacer esta noche.

—¿Dónde estás?

—En una fiesta, pero...

La estela de un gran velero hace que Rex se tambalee. Pierde el equilibrio y se sienta en los cojines de cuero blanco.

—¿Te lo estás pasando bien? —pregunta.

—¿Qué?

—Estoy con DJ en Dalarö, pero ayer preparé lenguado a la parrilla, queda algo en la nevera... puedes comértelo frío o calentarlo en el horno.

—No te oigo —ríe Sammy.

—No llegaré muy tarde —intenta gritar Rex.

La música alta ruge detrás de Sammy, un pesado bajo resuena en el teléfono y una mujer grita algo con voz alegre.

—Hasta luego —dice Rex, pero la conexión ya se ha cortado.

Es noche cerrada cuando el taxi baja por la calle Rehnsgatan y se detiene delante de una puerta de madera reluciente. Rex ha tenido que tomar prestada ropa de DJ y lleva su traje mojado en una bolsa negra de basura. Tiene que ir a grabar un programa de televisión por la mañana temprano y, en realidad, debería estar durmiendo hace varias horas.

Rex entra en la portería y aprieta tiritando el botón del ascensor. Este no se mueve. Da un paso adelante y alza la vista por el hueco del ascensor. Está parado en el quinto piso. Cruje y resuena ahí arriba. Los cables se balancean y Rex se pregunta si habrá alguien de mudanza en mitad de la noche.

Espera un rato más y después empieza a subir las escaleras con la bolsa de ropa mojada al hombro, como un Papá Noel.

Cuando se encuentra a mitad de camino oye cómo el ascensor chirría y empieza a moverse. Se cruza con él cuando va por el tercer piso y a través de la reja ve que está vacío.

Rex llega al ático, deja la bolsa en el suelo y toma aliento. Acaba de meter la llave en la cerradura cuando oye que el ascensor vuelve a subir y se detiene en su piso.

—¿Sammy?

Las puertas se abren, pero en el ascensor no hay nadie. Alguien ha tenido que apretar al sexto y después salir del ascensor.

Rex camina por el apartamento sin encender la luz y decide mirar si Sammy ha dejado algo del lenguado antes de acostarse. El suelo de madera brilla plateado en la oscuridad y a través de las puertas de cristal del balcón ve extenderse las ascuas de las luces de la ciudad.

Rex abre la nevera y acaba de constatar que Sammy no ha tocado el pescado cuando suena el teléfono.

—Rex —responde con voz ronca.

Se oye ruido de estática por el auricular. Una música contundente retumba de fondo y alguien gime.

—¿Papá? —se escucha un susurro.

—Sammy, creía que ya estarías en casa.

—No me siento bien —balbucea su hijo.

—¿Qué ha pasado?

—He perdido mis cosas y Nico está cabreado conmigo... No sé... Pero, joder, para de una vez —le dice a alguien a su lado.

—Sammy, ¿qué pasa?

Rex no oye lo que dice su hijo, la voz se pierde entre tanto ruido, un plato se rompe y un hombre empieza a gritarle a alguien.

—¿Sammy? —pregunta Rex—. Dime dónde estás y paso a recogerte.

—No hace falta...

Se oye un ruido como si a Sammy se le cayera el teléfono al suelo.

—¡Sammy! —exclama—. ¡Dime dónde estás!

Más estática, y después Rex oye cómo alguien coge el móvil.

—Ven a buscar al muchacho antes de que me canse —dice una mujer con una voz profunda.

Rex anota la dirección con el corazón desbocado, llama para pedir un taxi y corre escaleras abajo. Cuando sale al frío del exterior, vuelve a llamar a Sammy, pero nadie responde. Le da tiempo a hacer diez intentos, por lo menos, antes de que el taxi se detenga delante de su portal.

La dirección que le ha dado la mujer se encuentra en Östermalm, el distrito más rico de Estocolmo, pero el edificio de la calle Kommendörsgatan resulta ser una deteriorada casa de los años ochenta.

En la planta baja se oye una música alta a través de una puerta con una pegatina en el buzón que reza: «Más propaganda, por favor».



Rex llama al timbre, prueba la manija, abre la puerta y echa un vistazo al pequeño recibidor repleto de zapatos. Una música contundente resuena a través de las paredes. Huele a tabaco y vino tinto derramado. Los abrigos están tirados por el suelo de parquet desgastado del recibidor. Rex entra en la cocina a oscuras y mira a su alrededor. El fregadero rayado está repleto de botellas vacías. Una cacerola con restos resacos de un guiso de judías, platos apilados y ceniceros improvisados.

Sentado en el suelo de la cocina hay un hombre vestido de negro y con el rostro maquillado que bebe de una botella de plástico. Una mujer joven enfundada en unos vaqueros cortos y con sujetador rosa palo se tambalea junto al fregadero, abre un armario superior y saca un vaso. El cigarrillo que tiene entre sus labios cerrados tiembla mientras trata de llenar el vaso vertiendo vino de un envase.

Rex pasa de largo y la ve tirar la ceniza encima de los platos sucios. Expulsa una lenta ráfaga de humo mientras lo sigue con la mirada.

—Oye, cocinero, ¿no puedes preparar una tortilla? —dice sonriendo—. Tengo ganas de una jodida tortilla.

—¿Sabes dónde está Sammy? —pregunta.

—Creo que lo sé casi todo —responde ella, y le da el vaso de vino.

—¿Está todavía aquí?

Ella asiente con la cabeza y saca otro vaso del armario. Un gato negro salta sobre la encimera y comienza a lamer los restos de comida de un cuchillo de cocina.

—Me gustaría acostarme con un famoso —bromea, y empieza a reírse para sí misma.

Él aparta una silla para poder bordear la mesa de la cocina y siente cómo la joven le pasa los brazos por la cintura. El peso del cuerpo de ella hace que Rex se tambalee hacia delante.

—Entramos y despertamos a Lena y nos montamos un trío —murmura la mujer, y apoya su barbilla contra la espalda de él.

Rex deja el vaso de vino sobre la mesa, aparta las manos de la mujer, se da media vuelta y mira su rostro borracho y sonriente.

—He venido a buscar a mi hijo —explica, y dirige la vista hacia el cuarto de la tele.

—Oye, solo bromeaba, no quiero follar, solo quiero amor —dice ella, y lo suelta.

—Deberías irte a casa.

Rex se abre camino entre una trona y una cama plegable cerrada. Dos vasos tintinean uno contra el otro al ritmo de la música.

—Quiero tener un padre —la oye murmurar cuando entra en la habitación del televisor.

En un sofá a cuadros hay un hombre de cabello largo y canoso ayudando a un joven a meterse una raya de cocaína. Alguien ha sacado una caja con iluminación navideña. Hay colchones en el suelo pegados a las paredes. Un hombre corpulento con los pantalones desabrochados está sentado con la espalda contra la pared y rasguea una guitarra acústica.

Rex continúa por un pequeño pasillo con grandes marcas de arañazos en el suelo. Echa un vistazo a un dormitorio donde hay una mujer durmiendo con solo las bragas puestas. El brazo tatuado cubre su rostro.

En la cocina un hombre ríe y grita algo en voz alta.

Rex se detiene y escucha. Muy cerca se oyen ruidos y jadeos. Mira en el interior del dormitorio, acaba mirando entre las piernas de la mujer y se da media vuelta.

Una luz tenue parpadea en el suelo delante del cuarto de baño.

La puerta está entornada.

Rex se mueve hacia un lado y ve un cubo y una fregona junto a una lavadora.

Vuelve a oír los suaves jadeos y se acerca al cuarto de baño, estira la mano, empuja la puerta con cuidado y ve a su hijo arrodillado delante de un hombre con una nariz imponente y profundas arrugas alrededor de la boca entreabierta. Sammy tiene el rostro sudado y el rímel corrido. Sujeta con una mano el pene

erecto del hombre y se lo mete en la boca. El pendiente con la perla negra se balancea contra su mejilla.

Rex retrocede y ve cómo el hombre pasa los dedos por el cabello rubio de Sammy y lo agarra.

Se oyen llantos en el recibidor.

Rex da media vuelta, entra de nuevo en el cuarto de la tele e intenta tomar aliento mientras una avalancha de emociones encontradas retumba en su interior.

—Dios —suspira, e intenta sonreír ante su propia reacción.

Sammy es mayor de edad y Rex sabe que no quiere que lo definan por su sexualidad, y, sin embargo, se siente terriblemente abochornado por ese momento tan íntimo que ha presenciado por casualidad.

En el sofá a cuadros el hombre de pelo largo y canoso le ha metido la mano al joven por debajo de la camiseta.

Rex tiene que irse a casa y dormir, espera unos segundos, se pasa la mano por la boca y vuelve a acercarse al cuarto de baño.

—¿Sammy? —lo llama Rex antes de llegar—. ¿Sammy?

Algo cae ahí dentro y rueda tintineando por el lavamanos. Espera un poco más y vuelve a llamar a su hijo por su nombre.

Poco después, la puerta se abre y Sammy sale enfundado en unos pantalones ajustados y una blusa a flores desabrochada. Se apoya en la pared con una mano. Tiene los párpados pesados y la mirada abúlica.

—¿Qué haces aquí? —balbucea.

—Tú me llamaste.

Sammy alza la mirada, pero parece no entender lo que le dice. Tiene un ojo morado y sus pupilas están dilatadas.

—¿Qué cojones pasa? —grita el hombre desde el cuarto de baño.

—Ya voy... solo tengo...

Sammy se tambalea y está a punto de perder el equilibrio.

—Nos vamos a casa —dice Rex.

—Tengo que volver con Nico, se enfadará si...

—Habla con él mañana —lo interrumpe Rex.

—¿Qué? ¿Qué has dicho?

—Sé que tienes tu propia vida, no intento jugar a ser padre, te puedo dejar dinero para el taxi si te quieres quedar —dice Rex, tratando de que su voz suene más suave.

—Yo... necesito dormir.

Rex se quita la chaqueta, se la pasa a su hijo por los hombros y lo acompaña al exterior del apartamento.

Cuando llegan a la calle el cielo comienza a iluminarse y los pájaros pían alegres. Sammy se mueve despacio y está inquietantemente débil.

—¿Podrás mantenerte en pie mientras llamo a un taxi?

Su hijo asiente con la cabeza y se apoya pesadamente contra la fachada de la casa. Su rostro se ha tornado muy pálido, se toca la boca y la cabeza le cuelga.

—Yo... yo soy...

—¿No podemos intentar pasar estas tres semanas juntos? —prueba Rex.

—¿Qué?

Sammy traga saliva, se vuelve a tocar la boca con un dedo y parece que va a vomitar.

—¿Qué pasa, Sammy?

A su hijo le cambia la cara, le cuesta respirar, y de pronto se le ponen los ojos en blanco y al desplomarse sobre la acera se golpea la cabeza contra la caja de un cuadro eléctrico.

—¡Sammy! —grita Rex, e intenta ayudar a su hijo a levantarse.

El muchacho sangra por la cabeza y los ojos se deslizan hacia un lado detrás de los párpados medio cerrados.

—Mírame —grita Rex, pero no consigue que su hijo reaccione; su cuerpo está flácido.

Rex vuelve a tumbarlo, apoya la cabeza en su pecho y oye que su corazón late acelerado, pero la respiración es demasiado lenta.

—¡Dios mío! —exclama Rex, y saca el teléfono.

Las manos le tiemblan cuando intenta llamar a la ambulancia.

—No te mueras, no puedes morirte —susurra mientras suenan los tonos de llamada.

El móvil suena y Rex se sobresalta de tal manera que se golpea la mano contra el duro reposabrazos del banco. Se pone en pie y se seca la boca. En el exterior, el cielo está pálido como papel de hornear. Ha debido de dormirse. La chaqueta prestada está enrollada como una almohada.

No sabe cuántos lavados de estómago le han hecho a Sammy. Le llenaban el estómago una y otra vez con agua a través de una sonda en la boca y la extraían de nuevo con una gran jeringa. Sammy agitaba los brazos débilmente tratando de quitarse la sonda y gemía mientras los restos de vino tinto y pastillas salían de su interior y quedaban recogidos en una bolsa de plástico en el suelo.

El móvil sigue sonando y cuando Rex levanta la chaqueta, el teléfono resbala del interior del bolsillo, golpea el banco de madera y cae al suelo.

Se agacha para recogerlo y responde a cuatro patas:

—Diga —susurra.

—Por Dios, Rex —dice la productora de grabación tratando de dominarse—. Dime que estás en un taxi.

—Todavía no ha llegado —consigue decir.

Es domingo, él cocina en directo cada domingo en TV4. Es imposible que se le haya olvidado, pero no tiene ni idea de la hora que es.

El suelo de linóleo y las lámparas de tubos fluorescentes se oscurecen de pronto cuando Rex se pone en pie. Se apoya contra el banco y empieza a decir que quiere primeros planos de los ingredientes en el Barcoväggen y un travelling mientras cocina las gambas en el wok.

—Ya deberías estar sentado en maquillaje —dice la productora de grabación.

—Lo sé —asiente Rex—. Pero ¿qué puedo hacer si el taxi no llega?

—Llama a otro taxi —suspira ella, y cuelga.

Una enfermera con gafas lo mira con expresión inescrutable al pasar por el pasillo. Rex se apoya en la pared, mira el teléfono para saber qué hora es y después llama a un taxi.

Piensa en el rostro descolorido de Sammy mientras bebía la solución de carbón activo para descomponer las sustancias peligrosas de sus intestinos. Rex estuvo sentado a su lado, humedeciéndole la frente sudorosa con una toalla, repitiéndole que todo saldría bien. Alrededor de las seis de la mañana le pusieron suero, lo metieron en una cama y le aseguraron a Rex que estaba fuera de peligro. Y fue entonces cuando se sentó en el banco del pasillo para poder oír a Sammy si lo llamaba.

Cuarenta minutos después lo despertó el sonido del teléfono.

Rex se acerca con rapidez a la puerta y le echa un vistazo a su hijo, que todavía duerme profundamente. Tiene el rostro lavado y pálido. La gasa sobre la cánula del brazo se ha doblado. La vía y la bolsa medio llena de suero brillan bajo el sol de la mañana. El estómago se mueve al compás de su respiración regular.

Rex corre hacia los ascensores y entra en uno, y aprieta el botón verde justo cuando llama la directora de ventas de TV4.

—Estoy en un taxi —dice él cuando la maquinaria se pone en marcha.

—¿Tengo que preocuparme? —dice Sylvia Lund.

—Tranquilízate, solo se han equivocado de dirección.

—Tenías que estar en maquillaje hace veinte minutos —dice ella a la expectativa.

—Voy de camino, ya estoy llegando, el coche ya está en la avenida Valhallavägen.

Apoya la frente contra el espejo y siente cómo la fatiga por la falta de sueño se apodera de él.

El taxi lo está esperando delante de la entrada a urgencias. Rex se acomoda en el asiento trasero y cierra los ojos. Intenta dormir durante el corto trayecto, pero

no deja de pensar en lo ocurrido y en que debería llamar a Veronica, la madre de Sammy.

Por lo que le han dicho, Sammy será derivado a un psicólogo o a un asistente social para que hagan una valoración de su adicción y sus tendencias suicidas.

El coche gira y se detiene en el asfalto granuloso frente a la entrada a TV4. Rex paga, sale del coche sin esperar a que le den el recibo y entra por las puertas de cristal.

Sylvia se levanta de uno de los sofás de formas extrañas y se acerca a toda prisa. Tiene el rostro bien maquillado y el cabello peinado de forma que le cae sobre el cuello y los pómulos.

—No te has afeitado —dice ella.

—¿No lo he hecho? Me olvidé —responde él, llevándose la mano a la barbilla.

—Deja que te vea.

Su mirada recorre su chaqueta arrugada, el cabello revuelto y los ojos inyectados en sangre.

—Tienes resaca —dice—. No me lo puedo creer.

—Déjalo, lo tengo controlado —explica Rex decidido.

—Échame el aliento —dice ella lacónica.

—No —sonríe él.

—Me das pena, pero, bueno, no pasa nada: TV4 dejará de trabajar contigo si vuelves a meter la pata.

—Vale, ya lo has dicho.

—No te dejaré participar en la grabación si no haces lo que te he dicho.

Rex se sonroja y le echa el aliento en la cara a la jefa, la mira a los ojos y después se dirige a la esclusa de entrada.

Una mujer joven llega corriendo desde el interior del edificio, pasa su identificación por el lector y sujeta la puerta con su cuerpo para que Rex y Sylvia puedan pasar.

—Todavía tenemos tiempo —jadea.



Rex se dirige hacia los camerinos, pero de repente se siente mal en la empinada escalera de metal. Tiene que detenerse y sujetarse a la barandilla antes de seguir subiendo.

Pasa ante la sala de desayunos donde esperan los invitados de esa semana y entra apresurado en su camerino, continúa hasta el lavabo, se enjuaga la cara y la boca con agua fría, escupe y se seca con una servilleta.

Se cambia con manos temblorosas y se pone el traje colgado y planchado y el delantal de cocinero.

La mujer joven lo espera en el pasillo y corre tras él hacia maquillaje.

Rex se sienta en la silla de peluquero delante del espejo e intenta controlar el estrés mirando las noticias acerca de un importante pedido de coches a Volvo, mientras una de las maquilladoras lo afeita y otra mezcla dos cremas de maquillaje en una paleta.

Mientras, anuncian de vez en cuando que «el chef estrella comparte sus mejores consejos contra la resaca».

—No he dormido nada esta noche —consigue decir.

—Bueno, lo arreglaremos —le asegura la maquilladora, y presiona una esponja húmeda contra sus ojos hinchados.

Rex piensa de nuevo en Sammy, cuando era pequeño y dijo sus primeras palabras. Fue un día frío de otoño y su hijo estaba jugando en el cajón de arena cuando de repente alzó la mirada, dio unas palmadas en el suelo a su lado y dijo: «Papá sienta».

Rex nunca quiso tener hijos, no habían planeado que Veronica se quedara embarazada. Él solo deseaba beber, cocinar y follar.

La maquilladora le pasa los dedos por el pelo una última vez para que quede bien plano.

—¿Qué le pasa a todo el mundo que está tan obsesionado por los chefs? —pregunta retóricamente.

Él se ríe, le da las gracias por haberlo convertido en un ser humano y corre hacia el estudio de televisión.

La puerta del estudio insonorizado se cierra detrás de Rex. Avanza sigilosamente y ve que Mia Edwards, la presentadora de la mañana, está sentada en un sofá y habla con una escritora con el cabello rosa.

Rex pasa con cuidado por encima de los cables y se sitúa en la cocina a un lado de los sofás. Un técnico de sonido le coloca un micrófono mientras él comprueba que todos los ingredientes para el plato de pasta están en su sitio, que el agua hierve y la mantequilla está fundida.

Ve en el gran monitor cómo la escritora entrevistada ríe alzando los brazos, mientras en la parte baja de la pantalla el faldón de noticias comenta el número cada vez mayor de críticas contra el Consejo de Seguridad de la ONU.

—¿Tienes hambre? —le pregunta Mia a la escritora después de recibir instrucciones por el pinganillo—. Eso espero, porque hoy Rex ha preparado algo muy especial.

Los focos se encienden y las lentes negras de las cámaras se dirigen hacia él justo cuando está vertiendo aceite en la sartén de cobre batido.

Rex sube el fuego de la cocina de gas, empieza a coger hojas de albahaca de una gran planta, se detiene y mira sonriente a la cámara.

—Quizá alguno de vosotros estuvo anoche de fiesta... así que hoy prepararemos la comida perfecta para una resaca. *Tagliatelle* con gambas calientes, mantequilla fundida con ajo, pimienta roja, aceite de oliva y hierbas frescas... Imagínate una mañana en la que te sientes realmente perezoso... te despiertas junto a alguien a quien con un poco de suerte reconocerás... En fin, y a lo mejor ni siquiera os apetece pensar qué hicisteis ayer, lo único que necesitáis es comida.

—Y nada de dietas —dice Mia expectante.

—Pero solo por esta vez, solo esta mañana —ríe Rex, y al pasarse la mano por el pelo se estropea el peinado—. Os aseguro que vale la pena.

—Te creemos, Rex.

Mia se acerca y mira mientras él corta los chiles y el ajo con rápidos movimientos de cuchillo.

—Si tienes resaca, es mejor que hagas esto con cuidado...

—Eso lo puedo hacer yo igual de rápido —bromea Mia.

—A ver.

Lanza el cuchillo hacia arriba y deja que dé dos vueltas en el aire antes de volver a atraparlo y dejarlo junto a la tabla de cortar.

—No —ríe ella.

—Mi ex siempre me llamaba *schmuck*... todavía no entiendo qué quería decir —dice con una sonrisa, y remueve el contenido de la sartén.

—Así que has secado las gambas con papel de cocina.

—Y como no están cocidas, seguramente habrá que añadirles mucha sal —dice Rex, e introduce la pasta fresca en el agua hirviendo.

A través de la nube de vapor sus ojos captan la última noticia en el monitor: «William Fock, ministro de Asuntos Exteriores, ha fallecido tras una corta enfermedad».

Nota una poderosa sensación de angustia en el estómago y la cabeza se le queda en blanco. De pronto no recuerda dónde se encuentra ni qué se espera que haga.

—Hoy en día es posible conseguir gambas ecológicas, ¿verdad? —pregunta Mia.

Él la mira y asiente con la cabeza, pero en realidad no sabe lo que ha dicho. Coge con manos temblorosas el paño de cocina de la encimera y se seca la frente con cuidado para no arruinar el maquillaje.

Es una emisión en directo, Rex sabe que tiene que sobreponerse, pero en lo único en lo que puede pensar es en lo que pasó hace tres semanas.

No puede ser cierto.

Se sujeta con una mano a la encimera y siente cómo le corre el sudor entre los omóplatos.

—En otras ocasiones has dicho que se puede guardar un poco del agua de la pasta y añadirla si quieres reducir la cantidad de aceite del plato —apunta Mia.

—Sí, pero...

—Pero hoy no, ¿verdad? —sonríe ella.

Rex se mira las manos, ve que todavía le funcionan, que acaban de subir la llama debajo de la sartén y en este momento están exprimiendo el jugo de un limón sobre las gambas. Las manos aprietan la fruta y se oye un chisporroteo cuando algunas gotas caen en el borde de la sartén, como una ristra de diminutas perlas de cristal llenas de luz.

—Está bien —susurra, mientras su cerebro repite que el ministro de Asuntos Exteriores ha muerto tras una corta enfermedad.

Estaba enfermo y nada de lo que hice tiene ninguna importancia, piensa Rex, y coge el cuenco con las gambas.

—Y para terminar, hay que sofreír las gambas —dice mientras ve cómo el aceite caliente se mueve formando dibujos oníricos—. ¿Estáis preparados? *Um, dois, três...*

La cámara montada sobre la *dolly* enfoca la gran sartén de cobre cuando Rex vacía el cuenco con gesto teatral y las gambas caen en el aceite con un chisporroteo indignado.

—¡La temperatura bien alta! No dejéis de mirar el color y escuchar... y oiréis perfectamente cómo el líquido se evapora —dice Rex, y les da la vuelta a las gambas.

Espolvorea una pizca de sal sobre la sartén con un siseo. La otra cámara lo filma directamente de frente.

—Dejadlas unos segundos, tu cariñito puede seguir en la cama, la comida está casi lista —sonríe, y saca las gambas rosas del aceite.

—Huele de maravilla, casi siento que me flaquean las piernas —dice Mia, y

se inclina sobre el plato.

Rex escurre la pasta, seguidamente la vierte en un cuenco, mezcla la mantequilla con el ajo y la pimienta, añade las gambas aceitosas, agrega un poco de vino blanco y vinagre balsámico y un montón de perejil picado, mejorana y albahaca.

—Ya puedes llevar los platos al dormitorio —le dice Rex a la cámara—. Abre una botella de vino si queréis quedaros bajo las mantas, si no, el agua también es muy buena.

El ministro de Asuntos Exteriores ha muerto, repite Rex para sí mismo cuando abandona el estudio donde los invitados degustan su plato de pasta, y al salir de allí oye cómo alaban su comida.

Rex corre por el pasillo hasta su camerino, cierra la puerta con cerrojo, tropieza con sus zapatos, entra en el cuarto de baño tambaleándose y devuelve en el retrete.

Se lava la boca y el rostro, se tumba en el estrecho catre y cierra los ojos.

—*Fuck me* —susurra, y se deja arrastrar por los recuerdos borrosos de una noche de hace tres semanas.

Había estado de fiesta en el Matbaren, bebió demasiado y se le metió en la cabeza la idea de que estaba enamorado de una mujer que trabajaba en una sociedad de inversión con un nombre ridículo.

Casi cada vez que se emborrachaba acababa la noche junto a alguna mujer. Si había suerte, no se trataba de una asistente de producción de TV4 o de la exmujer de algún colega, sino de una completa desconocida, como en aquella ocasión.

La acompañó en taxi a la mansión de Djursholm. La mujer estaba divorciada y su único hijo se encontraba en Estados Unidos en un programa de intercambio. Él la besó en el cuello mientras ella desconectaba la alarma y lo dejaba entrar. Un anciano golden retriever se acercó caminando desde el interior de la casa.

Fueron directos al grano y no hablaron mucho. Era tarde y ambos sabían por qué estaban allí. Él eligió una botella de vino de la gran nevera y recuerda que se tambaleó al descorcharla.

Ella sacó queso y galletas que no llegaron a tocar.

Con una sensación de inevitabilidad, él la siguió a través del pasillo alfombrado hasta el dormitorio principal.

En la habitación, ella encendió algunos apliques con la luz atenuada y desapareció en el cuarto de baño.

Cuando regresó vestía un camisón y un kimono del mismo tejido plateado reluciente. Abrió el cajón de la mesilla de noche y le tendió un condón.

Rex recuerda que quería que la tomaran por detrás, quizá para no tener que ver su rostro. Ella se puso a cuatro patas, con el culo blanco expuesto, el camisón subido y recogido alrededor de la cintura y la media melena colgando sobre sus mejillas.

La cama antigua crujía y un ángel bordado se balanceaba en su marco en la pared.

Ambos estaban demasiado cansados, demasiado borrachos, ella no tuvo un orgasmo, ni siquiera lo fingió, cuando él acabó apenas murmuró que tenía que dormir, se dejó caer sobre el abdomen y se durmió con las piernas separadas.

Él regresó a la cocina, se preparó un coñac y le echó un vistazo al periódico de la mañana, que acababa de llegar. El ministro de Asuntos Exteriores había dicho algunas estupideces sobre la existencia de fuerzas feministas radicales que deseaban destruir la ancestral relación entre hombres y mujeres.

Rex dejó el periódico en el suelo y abandonó la mansión.

Caminó directamente hasta Germaniaviken con un solo pensamiento en la cabeza, y siguió la orilla hasta llegar a la mansión del ministro de Asuntos Exteriores.

Estaba demasiado borracho para preocuparse por las alarmas o las cámaras de vigilancia. Cuando trepó por la valla, lo movía un poderoso sentido de la justicia, se dirigió por el césped hacia el porche. Cualquiera podría haberlo visto. La mujer del ministro desde una ventana, o un vecino que pasara por allí. A Rex no le importaba, no podía deshacerse de aquel pensamiento compulsivo: tenía que mear en la piscina iluminada del ministro. En ese momento le había parecido lo más adecuado, y sonrió con aire triunfal cuando la orina cayó sobre el agua azul

claro.



Rex no hace caso del taxi aparcado delante de la entrada a TV4 y echa a andar. Necesita respirar, necesita ordenar sus pensamientos.

Meses atrás, se habría calmado con un gran vaso de whisky, y luego tres más.

Ahora, en cambio, camina a lo largo de la transitada avenida Lidingövägen y está intentando decidir lo que puede llegar a costarle su conducta cuando DJ llama por teléfono.

—¿Me has visto?

—Sí, ha estado la hostia de bien —dice DJ—. Casi parecía que tenías resaca de verdad.

—Eso pensó Sylvia también. Creía que había estado bebiendo.

—¿Eso te dijo? Puedo acudir a testificar que ayer solo bebiste agua... aunque la mayoría fuera salada.

—No sé... es tan increíblemente ridículo que tenga que fingir que soy alcohólico para no perder el trabajo.

—Pero no está mal que te lo tomes con un poco de...

—Vale, no quiero volver a oírlo —lo interrumpe Rex.

—No lo decía como una crítica —añade DJ en voz baja.

Rex suspira y a través de la verja de entrada contempla el gran estadio deportivo que se construyó para los juegos olímpicos de 1912.

—¿Te has enterado de que ha muerto el ministro de Asuntos Exteriores? —pregunta.

—Pues claro.

—Teníamos una relación complicada —dice Rex, y cruza las verjas negras.

—¿En qué sentido?

—No me gustaba —responde, y camina hasta la pista roja de atletismo que rodea el campo de hierba.

—Vale, pero no hace falta que lo menciones precisamente ahora que se acaba de morir —dice DJ con tranquilidad.

—No es solo eso...

David Jordan guarda silencio mientras Rex, en voz baja, le cuenta lo que hizo, que hacía tres semanas bebió demasiado y acabó orinando en la piscina del ministro de Asuntos Exteriores.

Finaliza la confesión explicando que recogió todos los enanitos del jardín — algunos de hasta setenta centímetros de altura— y los tiró a la piscina iluminada.

Rex entra en el campo de fútbol y se detiene en el centro.

Y, rodeado por las gradas vacías, piensa que algunos de los enanitos quedaron de pie en el fondo mientras que otros acabaron tumbados, envueltos en una nube de pequeñas burbujas de aire.

—De acuerdo —dice DJ, tras un momento de silencio—. ¿Alguien más sabe lo que hiciste?

—Las cámaras de vigilancia.

—Si hay un escándalo todos los inversores se retirarán, lo sabes, ¿verdad? — dice DJ.

—¿Qué puedo hacer? —pregunta Rex en tono lastimero.

—Tienes que ir al entierro —dice DJ despacio—. Me ocuparé de que te manden una invitación. Habla del tema en las redes sociales, di que tu mejor amigo ha muerto. Habla de él y sus logros políticos con el mayor de los respetos.

—Si la cinta de las cámaras de vigilancia sale a la luz, eso puede volverse en mi contra —responde Rex.

—Sí, lo sé, por eso te vas a adelantar y hablarás sobre vuestra jerga grosera y vuestras bromas absurdas... Dirás que a veces os pasabais, pero que erais así. Pero no reconozcas nada concreto, con un poco de suerte la cinta ya no existirá.

—Gracias.

—De todos modos, ¿qué tenías en contra del ministro de Asuntos Exteriores?

—pregunta DJ con curiosidad.

—Siempre ha sido un cerdo falso, un tirano... mearé sobre su tumba como una broma final.

—Pero nada de grabaciones —ríe David Jordan, y la conversación finaliza.

Rex ve una bandada de palomas alzarse desde las gradas y dar media vuelta volando por el cielo, formando una larga y estrecha elipse, antes de juntarse y volver a posarse.

Sammy está sentado en la cama hecha y se está secando el pelo con una toalla cuando Rex entra en la habitación del hospital.

—Bonito maquillaje, papá —dice con voz ronca.

—Sí —responde Rex—. Vengo directamente del estudio de televisión.

Da un paso hacia la cama. Las caóticas imágenes del lavado de estómago y su ansiedad por la muerte del ministro de Asuntos Exteriores no dejan de torturarlo.

Y se recuerda a sí mismo que, en esos momentos, la única opción viable es mantener la calma y no juzgar.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta con cuidado.

—Más o menos —responde Sammy—. Me duele la garganta. Como si alguien me hubiera metido un tubo en el gástrico.

—Te haré una sopa cuando volvamos a casa —dice Rex.

—El médico acaba de salir... al parecer, tengo que hablar con un asistente social antes de marcharme.

—¿Te han dado hora?

—Vendrá a la una.

—Entonces me da tiempo a ver a DJ —dice Rex cuando recuerda que dentro de media hora tiene una reunión de Alcohólicos Anónimos—. Pero volveré justo después... y tomamos un taxi a casa.

—Gracias.

—Sammy, tenemos que hablar.

—De acuerdo —dice el hijo, y se cierra en banda.

—No quiero tener que volver a pasar por esto —comienza Rex.

—No debe de haber sido agradable —dice Sammy con el rostro vuelto.

—No —responde Rex.

—Papá es famoso —dice Sammy con una sonrisa torcida—. Papá es un chef estrella de la televisión y no quiere tener nada que ver con el fracasado de su hijo, un maricón que se maquilla y...

—Eso me importa una mierda —lo interrumpe Rex.

—Solo tendrás que aguantarme unas semanas —apunta su hijo.

—Todavía espero que podamos pasarlo bien juntos, pero tienes que prometerme que lo intentarás.

Sammy arquea las cejas.

—¿Qué? ¿Qué tengo que intentar? ¿Lo dices por Nico?

—Esto no es ningún debate sobre moral —aclarar Rex—. No tengo nada que decir al respecto. La gente se enamora y punto.

—¿Quién está hablando de amor? —murmura Sammy.

—Sexo, entonces.

—¿Estabas enamorado de mamá? —pregunta Sammy.

—No lo sé, en aquella época yo era un inmaduro —contesta Rex con sinceridad—. Pero al volver la vista atrás, creo que debería haberme quedado con ella... me habría encantado pasar la vida con ella y contigo.

—Mira, papá, tengo diecinueve años, no lo entiendo, ¿qué quieres de mí?

—Para empezar, no más lavados de estómago.

Sammy se levanta despacio y va a colgar la toalla.

—Creía que Nico controlaba las pastillas que me daba —dice al regresar—. Pero fueron demasiadas.

—De ahora en adelante contrólalo tú mismo.

—Soy débil... y además, tengo derecho a serlo —replica Sammy.

—Entonces no saldrás adelante... en el mundo no hay lugar para los débiles.

—Vale, papá.

—Sammy, no soy yo quien lo dice, así son las cosas.

Su hijo está apoyado en la jamba de la puerta con los brazos cruzados. Está sonrojado y traga saliva.

—No hagas nada peligroso —dice Rex.

—¿Por qué no? —susurra Sammy.

Ninguna organización terrorista se ha atribuido aún el asesinato pero, dada la naturaleza del crimen, a los analistas de los servicios secretos no les sorprende. El propósito de disparar al ministro de Asuntos Exteriores es asustar a un pequeño grupo de políticos de alto nivel, no atemorizar a la ciudadanía en general.

Durante el domingo prosigue el análisis de la exhaustiva investigación técnica y las más de diez mil pruebas de laboratorio. Todo parece confirmar la imagen de un asesino muy profesional. No ha dejado huellas dactilares ni rastros biológicos, no ha dejado balas ni casquillos y no se ve a nadie en las cintas de las cámaras de vigilancia.

Han conseguido sacar varias huellas de sus botas, pero son de un tipo que se vende por todo el mundo y el análisis de la tierra que han dejado no ha sido concluyente.

Saga Bauer está sentada junto a Janus Mickelsen, el responsable de la investigación, y su grupo de colaboradores más cercano en una sala de reuniones de la planta superior de las oficinas centrales del servicio secreto en Solna. Janus lleva puesta una camiseta con estampado de batik verde pálido. Sus cejas casi blancas adquieren un tono rosado cuando está absorto.

Obviamente, se ha reforzado la vigilancia en torno a los edificios importantes y las personas clave tienen más guardaespaldas que de costumbre, pero todos son conscientes de que no es suficiente.

La tensión en la sala de reuniones es máxima.

Antes de su traslado a la sección de Joona, Salim ha sido aislado en la cárcel de Hall. En realidad, nadie cree que el aislamiento evite más asesinatos. Pues

aun cuando no pueda dar nuevas órdenes es posible que los tres primeros ya estén preparados.

En estos momentos, todas las esperanzas están puestas en que Joonas consiga ganarse su confianza en la cárcel. Si fracasa lo único que quedará es ver qué sucede el miércoles.

—Tenemos a un asesino muy bien preparado... no comete errores, no se deja llevar, no se asusta —dice uno de los hombres.

—Entonces no debería haber dejado una testigo —replica Saga.

—A no ser que sea un proxeneta que piensa que en esta ocasión el ministro se pasó de la cuenta —sonríe Janus, y se aparta soplando unos rizos rojos del rostro.

Jeanette y Saga han interrogado a la testigo tres veces más, pero no han conseguido nada nuevo. Ella mantiene su historia y nada indica que mienta, aunque tampoco han podido verificar que sea una prostituta de verdad.

Nadie conoce a Sofia en el sector, pero durante el día los técnicos han conseguido localizar a Tamara Jensen, que parece ser la única persona que podría confirmar su historia.

Tamara aparecía como un contacto en el móvil de Sofia y después de rastrear su teléfono desde tres antenas repetidoras han conseguido su posición exacta: Tamara se mueve por una pequeña zona al sudoeste de Nyköping.

No está casada ni se ha mudado a Gotemburgo, como aseguraba Sofia.

Su anuncio todavía aparece en una página web en la que se ofrece un servicio de escort de lujo en la zona de Estocolmo. En la fotografía se ve a una mujer de veinticinco años con mirada despierta y un elegante peinado. En su presentación, se promete una compañía refinada para fiestas y viajes, noches completas y paquetes de fin de semana.

Saga Bauer lee las indicaciones mientras Jeanette Fleming conduce el BMW gris oscuro a ciento cuarenta kilómetros por hora. Ambas mujeres se lo pasan

siempre bien juntas a pesar de que son bastante diferentes tanto de personalidad como de apariencia. Jeanette mantiene el flequillo lateral fijo con una horquilla de plata mate y viste una falda gris claro y una chaqueta blanca, medias finas y zapatos de medio tacón.

Charlan y comen regaliz salado de una bolsa que está en un compartimento junto a la palanca de cambios.

Saga cuenta que ayer su exnovio, Stefan, le envió un mensaje de texto desde Copenhague cuando estaba borracho pidiéndole que fuera a su hotel.

—Por qué no —dice Jeanette, y toma un trozo más de regaliz.

Saga se ríe y mira pensativa por la ventanilla lateral a los edificios de una zona industrial.

—Es un idiota. No entiendo por qué sigo acostándome con él —dice en voz baja.

—Pero en serio —continúa Jeanette, y tamborilea con los dedos sobre el volante—. A quién le importan los principios. Es tu vida, la única que tienes, y estás sola.

—¿Es este tu consejo como psicóloga? —sonríe Saga.

—Es lo que pienso —responde, mirando a su compañera.

Se ha hecho tarde cuando llegan a Nyköpingsbro, un restaurante abierto por la noche que está construido como si fuera un puente sobre la autopista.

Jeanette da una vuelta por el aparcamiento hasta que encuentran el viejo Saab de Tamara, se detienen de forma que le bloquean la salida, y luego entran en el restaurante.

Un hombre con una bandeja de comida está pagando y le dan una tarjeta. La mujer de la caja le grita que la coloque en un lugar visible del parabrisas.

Aunque el restaurante está casi vacío, Saga y Jeanette se dan una vuelta por las mesas, pero Tamara no se encuentra allí. Pasan junto a una piscina de bolas sin niños. La alfombra de bolas reposa detrás de un vidrio sucio junto a un cartel verde con información turística.

—Vale, salgamos —dice Jeanette en voz baja.



El área de descanso está a oscuras. El aire es frío y Saga se abrocha la cazadora de cuero cuando pasan junto a los bancos y las mesas. Algunas urracas buscan entre los cubos repletos de basura.

Saga y Jeanette continúan hacia la zona de estacionamiento para camiones, cuando un camión azul se detiene delante de ellas. El suelo tiembla a causa de su peso. Da un giro y aparca junto al vehículo más alejado.

Hay diecinueve camiones estacionados a este lado del puente y más allá se alza el bosque de abetos con su oscuridad opaca. El ruido de la autopista llega en oleadas, como rompientes desfalleciendo sobre una playa.

Entre los vehículos reina la oscuridad y se nota una extraña calidez. El olor a diésel se mezcla con la orina y el humo de los cigarrillos. El metal recalentado crepita. Gotea agua sucia de la cubierta delantera de un enorme par de ruedas.

Alguien tira una bolsa de basura debajo de un remolque y a continuación sube a la cabina, cierra y enciende la alarma del gas.

Aquí y allá se ve el brillo de los cigarrillos en la oscuridad.

Saga y Jeanette caminan entre los grandes camiones. El asfalto está repleto de manchas de aceite y basura. En el suelo hay cajas de snus vacías, bolsas de Burger King, colillas y revistas pornográficas pisoteadas.

Saga se agacha y mira por debajo de uno de los camiones. Ve que hay gente moviéndose más allá. Algunos orinan contra las ruedas. Se oyen conversaciones susurrantes y un perro ladra tras unas puertas cerradas.

Un camión salpicado de barro arranca el motor a su lado, se queda en punto muerto para subir la presión del aire y calentar el motor. Las luces traseras rojas se encienden iluminando un montón de basura y botellas vacías en la linde del bosque.

Saga se agacha de nuevo, mira por debajo de un chasis oxidado y ve descender a una mujer de una cabina. Sus piernas delgadas se ven claramente mientras se tambalea sobre sus botas de plataforma.

Saga y Jeanette corren hacia la mujer de las plataformas mientras el mugriento camión se pone en marcha con un rugido. Gira pesadamente con el remolque crujiendo y pasa tan cerca de ellas que se ven obligadas a pegarse contra otro camión para que no las aplaste.

Las enormes ruedas pasan rodando entre chirridos.

Una nube caliente de gases del tubo de escape flota en el aire y Jeanette tose ahogada.

Más allá alguien grita y silba con picardía.

Cuando dan la vuelta al otro vehículo ven a la mujer de las botas de plataforma. Está ahuecando la palma de la mano sobre un cigarrillo. La llama del encendedor ilumina su rostro. No es Tamara. La mujer tiene los ojos enrojecidos y unas profundas arrugas le corren desde la nariz hasta la comisura de los labios. Lleva el cabello lacio teñido y las raíces están completamente grises. Viste un top muy escotado y una falda de ante.

La mujer está de pie junto a un camión polaco y dice algo a los hombres de la cabina, da una profunda calada y, de repente, se tambalea hacia atrás tan exageradamente que casi se cae en el espacio entre la cabina y el remolque. Saga y Jeanette oyen a los hombres del camión explicar en inglés que no están interesados en comprar sexo. Intentan ser educados y cuentan que su único plan es llamar a sus hijos, darles las buenas noches y luego dormir.

La mujer hace un gesto desdenoso con la mano, sigue andando y acaba de llamar a la puerta de otro camión cuando Saga y Jeanette la alcanzan.

—Disculpa, ¿sabes dónde está Tamara Jensen? —pregunta Saga.

La mujer se vuelve hacia ellas y se aparta el cabello del rostro.

—¿Tamara? —repite con voz ronca.

—Le debo algo de dinero —dice Jeanette.

—Pero... puedo dárselo yo si quieres —dice la mujer sin poder reprimir una sonrisa.

Saga ríe.

—¿Está aquí?

La mujer señala hacia la parte trasera del restaurante.

—Iré a echar un vistazo.

Jeanette se queda entre los vehículos y ve alejarse a Saga entre los grandes camiones, una delgada silueta recortada contra la luz del restaurante.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —dice, volviéndose hacia la prostituta.

—Oye, yo ya me he redimido —comienza la mujer de forma automática, y vuelve a tambalearse.

De repente, ruge el motor del camión que tienen al lado. El enorme vehículo emite un silbido y comienza a moverse bamboleándose hacia delante. Los calientes vapores del diésel se disipan. El último neumático del remolque pasa por encima de una botella de vidrio. La revienta y algunos fragmentos salen disparados. Jeanette siente que le quema la espinilla. Busca a tientas con la mano sobre las medias rotas, mira la yema de sus dedos y ve que están ensangrentadas. Cuando se yergue de nuevo la prostituta ha desaparecido.

Saga pasa de largo ante el restaurante y rodea el edificio de los cuartos de baño y las duchas a las que tienen acceso los conductores profesionales. Entre las ramas de los árboles brilla el letrero amarillo de la gasolinera. La parte de atrás del restaurante está llena de basura, viejos cartones de leche, trozos de papel higiénico y restos de comida que los pájaros y otros animales han esparcido alrededor.

Tamara está sentada en el suelo apoyada contra la pared y sostiene una bolsa para congelados sobre la nariz y la boca.

—¿Tamara?

La mujer aprieta la bolsa y la baja despacio. Sus ojos están en blanco y sus labios emiten un profundo suspiro.

—Me llamo Saga Bauer y me gustaría hablar contigo acerca de tu mejor amiga, Sofia Stefansson.

Tamara mira a Saga mientras un hilo de saliva le corre por la barbilla. Tiene el pelo revuelto y el rostro gris y apagado, como una persona inconsciente.

—Mi mejor amigo es esto —dice ella, y levanta un poco la bolsa.

—Pero yo sé que conoces a Sofia.

Tamara tose. Está a punto de caer a un lado, pero se apoya con la mano y vuelve a inspirar con fuerza de la bolsa.

—Sofia —murmura, y asiente débilmente con la cabeza.

—¿Es una escort?

—Se cree mejor que las demás, pero es solo una tía estúpida que no entiende una mierda.

Sus ojos se cierran y la cabeza se le hunde sobre el pecho.

—¿Qué es lo que no entiende?

—Las ventajas del trabajo —susurra.

—¿La has visto alguna vez con un cliente?

Tamara suspira y vuelve a abrir los ojos. Se da cuenta de que tiene un preservativo anudado pegado al tobillo, lo coge con la punta de los dedos y lo tira al suelo.

—Tengo un jodido sabor bien raro en la boca —dice, y alza la vista hacia Saga—. Podemos hablar si me invitas a beber algo.

—De acuerdo.

Tamara vuelve a toser, se pone de pie con dificultad y mira con los ojos entornados a Saga.

Está muy delgada, las manos y las mejillas están llenas de pequeñas heridas, tiene los labios resecaos y agrietados. Una pinza para el pelo que ha perdido sus piedras cuelga sobre la frente arrugada.

No hay casi nada en ella que recuerde a la mujer sonriente de la página web.

Tamara comienza a moverse inclinada hacia delante, con la cabeza colgando. Cuando entran en el restaurante se queda parada un momento y se tambalea como si hubiera olvidado adónde se dirigía, pero después continúa hasta la barra.

—Quiero un batido de chocolate... Y patatas fritas con kétchup... y una Pepsi con... con coches —dice y, después de coger una bolsa de caramelos con forma de coche, la pone delante de la cajera.

Jeanette Fleming avanza pegada a los enormes camiones en la dirección en la que cree que ha desaparecido la prostituta. Junto a la linde del bosque está tan oscuro entre los vehículos que tiene que estirar los brazos para tantear el camino. En el aire flotan vapores de diésel y algunos camiones irradian calor como caballos sudados. Pasa junto a una cabina con cortinas a cuadros bajadas.

De repente, Jeanette ve a la mujer. Está un poco más allá. Escupe en el suelo y llama a una cabina mientras se apoya con una mano en la enorme rueda delantera.

—¿Dónde has trabajado antes? —pregunta Jeanette, cuando llega a su altura.

—En ambientes exclusivos.

—¿Has tenido clientes en Djursholm?

—Solo elijo lo mejor —murmura la mujer.

La puerta del camión se abre y un hombre corpulento con gafas y barba rala las mira. Le manda un beso a Jeanette y luego mira con gesto irritado a la prostituta.

—¿Qué quieres? —le espeta.

—Me preguntaba si quieres un poco de compañía —responde la mujer.

—Eres demasiado fea —dice el hombre, pero no cierra la puerta.

—No lo soy —responde ella con tranquilidad, aunque es evidente que el hombre disfruta siendo cruel con ella.

—¿Y en qué parte no eres fea?

La mujer se levanta el top y muestra sus pechos pálidos.

—¿Hay que pagar por eso? —dice él, aunque le hace un gesto con la cabeza para que suba.

Jeanette ve a la mujer subir a la cabina y cerrar la puerta tras de sí. Espera un rato en la oscuridad y oye los crujidos de los muelles del asiento.

Las luces de los coches barren el suelo, las sombras se deslizan rápidamente a un lado. Del otro extremo del aparcamiento le llegan risas y una música apagada.

Una mujer grita en algún lugar, su voz suena enfadada y ronca por la borrachera.

Jeanette mira debajo del remolque del camión. A lo lejos alguien tira al suelo un cigarrillo, que cae envuelto en una cascada de chispas antes de que lo pisen. De repente, nota que hay movimiento en la otra dirección. Parece que alguien se mueve gateando a cuatro patas por debajo de los camiones y remolques en su dirección. Un escalofrío le recorre la espalda y la nuca y decide ir hacia el restaurante.

Un camión entra en el aparcamiento, pero se detiene chirriando y la deja pasar. Los frenos sisean con fuerza. Una cadena se balancea tintineando bajo el vehículo. Jeanette no consigue ver al conductor, pero cruza la carretera pasando ante el potente resplandor de los faros.

Se acerca al restaurante y se da media vuelta, pero nadie la sigue.

Jeanette comienza a caminar algo más tranquila y decide quitarse las medias y lavarse la herida de la pierna antes de llamar a Saga.

Va a los aseos, pero todos están ocupados. La sangre se ha coagulado alrededor de la herida y ha resbalado pantorrilla abajo.

La delgada puerta de chapa de uno de los aseos se abre y sale una mujer teñida de rubio. Tiene pegado un teléfono al oído y dice a voces que estaba con un cliente, que no puede hacerlo todo al mismo tiempo.

La mujer desaparece gesticulando irritada en dirección a los camiones.

Un papel escrito a mano pegado a la puerta anuncia NO FUNCIONA, pero Jeanette entra de todas formas y cierra.

Es un retrete para discapacitados con delgados tabiques de chapa. Los reposabrazos blancos están levantados y un timbre rojo de alarma brilla cerca del suelo.

Se quita las medias rotas y las tira. Hay muchos preservativos usados en la basura. El suelo está cubierto de papel higiénico mojado y las paredes, llenas de grafitis.

Jeanette se mira en el espejo y saca su polvera del bolso, se apoya en el lavabo y oye que hay alguien en el aseo contiguo, moviéndose en aquel estrecho espacio.

Se empolva la cara y ve por el espejo que entre los dos cubículos hay un pequeño agujero en la pared, a un metro por encima del suelo. Quizá antes había un dispensador de papel higiénico. Devuelve la polvera al bolso y se da media vuelta, y entonces ve que la pared se mueve ligeramente.

Alguien está apoyado del otro lado.

Se oye un crujido y un billete doblado cae al suelo desde el agujero. Se oyen unos ligeros golpes en la pared. Jeanette está a punto de decir algo cuando frente a ella aparece un gran pene a través del agujero.

La situación es tan ridícula que no puede por menos que sonreír.

Le viene a la cabeza algo que ha leído sobre los clubes de intercambio de parejas en Francia, donde hay habitaciones como esta.

El hombre del otro lado cree que es una prostituta.

Menuda locura.

Jeanette se queda quieta unos momentos, traga saliva, mira el pene, siente los latidos desbocados en su pecho, mira la puerta del aseo, ve que está echado el cerrojo.

Alarga despacio una mano y sujeta el miembro cálido y grueso.



Jeanette lo aprieta con cuidado y siente cómo se endurece y comienza a empinarse, lo mueve suavemente hacia delante y hacia atrás y después lo suelta.

No sabe por qué lo hace, pero se agacha y se mete el pene en la boca, lo chupa con cuidado, siente cómo se hincha y se endurece. Se detiene y respira, se lleva la mano entre sus piernas, se baja las bragas, se las quita mientras acaricia el miembro erecto.

Intenta respirar en silencio y piensa que tiene que detenerse, que no puede hacer eso, que está loca. El pulso retumba en su cabeza. Se da media vuelta y se apoya en la cisterna del retrete con la mano. Le tiemblan las piernas cuando se pone de puntillas, arquea el pene y deja que se introduzca por detrás en ella. Jadea y vuelve a mirar el cerrojo, se agarra a la cisterna y aprieta el culo hacia atrás contra el frío metal.

Saga está sentada a una de las mesas del restaurante frente a Tamara y espera mientras la mujer drogada come sus patatas fritas de un plato con ketchup. Un hilillo de mocos transparentes brilla bajo su nariz. Por debajo de donde están sentadas pasa el tráfico de la autopista, luces blancas en una dirección, rojas en la otra.

—¿Conoces bien a Sofia? —pregunta Saga.

Tamara se encoge de hombros, bebe el batido con una pajita, con las mejillas chupadas, y su frente palidece.

—Se te huela el cerebro —jadea, cuando suelta por fin la pajita.

Sumerge con cuidado cada patata frita en el ketchup y come mientras sonríe para sí misma.

—¿Quién dijiste que eras? —pregunta.

—Soy una amiga de Sofia —explica Saga.

—Claro.

—¿Puede haber fingido que trabajaba como prostituta?

—¿Fingido? ¿De qué cojones estás hablando? Una vez hicimos un trabajo

juntas en un cuarto de la basura... le dieron por culo... no sé si eso cuenta como fingir.

De repente el rostro de Tamara se relaja de nuevo, como si hubiera quedado inmersa en un recuerdo.

—¿Por qué dejaste de trabajar como escort en Estocolmo? —pregunta Saga.

—Tú podrías llegar muy lejos... Tengo contactos, he sido modelo de ropa interior... pero sin ropa interior —dice Tamara, y su cuerpo se sacude al reír en silencio.

—En una ocasión tuviste un cliente en Djursholm, una gran casa con vistas al lago, se hacía llamar Wille —dice Saga tranquila.

—Tal vez —dice Tamara, y mastica las patatas fritas con la boca abierta.

—¿Te acuerdas de él? —pregunta Saga.

—No —bosteza Tamara, se seca las manos en la falda y vierte el contenido del bolso sobre la mesa.

Un cepillo para el pelo, un rollo de bolsas de plástico, una barra de labios, un delineador muy afilado, preservativos y un perfume de Victoria's Secret caen sobre el mantel de hule. Saga ve que tiene tres ampollas de cristal marrón oscuro con petidina, una droga extremadamente adictiva. Tamara saca un Valium de un blíster con diez bonitas pastillas azul claro y se lo traga con la Pepsi.

Saga espera con paciencia a que la mujer vuelva a meter todos los bártulos en el bolso y después le muestra una fotografía del ministro de Asuntos Exteriores.

—Me cago en él —dice Tamara, y aprieta los labios.

—¿Habló con alguien por teléfono cuando estuviste allí?

—En serio... estaba estresado y bebía mucho, decía todo el tiempo que los polis deberían ponerse firmes... lo dijo un centenar de veces por lo menos —añade sonriendo.

—¿Que la policía tenía que ponerse firme?

—Sí... y que había un hombre con dos caras que lo perseguía.

Bebe más Pepsi y agita el envase haciendo tintinear el hielo.

—¿En qué sentido lo perseguía?

—No pregunté.

Tamara moja las patatas en el ketchup y se las mete en la boca.

—¿Qué quería decir con dos caras?

—No sé, estaba borracho. Quizá se refería a que el hombre tenía dos lados — propone Tamara.

—¿Qué más dijo acerca de ese hombre?

—Nada, no era importante, era solo charla.

—¿Tenía que verse con él?

—No sé, no dijo nada más sobre eso... yo solo quería que se lo pasara bien, así que le hice que hablara de los cuadros de las paredes.

—¿Fue violento contigo?

—Fue todo un caballero —responde ella al fin.

Tamara coge la bolsa de caramelos de la mesa, se levanta de la silla y camina tambaleándose hacia la puerta. Saga se levanta para ir tras ella y su teléfono empieza a sonar. Mira la pantalla, ve que se trata de su colega Janus Mickelsen. Deja que la yema del dedo toque el símbolo verde, se lleva el teléfono a la oreja y responde diciendo su apellido.

—Bauer.

—Hemos revisado todas las grabaciones de las cámaras de vigilancia del disco duro del ministro de Asuntos Exteriores... trece cámaras durante dos meses, casi veinte mil horas de grabaciones —comenta Janus.

—¿Se ve al asesino? ¿Está ahí y se le reconoce?

—No, pero se ve claramente a otra persona en una de las grabaciones. Tienes que verlo, llama cuando llegues a la oficina y bajo a abrirte la puerta.

Saga sabe que Janus es bipolar y que se encuentra en un episodio maníaco, que por alguna razón debe de haber dejado de medicarse.

—¿Sabes qué hora es? —pregunta Saga.

—Me importa una mierda —responde él.

—Tengo que dormir, nos vemos mañana —dice ella despacio.

—Dormir —repite Janus, y luego se ríe en voz alta cuando comprende por

dónde va ella—. No me pasa nada raro, Saga, solo me interesa avanzar en el caso, igual que a ti.

Saga se dirige al aparcamiento, viendo el tráfico pasar por debajo, la autopista ancha y gris en la oscuridad, y llama a Jeanette.

Por lo visto, Sofia es una prostituta de verdad. Lo más seguro es que haya estado diciendo la verdad todo el tiempo y no esté implicada en el asesinato.

Pero, en ese caso, ¿por qué la dejaron vivir?, se pregunta Saga, y se detiene delante del coche con la sensación de que siguen sin tener ni idea de lo que pretende el asesino.

En la calle Cedergatan, a las afueras de Helsingborg, hay una gran residencia privada con la fachada encalada y el tejado de paja descolorida. El amanecer ha envuelto el bonito jardín en una neblina plomiza, pero de las ventanas de la planta baja irradia una luz amarillenta.

La mansión se halla encajada como una piedra de ámbar en un broche de plata.

Nils Gilbert se despierta sobresaltado. Debe de haberse quedado dormido en la silla de ruedas. Tiene el rostro acalorado y el corazón le late con fuerza. El sol todavía no se ha alzado sobre las copas de los árboles y la casa y el jardín se encuentran sumidos en la sombra.

El jardín todavía se asemeja a un oscuro reino de los muertos.

Intenta ver si Ali ha llegado, si ha cogido la carretilla y la pala del cobertizo.

Justo cuando Nils se dirige a la puerta de la cocina para dejar que entre algo de aire oye un extraño crujido. Parece como si el sonido proviniera del gran salón, y piensa que debe de ser el gato, que quiere salir.

—¿Lizzy?

El sonido cesa de inmediato. Nils escucha durante un rato y después se recuesta.

Las manos comienzan a temblar sobre el reposabrazos de la silla de ruedas. Las piernas se agitan y sacuden en un baile sin sentido que nadie querría ver.

Ocultó los síntomas del párkinson mientras pudo, la rigidez en un brazo, el pie que arrastraba, cómo cambiaba su letra, hasta que se volvió tan pequeña que ni él mismo podía leer aquellos garabatos microscópicos.

No quería que Eva notara nada.

Y al final fue ella la que acabó muriendo hacía tres años. No comprendieron que se trataba de un ataque al corazón, no sabían que en la mujer los síntomas podían ser diferentes.

Eva se había quejado de cansancio durante varias semanas.

Fue un sábado. Ella acababa de llegar de Väla con pesadas bolsas de la compra. Le costaba respirar y sentía una fuerte presión en el pecho, y dijo sonriendo que estaba a punto de pillar un buen resfriado.

El sudor le corría por las pálidas mejillas cuando se sentó en el sofá.

Se tumbó y ya estaba muerta cuando él preguntó si ponía la tele.

Ahora solo quedan él y la gorda Lizzy.

Pueden pasar semanas sin que hable con nadie. A veces le da miedo haberse quedado sin voz.

Una de las pocas personas que ve es la chica que se encarga de la piscina. Se pasea en vaqueros, con el top de un bikini dorado, y parece que se siente muy incómoda cuando intenta hablar con ella.

La primera vez que intentó decirle algo, ella lo miró como si tuviera noventa años o sufriera algún trastorno mental.

Los repartidores de los supermercados siempre tienen prisa, quieren que les firme la factura y se van apresurados. Y la fisioterapeuta, una mujer irritable de grandes pechos, solo se ocupa de su trabajo, le da órdenes y simula no oír sus intentos por conversar.

Solo el iraquí de la empresa de jardinería tiene tiempo. Ali entra a veces y se toma un café.

En realidad es por él por quien Nils mantiene la piscina abierta, pero nunca se ha atrevido a proponerle que se bañe.

Ali trabaja duro y suele sudar mucho.

Nils sabe que lo contrata con demasiada frecuencia, esa es la razón de que el jardín esté como está, con los arbustos y setos perfectamente recortados, los frondosos pórticos y los cuidados senderos de piedra.

Reina el silencio, aquí siempre reina el mayor de los silencios.

Nils se sobresalta, pone sus manos en la rueda de empuje, tira y se mueve en direcciones opuestas, finalmente le da la vuelta a la silla y se dirige a la gramola.

La compró cuando tenía veinte años: una auténtica Seeburg fabricada por el sueco Sjöberg.

Antes cambiaba de vez en cuando los *singles*, escribía nuevas etiquetas en la máquina de escribir y las colocaba bajo el cristal.

Ahora saca una moneda de la cajita, la introduce en la ranura, la oye caer y activar el mecanismo antes de acabar de nuevo en la caja.

Ha utilizado la misma moneda durante años.

Presiona con mano temblorosa la tecla C7. Con un zumbido, el single es extraído y colocado en el plato.

Nils se aparta y escucha el potente redoble introductorio de «Stargazer». Y vuelve atrás en el tiempo, cuando vio a Rainbow en directo a finales de los años setenta, en el Konserthuset de Estocolmo.

El grupo empezó con más de una hora de retraso, pero cuando Dio salió al escenario y empezó a cantar «*Kill the King*», el público se movió como una marea ante el escenario.

Nils se desplaza en su silla hacia los grandes ventanales. Cada tarde baja el toldo del exterior de las grandes vidrieras que dan al oeste para proteger sus obras de arte de la intensa luz.

A través del tejido de nailon, el jardín parece más oscuro y plomizo.

Para Ali aquel lugar tiene que ser la viva imagen de la tristeza por la falta de hijos y nietos.

Nils sabe que la casa es un horrible y jactancioso edificio, que el jardín es excesivo y que nadie utiliza la piscina.

Su empresa se dedica al desarrollo de electrónica avanzada para radares y sistemas de control electrónicos. Ha tenido muy buenos contactos con el gobierno y ha podido exportar productos de uso dual durante casi veinte años.

De repente siente un escalofrío en los brazos.

A través de la fuerte música le parece oír a un niño pequeño salmodiar una

cancioncilla.

Gira la silla de ruedas y se dirige al recibidor.

La voz proviene del piso de arriba, que está cerrado. Avanza hacia la escalera que no ha pisado en años y ve que, allí arriba, la puerta del dormitorio está entornada.

La música de la gramola se detiene, crepita y zumba cuando el *single* es devuelto a su lugar entre los demás, y entonces se hace el silencio.

Nils empezó a tener miedo a la oscuridad hace seis meses, después de sufrir una pesadilla en la que aparecía su mujer. Ella regresaba de la muerte, pero solo podía mantenerse en pie porque estaba empalada en una gruesa estaca, que le entraba entre las piernas, pasaba a través del cuerpo y la garganta y le salía por la cabeza.

Estaba enfadada porque él no había hecho nada para ayudarla, porque no había llamado al hospital.

El palo ensangrentado llegaba hasta el suelo y, cuando se ponía a perseguirlo, Eva se veía obligada a caminar en una extraña postura, con las piernas abiertas.

Nils posa las manos sobre las rodillas. Tiemblan y se agitan, se desplazan en un gesto vacío y exagerado que no significa nada.

Cuando se han calmado aprieta la correa sobre los muslos para no resbalarse de la silla si las convulsiones comienzan de nuevo.

Se dirige al salón y mira a su alrededor. Todo está como de costumbre. La araña, las alfombras persas, la mesa de mármol y el tresillo gustaviano que Eva trajo de su casa familiar.

El teléfono no está en la mesa.

A veces la presencia de Eva es tan real que sospecha que su hermana mayor tiene una llave de repuesto y se dedica a moverse a hurtadillas por la casa para asustarlo como en una película de *Scooby Doo*.

Se dirige de nuevo a la cocina y por el rabillo del ojo le parece ver que algo se mueve. Gira rápidamente la cabeza y ve una cara en el espejo antiguo y entonces, como tantas otras veces, comprende que solo se trata de una mancha



de humedad en el cristal.

—¿Lizzy? —llama débilmente.

Rechina un cajón de la cocina, se oyen pasos arrastrándose por el suelo. Nils se detiene con el corazón desbocado, gira la silla de ruedas y piensa en la sangre corriendo por la estaca entre las piernas de Eva.

Presiona hacia delante la rueda de empuje en silencio, avanza hacia la puerta grande del porche, oyendo el débil susurro de las ruedas sobre el parquet.

Ahora Eva camina con las piernas abiertas por la cocina, la estaca raspa el suelo de baldosas, deja un rastro de sangre y golpea el umbral del comedor.

Se oye de nuevo la absurda cancioncilla.

Tiene que ser la radio que está puesta en la cocina.

El reposapiés de la silla de ruedas golpea la puerta de cristal y emite un débil sonido.

Nils mira la puerta cerrada del comedor, que se refleja en el cristal que da al jardín.

Le tiemblan las manos y la rigidez del cuello le dificulta inclinarse hacia delante y apretar el botón del toldo. El tejido de nailon se enrolla entre chirridos como si fuera un telón y, poco a poco, aparece el jardín entre los brillantes colores del amanecer.

Las tumbonas están fuera, las agujas de pino se han acumulado en los pliegues de los cojines. La iluminación de la piscina no está encendida, pero el agua despide un cálido vapor.

Tan pronto como el toldo esté recogido podrá abrir la puerta y salir.

Esperará a Ali fuera, le pedirá que eche un vistazo en la casa, reconocerá que tiene miedo a la oscuridad, que cada noche deja las luces encendidas y quizá le pague un extra para que se quede un rato más.

Temblando, gira la llave en la cerradura. Oye un clic, inclina la manilla y entreabre la puerta.

Retrocede, mira hacia la cocina y ve cómo la puerta se abre despacio a causa de la corriente de aire.

Rueda directamente hacia la puerta del porche tan deprisa como puede, vira y vislumbra una figura que se acerca por detrás.

Nils oye los pesados pasos mientras sale al empedrado y siente el aire fresco en el rostro.

—Ali, ¿eres tú el que anda por aquí? —grita con miedo en la voz, mientras rueda hacia delante—. ¡Ali!

El jardín está en calma, el cobertizo de las herramientas está cerrado. La niebla matutina flota sobre el suelo. La espadaña del estanque se agita mecida por la leve brisa.

Intenta darle la vuelta a la silla, pero una de las ruedas se ha encallado en un hueco entre dos piedras. Nils casi no puede respirar. Intenta detener los temblores apretando las manos bajo las axilas.

Alguien se acerca hacia él desde la casa, mira por encima del hombro.

Un hombre enmascarado con una bolsa negra en la mano. Se dirige hacia él, ataviado como un verdugo.

Nils tira de la rueda de empuje sin conseguir liberarse.

Está a punto de llamar de nuevo a Ali cuando nota un líquido frío correr por su cabeza, por el cabello, bajar por la nuca, por la cara y el pecho.

Tarda solo unos segundos en comprender que se trata de gasolina.

La bolsa negra es en realidad el depósito de combustible del cortacésped, y el hombre enmascarado sigue vertiéndolo sobre él.

—Espera, por favor, tengo mucho dinero... te lo prometo, puedo transferirlo todo —jadea, y tose a causa de los vapores.

El hombre enmascarado camina a su alrededor, vierte el resto de la gasolina sobre su pecho y deja caer el depósito vacío al suelo delante de la silla de ruedas.

—Por Dios, por favor... haré cualquier cosa...

El hombre saca una caja de cerillas y dice algunas palabras ininteligibles, palabras que caen a través de la histeria que brama en el interior de Nils, que se hundan como brillantes monedas en un pozo de los deseos.

—No lo hagas, no lo hagas, no lo hagas...

Trata de liberarse de la correa de sus muslos, pero está retorcida y demasiado apretada. Las manos tiran de ella. Sin prisa, el hombre enciende la cerilla y la lanza sobre sus rodillas.

El aire ruge con violencia, como cuando uno salta en paracaídas.

El ángel de la muerte agita sus temibles alas alrededor de Nils.

Arden el pijama y el pelo.

Y a través del resplandor azulado, ve al hombre enmascarado retroceder a causa del calor.

La cancioncilla infantil ronda por su cabeza mientras se desata un fuerte viento a su alrededor. No consigue respirar, es como si se ahogara, y después, de repente, aparece el dolor, tan absoluto y abrumador.

Nunca se había imaginado que algo pudiera ser tan horrible.

Se inclina hacia delante en posición fetal y oye como a una gran distancia un chisporroteo metálico cuando la silla de ruedas comienza a deformarse a causa del calor.

Antes de perder el conocimiento, Nils alcanza a pensar que suena como cuando la gramola está seleccionando un nuevo disco.

Cuando los funcionarios de prisiones de la sala de control se enteran de que el interno procedente de Hall ha pasado el control de seguridad y se dirige hacia la sección D, la atmósfera en el pasillo subterráneo se vuelve tensa.

A través del cristal acorazado ven que, de forma inusual, Joon Linna se sienta a la misma mesa en la que Reiner Kronlid, el líder de la Hermandad, está desayunando. Ambos hablan un momento y a continuación Joon se levanta de la silla, se lleva la taza de café y el sándwich y se sienta a la mesa contigua.

—¿Qué cojones está haciendo? —pregunta uno de los funcionarios de prisiones.

—Quizá se haya enterado de algo sobre el nuevo preso.

—O quizá se trata del permiso.

—Ayer le dieron el visto bueno —asiente un tercero—. Este será su primer permiso.

Joon mira a los tres funcionarios de prisiones que lo observan a través del cristal y después se gira hacia Sumo y le hace la misma pregunta que le acaba de hacer a Reiner Kronlid.

—¿Qué puedo hacer por ti mañana? —pregunta.

Sumo ha pasado ocho años encerrado por un doble asesinato, y ahora sabe que sus motivos para cometerlo fueron culpa de un malentendido. Últimamente su cara es la viva imagen de la desdicha, siempre parece triste, como si hubiera estado llorando y tratara de recomponerse y mantener la voz firme.

—Compra una rosa de color rosa... la más bonita que puedas encontrar, dásela a Outi y dile que ella es mi rosa y... Y pídele perdón... perdón por haber destrozado su vida.

—¿No quieres que ella venga aquí? —pregunta Jooná, y lo mira a los ojos.

Sumo niega con la cabeza y desvía la mirada hacia la ventana. Contempla la valla gris rematada con alambre de espino en espiral y, detrás, el monótono y sucio amarillo del muro.

Jooná se dirige al siguiente hombre en la mesa. Se trata de Luka Bogdani, un hombre de corta estatura cuyos fracasos le han dejado una permanente expresión de desprecio en el rostro.

—¿Y tú?

Luka se inclina hacia delante y susurra:

—Quiero que compruebes si mi hermano ha empezado a gastarse mi dinero.

—¿Qué tengo que preguntar?

—No, joder, nada de preguntas, tienes que ver el dinero, contarlo. Tiene que haber seiscientas mil coronas.

—No puedo hacer eso y tú lo sabes —dice Jooná—. Quiero salir de aquí y ese dinero es de un robo, y si yo...

—Polizante de mierda —resopla Luka, y arroja el café de su taza.

Jooná continúa moviéndose entre las mesas del comedor. Le pregunta a cada uno qué puede hacer por él durante su permiso. Memoriza los saludos y los encargos de todos ellos mientras espera a que llegue Salim Ratjen.

Jooná le ha explicado al primer ministro que necesita un permiso de treinta y seis horas que empiece el lunes para poder infiltrarse en la organización de Ratjen.

—Entonces no tendrás mucho tiempo para averiguar lo que sabe —le dijo el primer ministro como avisándolo.

Jooná no le contó que el poco tiempo no era una limitación, sino un requisito.

Antes de abandonar la sala de visitas, Jooná preguntó hasta dónde podía llegar si las circunstancias lo exigían. Cuando respondió, al primer ministro le temblaban las estrechas comisuras de sus labios:

—Puedes llegar a donde haga falta si eso te ayuda a detener a los terroristas.

Reiner Kronlid se levanta de la mesa, se pasa la mano por la boca con

nerviosismo y mira fijamente hacia el pasillo y las esclusas. Se queda ahí parado un momento, con el cuello rígido, y entonces se pasa la lengua por los labios y vuelve a sentarse. Todos en torno a la mesa de la Hermandad se inclinan hacia delante mientras él habla.

Joona ve a través del cristal acorazado cómo se atenúa la luz del pasillo mientras una temblorosa y gris sombra vertical se ensancha antes de que aparezcan tres figuras.

La cerradura chirría y dos guardias entregan al nuevo interno, Salim Ratjen.

El oficial a cargo cabecea y uno de los guardias firma.

El rostro de Salim Ratjen es redondo e inteligente. El pelo ralo se ve bien peinado y tiene el bigote veteado de gris.

Lleva sus pertenencias en el petate grisáceo del sistema penitenciario y trata de no mirar a nadie a los ojos.

Un funcionario de prisiones lo escolta hasta la celda y después lo acompaña a la cocina y el comedor.

Salim se sienta en la silla vacía que hay junto a Magnus Duva con un cuenco y una taza de café.

Joona se levanta y se sienta a la mesa frente a Salim, se gira hacia Magnus y pregunta qué puede hacer por él durante su permiso.

—Pasa a ver a mi hermana y córtale la nariz —pide Magnus.

—Te envía dinero cada mes —dice Joona.

—No te olvides de grabarlo —replica el otro sonriendo.

Salim escucha con la vista gacha mientras toma leche cuajada con muesli.

Reiner y dos de sus hombres se colocan delante de la ventana de la sala de control y se ponen a hablar para tapan la vista durante los pocos segundos que se necesitan.

Los otros dos hombres de la Hermandad avanzan por el comedor. Sus fuertes brazos cuelgan a ambos lados del cuerpo. Uno de ellos lleva tatuado un lobo rodeado de alambre de espino. El otro tiene una venda sucia alrededor de la mano.

Este no es lugar para un asesinato, piensa Jooná, y se vuelve hacia Salim.

—¿Hablas sueco? —pregunta Jooná.

—Sí —responde Salim sin levantar la mirada.

Los hombres pasan de largo por detrás de Jooná y continúan en dirección a los lavabos.

—Quizá hayas entendido que pronto me iré de permiso y estoy preguntando a todos si puedo hacer algo por ellos ahí fuera... No nos conocemos, pero seguro que te quedarás aquí una buena temporada y por eso también te lo pregunto.

—Gracias, pero me apaño solo —dice Ratjen en voz baja.

—¿Es porque soy un *kafir*, un infiel?

—Sí.

La cuchara de plástico de color plateado tiembla en la pecosa mano de Salim Ratjen.

Unas sillas chirrían contra el suelo y los dos tipos de Malmö se levantan al otro lado de la sala.

Imre, el de los dientes de oro, mide casi dos metros, y Darko parece un pobre obrero de sesenta años.

El grupo de Reiner empieza a quejarse en voz alta de que el café era aguachirle. Se vuelven hacia la ventana de cristal.

—No podéis engañarnos, joder —grita uno de ellos—. ¡Antes de que llegaran los albanos había café de sobra!

Detrás del cristal, dos funcionarios de prisiones se preparan para entrar y calmarlos.

Los hombres de la Hermandad que pasaron por detrás de Jooná dan media vuelta en el pasillo y se dirigen hacia Salim. Se suben las capuchas y dan la espalda a las cámaras de circuito cerrado.

No están armados, solo buscan intimidar.

Jooná permanece sentado, comprende que pronto van a atacar. Salim dirigía gran parte del tráfico de drogas en Hall, y Reiner Kronlid tiene que asustarlo o matarlo directamente para mantener el control.

—Empezarás en la lavandería, pero también puedes elegir estudiar —dice Jooná con calma—. Tenemos un grupo de estudio... Quizá no estés interesado, pero este año hemos conseguido tres títulos de bachillerato y...

El primero de los dos hombres empuja a Salim y cae hacia un lado arrastrando la silla con él, y tiene que apoyarse en las manos para parar el golpe. El plato cae con estrépito al suelo y la leche cuajada se desparrama.

Salim intenta ponerse de pie, pero el otro hombre le da una patada en el pecho y le hace caer hacia atrás, entre las sillas.

Al extender la pierna derecha, la suela de su zapato resbala trazando un rastro sobre la leche cuajada.

Jooná permanece sentado en su sitio y bebe café.

Los chicos de Malmö llegan y se interponen entre ellos. Sus cabezas sobresalen por encima del resto. Empujan a los hombres de la Hermandad, hablando en albanés, con una sonrisa en los labios.

Los funcionarios de prisiones ya han entrado en el comedor y separan a los grupos.

Salim vuelve a ponerse de pie. Intenta aparentar indiferencia, trata de ocultar el miedo, se toca el codo dolorido y se sienta en su sitio.

Jooná le tiende una servilleta de papel.

—Gracias.

—Creo que tienes un poco de leche cuajada en la camisa.

Salim se seca las salpicaduras y dobla la servilleta. Jooná piensa que el ataque ha sido una farsa, que solo se trataba de una maniobra de distracción.

Mira con los ojos entrecerrados a Reiner, tratando de decidir qué está pasando, y llega a la conclusión de que habrá un segundo asalto.

Los funcionarios hablan con los dos atacantes y Jooná oye decir a estos que Salim Ratjen los ha provocado.

Cuando aparecen por fin las fuerzas de seguridad con sus porras y gases lacrimógenos, la situación hace tiempo que se ha calmado.

Jooná sabe que la única posibilidad que tiene de acercarse a Salim y su



organización antes del miércoles es aprovechar que lo hayan trasladado desde Hall sin previo aviso.

Allí seguramente había creado una infraestructura para protegerse y comunicarse con el exterior.

Por supuesto, contaría con el riesgo de ser descubierto, pero no con esto.

Si realmente está dirigiendo a un grupo terrorista desde el interior de la prisión, de pronto se habrá visto completamente aislado.

Como jefe operativo tiene que encontrar inmediatamente un mensajero, establecer una nueva red de contactos.

Si la información de los servicios secretos es correcta, Salim Ratjen está en una situación muy apurada si quiere dar luz verde al asesinato del miércoles.

Joona mira a Salim, que está sentado con la mano alrededor de su taza, y ve que se ha formado una película clara en la superficie marrón oscura del café.

—Yo no me bebería ese café —dice.

—Tienes razón —responde Salim.

Le da rápidamente las gracias a Dios por la comida y después se pone en pie.

Joona le dice a Salim que piense sobre lo del grupo de estudio.

Todos disponen de diez minutos para prepararse antes de ir a sus trabajos en la lavandería o los talleres, o a estudiar.

Cuando Joona regresa a su celda, ve que ha sido registrada: la cama está deshecha, la ropa tirada en el suelo, han pisoteado sus cartas, libros y fotografías.

Entra y vuelve a colgar la foto de su hija Lumi, le acaricia la mejilla, y después se pone a recoger aquel desorden.

Recoge las cartas que ha conservado y las alisa, pero se queda parado con la primera carta de Valeria en la mano y piensa que cuando llegó era Navidad. Habían disfrutado de una comida navideña sin aguardiente, y después Papá Noel llegó a la sección.

«Jo jo jo, ¿hay algún villano travieso aquí?», gritó.

La primera carta de Valeria fue como un maravilloso regalo de Navidad cuando se sentó en su celda y la leyó:

Querido Joona:

Seguramente te preguntarán por qué te escribo después de todos estos años. La respuesta es sencilla. Sinceramente, antes no me atrevía. Solo ahora, cuando estás encerrado en la cárcel, me atrevo a escribir.

Ambos sabemos que escogimos caminos muy diferentes en la vida. Que tú te hicieras policía quizá no fue una sorpresa, pero que yo fuera en la dirección opuesta no formaba parte de mis planes, tú lo sabes. No creía que llevara eso en mi interior, pero a veces pasan cosas, y entonces eliges un camino que se desvía y acaba llevándote a un lugar donde nunca has querido estar.

Ahora soy una persona diferente, llevo una vida normal, estoy divorciada, tengo dos hijos mayores y trabajo como jardinera desde hace muchos años, pero nunca olvidaré cómo fue estar ahí dentro.

Quizá estés casado y tengas un montón de hijos que van a visitarte a menudo, pero si te sientes solo me gustaría ir a verte.

Sé que éramos muy jóvenes cuando nos conocimos, que solo fueron los últimos años de bachillerato, pero nunca he dejado de pensar en ti.

Con mis mejores deseos,

VALERIA

Joona dobla la carta, la pone junto a las demás, recoge las sábanas del suelo y las sacude. No se atreve a pensar que la misión del primer ministro podría suponer el indulto.

El confinamiento y la sensación de impotencia serían demasiado insoportables si comienza a fantasear con la libertad. Empezaría a desear ir a París y visitar a Lumi, encontrarse con Valeria, visitar la tumba de Disa en el cementerio de Hammarby e ir al norte a ver el lugar donde está enterrado Summa.

Se obliga a apartar su anhelo mientras hace de nuevo la cama, remete la sábana bajo el colchón, y sacude y coloca la almohada.

Después de tres horas de estudio, dejan salir a Jooná y Marko a través de la esclusa de la biblioteca y comienzan a caminar por el pasadizo para ir a almorzar.

El sistema de seguridad de la prisión de Kumla está pensado para limitar al máximo los desplazamientos y el contacto entre las personas.

Los internos se ocupan, en la medida de lo posible, de moverse entre los diferentes lugares, sección por sección, para evitar que los disturbios se propaguen entre las unidades. Sigue habiendo peleas, pero normalmente se sofocan en el mismo lugar donde empiezan.

Llegan al cruce en T, donde Salim y los chicos de Malmö ya están esperando a que se abra la puerta. Imre pulsa el botón de nuevo.

Salim mira el viejo mural de los años ochenta. Una pálida playa con una joven en biquini.

—Mientras vosotros laváis veinte toneladas de calzoncillos y sábanas, yo estudio mi programa de bachillerato —dice Marko con una sonrisa.

En lugar de responder, Salim escribe «*fuck you*» en la espalda de la mujer con un pequeño lápiz.

Después de almorzar, los internos tienen una hora para pasear por el patio. Es el único momento que pasan al aire libre, el único momento en que pueden sentir el viento en el rostro, seguir una mariposa con la mirada durante el verano o pisotear los charcos de hielo durante el invierno.

Cuando Jooná sale ve que Salim está solo. Tiene la espalda pegada a la verja plateada.

El patio no es particularmente grande, se encuentra enmarcado entre las

fachadas del edificio por dos lados y unas verjas por los otros dos lados. Tras estas se alza un alto muro y, más allá, hay una valla electrificada.

Ni siquiera se ven las copas de los árboles por encima del muro, tan solo el cielo plumizo.

Hay dos funcionarios de prisiones vigilando a los internos que hay en el campo de voleibol y en el sendero de gravilla.

La mayoría están fumando, y algunos están de pie hablando en diferentes grupos. Jooná normalmente se dedica a correr, pero hoy está paseando junto a Marko y procura estar cerca de Salim sin aproximarse mucho.

El potente ventilador de la fábrica de Procordia de la zona industrial situada al otro lado del muro retumba con fuerza.

Jooná y Marko pasan junto al invernadero de plástico maltrecho y vacío. Reiner está junto a la red de voleibol, de cara a una de las cámaras de vigilancia. Los otros miembros de la Hermandad están muy juntos, charlando.

Jooná sabe que puede haber pelea y ya le ha dicho a Marko que vaya a buscar a los guardias si ocurre algo.

Pasan ante una delgada franja de sol que llega por encima del muro y sus largas sombras se extienden hasta Salim Ratjen, que sigue en el mismo sitio, con la espalda pegada a la verja.

Marko se detiene y enciende un cigarrillo. Jooná continúa hacia la derecha y está a punto de pasar de largo ante Ratjen cuando este da un par de pasos hacia él.

—¿Por qué me ibas a hacer un favor? —pregunta, y mira a Jooná con sus oscuros ojos castaños.

—Porque estarás en deuda conmigo cuando regrese —responde Jooná muy serio.

—¿Por qué tendría que confiar en ti?

—No tienes por qué hacerlo —contesta Jooná, y sigue andando.

Rolf, de la Hermandad, ha empezado a caminar hacia ellos. Reiner bota la pelota contra el suelo y les grita algo a los dos hombres que atacaron a Ratjen

durante el desayuno.

—Sé quién eres, Joon Linna —dice Salim Ratjen.

—Bien —contesta Joon, y vuelve a detenerse.

—Fueron duros contigo en el juicio.

—Tengo que pedirte que mantengas la distancia —dice Joon—. No formo parte de ningún grupo, ni del tuyo ni del de nadie.

—Disculpa —dice Salim, pero no se aparta.

Joon ve que los dos hombres de la Hermandad comienzan a arrastrar los pies por el sendero de tierra y a su paso levantan una nube de polvo.

Marko mira con nerviosismo a la derecha y se acerca a Joon.

Reiner le pasa la pelota de voleibol a Rolf, que enseguida se la devuelve.

La nube de polvo del sendero flota lentamente bajo el resplandor del sol. Reiner sujeta la pelota con ambas manos y se dirige hacia Salim.

—Reiner atacará en cualquier momento —dice Joon.

Se da media vuelta, ve que los dos hombres se acercan desde la otra dirección. Ambos ocultan un arma pegada al cuerpo.

Levantan más polvo en el sendero, sin dejar de bromear y empujarse entre ellos mientras se aproximan.

A Marko lo han detenido unos cuantos hombres de la Hermandad. Lo sujetan de los hombros, lo mantienen apartado, simulan que están bromeando.

Los chicos albaneses de Malmö están fumando con los guardias.

El polvo se espesa en el patio y los guardias se dan cuenta de que pasa algo.

Joon da unos pasos hacia Rolf con las manos extendidas en un intento de calmarlo.

—Deja el arma —dice.

Rolf lleva en la mano un destornillador afilado, un arma muy simple, lo que limita el número de posibles ataques. Joon supone que intentará atacarle directamente al cuello, o esquivarlo por la derecha pasando bajo su brazo izquierdo.

Reiner tiene todavía la pelota en una mano cuando se acerca a Salim por la

espalda. La otra mano intenta ocultar la hoja de un cuchillo.

Joona retrocede para obligar a Rolf a seguirlo.

Marko consigue soltarse, grita a los guardias y recibe un fuerte golpe en el torso.

Salim oye el grito y se da media vuelta. La pelota le golpea en el rostro y hace que dé un paso atrás, aunque consigue sujetar el brazo de Reiner con el cuchillo. Mantiene la hoja lejos de su cuerpo, pero tropieza y cae hacia atrás contra la verja.

El ataque es mucho más agresivo y peligroso de lo que Joona esperaba.

Rolf murmura algo y trata de atacar con el destornillador. Joona lo neutraliza dándole la vuelta y evitando el brazo con el arma, al tiempo que agarra la manga de su chaqueta por detrás y, con todas sus fuerzas, golpea con el codo contra la axila del hombre, con tanto ímpetu que le rompe el húmero y el hueso queda medio salido en el hombro.

Rolf trastabilla entre gemidos a causa del golpe, el arma punzante cae al suelo y el brazo oscila colgando de los músculos y los ligamentos.

Uno de los hombres que hay en el sendero se acerca corriendo con una porra de fabricación casera con pesados tornillos en un perno.

Joona intenta parar el golpe, pero es demasiado tarde. La porra le golpea la espalda y nota un dolor punzante entre los omóplatos. Caen de rodillas y consigue levantarse tosiendo, a tiempo para ver venir el siguiente golpe y apartar la cabeza. El arma le pasa rozando el cráneo.

Joona sujeta el brazo con la porra y, aprovechando el impulso, acerca al hombre de un tirón y lo derriba golpeándolo con la cadera. Salta pesadamente sobre él y clava la rodilla en su pecho.

Rolf sigue dando tumbos arriba y abajo, sujetándose el hombro y gritando de dolor.

Salim está en el suelo, pero se incorpora ayudándose con su mano ensangrentada.

Marko llega corriendo, se detiene jadeando delante de Joona y se limpia la

sangre de la boca.

—Yo me encargo de esto —dice.

—No hace falta —responde Jooná enseguida.

—No me importa —jadea Marko—. Tienes un permiso, tienes que ver a Valeria.

El polvo ha empezado a disiparse cuando Jooná se dirige hacia Salim Ratjen.

Reiner tira el cuchillo al suelo y retrocede.

Los chicos de Malmö se aproximan desde la otra dirección. Los funcionarios de prisiones hablan alterados por sus radios.

Jooná lleva a Salim directamente hacia los chicos de Malmö, estos se separan, los dejan pasar y vuelven a cerrar filas.

Marko se acerca al hombre que Jooná ha tirado al suelo, lo empuja de espaldas de nuevo y acaba de golpearlo en la cara cuando los guardias lo atacan con sus porras telescópicas.

Marko se deja caer al suelo y se hace un ovillo. Siguen golpeándolo mientras él intenta protegerse el rostro y el cuello, pero lo machacan hasta que su cuerpo queda inerte.

—Siento lo que ha pasado —le dice Salim a Jooná.

—Díselo a Marko.

—Lo haré.

Salim sangra por el brazo y la mano, pero no se molesta en mirarse las heridas.

—Reiner es un hombre impredecible —dice Jooná—. No sé qué quiere de ti, pero es mejor que te mantengas alejado de él.

Ven llegar a los funcionarios de prisiones con camillas.

—¿Qué harás durante tu permiso? —pregunta Salim.

—Buscar trabajo.

—¿Dónde?

—¿En la policía? —responde Jooná.

Salim se ríe pero se pone serio cuando su mirada se fija en Reiner, que está

junto a la red de voleibol.

—Veo que sigues pensando que vas a salir —dice Salim de repente.

—Marko cargará con la culpa.

—¿Puedo pedirte un favor?

—Si tengo tiempo...

Salim se acaricia la nariz y da un paso hacia Joon.

—Necesito enviar un saludo a mi esposa —dice en voz baja.

—¿Qué clase de saludo?

—Tiene que llamar a un número de teléfono y preguntar por Amira.

—¿Solo eso?

—Ha cambiado de número, así que tendrás que ir a su casa. Vive en las afueras de Estocolmo, en Bandhagen, en la calle Gnestavägen, 10.

—¿Por qué iba a dejarme entrar?

—Tienes que decir que traes un saludo de parte de *da gawand halak*, ese soy yo, significa «el chico del vecino» —responde, y esboza una sonrisa fugaz—. Parisa es una chica muy tímida, pero si le dices que tienes un recado de *da gawand halak* te dejará entrar... Y cuando estés dentro, te invitará a un té que aceptarás... pero no le transmitirás el saludo hasta que no te haya ofrecido aceitunas y pan.



David Jordan se quita los zapatos mientras habla por teléfono con el director de programación de noticias y sociedad de TV4.

El director le cuenta que están preparando una larga sección en las noticias de las 22.00 horas sobre el ministro de Asuntos Exteriores.

DJ se adentra en la casa y se dirige a la cocina. La luz que se refleja en el mar encrespado entra a raudales por los ventanales.

—¿Sabías que Rex Müller y el ministro de Asuntos Exteriores eran viejos amigos? —pregunta DJ.

—¿Es cierto?

—Y creo... bueno, sé de buena tinta que Rex está dispuesto a participar si queréis un enfoque personal —dice mientras su mirada se mueve ociosa sobre las rocas y desciende hacia el muelle.

—Sería fantástico.

—Entonces le pediré que te llame.

—Tan pronto como sea posible —dice el director.

Las olas rompen formando espuma contra el muelle, el barco tensa los cabos y sus defensas se mecen sobre la superficie del mar.

Cuando la conversación finaliza, DJ le envía un mensaje de texto a Rex para decirle que el director de programación ha picado, pero que tiene que esperar cuarenta minutos antes de llamarlo para no parecer demasiado ansioso.

DJ ya ha escrito una serie de textos que Rex colgará en las redes sociales. Está bastante seguro de que eso, unido a la entrevista en televisión, evitará un escándalo. Si la gente se entera de que Rex orinó en la piscina del ministro de Asuntos Exteriores, interpretará su acción como la última broma entre viejos

amigos. Rex dirá que está seguro de que el ministro se partió de risa cuando vio la grabación de la cámara de seguridad antes de su chapuzón matutino.

DJ está junto a la ventana. Los pensamientos retumban en su cabeza. Se ha ocupado del problema de Rex y ya es hora de encargarse de los suyos. Últimamente han pasado muchas cosas en su vida que no puede comentar con nadie.

Seguro que Rex lo escucharía, pero el trabajo de DJ es ayudar a Rex, no agobiarlo con sus propias preocupaciones.

DJ regresa a la cocina, se detiene delante de la carpeta de cuero que reposa sobre la encimera de mármol y piensa que por lo menos tiene que mirar el contenido detalladamente para poder tomar una decisión.

Las olas espumosas de la bahía son transparentes como cristal líquido.

David Jordan estira su mano derecha e intenta aflojar el cierre de la carpeta, pero no puede. Está demasiado duro. Sus dedos no tienen fuerza. Lo envuelve una enorme sensación de cansancio, el cuello apenas aguanta la cabeza.

Rebusca en los bolsillos con manos débiles, encuentra el bote de Modiodal, vierte las pastillas sobre la encimera, suelta el bote vacío, que rueda hasta caer al suelo, se pone una pastilla sobre la lengua y se la traga.

Ya no puede cerrar la boca, pero siente deslizarse la pastilla por la garganta. Intenta tumbarse con cuidado, hasta ponerse de costado. Cierra los ojos, pero aún ve luz a través de sus párpados.

Cuando se despierta en el suelo media hora más tarde la intensa luz del sol hace que su corazón lata de ansiedad.

Hace siete años que David Jordan padece narcolepsia y cataplexia. Es una enfermedad grave, si no fatal. Cuando se excita o se asusta, de repente, pierde el control sobre cierto grupo de músculos y se duerme.

La narcolepsia se debe a la falta de cierta hormona que regula el sueño y la vigilia en el cerebro.

Según su médico probablemente fuera una infección de estreptococos la que desencadenó la enfermedad hereditaria, aun cuando él mismo suele decir que fue

porque tomó parte en un experimento militar secreto.

Se sienta, advierte que tiene la boca completamente seca, se apoya en el suelo con la mano, se levanta mientras le retumba la cabeza y mira al mar. Una de las defensas ha sido arrastrada por encima del muelle mojado, las olas rompen formando franjas de espuma blanca.

Trata de concentrarse antes de volver a mirar la carpeta de cuero.

Le tiemblan las manos mientras acciona el cierre y extrae el contenido.

Hojea el material sobre Carl-Erik Ritter. El corazón le late con tanta fuerza que resuena en sus oídos mientras contempla la fotografía.

Trata de encontrar la calma en su interior, se concentra y empieza a leer.

Después de un rato se ve obligado a dejar los papeles, se dirige al armario grande y se sirve un vaso de Macallan.

DJ bebe y vuelve a llenar el vaso.

Piensa en su madre y cierra los ojos con fuerza para reprimir las lágrimas.

No es un buen hijo, trabaja demasiado y no va a visitarla lo suficiente.

Está enferma, DJ lo sabe, pero todavía le cuesta aceptar sus periodos oscuros.

Se avergüenza por lo mal que se siente siempre después de visitarla.

La mayor parte del tiempo ella no le habla, ni siquiera lo mira, se limita a permanecer tumbada en la cama mirando a la ventana.

Durante toda su infancia, David Jordan vio cómo trataban a su madre por depresión unipolar, delirios y comportamiento autolesivo. Hace un año, la trasladó a un exclusivo sanatorio especializado en problemas psicológicos de larga duración y estrés postraumático.

Aquí consideraron su depresión como una comorbilidad del trastorno por estrés postraumático crónico. Cambiaron por completo la medicación y el enfoque terapéutico.

Cuando la visitó por última vez ya no yacía pasiva en la cama, sino que aceptó las flores y las puso en un florero con manos temblorosas. La enfermedad y la medicación han hecho que su madre parezca una anciana.

Se sentaron a la pequeña mesa de su habitación y bebieron té en tazas de

porcelana con dos platos y comieron unas finas galletas de especias.

Ella repitió varias veces que debería haberle preparado una comida de verdad, y cada vez que lo decía él respondía que ya había comido.

Una película de pequeñas gotas de lluvia cubrió la pequeña ventana.

La mirada de ella era tímida y avergonzada y sus manos se movían nerviosas sobre los botones de la rebeca cuando él preguntó cómo se sentía, si era mejor la nueva medicación.

—Sé que no he sido una buena madre —dijo ella.

—Claro que lo has sido.

DJ sabía que era debido a la nueva medicación, pero era la primera vez en muchos años que su madre le hablaba directamente.

Lo miró y explicó de una manera casi ensayada que sus intentos de suicidio cuando él era pequeño se debían a un trauma.

—¿Has empezado a hablar con el terapeuta sobre el accidente de coche? —preguntó DJ.

—¿El accidente de coche? —repitió ella con una sonrisa.

—Mamá, sabes que estás enferma, que a veces no tenías fuerzas para ocuparte de mí, que tuve que irme a vivir con la abuela.

Ella posó la taza sobre el plato y después le habló de una terrible violación.

Describió todo el proceso en voz baja.

Los fragmentos de recuerdos a veces eran de una exactitud aterradora, casi delirante.

Pero de repente todo encajó para David Jordan.

Su madre nunca dejó que la viera desnuda cuando era pequeño, y sin embargo, él se las había ingeniado para ver sus muslos y pechos magullados.

—Nunca lo denuncié —susurra.

—Pero...

Piensa de nuevo en la imagen de su madre, sentada y llorando con sus manos delgadas sobre la boca, y en cuando susurró el nombre de Carl-Erik Ritter.

DJ sintió que sus mejillas enrojecían e intentó decir algo, y entonces tuvo el

peor ataque de narcolepsia de su vida.

Despertó en el suelo. Su madre le estaba dando palmaditas en la mejilla. Casi no podía creerlo.

Durante toda su vida de adulto se había sentido decepcionado con su madre porque no trataba de superar su depresión.

Un accidente de coche puede ser algo horrible, pero ella se había salvado, había sobrevivido.

Ahora veía su fragilidad, su cuerpo envejecido que aún sentía miedo, que aún retrocedía instintivamente, preparado para la violencia y el dolor.

Hubo momentos en los que se sentía bien y funcionaban como familia, pero otras veces caía en un agujero negro y entonces le resultaba imposible ocuparse de él.

Siente tantísima pena por su madre.

Aunque sabe que es inútil, ha rastreado a Carl-Erik Ritter para poder mirarlo a los ojos. Quizá eso sea suficiente. Quizá no hará falta que pregunte a Ritter si alguna vez piensa en lo que hizo, si es consciente del sufrimiento que ha causado.

Mientras la vida de Carl-Erik Ritter proseguía, la violación condenó a su madre a ser una persona asustada con recurrentes depresiones e intentos de suicidio.

Es probable que él lo niegue todo. Sucedió hace mucho tiempo y el crimen ha prescrito. Pero de todas formas va a tener que oír que DJ sabe qué sucedió.

Y, puesto que no tiene razón para sentirse amenazado desde el punto de vista legal, quizá esté dispuesto a hablar y distanciarse de la persona que fue hace tiempo.

La idea de reunirse con él no ha dejado de rondarle.

DJ le da la vuelta a la foto y observa el rostro de nuevo.

Él sabe que la reunión probablemente no aliviará su desasosiego, pero ahora mismo necesita poder dejar de pensar en todo aquello.

Son casi las once de la noche y sopla un viento frío a través de los bloques de pisos cercanos a la estación de metro de Axelsberg. David Jordan cruza la plaza camino a El Bocado, el pequeño pub del barrio al que Carl-Erik Ritter suele ir por las noches.

DJ intenta respirar con calma, sabe que las emociones pueden provocarle un ataque de narcolepsia, pero las pastillas que tomó en casa deberían mantenerlo despierto varias horas.

En la plaza, a lo lejos, un borracho le grita a su perro.

La zona está dominada por la mole de los edificios de pisos de ladrillo rojo. Todo el suburbio fue concebido como parte del «programa millón», cuando se construyeron un millón de viviendas en diez años.

Recorre con la mirada la tienda de periódicos, la peluquería y la tintorería que se encuentran junto al restaurante.

Una reja negra deja entrever, detrás del cristal del primer local, un cartel descolorido de un gran premio de rasca y gana.

Dos mujeres de unos cuarenta años terminan sus cigarrillos delante de la peluquería, pisan las colillas y vuelven a entrar en el restaurante.

Unos vehículos pesados retumban sobre el viaducto que pasa por encima de la plaza, y restos de envoltorios de McDonald's revolotean en círculos en torno a una papelera llena.

David Jordan toma aliento, abre la puerta del restaurante y entra en la penumbra y el murmullo. Huele a fritanga y ropa mojada. Viejas herramientas de jardinería y lámparas de queroseno cuelgan de las paredes encaladas sobre las mesas y los reservados. Un cartel verde de salida de emergencia brilla sobre el

techo bajo, y unos cables fijados con cinta adhesiva se extienden a lo largo de las vigas hasta el polvoriento equipo de música.

En una mesa, justo al lado de la puerta, dos parejas discuten con voz ebria.

Bajo un pequeño saledizo de tejas algunas personas de mediana edad beben y charlan de pie junto a la barra llena de arañazos. En un cartel amarillento se presenta todo el menú, incluido un abono especial de comida para jubilados.

David Jordan pide una botella de Grolsch y paga en metálico, se toma un primer sorbo refrescante y observa a un hombre con cola de caballo que intenta mostrarle algo en su teléfono a una mujer mayor.

Más allá, un hombre se limpia la espuma de la boca y hace burla de otro cuando se prueba un par de gafas de sol.

DJ se vuelve en la otra dirección y entonces descubre al hombre que ha venido a ver.

Lo reconoce de inmediato por la fotografía.

Carl-Erik Ritter está sentado al fondo del local con la mano sobre una jarra de cerveza con el logo de Falcon. Lleva puestos un par de vaqueros desgastados y un suéter con los codos agujereados.

DJ toma su botella de cerveza y se abre camino entre la gente pidiendo disculpas. Pasa de largo ante un reservado con un grupo de hombres muy borrachos y se detiene junto a la mesa del fondo.

—¿Puedo sentarme? —pregunta, y se sienta en la silla frente a Carl-Erik Ritter.

El hombre alza la mirada despacio, lo observa con ojos acuosos, pero no responde. DJ siente cómo su corazón comienza a latir demasiado deprisa, un peligroso cansancio lo envuelve de inmediato y la botella está a punto de resbalársele de la mano.

DJ mira la mano, los dedos pálidos, cierra los ojos un momento y después coloca la botella sobre la mesa.

—¿Eres Carl-Erik Ritter? —pregunta.

—Lo era la última vez que alguien intentó pedirme dinero para una bebida —

responde el hombre malhumorado.

—Me gustaría hablar contigo.

—Buena suerte —responde el hombre, y entonces da un trago y deja la jarra sobre la mesa, pero no aparta la mano.

Carl-Erik ha comido un filete a la tabla: junto a su jarra de cerveza está la madera tiznada donde se lo han servido, con restos de puré de patata y medio tomate asado. Junto al servilletero hay un vasito de chupito vacío con restos negros de Fernet-Branca.

DJ saca una fotografía de su madre y la pone en la mesa delante de él. Es una vieja fotografía en la que aparece a los dieciocho años, viste un vestido camisero claro y sonríe relajada a la cámara.

—¿Te acuerdas de ella? —pregunta DJ, cuando está seguro de que su voz aguantará.

—Oye —dice Carl-Erik Ritter, y alza la barbilla—. Solo quiero estar aquí sentado y emborracharme hasta perder el sentido. ¿Es pedir demasiado?

Y vierte las últimas gotas del chupito en su cerveza.

—Mira la foto —le pide DJ.

—Vete a la mierda. ¿Me has oído? —dice el hombre despacio.

—¿Recuerdas lo que hiciste? —pregunta DJ, y oye que su voz se ha vuelto un poco estridente—. Confiesa que tú...

—¿Qué diablos estás diciendo? —exclama Carl-Erik Ritter, y golpea la mesa con el puño—. ¡No puedes venir aquí y acusarme!

El barman los mira por encima del equipo de música y golpea sin querer una bombilla que empieza a balancearse del cable.

DJ sabe que tiene que tranquilizarse, no puede enzarzarse en una pelea, eso podría salpicar a Rex y ahora mismo no se pueden permitir la mala publicidad.

La mano de Carl-Erik tiembla cuando vuelca de nuevo el vaso de chupito vacío sobre la jarra de cerveza. Al parecer es un hombre solitario. Tiene suciedad debajo de las uñas y se ha olvidado de afeitarse en la parte posterior de una mejilla.



—No he venido aquí para empezar una pelea —dice DJ, y aparta su botella—. Solo quería preguntarte...

—¡He dicho que te vayas a la mierda!

Un hombre los mira desde la mesa de al lado mientras le quita el papel a dos terrones de azúcar y se los mete en la boca.

—Solo quiero saber si alguna vez te has parado a pensar que destrozaste su vida —dice DJ, tratando de contener el llanto.

Carl-Erik se echa hacia atrás. La camisa tiene el cuello sucio, su rostro está arrugado y los ojos enrojecidos no son más que hendiduras.

—No tienes ningún puto derecho a venir aquí a acusarme —repite con voz ronca.

—Vale, ahora sé quién eres, te he visto, y tienes lo que te mereces —dice DJ, y se pone en pie.

—Pero ¿de qué cojones hablas? —farfulla Carl-Erik.

David Jordan le da la espalda, se abre camino hacia la puerta, oye al hombre gritarle en tono airado que vuelva. El cartel del restaurante se ve reflejado en el ventanal que da a la plaza y las gotas de aire condensado resbalan sobre las letras verdes.

DJ tiembla de arriba abajo cuando sale de nuevo al exterior. Está oscuro y siente el aire frío contra su rostro.

Hay unas cuantas personas en el exterior del supermercado ICA Nära, al otro lado de la plaza.

DJ tose y se detiene junto a la peluquería, apoya la cabeza contra el escaparate, intenta respirar con calma, sabe que debería volver a casa, pero le gustaría tumbarse un rato.

—Te he dicho que no te fueras —grita Carl-Erik Ritter, y se acerca tambaleándose a él.

DJ empieza a caminar sin responder, pero se detiene delante de la tintorería y se apoya contra la pared con una mano. Mira el maniquí con el traje blanco en el escaparate y escucha pasos detrás de él.

—Quiero que te disculpes por tus acusaciones —grita Carl-Erik Ritter.

David Jordan pierde toda su fuerza, apoya la cabeza contra el frío escaparate y trata de mantenerse en pie. El sudor le corre por la espalda y la nuca amaga con ceder bajo el peso de la cabeza.

Un autobús pasa por el viaducto sobre la plaza y los restos de basura revolotean por el suelo.

Carl-Erik está borracho y se tambalea, sujeta a David Jordan del abrigo y tira de él.

—No hagas eso —dice DJ, tratando de soltarle los dedos.

—Tienes que besarme la mano y pedirme perdón —espetea Ritter.

DJ sonrío sin querer e intenta poner fin a la pelea, pero un convoy de metro traqueteante ahoga sus palabras y tiene que empezar de nuevo.

—No me siento bien —repite—. Ahora tengo que irme a casa y...

Carl-Erik lo sujeta por la cabeza e intenta obligarlo a bajarla para que le bese la mano. Se tambalean juntos hacia atrás y DJ siente el olor a sudor del otro cuerpo.

—Quiero una puta disculpa —grita, tirándole del pelo.

David lo aparta de un empujón e intenta largarse de allí, pero Carl-Erik lo vuelve a sujetar por el abrigo y lo golpea en la mejilla desde atrás.

—Ya vale —brama DJ, mientras se da la vuelta y empuja al hombre en el pecho.

Carl-Erik da dos pasos atrás, pierde el equilibrio y se desploma contra el cristal del escaparate, el vidrio se rompe tras él y cae hacia el interior de la lavandería.

Grandes fragmentos de cristal caen a la calle, se rompen sobre el asfalto.

David Jordan se acerca a toda prisa e intenta ayudarlo a ponerse en pie. Carl-Erik Ritter se tambalea hacia delante y recoge un cristal con una mano. Una gruesa lámina de vidrio cede bajo sus pies, cae de rodillas, y su cuello se desliza sobre el borde de un trozo de cristal que sobresale del marco.

La sangre brota a borbotones sobre el vestido blanco del maniquí y el cartel

amarillento que anuncia el lavado económico de camisas.

Se ha cortado la yugular.

Carl-Erik se derrumba aún más y al intentar incorporarse jadeando cae sobre la cadera. Los cristales se rompen bajo su peso. Una sangre oscura mana a borbotones de la herida del cuello y se derrama sobre su cuerpo. No deja de gritar y toser y sacudir la cabeza como si estuviera tratando de escapar del dolor y el pánico.

David Jordan intenta contener la sangre y grita hacia la plaza pidiendo que alguien llame a una ambulancia.

Carl-Erik cae de espaldas e intenta deshacerse de las manos de David.

La sangre fluye sobre el asfalto y la basura junto a la fachada del edificio.

Ritter sacude el cuerpo y agita agónico la cabeza adelante y atrás.

Mira fijamente a DJ, abre la boca y una temblorosa burbuja de sangre se dilata entre sus labios.

Las piernas se estremecen mientras el charco de sangre se hace más grande debajo de su cuerpo y busca serpenteando el oxidado desagüe de la alcantarilla.

Rex escucha las *3 Fantasías* para piano de Wilhelm Stenhammar mientras vacía el lavavajillas y coloca el contenido en el armario. Esa misma noche ha estado en los estudios de TV4 y ha grabado la conversación sobre su amistad con el ministro de Asuntos Exteriores.

Jamás se había sentido tan falso en toda su vida, pero después de que emitieran esa parte han llegado cantidad de reacciones positivas a través de las redes sociales.

Sammy está en un concierto de Debaser, pero ha prometido volver a casa antes de las dos. Rex no se atreve a acostarse antes de que su hijo esté de vuelta. Con movimientos cansinos, pone agua para hacerse un té y trata de contener la ansiedad. En ese momento suena el teléfono. Ve en la pantalla que se trata de DJ y responde enseguida.

—¿Qué te ha parecido la entrevista? —pregunta Rex—. Me sentí como...

—¿Está Sammy en casa? —lo interrumpe DJ con voz tensa.

—No, está en...

—¿Puedo subir un momento?

—¿Estás por aquí cerca?

—Estoy sentado en el coche delante de tu portal.

Solo ahora repara Rex en el extraño tono de voz de su amigo y le preocupa que venga con malas noticias.

—¿Qué ha pasado?

—¿Puedo subir solo un rato?

—Por supuesto —dice Rex.

Baja a la planta principal, descorre la cerradura de seguridad de la puerta y

abre tan pronto como oye que el ascensor se detiene en su rellano.

Rex retrocede con un respingo cuando las puertas se abren y puede ver a DJ bajo la luz.

David Jordan tiene sangre en el pecho, la barba y el rostro, y parece como si hubiera sumergido las manos y los antebrazos en un barril de sangre.

—¡Dios mío! —exclama Rex—. ¿Qué ha pasado?

El rostro de DJ está tenso cuando entra y cierra la puerta tras de sí. Sus ojos están vidriosos y vacíos.

—No es mi sangre —dice lacónico—. Ha sido un accidente... te lo contaré, solo tengo...

—Me has dado un susto de muerte.

—Perdona, no debería haber venido aquí... Estoy algo conmocionado.

DJ se quita los zapatos, se apoya en el marco de la puerta y deja un rastro de sangre sobre la madera blanca.

—¿Qué ha pasado?

—No sé cómo ha sucedido... es complicado, pero acabé en una pelea con un borracho en un bar y él me siguió, tropezó y se cortó.

Mira a Rex con expresión inocente.

—Creo que estaba gravemente herido.

—¿Cómo de grave?

DJ cierra los ojos y Rex ve que tiene sangre en los párpados y en las pestañas.

—Perdona que te meta en esto —susurra DJ—. Se supone que soy yo quien tendría que mantenerte alejado de cualquier cosa que... Mierda...

—Cuéntame qué ha pasado.

DJ no responde, se limita a pasar junto a Rex, entra en el aseo de las visitas del recibidor y empieza a lavarse las manos. El agua roja se transforma primero en rosada y después se vuelve más clara, mientras un centenar de gotitas salpican los azulejos blancos de detrás del grifo.

DJ desenrolla el papel higiénico y se seca la cara. Lo lanza al retrete y tira de la cadena, se mira al espejo, respira hondo y se vuelve hacia Rex.

—Creo que me dejé llevar por el pánico, no lo sé, en ese momento me pareció bien, pero me largué de allí y me metí en el coche cuando oí llegar a la ambulancia.

—Eso no estuvo bien —dice Rex contenido.

—Es que no quería... que la pelea te afectara —intenta explicar—. No me lo perdonaría, justo cuando tenemos inversores, justo cuando empezamos a despegar de verdad.

—Lo sé, pero...

—Lyra está en casa —prosigue—. No sabía adónde ir, así que he venido aquí.

—Tenemos que pensar qué vamos a hacer —dice Rex, y se pasa la mano por el rostro.

—Lo mejor será que llame a la policía y lo cuente todo. No sé, en realidad no creo que sea tanto problema, porque yo no he hecho nada, no fue culpa mía —dice, y empieza a buscar el teléfono en el bolsillo.

—Espera —dice Rex—. Cuéntamelo detalladamente... vamos arriba.

—Por qué tiene que ser todo tan jodidamente complicado... solo fui a un pub en Axelsberg y...

—¿Qué hacías allí?

Entra en la cocina y DJ se deja caer sobre una de las sillas junto a la mesa. Hace rato que el agua del té se ha consumido y huele al metal quemado de la cacerola.

—A veces necesito sentarme en algún lugar donde no conozca a nadie —explica DJ.

—Te entiendo —dice Rex, y vierte más agua en la cacerola caliente.

—Pero se produjo una discusión de lo más absurda y me largué de allí —continúa DJ, y se acoda sobre la mesa—. El borracho me siguió y quería pelea y acabó tropezando, cayendo contra un escaparate y cortándose.

DJ vuelve a recostarse y trata de respirar con calma. La mesa se ha manchado con trazas de sangre de las mangas de su chaqueta.

—Y ahora también hay sangre aquí —dice DJ—. Tenemos que limpiarla antes

de que Sammy vuelva a casa.

—Es probable que esté fuera buena parte de la noche.

—Creo que en el coche también hay mucha sangre —susurra DJ.

—Bajo a echar un vistazo mientras te duchas —dice Rex.

—No puedes, mira que si te ve alguien. Tienes que mantenerte al margen. Yo me encargaré del coche mañana cuando Lyra esté en Konstfack.

Rex está sentado frente a DJ.

—De todos modos no lo entiendo —dice—. ¿Estabais peleando? ¿Una pelea de verdad?

Los ojos de DJ refulgen inyectados en sangre.

—Bueno, él estaba borracho, se tambaleaba y quería que yo volviera... y yo estaba intentando apartarlo cuando tropezó y cayó contra el escaparate.

—¿Es grave?

—Se cortó en el cuello, no estoy seguro de que se haya salvado, había...

—Pero si la ambulancia llegó enseguida...

—Había muchísima sangre —dice DJ terminando la frase.

—Entonces ¿qué hacemos? Tienes que decidirlo tú —dice Rex—. ¿Rezar para que nadie te haya visto?

—Nadie me conocía en el restaurante y la plaza estaba prácticamente a oscuras.

Rex asiente e intenta pensar con claridad.

—Tienes que ducharte —dice después de un rato—. Voy a buscar ropa limpia... mete todo en la lavadora, aséate a fondo y yo iré a mirar si hay algo en internet.

—Vale, gracias —susurra DJ, se pone en pie y vuelve a bajar la escalera.

Rex oye la ducha en la planta baja, coge la botella de lejía del armario y la aplica a la mesa y la silla donde DJ se ha sentado. Lo seca todo con papel de cocina y después baja y limpia el marco de la puerta ensangrentado, la manija del cuarto de baño de las visitas, el grifo, el lavabo y los azulejos salpicados de detrás. Vuelve a subir, deja que el papel siga la barandilla y deja la botella de

lejía y el rollo de papel de cocina en medio de la mesa para no olvidarse de limpiar la ducha y la puerta de la lavadora cuando DJ haya acabado.

Saca una botella de Highland Park y un vaso para DJ y comprueba las noticias locales en el teléfono, pero no hay nada sobre una pelea o accidente que encaje con lo que le ha contado DJ.

Tal vez la situación no sea tan mala como él cree.

Si el hombre hubiera muerto, a estas alturas ya habría salido algo.



En la reunión, el director de la prisión tomó la decisión de dar prioridad al permiso de treinta y seis horas de Joon Linna sin discusión alguna.

Joon llega al final del túnel subterráneo, donde hay unos pitufos enormes pintados en la rugosa pared de hormigón. El funcionario de prisiones se detiene delante de él unos segundos, luego alza la mano y la puerta se abre. Entran en el cruce del pasaje subterráneo, esperan hasta que la cerradura chirría, se acercan a otra puerta y se detienen una vez más esperando a que la central apruebe el paso a la siguiente sección.

Tal como esperaba, Salim Ratjen había entendido que el permiso de Joon era su única opción para enviar un mensaje al exterior antes del miércoles. El mensaje de Ratjen consiste apenas en un número de teléfono y un nombre, pero es posible que se trate de la clave para autorizar un nuevo asesinato.

Después de firmar para poder recoger las pertenencias que tuvo que entregar cuando llegó por primera vez a la llamada «puerta del cielo», un funcionario de prisiones acompaña a Joon hasta el centro de guardia.

El traje le quedaba perfecto cuando lo juzgaron hace dos años, pero desde entonces Joon ha dedicado cuatro horas al día a entrenarse y ahora le queda demasiado apretado de hombros.

La cerradura chirría en la puerta de la alta valla, se abre. Joon sale y deja los enormes muros tras de sí.

Un dolor familiar le agujonea detrás del ojo izquierdo cuando comienza a cruzar la explanada de asfalto desvaído. La valla electrificada con concertinas es el último paso antes de la libertad. Ante él, ve los altos postes con focos. El armazón blanco brilla contra un cielo gris acero.

Resiste la tentación de empezar a caminar más rápido y se acuerda de cuando era un niño, cuando era pequeño y seguía a su padre por el bosque para pescar truchas en Villmanstrand, en Carelia del Sur.

Cuando veía los primeros destellos de la laguna entre los troncos y la vegetación se impacientaba y lo único que quería era correr el último tramo, pero se obligaba a contenerse. Su padre le había explicado que hay que acercarse al agua con cuidado.

La enorme puerta se desliza a un lado, rechinando con pesadez metálica.

El sol aparece detrás de una nube y atrae su mirada. Por primera vez en dos años puede mirar a lo lejos, kilómetros de campos de cultivo, la carretera y el bosque.

Cuando Joonas abandona la zona penitenciaria, sale al aparcamiento y oye cerrarse la verja a su espalda. Es como llenar los pulmones de aire, como beber agua, como encontrarse con la mirada complaciente de su padre.

El recuerdo de las excursiones de pesca vuelve, cómo continuaban despacio hacia la ribera y veían que había muchas truchas en la laguna. Unos círculos rompían la superficie brillante por todas partes, como si lloviera.

La sensación de libertad es abrumadora. La emoción desborda su pecho. Podría detenerse allí mismo y echarse a llorar, pero sigue andando sin volver la vista atrás. Mientras recorre el trecho de setecientos metros hasta la parada del autobús sus músculos comienzan a relajarse.

Poco a poco vuelve a sentirse él.

A lo lejos, en la carretera, ve el polvo del autobús que se acerca. Según se indica en el permiso de Joonas, tiene que subir a ese autobús y apearse en Örebro para, desde allí, tomar un tren a Estocolmo.

Cuando sube al autobús, ya sabe que no tomará el tren. Se reunirá con un controlador de los servicios secretos. Se verán dentro de cuarenta y cinco minutos en el garaje del aparcamiento que hay debajo de la galería Vågen.

Comprueba la hora y después se recuesta sonriendo en el asiento del autobús.

Por fin le han devuelto el sencillo reloj Omega que heredó de su padre. Su

madre nunca lo vendió a pesar de haber necesitado dinero muchas veces.

Hace viento y el sol se ha puesto ya cuando Jooná se baja del autobús y se dirige hacia la galería. Aunque solo dispone de cinco minutos, se detiene delante de un quiosco de comida callejera con toldo rojo y algunas sombrillas de un amarillo sucio y encarga una Pepper Cheese Bacon Meal y patatas fritas.

—¿De beber? —pregunta el propietario, y coloca la hamburguesa sobre la parrilla.

—Una Fanta Exotic —responde Jooná.

Coge la lata, se la mete en el bolsillo y se queda junto a la bandera roja de publicidad de los helados a comerse tranquilamente la hamburguesa.

Abajo, en el garaje del aparcamiento, le espera un hombre en vaqueros y plumífero que mira fijamente su teléfono móvil junto a un BMW negro.

—Tenías que estar aquí hace veinte minutos —dice malhumorado cuando Jooná se acerca y le estrecha la mano.

—Quería comprarte una bebida —responde Jooná, y le tiende el refresco.

El controlador se lo agradece sorprendido y acepta la lata antes de abrirle la puerta del coche a Jooná.

En el asiento trasero hay un teléfono móvil con tarjeta de prepago encima de tres gruesos sobres de Saga Bauer. Se trata del informe técnico completo de la investigación de la escena del crimen del ministro de Asuntos Exteriores. Todo lo que Jooná ha pedido se encuentra en los sobres: la investigación preliminar, el dictamen inicial de la autopsia, las pruebas de laboratorio y la transcripción de todos los interrogatorios a la testigo.

Pasan con el coche junto a la estación de tren y continúan hacia la autopista a Estocolmo.

Jooná va sentado en el asiento trasero y lee los antecedentes de Salim Ratjen, la huida de Afganistán, el asilo en Suecia y cómo después se vio envuelto en una red criminal. Aparte de su esposa, su único pariente en el país es su hermano Absalon Ratjen. Los servicios secretos han investigado al hermano y están seguros de que no han tenido contacto alguno durante ocho años. Según la

correspondencia encontrada, Absalon rompió con Salim cuando lo descubrió escondiendo una gran cantidad de hachís de un traficante.

Joona acaba de coger otra vez la carpeta con las fotografías de la casa del ministro de Asuntos Exteriores cuando suena el teléfono.

—¿Pudiste establecer contacto con Ratjen? —pregunta Saga Bauer.

—Sí, tengo un encargo, pero no sé adónde nos conducirá —responde Joona—. Me pidió que vaya a ver a su mujer. Tengo que decirle que llame a un número de teléfono y pregunte por Amira.

—Bien... Buen trabajo... bueno de cojones —dice Saga.

—Nos espera una larga noche de trabajo, ¿verdad? —pregunta Joona, mientras echa un vistazo a las brillantes fotografías de charcos de sangre, salpicaduras sobre los cajones de la cocina, una maceta caída, el cuerpo del ministro de Asuntos Exteriores desde diferentes ángulos, el abdomen ensangrentado, las manos y los dedos de los pies doblados y amarillentos.

—Hablaré con Janus, que es quien dirige todo el dispositivo —dice Saga—. Es muy bueno, aunque sigo pensando que resultará difícil reemplazarte.

—No quiero ser reemplazado —responde Joona.

—¿Crees que puedes hacer frente a esto? —pregunta ella seria.

—¿Hacer frente? Estoy deseándolo —responde él sonriendo.

La oye reírse satisfecha.

—Pero ¿eres consciente de que llevas dos años fuera de circulación y el asesino es extremadamente efectivo?

—Sí.

—¿Has leído la secuencia de los hechos?

—Sabe lo que hace, pero hay algo más... lo presiento, hay algo raro en todo esto.

—¿En qué estás pensando? ¿Qué crees que es?

Justo antes de llegar a Norrtull, el controlador recibe una nueva indicación, gira hacia el restaurante Stallmästaregården y se detiene.

—El comando operativo te está esperando en el pabellón —dice.

Joonas se apea del coche y se encamina hacia el cenador amarillo que se abre hacia Brunnsviken. No hace mucho el Stallmästaregården se encontraba ubicado en un paraje de extraordinaria belleza justo a las puertas de entrada a la ciudad, pero ahora ha quedado encajonado entre autopistas, puentes y viaductos.

Cuando abre la puerta de madera, uno de los dos hombres que están sentados a la mesa se pone de pie. Tiene el cabello rojo pajizo y las cejas casi blancas.

—Me llamo Janus Mickelsen, soy el jefe de operaciones de los servicios secretos —dice el hombre, al tiempo que se estrechan la mano.

Janus se mueve con una extraña contención, como si intentara refrenar un ritmo interior demasiado acelerado.

A su lado hay un joven sentado con la sonrisa torcida, que mira a Joonas con expresión franca.

—Gustav es el responsable operativo sobre el terreno, él entrará con el primer grupo y dirigirá la unidad de fuerzas especiales en el lugar —comenta Janus.

Joonas también le estrecha la mano a Gustav, pero se la retiene unos segundos de más y lo mira a los ojos.

—Veo que ya te queda pequeño el disfraz de Batman —le dice con una sonrisa.

—¿Te acuerdas de mí? —pregunta el joven, escéptico.

—¿Os conocéis? —pregunta Janus y, cuando sonrío, un entramado de arrugas se forma en torno a sus ojos.

—Trabajé con la tía de Gustav en la Brigada de Homicidios —explica Jooná.

Jooná piensa en la fiesta de verano en casa de Anja. Gustav solo tenía siete años, iba disfrazado de Batman y corría por el césped que bajaba hasta el lago Mälaren. Desplegaron unas mantas y comieron salmón ahumado y ensalada de patatas y bebieron cerveza sin alcohol. Gustav estuvo sentado con Jooná y quería saberlo todo acerca del trabajo de policía.

Jooná le quitó el cargador a su arma y dejó que el niño la sujetara. Después Anja intentó convencer a Gustav de que no era una pistola de verdad, sino una imitación que utilizaban para practicar.

—Anja siempre ha sido como una madre para mí —sonríe Gustav—. Y piensa que ser policía es demasiado peligroso.

—Esta noche las cosas podrían ponerse difíciles —asiente Jooná.

—Y nadie te dará las gracias si mueres —apunta Janus, con un inesperado toque de amargura en la voz.

Jooná recuerda que, hace muchos años, Janus Mickelsen había sido una especie de delator. Aquello tuvo mucha repercusión durante un par de semanas. Él era militar de carrera y formaba parte del grupo de cooperación europea contra los piratas en las aguas frente a Somalia. Cuando vio que sus superiores no le hacían caso, acudió a los medios y alertó de que los rifles de asalto que les habían dado se sobrecalentaban. Janus afirmaba que las armas tenían tan poca precisión que eran un peligro. Sus declaraciones solo sirvieron para que perdiera su trabajo.

—La operación se llevará a cabo en casa de la mujer de Salim Ratjen esta tarde a las siete —explica Janus, y despliega un mapa.

Lo extiende sobre la mesa y señala el edificio que hay delante de la casa de Parisa, donde el grupo de intervención se está preparando.

—¿Tenéis idea de quién es Amira y a quién pertenece el número de teléfono? —pregunta Jooná.

—El nombre no nos conduce a nada y el número de teléfono nos lleva solo de Malmö hasta un móvil que no se puede rastrear.

—Ahora mismo estamos concentrados preparando la operación en la zona — explica Gustav—. La mujer de Ratjen trabaja de enfermera en la consulta de un dentista en Bandhagen. Acaba a las seis y estará de vuelta en casa alrededor de las seis cuarenta y cinco si se para a comprar en el supermercado ICA como suele hacer, en el centro de Högdalen.

—Ratjen ha planeado el próximo atentado para el miércoles —dice Janus—. Esta operación es nuestra oportunidad de evitarlo.

—Pero ¿no sabéis qué papel juega su esposa? —pregunta Jooná.

—Estamos trabajando en ello —responde Janus, y se aparta el sudor de su frente pecosa.

—Quizá solo sea una mensajera.

—Estoy de acuerdo, apenas sabemos nada —dice Gustav—. Estamos apostando al azar, pero al mismo tiempo... No necesitamos tanto para armar el puzle, un pequeño detalle podría ser suficiente. Quiero decir, si logras averiguar algo sobre el plan, contra quién va dirigido el atentado del miércoles o en qué sitio tendrá lugar, quizá esta vez no pase nada.

—Quiero ver a la testigo antes de la operación —dice Jooná.

—¿Por qué?

—Quiero saber qué hizo el asesino entre el primer disparo y el que acabó matándolo.

—Dijo eso sobre Ratjen y el infierno, lo pone en el informe, lo he leído todo un centenar de veces —dice Janus.

—Pero no concuerda, hay una laguna temporal —insiste Jooná.

—Recogió los casquillos.

La inspección forense interna no está acabada, pero durante el viaje en coche desde Örebro Jooná ha estudiado el patrón de las salpicaduras, las manchas de sangre y los puntos de convergencia y está seguro de que la autopsia demostrará que pasaron más de quince minutos entre los dos primeros disparos en el torso y el mortal en el ojo.

De momento, la reconstrucción de los técnicos forenses abarca cinco minutos.

La recogida de casquillos, el desplazamiento por el suelo y el intercambio de palabras.

Si Jooná tiene razón, con lo que tienen hasta ahora, hay un lapso de diez minutos que no pueden explicar.

¿Qué sucedió durante ese tiempo?

El asesino es, claramente, un profesional en su modo de proceder. Tiene que haber una razón para que no ejecutara a su víctima directamente.

Jooná no sabe de qué se trata, pero está convencido de que falta algo de vital importancia en la historia, algo mucho más oscuro que lo que han descubierto hasta ahora.

—De todas formas me gustaría verla si es posible —dice.

—Lo arreglaremos —asiente Janus, y rompe el sello de un gran sobre acolchado—. Tienes tiempo, porque la operación no empezará antes de las siete... tenemos una reunión y una revisión final a las cinco.

Le da a Jooná una vieja arma reglamentaria con un cargador de más, dos cajas de munición del tipo 9 × 19 parabellum y las llaves de un Volvo.

Jooná saca la pistola de la cartuchera y la observa. Es una Sig Sauer P226 Tactical negra mate.

La única diferencia con una Rail es que está preparada para utilizar un silenciador.

Tienen el mismo riel que permite montar una mira telescópica, un visor nocturno o una luz para pistolas en el arma.

—¿Te vale? —pregunta Janus, y sonrío como si hubiera dicho algo inusualmente divertido.

—¿No tenéis otra cartuchera? —pregunta Jooná.

—Esta es la estándar —responde Gustav sorprendido.

—Lo sé, y no es que importe mucho, pero se mueve demasiado —dice Jooná.



Joona sigue al BMW plateado del controlador hasta las profundidades del garaje de Katarinaberget y aparca junto a un muro de hormigón rugoso.

Ahora se encuentran más allá de las colosales puertas corredizas, muy por debajo del refugio.

Había oído rumores sobre la prisión clandestina de los servicios secretos, pero no sabía que se encontrara ahí.

El controlador ha dejado el coche y lo espera junto a una puerta blindada azul, pasa su tarjeta identificativa a través de un lector y teclea un largo código.

Joona lo sigue a través de la esclusa y, cuando la puerta del garaje se cierra, el hombre pasa el carnet por un nuevo lector y teclea un nuevo código. Entran en el control de seguridad, Joona entrega su documentación a través de una ventanilla y un guardia comprueba sus datos en el ordenador detrás de un cristal acorazado.

Joona tiene que registrarse y a continuación le hacen una lectura biométrica del iris y las huellas dactilares.

Coloca su chaqueta, la pistola y sus zapatos en la cinta transportadora, pasa a través de un escáner corporal, lo hacen pasar por otra esclusa y allí lo recibe una agente del servicio secreto con el cabello castaño oscuro y una gruesa coleta sobre uno de sus hombros.

—Sé quién eres —dice ella, y se sonroja un poco.

La agente le entrega la pistola, lo observa mientras se abrocha la cartuchera alrededor del hombro y después le tiende la chaqueta.

—Gracias.

—Eres mucho más joven de lo que pensaba —añade ella, y el rubor se extiende al cuello.

—Tú también —sonríe él, y se pone los zapatos.

—No está bien burlarse de los sentimientos de una mujer —dice ella a modo de advertencia.

Empiezan a andar y la agente le explica que han trasladado a Sofia Stefansson de las antiguas piscinas de hielo a una habitación de aislamiento en la vieja casa de máquinas.

Joona ha leído y comparado todos los interrogatorios que se han hecho hasta ahora a Sofia Stefansson.

Es un testimonio coherente.

Las pequeñas discrepancias pueden explicarse por el temor de la testigo, y por su voluntad de complacer y decir lo que el interrogador desea oír.

El interrogatorio de Saga Bauer es, sin duda, el más útil, es realmente excepcional dadas las circunstancias. Al ir destacando pequeños detalles, consiguió guiar a la testigo y lograr que recordara la breve conversación en la que se mencionaba a Ratjen.

Sin este interrogatorio no tendrían caso.

Pero si Joona está en lo cierto y el asesino tardó más de lo que creen en ejecutar a la víctima, entonces la testigo ha ocultado gran parte de los acontecimientos.

El agresor realizó dos disparos, se movió con rapidez y concentración, corrió hacia el ministro de Asuntos Exteriores y lo agarró del pelo, lo obligó a quedarse de rodillas y apretó la pistola contra un ojo.

El asesino trató a su víctima como un enemigo, piensa Joona.

Dejando a un lado esos minutos que faltan, el atentado se parece más a algo que vivirías en un campo de batalla que a una ejecución.

Sofia Stefansson se resbaló y se golpeó la cabeza contra el suelo y, mientras estuvo allí tirada, oyó el breve intercambio sobre Ratjen antes de que el asesino matara al ministro de Asuntos Exteriores de un disparo en el ojo.

—Estoy pensando —dice Joona, sin que la agente pregunte.

—No tienes que decir nada —dice ella, y se detiene delante de una puerta de

metal.

Llama, abre y le dice a Sofia que tiene visita, hace pasar a Joonas y vuelve a cerrar tras él.

Sofia está sentada frente al televisor en un sofá azul grisáceo y está viendo un capítulo de la serie de televisión de la BBC sobre Sherlock Holmes y el doctor Watson. El televisor no está conectado a la antena o al cable, solo a un reproductor de DVD. Ante ella, en la mesa, hay un montón de películas junto a una gran botella de plástico de Coca-Cola.

Tiene el rostro pálido y sin maquillar, parece una niña con su cuerpo delicado y el cabello castaño claro recogido en una cola de caballo. Lleva puestos unos pantalones de chándal grises y una camiseta blanca con un gatito centelleante. Tiene una mano vendada y unos hematomas grises alrededor de sus muñecas.

Joonas piensa que todavía no ha aceptado su nueva existencia, que empieza a entender que no la van a matar pero que tampoco la soltarán en una buena temporada. Y la aterriza que vuelvan a torturarla.

—Me llamo Joonas Linna —dice él—. Soy un excomisario... y he leído todos los interrogatorios que te han hecho. Todo indica que eres inocente y comprendo que tengas miedo, teniendo en cuenta cómo te han tratado aquí.

—Sí —susurra ella, y apaga el televisor.

Él le da tiempo antes de sentarse a su lado. Es consciente de que los movimientos repentinos o los sonidos bruscos pueden causarle cierta angustia postraumática y eso haría que se cierre en sí misma. Cuando la agente abrió la puerta la vio temblar, el chirrido metálico quizá le recordó el sonido del movimiento del percutor y los casquillos que expulsaba.

—No tengo ninguna autoridad para soltarte —explica honestamente—. Y sin embargo, me ayudarás, te esforzarás más que nunca para recordar lo que te pregunte.

Puede sentir cómo la mujer intenta decidir si puede confiar en él, su instinto de supervivencia a través del peso amortiguado de la conmoción.

Con movimientos lentos saca los dos retratos robot realizados siguiendo sus

descripciones.

En una de las versiones el pasamontañas cubre el rostro del asesino de forma que lo único que se ve son los ojos y la boca.

En la otra han intentado reconstruir la cara sin antifaz, pero la falta de detalles concretos hace que el rostro parezca estar oculto tras un pasamontañas invisible.

Ninguno de los rasgos del asesino es llamativo, la mirada es quizá inesperadamente tranquila, la nariz está particularmente marcada. Una boca casi blanca, mandíbulas anchas, barbilla delicada.

Los retratos robot carecen de barba o bigote, pero partiendo del color de sus cejas, le han puesto pelo rubio con un peinado neutro.

—Prueban una nariz más larga y yo digo «No sé» —intenta explicar Sofia—. La hacen más corta y digo «Quizá, no sé», la hacen más estrecha y digo «No sé», la hacen más ancha y digo «Quizá»... y al final nos cansamos y decidimos que teníamos un resultado.

—No está mal —dice Joon.

—Quizá dudo de todo porque no dejaban de ponerme a prueba todo el tiempo. Un momento era negro, como si fuera de origen africano, y yo no había dicho nada de eso, pero quizá solo fuera para sacarme otras cosas como el color de los ojos y las cejas.

—Esta gente sabe cómo funciona la memoria facial —asiente Joon.

—Luego, durante un rato, tenía el cabello largo, con muchos mechones de pelo cayéndole por las mejillas —dice ella, y frunce el ceño—. Porque, de repente, me pareció haberlo visto, pero al mismo tiempo sabía que no se había quitado el pasamontañas en ningún momento, así que no podía ser, no pude verle el pelo.

—Entonces ¿qué fue lo que viste? —pregunta con calma.

—¿Qué?

—¿Si no era pelo?

—No sé, yo estaba tumbada en el suelo... y había algo que le colgaba por las mejillas, como tiras de tela.

—Pero aun así, ¿no crees que fuera pelo?

—No, parecía más bien un tejido grueso, cuero tal vez.

—¿Cómo eran las tiras de largas?

—Por aquí. —Y señala con su mano hacia los hombros.

—¿Puedes dibujarlas en el retrato?

Ella coge el retrato robot en que el asesino está enmascarado y dibuja con mano temblorosa lo que vio a un lado de su cabeza.

Primero parecen grandes plumas, como cálamos, luego pasan a asemejarse a un pelo enmarañado, y dibuja con tanto frenesí que hace un agujero en el papel.

—No... no sé —dice ella, y aparta el retrato.

—¿Habló el ministro de Asuntos Exteriores de un hombre con dos caras?

—¿Qué?

—Se puede interpretar de manera metafórica —dice Jooná, y mira el retrato.

—En ese caso, ¿no tenemos todos dos caras?

Sofia está sentada en silencio con la mirada gacha y las pestañas temblorosas. Y a Jooná se le ocurre que la mujer parece recordar lo sucedido como si estuviera observándolo todo desde fuera.

—¿Crees que el asesino era un terrorista? —pregunta, después de un rato.

—¿Y a mí qué me cuentas? No lo sé.

—Pero ¿tú qué crees?

—Me pareció algo personal... pero quizá sea así para los terroristas.

Sofia presencia primero dos disparos de lejos y los movimientos del asesino antes de intentar huir y resbalarse en la sangre.

—Te caes y te quedas en el suelo —dice Jooná, y le muestra una fotografía de la cocina ensangrentada que se ha tomado desde su perspectiva.

—Sí —responde ella en voz baja, y aparta la mirada.

—El ministro de Asuntos Exteriores está de rodillas, sangra a causa de los dos disparos en el abdomen, el asesino lo sujeta del pelo y aprieta el cañón contra su ojo.

—El derecho —susurra ella, con el rostro inexpresivo.

—Has hablado de la conversación entre ellos, pero ¿qué pasó después?

—No lo sé... nada, le disparó.

—Pero no directamente, ¿verdad?

—¿No? —pregunta ella cohibida.

—No —responde Jooná, y ve que el vello claro se eriza en los brazos de la mujer.

—Me había golpeado la cabeza contra el suelo y todo parecía ir muy despacio —dice ella, y se levanta del sofá.

—¿Qué ocurrió?

—Fue como si el tiempo se detuviera y solo... no, no sé.

—¿Qué ibas a decir?

—Nada —responde.

—¿Nada? Estamos hablando de un lapso de diez minutos —dice él.

—Diez minutos.

—¿Qué pasó? —insiste Jooná.

—No sé —dice, rascándose un brazo.

—¿Grabó al ministro de Asuntos Exteriores?

—No, no lo hizo, ¿de qué coño estás hablando? —resopla Sofía, se acerca hasta la puerta y da unos golpes en ella.

—¿Se comunicó con alguien?

—No aguanto más —susurra ella.

—Sí, puedes hacerlo, Sofía.

Ella se vuelve hacia él de nuevo, su rostro resignado y desesperado.

—¿Puedo hacerlo? —pregunta.

—¿Se comunicó con alguien?

—No.

—¿Pareció como si rezara? —pregunta Jooná.

—No —sonríe ella, y se seca las lágrimas de las mejillas.

—¿Pudo obligar al ministro de Asuntos Exteriores a decir algo?

—No hablaron —responde.

—¿Durante todo el tiempo?

—Sí.

—Tú estabas allí tumbada y los veías, Sofía. ¿El asesino no hizo nada en absoluto? —pregunta Jooná—. Quiero decir, ¿no tenía miedo, no temblaba?

—Parecía tranquilo —responde ella, y se vuelve a secar las lágrimas.

—Tal vez se debatía consigo mismo... quizá no sabía si matarlo o no.

—No, no dudó, no fue eso... creo que le gustaba estar ahí de pie... El ministro respiraba todo el tiempo muy deprisa, estaba a punto de perder el

conocimiento... Pero el asesino lo sujetaba del pelo y lo miraba.

—¿Qué le hizo disparar?

—No lo sé... después de un rato le soltó el pelo, pero mantuvo la pistola contra el ojo... y de repente se oyó un estallido, pero no fue la pistola, porque casi no hizo ruido... Creo que fue la coronilla la que estalló, ¿no?, cuando el cráneo reventó.

—Sofía —dice Jooná con tranquilidad—. Ahora voy a sacar una pistola. Está descargada y no es peligrosa, pero tenemos que mirarla para obtener los últimos detalles.

—Vale —dice ella, y sus labios se tornan blancos.

—Ahora no tengas miedo.

Afloja con cuidado el cierre de la cartuchera, saca la Sig Sauer y la deja sobre la mesa.

Se da cuenta de que a ella le cuesta mirar la pistola, de que las venas de su cuello se hinchan.

—Sé que es difícil —dice Jooná en voz baja—. Pero quiero que hablemos sobre cómo sujetaba el arma, sé que te acuerdas... Has contado que el asesino sujetaba la pistola con las dos manos.

—Sí.

—¿Qué mano servía de apoyo?

—¿Cómo, qué quieres decir?

—Una mano sujeta la pistola, con el dedo en el gatillo, la otra sirve de apoyo —explica.

—Era... la izquierda servía de apoyo —responde, y trata de sonreír antes de bajar la mirada.

—¿Así que apuntaba con el ojo derecho?

—Sí.

—Y cerraba el izquierdo.

—Miraba con ambos.

—Entiendo —dice Jooná, pensando que esa es una técnica poco común.



Él mismo dispara con los dos ojos abiertos. Eso le proporciona una visión mucho más amplia de la zona de combate, pero hay que entrenarse para ser efectivo.

Continúa haciendo preguntas sobre el patrón de movimientos del asesino, repasa la posición de los hombros cuando disparó desde lejos, cómo cambió la pistola de mano para no perder la línea de tiro mientras recogía los casquillos del suelo.

Ella vuelve a hablar de lo despacio que parecía suceder todo, el tiro en el ojo, cómo el cuerpo cayó hacia atrás, con una pierna estirada y la otra doblada por debajo, cómo el asesino se colocó sobre él y le disparó en el otro ojo.

Jooná deja la pistola sobre la mesa, se levanta y saca dos vasos del armario de la pequeña zona de cocina y piensa que el asesino del ministro de Asuntos Exteriores no tuvo que cambiar de cargador.

Pero si yo hubiera estado en su lugar lo habría hecho después de disparar el último tiro, para tener un cargador lleno en la pistola al abandonar el lugar, se dice a sí mismo mientras sirve Coca-Cola.

Beben y ambos colocan el vaso sobre la mesa con cuidado. Jooná recoge la pistola y espera mientras Sofía se seca la boca con la mano.

—Después del último disparo... ¿cambió el cargador de la pistola?

—No lo sé —dice ella cansada.

—Se afloja un pestillo y el cargador cae en la mano así. —Jooná se lo enseña—. Y luego se mete uno nuevo.

El sonido hace que Sofía se sacuda, traga saliva y a continuación asiente con la cabeza.

—Sí, eso fue lo que hizo —dice ella.

Joona circula lentamente por la carretera de gravilla llena de baches en dirección al vivero de Valeria y piensa en la descripción que Sofia ha hecho del asesino: dispara con ambos ojos abiertos, es ambidiestro, se lleva las balas y los casquillos e inserta un cargador lleno antes de abandonar la casa.

Para poder disparar un arma de acción simple, hay que hacer un movimiento manual con la corredera para que la primera bala se cargue en el ánima.

Hay varias maneras de hacerlo. La policía sueca coloca la mano izquierda sobre la corredera, apunta al suelo y tira hacia atrás, hacia arriba.

Pero este asesino sujetó la corredera con el pulgar y el índice, y en lugar de tirar hacia atrás impulsó la pistola en un solo movimiento hacia delante para poder disparar inmediatamente. No es una técnica sencilla, pero una vez que la dominas te permite ahorrar unos segundos muy necesarios en situaciones de emergencia.

Joona recuerda que en una ocasión visionó una antigua grabación de la Interpol. Una cámara de vigilancia filmó el asesinato de Fathi Shaqaqi delante del hotel Diplomat, en Malta.

El crimen lo llevaron a cabo dos agentes del Mossad pertenecientes a una unidad llamada Kidon.

En la grabación, en blanco y negro y de mala calidad, se ve a un hombre con la cara tapada cargar la munición en el ánima de esta manera antes de disparar a la víctima tres veces, luego sube detrás de un hombre en una moto y desaparecen.

Todo lo que Sofia ha descrito confirma que el asesino tiene un entrenamiento militar de alto nivel.

Durante todo el proceso, la pistola estuvo a la altura del rostro, el cañón no dejó de apuntar hacia delante.

Joona ve al hombre delante de él, cómo dispara, corre hacia delante y cambia el cargador sin perder la línea de tiro.

Sus pensamientos van de la unidad de fuerzas especiales polacas, el GROM, a los Navy Seal norteamericanos. Y sin embargo, el asesino permanece en el lugar más tiempo del necesario.

No tiene miedo, no duda, se limita a dejar pasar el tiempo mientras observa cómo su víctima lucha por su vida.

Joona mira el reloj. Dentro de solo tres horas tiene que transmitir el recado a la esposa de Salim Ratjen.

Aparca delante del frondoso jardín de la casita de Valeria y toma uno de los dos ramos de flores que hay en el asiento del copiloto. Grandes abedules rozan la hierba con sus ramas. El aire de finales de verano es cálido y húmedo. Nadie abre cuando llama a la puerta, pero las luces están encendidas, así que rodea la casa para ir en busca de Valeria.

La encuentra en uno de los invernaderos de la parte de atrás. Los cristales están empañados a causa de la condensación, pero Joona la ve con claridad ahí dentro. Valeria tiene el cabello recogido en un moño flojo y lleva puestos un par de vaqueros desteñidos, botas y un ajustado plumífero rojo con manchas de tierra. Está moviendo algunas pesadas macetas con naranjos, se da media vuelta y lo ve.

Los ojos oscuros, el cabello rizado y rebelde, el cuerpo delgado.

Es como si hubieran vuelto atrás en el tiempo.

Valeria iba a una clase paralela de bachillerato y él no podía apartar la vista de ella. Fue una de las primeras personas a las que le habló sobre la muerte de su padre.

Se conocieron en una fiesta y después él la acompañó hasta la puerta de su

casa. La besó con los ojos abiertos y todavía recuerda qué pensó en ese momento: pasara lo que pasase en el futuro, al menos había besado a la chica más guapa del instituto.

—Valeria —dice, y abre la puerta del invernadero.

Ella aprieta los labios para no sonreír y se le arruga la barbilla, pero los ojos sonrían. Jooná le tiende el ramo de lirios del valle y ella se seca las manos sucias de tierra en los vaqueros antes de aceptarlas.

—¿Eres tú el que tiene un permiso para salir de prisión y buscar un lugar de prácticas? —pregunta ella, y lo mira de arriba abajo con aire juguetón.

—Sí, yo...

—¿Y crees que podrás llevar una vida normal cuando estés libre? A veces, el trabajo de jardinero puede ser una labor muy dura.

—Soy fuerte —responde él.

—Sí, te creo —sonríe.

—Te prometo que no te arrepentirás.

—Bien —susurra ella.

Y se quedan así, mirándose a los ojos, hasta que finalmente Valeria baja la mirada.

—Perdona que tenga estas pintas —dice ella—. Pero tengo que cargar quince nogales... Micke y Jack vendrán a buscar el remolque dentro de una hora.

—Estás más guapa que nunca —dice Jooná, y la sigue al interior del invernadero.

Los árboles están dentro de unas grandes macetas de plástico, tienen dos metros y medio de alto y copas frondosas.

—¿Se pueden agarrar por el tronco?

—Los transportaremos con la carretilla —responde, y acerca una de color amarillo.

Jooná coloca el primer nogal en la carretilla y Valeria sale andando hacia atrás por la puerta y sigue por el sendero hasta la explanada: las hojas verde claro tiemblan airadas en torno a la cabeza de Jooná cuando sube el árbol a un

remolque enrejado.

—Es un detalle que los chicos te ayuden —dice Jooná cuando deposita la maceta con un ruido sordo.

Van a buscar más árboles, los transportan en la carretilla. Las hojas susurran y la tierra cae al sendero de hierba a través de las grietas de las macetas de plástico.

Valeria se sube al remolque y después empuja los árboles hacia el fondo para que quepan más.

Se baja, se aparta el pelo de la cara de un soplido, se sacude la tierra de las manos y se sienta en la barra del remolque.

—Me cuesta creer que ya son adultos —dice ella, y mira a Jooná—. Cometí mis errores, y los niños crecieron sin mí.

Los ojos color ámbar de Valeria se oscurecen y se tornan serios.

—Lo importante es que ahora han vuelto —dice Jooná.

—Yo no lo tengo tan claro... sobre todo si pienso en lo que les hice pasar cuando estuve encerrada en Hinseberg... les decepcioné terriblemente.

—Pues deberían estar orgullosos de la persona en la que te has convertido —añade Jooná.

—Nunca podrán perdonarme del todo... Quiero decir, tú perdiste a tu padre de niño, pero él era un héroe, eso debió de significar mucho, quizá no entonces, pero después sí.

—Sí, pero regresaste, pudiste explicar qué sucedió, hablar de tus errores.

—Ellos no quieren hablar de eso.

Valeria baja la mirada y se forma una arruga entre sus pobladas cejas.

—Por lo menos no estás muerta —dice él.

—Pues eso es lo que dijeron a sus amigos porque sentían vergüenza.

—Yo me avergonzaba de que mi madre y yo tuviéramos dificultades económicas... esa fue la razón de que tú y yo nunca fuéramos a mi casa.

Valeria gira la cabeza y mira a Jooná a los ojos.

—Siempre pensé que tu madre quería que salieras con chicas finlandesas —

dice.

—No —ríe Jooná—. Le habrías encantado, y tenía debilidad por el pelo rizado.

—¿Por qué te avergonzabas?

—Mamá y yo vivíamos en un pequeño apartamento de una sola habitación en Tensta. Yo dormía en un colchón en la cocina que recogía cada mañana y luego metía en el ropero... no teníamos televisor, ni estéreo, los muebles eran viejos.

—Y tú ayudabas trabajando en un almacén, ¿no es cierto?

—Almacén de maderas Ekesiöös, en Bromma... si no, no habríamos podido pagar el alquiler.

—Debía de parecerme una niñata mimada —murmura Valeria, y baja la vista a sus manos.

—Se aprende muy pronto que la vida no es justa.

Valeria coge la carretilla y se dirige de nuevo al invernadero. Continúan cargando nogales en el remolque en silencio. El pasado se mueve inquieto entre ellos, los recuerdos se agitan en su particular mar y en su ir y venir traen consigo otros recuerdos.

Cuando Joonna tenía once años, Yrjö, su padre, que era policía, murió en acto de servicio cuando un hombre le disparó con una escopeta durante una disputa doméstica en Upplands Väsby. Su madre, Ritva, era ama de casa y no tenía ingresos. El dinero se acabó y ella y Joonna se vieron obligados a mudarse de la casa de Märsta.

Cuando sus amigos iban al cine, Joonna aprendió enseguida a decir que no quería acompañarlos, aprendió a decir que no tenía hambre cuando se sentaban en un café.

Ahora carga el último árbol en el remolque, empuja una rama y cierra con cuidado la puerta.

—Estabas hablando de tu madre —dice Valeria.

—Yo sé que ella era consciente de que me avergonzaba de cómo vivíamos — dice Joonna, y se sacude las manos—. Tuvo que ser muy duro para ella, porque en realidad no estábamos tan mal. Ella aceptaba todos los trabajos que podía como asistente y tomaba prestados libros en la biblioteca que leíamos y comentábamos por la noche.

Después de llevar el carro hasta el cobertizo, suben a la casita. Valeria abre la puerta del sótano que conduce a la lavandería.

—Aquí puedes lavarte las manos —dice ella, y abre el grifo de un gran fregadero de acero.

Él se coloca junto a ella e introduce sus manos sucias de tierra bajo el cálido chorro de agua. Ella hace espuma con un jabón que se vuelve negro de suciedad y empieza a lavarle las manos.

Lo único que se oye es el agua que corre resplandeciente por el inclinado fregadero acanalado.

La sonrisa desaparece del rostro de ella mientras se enjuagan, se enjabonan de nuevo y se lavan las manos entre ellos.

Dejan que sus manos permanezcan un rato bajo la corriente de agua caliente, conscientes de que se están tocando. Ella aprieta con suavidad los dedos de una mano de él y lo mira a los ojos.

Joono es mucho más alto y, a pesar de que se agacha para besarla, Valeria tiene que ponerse de puntillas.

No se habían besado desde el bachillerato, y después se miran casi ruborizados. Ella toma una toalla limpia de la estantería y le seca las manos y los antebrazos.

—Bueno, aquí estás, Joono Linna —dice ella con ternura, y le acaricia la mejilla, siguiendo la línea de su mandíbula hacia la oreja y el cabello rubio enmarañado.

Ella se quita el jersey y se lava las axilas sin sacarse el sujetador blanco con los tirantes descoloridos. Su piel posee un color uniforme como de aceite de oliva en un recipiente de porcelana. Tiene los dos hombros tatuados y los brazos sorprendentemente musculosos.

—Deja de mirarme —sonríe ella.

—Resulta difícil dejar de hacerlo —dice él, y se da media vuelta.

Valeria se cambia y se pone unos pantalones de chándal negros con rayas blancas y una camiseta amarilla.

—¿Subimos?

La casa es pequeña y está amueblada con sencillez. El techo, el suelo y las paredes están pintados de blanco. Joono se golpea la cabeza con la lámpara cuando entra en la cocina.



—Cuidado con la cabeza —dice Valeria, y pone las flores en un vaso con agua.

No hay sillas alrededor de la mesa y en la encimera hay tres bandejas de horno con pan cubierto con unos paños.

Valeria pone un poco más de leña en la vieja cocina, sopla sobre las brasas y saca una cacerola.

—¿Tienes hambre? —pregunta, y va a buscar pan y queso a la despensa.

—Yo siempre tengo hambre —responde Jooná.

—Bien.

—¿Hay sillas?

—Solo una... así tendrás que sentarte en mis rodillas... No, suelo sacarlas para tener más espacio en la cocina cuando hago pan —dice, y señala hacia el cuarto de estar.

Jooná entra en la habitación contigua, donde hay una tele, un sofá y un viejo armario pintado a mano. A lo largo de una de las paredes se alinean seis sillas de cocina, toma dos de ellas y regresa a la cocina, se vuelve a golpear la cabeza con la lámpara, la detiene con la mano y se sienta.

La luz sigue moviéndose un rato, deslizándose por las paredes.

—Valeria... en realidad no estoy de permiso —comienza Jooná.

—¿No te habrás escapado? —pregunta sonriendo.

—Esta vez no —responde él.

Valeria entorna los ojos marrón claro y su rostro se torna casi gris, como si se encontrara tras una pared de hielo.

—Sabía que ocurriría, sabía que volverías a ser policía —dice, y traga saliva.

—No soy policía, pero me he visto obligado a hacer un último trabajo, no tenía otra opción.

Ella se apoya con cuidado en la pared con una mano. Evita mirarlo a la cara. Las venas de su cuello laten con fuerza y los labios han palidecido.

—¿Has llegado a estar encerrado de verdad?

—Anteayer acepté un encargo —responde.

—Comprendo.

—He terminado como policía.

—No —sonríe ella—. A lo mejor hasta te lo crees, pero en realidad siempre he sabido que solo querías regresar.

—No es cierto —dice, a pesar de que en este momento comprende que ella tiene razón.

—Nunca había estado tan enamorada como lo estaba de ti —dice despacio, y apaga el fuego—. Sé que he fracasado con casi todo en mi vida y sé que el trabajo de jardinería no es ninguna gran cosa... Pero cuando me enteré de que estabas encerrado en Kumla... No sé, sentí que ya no necesitaba sentirme avergonzada ante ti, que comprenderías. Pero ahora... No quieres trabajar aquí, ¿por qué habrías de querer? Siempre serás policía, es lo que eres, lo sé.

—Me sentiría a gusto aquí —dice Jooná.

—No funcionaría —responde ella con voz turbia.

—Sí.

—No te preocupes, Jooná, las cosas son como son —dice, y lo mira con expresión vacía.

—Soy policía, eso es parte de mí, mi padre murió con el uniforme puesto... no le habría gustado verme con el uniforme, aunque mejor eso que con ropa de preso.

Ella tiene la mirada gacha y los brazos cruzados sobre el pecho.

—Quizá esté exagerando, pero quiero que te vayas —le dice en voz baja.

Jooná asiente despacio, pasa la mano por encima de la mesa y se pone en pie.

—Te propongo algo —dice, y busca su mirada—. Voy a registrarme en un pequeño hotel en Vasastan, el hotel Hansson. Mañana tengo que presentarme en Kumla de nuevo, pero hasta entonces esperaré una visita, tanto si soy policía como si no.

Cuando sale de la cocina, Valeria aparta el rostro para que él no vea que está a punto de romper a llorar. Oye sus pasos pesados en el recibidor, oye que la puerta se abre y se cierra.

Se acerca a la ventana, lo ve sentarse en el coche y alejarse de allí conduciendo. Cuando desaparece, se desliza hasta el suelo con la espalda pegada al radiador y deja correr las lágrimas, todas esas lágrimas que habían quedado contenidas en su interior desde que sus caminos se separaron y un abismo se abrió entre ellos.

Saga pone el candado a la moto y comienza a caminar por la calle Luntmakargatan mientras piensa en la rapidez con la que Joonas se ha infiltrado en la organización de Salim Ratjen. La gran operación comenzará dentro de dos horas.

Pasa por delante de un restaurante oriental vegetariano y ve a una pareja de unos cincuenta años comiendo. Se toman las manos por encima de la mesa entre platos y vasos, y hablan sonrientes.

Saga se da cuenta de que se ha olvidado de comer desde el asesinato del ministro de Asuntos Exteriores.

Todo el mundo se ha visto afectado por la amenaza contra el país.

Jeanette se sintió indispuesta después del interrogatorio a Tamara en Nyköpingsbro. Saga tuvo que conducir de vuelta a Estocolmo mientras Jeanette yacía acurrucada en el asiento trasero con los ojos cerrados.

Janus tenía los ojos inyectados en sangre y no dejaba de beber agua cuando se reunió con él por la mañana en la oficina.

Estaba sin afeitarse y reconoció que no había ido a casa con su familia y había dormido en su coche, en un aparcamiento. Tiene que hablar con él de la importancia de que tome su medicación. Ella sabe que estuvo internado varias semanas después de que lo expulsaran del ejército, pero que ahora lo tiene todo perfectamente controlado.

Los compañeros de Janus habían revisado las grabaciones del disco duro del ministro de Asuntos Exteriores. No se veía al asesino, a pesar de que tuvo que estar antes allí por lo menos una vez para inspeccionar la casa.

Sin embargo, las cámaras habían captado la imagen de otro intruso hacía tres

semanas.

En plena noche se ve a Rex Müller, el chef estrella, saltar la verja, caminar por el césped y subir tambaleándose al porche.

La grabación muestra cómo se pone a orinar directamente en la piscina iluminada y después se pasea por el jardín recogiendo los enanitos como si fueran grandes setas para tirarlos a la piscina uno tras otro.

Resulta difícil ver alguna conexión con el asesinato, pero, sin duda, se trata de un acto de furia descontrolada.

Janus se enjugó el sudor del labio superior e hizo hincapié varias veces en que nunca había que tomar a la ligera una manifestación de odio. Unas pocas palabras hostiles en la sección de comentarios, o una entrada en Facebook o Instagram, a veces pueden ser el prelude de un monstruoso crimen de odio.

Rex recoge el cenicero que Sammy ha dejado en la terraza, lo enjuaga y lo está poniendo en el friegaplatos cuando llaman a la puerta. Deja que el agua corra y se apresura a la planta de entrada.

Al otro lado de la puerta se encuentra la mujer más guapa que ha visto en su vida. Parece como salida de un sueño maravilloso cuando se ha dormido mucho, cuando el alcohol ha desaparecido del cuerpo y los sueños se han vuelto tan dulces como el azúcar.

—Me llamo Saga Bauer y trabajo para los servicios secretos —dice, y lo mira fijamente con sus ojos azul claro.

—¿Los servicios secretos? —pregunta.

—Policía secreta —dice ella, y enseña su identificación.

—De acuerdo —responde él sin mirar el carnet.

—¿Puedo pasar? —pregunta la mujer.

Rex retrocede, oye que el grifo está abierto en la cocina y recuerda que estaba ocupado con los platos.

La agente del servicio secreto se quita las gastadas zapatillas de deporte y las

empuja a un lado con el pie.

—¿Podemos pasar a la cocina? —dice él en voz baja—. Estoy llenando el fregaplatos y...

Ella asiente con la cabeza y lo sigue escaleras arriba hasta la cocina. Él cierra el grifo y se vuelve hacia ella.

—¿Quieres... quieres una taza de café?

—No, gracias —dice Saga, y se gira para contemplar la ciudad—. Conocías al ministro de Asuntos Exteriores, ¿verdad?

Se vuelve hacia él de nuevo y Rex ve que el dedo gordo del pie le sobresale por un agujero del calcetín.

—No me puedo creer que haya muerto —responde Rex, y niega con la cabeza—. No sabía que estuviera tan enfermo, no solía hablar de su enfermedad... Típico de los hombres de una cierta edad, creen que hay que guardárselo todo...

Su voz se apaga.

Saga se acerca a la mesa y mira un momento el gran frutero con limas antes de alzar de nuevo la vista.

—Pero ¿te caía bien?

Rex se encoge de hombros.

—No nos habíamos visto mucho en estos últimos años, no habíamos tenido tiempo, ninguno de los dos... Eso es lo que pasa cuando uno quiere hacer carrera, tiene su precio.

—Lo conocías desde hacía tiempo —dice Saga, y apoya la mano sobre el respaldo de una de las sillas.

—Desde bachillerato... fuimos al mismo internado, Ludviksberg... Éramos un grupo de chicos malcriados que... utilizábamos una jerga bastante dura, ninguna broma era demasiado brutal o vulgar para nosotros, ninguna inocentada era demasiado cruel —miente.

—Suena divertido —dice ella lacónica.

—Fue la mejor época de mi vida —sonríe, y se vuelve hacia el fregaplatos, porque no soporta estar diciendo tantas mentiras.

Cuando la mira de nuevo siente una especie de calambre en el pecho. La sangre de DJ se ve claramente en una de las sillas que rodean la mesa. ¿Cómo se le pudo pasar por alto al limpiar? De alguna manera la sangre se escurrió bajo el reposabrazos. Unas gotas coaguladas rojo oscuro cuelgan del armazón.

—¿Por qué tengo la sensación de que no me estás contando la verdad?

—Tal vez sea mi semblante —sugiere Rex—. Tengo este aspecto, no hay nada que hacer.

Ella no sonríe, baja la vista un momento y lo vuelve a mirar.

—¿Cuándo viste por última vez al ministro de Asuntos Exteriores?

—No me acuerdo... fuimos a pescar hace unas semanas —miente, y se pasa la mano por el cabello con nerviosismo.

Los ojos azul claro de ella están serios, pensativos.

—¿Has hablado con su mujer?

—No, es decir... no la conozco, solo la he saludado un par de veces.

No puede pensar en otra cosa que en la sangre, es como si todo lo que dice estuviera vacío y deformado.

Ella aparta la mano de la silla y camina alrededor de la mesa sin apartar la vista de él.

—¿Qué me estás ocultando?

—Tengo que guardarme algunos secretos para que tengas que volver.

—No sé si te conviene que vuelva, créeme.

—Sí —asiente entusiasmado.

—Te dispararé en la rodilla —dice ella, pero no puede evitar sonreír ante su pícara mueca.

—¿Nos sentamos en la galería? —propone Rex con un gesto vago—. Se está más fresco y...

Ella lo sigue hacia la zona acristalada de la terraza y se sientan en unos mullidos sillones de piel de oveja junto a una mesa antigua de mármol.

Rex trata de pensar en una excusa para volver a entrar, coger la botella de lejía y un trozo de papel de cocina, limpiar la silla y tirar el papel al retrete antes de

que a ella le dé tiempo a reaccionar.

—¿Te apetece un vaso de agua? —pregunta.

—Tengo que irme pronto —dice ella, y acaricia con la mano una de las hojas de un gran toronjil.

—¿Champán?

Saga sonrío cansada y él repara en la gran cicatriz que atraviesa sus cejas. Por alguna razón la hace parecer más viva.

—¿Te contó alguna vez el ministro de Asuntos Exteriores que se sentía amenazado? —pregunta.

—¿Amenazado? No... no lo creo —responde él, y siente que se le pone la piel de gallina en los brazos cuando comprende que el ministro de Asuntos Exteriores ha sido asesinado.

¿Por qué, si no, iban a intervenir los servicios secretos?

El ministro de Asuntos Exteriores no estaba enfermo, esa es solo la versión oficial.

Rex siente cómo le brota el sudor del labio superior cuando piensa que hace nada ha dicho que el ministro de Asuntos Exteriores no solía hablar de su enfermedad. Ha dado a entender que conocía la enfermedad, pero no sabía que fuera tan grave.

—Tengo que irme —dice ella, y se pone en pie.

Rex la acompaña de nuevo a la cocina. Ella se detiene junto a la mesa y se vuelve hacia él.

—¿Hay algo que quieras contarme? —pregunta con seriedad.

—No, eso es todo... a veces nos pasábamos un poco con las bromas.

En lugar de irse, la agente tira de la silla con sangre, se sienta y lo mira como diciendo que ahora espera oír la verdad.

—Pero ¿lo visitabas de vez en cuando en Djursholm?

—No —susurra, y mira hacia la puerta del armario donde está la botella de lejía.

Si es cierto que han asesinado al ministro, su intrusión en la casa no es solo un



escándalo, incluso podría llegar a ser sospechoso.

Rex piensa presa del pánico que tal vez debería admitir lo que en realidad piensa del ministro de Asuntos Exteriores, y dejar muy claro que no podría hacerle daño a nadie.

Nunca se ha visto envuelto en ningún acto violento, pero comprende que su intento de ayudar a DJ ayer puede acarrearle graves consecuencias.

No ha aparecido nada sobre agresiones o muertes en las noticias locales, pero había mucha sangre y DJ estaba seguro de que el hombre estaba gravemente herido.

Quizá se encuentre en una mesa de operaciones y, si muere, entonces Rex podría ser acusado de cómplice de homicidio o, por lo menos, de encubrimiento.

Si la agente mueve sus manos un poco hacia delante en la silla notará la sangre pegajosa.

—¿Cuándo estuviste por última vez en Djursholm?

Rex mira fijamente las manos de ella sobre el reposabrazos.

—Podría contarte montones de anécdotas, pero enseguida tendré que irme... tengo que cambiar el menú de mi restaurante y...

Ella tamborilea un poco en ambos reposabrazos, se recuesta y lo estudia con la mirada. Los dedos se encuentran justo al lado de la sangre.

—¿Habló contigo sobre un hombre de doble cara?

—No —responde enseguida.

—¿No tendrías que estar preguntándote a qué me refiero? —interroga ella—. ¿No sería lo más lógico si de verdad no sabes de qué hablo?

—Sí, pero...

El dedo índice de ella se mueve distraído sobre una de las pegajosas gotas de sangre.

Rex está a punto de volver a pasarse la mano por el pelo, pero consigue contener el gesto.

—Tengo un poco de prisa y... y en realidad no creo que pueda ayudarte.

—No te sorprendas si vuelvo por aquí —dice ella, y se pone en pie.

Rodea la silla, sujeta el respaldo, la empuja despacio hacia la mesa y lo mira a los ojos durante un momento antes de dirigirse a la escalera.

Joonas aparca junto a una deteriorada caravana blanca en la calle Almnäsvägen, 16, mira el reloj y vuelve a pensar en el interrogatorio a Sofia Stefansson.

Se enfrentan a un asesino que, a pesar de haberse sometido a un entrenamiento especialmente avanzado, se sale del marco de su misión.

Pone mucho cuidado en no dejar rastro alguno, y sin embargo deja una testigo.

Es increíblemente eficiente y rápido, pero luego se queda y deja pasar diez minutos sin hacer nada. Permanece completamente tranquilo, no tiembla, no duda, no reza a Dios, no hace ninguna pregunta y no viene con ninguna demanda.

De alguna manera, ese lapso de tiempo debe tener algún significado para él en un plano ritual, piensa Joonas.

Aunque, en ese caso, la cadena de acontecimientos que han llevado al asesinato es mucho más compleja de lo que piensan e interpretar aquello como un acto convencional de terrorismo sería simplista.

La puerta de la caravana se abre y una mujer sale enfundada en una gabardina verde y se echa la capucha sobre su cabello rubio. Joonas se apea del coche, cierra con llave y se acerca a ella.

—Joonas Linna —dice la mujer.

—Yo también me llamo así —responde él, y le tiende la mano.

Ella contiene una sonrisa.

—Me llamo Ingrid Holm, te presentaré al responsable del operativo.

—Gracias, muy amable.

Ingrid Holm lo conduce a través de una verja y junto a una valla sin pintar entre la casa y el garaje, y se adentran en un bosquecillo. Huele a brezo y musgo

caliente. Cuando el viento agita las copas de los árboles llueven agujas de pino secas.

—Tienes que caminar justo detrás de mí para que no te vean desde la calle — dice ella, haciendo que se detenga en la cima.

Ingrid se comunica con alguien a través de una radio, escucha y espera un rato. Le pide a Jooná que se agache, pasan rodeando dos pinos y un bloque de piedra con musgo blanco y entonces le indica que puede volver a levantarse. Cambian de dirección y continúan por un sendero hollado de altas lilas hasta un césped detrás de una casa de madera amarilla con los aleros blancos. Sobre la mala hierba crecida hay una barbacoa roja y un pequeño trampolín junto a un viejo manzano.

Ingrid abre a Jooná la puerta blanca del porche con masilla desconchada alrededor de la frágil estructura. Hay policías con chalecos antibalas de placas cerámicas en el recibidor, la cocina y el cuarto de estar. Un angustioso olor a sudor y aceite para armas llena el ambiente. Los fusiles de asalto se balancean de sus correas de cuero y los cascos negros reposan en el suelo. Unas pantallas cubren el interior de todas las ventanas de la planta baja para ocultar la actividad desde el exterior.

—El primer grupo se encuentra en la cocina —dice ella, señalando hacia la escalera.

Jooná se abre paso entre algunos hombres vestidos de negro que esperan impacientes al pie de la escalera.

Ninguno sabe que varios de ellos estarán muertos en cuestión de horas.

En la pequeña cocina se encuentra el grupo de operaciones uno, el equipo de Gustav, el grupo que entrará detrás de Jooná y que forzará puertas y ventanas si hay un enfrentamiento o se toman rehenes.

—¿Jooná? —pregunta un hombre de ojos castaño oscuro.

—Sí.

—Este es Jooná Linna, y entrará antes que nadie —explica el agente especial a los demás.

—Y estos somos nosotros, los que entraremos después a salvarte —dice un tipo de cuello robusto y cabeza rapada.

—Ya me siento más seguro —sonríe Jooná, y estrecha la mano a cuatro hombres que se presentan uno detrás de otro.

—En realidad hoy tendría que haber librado —dice uno que se llama Sonny—. Pero no quería perderme algo así, joder.

Adam se mueve pesadamente, haciendo crujir el suelo, se ajusta el chaleco antibalas y la ropa y bebe Red Bull de una lata pequeña.

—¿Debo llamar a tu hermano y decirle que hoy volarás solo? —pregunta August, que está sentado en el suelo con la espalda pegada a la pared.

—Su hermano mayor es mecánico de vuelo en uno de nuestros helicópteros —explica Jamal.

Sonny mira en la nevera, aparta un bote de mermelada y huele un envase de yogur de vainilla.

—No creo que encuentres a ningún terrorista ahí dentro —dice August, y bosteza.

—Pero si lo hago, lo mato —murmura Sonny, mientras se come un sándwich de jamón ahumado de una bolsa de plástico.

—¿Está Gustav en la planta de arriba? —pregunta Jooná.

—Sí, iba a repasar los últimos detalles con Janus —responde Jamal.

Uno de los hombres del grupo operativo se ha sentado en el escalón inferior con la mirada perdida. Cuando Jooná se acerca se levanta de pronto y se aparta con movimientos espasmódicos a causa del estrés.

Jooná sube la escalera de madera chirriante y entra en una amplia sala de estar que conecta con dos dormitorios. Incluso aquí las ventanas están protegidas para que no se vea nada desde el exterior. Todos han tomado ya sus posiciones. Si alguien habla lo hace a media voz y de forma escueta, como cuando un avión está a punto de aterrizar con mal tiempo.

Janus Mickelsen, responsable del operativo, está de pie con un plano original de la casa de enfrente y discute algo con Gustav Larsson, jefe de operaciones.

—*Back in black* —dice Janus, y le estrecha la mano a Jooná.

—¿Qué opinas de la operación? —pregunta Gustav.

—Es probable que todo transcurra con tranquilidad —dice Jooná—. Pero si la situación se complica tengo que advertiros de que el asesino es más peligroso de lo que pensamos.

—Tenemos la situación bajo control —responde Janus, con una nota de impaciencia en la voz.

—Como sabéis, hablé con la testigo después de nuestra reunión... y según mi opinión el asesino tiene una formación militar equiparable a la de los Navy Seals.

—De acuerdo, es bueno saberlo —dice Gustav serio.

—¡Joder! Tenemos seis francotiradores, incluido yo —dice Janus—. Tenemos veintiocho hombres de las fuerzas de operaciones especiales, fusiles de asalto, granadas aturdidoras, M46.

—Solo quiero que estéis preparados porque este asesino no tendrá ni que pensar para anticiparse a vuestros movimientos —dice Jooná—. Se aprovechará de lo que habéis aprendido, sabe cómo barréis una habitación, cómo sujetáis el arma para no ser desarmados.

—La intención es que te asustes un poco antes de entrar en acción —dice Janus, y le da un golpecito a Gustav en el hombro.

Unas gotas de sudor caen del cuero cabelludo sobre la frente pecosa del joven.

—Es solo que no nos hemos preparado para esto —dice Gustav, y se pasa la mano por la boca.

—Si empezáis a tener bajas tendréis que cambiar el patrón habitual —dice Jooná, aunque desearía que el muchacho no participara en la operación.

—Bajaré a hablar de una táctica alternativa con el grupo —dice Gustav, y se sonroja—. No quiero que tengas que decirle a la tía Anja que metí la pata.

—Tened mucho cuidado —recuerda Jooná.

—Estamos todos dispuestos a morir en memoria de nuestro ministro de Asuntos Exteriores —susurra Janus, y sonrío.

Gustav desaparece escaleras abajo con el casco en la mano.

Joonas entra en el dormitorio que da al bosque y mira la pantalla del ordenador que reproduce lo que pasa en la calle. Borrosas ramas de árboles sin hojas se agitan por el viento delante de la vivienda de Parisa.

El número 10 de la calle Gnestavägen es una casa adosada de los años cincuenta. Hay un montón de hojas secas junto a la escalera agrietada y una escoba con el palo descolorido apoyada contra la pared.

Faltan veinticinco minutos para que Parisa aparezca por casa.

Janus entra después con el plano original de la casa proporcionado por la oficina de urbanismo municipal. Los rizos cobre rojizo y la barba de tres días hacen que su rostro estresado parezca frágil.

—No hemos detectado ninguna actividad alrededor de la casa desde que Parisa se marchó esta mañana —dice, y deja el plano sobre la mesa—. Pero hay unos cuantos lugares que no podemos ver desde el exterior.

—El recibidor y el cuarto de baño —dice Joonas, y señala el plano.

—Y en la planta de arriba puede haber alguien tumbado en la bañera o en el suelo... Pero los mayores espacios sin monitorizar están en la sala de calderas y la lavandería.

—La casa se construyó en los años cincuenta, así que es posible que haya refugios y...

—Espera —lo interrumpe Janus, y responde a una llamada por la radio, escucha y después se vuelve de nuevo hacia Joonas—. Parisa llega temprano, antes de lo que creíamos, ya viene de camino y estará en casa en menos de cinco minutos.

Janus cambia de canal en la radio e informa con voz tensa a todos los grupos de que Parisa está en camino.

—Jooná, has venido con muchas advertencias, y solo quiero decir que si todo sale mal —dice Janus, y lo mira fijamente—, si tenemos que asaltar la casa, tienes que subir a la primera planta. En el vestidor hay una escalera que conduce a la buhardilla y el tejado.

En la pantalla se ve a Parisa acercarse a la casa con unas bolsas del ICA en las manos. Viste una delgada chaqueta negra, un *hiyab* rosa y botas de tacón de cuero negro.

Recoge unos papeles de propaganda del buzón, se acerca a la puerta principal, coloca las bolsas en el suelo y abre.

—Tenemos que ponerte un micrófono —dice Janus—. Ve al dormitorio de la derecha. Siv se reunirá contigo tan pronto como la localice.

Jooná regresa al recibidor y continúa hasta el dormitorio. Dentro hay una mujer joven con un polo negro sentada junto a la ventana que da a la calle. Cuando lo oye entrar se pone de pie y lo saluda.

—Me llamo Jennifer —dice, y le estrecha la mano.

—No quería molestar, pero...

—No molestas —responde la mujer enseguida, y se retira el pelo de la mejilla.

—Necesito ayuda con un micrófono.

Jennifer se ha recogido el pelo en una cola de caballo y lleva puestos unos pantalones negros y unas pesadas botas, pero el casco, las gafas de protección y el chaleco antibalas de placas cerámicas están en el suelo junto a la silla.

Jooná ve que ha montado un fusil semiautomático, un PSG 90, sobre un



pesado trípode. Con un rápido movimiento, puede mover el cañón de un lado a otro de la ventana.

Hay tres cargadores de repuesto alineados sobre una mesita junto a una caja de cartón abierta con munición —7,62 PRICK— y una botella verde de Pellegrino.

Una hoja con gráficas de balística se ha caído de la caja y reposa en el suelo. Jooná piensa que no importa, al fin y al cabo no la necesitará. El arma tiene una velocidad de salida de casi mil trescientos metros por segundo y aquí la distancia no es mayor de sesenta metros.

Jooná se quita la chaqueta y la coloca sobre la cama, se afloja la cartuchera del hombro y empieza a desabrocharse la camisa.

—Ahora Parisa está arriba, en el dormitorio —dice Jennifer—. ¿Quieres mirar?

Él se acerca y observa a través de la mira telescópica, aumenta el nivel de ampliación a ocho y ve cómo Parisa se quita el *hiyab*. Tiene el cabello recogido en una gruesa y negra coleta que le llega hasta la cintura. En medio del retículo puede distinguir su rostro con claridad: los pequeños poros de la nariz, el lunar encima de una de sus cejas y una delgada línea sobre el arco del pómulos donde accidentalmente se le ha corrido un poco el *kajal*.

Cuando la mujer entra en el cuarto de baño, Jooná ve abierta la puerta de un vestidor con papel pintado con medallones de color ámbar.

Tiene que ser ahí donde está la escalera del desván.

Endereza la espalda y mira con los ojos entrecerrados hacia la casa. En el resquicio entre las cortinas se ve a Parisa en el cuarto de baño como una sombra contra el vidrio rugoso del ventanuco.

Jooná se acaba de quitar la camisa cuando entra la técnico de sonido del grupo de investigación. Siv es una mujer de mediana edad con bonitos ojos azules y el cabello rubio hasta los hombros. Se detiene y su blusa blanca se ajusta a sus pechos cuando respira hondo.

Mira con rostro serio a Jooná, que se encuentra en medio de la habitación con el torso desnudo. El ejercicio en la cárcel lo ha vuelto muy musculoso. Su tórax

presenta cicatrices de disparos y cuchilladas.

Ella da una vuelta a su alrededor despacio, palpa con los dedos bajo su omóplato derecho y le levanta un poco el brazo. Jennifer los observa y no consigue contener una sonrisa.

—Creo que colocaré el micrófono justo debajo del músculo pectoral izquierdo —dice Siv al fin, y abre un estuche de plástico con fondo de espuma de poliuretano negro.

—De acuerdo.

Siv le fija temblorosa el micrófono con cinta adhesiva e intenta alisar la cinta.

—Tengo las manos un poco frías —dice con voz ahogada.

—No pasa nada.

—Puedo hacerlo yo —propone Jennifer—. Tengo las manos calientes.

Siv hace como si no la oyera. Coloca un pedazo más de cinta adhesiva y después comprueba que la comunicación funciona. Se oyen sus voces en el altavoz receptor, pero la proximidad del transmisor provoca un fuerte eco.

—¿Me puedo vestir? —pregunta Jooná.

Siv no responde y Jennifer reprime una risita. Jooná agradece la ayuda, se pone la camisa, se ajusta la cartuchera al hombro y vuelve a ponerse la chaqueta.

—Este micrófono es casi indetectable —dice Siv—. Y su radio de acción es suficiente para la casa, pero no mucho más. Lo digo para que lo tengas en cuenta.

Están probando la conexión una segunda vez cuando Janus entra con su ordenador personal en alto para que Jooná pueda ver cómo la cámara sigue a Parisa cuando baja a la cocina, se pasea en sujetador y unos pantalones de chándal brillantes, y come patatas fritas de una bolsa plateada.

Jooná comprueba su pistola, toma prestada la cinta adhesiva de Siv y envuelve la empuñadura como suele hacer, saca el cargador, tira de la corredera hacia atrás, prueba el mecanismo, comprueba el fiador y el martillo, le pone el seguro, inserta el cargador e introduce una bala en la recámara.

—Me voy —dice lacónico.

Cuando baja la escalera ve que Gustav se está tapando el rostro con las manos en el oscuro recibidor, con su fusil de asalto colgando de la cadera.

—¿Cómo estás? —pregunta Joonas.

Gustav se sobresalta, baja las manos y parece avergonzado. Su rostro, por lo general alegre, está tenso y cubierto de sudor.

—Tengo una extraña sensación —dice dominándose—. Hay algo que no me cuadra, quizá toda la casa sea una trampa explosiva.

—Ten mucho cuidado —dice Joonas.

Ingrid Holm, la agente de los servicios secretos, ya está esperándolo fuera para conducirlo de vuelta al coche sin que lo vean desde la calle.

Para no llegar con el motor del coche frío, Joona abandona la zona, conduce bajo la vía del metro y da una vuelta por Bandhagen antes de regresar a la pequeña zona de casas adosadas.

Aparca a cierta distancia de la vivienda de Parisa y cuando se dirige hacia la entrada oye el crepitar caliente del motor a su espalda.

Por encima de la cubierta de tejas se ven las frondosas copas de unos altos abedules.

La zona está en calma, casi como si hibernara.

Joona no ha visto ni rastro del grupo especial de operaciones, pero sabe que están allí, esperando la orden, nerviosos e impacientes, llenos de sensaciones contradictorias, el anhelo por ese presente atemporal donde todo sucede y el miedo a la mutilación y la muerte.

Si de repente empiezan a disparar podrían perforar toda la casa de lado a lado en menos de un minuto. El fusil de asalto del grupo de operaciones especiales nacional es el G36C de Heckler & Koch. Es un arma con mucha fuerza de penetración y puede vaciar un cargador entero con balas encamisadas en menos de tres segundos.

Joona se acerca a la puerta principal blanca y piensa en los detalles del mapa de la zona que colgaba de la pared con el abanico de puntos de riesgo a ambos lados de la casa. Se habían señalado las posiciones de los distintos grupos operativos y sus itinerarios individuales de aproximación.

Un árbol caducifolio cruje al viento. Se oye el motor de un coche en la distancia.

Joona alarga un dedo y aprieta el timbre.

Sabe que uno de los francotiradores controla la puerta principal. Probablemente el tirador quiera apuntar a la pequeña ventana de cristal de la puerta, pero en estos momentos Jooná la oculta con su cabeza.

Una mujer con un cochecito de bebé sale de una casa al final de la calle sin salida. Su coleta rubia se balancea mientras camina. Se acerca, pero se detiene de repente y contesta al teléfono.

Jooná llama una segunda vez.

Un conducto de ventilación se pone en marcha en un tejado, pero se apaga enseguida. La mujer del cochecito sigue parada, hablando por su móvil.

Se oye un estruendo justo antes de que un camión de la basura gire hacia Gnestavägen y se detenga con un chirrido al principio de la calle.

Dos hombres se bajan y recogen los contenedores de basura.

Jooná oye pasos en el interior de la casa y se aleja del cristal. Parisa Ratjen pone la cadena de seguridad antes de abrir la puerta. Se ha vuelto a vestir, con el mismo *hiyab* rosa de antes y un grueso jersey que le llega por debajo de los muslos. Es esbelta, no muy alta. El rostro está ligeramente maquillado con pintalabios y sombra de ojos.

—Traigo un mensaje de *da gawand halak* —dice Jooná.

La mirada firme vacila durante medio segundo. Mira más allá de él, a la calle, lo vuelve a mirar, toma aliento y cierra la puerta.

La mujer del cochecito acaba la conversación y comienza a caminar. Se acerca a la casa de Parisa mientras los basureros regresan al camión.

Jooná se hace a un lado para que el francotirador pueda apuntar al resquicio que aparecerá si se vuelve a abrir la puerta.

El camión de la basura retumba al pasar y girar al fondo de la calle sin salida.

Parisa quita la cadena de seguridad, abre la puerta de nuevo y le pide que pase. Jooná entra en el recibidor y ella cierra la puerta, echa la llave y atisba por la mirilla.

La casa es igual que en el plano. A la izquierda arranca una estrecha escalera de caracol hacia la planta de arriba, donde se encuentra el dormitorio con el

vestidor.

Parisa lo conduce por una entreplanta hacia el cuarto de estar, que da a la parte trasera de la casa.

Él la sigue y observa la caída de su ropa sobre el cuerpo al moverse.

No va armada ni lleva un cinturón bomba.

Sobre el desgastado suelo de parquet hay una bonita alfombra. Unas cortinas de encaje cuelgan delante de las ventanas y de la puerta del porche medio acristalado que da al patio.

—Siéntate —dice ella en voz baja—. ¿Puedo invitarte a un té?

—Sí, gracias —dice Jooná, y se sienta en el sofá de cuero marrón.

Ella pasa junto a una chimenea de mampostería sin cenizas ni leña y entra en la cocina. La ve mirar por la ventana que da a la calle y después tomar un cazo de un armario.

Jooná recuerda lo que ha aprendido sobre el asesino, cómo el hombre se movía por la casa del ministro de Asuntos Exteriores, cómo cambió el cargador de la pistola e introdujo una bala en la recámara sin perder la línea de tiro.

Parisa regresa con el té en unos pequeños vasos sobre una bandeja de plata, un cuenco con azúcar y dos delicadas cucharas. Coloca la bandeja sobre la mesa redonda de latón y se sienta frente a él. Sus pequeños pies están desnudos y bien cuidados, las uñas están pintadas de color dorado oscuro.

—Han trasladado a Salim de Hall a la prisión de Kumla —comienza Jooná.

—¿A Kumla? —pregunta, y se tira un poco del jersey—. ¿Por qué?

Tiene una expresión viva e inteligente, y los ojos delatan un cierto escepticismo, como si no pudiera reprimir el hastío por lo absurdo de todo lo que le sucede.

—No sé, no me explicó la razón, pero quería que supieras que ya no podrá llamar al exterior y que por el momento nadie se puede poner en contacto con él.

Jooná se lleva el fino vaso a la boca mientras piensa en lo que le dijo Salim Ratjen, que tiene que esperar hasta que ella le haya servido pan y aceitunas antes de transmitirle el auténtico recado.

—¿Así que conoces a Salim? —pregunta ella, e inclina con cuidado la cabeza.

—No —responde Jooná con franqueza—. Pero lo han trasladado a mi pasillo... y en el pasillo solemos apoyarnos.

—Entiendo.

—He conseguido un permiso y cuando salimos de permiso siempre hacemos algo por los demás.

Un crujido hace que Parisa lance un rápido vistazo hacia el jardín. Lo más seguro es que los francotiradores de la parte trasera de la casa la estén apuntando a través de las cortinas.

—Bueno, ¿qué clase de recado me tenías que dar? —pregunta ella.

—Quería que te contara que lo han trasladado.

Parisa derrama un poco de té, y cuando Jooná se inclina hacia delante y le tiende una servilleta, siente cómo la cartuchera con la pistola se resbala un poco.

—Gracias —dice ella.

Jooná comprende que ha visto el arma. Sus ojos oscuros brillan más y baja la mirada un momento, finge soplar el té, pero él ve que trata de controlar los nervios.

La pistola no es nada que pueda delatarlo, pues a los ojos de Parisa él es un criminal, pero de repente comprende que la situación se ha vuelto peligrosa.

—Voy a buscar algo de comer —dice ella, y desaparece de nuevo en la cocina.

Jooná ve unas pequeñas motas de ceniza revoloteando en la chimenea y oye un débil ruido sordo procedente de arriba.

El grupo especial de operaciones está tomando posiciones en el tejado.

El camión de la basura se detiene chirriando delante de la casa y emite un fuerte sonido sibilante.

Parisa regresa con un cuenco de aceitunas y dos pequeños tenedores que coloca sobre la mesa.

—Yo era muy joven cuando nos casamos —dice en voz baja, y mira a Jooná a los ojos—. Acababa de llegar aquí desde Afganistán después de las elecciones de 2005.

Joona no sabe si debe transmitir el recado. Ella ha traído aceitunas, pero nada de pan. Parisa mira nerviosa hacia la cocina. Se escucha un chirrido cuando el mecanismo del camión de la basura comprime los desechos. Un recipiente de vidrio estalla con una explosión. Parisa se sobresalta y después intenta sonreír a Joona.

Tiene la pistola dispuesta en doble acción, si saca el arma puede disparar sin necesidad de tirar de la corredera hacia atrás, solo que la resistencia del gatillo es mayor con el primer disparo.



Parisa come las aceitunas y lo observa con las pupilas dilatadas. Sus manos vuelven a descansar en su regazo.

—Quizá desees mandarle un mensaje a Salim —dice Jooná.

—Sí —responde vacilante—. Dile que estoy bien, que estoy deseando que salga libre.

Jooná toma una aceituna y al mismo tiempo ve que las sombras de las ramas en la pared sobre el televisor se mueven a otro ritmo. Algo está a punto de suceder. Tiene la sensación de que un grupo de operaciones especiales se acerca desde el bosque. No mira hacia la ventana que da a la terraza, de todas formas seguramente no podría verlos.

—Afganistán es tan diferente... ayer leí un artículo que he guardado, era de *The Telegraph*, acerca del «día internacional de la tontería» —dice Parisa, y hace una mueca con la boca—. De pronto en Londres todo el mundo tenía que ir sin pantalones en el metro. ¿También hacéis eso en Estocolmo?

—No lo sé, creo que no —responde él, y mira las grandes aceitunas del cuenco.

Una urraca se asusta de repente y se aleja volando entre graznidos. Se sienten crujidos bajo el suelo, como si hubiera alguien en el sótano.

—En una ocasión vi cómo expulsaban a dos chicas de la piscina porque se negaban a ponerse la parte de arriba del biquini —dice ella.

—Sí, es una forma de reivindicación —responde Jooná con calma.

Un reflejo del sol se desliza lentamente por la pared detrás de Parisa. La mujer coge su móvil, escribe algo y envía el mensaje.

—Según tengo entendido, se trata de una cuestión de igualdad de derechos —

dice ella, y deja a un lado el teléfono—. Pero... ¿Por qué quieren mostrarle el pecho a cualquiera?

—Los suecos probablemente tienen una actitud bastante relajada ante la desnudez —dice él, y se inclina hacia delante para que le resulte más fácil coger la pistola.

—Aunque aquí no van en metro sin pantalones —sonríe ella, y se pasa nerviosa la mano por la pierna.

—Ya lo harán —responde Jooná.

—No —ríe Parisa, y un delgado hilo de sudor le corre por la mejilla desde la raíz del pelo.

—A los suecos les gusta bañarse desnudos cuando están en la naturaleza.

—Quizá yo también aprenda a hacerlo —dice ella, y mira fuera, al bosque.

Se demora un rato con mirada soñadora. Y entonces se vuelve hacia la habitación con una extraña rigidez en el cuello.

Cuando se le cae la cuchara del azúcar al suelo, casi parece deliberado. La cucharilla golpea el parquet tintineando.

La recoge con cuidado y la coloca sobre la bandeja. Cuando vuelve a mirarlo tiene los ojos asustados y los labios pálidos.

Janus le dijo a Jooná que subiera al desván por el vestidor y corriera por los tejados hacia el final de la calle, donde aterrizarían con el helicóptero.

—Salim era un hombre distinto cuando nos casamos —dice, y se pone en pie—. Tengo la fotografía de nuestra boda en el recibidor.

Jooná se levanta y la sigue al recibidor, que es uno de los pocos lugares de la casa donde ningún francotirador puede verlos.

La fotografía cuelga de la pared junto a la escalera. Salim parece feliz, enfundado en un traje blanco con una rosa roja en el ojal. Parisa se ve muy joven, lleva puesto un traje de novia y un *hiyab* blanco. Están rodeados de amigos y parientes con vestidos largos y trajes.

—Ahora no tiene tanto pelo —dice Jooná.

—No, se ha hecho mayor —suspira ella.

—A diferencia de ti.

—¿De verdad?

—¿Quién es ese? —pregunta Jooná, y señala al otro hombre de traje blanco.

—Ese es Absalon, el hermano de Salim. Dejó de hablarle cuando Salim se metió en el tráfico de drogas...

Se hace un silencio entre ellos. Las palabras de ella descienden lentamente, como hojas de otoño en un estanque.

—Este es el equipo de Salim, el FOC Farsta —dice después de una pausa, y señala una fotografía de un equipo de fútbol, hombres jóvenes en formación con chaquetas de chándal rojo oscuro.

—¿Eran buenos?

—No —ríe ella.

Una sombra revolotea por delante de la ventana de la puerta principal.

—Tengo más fotografías en el sótano —dice la mujer, y toma aliento temblando—. Si te sientas en el sofá vuelvo enseguida.

Da media vuelta, se apoya con una mano en la pared, abre la estrecha puerta y comienza a descender por una escalera empinada.

—Mejor voy contigo —dice él, y la sigue.

Jooná baja a la estrecha lavandería y ve una lavadora y una pila de ropa sobre un suelo ajedrezado. Encima de una mesa hay una sencilla calandria.

—El trastero está aquí abajo —dice Parisa con voz tensa, y se pone un par de zapatos—. Puedes esperar aquí.

Ella continúa a través de un estrecho pasadizo, pasa ante unas estanterías con zapatos de invierno y cajas de cartón, llega a una puerta de acero.

Si Parisa oculta a alguien en la casa tiene que ser aquí, en el sótano, piensa Jooná, y la sigue.

Cuando la mujer empieza a descorrer el cerrojo, Jooná se lleva la mano bajo la chaqueta, quita el seguro y sujeta la pistola. Se le eriza el vello de la nuca cuando ella abre resoplando la pesada puerta de acero y enciende la luz.

Un pasaje subterráneo de varios cientos de metros parpadea antes de que se

estabilice la luz de los tubos fluorescentes.

—¿Tienen todas las casas de por aquí un trastero? —pregunta Jooná, a pesar de que duda de que el receptor pueda seguir captando las señales del micrófono.

La sigue a través de la fría entrada, pasan ante una veintena de puertas de acero cerradas, giran a la izquierda y llegan a un pasillo todavía más largo.

Parisa camina tan deprisa como puede, y con una mano asegura el *hiyab* en su sitio.

Pasan ante las puertas acorazadas de un refugio antiaéreo y los conductos de ventilación revestidos de papel de aluminio.

Finalmente, Parisa abre la pesada puerta de un sótano y suben juntos por una escalera, pasan los cuartos de la basura y llegan a una especie de vestíbulo.

Salen por una puerta.

El largo pasadizo subterráneo les ha conducido por debajo de la autovía hasta una zona de edificios de apartamentos.

Un pequeño tobogán y unos columpios con cadenas oxidadas se ven en la linde del bosque. Un rosal silvestre se agita con el viento racheado y la basura revolotea por el suelo.

Parisa se dirige a un Opel sucio aparcado entre una decena de coches. Abre la puerta y Jooná se sienta a su lado en el asiento del copiloto.

—Sabes... solo intentaba ser amable cuando te dije que quería ver más fotografías —bromea Jooná, pero no recibe ni una tímida sonrisa en respuesta.

Parisa Ratjen reduce la velocidad y gira hacia la carretera 229. Pasan en silencio junto a los bajos edificios industriales y los bosquecillos llenos de maleza y desperdicios.

El rostro de ella está pálido y la boca tensa. Está sentada con la espalda rígida y sujeta el volante con ambas manos.

Joona ha dejado de preguntar adónde se dirigen. Hace tiempo que han superado el radio de alcance de su micrófono.

Lo único que puede hacer es seguir con la maniobra de infiltración mientras pueda. Tal vez la misión de ella sea conducirlo al escondite de los terroristas.

Reduce la velocidad tras un camión con capota amarilla. Se oye un restallido seco cuando un poco de gravilla golpea en el parabrisas.

—No sé de qué lado estás, pero Salim no te pediría que me mandaras recuerdos si no es algo importante —dice ella de repente, y cambia de carril—. ¿Me puedes decir por qué no me has comunicado el verdadero recado?

—No me diste pan.

—Bien —murmura.

Ahora conducen a la altura del camión, la baranda de acero del lado izquierdo pasa muy cerca cuando el remolque oscila ante una ráfaga de viento repentina.

—Salim me dio un número de teléfono —dice Joona—. Tienes que llamar al 040 6893040 y preguntar por Amira.

Parisa da un bandazo con el coche al oír el nombre. La rueda delantera del camión aparece inmensa junto a la ventanilla de Joona y el fuerte sonido del motor retumba en el interior de la cabina.

—Eso era todo —dice Joona en voz baja.

Ella sujeta el volante con fuerza, acelera y acaba de adelantar al enorme vehículo.

—Repite el número —pide ella, y traga saliva.

—040 6893040.

Parisa vuelve al carril derecho, de pronto gira y abandona la vía principal con tal brusquedad que un mapa de carreteras que había en el asiento trasero cae pesadamente al suelo.

Pasan de largo ante un enorme edificio industrial de color amarillo claro y conducen por la gran superficie asfaltada entre una gasolinera y un McDonald's. Parisa da media vuelta al coche, conduce marcha atrás hacia una ladera cubierta de hierba y se detiene.

Las luces cortas caen estáticas sobre el asfalto y entre los surtidores de gasolina bajo la plana marquesina.

Por la izquierda, una familia sale del restaurante de comida rápida con banderitas en las manos.

Parisa pone el coche en punto muerto y baja las ventanillas de ambos lados. Abre su puerta y desciende sin decir nada. Alarga la mano bajo el asiento, saca una Glock, retrocede y lo apunta a través de la ventanilla abierta.

—Baja del coche con cuidado —dice ella.

—Yo no estoy involucrado, solo transmito...

—Las manos arriba —lo interrumpe ella decidida—. Sé que llevas un arma.

—Es solo como protección.

La pistola tiembla en la mano de ella, pero tiene el dedo en el gatillo y lo más probable es que acierte si dispara en ese instante.

—No sé de qué va todo esto —dice—. Pero he crecido en Afganistán y he visto francotiradores en la ventana al otro lado de la calle.

—No sé qué has visto, pero...

—Sal del coche, si no te dispararé —dice la mujer alzando la voz—. No quiero hacerlo, pero lo haré si no me queda más remedio.

—Ya voy —dice Joona, y abre la puerta con cuidado.

—Las manos a la vista. —Y se pasa la lengua por los labios.

—¿Quién es Amira? —pregunta Joona, y pone el pie derecho en el suelo.

—Aléjate del coche sin darte la vuelta.

Joona se incorpora de espaldas a ella y ve que hay tres coches aparcados delante del restaurante de comida rápida. El viento agita con fuerza las cuatro banderitas haciendo temblar las astas.

—Más lejos —dice ella, y se acerca al coche desde su lado mientras lo apunta. Joona comienza a caminar en dirección a los coches aparcados.

Parisa se sienta en el asiento del conductor y continúa apuntándolo a través de la ventanilla bajada.

—Quizá pueda ayudarte —dice él, y se detiene.

—No te detengas —grita ella a su espalda.

Joona da un par de pasos más y ve cómo un hombre fornido sale del McDonald's con una bolsa de papel. El hombre se deja caer en el asiento del conductor de su coche en el aparcamiento, introduce la llave en el contacto y empieza a comerse su hamburguesa sobre la bolsa de papel.

—Para tu información —prosigue ella con un deje de histeria en la voz—, si intentáis extorsionar a Salim a través de mí, no funcionará, olvidadlo, porque yo ya he pedido el divorcio. A él no le importará lo que me ocurra.

—No estoy involucrado —dice Joona de nuevo, y oye que ella deja la pistola sobre el asiento del copiloto.

—Sigue andando, si vuelves a detenerte te disparo, lo juro.

En el mismo instante en que la oye meter la primera y arrancar a todo gas, Joona echa a correr. Salta sobre el seto bajo del aparcamiento, abre la puerta del coche del hombre que se está comiendo la hamburguesa y lo saca de un tirón. El gran envase de plástico golpea el asfalto, la Coca-Cola se derrama y los trozos de hielo se rompen. El hombre rueda por el suelo y se incorpora apoyándose en un codo.

Joona ve que Parisa está a punto de perder el control del coche cuando realiza un pronunciado giro al pasar por delante del edificio industrial amarillo.

Mete a toda prisa la marcha, aprieta el acelerador y atraviesa el seto podado.

Los palos de golf resuenan en el asiento de atrás cuando las ruedas traseras golpean el asfalto al otro lado.

El hombre corpulento se pone en pie y se queda parado entre los restos de hamburguesa, tiras de lechuga, patatas fritas y paquetes de ketchup mientras su coche se aleja por la empinada cuesta de hierba hacia la carretera.

Joona cruza la acera, conduce por el arcén herboso, gira bruscamente a la derecha y finalmente entra con un golpe seco en la autopista. El Volvo se desliza en diagonal por tres carriles. La parte trasera del coche todavía derrapa hacia un lado cuando vuelve a pisar el acelerador con fuerza.

La rueda trasera izquierda golpea contra el borde de la mediana con un fuerte estruendo.

El tapacubos titila en el espejo retrovisor cuando cae en el carril contrario.

Joona ve que, más adelante, Parisa gira hacia Huddingevägen, al mismo tiempo que una señal de aviso se enciende en el salpicadero.

Adelanta a una furgoneta blanca, aprieta el acelerador hasta alcanzar ciento cuarenta kilómetros por hora, pero reduce la velocidad cuando ve el sucio Opel de ella a unos doscientos metros de distancia.

Joona gira al carril derecho cuando tiene solo dos coches entre ambos, coge su móvil, llama a Janus Mickelsen y le da los datos del coche de Parisa, su posición y dirección actuales.

—Bien, entiendo la situación —responde Janus—. Mantennos informados. Me ocuparé de que me den el visto bueno de arriba para redirigir la operación.

—No sé qué está pasando ni adónde nos dirigimos —explica Joona—. Pero solo tengo gasolina para cincuenta kilómetros, más o menos, y necesitaré apoyo antes.

Cuando el indicador de la gasolina se enciende por primera vez eso significa que el depósito pronto se quedará vacío: quedan ocho litros de gasolina. Esa cantidad le permitiría circular cincuenta y cuatro kilómetros con un consumo normal, pero como conduce muy deprisa la distancia será algo más corta.



No tiene ni idea de adónde se dirige Parisa, pero no ve más alternativa que seguirla mientras pueda.

Joona conduce hacia el norte, al oeste de Estocolmo, y piensa en el extraño nerviosismo de ella, en sus intentos por conversar antes de que descubriera a los francotiradores y decidiera salir de allí.

Treinta minutos después Joona conduce por una larga pendiente junto a un campo de golf. Sopla un fuerte viento racheado y las ráfagas sacuden el coche.

Pasa junto al centro comercial de Åkersberga, cruza una vía de tren y recuerda que hace muchos años estuvo aquí junto a su amigo Erik e hicieron un descubrimiento terrorífico en un apartamento situado enfrente del templo de los Testigos de Jehová.

Ve una gasolinera donde se alinean coches de alquiler y remolques cubiertos. Si se detiene a poner gasolina perderá a Parisa.

Y desaparecerá.

Tiene que arriesgarse, aunque solo le queda gasolina para unos cuatro kilómetros.

Joona llama a Janus y le cuenta en pocas palabras que acaba de dejar atrás el centro de Åkersberga y continúa por Roslagsvägen.

Mientras conduce, el bosque y los prados desaparecen poco a poco en el crepúsculo, como si alguien estuviera destruyendo de un soplo un mundo que en realidad no existe.

Las luces traseras rojas se ven a lo lejos, a veces se pierden un instante para reaparecer de nuevo cuando sale de una curva.

La carretera discurre a través de un bosque oscuro y las ramas de los árboles adquieren una textura como de papel bajo el resplandor de los faros.

Joona piensa en el rostro de Parisa cuando le comunicó el mensaje de Salim Ratjen. Los sentimientos que vio eran de miedo y sorpresa.

Acaba de dejar atrás un desvío privado con una barrera oxidada cuando se oye un zumbido.

El motor suena como si fuera a muchas revoluciones y después enmudece.

Joona gira hacia el arcén, se detiene y enciende las luces de emergencia.

A lo lejos ve las luces rojas traseras brillar y desaparecer.

Joona coge el teléfono, se apea del coche y comienza a correr tras ella por la carretera.

El ruido del motor de Parisa ya se ha desvanecido.

Todo es silencio, lo único que se oye son sus pasos sobre el asfalto y la fricción de la ropa.

Incluso por una carretera sinuosa como esta, Parisa conduce, por lo menos, tres veces más rápido de lo que él corre. Por cada minuto que pasa la distancia entre ellos aumenta de manera exponencial.

El bosque es muy tupido a ambos lados.

Pasa por una parada de autobús desierta y continúa cuesta abajo. El bosque se abre y unos pastos brumosos aparecen en la oscuridad.

Corre deprisa, sabe que puede mantener esa velocidad durante más de diez kilómetros.

A lo lejos, en el campo, hay dos venados. Apenas alzan las cabezas cuando él pasa corriendo.

A pesar de que el cielo todavía brilla con una luz contenida, el bosque circundante se ha vuelto completamente negro cuando Parisa reduce la velocidad en una prolongada cuesta abajo. Gira con cuidado a la derecha y empieza a conducir por un camino de gravilla junto a un terreno lleno de maleza, al fondo del cual se ve la carrocería herrumbrosa de un coche.

Piensa en el hombre alto que ha ido a su casa con un recado de *da gawand halak*. Dijo que acababan de trasladar a Salim a su sección en Kumla, que en realidad no lo conocía. Lo más probable es que Salim se viera obligado a enviar un recado con la primera persona que tuviera un permiso.

El código que Salim le había dado significaba que era una persona cuya lealtad no se podía garantizar, pero que debía escuchar lo que tenía que decir.

Había visto que el mensajero rubio estaba armado, pero no se dejó llevar por el pánico hasta que vislumbró al francotirador desde la cocina.

En la planta de arriba de la casa de enfrente.

Una ventana entreabierta, un anillo oscuro y un círculo brillante: el cañón y la mira.

No podía saber si él conocía al tirador, si trabajaban juntos o no.

Tal vez el mensajero fuera el objetivo del tirador.

Los pensamientos le dan vueltas en la cabeza, no acaba de decidir cómo encajar todo aquello, pero ahora mismo lo único que cuenta es su hermana.

Después de obligar al hombre alto a apearse del coche, marcó el número que él le había dado y transfirieron su llamada automáticamente. El teléfono volvió a dar señal y después de un buen rato respondió un hombre en un idioma eslavo. Ella le preguntó si hablaba inglés, el hombre dijo que por supuesto.

La gravilla cruje bajo las ruedas y alrededor del coche la masa oscura de los árboles oscila. A su derecha, entre las ramas, un pequeño arroyo resplandece negro bajo la luz de los faros del coche.

Parisa respiró hondo y preguntó al hombre dónde estaba Amira, su hermana pequeña. Le explicó que Amira pertenecía al grupo de Sheberghan que se esperaba que llegara a Suecia este miércoles.

El hombre consultó con alguien que había junto al teléfono y cuando volvió a hablar le dijo que todo había ido más rápido de la cuenta en Bielorrusia y Finlandia, y que habían llegado al punto de encuentro con cinco días de antelación. Su hermanita se encuentra en Suecia, Amira la ha estado esperando durante tres días sin que ella lo supiera.

El bosque se abre al brillante cielo nocturno y el mar más abajo. Parisa pasa por un cruce y desciende hacia un astillero de barcos de recreo.

Un gran almacén de aluminio corrugado se eleva sobre las siluetas de más de un centenar de barcos apuntalados al suelo: altos veleros con enormes quillas y largas y estrechas motoras estilizadas como puntas de flecha.

Se ve luz en la ventana de un barracón bajo. La luz llega hasta la pared e ilumina un cartel con un nombre: ASTILLEROS NYBODA.

Parisa hace girar el coche, retrocede hacia la pared y se detiene.

Cuando se apea, el frío viento marino sopla a través de su jersey de lana. Solo lleva puesto eso y sus brillantes pantalones azul oscuro de andar por casa, además de las zapatillas deportivas pero sin calcetines.

Las lonas golpean contra los cascos de los barcos, el plástico cruje y la cuerda del asta de la bandera golpea rítmicamente, como si alguien corriera sobre un suelo de madera con gruesos tacones.

Ve que algo se mueve detrás de las sucias cortinas del barracón.

Un estrecho camino de gravilla conduce hacia el mar y los embarcaderos entre las altas paredes de aluminio del almacén y las densas hileras de barcos.

Parisa se cuelga el bolso con la pistola del hombro y sube la empinada

escalera del barracón. Llama a la puerta, espera unos segundos y entra en una oficina con un viejo escritorio y cartas náuticas colgadas directamente en la pared con una grapadora. Un hombre que aparenta más de setenta años está sentado a la mesa y repasa unas facturas. En una silla de mimbre, en la esquina, hay una mujer igual de vieja sentada con su labor de punto.

El hombre lleva puesta una camisa de manga corta y sus antebrazos peludos descansan sobre el tablero de la mesa. Alrededor de la muñeca lleva un viejo reloj de oro. La mujer deja su labor de punto sobre sus rodillas y mira inquisitivamente a Parisa.

—He venido a recoger a mi hermana —dice Parisa con calma—. Se llama Amira.

El hombre se pasa la mano por la calva y le ruega que se siente en la silla de las visitas.

Parisa se sienta y oye unos pequeños ruidos a su espalda, mientras la mujer de la silla de mimbre retoma su labor de punto.

—Empezábamos a pensar que nadie vendría a recoger a los últimos —dice el hombre con un extraño tono, mientras se estira para coger un archivador.

—En realidad no tendría que haber llegado hasta el miércoles —explica Parisa lacónica.

—Vaya, bueno, esto te costará un poco más —prosigue el hombre distraído, se moja la yema de un dedo y empieza a pasar las delgadas hojas de ruta del archivador.

—Pero ya estaba todo pagado —dice Parisa.

—Si la hubieras recogido cuando llegó —responde el hombre, y le dirige una rápida mirada.

—¿No quiere pagar? —pregunta la mujer preocupada.

—Sí pagará —dice el hombre, y señala un papel rosa en el archivador—. Tres días de alojamiento, comidas, gastos sanitarios y tasas administrativas.

Detrás de Parisa, la mujer retoma de nuevo su labor mientras el hombre teclea las cifras en una pequeña calculadora junto a un teléfono polvoriento.

Se oye el afilado sonido de una pulidora a través de la pared del almacén.

El hombre se relame los labios arrugados y se reclina en la silla.

—Treinta y dos mil trescientas coronas —dice, y gira la calculadora hacia ella.

—¿Treinta y dos mil?

—Llevamos este puerto con nuestros tres hijos, no podemos permitirnos la caridad, no hay margen para ello —explica.

—¿Aceptan tarjetas? —pregunta Parisa, aunque sabe que no tiene tanto dinero en su cuenta.

—No —sonríe él.

—No tengo dinero en metálico.

—Entonces la señora tendrá que ir a Åkersberga y sacar dinero, pero ten en cuenta que la deuda sube cuanto más tiempo se quede aquí.

—Tengo que hablar primero con ella —dice Parisa, y se pone en pie.

—Si empezamos a hacer excepciones...

—Es mi hermana —explica ella alzando la voz—. ¿Lo entiendes? Ha venido hasta aquí, no sabe ni una palabra de sueco, tengo que hablar con ella.

—Comprendemos que estés enfadada, pero no es culpa nuestra que no la hayas venido a recoger y...

—Dime solo dónde está —lo interrumpe Parisa, espera unos segundos y después pasa junto a la anciana y sale por la puerta.

—Espera, mujer, podemos arreglarlo —grita el hombre tras ella.

Parisa sigue bajando las escaleras y corre por el estrecho sendero de gravilla entre los barcos almacenados y el gran taller. A lo lejos, ve temblar al viento una grúa de mástil recortada contra las nubes. Las olas espumean contra las rocas y una rampa.

Parisa camina tan deprisa como puede y se fija en si se ve luz a través del plástico que cubre alguno de los barcos.

El olor a aceite caliente la hace retroceder en el tiempo, la lleva de vuelta a Afganistán, al taller mecánico donde trabajaban su padre y su madre, junto al río Safid, en las afueras de Sibargan.

—¿Amira? —grita por todo el muelle—. ¿Amira?

Parisa llama a su hermana de nuevo y, de repente, cree discernir unas sombras que se mueven detrás del plástico iluminado que protege una gran motora junto al agua.

Se dirige a grandes zancadas hacia el barco pero tropieza con un motor fueraborda oxidado. Hay piezas de motores por todas partes, ventanucos, boyas, cartones mojados con tiras de cinta adhesiva, anclas de arrastre y un tubo fluorescente apoyado contra una carretilla elevadora.

—¡Señora! —grita el hombre detrás de ella—. No está permitido que...

—¿Amira? —llama Parisa tan alto como puede.

La pareja mayor ha salido de la oficina y Parisa ve por encima del hombro que el hombre le sirve de apoyo a la anciana mientras bajan la empinada escalera, de forma lenta e inestable.

El sonido de la pulidora se apaga bruscamente en el taller.

Parisa se detiene, detecta un movimiento más allá y sigue adelante. Alguien baja de uno de los barcos más cercanos al mar por una escalera de aluminio.

Es Amira.

Está segura de ello.

Su hermana pequeña viste una chaqueta acolchada azul y lleva un chal sobre el cabello y la boca.

—¡Amira! —grita, y empieza a correr por el estrecho sendero de gravilla.

El hombre mayor vuelve a gritar algo. Parisa saluda con la mano a su hermana, tropieza con un caballete y sigue adelante.

Su hermana mira con los ojos entrecerrados para intentar verla mejor en la oscuridad de la explanada.



De repente, aparece por la esquina del taller un hombre corpulento enfundado en un mono. Cojea apoyándose en una muleta y se dirige hacia donde está Parisa. Lleva una pesada pulidora en la mano y arrastra el cable tras de sí, y un polvo blanco sale de la boquilla que se ha separado del aspirador.

—¡Amira! —grita Parisa otra vez, justo cuando se encienden tres focos en la fachada.

El hombre de la pulidora se dirige directamente hacia ella por el estrecho sendero de gravilla y tras él se acerca su hermana con ojos asustados.

—No grites —masculla el hombre bajo el haz de la luz más alejada.

Parisa se detiene y ve cómo el viento arrastra el polvo de fibra de vidrio de sus toscas facciones.

—Anders, vuelve a casa —grita el viejo por detrás de ella.

—Quiero a mi esposa —masculla el hombre, y se detiene.

Mira fijamente a Parisa a través de las sucias gafas de protección. Amira está como paralizada detrás de él y no se atreve a adelantarlo.

—Hola —dice Parisa.

—Hola —contesta él en voz baja.

—No era mi intención molestarte —dice—. Pero he gritado para que mi hermana me oyera.

—Parisa, están locos, tienes que buscar ayuda —dice su hermana pequeña en pastún.

Cuando el hombre oye la voz de Amira se vuelve hacia ella, da un paso bajo la dura luz procedente de la fachada y la golpea en la mejilla con fuerza con la muleta. Ella se tambalea y cae hacia un lado por la violencia del impacto. El hombre sigue dando gritos e intenta golpearla en la cara con la pesada pulidora. Falla y la máquina se le escapa de las manos, gira en el aire, golpea el marco de una vieja ventana y cae sobre la gravilla con un golpe seco.

—Basta —grita Parisa, e intenta abrir el bolso donde lleva su arma.

Amira está tirada en el suelo de costado, y trata de alejarse arrastrándose. El hombre da patadas y la golpea con la muleta.

—Mi esposa —grita.

—¡Para ya! —exclama Parisa, y saca la pistola del bolso con manos temblorosas.

Él se vuelve hacia ella y Parisa tira de la corredera hacia atrás y le apunta.

—Papá dijo que ahora era mi mujer —dice con voz pastosa.

Parisa dirige su mirada hacia la oficina y ve que el viejo sigue sosteniendo a la mujer con un brazo mientras se acercan lentamente por el sendero de gravilla.

—La gané —dice el hombre corpulento, y se seca los mocos de la nariz con el antebrazo.

—Apártate —dice Parisa con voz firme.

—No —responde él, y sacude la cabeza con obstinación.

Parisa se acerca y lo golpea en la cara con la pistola, justo encima de las gafas. El hombre se tambalea y cae sentado pesadamente sobre la hierba junto a la fachada.

Ella sujeta el arma con ambas manos, lo apunta y le grita a su hermana que se acerque. Amira comienza a gatear hacia ella, pero grita de miedo cuando el hombre rueda hacia un lado y la sujeta de una pierna.

—Déjala en paz, suéltala o disparo —brama Parisa.

Alza el arma y dispara al aire, y vuelve a apuntarle enseguida al pecho mientras la detonación retumba entre las fachadas.

—Suéltala —grita de nuevo, y se le quiebra la voz.

—Anders no entiende, es solo un niño —vocifera el anciano detrás de ellos.

Parisa jadea y apunta con la pistola al viejo que se acerca. La mujer mayor se ha sentado sobre un montón de baterías un poco más allá.

—Papá, dijiste que tendría una esposa —se queja el hombretón tirado en el suelo.

—Anders —jadea el padre—. Dije que... si nadie la quería podrías quedártela.

Parisa siente cómo la histeria se agita en su pecho como un fuego avivado por la presencia de oxígeno. El hombre mayor levanta las manos y da un paso hacia

ella.

—Detente o disparo —le grita Parisa—. Amira, sígueme, luego os pagaré, tendréis vuestro dinero, pero...

Parisa siente un estallido en su cabeza y la mirada se le oscurece cuando algo pesado la golpea por detrás en el cuello. Trastabilla, se le doblan las rodillas y se golpea en la frente con un poste, pierde el arma, cae de lado y siente cómo la sangre comienza a correrle por el rostro.

Entre gemidos trata de ponerse de pie, pero la sensación tras el golpe es como si alguien apretara una esponja ardiente contra su cuello.

El suelo da vueltas debajo ella. Busca apoyo a tientas y oye gritar de miedo a Amira. Intenta ponerse de pie apoyándose contra la fría fachada, escupe sangre y ve que otros refugiados han bajado de diferentes barcos y se acercan con cautela.

—Vosotros no existís —exclama un hombre barbudo de unos cincuenta años armado con una escopeta.

Parisa alcanza a verlo antes de que la golpee otra vez con la culata de la escopeta. Al caer, vuelca un cochecito de niño lleno de viejos filtros de aceite y se araña el hombro en el sendero de gravilla.

Parisa levanta la cabeza e intenta ver dónde ha ido a parar su arma, pero el golpe en el cuello le ha afectado la vista. El mundo parpadea y se agita. A duras penas si consigue distinguir al hombre corpulento con gafas de protección, que está arrastrando a Amira.

Intenta ponerse de pie entre jadeos, está de rodillas, se apoya con las manos en el suelo, escupe sangre y oye al hombre barbudo decir que va a matarlos a todos.

Le propina una patada en las costillas y Parisa cae hacia un lado. Intenta respirar, pero él se agacha sobre ella y tira con tal fuerza de su velo que la fricción le quema el cuello.

—Tú sí tienes un rostro, tenéis rostro, joder —grita el hombre de la barba.

—Linus, ya vale —ordena el anciano padre.

Parisa se seca la boca y busca el arma con la mirada. Por encima del hombre de la escopeta, ve agitarse el mástil al viento y sacudirse el banderín azul y

amarillo.

El hombre de la barba llamado Linus se acerca a Parisa, aprieta con fuerza el cañón de la escopeta entre sus pechos, después baja el arma, deja que resbale hasta su barriga y presiona con fuerza entre sus muslos, y entonces se queda quieto y respira.

—Por favor —suplica ella en voz baja.

—Linus, tranquilízate —dice el padre.

El hombre barbudo tiembla, dirige a toda prisa el arma contra el rostro de Parisa y pone el dedo sobre el gatillo.

—¿No quieres tener cara? No quieres, ¿verdad? —pregunta.

—Ya vale —vocifera su padre con miedo en la voz.

—Ella no quiere tener cara —responde Linus.

Parisa intenta apartar la cabeza, pero él la sigue con el cañón.

Anders llora y le tapa la boca y la nariz a Amira con la mano. Las piernas de ella se agitan débilmente y sus ojos se quedan en blanco.

—Por favor, Linus, no vayas demasiado lejos, no queremos que venga la policía por aquí —ruega el padre.

El sudor le corre al hombre desde la barba hasta el cuello cuando murmura algo y aprieta el frío cañón contra la frente de Parisa.

Joona corre en la oscuridad a lo largo de Roslagsvägen. Han pasado casi veinte minutos desde que abandonó el coche en la cuneta. No ha visto a una sola persona en todo ese tiempo. Lo único que ha oído son las repentinas ráfagas de viento a través de las copas de los árboles y su propia respiración.

Ahora corre cuesta abajo por una larga colina, aprieta el paso aún más. A lo lejos, en diagonal, ve las luces de una casa entre los árboles.

La pistola le golpea las costillas.

Sigue por un pequeño viaducto con un polvoriento quitamiedos, pero se detiene cuando oye una detonación detrás de él.

Un disparo.

Se da media vuelta y escucha.

El sonido se desplaza sobre la superficie del mar y resuena entre las islas.

Joona comienza a correr de vuelta tan rápido como puede hacia el sendero de gravilla que acababa de pasar. Un coche viene hacia él a gran velocidad por la colina. Cegado por la luz de los faros, sigue avanzando por la cuneta a través de la alta hierba. El suelo tiembla cuando pasa el coche. Retorna la oscuridad y Joona vuelve al asfalto, corre un tramo más, encuentra el sendero de gravilla que va hacia el mar y continúa por él.

El sendero lo conduce por el borde de una hondonada con restos de coches oxidados y un pórtico de árboles negros.

Cuando sale al otro lado del bosquecillo descubre el coche de Parisa. Está aparcado delante de la oficina de un pequeño astillero. Mientras se dirige hacia los barcos alineados informa a Janus, comunica su posición a través de la red del sistema de coordenadas RT90 y pide apoyo al grupo especial de operaciones.

—Pero esperad —repite—. Esperad hasta que haya evaluado la situación, volveré a comunicarme tan pronto como pueda.

Pone el teléfono en silencio, oye voces excitadas y avanza a escondidas bajo el casco de una enorme motora.

Sigue avanzando agachado por el estrecho espacio entre los barcos.

Antes de descubrir a los demás, ve a una anciana sentada sobre una pila de baterías de coche.

Hay un hombre mayor parado en el camino de gravilla con un cuchillo de cocina oculto en una mano y otro hombre está sentado en el suelo con una muchacha en brazos.

Joona avanza con rapidez. La hierba seca cruje bajo sus pies.

La lona que cubre uno de los barcos se alza como una vela y le permite ver lo que está sucediendo. Un hombre con barba golpea a Parisa en la nuca con la culata de una escopeta, y después la apunta con el cañón.

El agua se escurre hacia el suelo cuando la lona vuelve a caer.

El barbudo permanece quieto con el cañón de la escopeta entre las piernas de Parisa. Una escopeta de doble cañón que puede disparar dos cartuchos sin recargar.

Joona se desliza por debajo de un velero y el sonido se distorsiona en su oído izquierdo cuando pasa junto a la quilla oxidada.

El hombre con barba grita algo y apunta con la escopeta al rostro de Parisa.

Joona da unos rápidos pasos al salir de su escondite, endereza la espalda, alcanza al hombre barbudo por un lado y empuja el cañón de la escopeta hacia arriba, lejos de la cabeza de Parisa.

Completa el movimiento tirando de la culata hacia abajo con la otra mano para arrebatársela de las manos del hombre, le da la vuelta en vertical y coloca el dedo en el gatillo.

Joona lo golpea con el cañón en el rostro. El hombre se tambalea con las manos en la boca. Joona mantiene la línea de tiro, da un paso hacia delante, gira la cadera y lo golpea con fuerza en la mejilla con la culata. Un chorro de sangre

sale disparado de la boca por el impacto.

Joona gira el arma hacia el viejo con rapidez.

El hombre de barba se desploma sobre el suelo, cae encima de un cartón con pulverizadores y queda tendido sobre la barriga.

El viejo se detiene y deja caer el cuchillo de cocina al suelo.

—Aparta el cuchillo de una patada y ponte de rodillas —ordena Joona.

El hombre mayor hace lo que le dice y después se apoya en la fachada mientras se arrodilla.

Se hace un silencio, apenas se oye el viento y el crujido del plástico. Parisa levanta la cabeza y ve que el hombre rubio la ha seguido. Este apunta con el cañón de la escopeta al pecho de Anders y le quita a Amira de los brazos.

—No juguéis con escopetas, chicos —dice con su acento finlandés.

Anders lo mira sorprendido y se chupa los mocos del labio superior.

Cuando Parisa se echa a un lado siente como si su cabeza fuera a explotar. Respira entre jadeos, se obliga a abrir los ojos y ve que Amira se acerca a ella tambaleándose y se deja caer de rodillas.

—Amira —susurra.

—Tenemos que irnos de aquí —dice la hermana—. ¡Tienes que ponerte de pie!

Parisa no puede moverse, reposa la mejilla sobre la gravilla y ve a otros tres refugiados acercarse al sendero. Primero va un crío pequeño y delgado con ojos muy serios, junto a una anciana vestida con ropa tradicional.

Podrían haber sido su madre y su hermano pequeño, piensa. Si no los hubieran matado en un control de carretera el mismo año que huyó ella.

Los sigue un hombre con un chándal negro.

Parisa sabe que lo ha visto antes, pero tarda unos segundos en comprender que se trata de un famoso jugador de fútbol. Salim solía señalarlo cuando veían los partidos, pues era de su misma ciudad.

Joona intenta hacer una rápida valoración de la situación y dirige el arma hacia el barbudo cuando este vuelve a moverse.

Es evidente que se ha producido algún tipo de altercado entre los traficantes de personas, los refugiados y Parisa.

La anciana sigue sentada con su labor de punto sobre la pila de baterías y el viejo está de rodillas con las manos sobre la cabeza.

—Tenemos que largarnos —dice Joona.

Tres refugiados se dirigen hacia ellos por el estrecho sendero entre el taller y los barcos alineados.

Joona percibe un sonido rítmico y mira hacia el agua antes de volverse hacia Parisa.

—¿Están todos? —pregunta, y ve que la luz de la casa que hay más allá se ha apagado.

—Solo están mi hermana y esos tres —responde ella.

—Diles que nos sigan.

Parisa dice algo entre jadeos y la hermana llama a los otros tres. Se acercan dubitativos. La anciana se muestra reacia a seguirlos, pero el niño le acaricia la mano e intenta calmarla.

—Venga, vamos —ordena Joona, y dirige la escopeta hacia el viejo.

El niño señala, dice algo y se mete debajo de un velero blanco. Reaparece después de unos segundos con la pistola de Parisa. Parece contento cuando se sacude las rodillas y le tiende el arma a ella.

Parisa le pasa un brazo por los hombros a su hermana y alarga la mano libre.

El niño se sitúa sonriendo bajo el blanco resplandor de los focos y de pronto



su cabeza se inclina hacia un lado y la mitad derecha de su rostro desaparece.

Todos oyen cómo la sangre, los tejidos y los fragmentos de cráneo salpican contra la fina quilla del velero un segundo antes de oír la detonación de una escopeta.

—Seguidme, seguidme —grita Jooná, e intenta llevarse a Parisa y a su hermana hacia una de las grandes carretillas elevadoras.

El sonido rítmico se eleva de forma exponencial, el potente traqueteo del rotor principal de un helicóptero los envuelve por todas partes, les golpea el pecho y el cuello.

—Al suelo —grita Jooná a través del estruendo.

El helicóptero del grupo especial de operaciones gira por encima de ellos, oscuro contra el cielo negro. En el exterior de la cabina, hay un tirador asegurado por una cuerda, con los pies apoyados en el patín de aterrizaje.

La anciana de Afganistán se oculta debajo de los barcos, el futbolista corre en cuclillas junto al edificio en dirección a la carretera. El hombre al que Jooná ha derribado rueda hacia la fachada y desaparece entre la alta hierba.

Jooná lleva a Parisa y a su hermana detrás de la gran carretilla elevadora, deja la escopeta sobre la hierba junto a la pared del taller e intenta contactar con los servicios secretos.

Lo único que se oye es una vibración, pero repite varias veces que tienen que abortar la intervención, que no hay terroristas en el embarcadero.

Anders se levanta con la ayuda de la muleta, señala sonriendo el helicóptero y empieza a andar hacia el agua. Las copas de los árboles crepitan con violencia y el traqueteo del rotor aumenta cuando el helicóptero realiza un giro abrupto por detrás de ellos, segundos antes de aparecer por el lado opuesto con una extraña lentitud.

Los cuatro focos de la parte inferior brillan como antorchas blancas.

Jooná ve que cinco miembros del grupo de operaciones especiales cuelgan de un cable por debajo del helicóptero. Todos ellos llevan cascos, chalecos antibala y fusiles de asalto.

Como marionetas negras ensartadas en un hilo, extrañamente inmóviles, se acercan a tierra. La madera húmeda de los pontones del embarcadero reluce bajo la luz de los focos cuando vuelan sobre el mar.

Anders está parado en la orilla y ríe mirando hacia el helicóptero.

El cielo está oscuro, pero los tres focos de la fachada iluminan parte del sendero de gravilla.

El estruendo es cada vez mayor. Jooná intenta llamar de nuevo, ve en la pantalla que alguien ha respondido y dice gritando que cancelen la operación, que no hay ningún terrorista en el embarcadero.

—¡Cancelad la operación inmediatamente! —repite.

Todos se han escondido, menos Anders y la anciana, que sigue sentada sobre la pila de baterías.

Desde la carretilla elevadora, Jooná ve que el helicóptero se acerca a tierra y queda suspendido sobre la pequeña franja de playa.

El agua se dispersa formando círculos de espuma. Las crestas de las olas se revuelven sobre los pontones que se balancean. Los focos hacen que la sombra de la grúa se arrastre temblando sobre el camino de gravilla y la pared del taller.

Una repentina ráfaga de viento hace que el helicóptero se balancee, el ingeniero de vuelo intenta mantener sujeto el cable con el pie para que no golpee la cabina.

El sonido del rotor cambia y se hace más profundo cuando el helicóptero planea y se escora. Los cinco hombres del grupo de operaciones especiales se balancean sujetos del cable. El plástico que cubre uno de los barcos se desprende y sale volando en la oscuridad.

Los hombres alcanzan el suelo y se sueltan rápidamente de los arneses, corren hacia un lado y se ponen a cubierto. El helicóptero se vuelve a elevar, gira y se aleja lentamente.

Se oye un disparo en la cercanía, y la detonación resuena en la isla enfrente de la marina.

El disparo viene de detrás, y Jooná está pensando que los servicios secretos

deben de haber apostado más francotiradores cuando ve que el helicóptero pierde altura y comprende lo sucedido.

Hay otro traficante de personas allí: apagó la luz de la casa y salió corriendo, disparó con un fusil de repetición al helicóptero y ha alcanzado al piloto.

Joonas ve cómo el rotor principal impacta contra la grúa. Una fuerte detonación seguida de una lluvia de chispas. El helicóptero se balancea hacia un lado como una polilla que se ha quemado al acercarse demasiado a una lámpara.

El piloto no tiene tiempo siquiera de accionar el conmutador de control manual.

Se precipitan contra el suelo y caen sobre la hilera de barcos. El sonido traqueteante del rotor y de las láminas metálicas que se rompen corta el aire.

Se oyen tres rápidas detonaciones más y media pala del rotor pasa volando por encima de la cabeza de Anders, que sigue parado de pie junto al agua.

La pala golpea contra la pared de metal del taller y se hace añicos.

Una bola de fuego naranja cubre el cielo en pocos segundos. El calor de la explosión prende la hierba y el bosque y los plásticos que cubren los barcos circundantes.

Gustav Larsson, que dirige el primer grupo especial de operaciones, se ha puesto a cubierto junto a dos parejas de agentes detrás de unos cimientos de hormigón en la estación de bombeo. Oye un sonido cortante y ve cómo el helicóptero pierde altura. Adam grita algo y se pone de pie.

—¡Al suelo! —grita Gustav.

Adam alcanza a dar un paso hacia el mar antes de que la enorme onda expansiva de la explosión lo derribe.

Cae de espaldas y se golpea con el casco contra el duro suelo.

El calor hace que se incendien los árboles cercanos.

Metralla y trozos de rotor llueven sobre la marina, pero al principio Gustav no oye nada más que un susurro, como un viento suave a través del follaje.

Y cuando les grita a todos que permanezcan tumbados es como si su voz solo estuviera en su cabeza.

El panel de la estación de bombeo está ardiendo.

Mira las llamas, oye un ligero crujido, y de repente recupera la audición en medio del caos y escucha el grito desesperado de Adam a su lado.

—¡Markus! ¡Markus!

Adam ha perdido a su hermano, y su voz se quiebra cuando vuelve a ponerse en pie. Antes de que Gustav pueda reaccionar, Adam dispara su arma automática. Vacía todo el cargador entre los lujosos barcos alineados, después deja que el arma cuelgue de la correa.

—¡Al suelo, hay un francotirador! —grita Gustav.

Adam se arranca las gafas de protección y mira fijamente el fuego. Los barcos se vuelcan y arden, se oyen pequeñas explosiones. Jamal abandona su posición,

derriba a Adam y lo obliga a permanecer en el suelo.

Gustav, con manos temblorosas, acciona la unidad de comunicación y se pone en contacto con Janus Mickelsen, el jefe de operaciones.

Fragmentos de vidrio y astillas de madera se arremolinan en el aire.

Han perdido el helicóptero con cuatro hombres.

Gustav todavía puede ver las chispas en la oscuridad cuando la pala del rotor golpeó la grúa.

Como un gran golpe crepitante de una varita mágica.

Contiene las lágrimas mientras repite los nombres de los compañeros que sospecha que han fallecido.

—El grupo tres y el cuatro están en camino, pero tenemos que entrar enseguida y reducir a los terroristas —dice Janus.

—¿Y Jooná? —pregunta Gustav—. ¿Qué ha pasado con Jooná Linna?

—No hemos sabido nada de él desde que llegó al lugar —responde Janus—. Debemos asumir que está muerto.

—No puedo determinar si tienen rehenes o si...

—Las bajas civiles son aceptables —lo interrumpe Janus—. Los refuerzos están en camino, pero tenéis que hacer todo lo posible por detener a los terroristas. Es una orden.

Gustav interrumpe la comunicación por radio, intenta respirar con calma y mira a sus hombres. Jamal se muerde el labio inferior, la boca de August cuelga abierta como de costumbre y Sonny tiene los ojos en blanco como un boxeador.

Adam está sentado sobre sus rodillas e introduce entre lágrimas un nuevo cargador en el subfusil. Su hermano mayor era el ingeniero de vuelo. Era el que se encargaba de manejar el cable desde arriba para que todos llegaran a la playa antes de que el helicóptero se estrellara.

—Escuchad —comienza Gustav, y se coloca en posición la culata de su fusil de asalto—. Las órdenes son detener o neutralizar a todos los terroristas.

—¿Cuándo llegan los refuerzos? —pregunta Jamal.

—Están en camino, pero nosotros vamos a entrar ya —responde Gustav—.

Adam, tú te quedas aquí.

Adam se pasa la mano por la cara, lo mira y niega con la cabeza.

—Yo voy con vosotros —dice con voz ronca—. Estoy bien.

—Aun así, creo que será mejor que te quedes.

—Me necesitáis —insiste Adam.

—Entonces entrarás el cuarto y yo el último —dice Gustav, y vuelve a tener el mismo mal presentimiento—. Jamal, tú te haces cargo, tú diriges.

—De acuerdo —responde Jamal.

—No corráis riesgos, pensad en trescientos sesenta grados. Vosotros podéis, venga, vamos.

Jamal señala, se pone en cuclillas y corre a través de la hierba en llamas hasta los barcos, les indica que le sigan con la mano y después continúa por el estrecho espacio entre dos hileras de lujosos veleros.

Avanzan como una unidad compacta mientras intentan asegurar todos los ángulos. Resulta difícil tener una visión de conjunto de la marina y no han tenido tiempo de estudiar un mapa del terreno. El fuego del helicóptero y los barcos en llamas se alza a sus espaldas. Las llamas les proporcionan mucha más luz, pero al mismo tiempo hace que todo parezca estar en movimiento. Las llamas titilan en diferentes partes metálicas y grandes sombras fluctúan y se desplazan repentinamente sobre los cascos de los barcos.

En algún lugar delante de ellos hay un francotirador, pero resulta muy difícil determinar si ellos mismos son demasiado visibles para él. Tal vez se les ve demasiado en el resplandor del fuego, o quizá quedan disimulados entre los barcos y la oscuridad del suelo.

Gustav se obliga a no pensar en los compañeros que acaban de perecer, tiene que estar centrado y lúcido.

El grupo se mueve agachado por el estrecho sendero. Cubren de forma instintiva todos los ángulos y aseguran cada línea de tiro.

Gustav se da media vuelta y comprueba la zona detrás de ellos. Bajo los barcos, el terreno está seco, la basura que el viento ha arrastrado hasta allí se ha

enganchado en los estayes y los puntales.

El olor a humo es cada vez más fuerte.

Las altas llamas se reflejan sobre los cascos de los hombres.

De pronto, Jamal hace una señal de alto, se agacha un poco y coloca su mano izquierda sobre el antebrazo derecho: una indicación que advierte de que hay enemigos.

Jamal ya no está seguro, pero le parece haber visto un rostro con el rabillo del ojo.

El corazón le late con tanta fuerza que le duele el pecho.

Se apoya con cuidado sobre una rodilla y echa un vistazo por debajo del casco de un barco. Quizá lo único que ha visto era el cálido reflejo del fuego sobre un timón blanco.

Jamal coloca el dedo en el gatillo, sigue adelante con cuidado, trata de ver por delante de la esquina delantera de la quilla rayada.

A través de la infinidad de puntales y vigas, ve la pared de un edificio de chapa que parece un hangar y una carretilla elevadora amarilla.

Algo se mueve muy cerca, debajo del barco que tienen al lado.

Un gato negro sale corriendo y el dedo de Jamal tiembla sobre el gatillo.

Llueven pavesas resplandecientes entre los barcos alineados en el varadero.

Gustav mantiene su posición como último hombre y ve que Jamal sigue avanzando. Le gustaría gritarle que antes asegure el lado derecho.

Jamal mira a la izquierda. Una lona de plástico azul se mueve con el viento y el agua cae resonando sobre el suelo.

De repente ve brillar un par de ojos junto al edificio. Jamal vuelve al instante su arma y ve el rostro en la mirilla.

Alguien gime tras él. Se trata de Adam, que ha tropezado con el saliente de una viga. El cañón de su fusil golpea un puntal con un sonido metálico.

Jamal no sabe cómo ha logrado contener el impulso de apretar el gatillo. La adrenalina hace que su sangre se torne hielo cuando se da cuenta de que podría haber matado a la anciana que está haciendo punto.

Apoya la mano contra uno de los blancos cascos y exhala.

Gustav se da la vuelta e inspecciona de nuevo la retaguardia. El fuego aumenta en intensidad y trozos de plástico quemado caen crepitando al mar. Una fuerte ráfaga de viento empuja las llamas, que en un instante devoran más barcos.

Jamal les indica con la mano que se pongan en marcha y Gustav mira hacia delante y alza la vista hacia el aparcamiento. A la izquierda se encuentran los restos oxidados de un coche sobre la hierba. Cardos y maleza sobresalen del capó abierto.

Adam susurra para sí, extrae su cargador, lo observa y lo introduce de nuevo con un sonido rechinante.

Un hombre enfundado en un chándal negro sale corriendo de su escondite detrás del coche.

Sonny reacciona de inmediato y dispara seis tiros.

El torso del hombre queda destrozado, la sangre salpica el aire. Los disparos casi le arrancan el brazo izquierdo, que queda colgando del tejido del chándal y gira alrededor de su cuello como si fuera un chal mientras el hombre se retuerce y cae.

En el mismo instante, Jamal cae al suelo y queda tendido de lado, como si descansara.

Gustav no puede ver qué ha ocurrido. Sonny corre agachado hacia él y de pronto se produce un fogonazo delante de ellos.

El sonido del disparo es breve aunque ensordecedor.

La bala atraviesa el rostro de Sonny y sale por detrás de la cabeza. Gustav ve cómo la sangre salpica a Adam. El casco de Sonny sale volando y todavía resuena la detonación cuando cae de espaldas a tierra.

Gustav se tira al suelo y rueda debajo de un enorme velero. El olor a tierra y hierba seca colman sus orificios nasales. Se arrastra rápidamente hasta un bloque de hormigón en proa y prepara el arma.

El cuerpo de Sonny emite un son débil y sibilante.



Gustav busca con la mirilla el lugar donde le parece haber visto el fogonazo. El ojo percibe la tierra gris, pequeños barcos, un contenedor de basura. Todo parece como hecho de plomo, pintado de hollín. La mirada recorre los bajos arbustos, una bolsa de basura anudada, un bote de pintura vacío.

Adam se ha sentado con Sonny en el regazo. Tiene sangre de él por todo el pecho.

—¡Dios mío... Sonny! —gimotea.

Gustav respira agitado y sigue buscando por la mirilla. La maleza se agita al viento y pavesas de hollín flotan a su alrededor. El olor a humo es nauseabundo. Los barcos en llamas se desploman a su espalda. Los cascos se golpean entre sí, y los contrapesos llenos de agua que sostienen una de las lonas empiezan a balancearse por encima de él.

Su corazón comienza a latir con fuerza cuando descubre el cañón del fusil detrás de un palé oxidado cargado de tejas. Un arbusto raquítico se agita con el viento justo detrás del francotirador.

Gustav se aparta el sudor de las cejas para ver mejor y se ajusta las gafas de protección. Es un buen tirador, pero las manos le tiemblan demasiado.

Centra con cuidado la mirilla en el lugar donde cree que aparecerá la cabeza del francotirador cuando asome para disparar una vez más.

—Todos están muertos —dice Adam al viento—. Creo que todos están muertos.

La mirilla de Gustav tiembla y se desliza hacia las tejas. No puede responder, tiene que estar concentrado.

Tanto Adam como él son visibles.

Gustav sabe que no le queda mucho tiempo antes de que el francotirador dispare su arma.

Una mujer grita en alguna parte.

Uno de los contrapesos se balancea de su cuerda delante de la mirilla.

Gustav observa cómo el cañón del fusil del francotirador se mueve un poco hacia la izquierda y entonces ve una cabeza durante unos segundos antes de que

desaparezca de nuevo. El cañón se desliza hacia abajo y se detiene. Entonces aparece de nuevo la cabeza, con el ojo pegado a la mirilla del rifle para buscar un nuevo objetivo.

Gustav desliza con suavidad la delgada cruz de la mirilla hacia el rostro y aprieta el gatillo.

La G36 golpea su hombro y el francotirador desaparece. Gustav parpadea varias veces y trata de calmarse. El arma también ha desaparecido. Está empezando a pensar que ha fallado cuando ve un goteo oscuro en las ramas del arbusto que el francotirador tenía detrás.

Joona se encuentra en la carretilla elevadora y ve las altas llamas y el humo negro del aceite alzarse hacia el cielo con feroz impaciencia.

Parisa abraza a su hermana, que se ha acurrucado contra ella por miedo. Se tapa los oídos y llora desconsolada como una niña pequeña.

—Pregúntale a tu hermana si puede correr. Tenemos que llegar a la linde del bosque —dice Joona apremiándola.

—Tengo que encontrar a Fatima, la mujer que estaba aquí antes —dice Parisa—. No podemos abandonarla. Ella salvó a mi hermana, les dijo a todos que era su hija para que la dejaran en paz.

—¿Dónde está? ¿Lo sabes?

—Tenía que recoger sus cosas. ¿Ves ese gran barco sin cubierta de plástico? —señala.

—Es demasiado peligroso...

De repente se oye fuego automático; se vacía un cargador entero junto a la orilla. Las balas penetran en la madera y rebotan contra los soportes de acero de los barcos.

Joona intenta ver dónde se encuentra el grupo de operaciones especiales.

Se oyen pequeñas explosiones, los cristales se pulverizan y los barcos se desploman.

Coge el teléfono, llama a Janus una vez más y de pronto ve que Parisa ha dejado a su sollozante hermana, y se ha escapado con la escopeta. Corre agachada por el camino de gravilla, pegada a la alta fachada, en dirección al barco que ha señalado.

Joona saca la pistola y tira de la corredera.

El fuego del helicóptero en llamas se extiende en diagonal hacia arriba y el humo parece fundirse con el cielo negro.

Joona ve a Parisa reducir la marcha cuando se acerca al hastial del taller. Su sombra se recorta estriada sobre la pared de metal corrugado.

La hermana ha callado y permanece sentada tapándose los oídos con las manos.

Parisa mira hacia el mar, se apoya con una mano en la fachada y se prepara para correr el último tramo por la explanada de gravilla hacia el barco.

Joona ve que da un paso adelante y asoma la cabeza para mirar por la esquina, y entonces se estremece, cae de espaldas y se queda sentada con la mirada vacía.

De repente cae hacia atrás, se golpea la cabeza contra el suelo y la arrastran de los pies.

Como si un depredador la hubiera abatido y la llevara a su guarida.

Joona sale corriendo por el sendero de gravilla pegado a la pared con el arma escondida junto al cuerpo, se detiene y alza la pistola cuando se acerca a la esquina donde Parisa ha desaparecido.

Escucha y siente las bocanadas de humo caliente contra la cara.

Trozos incandescentes de plástico flotan en el aire.

Dobla la esquina a toda velocidad e inspecciona el lugar, ve la rampa de hormigón y las puertas correderas del taller de cinco metros de altura.

Los troncos de los pinos en la linde del bosque se ven iluminados por el reflejo anaranjado del fuego.

Vislumbra una caravana blanca en el interior del bosque más allá de una verja.

Joona corre hasta una puerta más pequeña, presiona la manija, abre y mira en el interior del taller.

La maquinaria brilla sombría en la oscuridad y más allá ve el motor azul oscuro de un yate con abolladuras en la proa.

Joona entra rápidamente, comprueba las esquinas más próximas y corre agachado hacia un gran torno.

El olor a metal, aceite y disolvente llena el ambiente.

La puerta chasquea a su espalda al cerrarse.

El fuego se ve a través de las juntas y los remaches de las paredes metálicas.

Continúa en dirección al barco e inspecciona los ángulos peligrosos.

Un hombre aúlla y después grita:

—Eres solo un animal, no eres nada, eres solo un jodido animal.

Joona corre hacia delante, se agacha y los ve al fondo del taller.

Parisa cuelga bocabajo, izada por los pies con una cadena. El grueso jersey se ha deslizado hasta cubrirle la cabeza. La tira blanca del sujetador oprime su espalda desnuda.

El hombre de la barba todavía sangra por la boca. Parisa trata de sujetarse el jersey y empieza a balancearse cuando el hombre se lo arranca.

—Te voy a cortar la maldita cabeza —grita, y alza el hacha.

Joona corre, pero el enorme barco le tapa la línea de tiro. Apenas puede vislumbrarlos en la penumbra bajo el casco.

Parisa intenta gritar a pesar de tener la boca tapada con cinta americana. El hombre se mueve siguiendo su balanceo y se echa a un lado.

—Esto es Guantánamo —grita, y agita el hacha con toda su fuerza.

La pesada hoja alcanza a Parisa por detrás, en uno de los hombros, y le atraviesa el músculo. Su cuerpo se retuerce, la sangre salpica el suelo. Joona pasa corriendo junto a unos barriles azules de aceite usado, rueda por debajo del barco y los vuelve a ver.

—¡Atrás! —ordena Joona.

El hombre está detrás de Parisa, limpiándose la sangre de la barba. Una de las perneras del pantalón de Parisa se le ha bajado hasta la rodilla. Ella gira balanceándose hacia atrás, respira jadeando por la nariz e intenta protegerse con las manos.

—Te dispararé si no sueltas el hacha —grita Joona, y continúa lateralmente tratando de encontrar un mejor ángulo de tiro.

El hombre retrocede unos pasos y mira fijamente a Parisa, que oscila haciendo chirriar la cadena.

—Mírame a mí, no a ella... mírame a mí y retrocede —dice Jooná, y se acerca con cuidado con el dedo en el gatillo.

—Joder, solo es un animal —murmura él.

—Deja el hacha en el suelo.

El hombre está a punto de obedecerle cuando se oye una fuerte detonación y una lluvia de perdigones alcanza el techo de metal. Pequeños balines de plomo rebotan por todo el techo y por las paredes, pierden velocidad y llueven sobre el suelo del taller.

—Ahora no muevas ni un pelo —se oye la voz del padre anciano detrás de Jooná.

Jooná levanta la pistola y la otra mano por encima de la cabeza. Tantos años de entrenamiento y ha cometido el mismo error que acabó con la vida de su padre. Se dejó llevar por la situación, por el deseo de salvar a alguien, y su espalda quedó al descubierto durante unos segundos.

El estómago de Parisa se mueve al compás de su respiración asustada. El sujetador blanco está ensangrentado y un charco oscuro se extiende debajo de ella. El hombre barbudo respira entre jadeos y se apoya el hacha sobre el hombro.

—Suelta la pistola —dice el viejo.

—¿La dejo en el suelo?

Jooná comienza a darse la vuelta hacia el padre, ve su sombra sobre algunos viejos botes de pintura antiincrustante.

—Tírala lejos de ti —responde el viejo.

Jooná se da la vuelta lentamente y ve al hombre a unos cuatro metros de distancia. Está parado con la escopeta junto a un motor diésel que cuelga de una grúa móvil. Jooná baja con cuidado la pistola como si se rindiera, pero en realidad espera el momento oportuno para disparar. Le apuntará debajo de la nariz, para darle justo en el puente troncoencefálico.

—No intentes nada —grita el hombre.

—¿Hacia qué lado quieres que tire la pistola?

—Despacio ahora... Esto es una escopeta, no fallaré.

—Estoy haciendo lo que dices —responde Joona.

El rostro del anciano se endurece y el cañón de la escopeta se desliza un poco hacia la derecha. Un reflejo oscuro aparece sobre el motor de barco colgado.

Joona oye los pasos del hijo detrás de él, se queda muy quieto y, cuando ve llegar el golpe, se mueve con rapidez a un lado. El hacha falla, pero el borde exterior de la hoja le desgarró la parte posterior del hombro.

Joona se gira, y con el codo izquierdo le propina un golpe tan fuerte en el cuello que le rompe la clavícula.

El hacha sale volando por el aire, golpea contra un gato mecánico y cae tintineando sobre el suelo de hormigón. Joona le rodea el cuello con el brazo, tira de él hacia delante por encima de su cadera y lo coloca ante sí a modo de escudo, al tiempo que apunta al padre.

El anciano ya ha apoyado la culata en el suelo y se ha metido el cañón de la escopeta en la boca.

—No lo hagas —grita Joona.

El viejo se inclina hacia delante y alcanza el gatillo. Un intenso brillo aparece en sus mejillas cuando se oye la detonación, la cabeza es impulsada hacia arriba y el cráneo y la masa cerebral salpican el techo y llueven sobre el suelo de hormigón detrás de él.

El cuerpo se desploma hacia delante y la escopeta cae a un lado.

—¿Qué cojones ha pasado? —jadea el hijo.

Joona le ata rápidamente las piernas y los brazos con un grueso alambre, tira de él hasta volver a ponerlo de pie y lo empuja hacia atrás, hacia el motor diésel que cuelga.

—¡Te mataré! —chilla el hijo histérico.

Joona da dos vueltas al alambre alrededor del cuello del hombre barbudo y del robusto eje del generador, coge el mando a distancia plastificado de una mesa de trabajo con enchufes y alza el motor tan alto que el hombre se ve obligado a ponerse de puntillas.

En el exterior se oye el disparo de un fusil y después fuego de armas automáticas.

Joona corre a bajar a Parisa al suelo, le repite que todo irá bien, la coloca suavemente bocabajo, le limpia la sangre de la espalda y el hombro con la palma de la mano y le cierra la profunda herida con cinta americana.

—Te pondrás bien —dice, tranquilizándola.

Coloca con cuidado varias capas de cinta adhesiva, consciente de que no aguantarán mucho tiempo, pero sabe que la herida no es mortal si la llevan al hospital a tiempo.

Parisa intenta ponerse de pie, pero él le pide que no se mueva.

—Solo quiero ir a buscar a Fatima —dice ella, tratando de aplacar su respiración agitada.

Se pone de rodillas y descansa un rato.

Joona la ayuda a caminar. La mujer tiembla y se tambalea a causa de la pérdida de sangre, y las rodillas están a punto de ceder varias veces mientras caminan por el taller.

Salen al aire frío. Toda la marina está envuelta en llamas y el viento racheado las agita.

Joona sujeta la pistola con una mano mientras suben por el sendero de gravilla que discurre pegado a la pared larga del taller.

Cuando Amira los ve se pone de pie junto a la carretilla elevadora y se dirige hacia ellos con el rostro sombrío. Tiene la mirada perdida y las pupilas dilatadas. Joona ayuda a Parisa a sentarse en el suelo y la cubre con su chaqueta.

Gustav Larsson está más arriba en el sendero de gravilla. El pesado chaleco antibalas y el fusil de asalto están en el suelo.

La operación se ha interrumpido y, con voz alterada, informa al puesto de mando de que tiene la situación bajo control y después solicita ambulancias y bomberos. Asiente con la cabeza, murmura algo y baja la mano con la que sujeta la radio a la cadera.

—¿Las ambulancias están en camino? —grita Joona.



—Las primeras llegarán en diez minutos —responde Gustav, y mira a Jooná con la mirada perdida.

—Bien.

—Dios... lo siento, lo siento mucho... Jooná, lo he hecho todo mal.

—Todo se arreglará.

—No, no lo hará, nada se arreglará.

Unos metros por detrás, se encuentra la anciana sentada sobre la pila de baterías, haciendo punto con el rostro entristecido. Su hijo más pequeño yace en el suelo con los brazos atados con bridas.

—Nos dieron la orden de actuar de inmediato —dice Gustav, y se seca las lágrimas de las mejillas.

—¿Órdenes de quién?

Se oye una fuerte explosión y Gustav da un pequeño paso hacia delante.

La detonación resuena entre los edificios mientras los gases de pólvora se disipan.

La anciana sujeta la pistola de Parisa con ambas manos. La labor de punto está en el suelo a sus pies.

Vuelve a disparar y Gustav busca a tientas la pared con una mano. Sangra por la barriga y por una herida en la parte superior del brazo. Adam, que se encuentra junto a la mujer, le arrebató el arma, la tira sobre la gravilla, le rompe el brazo por el hombro y le pone una bota encima.

Jooná sujeta a Gustav cuando está a punto de desplomarse y lo ayuda a tumbarse con cuidado. El joven parece perplejo y su boca se mueve como si intentara decir algo.

Un resplandor eléctrico vibra frente a su mirada, como la llama de un soplete en la distancia, chispas brillantes que se agitan y desaparecen.

Joona esperó dos horas en el pasillo delante de la sala donde estaban operando a Gustav Larsson, pero cuando llegó el momento de irse todavía no le habían dicho si sobreviviría.

Ahora deja el coche en lo alto de la calle Tulegatan, siente el intenso frescor del parque y recuerda que algunas escenas de un libro de Sjöwall y Wahlöö tenían lugar aquí, en un apartamento que da a Vanadislunden.

Mientras camina calle abajo hacia el hotel, el efecto de la anestesia local que le pusieron tras el hachazo empieza a remitir: han tenido que ponerle once puntos y ahora el dolor reaparece.

Tiene cinta adhesiva en la hombrera de la chaqueta, que está arrugada y manchada de sangre. Huele a humo, tiene una herida en la nariz y los nudillos despellejados.

La recepcionista lo mira con la boca abierta y los ojos como platos. Joona es consciente de que su aspecto ha cambiado mucho desde que se registró.

—Ha sido un día muy duro —dice.

—Lo entiendo —responde ella, y sonrío algo nerviosa.

Joona no puede evitar preguntar si tiene algún mensaje, aun cuando duda de que Valeria acuda a visitarlo.

La recepcionista mira primero el ordenador y después comprueba el casillero de su llave, pero por supuesto ahí no hay nada.

—Le preguntaré a Sandra —propone.

—No hace falta —se apresura a contestar Joona.

Sin embargo, tiene que esperar mientras ella va a hablar con su colega. Se queda mirando el mostrador vacío, el patrón que conforman los arañazos sobre

el barniz, y piensa que la misión ha terminado para él.

Todo el mundo sabía que la maniobra de infiltración y la posterior operación eran una apuesta arriesgada, pero no había alternativas, apenas tenían tiempo.

Joona ha hecho lo que ha podido para ayudar a los servicios secretos y desearía contarle a Valeria que, a partir de ahora, no es más que un interno de permiso.

—No, lo siento —sonríe la mujer al regresar—. Nadie ha preguntado por usted.

Joona da las gracias y se va a su habitación, coloca sus botas embarradas sobre un periódico, prepara un baño caliente y se mete en el agua con el brazo herido colgando fuera de la bañera.

El móvil está en el estante de azulejos empotrado junto a él. Le pidió al médico que lo llamara tan pronto como supiera algo de Gustav.

Caen plácidas gotas del grifo, se forman ondas y desaparecen. El cuerpo se relaja con el agua caliente y el dolor disminuye.

El mensaje de Salim Ratjen solo significaba que la hermana de Parisa había entrado en el país antes de lo esperado. Antes de que a Salim le diera tiempo a contárselo a su mujer lo habían trasladado de Hall y lo habían aislado del mundo exterior.

La vieja pareja y sus tres hijos adultos habían convertido su pequeño astillero en un centro para el tráfico de personas.

Cuando Joona Linna dejó de comunicar, Janus Mickelsen, el jefe de operaciones, tuvo miedo de perder el contacto con la célula terrorista.

La prioridad absoluta era evitar la amenaza terrorista contra el país.

De ahí que tomara la decisión de enviar al primer grupo de operaciones especiales al astillero.

Después Janus vio la primera llamada de Joona, pero dijo que no había oído nada más que ruidos.

Desde el helicóptero, el grupo especial de operaciones vio a varias personas junto a un gran edificio de metal corrugado. Dos cuerpos yacían en el suelo y

había una persona de rodillas. Solo tenían una fracción de segundo para decidir y cuando el francotirador, a través de la mira telescópica, vio que un muchacho apuntaba a una mujer con una pistola, disparó.

El grupo especial de operaciones no podía saber que los dos que estaban tumbados en el suelo eran traficantes de personas y que el muchacho de la pistola era uno de los que habían huido de los talibanes en Afganistán.

Al tercer hijo de la familia lo despertó la pelea fuera del taller, sacó su fusil de caza con mira de punto rojo del armario de las armas, salió a escondidas del edificio y se ocultó detrás de un palé cargado de tejas.

Cuando el helicóptero depositó en tierra al grupo especial de operaciones, el hijo disparó el arma y acertó al piloto en medio del pecho.

El resto de la tripulación pereció en el accidente, dos hombres del grupo especial de operaciones murieron durante el tiroteo que siguió y dispararon por error a dos refugiados.

No había ningún terrorista en el astillero.

La operación fue un desastre.

El padre se suicidó, el grupo especial de operaciones mató al hijo mediano, y detuvieron a la madre y a los otros dos hijos.

Gustav Larsson, el jefe de la operación, resultó gravemente herido y su estado todavía es crítico. Parisa Ratjen sobrevivirá y sus heridas no dejarán secuelas. Su hermana Amira y la anciana solicitarán asilo en Suecia.

Joona sale del baño caliente, se seca y a continuación llama a Valeria. Mientras el teléfono da señal, echa un vistazo a la calle. Un grupo de gitanos está preparando un lugar para dormir por la noche en la acera, delante de un supermercado.

—Entiendo que no piensas venir por aquí —dice cuando Valeria por fin responde.

—No, es...

Ella guarda silencio, respira hondo.

—De todas formas, yo ya he acabado mi tarea con la policía —explica él.

—¿Fue todo bien?

—No podría asegurarlo.

—Entonces no has acabado —dice ella abatida.

—No tengo una respuesta fácil para eso, Valeria.

—Comprendo, pero siento que necesito dar marcha atrás —dice ella—. Tengo una vida que funciona, mis hijos, el centro de jardinería... Y no quiero parecer aburrida, pero ya soy mayor y estoy muy tranquila así, sin necesidad de complicarme con una relación tormentosa.

Se hace un silencio en el teléfono. Joonas comprende que ella está llorando. Alguien enciende un televisor en la habitación contigua del hotel.

—Lo siento, Joonas —dice ella, y respira temblorosa—. Me he estado engañando a mí misma. Lo nuestro no hubiera podido funcionar.

—Cuando haya acabado mis estudios de jardinería todavía confío en conseguir un puesto de prácticas contigo —dice.

Ella ríe un poco, pero tiene la voz llorosa y se suena la nariz antes de responder.

—Envía una solicitud y ya veremos.

—Lo haré.

Se dan las buenas noches, guardan silencio durante un rato, vuelven a darse las buenas noches y después finalizan la conversación.

Abajo, en la calle, un grupo de jóvenes sale de un bar y comienzan a caminar en dirección a la avenida Sveavägen.

Mientras se viste, Joonas piensa en lo irreal que le resulta no estar encerrado y sale al aire fresco de la ciudad. La gente todavía sigue sentada en las terrazas de la calle Odengatan. Joonas camina hacia la Brasserie Balzac, se sienta a una mesa que da a la calle y le da tiempo de pedir un lenguado a la mantequilla antes de que cierre la cocina.

La investigación preliminar de la policía seguirá sin él.

Nada ha terminado.

Lo más seguro es que el asesino no tenga relación con ninguna organización

terrorista.

Sus motivos para matar al ministro de Asuntos Exteriores eran de otra índole.

Y algo hace que se comporte de forma extraña: a pesar de su entrenamiento militar de alto nivel, se queda delante de su víctima ensangrentada durante más de quince minutos y deja una testigo tras de sí.

Sabe dónde están las cámaras y lleva puesto un pasamontañas, pero por alguna razón lleva tiras de tela atadas alrededor de su cabeza.

Si no ha matado antes, entonces cruzó esa raya la noche del viernes. Cualquier tensión o nerviosismo previos habrán sido sustituidos por la sensación de que controla perfectamente la situación y ya no hay nada que le impida continuar.

Hay un lugar en el rincón más alejado del cementerio de Hammarby, al norte de Estocolmo, desde donde se pueden ver los campos de labranza lejanos y el lago bordeado de cañas amarillas.

Aunque la ciudad se encuentra tan cerca, aquí todo tiene el mismo aspecto que ha tenido durante mil años.

Disa reposa en la hilera interior contra el bajo muro de piedra, junto a la tumba de una niña con la huella de una mano en la lápida. Joono vivió con Disa durante muchos años tras separarse de Summa y no pasa un minuto sin que la eche de menos.

Retira las viejas flores, va a buscar agua fresca y coloca el ramo nuevo en el jarrón.

—Siento que haya pasado tanto tiempo desde que te visité por última vez — dice, y aparta unas hojas que han caído sobre la tumba—. ¿Recuerdas que te hablé de Valeria, de la que estuve enamorado cuando estaba en bachillerato...? Hemos intercambiado correspondencia durante este último año y nos hemos visto varias veces, pero ahora no sé cómo están las cosas entre nosotros.

Una niña pasa cabalgando por el sendero al otro lado del muro. Dos pájaros levantan el vuelo en un amplio arco sobre una gran roca frente a la linde del bosque.

—¿Te puedes creer que Lumi vive en París? —sonríe—. Parece sentirse a gusto, está haciendo un proyecto de cine para la escuela, sobre los refugiados de Calais...

El sendero de gravilla cruje cuando desde la iglesia se acerca caminando una figura delgada con trenzas coloridas en su cabello rubio. Se detiene junto a Joono

y se queda un rato en silencio antes de empezar.

—Acabo de hablar con el médico —dice Saga Bauer—. Gustav aún está bajo los efectos de la anestesia. Sobrevivirá, pero tendrá que someterse a varias operaciones y han tenido que amputarle un brazo.

—Lo importante es que se salvará.

—Sí —suspira Saga, y revuelve la gravilla con su zapatilla deportiva.

—¿Qué ocurre? —pregunta Joonas.

—Verner ya lo ha silenciado, todo está clasificado como secreto, nadie puede acceder, ni siquiera yo puedo mirar mis jodidos informes... Si la dirección supiera lo que tengo en mi ordenador personal perdería mi trabajo... Verner ha elevado el nivel de secretismo hasta tal grado que ni siquiera él tiene acceso a la información.

—Entonces ¿quién puede acceder a los informes? —pregunta Joonas con una sonrisa.

—Nadie —ríe ella, pero se pone seria de nuevo.

Empiezan a caminar de vuelta, y pasan junto a la piedra rúnica con el reptil serpenteante y el ángel triste de la entrada del cementerio.

—Lo único que sabemos después de la operación antiterrorista más importante de la historia de Suecia es que no hay absolutamente nada que indique que se trata de terrorismo —dice ella, y se detiene en el aparcamiento.

—¿Qué es lo que ha pasado? —pregunta Joonas.

—El asesino nombró a Ratjen... y nosotros lo relacionamos con la conversación que grabaron los servicios secretos en Hall... He leído la traducción completa. Salim Ratjen hablaba de tres grandes fiestas... y la fecha de la primera coincidía con la fecha del asesinato del ministro de Asuntos Exteriores, William Fock.

—Lo sé.

Ella se adelanta y se sube a horcajadas a su vieja moto.

—Pero las fiestas se referían en realidad a los familiares de Ratjen que tenían que llegar a Suecia. Nada indica que se haya radicalizado en la cárcel y no



hemos encontrado ninguna relación con islamistas u organizaciones terroristas.

—¿Y el jeque Ayad al-Jahiz? —pregunta Jooná.

—Sí —ríe Saga con amargura—. Tenemos una grabación en la que dice que encontrará a los líderes que apoyan los bombardeos en Siria y les destrozará el rostro a tiros.

—Al ministro de Asuntos Exteriores le dispararon dos veces en la cara — señala Jooná.

—Sí —asiente Saga—. Pero hay un pequeño problema... La dirección de los servicios secretos ya sabía antes de la operación que el jeque Ayad al-Jahiz lleva cuatro años muerto. No ha podido mantener contacto con Ratjen.

—Entonces... ¿por qué?

—Los servicios secretos acababan de recibir un aumento de su presupuesto de un cuarenta por ciento para asegurar el mismo alto nivel de protección en el futuro.

—Comprendo.

—Bienvenido a mi mundo —suspira Saga, y arranca su moto—. Sígueme al club de boxeo.

El club de boxeo Narva está casi desierto, pero la cadena del saco de arena traquetea de forma rítmica cuando un hombre de la categoría de peso pesado lo golpea fuertemente con expresión ausente. Partículas de polvo bailan con el movimiento sobre el ring. Dos jóvenes hacen abdominales en sus alfombrillas de goma debajo de las maltrechas peras de maíz.

Saga sale del vestuario enfundada en una camiseta color burdeos, pantalones negros y desgastadas botas de boxeo, se detiene delante de Jooná y le pide que la ayude a vendarse las manos.

—La tarea principal de los servicios secretos de cualquier país consiste en asustar a sus políticos —dice ella en voz baja, y le tiende un rollo de venda.

Jooná le hace un lazo sobre el dedo pulgar y le pasa la cinta elástica varias veces alrededor de la muñeca, la envuelve en diagonal sobre el dorso de la mano y alrededor de los nudillos. Ella prueba a golpear con el puño a cada vuelta.

—A los servicios secretos no les importa que no haya terroristas: en cualquier caso, la amenaza ha sido eliminada —prosigue mientras tira de la venda entre los dedos—. Y ya que los políticos no pueden reconocer un despilfarro del dinero de los contribuyentes de este nivel, se está vendiendo la operación como un éxito.

El peso pesado ahora golpea con rapidez y los dos jóvenes han empezado a saltar a la comba.

Jooná le pone los guantes, los ata y los asegura con cinta deportiva alrededor de los nudos de las muñecas.

Saga sube al ring y Jooná coge un par de *paos*, una especie de duros cojines de cuero que sujeta en ambas manos para ayudarla a practicar golpes y juego de piernas.

—Suecia se ha librado —dice Saga, e intenta golpear los *paos* de Jooná—. Pero no es gracias a nosotros... la gente se asustaría de verdad si supiera lo poco que saben los servicios secretos.

Jooná comienza a dar vueltas, cambia la altura y la posición de los *paos*, mientras Saga lo sigue y lanza una serie compleja de ganchos y *uppercuts*.

Él contraataca con uno de los cojines de boxeo, pero ella se aparta y propina una nueva serie de golpes que resuenan en el local.

Saga baja los hombros, balancea la cabeza a un lado y golpea varias veces con la mano izquierda.

—Janus y yo continuaremos con la investigación para asegurarnos de que nada conduce al ministro de Asuntos Exteriores —dice jadeando.

Jooná inclina los *paos* para que Saga pueda practicar los golpes directos, blande el derecho y la golpea en la mejilla, retrocede y deja que ella lo siga con dos fuertes ganchos de derecha.

—Baja un poco la barbilla —le dice.

—Soy demasiado orgullosa para hacer eso —sonríe ella.

—Pero ¿qué pasa si encontráis al asesino? —pregunta Jooná, y la sigue hacia la esquina azul del ring.

Saga lanza cuatro rapidísimos golpes contra ambos *paos*.

—Mi tarea principal es asegurarme de que no confiesa el asesinato —dice ella—. Que no se le pueda relacionar con todo esto de ninguna manera, ni procesar ni...

—Es extremadamente peligroso —le interrumpe Jooná—. Y no sabemos si volverá a matar, no tenemos ni idea de cuáles son sus motivos.

—Esa es la razón de que esté hablando contigo.

El peso pesado ha dejado de golpear, está abrazando el saco de arena y mira con aire soñador a Saga. Los jóvenes se han acercado al ring y la graban con sus teléfonos móviles.

—Tienes que bajar la barbilla.

—No —se ríe ella.

Se escapa de la esquina del ring, golpea fuerte con el puño derecho, mueve los hombros y continúa con un pesado golpe al cuerpo que hace que Joona tenga que dar unos pasos hacia atrás.

—Si yo fuera policía probaría otro camino —dice él.

—¿Cuál? —pregunta Saga, y se limpia el sudor de la cara con el antebrazo.

—El otro Ratjen.

—Hagamos una pausa —dice ella, y extiende ambas manos.

—Salim Ratjen tiene un hermano en Suecia —dice Joona, y desenrolla la cinta.

—Lo hemos tenido muy vigilado después del asesinato del ministro de Asuntos Exteriores.

—¿Qué habéis averiguado? —pregunta Joona, y le desata los nudos.

—Vive en Skövde, es profesor de secundaria y no mantiene ninguna relación con Salim —dice Saga, y abandona el ring.

Se sacude los guantes tirándolos al suelo mientras se dirige hacia el vestuario. Cuando regresa tiene una toalla alrededor del cuello y las manos están libres de vendas.

Entran en la pequeña oficina y Saga coloca su portátil verde militar sobre la mesa. En las paredes hay unas vitrinas con medallas y copas, recortes amarillentos de periódicos y fotografías enmarcadas.

—No sé qué pasaría si Verner se entera de que tengo todo esto guardado —murmura Saga, mientras clica en el ordenador—. Absalon Ratjen vive en la calle Länsmansgatan, 38A, es profesor de matemáticas y ciencias naturales en la Helenaskolan...

Se aparta un mechón de cabello que se le ha pegado a la cara y sigue leyendo.

—Está casado con Kerstin Rönell, que es profesora de educación física en la misma escuela... y tienen dos hijos en primaria.

Se pone de pie y baja los estores de la puerta de la oficina.

—Tenemos pinchados su teléfono y el de su mujer —le dice a Joona—. Estamos comprobando su actividad en la red, hemos revisado sus correos

electrónicos tanto privados como los de la escuela... La única que navega un poco por páginas porno es su esposa.

—¿Y él no tiene absolutamente ningún vínculo con el ministro de Asuntos Exteriores?

—No.

—¿Con quién ha estado en contacto durante las últimas semanas?

Saga se seca la frente y continúa clicando.

—Nada fuera de lo habitual... Habló de una reunión con un mecánico de coches que nunca tuvo lugar.

—Investígalo.

—También tenemos un extraño correo electrónico desde un ordenador sin dirección IP.

—¿Cómo de extraño?

Saga gira el ordenador hacia Jooná y abre una carta negra con el texto en blanco: «*I'll eat your heart on the razorback battlefield*». «Me comeré tu corazón en el estrecho campo de batalla.»

La luz de la lámpara de la mesa del escritorio tiembla sobre la pantalla manchada cuando un metro pasa por debajo de ellos.

—Parece bastante amenazador —dice ella—. Pero creemos que se trata de una jerga vinculada a una competición... Absalon Ratjen enseña matemáticas avanzadas en la escuela, y para profundizar en sus conocimientos sus alumnos participan en la First Lego League, que es una competición internacional de programación de robots hechos con piezas de Lego.

—De todos modos, tómatelo en serio —advierte Jooná.

—Janus se toma todo en serio... Está investigando a fondo este correo y una grabación telefónica que... No sabemos si se trata de una llamada de broma o una equivocación... Lo único que se oye es la respiración de Ratjen y a un niño recitando una cancioncilla.

Hace clic en el archivo de audio y al segundo siguiente se oye la suave voz de un niño a través del altavoz:

*Ten little rabbits, all dressed in white,  
Tried to go to Heaven on the end of a kite.  
Kite string got broken, down they all fell.  
Instead of going to Heaven, they went to...  
Nine little rabbits, all dressed in white,  
Tried to go to Heaven on...[1]*

La llamada se interrumpe abruptamente y se hace un silencio. Saga hace clic para cerrar el archivo de sonido y murmura que la cancioncilla podría estar relacionada con la competición mientras busca en el informe.

—Absalon es la siguiente víctima —dice Jooná, y se levanta de la silla.

—Estás equivocado —objeta ella, y sonrío sin querer—. Hemos puesto patas arriba...

—Saga, tenéis que enviar un equipo allí inmediatamente.

—Nosotros no... Llamaré a Carlos. Pero ¿me puedes decir por qué crees...?

—Llama primero —la interrumpe Jooná.

Saga coge su teléfono, marca un número y pide que la pongan con Carlos Eliasson, jefe nacional del grupo especial de operaciones y ex jefe de Jooná.

Ratjen, los conejos y el infierno, repite Jooná para sí mismo.

Piensa en la voz suave y algo desconcertada del niño y en la cancioncilla sobre los conejos que acaban en el infierno uno tras otro.

Durante el interrogatorio con Sofía, Jooná había tratado de analizar los retratos robot del asesino.

Sofía contó que le había parecido que el asesino tenía el pelo largo, que le colgaban largos mechones como tiras de un grueso tejido, quizá cuero.

Cuando intentó dibujar las tiras en el retrato robot, al principio parecían grandes plumas, como plumas remeras, y acabaron pareciendo una especie de cabello enmarañado.

Pero lo que había visto no eran plumas, pensó Jooná.

Ahora está casi seguro de que lo que vio colgando sobre la mejilla del asesino eran orejas de conejo cortadas.

Ratjen, conejos y el infierno.

El asesino nombró a Ratjen y dijo que el infierno se los tragaría: piensa matar a todos los conejos de la cancioncilla.

Saga intenta explicarle al jefe que tiene que enviar inmediatamente un equipo a casa del hermano de Salim Ratjen en Skövde.

—Pero tengo que saber por qué —objeta Carlos.

—Porque Jooná lo dice —responde Saga.

—¿Jooná Linna? —pregunta sorprendido.

—Sí.

—Pero... pero está en la cárcel.

—No, en este momento no —responde Saga sin dar más explicaciones.

—¿En este momento no? —repite Carlos.

—Envía un equipo allí inmediatamente.

Jooná le quita el teléfono a Saga y oye la voz del jefe:

—Solo porque Jooná sea el hombre más testarudo que...

—Soy testarudo porque probablemente tenga razón —lo interrumpe—. Y si tengo razón entonces no hay tiempo que perder, si es que quieres salvarle la vida.

Sobre la mesa de la cocina hay un robot construido con piezas de Lego rojas y grises. Es del tamaño de una caja-estuche de vino y se parece a un tanque antiguo con garras como pinzas.

—Dile hola a nuestro nuevo amigo —sonríe Absalon.

—Hola —dice Elsa.

—Y pronto se irá a dormir —dice Kerstin.

La mujer reparte trozos de papel de cocina como servilletas, mira el rostro satisfecho de su marido y piensa que debe de haber engordado, aunque no le ha comentado nada.

Ya les han puesto los pijamas a los niños. Las perneras de los de Peter se han quedado muy cortas y Elsa se ha puesto todas las cintas del pelo a modo de pulseras.

Absalon aparta el paquete de leche sin lactosa, un envase pringoso de kétchup y el cuenco de zanahoria y manzana ralladas.

El robot comienza a rodar entre zumbidos sobre el floreado mantel de hule. Las pequeñas ruedas delanteras de goma chocan contra la cacerola de macarrones, lo cual activa la siguiente función. Peter se ríe cuando la parte móvil superior del robot se desliza hacia delante sobre dos raíles. Con un chirrido plástico, el cucharón de madera sujeto al brazo mecánico se hunde en los macarrones y gira hacia arriba con demasiada brusquedad.

Los niños ríen cuando los macarrones salen volando por encima de la mesa.

—Esperad —dice Absalon, se inclina hacia delante y ajusta media vuelta el muelle del brazo de agarre, y después dirige el mando de nuevo hacia el robot.

El robot coge más macarrones con suaves movimientos, gira y rueda hacia el



plato de Elsa. Los ojos de la niña brillan cuando deposita la comida en su plato.

—¡Qué mono! —exclama.

Las sirenas de los vehículos de emergencias se oyen en la distancia.

—¿No tiene nombre? —pregunta Kerstin con una sonrisa torcida.

—¡Boris! —grita Peter.

Elsa aplaude y repite el nombre varias veces.

Absalon dirige el robot hacia el plato de su hijo, pero choca con el tarro de cebollas asadas y no puede impedir que vacíe el cucharón en el vaso de leche. Peter se ríe y se tapa la cara con las manos.

—Boris, eres realmente bueno —asegura Elsa.

—Pero ahora tiene que irse a dormir —repite Kerstin de nuevo, y busca la mirada de su marido.

—¿Puede coger también un trozo de salchicha? —pregunta Peter.

—Vamos a ver.

Absalon se pasa la mano por el cabello rizado, cambia el cucharón por un tenedor y acciona el mando a distancia. El robot se mueve demasiado rápido hacia la sartén, Absalon no consigue detenerlo a tiempo y cae hacia delante al topar con el borde de hierro.

—¡Mamá! ¿Podemos quedárnoslo? —gritan los niños.

—¿Podemos? —pregunta Absalon con una sonrisa.

—¿Mamá?

—Se puede quedar si nos deshacemos de ese del cuarto de baño —responde Kerstin.

—James, no —dice Elsa sorprendida.

James es un robot amarillo que trae el papel higiénico. A Kerstin le resulta desagradable, y cree que tiene demasiado interés por las actividades de la gente en el cuarto de baño.

—Se lo podemos dejar prestado al abuelo —dice ella, le quita el tenedor a Boris y comienza a servir salchichas a los niños.

—¿Viene este fin de semana? —pregunta Absalon.

—¿Podremos aguantarlo?

—Puedo preparar una buena...

De pronto la puerta de la cocina se cierra de golpe por la corriente y el calendario con fotos de los niños se cae al suelo.

—Es la ventana del dormitorio —dice ella, y se pone en pie.

La puerta se le resiste como si alguien la sujetara por el otro lado, y cuando cede se oye una ráfaga de aire zumbando al pasar. Kerstin sale al recibidor, cierra la puerta de la cocina con demasiada fuerza tras de sí, pasa junto a la escalera y entra en el dormitorio.

Las cortinas se agitan y las anillas se deslizan a lo largo de la barra de madera.

No es la ventana, es la puerta de la terraza la que está abierta. Los estores se balancean susurrantes con el viento.

Hace frío en la habitación y su camisón se ha caído al suelo. Cuando Absalon hace la cama suele acabar poniendo el camisón doblado en su lado de la cama.

Kerstin camina por el suelo fresco y cierra la puerta de la terraza, acciona la manija y oye el clic del cierre.

Coloca el camisón en la cama, enciende la lámpara de la mesilla de noche y ve que la moqueta está sucia. El viento ha arrastrado al interior tierra y hierba del jardín. Decide que pasará la aspiradora después de cenar y sale para volver a la cocina.

Un oscuro presentimiento hace que se detenga en el recibidor.

No se oye nada detrás de la puerta de la cocina.

Mira el montón de chaquetas y bolsos colgados del mismo gancho.

Continúa con cuidado hacia la cocina, ve luz a través del ojo de la cerradura y, de repente, oye la voz desconocida de un niño.

—*Seven little rabbits, all dressed in white, tried to go to Heaven on the end of a kite. Kite string got broken, down they all fell. Instead of going to Heaven, they went to...*

Pensando que Absalon ha aprovechado para probar un nuevo robot mientras ella no estaba, abre la puerta, entra en la cocina y se detiene en seco.

Hay un hombre enmascarado de pie junto a la mesa. Viste pantalones vaqueros, un plumífero negro y lleva en la mano un cuchillo con la hoja serrada.

Del teléfono móvil que hay sobre la mesa sale la delicada voz de un niño.

—*Six little rabbits, all dressed in white, tried to go to Heaven...*

Absalon se pone de pie y los macarrones caen de su regazo al suelo. Elsa y Peter miran aterrorizados al hombre que ha entrado en su cocina.

—No sé qué quieres, pero estás asustando a los niños, ¿lo entiendes? —dice Absalon con voz temblorosa.

De una de las mejillas del hombre cuelgan cinco largas orejas de conejo. Brillan con un color rojo oscuro por donde las cortaron antes de ensartarlas en una cinta de cuero y atarla alrededor del pasamontañas.

El corazón de Kerstin late con tal fuerza que le cuesta respirar. Coge con manos temblorosas su bolso de la encimera y se lo tiende al desconocido.

—Quizá haya un poco de dinero ahí —dice con una voz que apenas la acompaña.

El hombre coge el bolso y lo deja sobre la mesa, después levanta el cuchillo y señala el rostro de Absalon con la punta.

Kerstin ve cómo su marido intenta apartar el cuchillo con un débil movimiento de la mano.

—Para de hacer eso —dice.

La mano que sostiene el cuchillo vuelve a su sitio, entonces sale disparada con fuerza y se detiene. Absalon respira tembloroso y baja la mirada. La hoja del cuchillo ha desaparecido en el interior de su estómago.

Una mancha de sangre se extiende por la camisa.

Cuando el extraño saca la hoja del cuchillo, un chorro de sangre salpica el suelo entre los pies de Absalon.

—Papá —dice Elsa con voz asustada, y deja la cuchara sobre la mesa.

Absalon está completamente quieto mientras la sangre empapa la parte inferior de su camisa, baja por dentro de sus pantalones, por las piernas, y se derrama sobre sus pies.

—Llama a una ambulancia, Kerstin —dice aturdido, y da un paso atrás.

El hombre lo observa y alza lentamente la mano con el cuchillo.

Elsa se acerca corriendo a Absalon y se abraza a sus piernas. El hombre se tambalea.

—Papá —llora ella—. Papá, por favor...

La niña coge la servilleta de él de la mesa y se la pone en el estómago.

—¡Eres tonto! —le grita al hombre enmascarado—. ¡Es mi padre!

Kerstin, como en un sueño, se acerca y aparta a Elsa de su marido, la coge en brazos, siente cómo tiembla su pequeño cuerpo y la abraza con fuerza.

Peter se arrastra debajo de la mesa con las manos alrededor de la cabeza.

El hombre mira a Absalon con interés, se acaricia las orejas de conejo de la mejilla, inclina despacio el cuchillo en el aire y se lo clava en el costado.

La explosión de dolor hace que Absalon aülle.

El hombre suelta el cuchillo, que queda clavado entre las costillas inferiores.

Absalon cae a un lado, pero la mesa detiene su caída, y pasa las manos ensangrentadas sobre el tablero derribando un vaso de leche.

El hombre enmascarado saca un machete de una trabilla de dentro de su chaqueta y se acerca de nuevo a Absalon.

—¡Para! —exclama Kerstin.

Absalon se deja caer sobre una silla, alza una mano tratando de defenderse y agita la cabeza.

—¡Para, por favor! —llora Kerstin.

La lámpara del techo se balancea levemente por encima de la mesa. El resplandor de sus dos bombillas se desliza por el mantel de hule. La leche gotea resonando en el suelo.

—¿Qué he hecho? —jadea Absalon.

Está sudando y respira con dificultad, y pronto sufrirá un choque hipovolémico. El hombre enmascarado sigue mirándolo.

—Tienes que haberte equivocado de casa —dice Kerstin con voz temblorosa.

Elsa se retuerce entre sus brazos, quiere ver qué pasa e intenta deshacerse del

abrazo de su madre.

Un hilo de sangre empieza a chorrear de la silla.

El segundero del reloj de pared avanza lentamente.

Se oye jugar a unos niños fuera y suena el timbre de una bicicleta.

—Solo somos gente normal, no tenemos dinero —continúa ella en voz baja.

Peter está sentado debajo de la mesa y mira fijamente a su padre.

Absalon intenta decir algo, pero una convulsión llena su boca de sangre. Traga y tose y vuelve a tragar.

Llega el coche del vecino y aparca en la plaza junto al suyo. Se abren y se cierran las puertas del vehículo. Se sacan unas bolsas de comida del maletero.

La camisa de Absalon presenta un rojo oscuro, casi negro. La sangre resbala por la silla en un flujo continuo, el charco ha llegado hasta Peter.

—Papá, papá, papá —gimotea el niño.

El hombre enmascarado mira el reloj y sujeta a Absalon del pelo.

—¿Puedo llevarme a los niños? —pregunta Kerstin, secándose las lágrimas de las mejillas.

Elsa solloza y la visión de Kerstin se vuelve como distorsionada. Nota un fuerte zumbido en la cabeza cuando ve que los labios de su marido palidecen.

Está sufriendo mucho dolor.

El extraño se agacha y le susurra algo a Absalon. Las orejas de conejo se balancean sobre su mejilla. Se endereza de nuevo y Absalon lo mira a los ojos y asiente.

Sin prisa, inclina la cabeza de Absalon a un lado y levanta el machete.

La lámpara de encima de la mesa comienza a girar en sentido contrario.

Peter niega con la cabeza. Kerstin desea gritarle que cierre los ojos, pero de sus labios no sale palabra alguna.

El hombre clava el machete con gran fuerza entre las vértebras cervicales de Absalon.

La sangre salpica las placas de la cocina y la puerta del horno.

El cuerpo sin vida se desploma sobre el suelo, las piernas continúan dando

sacudidas, los talones golpean la alfombra de plástico.

Peter mira boquiabierto a su padre.

La cabeza de Absalon cuelga del cuerpo y una sangre clara sale en grandes chorros de la garganta.

El tirador del horno gotea.

El hombre se agacha, le saca el cuchillo a Absalon del estómago y sacude la sangre de la hoja antes de abandonar la cocina.

Mientras Saga se ducha en el club de boxeo, Jooná llama a Carlos, su antiguo jefe, para asegurarse de que la policía ha ido a casa de Ratjen. Realiza cinco intentos antes de darse por vencido y dejar un mensaje de voz informando de que ahora mismo está fuera de prisión y quiere interrogar a Absalon Ratjen tan pronto como sea posible.

—Tal vez podamos detener al asesino antes de que muera más gente —finaliza.

Jooná y Saga abandonan el club de boxeo y se dirigen juntos al aparcamiento, frente a la escuela de música, al otro lado de la calle.

—Verner prometió encargarse personalmente de tu puesta en libertad —dice Saga.

—Si no recibo una notificación tendré que presentarme en la cárcel dentro de tres horas.

Cruzan la calle y la verja negra, y están andando junto a los coches cuando Saga se detiene de repente.

—Mi teléfono acaba de apagarse —dice, y se lo muestra—. Mira, está bloqueado. Tengo que ir a la oficina y enterarme de qué ha pasado.

Caminan siguiendo la pared de ladrillo rojo hasta el Volvo de Jooná y entonces ven acercarse a dos hombres de expresión seria vestidos con trajes negros y pinganillos.

—Aléjate del coche, Bauer —grita el más joven de los agentes.

Saga saca primero su ordenador portátil de la bolsa de deportes y luego hace lo que le dice.

—¿Esto es cosa de Verner? —pregunta ella.

—Danos el ordenador —dice el agente de más edad, con el cabello corto y canoso.

—¿Este? —pregunta Saga, y no puede contener una carcajada.

—Sí —responde el hombre, y alarga una mano.

Saga lanza el ordenador por encima del coche, y este gira en el aire antes de que Jooná lo atrape sin inmutarse.

Los dos agentes dan media vuelta y se dirigen hacia él. Se oye una música rítmica de violín a través de una ventana abierta en la escuela. Jooná está parado con el ordenador en la mano. Una hoja se desprende de un gran roble y revolotea hacia ellos. Los hombres rodean el coche y se acercan con expresión autoritaria.

—El ordenador está confiscado según la ley...

Justo antes de que lleguen a él, Jooná vuelve a lanzar el ordenador por encima del coche. El aparato centellea sobre la pintura negra del techo. Saga lo atrapa con una mano y se aparta a un lado.

—Qué infantiles sois —dice el mayor de los agentes, tratando de contener la sonrisa.

Vuelven a dar media vuelta y se dirigen hacia Saga. El más joven se estira los puños de la camisa.

—Sabes muy bien que tienes que darnos el ordenador —dice con paciencia.

—No —responde Saga.

Antes de que lleguen a ella, deja caer el delgado ordenador a través de la rejilla de una alcantarilla. Y oyen el chapoteo cuando cae al agua. Los agentes se detienen y la observan.

—Eso ha sido una estupidez —dice el hombre más mayor con la frente arrugada.

—Tienes que venir con nosotros, Bauer —dice el otro.

—Deberíais haberos visto la cara —sonríe ella, y sigue a los agentes a lo largo de la fachada de ladrillo rojo.

Ella es mucho más baja y la chaqueta de cuero hace brillar su cabello mojado.

—¿Puedo hacer algo por ti? —grita Jooná a su espalda.



—Tienes que llamar a Verner —responde ella, volviéndose a mirarle—. Prometió que no tendrías que regresar a la cárcel.

Cuando Saga se ha sentado en el coche de los agentes y han desaparecido, Joono coge el teléfono, trata de localizar a Carlos una vez más y después llama a la central de comunicación de los servicios secretos.

—Policía secreta.

—Quiero hablar con Verner Sandén —dice Joono.

—Ahora mismo está en una reunión.

—Tiene que responder a esta llamada.

—¿De parte de quién? —pregunta la mujer.

—De Joono Linna. Él sabe quién soy.

Se oye sonido de estática y luego Joono escucha una voz grabada que le invita a seguir a los servicios secretos en Twitter y Facebook. La voz se corta de golpe cuando regresa la mujer.

—Dice que no te conoce —explica ella con reserva.

—Dile que...

—Está en una reunión y ahora no puede recibir llamadas —lo interrumpe ella, y cuelga antes de que Joono tenga tiempo de decir nada más.

Aunque Joono sabe que no servirá de nada, llama a las oficinas gubernamentales y dice que el primer ministro espera una llamada suya. El secretario le pide a Joono con voz amable que envíe un correo electrónico al departamento de gobierno.

—Encontrarás la dirección en nuestra página web —dice, y cuelga.

Joono se sienta en el coche y llama a Janus Mickelsen, pero antes de que dé señal una voz automática le explica que no hay ningún abonado con ese número. Lo intenta con los otros contactos programados en el teléfono que le han prestado, pero ninguno de los números sigue estando operativo.

Mira el reloj.

Si empieza a conducir ahora podrá llegar a tiempo a Kumla. No tiene alternativa, no se puede arriesgar a que le apliquen una condena de prisión más

larga.

Arranca y da marcha atrás, se detiene y deja pasar a una mujer con un perro guía por la acera antes de doblar a la derecha en dirección a Norrtull.

En las noticias informan de que los servicios secretos suecos han evitado un grave atentado contra el país. Como de costumbre, no se comentan los detalles de la operación o si los supuestos terroristas han sido detenidos. El jefe de prensa de los servicios secretos describe una exhaustiva investigación estratégica y una operación exitosa.

Joona cruza la gran superficie asfaltada y oye la puerta de la verja automática cerrarse tras él.

Continúa por la sombra del muro amarillo sucio de la institución penitenciaria, se detiene diez metros antes de llegar al centro de guardia y realiza un último intento de localizar a Carlos. Una voz grabada le informa de que el jefe de policía se encuentra ocupado y no estará disponible el resto del día.

Al registrarse, es como si el mismo tiempo se resistiera. Sus manos se mueven con lentitud mientras deposita el reloj de pulsera, la cartera, las llaves del coche y el teléfono en la caja azul.

Un funcionario con los dedos manchados de nicotina cuenta su dinero y le entrega un recibo con el importe.

Joona se desviste y pasa desnudo a través del arco de seguridad. Enormes hematomas confluyen sobre sus costillas como nubes de lluvia y la herida del hachazo se ha hinchado de tal forma que los puntos de sutura sobresalen.

—Ya veo que te lo has pasado bien durante el permiso —dice el guardia.

Joona se sienta en el banco de madera desgastada y se enfunda la anodina ropa de la institución y las zapatillas de deporte.

—Aquí pone que tienes que ir a la zona de aislamiento —observa el funcionario de prisiones.

—¿Por qué? Yo no he solicitado ningún aislamiento —dice Joona, y coge el saco gris con sábanas y artículos de higiene.

Otro funcionario de rostro afilado acompaña a Joona hasta su nueva sección. Abajo, en el cruce del túnel, doblan a la derecha, esperan hasta que gira la cerradura y entran en el pasillo que conduce a la zona de aislamiento.

El pasaje subterráneo vacío huele a hormigón húmedo y lo único que rompe el silencio es la radio del guardia.

Joona se dice a sí mismo que tiene que dejar de pensar en el asesino. Sabe que, a partir de este momento, lo aislarán del mundo exterior.

Él no está involucrado en la investigación.

Ya no es policía.

Arriba, lo inscriben en la sección de aislamiento, le leen el reglamento y después lo acompañan por un pasillo silencioso hasta su nueva celda, el pequeño espacio donde pasará todas las horas del día sin mantener contacto con otros internos.

Cuando la puerta de la celda de aislamiento se cierra con un golpe tras él, se acerca a la ventana con gruesos barrotes y mira fijamente el muro amarillento.

—*Olen väsynyt tähän hotelliin* —dice Joona para sí mismo. «Estoy harto de este hotel.»

Deja la bolsa con sus bártulos sobre la cama y piensa que el asesino llevaba orejas de conejo cortadas que había atado alrededor de su cabeza como si fueran una especie de trofeo o símbolo fetichista.

Tal vez la caza y la matanza de conejos fueran una preparación ritual para los asesinatos.

Mató a William Fock y planeaba matar a Absalon Ratjen, piensa Joona, mientras recoge dos granos de arena del suelo y los coloca en el estrecho alféizar de la ventana.

Dos víctimas.

Se inclina y los mira de cerca: uno de los granos de arena tiene una punta afilada de cuarzo amarillo pálido y el otro tiene la superficie brillante, como una pequeña escama de pescado.

Joona piensa en la voz infantil y en la cancioncilla sobre los conejos que, uno tras otro, acaban en el infierno.

—Diez conejitos —dice para sí mismo.

Joona mira debajo de la cama, recoge ocho nuevos granos de arena y los

coloca junto a los otros en el alféizar.

El asesino va a la caza de diez conejos, piensa matarlos a todos.

El tiempo no parece existir en la celda de aislamiento, no alcanza a la estrecha cama, el lavabo, el retrete, la estantería, la mesita de escribir y la puerta cerrada.

Aquel que está encarcelado muere de una forma completamente imperceptible.

Joona permanece inmóvil y observa cómo la luz cambia sobre la hilera de piedrecitas, las sombras se tornan más alargadas, giran como manecillas.

Cada grano de arena es un reloj de sol.

Los servicios secretos creían que perseguían a un terrorista.

Un terrorista hubiera sido más fácil que un soldado de élite que ha perdido la razón, piensa.

Un asesino itinerante.

No tenía sentido que un terrorista entrenado dejara un testigo, pero para un asesino itinerante es importante no matar a la persona errónea.

Puede tener una motivación religiosa o política, igual que un terrorista. La gran diferencia es que solo se obedece a sí mismo.

Esa es la razón de que sea tan difícil anticiparse a sus movimientos.

Joona se pasa la mano por el cabello revuelto.

El borde de acero cromado de la mirilla de la puerta está cubierto de huellas dactilares. El interruptor de la luz está negro de suciedad y hay descoloridas bolsitas de *snus* pegadas al techo.

En realidad, no tiene importancia si la policía busca a un asesino en serie, un asesino múltiple o un asesino itinerante. Lo importante es cómo sus motivaciones para matar se concretan en una determinada forma de actuar.

Ciertos antecedentes empujan a una persona en una dirección y eso predetermina un cierto *modus operandi*.

El concepto de asesino itinerante es objeto de intensos debates y el FBI lo ha definido como «persona que comete dos o más asesinatos sin dejar un periodo de espera entre uno y otro».

Pero al margen de las definiciones, hay unos patrones más amplios y complejos.

Ningún asesino encajará del todo en una definición, pero algunas piezas del rompecabezas pueden resultar más fáciles de encajar si se tienen los datos adecuados.

Un asesino múltiple actúa en un único sitio, mientras que uno itinerante cambia de lugar.

Un asesino en serie suele dar un carácter sexual a sus asesinatos, mientras que uno itinerante los racionaliza.

No hay pausas atribuibles a motivos emocionales, y el intervalo entre asesinatos nunca es mayor de siete días.

Joona observa los granos de arena de la ventana.

Diez conejitos.

La policía se enfrenta a un asesino que lleva en su interior la clase de rabia que en determinadas circunstancias le hace estallar y empezar a asesinar a aquellos a los que considera responsables.

O bien elige a las víctimas exactas o se dirige a un grupo específico y mata a tantas personas como pueda dentro de ese grupo.

Lo que la policía en un primer momento considera azar suele resultar ser justamente lo contrario.

Joona mira los granos de arena en el alféizar y después da una vuelta impaciente, camina hasta la puerta y de vuelta a la ventana, ocho pasos en total.

Si este criminal está eligiendo a sus víctimas, si entra en la categoría del asesino itinerante, entonces hay algo que no encaja, piensa Joona.

No hay lógica en lo que ha ocurrido.

Sin duda se enfrentan a un asesino inteligente: corta el vidrio de la puerta de cristal del ministro de Asuntos Exteriores con una sierra de diamante para evitar la alarma, sabe dónde se encuentran las cámaras de videovigilancia y no deja huellas tras de sí.

Y la cuenta atrás de la cancioncilla de los conejos parece indicar que ya ha

decidido quiénes van a morir.

Ha planeado diez asesinatos, y comienza por el ministro de Asuntos Exteriores.

¿Por qué?

Es aquí donde algo falla.

Algo no concuerda.

El asesino tenía que saber que haciendo eso la policía utilizaría todos los recursos a su alcance para cazarlo. Tenía que saber que su plan resultaría mucho más difícil de llevar a cabo con un comienzo así.

El asesino itinerante empezó por el ministro de Asuntos Exteriores, piensa Joonas. Y el siguiente es un maestro en Skövde.

El ministro de Asuntos Exteriores y el profesor, piensa.

Joonas toca con cuidado los dos primeros granos de arena, a continuación posa el dedo encima del tercero y entonces, de repente, descubre la respuesta al enigma.

—El funeral —susurra, y se acerca a la puerta y la golpea.

Esa es la razón de que matara primero al ministro. El funeral es una trampa. Una de las víctimas de la lista del asesino es un objetivo mucho más difícil que William Fock.

El asesino sabe que es necesario un funeral de este nivel para atraer a su próxima víctima.

—¡Eeeeh! ¡Venid! —grita Joonas, y golpea la puerta de acero—. ¡Hola!

La mirilla de la puerta se oscurece y Joonas se pone a un lado. Se abre la ventanilla rectangular y ve el rostro barbudo del guardia a través del grueso cristal.

—¿Qué pasa? —pregunta el funcionario de prisiones.

—Tengo que hacer una llamada —dice Joonas.

—Esta es la sección de aislamiento y eso significa que...

—Lo sé —lo interrumpe Joonas—. Pero no quiero estar aquí, quiero regresar a la sección D, no he solicitado aislamiento.

—No, pero la dirección de la prisión cree que necesitas protección.

—¿Protección? ¿Qué ha ocurrido?

—No es asunto mío —dice el hombre bajando la voz—. Pero Marko está muerto... Lo siento, sé que era amigo tuyo.

—¿Cómo puede ser que...?

Joona guarda silencio y piensa que Marko quiso cargar con la culpa de la pelea en el patio para que Joona no perdiera su permiso. La última vez que Joona vio a su amigo finlandés fue cuando los guardias lo golpearon hasta dejarlo inconsciente y lo esposaron.

—¿La Hermandad? —pregunta Joona.

—Se está investigando.

Joona da un paso adelante, pero se detiene y alza las manos cuando ve el miedo reflejado en el rostro del guardia.

—Escúchame, es muy importante que ahora pueda hacer una llamada —dice Joona recomponiéndose.

—El aislamiento se revisa cada diez días.

—Tú sabes que tengo derecho a llamar a mi abogado en...

El funcionario de prisiones cierra la ventanilla y corre el cerrojo. Joona se acerca a la puerta y golpea la mirilla con la palma de la mano justo cuando se oscurece. Oye un golpe al otro lado y comprende que el hombre de la barba ha retrocedido y ha chocado contra la pared.

—Morirá más gente —grita Joona, y aporrea la puerta—. ¡No puedes hacer esto! ¡Tengo que hacer una llamada!

Joona toma impulso, da un salto y golpea la puerta de forma que las paredes retumban. Vuelve a golpear y ve una fina capa de arena de hormigón caer al suelo desde las bisagras.

Coge con ambas manos el respaldo de la silla y golpea con todas sus fuerzas la ventana. Una de las patas se rompe contra los barrotes y produce un ruido metálico al rodar bajo la mesa. Golpea de nuevo, deja que la silla caiga al suelo y se sienta en la cama con las manos cubriéndole el rostro.



La luz del atardecer entra en diagonal a través de la ventana de la galería y se posa fluctuando sobre el suelo de la cocina.

Las finas tiras de patata empiezan a vibrar con un chisporroteo cuando Rex introduce la cesta de freír en el aceite de oliva hirviendo.

DJ está de pie junto a la isla de la cocina y pica eneldo sobre una gran tabla de cortar.

—Soy sospechoso —dice Rex, mientras observa cómo las patatas fritas adquieren un color cada vez más dorado.

—Si lo fueras estarías atado a un banco con una toalla húmeda sobre la cara —bromea DJ.

—De verdad —dice Rex—. ¿Por qué iban a presentarse aquí los servicios secretos si no me hubieran reconocido en las grabaciones?

—Porque eras amigo del ministro.

—Creo que lo han asesinado.

—Entonces puedo proporcionarte una coartada —sonríe DJ, y echa el eneldo en el adobo de cangrejos de mar.

—Sin embargo... será un escándalo.

—No lo será —dice DJ—. Aun cuando se hicieran públicas las imágenes... No tienes ni idea de la respuesta que hemos recibido tras tu aparición televisiva. Todos adoran tu humor enfermizo.

—Soy tan malo mintiendo... —murmura Rex, y saca las patatas del aceite.

—Mañana vamos al funeral y listos —dice DJ, y lava el ancho cuchillo.

—Sí —suspira Rex, y ve que a DJ se le ha quedado un montón de eneldo pegado a la barba.

—Tenemos la situación bajo control, todo está bien, lo único que me preocupa es mi maldita pelea —dice DJ.

—Lo sé.

—Rex, siento mucho haber venido aquí, me dejé llevar por el pánico.

—No te preocupes.

—Pero si el hombre estuviera muerto, ¿no tendría que haber aparecido en alguna parte?

—No es seguro que...

—He visto todas las noticias, todas.

—¿Qué quería de ti?

—No tengo ganas de hablar de ello —responde DJ, y niega con la cabeza.

—¿Qué?

—No, nada —susurra, y se da media vuelta.

—Tienes que hablar conmigo —dice Rex a la espalda de DJ.

—Lo haré —responde él, y está respirando hondo para recomponerse cuando Sammy entra en la cocina con el torso desnudo.

—¿DJ? —insiste Rex.

—Ya hablaremos más tarde —dice en voz baja.

—¿Qué andáis cuchicheando? —pregunta Sammy sonriendo.

—Tenemos muchos secretos —responde Rex, y le guiña un ojo.

Sammy se acerca a la puerta del balcón, la entreabre y saca un cigarrillo.

—¿Piensas ir a la fiesta en Nykvarn?

—Sí —asiente Sammy, y enciende con su mechero una llama transparente.

—Tendrás que estar de vuelta para el funeral.

Sammy da una profunda calada y la brasa crepita, y después expulsa el humo a través de la rendija de la puerta antes de mirar a Rex.

—Preferiría regresar a casa esta noche, pero no hay autobuses después de las nueve —dice.

—Toma un taxi —propone Rex—. Yo pago.

Sammy da otra profunda calada y se rasca la mejilla con el pulgar.

—No es fácil conseguir que un taxi vaya hasta allí en mitad de la noche... no es precisamente el Café Opera.

—¿Quieres que vaya a buscarte?

—¿Cómo?

—No olvides que esta tarde tienes la entrega de premios —dice DJ, y empieza a poner la mesa.

—¿Tú no ibas a quedarte a dormir en casa de Lyra?

—Sí —responde DJ.

—¿Me puedes prestar el coche?

—Por supuesto —dice DJ mientras pone los cubiertos.

—Entonces iré a buscarte a Nykvarn, Sammy.

—¿Seguro? —pregunta el chico con una sonrisa, y apaga el pitillo en la barandilla del balcón.

—Dame una dirección y una hora, que no sea demasiado tarde, soy casi un anciano...

—¿La una es demasiado tarde? Podríamos quedar antes, podemos...

—La una está bien —responde Rex—. Para entonces habré tenido tiempo de recoger el premio y tirarlo a la basura.

—Gracias, papá.

—¿Puedo hablar un momento contigo? —dice DJ, y se lleva a Rex a la galería.

—¿Qué pasa?

El rostro de DJ se ha vuelto inexpresivo y sus movimientos son comedidos.

—No es una buena idea que te deje el coche. Estuve sentado en él con la ropa manchada de sangre y yo...

—Pero lo has limpiado —lo interrumpe Rex.

—Por supuesto... probablemente sea el coche más limpio de toda Suecia... Pero ya has visto a los del CSI cuando llegan con sus lámparas especiales y encuentran montones de ADN.

—No creo que la policía sueca se ponga en contacto con el CSI —ríe Rex.

—Pero imagínate que el tipo haya muerto —susurra DJ—. No se me va de la cabeza, no entiendo cómo pudo ocurrir.

De repente Sammy aparece en la puerta y los observa.

—Otra vez cuchicheando —dice con seriedad.

Una alfombra roja bordeada de antorchas encendidas conduce hasta la entrada acristalada del Café Opera. A Rex lo recibe una mujer con una trenza rubia que lo conduce hacia un photocall publicitario del patrocinador principal.

El evento de la tarde es la entrega de un premio que Rex considera que debería haber recibido hace mucho tiempo. Tanto que hasta ha empezado a asegurar que ya no lo quiere, que no aceptaría el premio aunque lo hornearan dentro de un pastel de fresa.

Cuando rechazó la invitación para asistir a este evento, recibió una llamada de la encargada de la organización, que le dijo que un pajarillo le había susurrado el nombre del ganador del premio.

En el interior, el revuelo de personas entre las mesas de bufet y las barras de champán hace que el ruido sea ensordecedor.

Rex se disculpa y se abre camino hasta una de las barras, pide una botella de agua mineral y en ese momento la música baja de volumen y cambian las luces.

Una alta mujer de la revista *Restaurangvärlden* sube al escenario y se pone bajo los focos.

Aunque Rex sabe que le van a dar el premio, el corazón le late con fuerza y no puede evitar pasarse la mano por el pelo.

Cuando la mujer se lleva el micrófono a la boca, un silencio se extiende por el local y llega casi hasta el vestíbulo antes de que empiece a hablar.

—Por vigesimocuarta ocasión vamos a elegir al nuevo Chef de Chefs — anuncia, y su respiración resuena en el sistema de sonido—. Ciento diecinueve de los mejores chefs de Suecia han votado al ganador...

Mientras habla, Rex piensa en un cumpleaños en el que Sammy se escondió

debajo de la mesa de la cocina y se negó a salir y abrir sus paquetes. Veronica le contó después que Sammy se puso tan nervioso al enterarse de que su padre iba a estar allí que fue demasiado para él.

El público se ríe con cortesía de un chiste que hace la mujer en el escenario.

Mathias Dahlgren, varias veces ganador, está sentado en un sillón con los ojos cerrados y el rostro tenso en una de las mesas principales.

Rex siente que le tiemblan las manos cuando bebe el último sorbo de agua mineral y posa el vaso sobre la barra.

Suena un crujido cuando la mujer del escenario rompe el lacre. Unos fragmentos rojos caen al suelo, desdobra el folio, lo levanta hacia la luz y alza la mirada hacia el público.

—¡Desde este momento el nuevo Chef de Chefs es... Rex Müller!

Resuenan aplausos y gritos de alegría. La gente se da la vuelta para buscar a Rex con la mirada. Él se dirige al escenario, se detiene y estrecha apresurado la mano de Mathias, tropieza con la escalera, pero sube al escenario.

La mujer alta de *Restaurangvärlden* lo abraza con fuerza y le tiende el micrófono y un diploma enmarcado.

Rex se tira de la camiseta que lleva debajo de la chaqueta para que no se le marque mucho la barriga. Los flashes de las cámaras refulgen en la oscuridad como enjambres de medusas.

—¿Se me oye? Bueno, qué bien... Esto es una gran sorpresa —dice Rex—. Porque en realidad yo casi no sé nada de comida, solo me arriesgo, al menos eso es lo que dijo mi profesor en la escuela de restauración de Umeå...

—¡Tenía razón! —grita su amigo del Operakällaren.

—Y cuando trabajé en Le Clos des Cimes, Régis Marcon, el jefe de cocina, vino un día corriendo y me dijo —continúa Rex con una sonrisa, y trata de imitar el acento francés—: «*Your services might be asked for at McDonald's... somewhere outside the borders of France*».[2]

El público aplaude.

—Le quiero —ríe Rex—. Pero comprenderéis que me sienta muy sorprendido con este premio... Les doy las gracias a todos mis queridos colegas y prometo que la próxima vez votaré por vosotros, y no solo por mí.

Levanta el diploma y se vuelve para dirigirse hacia la escalera, pero se detiene y alza el micrófono de nuevo en medio de los aplausos.

—Solo quiero decir que... que desearía que mi hijo Sammy estuviera hoy aquí. Porque podría haberle dicho delante de todos lo orgulloso que estoy de que sea quien es.

Se escuchan unos aplausos aislados mientras Rex le devuelve el micrófono a la mujer y abandona el escenario. La gente le abre paso y le da palmadas en la espalda.

Rex se abre camino hacia la salida, se disculpa y agradece las felicitaciones, le estrecha la mano a gente que no conoce y sigue su camino.

Fuera hace fresco y la llovizna borbotea en los charcos. Mira la hilera de limusinas, piensa que debería irse a casa, pero en vez de eso se encamina hacia Gamla stan.

En el puente Strömbron, lanza el diploma por encima de la barandilla, lo ve flotar sobre las aguas enfurecidas y por un momento teme que golpee a alguno de los cisnes antes de desaparecer entre los oscuros remolinos.

Rex no sabe cuánto rato lleva caminando bajo la lluvia por las callejuelas relucientes cuando se acerca a un bar con hileras de luces de colores. Parece un pequeño tiovivo entre las negras fachadas. Se detiene fuera, pone la mano en la manija de la puerta, duda un segundo y entra.

El interior del bar es oscuro y cálido. Rex se sienta en un taburete junto a la barra, saluda al barman y estira el brazo para coger la lista de vinos.

—Felicidades, Rex —se dice al verse reflejado a sí mismo en el espejo detrás de las botellas.

—Felicidades —le dice una mujer un poco más allá, y alza su jarra de cerveza en señal de brindis.

—Gracias —responde, y se pone las gafas de leer.

—Te sigo en Instagram —explica ella, y se sienta en el taburete de al lado.

Rex asiente y comprende que esta noche DJ ha escrito algo acerca del premio en las redes sociales. Se inclina hacia el barman y se oye a sí mismo encargarse de una botella de Clos Saint-Jacques del 2013.

—Dos copas, gracias.

Se guarda las gafas en el bolsillo y observa a la mujer, que se desabrocha su chaquetilla de piel sintética. Es mucho más joven que él, tiene el cabello oscuro encrespado a causa de la lluvia y una sonrisa en la mirada.

Rex prueba el vino, sirve la otra copa y la empuja hacia ella. La mujer deja su teléfono junto a la jarra de cerveza y lo mira a los ojos.

—Salud —le dice a la joven, y bebe.

Siente el sabor en la boca y el calor del alcohol se extiende por su estómago. Vuelve a beber. Siente bien, no hay ningún peligro, piensa Rex mientras vuelve a llenar la copa. Ya tiene el maldito premio y en realidad nunca ha querido dejar de beber.

—Vas demasiado rápido para mí —ríe la mujer, que apenas ha probado su vino.

—La vida es una fiesta —murmura Rex, y bebe un buen trago.

Ella baja la mirada y él observa su bello rostro, las pestañas temblorosas, la boca y el filo de su barbilla.

Para cuando se termina la botella, Rex sabe que se llama Edith, tiene veinte años menos que él y trabaja como periodista *freelance* en una de las grandes agencias de noticias.

Ríe cuando Rex le habla de sus reuniones obligatorias en Alcohólicos Anónimos, unos muertos vivientes alrededor de una mesa que solo piensan en una cosa mientras confiesan sus pecados.

—¿Te vas a quedar aquí sentado? —pregunta ella después con seriedad.

—Soy un rebelde.

Han acabado una segunda botella y a Rex le ha dado tiempo a contarle que su hijo adolescente hace todo lo posible por evitarlo y sale todas las noches.



—Quizá él también sea un rebelde —sugiere ella.

—Solo está siendo listo —responde Rex, y coge la jarra de cerveza de ella.

—¿A qué te refieres?

—Tengo que irme a casa a dormir —murmura él.

—Son solo las once —dice Edith, y se pasa la lengua por la comisura de los labios para quitarse los restos de vino tinto que le han quedado en la boca.

Está lloviendo a cántaros y Rex llama a un taxi y se queda junto a la ventana mirando la calle.

—¿Te quedas? —pregunta Rex, cuando ve el taxi fuera.

—Tomaré el autobús —dice Edith.

—Si vas en la misma dirección puedes venir conmigo.

—Vivo en Solna, así que...

—Entonces estarás cerca de casa si me acompañas —decide él.

—Vale, gracias —dice ella, y lo acompaña afuera.

En el taxi suena una especie de música lenta de cabaret y el aire húmedo se posa como vaho sobre las ventanillas. Edith está sentada con las manos sobre las rodillas, con una pequeña sonrisa en los labios y la mirada puesta en el parabrisas, por encima del hombro del taxista.

Rex se recuesta y piensa lo patético que resulta al haberse imaginado que podría gustarle a Sammy, siempre estudiando su mirada y su voz, tratando de ver alguna señal de que el chico lo aprecia.

Nunca van a estar bien juntos, es demasiado tarde para eso.

El coche gira y entra en la estrecha calle Luntmakargatan, reduce la velocidad y se detiene con suavidad.

—Gracias por esta noche —dice Rex, y se quita el cinturón de seguridad—. Ahora me voy a dormir mi sueño reparador.

—¿Lo prometes? —pregunta Edith.

—Por supuesto —responde él, y saca la cartera del bolsillo interior de la chaqueta.

—Pensaba que habías dicho que eras un rebelde —sonríe ella.

—Un viejo rebelde —la corrige con voz cansada.

Rex se inclina hacia delante para coger el lector de tarjetas de entre los asientos delanteros. Edith se aparta un poco, pero a él le llega el cálido aroma de su cuerpo.

—¿Te acompaño arriba y me ocupo de que llegues bien a la cama? —pregunta ella.

Rex le muestra el apartamento a Edith y salen a la galería que da a la terraza del ático. Las pálidas hojas del olivo se comprimen contra las ventanas del techo y los zarcillos de los guisantes mollares se han enroscado alrededor de la pequeña mesa de mármol.

Edith contempla la ciudad antes de sentarse en uno de los sillones de piel de cordero en medio de todas las plantas. Rex sirve una copa de vino tinto para ella y un gran vaso de whisky de malta para él.

Se sienta en el otro sillón, disfruta de la relajación del alcohol y piensa que a la mañana siguiente tendrá tiempo para dormir. El funeral del ministro de Asuntos Exteriores no comienza hasta el mediodía y, sin duda, se puede permitir beber un poco.

—En este país te diagnostican algo en cuanto das alguna señal de que eres humano —dice él, y bebe—. Sabes... yo no soy ni anónimo ni alcohólico. Solo acudo a las reuniones porque mi jefe así lo quiere.

—Te prometo que no se lo contaré a nadie —sonríe ella.

—¿Cómo es tu jefe? —pregunta él.

—Åsa Schartau... Llevo tres años trabajando para ella, pero si me oyera renegar me echaría sin pensárselo —reconoce Edith.

—¿Por renegar? ¿Por qué?

—Le parece que es de mala educación. En realidad no lo sé.

—Aquí puedes renegar todo lo que quieras —dice él, y vuelve a llenarse el vaso.

—No...

—Sí, hazlo —insiste él.

—Vale, esa mujer es un coñazo —dice Edith, y su rostro se cubre de un intenso rubor—. No, perdón, no estoy siendo justa.

—Pero te has sentido bien, ¿verdad? —inquire Rex.

—Me he sentido injusta.

—Entonces seguro que lo has sido —dice él en voz baja.

—Åsa me gusta, tal vez le falte sentido del humor, pero es increíblemente profesional.

Los pensamientos sobre Sammy cruzan por la cabeza de Rex y deja de escuchar a Edith. Su mirada se queda clavada en el viejo observatorio que hay en la cima del esker que atraviesa Estocolmo.

—Creo que debería irme a casa —dice Edith, y mira el reloj de su teléfono.

—¿Tienes tiempo para probar mi *mousse* de chocolate antes de irte? —pregunta él, y se sirve un vaso más.

—Eso suena peligroso —dice con una sonrisa torcida.

Rex se tambalea cuando se pone de pie y la conduce a la gran cocina, saca la *mousse* de la nevera, coloca el recipiente sobre la mesa blanca y le da una cuchara. Ella se inclina hacia delante y la mirada de él acaba de forma compulsiva en su escote. El encaje del sujetador está descolorido a causa de los polvos de maquillaje y sus grandes pechos se aprietan entre sí cuando introduce la cuchara en la *mousse*.

Rex tiene que ponerse las gafas de leer para buscar el *Concerto grosso* de Corelli en su teléfono, que está conectado al sistema de altavoces.

Se siente mareado mientras el alcohol circula por su organismo y la música barroca inunda la habitación con su ritmo regular. Piensa que tendrá que coger un taxi para ir a recoger a Sammy a la fiesta.

—Tú que eres periodista, ¿has oído hablar de una pelea en Axelsberg? —pregunta de repente.

—No —responde ella inquisitiva.

—Un borracho que se enzarzó en una pelea —dice él, y se da cuenta de que está hablando demasiado.

—¿Por qué lo preguntas?

—No, no lo sé... un amigo mío lo vio, pero... olvídale.

Rex saca una botella de Pol Roger de la vinoteca y ve que se trata de una edición especial Winston Churchill.

—Debería irme —murmura Edith.

—¿Quieres que llame a un taxi?

Intenta guardarse las gafas en el bolsillo de la pechera, pero no atina y oye cómo caen al suelo y se rompen.

—Tomaré el autobús hasta Odenplan, no te preocupes.

Él abre la botella, aguanta el retroceso del corcho y saca dos copas. Empieza a servir, espera que la espuma blanca descienda y entonces llena las copas hasta la mitad. Ve la mirada dubitativa de ella.

—Esta noche he ganado —dice él.

—¿Quieres que me quede?

Al acariciar la mejilla de él, se le forma una pequeña arruga entre sus claras cejas.

—Tengo novio —susurra ella, y toma la copa.

—Comprendo.

Beben, y ella se inclina hacia delante y besa la boca cerrada de Rex con mucha suavidad, después lo mira con seriedad.

—No tienes por qué hacerlo —dice él, y vuelve a llenar sus copas.

Intenta ver qué hora es, pero le resulta difícil fijar la mirada en su reloj de pulsera.

—Me gusta besar —dice ella en voz baja.

—A mí también.

Él le acaricia la mejilla, le coloca un mechón detrás de la oreja, responde a su sonrisa, se inclina hacia delante y busca su boca. Ella separa los labios y él siente su lengua cálida. Él le acaricia el culo y la espalda mientras se besan. Ella empieza a desabrocharle el cinturón de los pantalones antes de detenerse.

—No me dedico a perseguir a los famosos para acostarme con ellos.

—Yo tampoco —sonríe él.

—Pero me gustas.

—Ahí acaban nuestras similitudes, yo no puedo asegurar que me guste mucho a mí mismo —dice él, apartando la mirada, y sirve más champán.

Rex bebe mientras Edith se estira la ropa, saca el teléfono de su bolso, marca un número y se lleva el auricular a la oreja derecha.

—Hola, Morris, soy yo... Lo sé, perdona, pero no he podido llamar... Sí, ya ves, Åsa se cree que yo no tengo vida personal... Pero es eso lo que quería decirte, mañana tengo que ir temprano a la redacción, así que me quedo a dormir en su cuarto de invitados... No te enfades... Lo entiendo, pero... Vale, adiós... Un beso.

Se miran el uno al otro cuando Edith finaliza la llamada. Deja que el teléfono caiga en su bolso con los ojos entornados y se lleva la copa a los labios muy despacio.

Rex coge la botella, se dirige al dormitorio, se tambalea y golpea con el hombro el marco de la puerta. La espuma asciende como una pequeña nube por el cuello de la botella, gotea sobre su mano y cae al suelo.

El rostro de Edith está serio mientras lo sigue al dormitorio. Sobre sus cabezas, el cielo oscuro se ve a través de una ventana en el techo, y desde el pie de la cama se puede ver todo Estocolmo, hasta la blanca curvatura del Globen.

Edith se coloca junto a Rex y acaricia su rostro, desliza un dedo por la nariz recta hasta la profunda cicatriz en su base.

—¿Estás borracho? —pregunta ella.

—No mucho —responde él, y oye sus palabras arrastradas.

Ella empieza a desabotonarse el vestido y Rex retira la colcha. El movimiento brusco, sumado a la borrachera, hace que se tambalee como si caminara por la cubierta de un barco en el mar.

Edith cuelga su vestido sobre una silla, le da la espalda y se baja los pantis con cuidado.

Rex se sienta suspirando en el borde de la cama, se quita la camiseta, bebe a

morro de la botella. Sabe que es bastante musculoso, aunque demasiado ancho de cintura. Una línea de pelo le corre desde el pecho hasta el ombligo.

Edith se quita las bragas rosa y las dobla de forma que oculta el *salvaslip*, las deja sobre la silla y cuelga el sujetador de ella. Tiene marcas rojas en los hombros por las tirillas del sujetador y está más llenita de lo que parece cuando está vestida. Tiene el pelo del pubis rubio, con un tono color tabaco, y apenas tiene lunares.

Rex se pone de pie y se baja los pantalones y los calzoncillos, se los quita con los pies, se da la vuelta y tira de su pene flácido para alargarlo y que no parezca tan pequeño.

—Los hombres que me dejan suelen arrepentirse —dice ella.

—Te creo.

—Bien —murmura ella, con una expresión severa en la boca.

—Tengo las manos frías —susurra él cuando posa sus manos en sus caderas.

Ella lo empuja de forma juguetona sobre la cama y él se tumba de espaldas, aparta un incómodo cojín y cierra los ojos durante un momento. La habitación da vueltas como si alguien, de vez en cuando, tirara de la sábana debajo de él.

El teléfono de Edith suena amortiguado desde el bolso en la cocina. Rex mira las dos copas de champán en la mesilla de noche, los rastros de pintalabios rosa en una de ellas y las pequeñas burbujas en el borde. Vuelve a echar la cabeza hacia atrás y piensa que habló de Sammy en la entrega de premios. Descubre dos círculos claros en la claraboya que, de alguna manera, deben de ser el reflejo de las copas.

Comprende que ha debido de quedarse dormido cuando siente cómo los labios de Edith, increíblemente suaves, se cierran alrededor de su pene. Ella alza la cabeza y lo mira con ojos preocupados, y después continúa.

Ve reflejada la cama en la claraboya y su propia pálida figura, como Jesús antes de que lo amortajaran. No entiende por qué cada vez que bebe acaba en la misma situación. Es como una representación que escenifica una y otra vez, y ante la cual cae inexorablemente.

Ella se arrastra y se sienta a horcajadas sobre él, introduce su pene medio duro en su interior y lo besa. Rex empuja con cuidado para no salirse. Edith lo mira a los ojos y lleva la mano derecha de él hasta uno de sus pechos. Rex se endurece en su interior y ella se inclina hacia delante y gime contra la boca de él.

—Tu teléfono ha sonado —dice con voz ronca.

—Lo sé.

—¿No quieres ver quién era?

—No hables tanto —sonríe ella.

El cabello medio rizado de ella reposa sobre su frente, el pintalabios ha desaparecido y el rímel se ha corrido bajo sus ojos formando una sombra negra.

Ella respira excitada y coloca las palmas de las manos sobre el pecho de Rex de forma que casi todo su peso recae sobre él, se desliza hacia atrás y suspira.

Rex aprieta sus pechos y los ve comprimirse una y otra vez. Ella jadea y se mueve más deprisa, sus muslos empiezan a temblar y cierra los ojos.

—No pares —gime ella.

Él eyacula, no le da tiempo a reaccionar, se corre dentro de ella, ya no hay razón para sacarla, es demasiado tarde, deja simplemente que ocurra, siente las contracciones y el lento eco.

Edith tiene arreboladas las mejillas, el cuello y los pechos. Abre los ojos, esboza una amplia sonrisa y comienza a mover de nuevo las caderas con cuidado. Una brillante línea de sudor le ha corrido desde la axila hasta la cadera.



Rex se despierta desnudo en la cama, jadeando como si hubiera estado bajo el agua. Su corazón late con fuerza a causa de la ansiedad cuando ve que son las dos y media.

Edith no está.

Ha debido de largarse sin que se dé cuenta.

Se sienta entre gemidos e intenta encontrar el teléfono, pero la habitación da vueltas a tal velocidad que es incapaz de enfocar la mirada. Se pone de pie con un fuerte dolor de cabeza y está a punto de caerse. Tiene que apoyarse contra la pared y cerrar los ojos antes de atreverse a continuar. El teléfono está debajo de la cama. Extrañas imágenes comienzan a revolotear por su cabeza mientras se arrastra para cogerlo. Pedazos de carne atados con alambre y sangre que rezuma de las espaldillas de cordero.

El móvil muestra nueve llamadas perdidas de Sammy.

Rex se queda helado de angustia.

Intenta llamar pero no consigue contactar con él. O el teléfono de su hijo está apagado o se ha quedado sin batería.

Ve que Sammy ha dejado tres mensajes de voz y sus dedos tiemblan mientras teclea para escucharlos.

«Papá, puedes venir más temprano si quieres.»

Se oye un clic y la conversación se corta. El siguiente mensaje está registrado unas horas después, y ahora Sammy suena mucho más cansado.

«Ya es la una y media. ¿Estás en camino?»

Se hace un silencio en el auricular y después su hijo dice:

«Nico estaba enfadado y no me ha hecho caso en toda la noche, y luego se ha

largado con una tía y yo me he quedado aquí solo con un montón de idiotas».

Rex lo oye suspirar.

«Te espero en la colina, junto a la casa.»

Rex se pone de pie y escucha el último mensaje mientras ve cómo las paredes se alejan cuando intenta enfocarlas.

«Papá, ahora me voy. Espero que no haya ocurrido nada.»

Se pone la ropa que está tirada en el suelo, se golpea contra una pared y trata de contener una arcada. Sale al recibidor dando bandazos, encuentra las llaves del coche de DJ en el buró, se calza los zapatos y baja corriendo las escaleras.

Cuando sale al aire frío de la calle se dirige directamente a la zona del reciclaje y vomita en el pavimento sucio entre los contenedores verdes.

Tirita como si tuviera escalofríos y vuelve a vomitar mientras siente pasar por su garganta trozos de la comida del bufet del Café Opera.

Rex sigue con las piernas temblando hasta el coche de DJ, se sienta y cierra la puerta. Saca la nota que le dio Sammy e introduce la dirección en el GPS.

Conduce rumbo a Nykvarn y la persistente borrachera hace que el mundo se distorsione en diferentes direcciones. Le tiemblan las manos sobre el volante, el sudor le corre por la espalda y reza en silencio para que no haya sucedido nada malo.

Intenta llamar de nuevo a Sammy, pero da un bandazo y oye el claxon de un camión.

Mientras conduce, empieza a recordar pequeños fragmentos de lo que ha pasado esa noche: él bebiendo y la paciencia de Edith con su vacilante erección.

La noche aparece como una ciudad que se eleva sobre el mar: agujas de iglesias y casas pareadas rompen la superficie espumosa, el agua corre por los tejados, cae por ventanas y puertas a las calles y plazas.

El agua corre y a su paso deja al descubierto relucientes fragmentos de la noche.

El champán que salpicó el suelo y las sábanas, la mano de ella sobre su cabeza mientras él lamía su sexo, los suspiros y los muslos sudorosos contra sus

mejillas, la lámpara de pie que se cayó y se apagó.

En algún momento en medio de todo aquello, él empezó a vestirse para tomar un taxi a Djursholm, antes de recordar que el ministro de Asuntos Exteriores estaba muerto.

Tropezó con el bolso de ella, lo recogió y vio que había un cuchillo entre la cartera y la polvera.

Rex vuelve a dar bandazos con el coche cuando una ambulancia con las luces azules encendidas lo adelanta en silencio.

Elige el puente Saltsjöbron, ya que el Södertäljebron ha quedado impracticable después del accidente de un camión en junio, aunque Sammy sostiene que para que el puente quedara tan afectado que podría desplomarse en cualquier momento tuvo que tratarse de una nave espacial.

Tiembla y reduce la velocidad.

Más allá de Södertälje el tráfico escasea y la autopista aparece casi desierta.

Rex vuelve a acelerar, pasa junto a un lago en calma y después solo queda bosque.

Mira la pantalla del GPS y ve que la salida hacia Nykvarn se encuentra a cinco kilómetros; después de eso tendrá que buscar el camino hacia Tubergslund.

Adelanta una furgoneta blanca con un trozo de cartón sujeto con cinta adhesiva en lugar de ventanilla trasera, y acaba de encender el intermitente para regresar al carril derecho cuando ve a una persona haciendo autostop en el otro lado de la autopista.

Rex comprende que se trata de Sammy y, de forma impulsiva, gira hacia el arcén y frena tan bruscamente que las ruedas derrapan un trecho sobre el asfalto arenoso.

El conductor de la furgoneta recrimina la acción con la bocina al pasar.

Rex sale del coche sin cerrar la puerta, corre de vuelta por el arcén, espera a que pase un autobús blanco y cruza corriendo los dos carriles. Camina entre la alta hierba de la mediana que separa los lados de la autopista mientras unos cuantos coches pasan a gran velocidad. Cruza a toda prisa los carriles y después

empieza a correr por el arcén en dirección a Sammy.

El suelo tiembla tras el paso de un gran tráiler. El viento que levanta el vehículo hace que la basura y el polvo de la cuneta vuelen a su alrededor.

Rex intenta correr más deprisa cuando ve a Sammy a lo lejos bajo la luz de los faros del enorme vehículo, que retumba al pasar. Durante unos segundos, su pequeña figura adquiere un matiz rojizo por el brillo de las luces traseras del camión.

—¡Sammy! —grita Rex, y se detiene jadeando—. ¡Sammy!

Su hijo se da la vuelta, lo mira, pero sigue con el pulgar levantado cuando se acerca el siguiente coche.

Rex continúa casi sin resuello, el sudor le corre por la espalda, pero no se detiene hasta alcanzarlo.

—Lo siento, perdona, me he quedado dormido...

—Confiaba en ti —dice su hijo, y sigue caminando.

—Sammy —le ruega Rex, y trata de detenerlo—. No sé qué decir... Me cuesta reconocerlo, pero lo cierto es que soy un alcohólico... es una enfermedad y he tenido una recaída.

Por fin Sammy se da la vuelta y lo mira. Tiene el rostro pálido y parece muy cansado.

—Me avergüenzo —dice Rex—. Me avergüenzo mucho, pero estoy intentando ponerle remedio.

—Lo sé, papá, eso está muy bien —responde el hijo con seriedad.

—¿Te ha contado mamá que asisto a las reuniones de Alcohólicos Anónimos?

—Sí.

—Claro —murmura Rex.

—Pensé que no querías hablar de ello —dice Sammy.

—Solo quería decir... que hasta ahora no me lo he tomado en serio, pero lo haré, es una enfermedad, todo el mundo lo sabe...

—Sí.

—Seguro que tendré más recaídas, pero ahora por lo menos he reconocido que

tengo un problema y sé que eso te ha afectado...

Su voz se quiebra y sus ojos se llenan de lágrimas ardientes. Los coches pasan a toda velocidad e iluminan durante un instante el rostro de Sammy.

—¿Nos vamos a casa? —pregunta Rex, y ve la expresión vacilante de su hijo—. No voy a conducir. Podemos ir andando hasta Södertälje y allí tomamos un taxi.

Cuando empiezan a caminar, un coche de policía pasa por el lado contrario. Rex se da la vuelta y ve que se detiene en el arcén justo detrás del coche de DJ.

Verner Sandén se recuesta en la silla y observa a Saga Bauer, que está delante de su enorme escritorio.

—Sé cómo funcionan estas cosas —dice ella en voz baja, y deja el arma y la tarjeta de acceso sobre la mesa.

—Pero no estás expulsada, solo estás de vacaciones —dice Verner.

—No pienso dejar...

—Ahora no te enfades —la interrumpe Verner—. No lo soporto, sabes que no lo soporto.

—Ni de coña pienso dejar que un asesino ande por ahí suelto solo porque eso beneficie a los servicios secretos —finaliza.

—Esa es la razón de que te paguemos un viaje a las islas Canarias.

—Prefiero un tiro en la nuca —responde ella.

—Te estás comportando como una niña.

—Puedo entender que digamos que el ministro de Asuntos Exteriores murió debido a causas naturales, pero no dejaré que el asesino siga suelto, no puedo.

—Janus se ocupa de la investigación —explica Verner.

—Me dijo que lo han encargado de la logística del funeral.

—Pero después de eso continuará donde lo dejó —responde.

—No me suena como algo de la máxima prioridad.

Verner Sandén repasa unos papeles que tiene delante y cruza las manos.

—No tienes por qué enfadarte —dice con cautela—. Creo que te vendrá bien marcharte y distanciarte un poco de...

—No estoy enfadada —responde Saga, y da un par de pasos hacia él.

—Saga, sé que estás decepcionada con la operación del astillero —dice—.

Pero la parte positiva es que nos ha permitido conseguir un aumento del presupuesto y eso significa que podremos luchar mucho mejor contra los verdaderos terroristas.

—Qué bien.

—Ya hemos empezado a recibir solicitudes para que informemos a otros servicios secretos sobre nuestras experiencias.

—Así que ya estáis jugando entre los grandes —sonríe ella, y unas manchitas rojas de irritación empiezan a aparecer en su frente.

—No... o sí, ahora al menos estamos en el terreno de juego —confirma Verner.

—Vale, pero yo tengo que seguir trabajando —dice Saga.

—Tenías información en tu ordenador que comprometía la confidencialidad de la operación... lo que supone una grave violación del modelo de Estado democrático.

—Sé lo que es la confidencialidad —replica Saga—. Pero el ministro de Asuntos Exteriores está muerto... ¿o no?

—Murió de forma natural —insiste Verner.

—¿Quién encontrará al asesino?

—¿Qué asesino? —pregunta él, y la mira sin apartar la vista.

—A Absalon lo destripó el mismo asesino delante de su mujer y sus hijos...

—Una pena.

—Fue el mismo hombre.

—Janus no cree que haya ninguna conexión entre las muertes, esa es la razón de que ya no demos prioridad a la investigación.

—Tengo que seguir —dice ella con voz exaltada.

—De acuerdo, entonces hazlo.

—Nada de vacaciones.

—Te libras... pero trabajarás con Janus.

—Y Joonas —añade ella.

—¿Qué?

—Le prometiste la libertad condicional.

—No —dice él, y una sonrisa involuntaria cruza su rostro.

—No me mientas, joder —dice ella desafiante.

—Si te refieres al material confidencial, tengo que recordarte que...

Saga barre con la mano la superficie de la mesa, y el teléfono y los montones de informes caen al suelo.

—Continuaré la investigación con Joonas —dice Saga.

—¿Por qué estamos hablando de ese hombre?

—Joonas entiende a los asesinos. No sé cómo lo hace, pero tú lo has enviado de vuelta a Kumla.

—Nosotros somos los servicios secretos, no puedes tener contacto con Joonas Linna, es una orden que...

Saga tira al suelo la taza de café y un grueso archivador.

—¿Por qué haces esto? —pregunta Verner con tranquilidad.

—Se lo prometiste a Joonas, lo prometiste, joder —grita ella, y vuelca la silla de las visitas y arranca el calendario de Räddebarnen.

—Ahora te quedarás sin viaje —dice él con voz dolida.

—*Fuck the fucking Canaries* —responde Saga, y se dirige hacia la puerta.



Mientras DJ ayuda a Sammy a ponerse el traje negro, Rex entra en el dormitorio y cierra la puerta, se sienta en la cama, coge el teléfono y llama a la madre de Sammy. Suspira y piensa en lo que ha hecho esa mañana mientras oye cómo da señal. Sammy dormía todavía cuando Rex se despertó a las diez. Se levantó y fue a la cocina sintiendo un terrible dolor de cabeza, abrió la puerta de la vinoteca y echó un vistazo. Eligió la botella más cara, un Romanée-Conti de 1996, la descorchó, se acercó al fregadero y vertió el vino en la pila. Vio el líquido rojo desaparecer dando vueltas por el desagüe y fue a buscar otra botella.

—¿Hola?

Veronica suena estresada. De fondo se oye un sonido estridente, y una mujer llora y grita con voz cansada.

—Soy Rex —dice, y carraspea—. Disculpa si te molesto...

—¿Qué pasa? —pregunta ella lacónica—. ¿Qué ha ocurrido?

—Bueno, ayer... —dice, y siente que las lágrimas aparecen en sus ojos—. Estuve bebiendo y... yo...

—Sammy ya ha llamado. Ha dicho que lo estáis pasando bien, que ayer bebiste un poco, pero que no pasó nada y todo está bien.

—¿Qué? —susurra Rex.

—Estoy contenta de que Sammy esté contento. Has de saber que está pasando por un periodo muy difícil.

—Veronica, ha sido... —empieza él, e intenta tragarse el nudo que tiene en la garganta—. Me ha venido muy bien estar con Sammy, quiero... espero que podamos seguir viéndonos.

—Ya hablaremos más tarde —responde con cierta brusquedad—. Tengo que

ayudar aquí.

Rex se queda con el teléfono en la mano y piensa que Sammy es mucho más maduro de lo que él creía. Llama a su madre, y miente y la tranquiliza diciendo que todo va bien para evitar que ella lo deje todo y regrese.

Quince minutos más tarde Rex está sentado en el asiento trasero de un Uber negro junto a Sammy, y oye a DJ explicarle al chófer que pueden parar en la calle Regeringsgatan y caminarán el último tramo hasta la iglesia.

El chófer desea girar, pero la calle transversal está cortada con grandes bloques de hormigón y un policía de tráfico les indica con la mano que continúen.

Por razones de seguridad, se ha acordonado toda la zona alrededor de la iglesia de Sankt Johannes.

Entre los asistentes al funeral se encuentran los miembros del gobierno de Suecia, los ministros de Asuntos Exteriores de los países nórdicos y los embajadores de Alemania, Francia, España y Gran Bretaña. Pero la razón principal para el gran despliegue policial es el secretario de Defensa adjunto de Estados Unidos, Teddy Johnson, que era amigo personal de William Fock. Teddy Johnson tomó parte activa en la decisión de la administración estadounidense de invadir Irak, y por eso se le considera un objetivo de riesgo de máxima seguridad.

—Sammy, no sé si te dio tiempo a verlo en casa, pero he tirado todo el vino y el alcohol.

—Te he estado oyendo toda la mañana —responde su hijo en voz baja.

—Es extraño, pero creo que no puedo confiar en mí mismo —prosigue Rex—. ¿Sabes?, desprecio a los alcohólicos de mis reuniones, pero yo soy uno de ellos... Resulta difícil aceptarlo, pero soy el peor padre del mundo y me merezco que me odies.

Cuando bajan del coche y comienzan a caminar por la calle David Bagaresgatan, el ambiente todavía es contenido. Los tres visten trajes negros, camisas blancas y corbatas negras. Pero Sammy lleva un pañuelo rojo en el

bolsillo de la pechera.

Quinientos policías y guardias de seguridad están apostados de forma estratégica en los alrededores de la iglesia. Se ha redirigido la circulación de autobuses. Han retirado todas las papeleras y han soldado las tapas de las alcantarillas. El tráfico aéreo está restringido, y solo los helicópteros de la policía y los servicios médicos pueden entrar en el espacio aéreo sobre la iglesia. Se han retirado coches y otros vehículos, los edificios colindantes han sido registrados, perros antiexplosivos han rastreado toda la zona de seguridad.

Unas luces azules barren las fachadas cuando Rex, DJ y Sammy se acercan al siguiente control policial. Hay una furgoneta de la policía delante de las barreras antidisturbios y unos policías con las metralletas colgadas a un lado los detienen para comprobar sus invitaciones y carnets de identidad en la lista de invitados.

—Sé que no le gusto a todo el mundo, pero el dispositivo de seguridad me parece un tanto excesivo —bromea Rex.

—Solo queremos garantizar que esté a salvo —sonríe el policía, y los deja pasar.

Una larga cola de invitados serpentea entre las tumbas, por las anchas escaleras de la iglesia y hasta el control de seguridad en el atrio de la iglesia.

Rex sigue a Sammy y a DJ a través de la multitud, pero un periodista de un tabloide vespertino lo detiene y le pide una corta entrevista.

—¿Qué significaba el ministro de Asuntos Exteriores para ti? —pregunta el periodista, y dirige un gran micrófono hacia él.

—Éramos viejos amigos —dice Rex, y se pasa la mano por el cabello de forma compulsiva—. Era una persona fantástica... un...

Aquella mentira tan descarada le hace perder el hilo. De repente, no sabe qué decir, no sabe cómo continuar la frase. El periodista lo observa con expresión neutra. El micrófono tiembla delante de la boca de Rex, y entonces empieza a hablar y dice que ha venido acompañado de su hijo al funeral antes de volver a interrumpirse.

—Disculpa —dice—. Estoy un poco conmocionado... ha sido una terrible

pérdida... mis pensamientos están con la familia.

Se excusa con un gesto de la mano y se da media vuelta, y tras unos segundos sigue hacia la iglesia para intentar encontrar a DJ y Sammy entre la multitud.

Dos guardaespaldas siguen al primer ministro y a su mujer escaleras arriba.

Un perro ladra y el personal de seguridad se lleva a uno de los invitados a un lado. El hombre se muestra irritado, habla inglés con un fuerte acento y gesticula hacia los acompañantes que lo esperan.

El traqueteo de un helicóptero retumba entre las fachadas. Ayudan a un hombre mayor con andador a entrar en la iglesia.

—¡Aquí! —grita DJ.

Sammy y DJ están en la cola a los pies de la escalera, agitando las manos para que les vea. El rímel acentúa la palidez del rostro de su hijo. Rex se abre paso entre la gente y piensa que tiene que decirle a Sammy que sabe que está aguantando aquello por su madre.

—¿Dónde estabas? —pregunta DJ.

—Estaba hablando con un periodista sobre mi viejo amigo —responde Rex.

—Esa es la razón de que estemos aquí —dice DJ satisfecho.

—Lo sé, pero...

Más arriba, a una mujer se le cae el bolso. Rueda escaleras abajo y la barra de labios y unas cajitas de maquillaje caen entre la gente. Se rompe un pequeño espejo de bolsillo y los fragmentos se esparcen por el suelo.

Dos guardias de seguridad se acercan con cara de preocupación. Una bandada de palomas sobrevuela formando un arco sobre las personas de la cola y desaparece detrás de la iglesia.

En el rellano, justo antes de llegar al control de seguridad, un reportero de televisión se lleva a Rex a un lado y este se planta ante la pared de ladrillo rojo con expresión solemne, y habla sobre la amistad con el ministro en sus años de juventud y las disparatadas bromas que se gastaban.

Entra en el atrio, le indican con un gesto que cruce el arco de seguridad y pasa junto a una hilera de guardias fuertemente armados. Cuando entra en la iglesia

ya no puede encontrar a Sammy y DJ.

Todo el mundo está tomando asiento y los golpes contra los bancos resuenan entre las altas paredes.

Rex continúa por el pasillo central de la nave, pero no los ve por ninguna parte. Deben de haber subido a la tribuna superior, donde está el órgano. Un hombre con guantes negros lo adelanta y sigue avanzando.

El ataúd blanco está expuesto en el presbiterio, cubierto con la bandera sueca.

Las campanas comienzan a tañer y Rex se ve obligado a sentarse apretujado en uno de los bancos junto a una mujer mayor. Al principio ella lo mira irritada, pero después lo reconoce y le tiende una hoja con el programa.

Una mujer rubia con extraños ojos negros lo mira un momento y vuelve el rostro. Permanece sentada un rato con las manos entre los muslos antes de ponerse de pie y abandonar la iglesia.

El órgano empieza a entonar el salmo introductorio y la congregación se pone en pie entre nuevos gemidos de los bancos. Rex se da la vuelta tratando de ver a Sammy. La procesión avanza por el pasillo central y un coro infantil ocupa su lugar en la escalera del presbiterio mientras el sacerdote se acerca al micrófono.

Se oye un murmullo mientras todo el mundo vuelve a sentarse y después el sacerdote empieza su discurso diciendo que se han reunido aquí para despedir al ministro de Asuntos Exteriores y dejarlo en manos de Dios.

Delante del todo, a la derecha, está sentada la familia del ministro, y en el banco de atrás se encuentran el primer ministro y Teddy Johnson.

Delante de él, Rex ve a un hombre con las mejillas sudorosas que empuja su bolsa con el pie debajo del banco.

El coro comienza a cantar y Rex se reclina, alza la mirada hacia la bóveda del techo, cierra los ojos y escucha las voces claras.

Se despierta con un sobresalto y se pasa la mano por la boca cuando el sacerdote echa un puñado de tierra sobre el ataúd y pronuncia las terribles palabras: «Polvo eres y en polvo te convertirás».

El Cazador sube en el ascensor completamente inmóvil y con la mirada gacha. Está en la Kungstorn norte, una de las dos torres que flanquean la calle Kungsgatan, a cierta distancia de la zona acordonada por la policía.

Hace girar alrededor de su cabeza la correa de cuero de la que cuelgan las largas y estrechas orejas de conejo, se la ata a la nuca y escucha el roce de los cables y su rítmico traqueteo por cada piso que pasan.

Se baja en la planta decimocuarta, pasa ante el cristal lechoso de la entrada a East Capital y sigue subiendo por las escaleras que giran alrededor del hueco del ascensor.

La nueva llave todavía ofrece un poco de resistencia cuando abre la puerta de Scope Capital Advisory AB, apaga la alarma y entra caminando por la alfombra amarilla que cubre el suelo de granito.

Hay un jarrón con tulipanes en el mostrador de recepción. Algunas hojas se han caído encima del tablero negro.

El Cazador se agacha, sujeta la esquina de la alfombra amarilla y se la lleva arrastrando, más allá de los despachos vacíos con paredes de cristal.

Hay grandes ventanas de arco en todas direcciones —como soles ponientes en sus marcos semicirculares— y todo Estocolmo se extiende bajo él.

Ahora tiene mucha prisa.

Entra en la sala de reuniones con vistas al norte, suelta la alfombra y se acerca a una de las ventanas de arco.

Rompe el cristal inferior con el mango del cuchillo y elimina los diminutos fragmentos que quedan en el arco con la parte posterior de la hoja.

Unos papeles caen volando al suelo desde una mesa lateral.

Rodea a toda prisa la mesa de reuniones y la empuja por el suelo hacia la ventana. La mesa golpea la pared y unos fragmentos de pintura blanca caen sobre el zócalo.

Sube la alfombra a la mesa, la extiende y la dobla dos veces, a continuación va a buscar su bolsa de tela negra al armario de los abrigos. Con rápidos movimientos, saca su Winchester Magnum 300 y despliega la culata.

Utiliza un Accuracy International, un rifle de repetición de precisión, el nuevo modelo con retén de cargador, con una mejor transmisión y un cañón más corto.

No tarda más de veinte segundos en montar el arma, tumbarse bocabajo sobre la alfombra doblada y colocar la boca del cañón delante de la abertura en el cristal.

Justo por encima de las azoteas de la calle Malmskillnadsgatan, se ve la iglesia de Sankt Johannes, con su tejado de cobre verde claro, su aguja que apunta como un puñal hacia el cielo y las hileras de escalones de piedra.

Ha estado ahí esa misma mañana y su telémetro indicaba que la distancia hasta la puerta de la iglesia era de tan solo trescientos ochenta y nueve metros.

Ha fabricado una almohada de gomaespuma dura para la mejilla que hace que su ojo esté a la altura exacta en relación con la mirilla. Él siempre utiliza Nightforce, ya que tiene un cristal increíblemente claro. Tampoco precisa calibrarlo todo el tiempo y el enfoque no necesita ajustarse de forma especial por debajo de los cuatrocientos metros.

El cañón está provisto de un silenciador que reduce tanto la detonación como el fogonazo. Nadie oirá de dónde proviene el disparo, nadie verá un destello de luz.

El Cazador se aparta algunas orejas del rostro, coloca el ojo derecho en la mirilla, mira por encima de los árboles y observa la letra omega dorada sobre la puerta de la iglesia, desciende lentamente hacia abajo, ve los tiradores de las puertas de metal marrón oscuro y piensa en el caluroso verano en que cumplió nueve años.

Recuerda la exaltación que sentía cuando se acercó sigilosamente entre los

invernaderos abandonados. Una pálida luz se filtraba a través de los cristales polvorientos y agrietados. Salió con cuidado a la hierba agostada, y levantó su pequeño Remington Long Rifle, apretó la culata contra el hombro y posó el dedo índice sobre el guardamonte.

Un conejo color tierra saltó y desapareció bajo un arbusto.

Él siguió andando, pasó por encima de un trozo de cartón sucio que había en el suelo, rodeó con cuidado una silla de mimbre rota, se detuvo y esperó treinta segundos. Cuando volvió a moverse, el conejo echó a correr. Él lo siguió con el cañón, puso el dedo en el gatillo, apuntó justo detrás de la cabeza y disparó. El conejo dio una sacudida y rodó hacia delante, y después quedó tumbado. Fragmentos de vidrio brillaban sobre la hierba y reflejaban el cielo blanco alrededor del convulso animal.

Ahora se han abierto las puertas de la iglesia de Sankt Johannes y los asistentes al funeral salen en tropel junto al personal de los servicios secretos.

Él utiliza siempre una distancia focal del 32, y a través de la mirilla observa a una niña que se ha detenido en el segundo rellano. No puede tener más de doce años. Se desliza lentamente por su garganta, ve las venas latiendo bajo su fina piel y la cadena del amor que ha quedado algo torcida.

El sacerdote aguarda en pie junto a la puerta para intercambiar algunas palabras con quienes lo deseen. El primer ministro aparece en el umbral junto a su esposa y los guardaespaldas. El Cazador mueve la mirilla de forma que el ojo derecho del primer ministro queda en medio del punto de mira.

Una bandada de palomas levanta el vuelo cuando cuatro policías vestidos de negro se aproximan a la iglesia. La sombra de las aves corre por el suelo hasta la escalera.

Teddy Johnson sale al exterior entre dos guardaespaldas norteamericanos, se detiene y saluda a la viuda y a sus hijos.

El Cazador ve por la mirilla el eccema solar en la cabeza de Johnson bajo el cabello ralo y la gota de sudor que le corre por la barbilla. El político se sube las gafas de sol sobre el puente de la nariz y dice algo reconfortante antes de



empezar a descender por la escalera.

Sin perder la línea de tiro, el Cazador coge su teléfono prepago, envía un mensaje de texto y vuelve a colocar el dedo en el guardamonte.

Observa a Teddy Johnson, que nota la vibración, saca su iPhone privado del bolsillo interior de la chaqueta, se levanta las gafas y mira la pantalla.

*Ten little rabbits, all dressed in white,  
Tried to go to Heaven on the end of a kite.  
Kite string got broken, down they all fell.  
Instead of going to Heaven, they went to...*

El Cazador sabe que debe tener en cuenta la elevación, aunque el viento es tan débil que no modificará la trayectoria del proyectil. Y la distancia es demasiado pequeña para preocuparse por el efecto Coriolis, la rotación terrestre.

El Cazador tiene una resistencia de poco más de un kilo en el gatillo. Es tan débil que resulta casi imperceptible.

En un momento no has disparado, un instante después lo has hecho.

No es ninguna sorpresa, pero la acción no parece tener unos límites definidos.

En estos momentos, puede ver a policías vestidos de negro con sus fusiles automáticos hablando a través de sus equipos de radio. Un pastor alemán respira entre jadeos y se tiende en el sendero de gravilla entre las tumbas.

Teddy Johnson mira a su alrededor, se guarda el teléfono en el bolsillo interior y se abrocha el botón superior de su americana.

La delgada cruz de la mirilla permanece inmóvil sobre su nuca bronceada y baja con cuidado hasta su zona lumbar. La intención del Cazador es disparar dentro de unos segundos a Teddy Johnson en la espalda, justo encima de la pelvis.

La rama de un árbol se mueve ante la línea de tiro y el Cazador deja pasar tres latidos antes de poner el dedo en el gatillo.

Lo aprieta con cuidado, siente el retroceso en el hombro y ve caer a Teddy Johnson al suelo.

La sangre corre por los peldaños de la escalera.

Los guardaespaldas sacan sus armas e intentan averiguar la procedencia del disparo, si hay algún lugar donde ponerse a cubierto, algún lugar seguro cercano.

El Cazador respira con calma y observa el rostro de su víctima, el semblante de terror. El hombre no se siente la parte inferior del cuerpo y respira entre jadeos.

Los guardaespaldas intentan protegerlo, se interponen en el camino de otras

posibles balas, pero no saben dónde se encuentra el francotirador.

La mirilla se desliza por el brazo derecho de Johnson. Aprieta el gatillo y la mano se sacude y se transforma en un desgarrado pedazo sanguinolento.

Los guardaespaldas arrastran a Teddy Johnson hacia el otro extremo de la escalera. Un rastro de sangre oscura se esparce por la piedra.

La gente tropieza presa del pánico y se aleja corriendo entre gritos, la escalera queda desierta como cuando una ola rompe en la playa y retrocede.

El político estadounidense permanece tumbado y se retuerce de dolor y miedo.

El Cazador lo dejará vivir diecinueve minutos.

Mientras espera, acaricia con los dedos una oreja de conejo, siente curvarse su delgado cartílago y aprieta el suave pelaje contra su mejilla.

Sin perder de vista a la víctima, el Cazador cambia el cargador, introduce un proyectil más pesado con una punta más suave y después sigue observando el sufrimiento de Teddy Johnson, su miedo a morir.

Las primeras ambulancias ya están llegando por la calle Döbelnsgatan.

La policía intenta organizar la caza del tirador, pero aún no saben de dónde provienen los disparos. Alguien observa las salpicaduras del primer disparo y señala en su dirección, hacia el tejado de la estación de bomberos cercana.

Tres helicópteros de la policía planean sobre los edificios que rodean la iglesia.

El personal de la ambulancia ha llegado hasta Teddy Johnson, intentan hablar con él y después lo suben a una camilla, ajustan el cinturón de cuatro puntos y despliegan la parte inferior.

El Cazador mira el reloj de nuevo. Quedan cuatro minutos. Tiene que demorar la operación de rescate.

En silencio, vuelve el arma hacia la escalera que da al liceo francés, mueve la cruz desde un hombre asustado y mofletudo hacia una mujer de mediana edad con un peinado deprimente y una acreditación de prensa colgada del cuello.

Solo le dispara en el tobillo, pero la munición pesada tiene tal poder de penetración que le arranca el pie y este rebota por la escalera hasta la acera. La

mujer se desploma a causa del impacto y cae de lado.

Las ambulancias retroceden y la gente, en plena crisis de pánico, corre agachada entre las lápidas tratando de alejarse. Un hombre mayor cae de bruces al sendero de gravilla lleno de polvo, pero nadie se detiene a ayudarlo.

Los agentes de los servicios secretos tratan de comprender qué está pasando, intentan salvar al político norteamericano y hacen gestos para que los médicos del otro lado se acerquen. Una nueva ambulancia aparece en la calle Johannesgatan y se detiene delante de la antigua escuela infantil femenina.

El Cazador toma aliento y mira el reloj.

Faltan cuarenta segundos.

El rostro de Teddy Johnson está pálido y sudoroso. Le han puesto una mascarilla de oxígeno sobre la nariz y la boca, y los ojos parpadean presas del pánico.

El personal de la ambulancia lo traslada por el camino de gravilla hacia la calle Johannesgatan. El punto de mira lo sigue, tiembla sobre su oreja.

El Cazador pone el dedo en el gatillo y en ese momento el rostro desaparece de la mira porque las ruedas de la camilla pasan sobre un surco.

El Cazador apunta de nuevo a la oreja de Teddy Johnson, mientras los sanitarios empujan la camilla por la acera, aprieta el gatillo y siente el golpe del retroceso en el hombro.

La cabeza explota y los restos salpican la calle. El personal de la ambulancia sigue empujando unos segundos la camilla antes de detenerse y quedarse mirando al político norteamericano. La mascarilla de oxígeno cuelga de su tubo a un lado de la camilla, y en lugar de un rostro lo que queda es solo un fragmento ahuecado de la parte posterior de su cabeza.

Rex tardó tres horas en abandonar el cementerio. A través de las barricadas antidisturbios, la policía encauzó, uno a uno, a los asistentes al funeral por la calle Döbelnsgatan. Comprobaban exhaustivamente cada identificación, anotaban brevemente el testimonio de cada uno e informaban acerca de los grupos de apoyo.

Vio a Edith entre los periodistas que se habían congregado al otro lado de la zona acordonada y trató sin éxito de llamar su atención.

Nadie parece saber qué ha ocurrido y los policías se niegan a responder.

Los políticos de alto rango y los parientes del difunto habían abandonado la iglesia antes que los demás. Rex todavía estaba apretujado en el pasillo central cuando oyó gritos desesperados y notó el movimiento en el oscuro atrio, mientras una marea de gente trataba de volver a entrar en la iglesia para esconderse.

Cuarenta minutos después entró la policía y explicó que tenían la situación bajo control.

Los bomberos empezaron a limpiar la sangre de la amplia escalinata y por todas partes se veía a gente buscando a sus familiares con lágrimas en los ojos.

Rex consiguió contactar con Sammy y DJ por teléfono y acordaron que se encontrarían en casa, donde ya intentarían averiguar qué había sucedido. Se rumoreaba que había sido un acto terrorista y las agencias de noticias hablaban de un gran atentado con un número indeterminado de muertos.

Rex saca la bandeja de *scones* y sirve té hirviendo mientras los otros dos están

sentados a la mesa de la cocina y buscan información en internet.

—Sí, al parecer un político norteamericano ha sido asesinado —dice Sammy.

—Menudo caos —suspira DJ, y coloca la mantequera y los tarros de mermelada junto a las tazas y los platillos.

—Esto es una puta locura —dice Rex.

—Yo intenté salir por el mismo sitio por donde entramos —explica Sammy—. Por la calle David Bagaresgatan, pero estaba cerrada.

—Lo sé —dice DJ—. Yo lo intenté por la escalera que baja hacia Drottninghuset.

—¿Dónde estabais sentados? —pregunta Rex cuando se acerca a ellos con el pan caliente.

—Ambos acabamos arriba, en la tribuna del órgano.

—Yo estaba sentado justo en el pasillo central —añade Rex.

—Te vimos, papá. Te pasaste todo el rato así —dice su hijo, y cierra los ojos y se queda con la boca abierta.

—Estaba disfrutando de la música —intenta justificarse Rex.

—Entonces seguro que te fijaste en las bolas de papel que te tiramos... estábamos sentados a cada lado de la tribuna y competíamos para ver quién te acertaba en la boca.

—¿Eso hicisteis?

—Creo que gané yo —sonríe Sammy, y se pasa la mano por el cabello exactamente igual que siempre hace Rex.

La tirita del antebrazo de Sammy está colgando y Rex vislumbra unas quemaduras de cigarrillo.

DJ le tiende el teléfono y Rex ve la fotografía del rostro bronceado de Teddy Johnson, su cuerpo un poco relleno y la mirada arrogante de sus ojos azul claro.

—Ya han salido diciendo que nada indica que pueda haber ninguna relación con una organización terrorista —dice Sammy.

—Pero ¿han detenido al asesino?

—No lo sé, no pone nada...

—¿Qué está pasando este verano? —dice Rex—. Parece como si todo el mundo se viniera abajo, Orlando, Munich, Niza...

Guarda silencio cuando llaman a la puerta, masculla que no tiene ganas de ver a ningún periodista y sale de la cocina. Baja las escaleras, vuelve a oír el timbre, continúa hasta la puerta y abre.

En el rellano de la escalera hay un hombre de media melena pelirroja y rostro sudoroso. Viste una ajustada chaqueta de cuero con hombreras y un ancho cinturón.

—Hola —dice esbozando una amplia sonrisa, y las arrugas de sus ojos se hacen más profundas.

—Hola —dice Rex perplejo.

—Janus Mickelsen, servicio secreto —añade el hombre, y muestra su identificación—. ¿Tienes un momento?

—¿De qué se trata?

—Buena pregunta —sonríe, y echa un vistazo por encima del hombro de Rex.

—Ya he recibido una visita vuestra antes.

—Sí, exacto, es cierto, la comisaria Bauer... yo trabajo con ella —responde Janus, y se aparta unos mechones de pelo del rostro con un movimiento de cabeza.

—Vale.

—Te caía realmente bien el ministro de Asuntos Exteriores —prosigue el hombre, con una familiaridad en la voz que hace que un escalofrío le recorra todo el cuerpo a Rex.

—¿Políticamente?

—No.

—Éramos viejos amigos —explica Rex con reserva.

—Su mujer dice que nunca te ha visto.

—No debí de causarle muy buena impresión —responde Rex, y esboza una sonrisa forzada.

Sin responder a la sonrisa, Janus entra en el recibidor y cierra la puerta tras de

sí, echa un vistazo por la planta baja y vuelve a mirar a Rex con curiosidad.

—¿Conoces a alguien a quien le guste menos el ministro de Asuntos Exteriores que a ti?

—¿Te refieres a si tenía enemigos?

Janus asiente y se seca el sudor de la frente repleta de pecas.

—Cuando nos veíamos solíamos hablar sobre todo de los viejos tiempos — dice Rex.

—Recuerdos felices —masculla Janus, y se abrocha un botón de la bragueta.

—Sí.

—Te podemos ofrecer protección para testigos... Puedo garantizarte personalmente el nivel más alto.

—¿Por qué iba a necesitar protección? —pregunta Rex.

—Es solo por si tienes información que no te atreves a contarnos porque tienes miedo de acabar mal —explica en voz baja.

—¿Existe alguna amenaza contra mí? —pregunta Rex.

—Espero que no, me encanta lo que haces en televisión —contesta Janus—. Lo único que digo es que yo ayudo a quien me ayuda.

—Pero, por desgracia, no tengo nada que contar.

Janus retrocede con algo de ironía, como si dudara de las palabras de Rex o estuviera muy sorprendido.

—Ahora mismo me estás transmitiendo ciertas vibraciones, y me gustan, pero te noto un poco bloqueado —dice, y mira a Rex con los ojos entornados.

—Quizá.

—Estaba bromeando... no lo puedo evitar, todo el mundo piensa que parezco un poco *hippie*.

—*Peace* —responde Rex, con una sonrisa torcida.

—¿Es un Chagall? —pregunta Janus, y señala una litografía—. Fantástica... un ángel precipitándose al vacío.

—Sí.

—Le contaste a mi colega que tomaste café con el ministro hace un par de



semanas.

—Sí.

—¿Qué día fue exactamente?

—No lo recuerdo —contesta Rex.

—Pero recordarás en qué café estuvisteis, ¿no?

—En el Vetekatten.

—¿Café y pastas?

—Sí.

—Joder, qué bien. Entonces seguro que en el café se acuerdan, Rex y el ministro de Asuntos Exteriores de Suecia sentados juntos devorando pasteles —sonríe Janus.

—Disculpa, pero ¿podríamos hablar de esto más tarde? Acabamos de regresar del funeral y...

—Estaba a punto de preguntarte sobre eso.

—Sí, pero tengo que ocuparme de mi hijo, estamos bastante conmocionados...

—Lo entiendo, claro —dice Janus, y se lleva una mano temblorosa a la boca—. Aunque también me gustaría hablar con él, cuando sea posible.

—Llama por teléfono y acordamos una hora —dice Rex, y abre la puerta.

—¿Tienes coche?

—No.

—No tiene coche —repite Janus pensativo antes de abandonar el recibidor y desaparecer escaleras abajo.

Joona pasa las horas en la estrecha celda sin contacto alguno con el exterior. Entrena el resto de la tarde, mientras repite las palabras del teniente holandés sobre el valor y el miedo, el reparto estratégico de fuerzas y la necesidad de ocultar las mejores armas hasta el último momento.

Joona duerme intranquilo y se despierta temprano. Se lava la cara y después comienza a repasar el caso en su mente. Examina cada detalle que puede recordar, cambia la perspectiva trescientos sesenta grados, muesca a muesca, como el engranaje de un reloj, y cada vez está más convencido de su teoría.

La lluvia cae contra la ventana desde un cielo plomizo y encapotado. El tiempo pasa inexorablemente a través de las paredes y los cuerpos.

Es por la tarde cuando dos funcionarios de prisiones golpean la puerta, abren y le piden que los acompañe.

—Tengo que hacer una llamada, aunque probablemente ya sea demasiado tarde.

Los funcionarios no le responden, se limitan a conducirlo por el pasillo subterráneo. Como un reflejo de lo sucedido días antes, lo llevan a una reunión sin que él lo haya solicitado. En esta ocasión lo trasladan a uno de los llamados cuartos de abogados, más allá de las salas de visita comunes.

Los guardias lo hacen pasar y cierran la puerta tras él.

Hay un hombre con la cara entre las manos sentado a un escritorio que está dividido por la mitad por una pantalla de treinta centímetros de alto. Al otro lado de los barrotes de la ventana se ve un árbol junto al alto muro. De una de las paredes cuelga una fotografía en blanco y negro de París en la que la torre Eiffel está coloreada en un tono dorado.

—¿Ha muerto Absalon Ratjen? —pregunta Jooná.

Carlos Eliasson se recuesta contra el respaldo de la silla y respira hondo. Su rostro está en sombras y una inquieta oscuridad brilla en sus ojos por lo general tan amables.

—Quiero que sepas que me tomé muy en serio lo que me dijiste. Envié dos equipos.

—¿Le dispararon? —pregunta Jooná, y se sienta en la silla frente a su antiguo jefe.

—Apuñalado —responde Carlos contenido.

—Primero en el abdomen... sangró en abundancia, pero no perdió la conciencia a pesar del intenso dolor... hasta que quince minutos después, más o menos, lo ejecutó con...

—Un corte en el cuello —susurra Carlos sorprendido.

—Con un corte en el cuello —asiente Jooná.

—No sé cómo puedes haberte enterado de esto estando en aislamiento, pero...

—Y como no entendisteis cuáles eran los planes del asesino —prosigue Jooná—, no podíais saber que el ministro de Asuntos Exteriores era la primera víctima porque el asesino necesitaba un gran funeral para atraer al siguiente objetivo.

Carlos se sonroja, se pone de pie y se afloja la pajarita.

—El adjunto al secretario de Defensa de Estados Unidos —masculla.

—¿Quién tenía razón? —pregunta Jooná.

Carlos saca un pañuelo del bolsillo del pantalón y se seca la cabeza.

—Tú tenías razón —contesta resignado.

—¿Y quién estaba equivocado?

—Yo... hice lo que me dijiste, pero dudaba de que tuvieras razón —reconoce Carlos, y vuelve a sentarse.

—Nos enfrentamos a un asesino itinerante con formación militar de primera clase... y tiene siete víctimas más en su lista.

—Siete —susurra Carlos, y mira a Jooná.

—El asesino tiene una poderosa motivación para cometer estos asesinatos...

algo que de alguna manera distorsiona su sentido de la realidad.

—Tengo una propuesta —comienza Carlos con cuidado, y saca una carpeta de cuero.

—Soy todo oídos —responde Joona con tranquilidad, igual que hizo unos días antes cuando fue a verlo el primer ministro.

—Esta es una resolución firmada —dice Carlos, y le muestra un papel—. El resto de tu condena se conmuta por servicios a la comunidad en la policía... con efecto inmediato, si aceptas los términos.

Joona apenas lo mira y no responde.

—Y... y después de los servicios a la comunidad te puedo garantizar que serás readmitido, en tu antiguo puesto —dice Carlos, y da unos golpecitos en la carpeta.

La expresión de Joona no cambia.

—El mismo sueldo que antes... puedes tener un aumento si eso es importante para ti.

—¿Tendré el mismo despacho? —pregunta Joona finalmente.

—Han cambiado muchas cosas mientras tú estabas aquí —dice Carlos, y se revuelve en la silla—. Como sabes, ya no somos la Brigada Nacional de Homicidios... nos llamamos DON, Departamento Operativo Nacional. Y el SKL ya no es el SKL, sino el Centro Nacional Forense y...

—Quiero volver a mi despacho —lo interrumpe Joona—. Quiero mi antigua oficina al lado de Anja.

—Sí, pero eso no será posible, por lo menos ahora no. Es demasiado pronto, no funcionaría porque lo cierto es que eres un criminal convicto.

—Comprendo.

—No te preocupes —dice Carlos—. Tenemos unas instalaciones magníficas en la calle Torsgatan, 11... No es lo mismo, lo sé, pero tendrás un apartamento contiguo para pasar la noche y... Aquí lo tienes todo por escrito, lee bien el acuerdo y...

—Prefiero confiar en lo que me dices —dice Joona, sin tocar el papel.

—¿Eso es un sí? Quieres volver, ¿verdad? —intenta Carlos.

—Esto no es un juego para mí —dice Joonas serio—. Cada día que pasa aumenta el riesgo de que haya más muertes.

—Nos vamos inmediatamente —dice Carlos, y se levanta de la silla.

—Necesito mi Colt Combat —dice Joonas.

—Está en el coche.

Joona Linna tiene a su disposición una oficina de cuatrocientos metros cuadrados en un pequeño edificio de cristal y acero que se encuentra en una esquina entre la calle Torsgatan y el apartadero de la estación Central.

Las instalaciones, que pertenecían al Collector Bank, parecen haber sido abandonadas a toda prisa. Hay un par de sillas ergonómicas junto a una mesa escritorio a medio montar, cables polvorientos y folletos pisoteados.

La primera noche se prepara un sencillo plato de pasta en la pequeña cocina del personal, toma un vaso de vino y se sienta a comer en una de las sillas de oficina en la oscura sala de reuniones. A través de los grandes y sucios ventanales ve el intrincado delta de raíles oxidados y los trenes que llegan al apartadero.

Los noticiarios no hablan de otra cosa que no sea el asesinato del adjunto al secretario de Defensa de EE.UU. No hay detenidos, se habla de un escándalo policial, peor que cuando asesinaron a Olof Palme. El FBI ha enviado a sus propios expertos y las relaciones entre ambos países son tensas.

El jefe de prensa de los servicios secretos reitera que se tiene bajo estricto control todas las amenazas conocidas, que se siguen los más altos estándares internacionales a todos los niveles.

Joona lee el informe de la autopsia de Absalon Ratjen, que fue asesinado delante de su esposa y sus hijos, coloca el plato sobre una cajonera y empieza a pensar en los raíles y el implacable cambio de las agujas.

Una vez Joona estuvo casado y tuvo una hijita, y después se convirtió en un hombre solitario.

Los recuerdos recorren su mente: papá, mamá, Summa, Lumi, Disa y Valeria.

Por la noche se tumba en la recepción, en un sofá de tapizado descolorido. En algún momento oye reír a Summa en sueños, casi en su oreja, se da la vuelta y la ve. Está descalza y el cielo arde tras ella, y lleva una corona de novia trenzada de raíces rojas.

A las ocho de la mañana llega el envío del DON: ordenadores, impresoras, fotocopiadoras, y todo el material de la investigación preliminar en cajas de cartón.

Ahora puede empezar a trabajar de verdad.

Joona sabe que ninguno de los tres asesinatos fue cometido por terroristas, todos son obra del mismo asesino itinerante. Está buscando un asesino con un plan preconcebido que lo más probable es que pronto cometa más asesinatos.

Pega en una gran pared fotografías de las tres víctimas y a continuación dibuja una complicada red de relaciones familiares, amigos y colegas. En la pared opuesta traza unas líneas cronológicas que siguen sus infancias, estudios y carreras.

Cubre las paredes de la gran sala que Collector utilizaba seguramente para las reuniones de dirección con fotografías de los lugares donde se han cometido los asesinatos: vistas panorámicas, primeros planos, dibujos e información detallada sobre la autopsia del cuerpo de Absalon Ratjen.

Cubre el suelo del pasillo hasta la cocina con las actas de los forenses e investigaciones técnicas, y pilas de informes de los interrogatorios a familiares, amigos y colegas.

En el suelo de la oficina amontona copias de las informaciones proporcionadas por los ciudadanos y tres correos electrónicos de una periodista que solicita los perfiles tanto del asesino de Absalon Ratjen como del francotirador de Kungstorn.

Joona saca el móvil, que está vibrando en su bolsillo, y comprueba que la llamada procede del departamento de medicina forense del instituto Karolinska.

—¿Es esto legal? —pregunta Nålen con su voz nasal.

—¿El qué? —sonríe Joona.

—Quiero decir... ¿Vuelves a formar parte del cuerpo de policía, diriges la investigación preliminar, tienes autorización para...?

—Eso creo —lo interrumpe.

—¿Eso crees?

—De momento, eso es lo que parece —explica Jooná.

—Entonces, prefiero permanecer en el anonimato mientras respondo a tus preguntas —dice Nålen, y carraspea—. Absalon Ratjen sangró durante diecinueve minutos exactos antes de que lo asesinaran... que es justamente el mismo lapso de tiempo que vivió Teddy Johnson entre el primer disparo y el último... Habría pensado que tal vez se trataba de una coincidencia de no haber sido tú quien lo preguntaba.

—Gracias por tu ayuda, Nålen.

—Soy una fuente anónima —lo corrige, y finaliza la llamada.

Jooná observa la pared con las fotografías. Por la cantidad de sangre y las fotos de las salpicaduras de la cocina del ministro de Asuntos Exteriores, ya sospechaba que tenían que haber transcurrido más de quince minutos entre el primer disparo y el que lo mató.

Ahora sabe que fueron exactamente diecinueve minutos.

Está seguro de que en alguna parte hay algo que relaciona a las tres víctimas entre sí.

Esa conexión será la clave para resolver el caso.

No han sido escogidos al azar.

Entre William Fock y Teddy Johnson hay demasiados vínculos, desde sus años de adolescentes en la escuela Ludviksberg, mientras que Ratjen no parece tener ninguna relación con ellos.

Él ha tenido una vida totalmente distinta.

En ninguna parte del vasto material hay un solo punto por el que hayan pasado los tres.

Un recorte del *Orlando Sentinel* muestra una fotografía del ministro y Teddy Johnson cuando era gobernador de Florida, contemplando una orca que salta



fuera del agua.

La vida de Ratjen había tomado otros derroteros.

Joona no puede relacionarlo con los otros dos; sin embargo, está seguro de que hay algo que lo une a ellos.

Las puertas del ascensor se abren en la recepción y se oye un ligero golpe en el cristal de la sala de reuniones.

Saga Bauer entra y le entrega sonriente un salero y pan como regalo por la mudanza.

—Qué bonito está todo —bromea ella.

—Solo es un poco más grande que la celda de Kumla —responde él.

Saga camina con cuidado entre las pilas de papeles que hay en el suelo, mira por la gran ventana y se vuelve de nuevo hacia Joona.

—No podemos mantener ninguna clase de contacto —dice—. Pero al menos Verner ha accedido a dejarme participar en la investigación... Me puse tan contenta que tiré sin querer al suelo un montón de papeles de su escritorio... y un informe cayó dentro de mi bolso... y no me di cuenta hasta que llegué a casa.

—¿Qué clase de informe?

—El informe de los servicios secretos sobre la familia de Salim Ratjen —explica, y saca una carpeta de su bolsa de deportes.

—¡Vaya!

—Como comprenderás, no me lo puedo olvidar aquí... y tampoco puedo asegurar que te sea de alguna utilidad si todavía andas buscando un eslabón entre Absalon Ratjen y el ministro de Asuntos Exteriores.

Joona coge el informe y va pasando páginas hasta encontrar las que contienen la información sobre Absalon Ratjen. En la distancia, oye a Saga decir que va a bajar a la cafetería de la plaza Lilla Bantorget a comprar un café.

—¿Quieres algo? —pregunta.

Joona lee que Absalon escapó del servicio militar, y murmura algo como que está lanzado, que tiene que pensar.

Absalon llegó a Suecia con diecisiete años, casi tres años antes que Salim. A

través de los extractos de los registros de la oficina de empleo, Jooná descubre que Absalon asistió a unos cursos de sueco y mandó solicitudes a todos los trabajos que se anunciaban, pero los servicios secretos tienen mucha más información. Han encontrado su nombre en una investigación archivada sobre una empresa de limpieza relacionada con evasión de impuestos. Él pertenecía a un grupo de personas que pedían asilo y de las que se sospechaba que habían trabajado en negro como limpiadores, pero como les engañaron con el salario todos los intentos de perseguirlos judicialmente resultaron infructuosos.

Jooná entra en el pequeño despacho con vistas a la galería de arte Bonnier. Es aquí donde ha reunido los datos fragmentarios que tiene sobre el asesino a un lado y los posibles parámetros al otro. También ha confeccionado una lista de los mejores programas de entrenamiento militar de todo el mundo que enseñan las técnicas que ha utilizado el asesino.

Observa las fotografías forenses de las heridas del cuerpo de Ratjen. Todavía no han identificado el cuchillo, pero saben que la hoja es ancha, con un borde dentado y un filo muy incisivo.

El corte mortal a través de las vértebras del cuello se realizó con un machete con la hoja oxidada.

Jooná se sienta en el suelo y continúa leyendo el informe de los servicios secretos.

El correo electrónico amenazador donde se hablaba de comerse el corazón era de un colega de Canadá, y estaba relacionado con un próximo enfrentamiento entre robots de Lego.

El mensaje telefónico con la cancioncilla sobre los conejos fue enviado desde un teléfono de prepago que ya no está en uso.

Saga regresa y coloca una taza de café en el suelo junto a él.

—¿Has encontrado algo interesante?

Jooná hojea la lista de números de teléfono, direcciones IP y fechas exactas. Bebe un poco de café y sigue leyendo que Absalon intentó conseguir una beca de estudios.

—Parece que uno de los niños dibujó con un dedo en la sangre —dice Saga, y señala una de las fotografías de la cocina de Absalon.

—Sí —responde Joonas, sin alzar la vista.

Busca entre las diferentes direcciones de asilo y viviendas compartidas donde Absalon residió, y las compara con las del ministro de Asuntos Exteriores y el político norteamericano. Ambos proceden de familias económicamente privilegiadas y se mudaron de casa por primera vez cuando entraron en el internado.

Eso fue más o menos por la misma época en que Absalon abandonó una vivienda compartida en Huddinge.

Un año después aparece su nombre en una denuncia a la oficina de salud laboral.

Joonas siente que un ligero escalofrío recorre su espalda.

Absalon tenía diecinueve años cuando un gestor de la oficina de empleo le dio una oportunidad. El hijo del gestor trabajaba como bedel en un internado en el sur de Estocolmo, pero había tenido problemas con las drogas. A Absalon le ofrecieron, en secreto, la mitad del salario del hijo si se ocupaba del trabajo de bedel hasta que el muchacho pudiera regresar de su rehabilitación.

Antes de que el asunto se descubriera, él llevaba ocupando la vivienda del bedel casi un año, había conducido sin carnet y había utilizado máquinas que no estaba capacitado para utilizar.

Joonas se pone de pie y se acerca a la ventana, saca su teléfono y llama a Anja.

Está seguro de que acaba de encontrar la conexión entre las tres víctimas.

—Necesito saber quién hizo una denuncia a la oficina de salud laboral hace veintidós años.

—¿Quieres que hablemos de ello durante una cena? —pregunta ella con la boca demasiado pegada al auricular.

—Me encantaría.

Y al momento siguiente la oye tatarrear «*Let's talk about sex*», mientras sus uñas repiquetean sobre el teclado del ordenador.

—¿Qué quieres saber?

—El nombre de la escuela y quién hizo la denuncia.

—Simon Lee Olsson... que era en aquel entonces el director de la escuela Ludviksberg.

Cuando Joonas cuelga, Saga tira su taza a la papelera y lo mira a los ojos.

—Ya has encontrado la conexión —dice ella.

—Absalon trabajó como bedel en Ludviksberg cuando William y Teddy asistían a su último curso allí.

—¿Así que se trata de la escuela?

—De una manera u otra.

Joonas se acerca a una fotografía de hace treinta años y ve que los dos futuros políticos eran compañeros de clase y pertenecían al mismo equipo de remo: ocho muchachos vestidos de blanco con fuertes músculos en hombros y brazos.

—Hay una persona más en la investigación que asistió a esa escuela —señala Saga.

—¿Quién? —pregunta Joonas.

—Rex Müller.

—Me suena ese nombre.

—Sí, un cocinero que sale en televisión... Sé que oculta algo, aunque por otro lado tiene coartada para todos los asesinatos —responde ella lacónica—. Hablamos con él porque aparecía en una grabación meando en la piscina del ministro de Asuntos Exteriores cuando estaba borracho.

—No hay nada sobre eso aquí.

—Janus ha eliminado esa parte.

—Siempre son los detalles los que te ayudan a descubrir la verdad —dice Joonas.

—Lo sé.

—¿Por qué se meó en la piscina?

—La estúpida provocación de un borracho.

—Primero parece una estúpida provocación... Entonces otra pieza del

rompecabezas encaja en su sitio, y de repente Rex Müller se convierte en el centro de atención —dice Joonas.

Rex y Sammy se encuentran solos en la gran cocina del restaurante Smak. Las amplias superficies de trabajo de acero inoxidable están lavadas y secas. Cacerolas, sartenes, cucharones, batidores y cuchillos cuelgan inmóviles de sus ganchos.

Sammy viste un jersey holgado y tiene las cejas pintadas de negro y se ha puesto rímel. En el ojal de la americana, Rex luce una rosa de color rosa que ha cogido de un ramo que ayer le envió la guapa periodista.

En dos semanas, el restaurante cambiará de menú y Rex viene a hacer pruebas en solitario de cada nuevo plato antes de que abran y comience el ajetreado trabajo en equipo.

Una precisión absoluta combinada con una gran rapidez que solo funciona si cada uno de los ayudantes, los cocineros y el jefe de cocina hacen un trabajo perfecto. No es hasta que la cocina se cierra por la noche cuando los cocineros descubren los moratones, las pequeñas quemaduras y los cortes que se han hecho durante las horas de intenso trabajo.

Hoy Rex ha planeado hacer un consomé de setas con pan de centeno frito, rebozuelos encurtidos y aceite de hierbas, espárragos, salsa bearnesa y medallones de entrecot de la granja de Säby. Justo antes de marcharse del apartamento, Sammy salió al recibidor y le preguntó inesperadamente si podía acompañarlo.

Mientras prepara la carne al vacío, Rex le muestra a Sammy cómo cortar las pequeñas hojas de estragón y mezclar después yemas de huevo, caldo de ternera, mostaza y vinagre de estragón.

El muchacho vierte concentrado la yema de los huevos entre las mitades de

las cáscaras.

—No sabía que te interesara tanto el mundo de la restauración —dice Rex en voz baja—. Si lo llego a saber, te habría traído desde el principio.

—Tranquilo, papá.

Sammy alza la vista y lo mira con timidez a través del largo flequillo teñido de rubio. Se ha dibujado una lágrima en la comisura del ojo con un lápiz delineador.

—Eres realmente bueno —dice Rex—. Desearía...

Guarda silencio, pues las palabras se disuelven en el sentimiento de culpa, en la conciencia de que él es el único responsable de no saber nada acerca de su único hijo.

Mientras Sammy corta las chalotas, Rex hace el consomé de rebozuelos y *shiitake*, apio y tomillo.

—Algunos cuelan el caldo a través de varias capas de estopilla —dice, y mira a su hijo—. Pero yo utilizo siempre clara de huevo para retener los contaminantes y residuos.

—¿No tenías que irte pronto de viaje?

—Este fin de semana me reuniré con unos inversores en Norrland... es solo para hacerles un poco la pelota y que se involucren personalmente.

—¿Y no puedes presentarles a un hijo maricón?

—Pensé que... si hasta a mí me aterroriza imaginarme hablando de negocios y cazando renos con un puñado de vejstorios. Pensé que tú...

Rex finge vomitar sobre la cocina, el fregadero y su propia camisa.

—De acuerdo, comprendo —sonríe Sammy.

—Pero si tú quieres...

Se interrumpe cuando oye chirriar la puerta batiente que da al salón, y está pensando que el subjefe de cocina llega temprano cuando se abre la puerta y entra la bella agente de los servicios secretos, Saga Bauer, acompañada de Janus Mickelsen.

Sammy mira a Saga como si estuviera a punto de llorar. A pesar de la cicatriz del rostro, su aspecto es asombroso.

—Hola —dice ella, y señala al hombre que la acompaña—. Este es mi colega, Janus Mickelsen.

—Ya nos conocemos —dice Rex.

—Antiguas órdenes de Verner —le explica Janus a Saga.

—Este es mi hijo Sammy —dice Rex.

—Hola —dice Sammy, y les tiende la mano con inesperada cortesía.

—¿Tú también eres cocinero? —pregunta Saga con amabilidad.

—No... no soy nada —dice él, sonrojándose.

—Necesitamos hablar con tu padre unos minutos —dice Janus, y toca una lima reluciente.

—¿Me voy al comedor? —pregunta Sammy.

—Por mí puedes quedarte —responde Rex.

—Tú decides —contesta Saga.

—Estoy intentando acabar con los secretos —señala Rex.

Retira con cuidado la clara coagulada de la sopa y baja un poco el fuego.

—Te vi en la tele cuando hablabas del ministro de Asuntos Exteriores — comienza Saga, y se apoya contra la encimera—. Fue hermoso y conmovedor...

—Gracias, eso...

—A pesar de que solo eran mentiras —añade.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Rex, tratando de hablar como si de pronto se hubiera puesto a la defensiva.

—Orinaste en los muebles de su jardín y...

—Lo sé —ríe entre dientes—. Eso fue un poco excesivo, pero teníamos...

—Calla —dice cansada.

—Nuestra jerga era...

—Cierra la boca.

Rex guarda silencio y la mira. Comienza a sentir un tic en el músculo bajo un ojo. Sammy mantiene la vista fija en el suelo, pero no puede evitar sonreír.

—Estabas a punto de decir que así era vuestra amistad —dice ella con tranquilidad—. Que teníais un humor extraño, os gastabais muchas bromas



pesadas... pero eso no es cierto porque no erais amigos.

—Él era mi más viejo amigo —intenta Rex, a pesar de que comprende que es inútil.

—Sé que no os relacionabais desde hace treinta años.

—Quizá no lo hacíamos con frecuencia —responde en voz baja.

—En absoluto, no os habéis visto en absoluto.

Rex aparta la mirada y ve que Janus se ha quitado un pelo blanco de gato del puño de su chaqueta de cuero.

—Pero ibais al mismo internado —dice Saga con calma.

—Mi padre era jefe del Handelsbanken, vivíamos en Strandvägen, yo debería haber encajado en la escuela Ludviksberg.

—¿Y no encajabas? —pregunta Saga.

—Me hice cocinero, no director de empresa —responde Rex, y retira la cacerola del baño María.

—Qué decepción —sonríe ella.

—Aunque, en realidad, lo soy, en todos los aspectos.

—¿Eso crees?

—A veces sí... y a veces no —dice sinceramente, y mira a Sammy—. Soy un alcohólico sobrio, pero he tenido algunas recaídas... y una cosa que ocurre cuando estoy borracho es que no soporto al bueno de nuestro ministro de Asuntos Exteriores... Ya no importa, ahora está muerto, pero... fue un cerdo mientras vivió.

Janus Mickelsen se aparta unos rizos pelirrojos de la cara y cuando sonríe se marcan las arrugas en sus ojos.

El alivio por haber dicho la verdad apenas dura unos segundos, pero enseguida empieza a sentir que está atrapado en una tela. Rex corta el pan de centeno fresco y húmedo, siente que las manos no son del todo firmes y deja con cuidado el cuchillo sobre la tabla de cortar. No comprende qué buscan los agentes de los servicios secretos.

¿Quizá conocían la grabación desde un principio?

Tal vez ella vio la sangre en la silla cuando estuvo en su casa.

Rex se pregunta si debería ser más cuidadoso, si debería ponerse en contacto con un abogado o hablar de la pelea entre DJ y el borracho.

—Creía que queríais hablar del asesinato de Teddy Johnson —dice después de una pausa.

—¿Sabes algo de eso? —pregunta el hombre pelirrojo, y lo mira fijamente.

—No, pero me encontraba allí cuando ocurrió.

—Ya tenemos muchos testigos —dice Janus, tocándose una oreja durante un momento.

—Sí, claro... Entonces ¿qué queréis saber? —dice Rex, y carraspea.

—Quiero saber por qué llamas cerdo al ministro de Asuntos Exteriores y orinas en su piscina —responde Saga Bauer con suavidad.

—De acuerdo —susurra él.

—Sammy, solo quiero que sepas que tu padre no es sospechoso de ningún crimen —añade ella.

—Solo es mi padre en los papeles —responde Sammy.

Rex se lava las manos y se las seca en un paño de cocina.

—De joven nuestro ministro de Asuntos Exteriores era... ¿cómo decirlo?

Wille no soportaba que yo siempre obtuviera mejores resultados en los exámenes. Él también sacaba notas muy buenas, claro, porque su familia había financiado la escuela durante más de cien años, pero eso no era suficiente para él... Cuando Wille se enteró de que yo salía con una chica de una clase paralela, tuvo que acostarse con ella... y lo hizo solo para fastidiar, para demostrar su poder en la escuela, eso era lo que hacía.

—Quizá ella quisiera acostarse con él —sugiere Saga.

—Por supuesto, seguro que ella quería, pero... Y no digo que yo tuviera razones más nobles que él, pero yo estaba realmente enamorado... y para él ella no significaba nada.

—¿Cómo puedes saber si estaba o no enamorado de tu novia? —pregunta Saga.

—Me lo dijo... la llamó infinidad de cosas, como puta de club y *grupi*.

—Parece que era un auténtico cerdo —asiente ella.

—Soy consciente de que todos los que van a Ludviksberg son unos privilegiados —prosigue Rex—. Pero detrás de los muros, la escuela estaba muy dividida entre nosotros, los nuevos ricos, y los pocos que generación tras generación habían tenido garantizada su posición, sus privilegios... todos sabían que había reglas especiales, becas y agrupaciones solo para ellos.

—Pobre papá —ironiza Sammy.

—Sammy, yo tenía diecisiete años, es una edad muy delicada.

—Era una broma.

—Lo sé, solo quería dejarlo claro —dice él, y se vuelve hacia Saga de nuevo—. En cualquier caso... Nuestro futuro ministro de Asuntos Exteriores era presidente de un exclusivo club masculino que había en el campus... Ni siquiera sé cómo se llamaban, pero recuerdo que él llamaba al local donde se reunían la Madriguera... y cuando Grace entró a formar parte del grupo, supe que para ella yo ya era solo una mierda. Ella no sabía lo que decían a su espalda, claro, los veía como si fueran estrellas, como celebridades.

Se da cuenta de que la expresión de Saga ha cambiado, como si algo de lo que

ha dicho la hubiera hecho ponerse en guardia.

—¿Quién más formaba parte del Club del Conejo? —pregunta ella.

—Solo lo sabían ellos, era secreto y la verdad es que me da lo mismo.

—¿Así que no conoces a más miembros?

—No.

—Es importante —dice Saga, alzando la voz.

—Tranquila —susurra Janus, y toma un vaso de vino del estante.

—Yo no me relacionaba con ese grupo —responde Rex—. No tengo ni idea, solo intento explicar por qué no soportaba al ministro de Asuntos Exteriores cuando me emborrachaba y me ponía pesado.

—Pero Grace tiene que saber quiénes formaban parte del club —dice Saga.

—Por supuesto.

A Janus Mickelsen se le cae el vaso al suelo. Estalla y los trozos se esparcen entre los armarios.

—Lo siento —dice Janus, y las cejas claras se tornan blancas de indignación—. ¿Tienes una escoba?

—Déjalo estar —dice Rex.

—Disculpa —murmura Janus, y comienza a recoger los trozos más grandes.

—¿Sabes cómo me puedo poner en contacto con ella? —pregunta Saga.

—Era de Chicago...

Cuando Saga Bauer se ha marchado, Rex fríe los rebozuelos y dos trozos de pan de centeno con mantequilla, los coloca sobre los platos y añade el consomé.

Sammy y él se ponen a comer de pie junto a la encimera.

—Está rico —dice su hijo.

—Tómate tu tiempo y sé absolutamente sincero.

—No sé... está bueno y ya está.

—Yo echo de menos algo de acidez —dice Rex—. Mañana tendré que probar con un poco de lima.

—A mí no me mires —sonríe Sammy.

Rex no consigue sacudirse el malestar después de la conversación. Oír el nombre de Grace le ha producido una sensación de inquietud en el corazón. Lo único que recuerda es que ella se negó a verlo más y dejó de responder al teléfono.

—Esa mujer es alucinante —dice Sammy, y apura su plato.

—¿Quién?

—Quién... —se ríe.

—Sí, la poli, lo sé, es la mujer más bella que he visto... a excepción de tu madre, por supuesto.

—Papá, me cuesta creer que treparas por encima de la valla del ministro de Asuntos Exteriores y te mearas en su piscina —dice su hijo sonriendo.

—No me caía muy bien.

—Eso está claro.

Rex deja su plato sobre la encimera.

—No le he contado todo a la policía, ahora no me puedo ver envuelto en nada turbio.

—¿Qué ha ocurrido?

—No, nada... es solo que no quiero que piensen que tengo algo que ver con la muerte del ministro de Asuntos Exteriores.

Sammy arquea las cejas.

—¿Por qué iban a hacerlo?

—Porque lo que pasó con ese grupo del colegio es que me engañaron para que entrara una tarde en la caseta y me dieron una buena paliza, me rompieron varias costillas y me dejaron esto de regalo —dice Rex, y señala la profunda cicatriz del puente de la nariz—. Quizá no fue para tanto, pero ya sabes lo que es tener el orgullo herido... no podía seguir viéndoles cada día, hacer como si no hubiera pasado nada, convertirme quizá en víctima de acoso escolar... Así que abandoné la escuela enseguida.

—Eran ellos los que deberían haberse ido.

—Ni pensarlo —dice Rex, y se encoge de hombros—. Ellos tenían todo el poder y yo no tenía a quién acudir... El director, los profesores, todos los protegían.

—Deberías contarle esto a la policía —dice Sammy seriamente.

—No puedo —responde Rex.

—Pero, papá, no pasará nada, eres un chef, eres bueno, no has hecho nada violento en toda tu vida.

—No es tan sencillo —responde Rex.

Sammy toquetea las bolsas con carne envasada al vacío puestas al baño María y comprueba la temperatura y el reloj del circulador de inmersión.

—La carne lleva dos horas al baño —dice.

—Entonces pon la mantequilla, unas ramitas de tomillo, un diente de ajo y...

El sol se oculta tras una nube y una lluvia plomiza golpea perezosamente contra la ventana que da al patio. La iluminación artificial queda desnuda, circunscrita entre sombras líquidas. De repente, a Rex le parece haber oído algo en el interior del restaurante, como si alguien vestido de plástico se moviera entre las mesas.

Camina despacio hacia la zona de maniobra que funciona como una esclusa entre la cocina y el comedor, y se detiene, empuja con cuidado la puerta de vaivén y escucha.

—¿Qué pasa? —pregunta Sammy detrás de él.

—No lo sé.

Rex traspasa la chirriante puerta y continúa hacia el interior del comedor vacío. Aquello es como una imagen de un sueño: las mesas puestas, la lluvia que cae por las ventanas, la luz tornasolada sobre los manteles blancos, los cubiertos de plata y las copas de vino.

Rex se sobresalta cuando suena el teléfono en su bolsillo trasero. El número es secreto, pero responde de todas formas. La señal es débil y oye la estática en su oído. A través de la gran ventana ve pasar coches y personas con paraguas bajo la lluvia. Repite su nombre, espera unos segundos y está a punto de colgar

cuando se escucha la lejana voz de un niño.

—*Ten little rabbits, all dressed in white, tried to go to Heaven on the end of a kite...*

—*I think you've dialled the wrong number*<sup>[3]</sup> —dice Rex, pero el niño no parece oírlo y continúa entonando su cancioncilla.

—*Nine little rabbits, all dressed in white, tried to go to Heaven on the end of a kite. Kite string got broken, down they all fell. Instead of going to Heaven, they went to...*

Rex escucha la cuenta atrás de la cancioncilla antes de que se interrumpa la conexión.

A través de una ventana ve que hay un niño debajo del viaducto a unos cincuenta metros de distancia. El rostro, que queda oculto entre las sombras, desaparece cuando el niño se da media vuelta y se adentra en la oscuridad de un garaje.

Hace bochorno y una luz aceitosa cubre los campos que bordean la carretera a Nynäsvägen. Joonas adelanta un camión cargado de material de demolición.

El director de la escuela Ludviksberg se negó a entregar la lista de alumnos a menos que Joonas pudiera mostrar una orden formal del fiscal o del jefe responsable de la investigación.

—Esto es un internado privado nacional —le explicó el director por teléfono—. Y no estamos sujetos al principio de publicidad ni al de libertad de información.

El rastro de las tres primeras víctimas conduce hasta el internado hace treinta años, piensa Joonas mientras se dirige hacia Ludviksberg.

Probablemente la siguiente víctima esté relacionada con este lugar.

Quizá el asesino también.

La escuela es el vínculo geográfico, piensa Joonas.

Pero, de alguna forma, las cosas tienen que encajar a un nivel más profundo.

Tiene que descubrir la constelación específica, encontrar el algoritmo, resolver el enigma.

Mientras conduce, escucha una lista de reproducción que hizo para su hija Lumi. Son viejas grabaciones de música folk sueca, canciones de paseo y *hambo*. Violines que evocan toda la tristeza estival, la añoranza de la adolescencia y el efecto transformador de las noches luminosas.

Piensa en la corona nupcial trenzada de rojo de Summa y en su sonrisa cuando se subió al escabel para besarlo.

Después de Ösmo, Joonas abandona la autopista y conduce en dirección oeste hacia el mar, sigue la estrecha carretera de curvas y cruza dos puentes y un túnel



entre cuatro islas.

Está cerca de Muskö cuando Saga Bauer lo llama. Baja la música, toca la pantalla del coche y responde.

—Tengo que hablar contigo —dice ella sin preámbulos, y Jooná la oye arrancar su moto.

—¿Puedes hacerlo?

—No.

—Yo tampoco puedo hablar contigo.

Jooná piensa en la ironía de que Saga Bauer y él intenten resolver el enigma de los asesinatos juntos a pesar de que sus misiones son como el día y la noche: ella tiene que ocultarlo todo y él tiene que descubrirlo todo.

El agua está plateada y tranquila y Jooná ve una bandada de patos separarse de sus reflejos cuando levantan el vuelo mientras escucha a Saga contarle que Rex tenía una novia —Grace Lindstrom— que lo dejó por William Fock.

—Ahora viene lo interesante —añade ella.

—Soy todo oídos —responde Jooná mientras conduce por una zona militar.

—En la escuela, William pertenecía a una especie de club para alumnos selectos, no sé a qué se dedicaban, pero el local se llamaba la Madriguera.

—La Madriguera —repite Jooná, y piensa que se están acercando.

—Eso es lo que andamos buscando, ¿verdad?

—¿Tienes los nombres de los miembros?

—Solo Grace y Wille.

—¿Nadie más?

—Rex no tenía ni idea.

—Pero Grace tiene que saberlo —dice Jooná.

—Sí, claro, pero al parecer vive en Chicago...

—Iré hasta allí —dice Jooná.

—No, he hablado con Verner, iré yo tan pronto como tenga la dirección.

—Bien.

Jooná frena con suavidad y continúa por una avenida que conduce

directamente a la escuela Ludviksberg. El gran edificio principal parece una mansión campestre con paredes de piedra encalada y tejado tipo mansarda.

Deja el coche en el aparcamiento de las visitas y se dirige hasta la gran escalinata a través del césped. La tierra está repleta de flores azules, pero los venados y los conejos se han comido las hojas y los tallos. Joonas se agacha y recoge una de las flores rotas que han quedado.

Pasa junto a un grupo de alumnos que visten el uniforme azul marino con montones de libros de texto entre sus brazos.

En la entrada, hay una gran fotografía en color de todo el campus con flechas y carteles. Hay cuatro residencias para las chicas y cuatro para los chicos, la casa del bedel, viviendas para profesores, caballerizas, almacén, la caseta de la bomba de agua, instalaciones deportivas y una caseta playera.

Joonas cruza la puerta de cristal que conduce a la oficina del director, muestra su identificación a la secretaria y esta lo conduce hasta una gran sala con paneles de roble barnizado e imponentes ventanales que dan al parque. Detrás de la mesa escritorio cuelga una fotografía enmarcada de los miembros de la familia real que han asistido a la escuela como alumnos.

El director está delante de un tresillo de cuero marrón oscuro con un montón de papeles en una mano. Se trata de un hombre delgado de unos cincuenta años con el rostro afeitado, cabello rubio oscuro peinado a raya y postura erguida.

Joonas se acerca directamente a él y le entrega la pequeña flor azul y luego saca un documento de una carpeta de plástico.

—Esta es la orden del fiscal.

—Eso no será necesario —dice el director, y ni siquiera mira el papel—. Estaré encantado de poder ayudar.

—¿Dónde está el registro de alumnos?

—A su disposición —sonríe él, y hace un gesto hacia la estantería empotrada que ocupa una de las paredes.

Joonas se acerca a la biblioteca. Allí se encuentran encuadernados todos los anuarios desde que se fundó la escuela. Sigue los lomos y busca treinta años

atrás.

—¿Puedo preguntar de qué se trata? —dice el director, y deja la flor junto al teclado del ordenador antes de sentarse.

—Una investigación preliminar —responde Jooná, y saca un libro.

—Lo entiendo, pero... aun así, me gustaría saber si es algo que pueda afectar negativamente a la escuela.

—Estoy intentando detener a un asesino itinerante.

—No sé qué es eso —dice el director ahogando una risita.

—No —responde Jooná, saca cuatro anuarios y los coloca encima de la mesa.

Comienza a hojear las viejas imágenes de hace treinta años y ve fotografías de cuando el escritor de barba blanca William Golding dio una clase magistral, la procesión de Santa Lucía y competiciones de tenis, críquet, equitación y salto.

Mira fotografías de graduación, bailes escolares con grandes orquestas y almuerzos dominicales en el comedor con manteles blancos, arañas de cristal y personal de servicio.

Según la lista que aparece en la parte posterior, el internado cuenta con unos quinientos treinta alumnos por año lectivo. Contando los profesores, secretarias, gobernantas y encargados de las residencias de los alumnos que viven en cada una y el resto de los empleados, en cada libro aparecen unos seiscientos cincuenta nombres.

En una fotografía se ve a un jovencísimo William Fock, el hombre que mucho más tarde se convertiría en el ministro de Asuntos Exteriores de Suecia, recibiendo una beca del director de entonces.

Jooná guarda sin prisa cinco de los anuarios en su bolsa de tela verde militar.

—Esta es una biblioteca con los registros de la escuela —protesta el director—. No se puede llevar nuestros anuarios...

—Hábleme de la Madriguera —dice Jooná, y cierra la cremallera de la bolsa.

Por un momento, el director parpadea sorprendido y el gesto de su mentón se endurece.

—Estoy de acuerdo con la prensa internacional en que la policía sueca debería

ocuparse de encontrar al asesino de Teddy Johnson... Es solo una pequeña sugerencia, ya que veo que usted y sus colegas no acaban de saber cómo ocupar su tiempo.

—Había una agrupación aquí en la escuela —dice Jooná.

—No sé nada de eso.

—Quizá fuera secreta.

—Lo siento, no creo que tengamos ningún club de poetas muertos —sonríe el director con frialdad.

—Entonces ¿no existen los grupos y las logias tradicionales?

—He dejado que eche un vistazo, aunque no creo que encuentre a su asesino entre nosotros, pero... Pero no responderé a sus preguntas sobre las actividades privadas de los alumnos o las agrupaciones a las que eventualmente pudieran pertenecer.

—¿Hay algún empleado que haya trabajado aquí más de treinta años?

El director no responde, y entonces Jooná rodea el escritorio y comienza a teclear en el ordenador, accede al estado de las cuentas y llega a los salarios de los empleados.

—El responsable de los establos —dice el director en voz baja.

—¿Cómo se llama?

—Emil... algo.

En las caballerizas hay un grupo de alumnos fumando. Una chica monta sola en un picadero y varios caballos pastan en un prado detrás del edificio. Los estudiantes pueden traer sus caballos a la escuela y estos reciben un servicio completo durante todo el curso.

Justo cuando Jooná entra en las caballerizas vibra su móvil. Se trata de un mensaje de texto de Saga. En él le explica que tomará el próximo vuelo directo a Chicago para hablar con la única persona conocida relacionada con la Madriguera.

Grace Lindstrom.

En el interior de los establos hay un intenso olor a caballo, cuero y heno. La cuadra consta de veintiséis boxes con una salita caldeada para las sillas.

Hay un hombre delgado de unos sesenta años vestido con una chaqueta acolchada verde y botas de goma que está cepillando a un caballo capón de color café.

—¿Emil? —pregunta Jooná.

El hombre deja de cepillar y el caballo relincha y las orejas se mueven nerviosas ante la voz del extraño.

—Tiene una hermosa cruz y un buen lomo —dice Jooná.

—Pues sí —responde el hombre, sin darse la vuelta.

Deja a un lado el cepillo y el rascador con manos temblorosas.

Jooná se acerca al castrado y le acaricia el ijar. El caballo es sensible, la piel reacciona de inmediato, se contrae bajo su mano.

—Un poco nervioso —dice Emil, y se vuelve hacia Jooná.

—Quizá es demasiado impetuoso.

—Tendría que verlo galopar, corre como el viento.

—Acabo de hablar con el director y me ha dicho que quizá pueda ayudarme —dice Jooná, y muestra su identificación de policía.

—¿Qué ha sucedido?

—Estoy juntando un gran rompecabezas y necesito ayuda con una pieza de alguien que lleve trabajando mucho tiempo en la escuela.

—Yo empecé a trabajar como mozo de cuadra hace treinta y cinco años — responde Emil con recelo.

—Entonces conocerá la Madriguera —dice Jooná.

—No —contesta el hombre lacónico, y vuelve la mirada hacia un ventanuco.

—Es el local de una especie de club —explica Jooná.

—Tengo que trabajar —murmura Emil, y agarra el mango de una pala.

—Lo entiendo, pero es evidente que sabe perfectamente de qué hablo.

—No.

—¿Quiénes se reunían en la Madriguera?

—¿Cómo quiere que lo sepa? Yo era un mozo de cuadra... y sigo siendo poco más que un mozo de cuadra.

—Pero ve cosas, ha visto cosas. ¿No es cierto?

—Yo me dedico a mis asuntos —responde Emil, y suelta la pala como si se hubiera quedado sin fuerzas.

—Hábleme de la Madriguera.

—La oí mencionar los primeros años, pero...

—¿Quiénes pertenecían a ella?

—No tengo ni idea —susurra.

—¿Qué hacían allí? —insiste Jooná.

—Hacían fiestas, fumaban, bebían... lo normal.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque eso es lo que suelen hacer.

—¿Asistió a esas fiestas?

—¿Que si asistí? —pregunta Emil con la barbilla temblorosa—. Váyase a la

mierda.

El caballo siente su nerviosismo y se excita, patea el suelo y se golpea contra el box de forma que una brida comienza a balancearse en la pared.

—Ha mirado hacia la caseta de la bomba de agua cuando he preguntado por la Madriguera, ¿es ahí donde está?

—Ya no existe —dice Emil, respirando hondo.

—Pero ¿estaba ahí?

—Sí.

—Muéstremela.

Salen juntos, suben por el sendero de gravilla, pasan de largo ante la casa del bedel y siguen hacia la caseta de la bomba, allí abandonan el camino y continúan por la linde del bosque.

Emil conduce a Jooná hasta los cimientos de una casa cubiertos de malas hierbas y brotes de abedul. Se detiene vacilante ante una pequeña abertura en el suelo, coge con la mano un poco de hierba y arranca las espigas.

—¿Esta es la Madriguera?

—Sí —responde Emil, y parpadea para contener unas lágrimas en la comisura de los ojos.

Inmensas raíces han roto algunos de los pilares y entre los tupidos arbustos se ve una estrecha escalera completamente cubierta de tierra y piedras.

—¿Qué clase de sitio era este?

—No lo sé, no soy bienvenido aquí arriba —susurra Emil.

—¿Por qué se ha quedado en la escuela todos estos años?

—¿Dónde podría encontrar unos caballos tan bonitos como estos? —dice el hombre, y después se encamina de regreso a los establos.

Los cimientos cubiertos de maleza están a unos cincuenta metros por detrás del viejo *corps de logis* de la gran finca, un edificio gris claro de dos plantas que acoge la residencia Haga.

Jooná coloca la bolsa de tela en el suelo, saca uno de los anuarios más antiguos, vuelve a hojear las páginas y mira con atención cada vez que aparece

la residencia Haga.

Se detiene ante una fotografía de invierno donde los rubios alumnos de mejillas sonrojadas mantienen una pelea de bolas de nieve.

Detrás de ellos se ve un hermoso pabellón azul.

Se encontraba justo aquí.

La Madriguera no era una entrada subterránea, no era un sótano bajo unos viejos cimientos.

Hace treinta años en este lugar había un bonito edificio.

En la fotografía, las ventanas del pabellón están cerradas. Sobre la puerta, en letras doradas, pone BELLANDO VINCERE, una especie de lema.

Joona patea el suelo con fuerza en la esquina de la base, camina un poco por el lugar, arranca un poco de maleza con sus raíces, aparta algunos ladrillos con el talón, se agacha y recoge un trozo de madera carbonizada. Le da la vuelta y ve que es un fragmento del arco de una ventana.

Regresa al edificio principal de la escuela y entra de nuevo en la oficina del director con la secretaria pisándole los talones.

—Ann-Marie —dice el director cansado—, ¿puede explicarle al comisario cómo funcionan las horas de visita...?

—Si vuelve a mentirme le detengo, le arrastro hasta mi coche y le conduzco hasta el centro de detención de Kronoberg —le dice Joona al director.

—Me pondré en contacto con nuestros abogados —jadea el hombre, y se estira para coger el teléfono.

Joona coloca el trozo de madera negra sobre la mesa. Tierra y diminutas astillas carbonizadas caen sobre la superficie reluciente.

—Cuénteme qué pasó con el edificio azul que se quemó.

—El pabellón Crusebjörn —dice el director en voz baja.

—¿Cómo lo llamaban los alumnos?

El director suelta el teléfono, se pasa la mano por la frente y susurra algo para sí mismo.



—¿Qué ha dicho? —pregunta Jooná bruscamente.

—La Madriguera.

—Es evidente que la dirección de la escuela se ocupaba del mantenimiento del pabellón —dice Jooná.

—Sí, claro —reconoce el director.

Grandes manchas de sudor se han extendido bajo las mangas de la camisa blanca.

—Pero la dirección cedió el pabellón a un club interno.

—El poder no siempre es visible —dice el director en voz baja—. No siempre es la dirección la que toma las decisiones.

—¿Quiénes pertenecían al club?

—No lo sé, eso está por encima de mi nivel, yo mismo nunca tendría acceso.

—¿Por qué se quemó?

—Fue... El incendio fue provocado... No se hizo ninguna denuncia a la policía, pero un alumno fue expulsado.

—Deme un nombre —dice Jooná, y lo observa con mirada gélida.

—No puedo —resopla el director—. No lo entiende... Perdería mi trabajo.

—Merece la pena —dice Jooná.

El director está sentado con la mirada gacha, sus manos tiemblan sobre la mesa y, finalmente, dice en voz baja:

—Oscar von Creutz... Él fue quien quemó el pabellón.

Joona entra corriendo a través del gran vestíbulo del hospital Danderyd y piensa en la Madriguera como una estrella muerta que atrae hacia sí todo lo demás.

De momento solo hay dos líneas que seguir.

Dos nombres.

Uno de ellos era parte del grupo y el otro quemó el lugar.

Saga ha conseguido localizar a Grace, y Joona se ha puesto en contacto con Anja para que busque a Oscar.

La escuela Ludviksberg no disponía de ninguna lista donde aparecieran los alumnos que tenían acceso a la Madriguera.

La dirección estaba acostumbrada a manejar ciertos privilegios familiares con discreción.

Únicamente los propios miembros sabían quiénes pertenecían al club.

William Fock solo había presumido acerca del exclusivo club con Rex como parte de un juego de poder, como un niño que invita a caramelos a unos y a otros no.

Más adelante, en el pasillo, ve a Anja Larsson esperando delante de los ascensores. Está enfundada en un vestido naranja que se ajusta a su cuerpo rollizo.

Los robustos hombros delatan que hace tiempo fue campeona olímpica de natación, pero en la actualidad trabaja para el DON. Antes de la sentencia de cárcel contra Joona Linna, ella era su colaboradora más cercana.

Justo cuando llega el ascensor, Joona alcanza a Anja. Entran al mismo tiempo, se miran y rompen a reír.

—¿Quinto piso? —pregunta Joona, y aprieta el botón.

—Aún te quedaban varios años de condena por cumplir en Kumla —murmura Anja, y lo mira con los ojos entrecerrados.

—Quizá.

—Parece que te ha sentado bien, estás más guapo que nunca —dice ella, y lo abraza con fuerza.

—Te he echado de menos —le susurra él al oído.

—Mentira —sonríe ella.

Permanecen abrazados hasta que se abre la puerta en la quinta planta. Anja se separa de él de mala gana y se toca la comisura de los ojos mientras caminan por el pasillo.

—¿Cómo está Gustav?

—Saldrá de esta —responde ella, tratando de sonar animada.

Pasan ante una pared acristalada que conduce a una recepción vacía y una sala de espera con un expositor colgado de la pared con revistas medio rotas de tanto hojearlas.

La habitación de Gustav se encuentra un poco más allá, pero antes de llegar a su pasillo Anja se detiene.

—Voy a buscar un café. Creo que quiere hablar contigo a solas —dice bajando la voz.

—De acuerdo —responde Joona.

—Sé bueno con él —dice ella, y desaparece.

Joona llama a la puerta y entra. La habitación es pequeña, con paredes pintadas de color crema y un pequeño armario de madera clara.

En la ventana hay un gran ramo de flores en un jarrón delante de los estores bajados.

Gustav está tumbado en una cama de hospital con la colcha amarilla de la sanidad pública sobre las rodillas. La vía intravenosa gotea de forma constante a través del regulador. El vendaje que le han puesto después de la amputación le cubre todo el tórax y un tubo de plástico conduce a una bolsa de drenaje medio llena.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta Jooná, y se sienta en la silla junto a la cama.

—Estoy bien —dice Gustav, y se vuelve hacia él.

Hace un gesto hacia el muñón del hombro.

—Un poco colocado todo el tiempo, no dejan de atiborrarme de pastillas... lo único que hago es dormir —dice sin sonreír.

—¿Es Anja la que te trae flores?

—En realidad son de Janus... Espero que no tenga problemas por lo ocurrido, porque es un buen tipo... Es un buen líder, un buen francotirador, y al igual que tú, no puede dejar las cosas hasta que están resueltas.

Su rostro amable se ve sereno y muy pálido, tiene los labios casi blancos.

—Jooná... he pensado mucho en lo que tenía que decirte si tenía ocasión... y lo único que puedo decir es que siento vergüenza... y que lo siento muchísimo. Sé que no debo hablar sobre esto... pero a ti tengo que decírtelo, la actuación fue una catástrofe. No logro comprenderlo, perdí a Sonny y Jamal... perdí el helicóptero, perdí a Markus y...

Sus ojos se llenan de lágrimas y guarda silencio, niega con la cabeza y susurra:

—Lo siento.

—Nadie puede predecir el giro que tomarán los acontecimientos, nadie —dice Jooná en voz baja—. Uno lo hace lo mejor que puede, pero a veces las cosas salen mal... y tú has pagado un precio muy alto.

—Yo tuve suerte —dice Gustav—. Pero los demás...

Sus palabras se apagan, cierra los ojos y es como si se hubiera perdido en sus pensamientos. Su rostro se hunde despacio sobre el pecho y Jooná comprende que se ha dormido.

Cuando sale al pasillo se encuentra a Anja al otro lado de la puerta comiendo un bollo de canela de una bolsa. Jooná le entrega el talego con los anuarios que se ha llevado de la escuela Ludviksberg y le pide que compruebe todos los nombres en el registro de condenados, desaparecidos o muertos.

—Voy a entrar un momento a saludar a Gustav —dice Anja.

—¿Has encontrado algo acerca de Oscar von Creutz?

—Espero una respuesta en cualquier momento —dice ella, y le tiende la bolsa de bollos.

Cuando mete la mano, Anja la aprisiona y ríe como una loca mientras él intenta liberarse. La mujer observa a Joonas sonriendo mientras él se come un bollo, le explica que el café se había acabado, pero que puede ir a buscarle un vaso de zumo de fresa. Y entonces suena el teléfono de Anja.

—De acuerdo —dice ella—. Oscar von Creutz está empadronado en la calle Österlånggatan, 10... y tiene una casa en la Riviera francesa... Vive solo pero ha empezado a salir con una mujer, Caroline Hamilton... a mi parecer es demasiado joven para él... Ninguno de los dos responde al teléfono.

La bonita casa del siglo XIX es una construcción inusualmente moderna para encontrarse en Gamla stan y se alza por encima de los edificios circundantes.

Esta mañana no se ha visto a Oscar von Creutz por el trabajo. Y su novia, Caroline, no se ha presentado a sus clases en el instituto Enskilda.

Joonas llama a la puerta del piso de la planta superior y espera unos segundos, después vuelve a golpear con fuerza, mira por la ranura del buzón y ve las cartas en el suelo del recibidor.

Acciona la manilla y nota que la llave no está echada.

El sol penetra por los cristales coloreados de la ventana en el silencioso hueco de la escalera.

Joonas mete la ganzúa con maña en la cerradura, toquetea las clavijas de tope, gira con suavidad, tira hacia fuera, vuelve a intentarlo y oye cómo el mecanismo emite un clic.

La puerta del apartamento de Oscar von Creutz se abre y algunas cartas y folletos se esparcen por el rellano.

—Policía —grita Jooná—. ¡Voy a entrar!

Saca la pistola y entra en un amplio recibidor con roperos empotrados de madera negra. La ropa se ha caído de las perchas y está tirada sobre los zapatos y las botas.

Una bolsa de plástico con champú, acondicionador y jabón se ha caído y un charco de un líquido rosa se extiende por el rugoso suelo de piedra caliza.

Jooná entra con cuidado en el cuarto de estar, donde hay una escalera que conduce a un *loft* con paredes acristaladas. El aire estancado está cargado de un olor mustio, y una luz amarillenta penetra por la ventana y cae sobre el suelo brillante.

La hoja de la mesa de cristal que hay entre los sofás está rota y los pequeños trozos de vidrio se han esparcido por el suelo.

Las lámparas del piso de arriba están encendidas. El resplandor ilumina la cortina de la pared acristalada.

Jooná permanece inmóvil unos segundos y luego sigue por el pasillo hacia la cocina. Oscuros retratos familiares al óleo cuelgan en una larga hilera.

Hay un polvo blanco pisoteado en el suelo y unas huellas conducen hasta una puerta cerrada.

—¡Policía! —grita Jooná de nuevo.

Alarga el brazo con cuidado y empuja la puerta. Todo está en silencio. Vislumbra un cuarto de baño con paredes y suelo de mármol de color gris grafito.

Entra con rapidez, apuntando con la pistola hacia la oscuridad, y hace un amplio barrido con el cañón por las paredes.

Hay lápiz de labios, cremas de maquillaje y sombra de ojos esparcidos por el suelo y el lavabo.

Se acerca a la bañera independiente de cobre y ve que ha estado llena de agua, pero que la superficie ha bajado dos decímetros y ha dejado un rastro de suciedad.

Debajo de un armario de pared con una puerta de espejo abierta hay unos

cuantos botes de pastillas y un paquete de tiritas. En el espejo ve el pasillo que hay a su espalda, y cuando se mueve hacia un lado ve la huella de una mano que se ha arrastrado por la pared en dirección a la cocina.

Piensa en los conejos que intentan volar hacia el Cielo en una cometa cuando la cuerda se rompe repentinamente.

El suelo cruje bajo su peso.

Joona entra en una cocina con comedor contiguo, pasa por encima de un paquete de harina pisoteado en el suelo, sigue pegado a la pared de la derecha y, tras hacer un nuevo barrido con su arma, la baja.

Iluminados por la luz del sol, sobre la isleta de la cocina, hay una lata de caviar de Kalix, beicon ecológico y una bolsa de verduras para wok.

El agua de las verduras congeladas se ha derretido y ha goteado por el suelo.

En el fregadero hay alineadas latas de conserva, polvo para hornear y un paquete de cereales. Todas las puertas de los armarios superiores están abiertas.

Joona continúa hacia el robusto mobiliario del comedor —una mesa de madera oscura y dieciocho sillas—, y se detiene en uno de los extremos.

Junto a una taza de café medio llena y un plato con una rebanada de pan tostado sin tocar, hay un periódico matutino. La noticia sobre la muerte de Teddy Johnson a la salida de la iglesia de Sankt Johannes ocupa toda la portada.

Joona sube a la planta superior, busca en el cuarto de baño y en ambos dormitorios. En uno de ellos hay una maleta medio llena encima de la cama de matrimonio sin hacer. En la otra habitación, los cajones de la cómoda con ropa interior y calcetines están abiertos.

Joona mete el arma en la cartuchera y abandona el apartamento. Al salir, empuja el correo hacia dentro con el pie, cierra la puerta de nuevo y baja corriendo las escaleras.

Oscar no conocía la noticia de la muerte de Teddy Johnson hasta que se sentó a la mesa con el periódico.

El asesinato lo asustó, empezó a hacer las maletas, tirando la ropa por todas partes, y acabó discutiendo con su novia.

Oscar tenía mucho miedo.

Y presintió que no había tiempo que perder.

Tal vez su novia y él lo dejaron todo, tal vez se llevaron algunas maletas antes de huir.

Su plan inicial de llevarse provisiones de latas y comida preparada indica que no tenían intención de marcharse a la casa de Francia, sino que pensaban ir a algún escondite que se encontraba relativamente cerca.



Saga Bauer se despierta mientras sobrevuelan el lago Michigan. Desde tres mil metros de altura el agua parece completamente lisa y con un brillo metálico entre gris y blanco.

Se seca la boca con la mano y piensa en el corto mensaje de texto en el que Joonas le contaba que la Madriguera era un edificio que quedó totalmente destruido en un incendio durante el último año de Rex en la escuela.

No se presentó ninguna denuncia, pero aquello condujo a la inusual medida de que expulsaran a uno de los alumnos aristocráticos, Oscar von Creutz.

El personal de cabina reitera que tienen que apagar todos los aparatos electrónicos.

Saga saca su libro del bolsillo delantero, lo guarda en su bolso bandolera, se recuesta y espera a que aterricen en el aeropuerto internacional O'Hare.

Su viaje forma parte de un acuerdo entre los servicios secretos suecos y el FBI tras la muerte en Suecia del adjunto del secretario de Defensa de Estados Unidos, y tiene lugar en el marco del Grupo de Contraterrorismo y la solicitud de asistencia jurídica internacional.

Aun cuando Saga no cree que la muerte fuera obra de un terrorista, tomó el primer vuelo a Chicago.

A ella no le importa si lo llaman intercambio de información, ayuda de campo o apoyo de expertos.

Y ahora que Joonas la ha convencido de que persiguen a un asesino itinerante, no pueden perder tiempo.

El asesino ha entrado en su fase activa.

No habrá periodos de inactividad, ningún descanso. El ritmo se acelerará más

y más.

Ha asesinado a tres personas y piensa matar a siete más.

*Ten little rabbits.*

Saga piensa en la cancioncilla, las orejas cortadas y la Madriguera.

En estos momentos, la Madriguera es la única pista que tienen.

El joven William, que más tarde sería ministro de Asuntos Exteriores de Suecia, fue presidente del club y le había quitado la novia a Rex cuando esta se convirtió en miembro.

Quizá Oscar von Creutz perteneció al club, o quemó el pabellón porque le negaron el acceso.

Pero Grace es la única integrante con vida que conocen.

Ella estuvo allí, conoció a los demás miembros.

A través de ella quizá puedan rastrear al asesino y a las próximas víctimas.

Sé que Grace es la clave de todo, piensa Saga justo cuando las ruedas del avión tocan la pista de aterrizaje, y la fuerte desaceleración hace que se deslice hacia delante.

Se quita el cinturón de seguridad, se levanta y pasa de largo junto a los pasajeros de *business class*. Una azafata está a punto de decirle que se siente, pero no se atreve, y la deja salir antes que a los demás.

Después de pasar el control de pasaportes pasa casi a la carrera por la sala de recogida de equipajes y la aduana y desemboca en el vestíbulo de llegadas. Finge no ver al chófer del FBI que la espera con un MISS BAUER escrito en un cartel.

No tiene tiempo de ir a Roosevelt Road, tomar un café y fingir que está investigando un acto terrorista.

Saga se detiene en una tienda para turistas, compra una pequeña caja de hojalata de Swedish Dream Cookies y después se apresura hacia la salida.

Grace asistió a la escuela Ludviksberg cuando su padre, Gus Lindstrom, ocupó el cargo de agregado de defensa de la embajada estadounidense en Estocolmo.

Después se mudó a Chicago para finalizar los estudios de bachillerato en el viejo instituto donde había estudiado su padre.

Ahora Grace tiene más de cincuenta años, no ha estado nunca casada, no tiene un teléfono registrado a su nombre y no es activa en las redes sociales. Desde hace un año se ha instalado en el exclusivo centro residencial de rehabilitación Timberline Knolls. Saga ha llamado por teléfono preguntando por ella, ha hablado con una recepcionista y una directora, y ha pedido que le transmitieran un mensaje a Grace, pero no ha recibido ninguna llamada de respuesta.

Joonas le ha mandado una fotografía, una muchacha rubia con bonita dentadura que muestra un diminuto trofeo. Lleva una doble fila de perlas alrededor del cuello y el cierre refleja el flash de la cámara. El jersey claro se ha arrugado por debajo del pecho y una de las tiras del sujetador asoma por el escote.

Saga sale corriendo del vestíbulo de llegadas, cruza unas puertas de cristal, pasa de largo ante la parada de taxis y sigue por la acera hacia la derecha, con sus polvorientos anuncios de Microsoft Cloud.

El aire cálido huele a fritanga y a humo de coches. La basura revolotea en círculos delante de una salida de emergencia.

Saga cruza una carretera y encuentra la hilera de agencias de alquiler de coches, entra en una gélida oficina y alquila un Ford Mustang amarillo brillante.

Abandona el aeropuerto, conduce a través de una gran zona industrial, después toma la carretera 294 y pasa por suburbios de chalets y casas adosadas.

¿Es Grace solo una niña privilegiada que abandonó a Rex por los esnobs del club masculino, la hija mimada de un diplomático norteamericano que nunca se sintió a gusto en Suecia, que solo deseaba volver con sus amigos de Chicago?

Al parecer, durante su cuarto semestre en Ludviksberg, su estatus era lo suficientemente alto para, sin ser aristócrata, permitirle acceder a la Madriguera.

Saga conduce sobre canales a través de la reserva forestal Waterfall Glen y ve a una asustada familia de patos correr hacia el agua.

Reduce la velocidad y gira hacia el acceso flanqueado de árboles que lleva a Timberline Knolls, pasa las altas verjas y aparca delante del edificio principal.

Huele a bosque húmedo y hierba recién cortada.

No ha pasado ni media hora desde que abandonó el aeropuerto.

En la recepción, una mujer la mira con amabilidad detrás de un alto mostrador de madera de cerezo con brillantes folletos en un expositor.

Saga explica la razón de su visita en inglés. Dice que ha viajado desde Suecia, es una vieja amiga de la familia Lindstrom y le gustaría visitar a Grace.

—Voy a echar un vistazo a su programa —sonríe la mujer—. Tiene terapia de arte dentro de una hora... y después tenemos yoga.

—No me quedaré mucho rato —asegura Saga, se registra en el ordenador y recibe un pase de visitante.

—Siéntese y vendrá a buscarla alguien del personal de seguridad —asiente con la cabeza la mujer.

Saga se sienta, hojea uno de los folletos y ve que Timberline Knolls es un centro de rehabilitación holístico y espiritual para mujeres de doce años en adelante.

—¿Señorita? —dice una voz ronca.

Un hombre muy corpulento, enfundado en un ajustado uniforme de vigilante, la está observando. Respira aparatosamente por la nariz y tiene la frente perlada de sudor. Del cinturón, bajo la prominente barriga, cuelgan una porra, una pistola eléctrica y un revólver de grueso calibre.

—Me llamo Mark y soy quien tendrá el honor de llevarla al baile de graduación —dice.

—Qué agradable —responde ella sin sonreír.

Salen a un sendero que conduce a los diferentes bloques. Los familiares pasean con los internos o están sentados en alguno de los bancos del verde parque.

—¿Tienen pacientes violentos? —pregunta ella.

—La señorita puede sentirse completamente segura en mi compañía —responde el guardia.

—He visto que lleva revólver.

—Algunos de nuestros clientes son famosos y extremadamente ricos... así que le ruego que no se quede mirando fijamente —dice, y respira fatigado.

—No estoy mirando fijamente.

—Si sale corriendo y trata de hacerse un *selfie* con Kesha le aplicaré seis millones de voltios en su lindo culito... y si va armada le meteré seis balas entre las tetas.

El guardia camina balanceándose y se seca el sudor de la frente con una servilleta de papel sin blanquear.

—Qué duro —susurra Saga.

—Sí, pero si es buena conmigo yo seré bueno con usted.

Dejan atrás un gran edificio de columnas blancas, un cartel donde dice TIMBERLINE ACADEMY y una casa de piedra que funciona como estudio de pintura.

Mark está jadeando cuando le abre la puerta de un edificio de aspecto moderno. La conduce por una sala de estar con ventanas con listones de madera que dan al parque y continúan por un pasillo de paredes azul claro.

—Llame a recepción cuando desee que la vengán a recoger —dice el guardia y, tras llamar con cuidado a una puerta, le hace una señal con la cabeza para que pase.

Saga entra en una pequeña habitación con una cama, una cómoda y un sillón de lectura. Hay algunas bolas de arcilla en el suelo junto a una gran maceta con una palmera. Una mujer delgada está sentada ante la ventana que da al sendero, y sus dedos toquetean la silicona gris que sella el cristal a la estructura de la ventana. Al otro lado se ve una superficie de hierba y un banco junto a un gran rododendro.

—¿Grace? —dice Saga con suavidad, y espera a que ella se dé la vuelta—. Me llamo Saga Bauer y vengo de Suecia.

—No me encuentro bien —dice la mujer con la voz apagada.

—¿Le gustan las galletas suecas? He comprado algunas en el aeropuerto.

Grace se vuelve hacia Saga y se pasa nerviosa la mano por una mejilla. Los años han dejado su huella en ella, han borrado todo rastro de lo que fue y la han convertido en una mujer envejecida.

El cabello gris está recogido en una fina coleta sobre su frágil hombro, el rostro está demacrado y arrugado, y un ojo ha sido sustituido por una prótesis de inanimada porcelana.

—Tenemos una cafetera en la sala de estar —dice en voz baja.

Preparan la mesita redonda que hay junto al tresillo con pequeñas tazas y se sientan una frente a la otra. Saga le tiende el plato de galletas y ella le da las gracias, coge una y la pone en su platito.

—Hay muchas personas con antepasados suecos en Chicago —dice Grace, y se pellizca la chaqueta de punto gris—. La mayoría acabó en Andersonville. Durante un tiempo hubo más suecos aquí que en Gotemburgo, eso leí. La abuela materna de mi padre, Selma, era de Halland... llegó aquí en mayo de 1912 y se

puso a trabajar como criada.

—Y usted ha mantenido el idioma —dice Saga, para animarla a seguir hablando.

—Papá solía viajar a Suecia con frecuencia y... y finalmente acabó siendo agregado de Defensa en Estocolmo —relata Grace con un deje de orgullo en la voz.

—Agregado de Defensa —repite Saga.

—Hay mucha historia y muchas tradiciones... ¿Sabía que las relaciones diplomáticas entre los dos países se establecieron inicialmente entre Benjamin Franklin y el ministro de Asuntos Exteriores sueco?

—No, no lo sabía.

—Papá era muy fiel al embajador —dice Grace, y posa la taza sobre el plato.

—¿Ha vivido en Suecia?

—Adoraba aquellas noches iluminadas...

La manga de la chaqueta se desliza hacia abajo cuando la mujer hace un gesto hacia el techo y Saga ve que su delgado brazo está cubierto de cicatrices, como una sarta de espinas blancas de pescado.

—Usted fue a una escuela a las afueras de Estocolmo.

—La mejor que había.

Guarda silencio y deja caer las delgadas manos sobre las rodillas. Saga recuerda que el padre de Grace se quedó durante todo el tiempo que el embajador Lyndon White Holland permaneció en Suecia, a pesar de que su hija volvió a Chicago después de solo dos años.

—Pero regresó aquí después de solo cuatro semestres —dice Saga fingiendo cierto desconcierto.

Grace se sobresalta y la mira un instante.

—¿Hice eso? Quizá echaba de menos mi casa...

—¿Aunque sus padres se quedaran en Suecia?

—Papá acababa de comenzar en su puesto.

—Pero antes de regresar a casa usted formó parte de un club en la escuela

Ludviksberg —dice Saga con tranquilidad—. Solían reunirse en un pabellón al que llamaban la Madriguera.

El rostro arrugado de Grace se estremece.

—Ese era solo un nombre ridículo —masculla.

—Pero era un buen club... para las familias más selectas —intenta Saga.

—Ya sé adónde quiere ir a parar... Yo tenía un novio que me introdujo en la orden de caballería Crusebjörn... Ese era su auténtico nombre. Solo tenía dieciocho años, no era más que una tonta... una buena muchacha de Chicago que cada domingo asistía a la iglesia luterana sueca. Nunca había pensado que me atrevería a salir con nadie hasta que llegué a Suecia...

Comienza a respirar de una manera extrañamente agitada, hurga en el bolsillo en busca de su medicina, saca un bote blanco con un tapón rojo, pero se le caen las pastillas al suelo.

—Entonces ¿sabe quiénes eran sus miembros?

—Eran como estrellas de cine... Solo con poder entrar allí, solo con que me vieran, me sentí como la Cenicienta.

Grace acepta las pastillas que Saga ha recogido, da las gracias en silencio y se traga una sin agua.

—¿Cómo se llamaba su novio?

—«Novio» no es la palabra correcta... pero hace tanto tiempo de aquello —finaliza.

—No parece muy feliz al recordarlo.

—No —susurra Grace, y vuelve a guardar silencio.

—No todos los novios son buenos —dice Saga, tratando de captar su mirada.

—Cuando me di cuenta de que había puesto algo en mi bebida ya era demasiado tarde, me sentí mal, intenté llegar a la puerta... recuerdo que me miraban con el rostro vacío... la habitación daba vueltas, me vi obligada a ponerme de rodillas para no caerme... intenté decir que quería irme a casa...

Grace se tapa la boca y mira al frente.

—Le hicieron daño —dice Saga en voz baja, y procura sonar tranquila.



Grace baja las manos temblorosas.

—No sé, yo estaba tumbada en el suelo —dice con voz apagada—. No podía moverme, ellos me sujetaban los pies y los brazos mientras Wille me violaba... Pensé en mamá y papá, en qué podría decirles.

—Lo siento mucho —dice Saga, y le aprieta la mano.

—Pero nunca dije nada, no podía contar que todos los del club abusaron de mí... Estaban en fila, se empujaban... No podía entender por qué estaban tan enfadados conmigo, gritaban y me golpeaban en la cara.

Guarda silencio y toquetea las migas de las galletas de la mesa.

—Cuénteme lo que recuerde.

—Recuerdo... recuerdo que comencé a sentir un dolor terrible, no sé, solo sentí que estaba mal, que me estaban haciendo mucho daño... pero ellos siguieron y siguieron, jadeaban, gruñían, me besaban en el cuello, tiraban de mí...

Su voz se apaga y respira pesadamente.

—Se turnaban y vi sus manos ensangrentadas... les rogué, les rogué que llamaran a una ambulancia... Como no podía dejar de llorar me golpearon en la cara con un cenicero, luego rompieron una botella...

Se encoge y jadea.

—Lo último que recuerdo es que Teddy me metió el pulgar en el ojo... creí que me moría, debería haber muerto, pero solo me desmayé...

Llora de impotencia y desesperación y sus hombros se agitan con violencia. Saga no dice nada, solo le sujeta la mano y deja que finalice el relato.

—Me desperté sobre un montón de estiércol junto a los establos, allí me dejaron tirada. Fue el encargado de los caballos quien me encontró, fue él quien me llevó al hospital.

Saga continúa sujetándola con fuerza hasta que se calma.

—¿Recuerda sus nombres?

Grace se seca las lágrimas y baja la vista a sus manos.

—Estaba Teddy Johnson... y cómo se llamaba... Kent... y Lawrence, espere

—susurra, y niega con la cabeza—. Sé cómo se llaman todos.

—Antes ha mencionado a Wille —le recuerda Saga—. Más tarde llegó a ser ministro de Asuntos Exteriores de Suecia.

—Sí...

—Él era su novio, ¿verdad? —pregunta Saga.

—¿Qué? No, mi novio se llamaba Rex... estaba muy enamorada de él.

—¿Rex Müller? —pregunta Saga, y siente cómo le corre el sudor por la espalda.

—Él fue quien lo organizó todo —dice Grace, y sus labios temblorosos hacen un esfuerzo por sonreír—. Él era el peor, todo fue culpa suya... Dios... me engañó para que fuera a la Madriguera y...

Guarda silencio como si se hubiera quedado sin voz. Saga mira a la delicada mujer y piensa que tiene que llamar a Joonas enseguida.

—¿Estuvo Rex presente durante la violación? —pregunta.

—Por supuesto —responde Grace, y cierra los ojos.

—¿Recuerda algún otro nombre?

—Espere —susurra ella.

—Ha mencionado a Wille... que es William Fock, Teddy Johnson y Kent...

Se abre la puerta de la habitación y dos hombres con traje gris oscuro entran.

—¿Agente especial Bauer? —dice uno de ellos, y muestra su identificación con el emblema dorado de la policía federal.

El casco azul oscuro choca con fuerza contra las olas y la espuma golpea el parabrisas de la cabina. Una de las defensas recogidas se suelta de su cabo y rueda sobre la cubierta mojada.

—Sujeta el timón —le dice el capitán a Jooná, y abandona la cabina.

La roda de la embarcación de la guardia costera 311 se eleva aún más sobre el agua antes de que el barco comience a planear y aumente la velocidad.

A través del parabrisas rayado, Jooná ve cómo el capitán sale a la cubierta de proa, sujeta la defensa suelta y la asegura con un as de guía. Se tambalea cuando la roda golpea contra una ola más grande y el agua salpica por encima de la borda, pero consigue mantener el equilibrio, se incorpora, entra en la cabina y vuelve a tomar el timón.

El capitán tiene el largo cabello recogido en una coleta, tatuajes hasta en los dedos y *kohl* alrededor de los ojos. Al resto de la tripulación parece encantarle que juegue a ser el capitán Sparrow, y lo llaman Jack.

—¿Alcanza los treinta y cinco nudos? —pregunta Jooná.

—Si le clavo las espuelas en los costados —responde Jack, y cuando ríe se le ven los caninos torcidos.

Su rostro se torna serio e incrementa la velocidad aún más. Uno de los hombres aplaude y silba.

—Jack —grita un hombre musculoso que está sentado limpiando su pistola—. A esta velocidad tienes que tener cuidado con la guardia costera.

—He oído que son unos tipos muy duros —responde el capitán.

—¡No tan duros como nosotros! —gritan los demás al unísono.

Jooná sonrío y echa un vistazo al mar enfurecido. El fuerte viento persigue a

las nubes negras por el cielo.

Ni el teléfono de Oscar ni el de Caroline siguen operativos, pero Anja encontró un último mensaje de ella en Instagram. Se había hecho un *selfie* con expresión mohína y había escrito las palabras «tiempo de calidad».

En la fotografía, aparece apoyada contra una pila de palés grises y detrás se ve una señal de plástico rojo de la jefatura de tráfico con información sobre el embarcadero de Stavsnäs.

Anja descubrió enseguida que un hermanastro de Oscar es dueño de una casita en una isla del archipiélago exterior, justo frente a Stavsnäs.

—Entiendo que es un honor llevarte a bordo —dice el capitán, y le dirige a Joonas una rápida mirada.

Bajo sus pies, el suelo vibra a causa de los motores diésel que funcionan a todo gas. Hacen una maniobra para rodear un grupo de escollos rocosos, avanzan alineados con las crestas de las olas y se balancean en el mar embravecido. El agua barre la cubierta y desaparece por los sumideros.

El capitán señala a través del parabrisas hacia una isla gris oscura que parece un espeso campo en la oscuridad.

—Bullerön no es solo una más de las diez mil islas que hay por aquí fuera... Cuando Bruno Liljefors se la vendió a Kreuger, el magnate de la prensa, empezaron a acudir invitados como Zarah Leander, Errol Flynn y Charlie Chaplin... A esta pequeña isla, donde prácticamente no hay más que rocas y que se puede cruzar en media hora. ¿Qué crees que hacían aquí? —pregunta Jack, y sacude la cabeza con malicia.

Se aproximan a la isla y el capitán reduce la velocidad. Uno de los hombres sale a cubierta, se planta con las piernas separadas para no perder el equilibrio y cuelga las defensas por el lado de estribor.

En tierra no se ve ninguna luz, las olas rompen espumosas contra los acantilados, los árboles consumidos se doblan con el viento.

—¿Puedo preguntar qué esperas encontrar aquí? —pregunta el capitán.

—Estoy buscando a una persona a la que necesito interrogar —responde

Joona.

Entran en el puerto y se dirigen al muelle de hormigón donde suele atracar el ferry. El capitán pone la marcha atrás, pero aun así choca con el borde con un sonido estridente antes de detenerse con el lado de estribor pegado al muelle.

—Esa persona... ¿es peligrosa? —pregunta Jack, mientras contiene los remolinos formados por las olas.

—Lo más probable es que esté asustada —responde Joona, y sale a cubierta mientras la tripulación amarra el barco.

—¿Puedo ir contigo? —pregunta Jack al salir de la cabina.

—Llévate la pistola.

Ambos hombres saltan a tierra y Jack se ajusta la cartuchera alrededor de la cintura mientras caminan por las rocas desnudas. La isla está muy oscura, aquí la noche se ha hecho más patente que en el mar. Las olas rompen rítmicamente contra las rocas y las gaviotas emiten sus quejosos graznidos.

La casa, que en un principio apenas fue una sencilla cabaña de pescadores, se encuentra apartada en una bahía al sur, a cierta distancia de los otros edificios.

Contra el cielo nocturno la fachada aparece primero negra, como sangre coagulada, pero cuanto más se acercan más se parece a una tradicional casa de madera roja que está adosada a un cobertizo de barcos sobre unos pilotes encima del mar embravecido.

La ropa de Joona se agita con el viento cuando se detiene y comprueba su arma.

La casa está atrancada como a la espera de un huracán. Hay tablones clavados en el exterior de puertas y ventanas.

Joona y el capitán continúan bajando hacia el edificio. La hierba crece en los canalones y los groselleros se agitan con el fuerte viento.

Hay boyas de color naranja y anclas flotantes junto a los pilares de la casa. En la parte de atrás hay un viejo almacén que se parece a una portería de fútbol con ganchos oxidados a lo largo de la barra.

—Aquí no hay nadie —dice Jack.

—Ya veremos —responde Jooná en voz baja.

Piensa que es posible que Oscar y su novia hayan venido hasta aquí en su propio barco y lo metieran en el cobertizo de barcos como si fuera un garaje.

Tal vez la entrada por el agua es la única que no está atrancada.

Jooná se desliza por la roca resbaladiza junto al cobertizo de barcos, acerca el rostro a los tablones inferiores de la pared e intenta ver algo a través de la ranura.

Poco a poco aparece una superficie de agua oscilante. El cielo reflejado se balancea entre las paredes de madera grisácea.

—Ahí dentro no hay ningún barco —constata Jooná, y vuelve atrás.

Pasa junto a una leñera con montones de madera de abedul, ve que el hacha está profundamente clavada en un tocón y que en el suelo hay grandes trozos de astillas.

Se detiene junto al cobertizo de herramientas. Hay serrín entre las grietas. Jooná indica con un gesto a Jack que se detenga, se acerca con cuidado al cobertizo, abre la puerta y entra.

Las herramientas cuelgan ordenadamente de la pared y en el suelo hay un banco de trabajo con una sierra de mano al lado de unos caballetes apilados unos sobre otros.

—Creo que están aquí —dice Jooná, y desengancha una pata de cabra de la pared.

—¿Dónde? —pregunta Jack.

—En la casa —responde Jooná.

—No lo parece.

—Él claveteó hace poco las puertas y ventanas.

—¿Y qué te hace pensar eso?

—Sopla viento del oeste desde hace un par de días... Oscar ha cortado los listones de madera aquí dentro y ha cargado con ellos hasta la casa... la mayor parte del serrín ha salido volando, pero no el que ha estado protegido del viento del oeste, aquí en las grietas.

—Sí, de acuerdo —dice Jack—. Tienes razón, esto no estaría aquí si el viento

cambiara... pero todas las entradas están claveteadas desde el exterior. No puede haber nadie ahí dentro si no ha recibido ayuda de alguien del exterior.

Regresan a la casa y miran de nuevo. Un poco de serrín cuelga de una tela de araña debajo de una ventana claveteada. Joonas tira de los listones de madera, va a la ventana siguiente, da la vuelta a la esquina, se detiene delante de la puerta de la cocina y ve que se abre hacia dentro.

No importa que los listones estén ahí.

Presiona la manija e intenta abrir la puerta.

Sin duda, está claveteada por dentro.

Oscar y Caroline pusieron los listones en el exterior para que pareciera que estaba atrancada y después se arrastraron hacia el interior y sellaron la puerta por dentro.

Los clavos chirrían cuando Jooná arranca los tablones de la puerta principal. Presiona la delgada punta de la pata de cabra contra la cerradura y aprieta. El marco cruje al astillarse y se desprende todo el cerradero.

Jooná abre la puerta y echa un vistazo al oscuro recibidor. Aparte de la puerta de la cocina, todas las entradas están atrancadas por el exterior.

—¡Policía! —grita bien alto—. ¡Vamos a entrar en la casa!

Sus palabras son engullidas por la oscuridad y el silencio. Las ráfagas de viento golpean el tejado y hacen que la veleta gire entre chirridos.

Jack ha empezado a respirar más deprisa, mira nervioso alrededor y susurra algo para sí mismo. Jooná saca la pistola y entra con cuidado en el recibidor. En la alfombra hay una pequeña muñeca con las piernas extrañamente separadas. Alguien ha garabateado en su rostro con un rotulador.

Impermeables y viejos anoraks cuelgan de unos ganchos encima de un zapatero con botas de agua y zuecos.

Jooná abre el cuadro eléctrico al otro lado de la puerta y ve que el interruptor principal está apagado.

—Aquí no hay nadie —susurra Jack de nuevo.

Siguen adelante y entran en una habitación donde hay un televisor y un sofá de cuero desgastado. El aire está completamente quieto y huele a madera seca y polvo. La pantalla negra del televisor refleja las cortinas de las ventanas corridas y los listones en cruz del otro lado del cristal.

—¡Policía! —vuelve a gritar Jooná—. ¡Oscar, necesitamos hablar contigo!

Abre una puerta y entra en un dormitorio con una litera con las camas hechas. Los anchos tablones del suelo chirrían bajo su peso. Hay una mosquitera



apoyada contra la pared y el cable de una lámpara de pie desenchufado. En la litera inferior hay un dibujo infantil, estropeado por la humedad, de una niña contenta que sujeta un esqueleto de la mano.

Jack entra en el otro dormitorio y oye un chirrido que enseguida cesa. Aquí la luz es casi inexistente. Las tupidas cortinas están corridas y el resquicio entre ellas está cerrado con tres pinzas.

Alguien ha estado tumbado en la cama de matrimonio, la colcha está apartada y en una de las almohadas se ven manchas de sangre seca. Hay una bolsa de plástico azul de Ikea repleta de ropa y zapatos.

Cuando Jack abre el armario, se tambalea debido al suelo irregular. Lo único que hay en sus estanterías son un par de camisetas descoloridas y un biquini azul.

Detrás de él, a un lado, se oye un crujido, y Jack se da la vuelta e intenta desenfundar la pistola.

Da un paso a un lado, pero no puede ver nada en el oscuro rincón junto a la cama. Desenfunda la pistola temblando, se acerca con cuidado y vislumbra una forma, grande como la cabeza de un niño, debajo de la cama.

Vuelve a oír el chirrido y comprende que proviene del techo, tiene que ser una gaviota deslizándose las patas por las tejas.

Continúa hacia el oscuro rincón, y al agacharse la coleta le cae por encima del hombro. Ve que solo se trata de una pelota de plástico desinflada con un Pokémon amarillo como motivo.

Joona echa un vistazo en el cuarto de baño con suelo de linóleo azul claro, un inodoro incinerador de gas, lavabo y una cabina de ducha con la puerta cerrada. Encima de una lavadora hay un paquete de detergente dañado por la humedad y una cesta con pinzas. Joona entra y abre la puerta manchada de cal de la cabina

de la ducha. Ahí solo hay una fregona con mango rojo y un cubo.

Joona sale del cuarto de baño y se encuentra a Jack en el pasillo que lleva a la cocina, la última habitación de la casa.

Se miran el uno al otro y asienten con la cabeza.

Jack alarga la mano, baja la manija de la puerta cerrada, la abre de un empujón y da un paso atrás cuando Joona entra con la pistola en la mano.

Ahí no hay nadie.

Joona rodea rápidamente la alta mesa de cocina con cuatro taburetes de bar, dirige la pistola hacia la nevera y luego la baja.

La ventana está tapada por dentro con un cartón, pero bajo el débil resplandor se ve una hilera de latas de conserva sobre la encimera.

Joona camina sobre el suelo que cruje y se detiene delante de la puerta que da afuera.

Está claveteada por el interior.

Por aquí fue por donde entraron, justo como él había pensado.

Hay unas puertas plegables de madera que dan al cobertizo de barco anexo. Parecen unas enormes contraventanas, y van desde el suelo hasta el techo.

Joona posa la mano en la vieja cocina de madera, que se encuentra junto a una más moderna, eléctrica.

Está fría.

En una esquina, en un recogedor, hay fragmentos de un cuenco y algunos trozos de caramelos.

Joona se agacha, toca una salpicadura de sangre que hay en una pata de la mesa, y después ve las gotas rojizas que van por el suelo en dirección al cobertizo para barcos.

Alza la pistola, se acerca a las puertas plegables, intenta abrir una de ellas, pero se atranca después de apenas unos centímetros.

Tira con más fuerza, pero la puerta está atascada.

De repente le parece ver una luz blanca parpadear ahí dentro en la oscuridad. Se inclina hacia la rendija que ha conseguido abrir entre las gruesas puertas

plegables y mira. Por lo poco que puede ver, el cobertizo se utiliza como comedor. Puede vislumbrar una pequeña y larga mesa, y el respaldo de las sillas a un lado.

Joona intenta descorrer la puerta, pero se detiene cuando oye unos golpecitos en el interior del cobertizo.

Se vuelve a hacer el silencio.

Espera unos segundos y después introduce el brazo hasta el hombro por la rendija.

Ahora ya no puede ver el interior de la habitación, pero palpa la puerta en un intento por descubrir cómo está cerrada.

Vuelve a oírse el sonido entrecortado en el cobertizo.

Joona se detiene, escucha y con la otra mano coloca el cañón de la pistola contra la puerta antes de seguir palpando el otro lado.

—¿Qué ocurre? —susurra Jack.

Joona se apoya en una rodilla y encuentra un cerrojo junto al suelo. Retira con cuidado el gancho del fiador con la punta de los dedos.

Se suelta con un ligero clic y la rendija se amplía un poco.

Joona saca rápidamente el brazo, se pone de pie, se echa a un lado y apunta a la abertura a la altura del pecho.

El golpeteo ha cesado.

Abre la puerta y mira a la oscuridad. La puerta plegable se desliza chirriando, doblándose en secciones hacia la pared.

Joona se mueve en silencio hacia un lado con el arma levantada e intenta dilucidar qué son las formas que distingue en la oscuridad.

De repente ve que hay una persona en medio de la habitación.

Un rostro a poco más de un metro del suelo.

Joona se pone automáticamente sobre una rodilla, encuentra enseguida la línea de tiro y coloca un dedo en el gatillo.

Bajo el débil resplandor de la ventana que da al oeste, ve a una mujer joven que está atada a una silla.

El cabello rubio está enmarañado, la boca cubierta con cinta americana.

Ella lo mira fijamente y comienza a sacudir con fuerza la parte superior del cuerpo de forma que las patas de la silla golpean el suelo.

—¿Caroline? —dice Joon.

La mujer atada mira a Jooná con los ojos como platos. Tiene la parte inferior de la nariz negra a causa de la sangre seca y sus brazos y piernas están atados con una gruesa cinta adhesiva.

—¿Caroline? —repite Jooná—. No tengas miedo, soy policía y he venido a ayudarte.

Detrás de ella se encuentra la mesa con latas de conserva abiertas y cucharas dentro, pan crujiente y un gran bidón de plástico de agua.

—¿Qué diablos es esto? —susurra Jack.

El cobertizo no está aislado contra el frío y el viento se cuele a través de las rendijas del suelo. La sombría luz que penetra por la ventana con cortinas de encaje brilla sobre una cadena con un gancho que pende del techo. Lámparas de latón, cabos y poleas de madera envejecida cuelgan de una viga. Hay un baúl marineró junto a una de las paredes y al fondo se vislumbran las puertas barnizadas del viejo armario para las redes de pesca.

La joven mujer sacude la cabeza enfurecida y las lágrimas comienzan a correr por sus mejillas.

—No tengas miedo —repite Jooná—. Soy policía.

Enfunda la pistola y camina despacio por el crepitante suelo. El viento golpea la ventana de cristal. Jooná se vuelve hacia la abertura que da a la cocina y por unos momentos escruta las sombras inmóviles antes de seguir hacia la mujer.

Le quita con cuidado la cinta adhesiva del rostro. Ella tose y se humedece los labios varias veces antes de alzar el rostro y mirarlo a los ojos.

—Pienso matarte —dice ella en voz baja.

Bajo ellos el mar se mece. Las patas de la silla comienzan a golpear el suelo

cuando ella se sacude tratando de liberarse.

—Oscar cree que me violarás, pero yo no lo creo.

—Nadie te va a violar, somos policías.

—No parecéis policías.

—¿Dónde está Oscar?

—No tengo nada que ver con esto —susurra con la mirada desesperada—. Ni siquiera conozco a Oscar, solo quiero irme a casa, no me importa lo que hagáis con él, se ha vuelto paranoico, no se puede hablar con él.

El suelo chirría de forma extraña bajo ellos y la cuchara de la lata de raviolis tintinea a causa de las vibraciones.

—Dime solo dónde está —repite Jooná en voz baja.

—En el armario —responde ella señalando con la cabeza por encima del hombro.

Se oye un sonido extraño y Jooná ve una luz blanca titilar en el interior del armario, como de un teléfono, aunque más rápida.

—¿Está armado? —pregunta Jooná.

—No lo sé, creo que no —responde ella.

Jack empieza a avanzar hacia las puertas cerradas del armario, levanta una silla caída y la empuja contra la mesa.

La habitación entera chirría, como una cuerda tensa.

Jooná sujeta la pistola y apunta al armario, vuelve a mirar rápidamente hacia la cocina y retrocede unos pasos hacia las puertas plegables para tener una imagen más completa del oscuro cobertizo.

El suelo cruje.

Apunta a las puertas del armario, echa un rápido vistazo a la mujer atada, a las poleas del techo y a Jack, que se acerca por el lado de la mesa.

Se oye un sonido como de pies arrastrándose bajo el cobertizo, como de madera seca frotándose contra madera seca. Una pelusa de pelo rubio se levanta del suelo a causa del viento.

Jack da un paso adelante y aparta a un lado la cadena con el gancho para

poder pasar.

—Ahora me voy a acercar —dice Jooná en dirección al armario—. Te pido que...

Se oye un enorme estruendo y dos enormes trampillas se abren en el suelo bajo los pies de Jack. Se doblan hacia abajo, golpean con fuerza la pared y rebotan un poco.

Jack cae a través de la abertura, pero sigue sujetando la cadena, que se desliza a sacudidas a través de una polea.

El gancho sale volando y queda atascado en la polea, haciendo que crujan las vigas del techo.

La caída de Jack se detiene bruscamente y grita cuando la cabeza del húmero se separa de la cavidad glenoidea.

La mesa y las sillas caen al mar por debajo de él.

El agua negra se llena de muebles.

Jack se balancea precariamente de un brazo, pero consigue no soltarse.

La puerta del armario se abre y Jooná ve cómo Oscar salta hacia él con una bomba incendiaria en la mano: una botella de cristal con gasolina y un trozo de tela en llamas.

Oscar lanza la botella contra Jooná, pero falla y golpea las viejas poleas que cuelgan del techo. La botella estalla y el vidrio y la gasolina en llamas salpican a la mujer que está atada a la silla.

Las llamas la envuelven rápidamente, y Jooná corre hacia ella y, de una patada, la hace caer de espaldas con una fuerza tremenda. El respaldo golpea contra el borde de la gran abertura y mujer y silla caen al agua.

Oscar grita algo e intenta prender una nueva bomba incendiaria, el mechero centellea, pero no sale llama.

Jooná cuenta los segundos mientras corre hacia el pequeño bordillo donde está atornillada la trampilla izquierda del suelo.

La mujer se hunde en las aguas negras, el cabello ondeando.

La chaqueta de Jooná se engancha en un fiador de la ventana, se libera de un

tirón y está a punto de perder el equilibrio y caer, pero agita un brazo y se sujeta de la cortina.

—¡Déjame en paz, joder! —grita Oscar.

El mechero centellea de nuevo justo cuando Jooná llega al otro lado y salta sobre él, gira el tronco en el aire y lo golpea con el antebrazo a un lado del cuello. La cabeza de Oscar gira bruscamente por la fuerza del impacto y las gafas salen volando.

Los dos chocan contra la pared y Jooná le golpea en las costillas con la rodilla, gira el cuerpo en la dirección contraria y lo lanza por encima de su cadera.

Oscar cae al suelo gimiendo, abre los ojos y parpadea confuso mirando al techo.

La botella rueda hacia el borde y cae al agua.

Mientras Jooná arrastra al hombre por el suelo sabe que los segundos comienzan a acabarse.

—No, no, no —gimotea Oscar, e intenta agarrarse al suelo.

Una lámpara cae al suelo y la pantalla de cristal se hace añicos. Jooná tira de él, le coloca rápidamente una de las anillas de las esposas en la muñeca y la otra en un noray de la pared.

—No me mates —jadea Oscar—. Por favor, escucha, te pagaré...

Jooná corre hasta el borde de la trampilla sin pararse a mirar a su alrededor y salta. Rompe la superficie y se sumerge en el agua fría. Sus oídos retumban y las burbujas lo envuelven como el polvo alrededor de un cometa.

Sus pies chocan contra una de las sillas y frenan su descenso.

Jooná se da la vuelta en el agua, mueve las piernas y bucea hacia la oscuridad.

No ve nada, pero tiene que dejar atrás la barrera de desechos flotantes.

Trata de apartar la pesada mesa de comedor con un brazo, se desliza sobre el tablero y llega al fondo.

La ropa empapada frena sus movimientos mientras busca a la mujer entre escarpadas formaciones rocosas. Explora más abajo, tantea entre los restos podridos de una vieja barca, entre las cuadernas y a lo largo de un remo viscoso.



Joona parpadea en el agua negra y siente el frío en sus ojos.

Sigue braceando hacia el fondo.

Sus manos se deslizan sobre colonias de conchas a lo largo de uno de los pilares del cobertizo cuando una luz oscilante ilumina el agua.

Jack está sujetando una lámpara de aceite sobre la superficie.

A través de los desechos y las burbujas, Joona vislumbra a la mujer. Se ha deslizado por la roca inclinada hacia aguas más profundas y yace de lado, atada a la silla.

Da una patada y nada hacia ella.

Ella lo mira fijamente, todavía mantiene apretados sus labios blancos mientras contiene el aliento.

Joona tira de la silla, intenta mantener un pie en la roca para hacer más fuerza, pero la mujer está atrapada entre otras sillas que se han acumulado alrededor del pilote más lejano.

Saca rápidamente su cuchillo, corta la cinta americana alrededor de sus piernas y las libera. Ella entra en pánico y empieza a patear y no puede seguir conteniendo el instinto de respirar.

Cuando los pulmones se le llenan de agua, el dolor es inmediato. El cuerpo se comba hacia atrás como a causa de un fuerte golpe, intenta expulsar todo fuera, pero solo consigue introducir más agua en los pulmones y comienza a dar bandazos entre convulsiones.

Joona corta la cinta alrededor de los brazos y el tórax, trabaja rápidamente con el cuchillo mientras ella se estremece entre calambres y la sangre brota de la boca y la nariz. Joona suelta el cuchillo, libera el cuerpo tembloroso de la silla, se impulsa con las piernas y nada arrastrando a la mujer hacia la superficie.

Aparta las sillas que remolinean en las corrientes, se impulsa por última vez con las piernas y saca el rostro de ella a la superficie.

La mujer tose y vomita agua, introduce aire en sus pulmones y vuelve a toser.

Jack está asomado a la abertura del suelo, sosteniendo una lámpara de aceite colgada de un bichero, y las cuatro paredes del hueco brillan con un cálido

resplandor.

—El helicóptero ambulancia está en camino —grita.

Joona sube por la escalerilla sujetando a la mujer por la cintura y la deja en el borde. Ella se arrastra sobre sus rodillas y tose, respira entre jadeos, llora y vuelve a toser y a escupir sangre, y en ese momento se oye el traqueteo de las palas del rotor del helicóptero.

—Cógela, llévatela —gime Oscar para sí mismo—. Estamos en paz, yo me quedo aquí, no diré nada, lo prometo, no he visto nada.

Joona ayuda a salir a la joven a través de la casa oscura y suben a la roca de la parte de atrás cuando el helicóptero desciende. Jack va tras ellos sujetándose con la otra mano el brazo herido. Tiene los ojos negros a causa del kohl que se ha corrido y la ropa se agita sobre su cuerpo.

Tan pronto como el helicóptero ha desaparecido por encima de las aguas con Jack y Caroline, Joonas regresa a la cabaña, toma una toalla del cuarto de baño y se dirige al cobertizo.

Oscar von Creutz está sentado con la espalda pegada a la pared. Cuando ve llegar a Joonas deja de comerse la uña del pulgar e intenta retroceder.

Joonas se acerca a él, mira las trampillas del suelo y las poleas vacías del techo.

El sistema consiste en una cuerda que corre a través de la polea para poder retirar la tranca de debajo del suelo y bajar las dos trampillas a fin de acceder al barco.

—Por favor, no lo hagas, no tienes por qué hacerlo —ruega el hombre, e intenta en vano sacar la mano de la esposa.

—Me llamo Joonas Linna, soy comisario del departamento operativo nacional sueco.

—¿De verdad? —susurra el hombre confundido.

—Sí.

—No lo entiendo —dice, y vuelve a morderse la uña—. Esto es una locura. ¿Qué diablos quieren? ¿Qué hacen aquí?

Joonas camina por el borde de la abertura, se detiene delante del hombre tembloroso y espera hasta que sus miradas se encuentran.

—Eres sospechoso de secuestro, intento de asesinato y maltrato —dice tranquilamente.

—Eso son estupideces, tengo derecho a un abogado —espetea Oscar, y dirige de nuevo la mirada al suelo—. ¿Qué diablos quieren de mí? No lo entiendo...

Guarda silencio y por un momento permanece sentado cubriéndose el rostro

con la mano libre y respirando tembloroso.

—Háblame de la Madriguera —dice Jooná.

—Primero quiero hablar con mi abogado.

—Todo lo que ocurrió entonces ha prescrito.

—¿Prescrito? No lo parece —dice Oscar.

—Tal vez no —responde Jooná en tono sombrío.

—Necesito protección.

—¿Por qué? —pregunta Jooná, y recoge sus gafas del suelo.

—Una persona nos persigue, nos mata, uno tras otro, como a conejos.

—¿Has oído la cancioncilla?

—¿Ya te he contado eso?

—No.

—No estoy paranoico. Te lo contaré todo, sé quién es... Te lo prometo, es un alumno de Ludviksberg que nos odia, es como un demonio, se ha pasado treinta años observándonos antes de empezar a moverse, antes de empezar a matarnos como conejos.

—¿Quién?

—Tienes que detenerlo, si es que eres realmente policía.

—¿Puedes darme un nombre? —pregunta Jooná, y le tiende las gafas.

—No me crees, ¿verdad?

—No.

—Puedo probarlo todo —dice Oscar, y se pone las gafas—. Tiene lógica si entiendes quiénes éramos... una pequeña banda que dominaba la escuela, éramos como dioses... Quiero decir... has preguntado por la Madriguera... Era un pabellón que pertenecía a la Orden de Crusebjörn, con origen en la corte de Federico I... Nosotros sabíamos todo eso, pero no era algo que nos interesara, nos cagábamos en todo, era solo uno de tantos privilegios que teníamos gracias a nuestro estatus... Íbamos a la Madriguera a emborracharnos y acostarnos con las chicas más guapas de la escuela.

Oscar sonrío sarcásticamente para sí y se seca el sudor del labio superior antes

de proseguir.

—Allí dentro era otro mundo... Veíamos películas porno y cambiamos el retrato del príncipe Eugen por un póster de un avión de guerra norteamericano... Nos gustaba el Evolution Squadron de la OTAN, porque tenía el conejito de Playboy como símbolo en la cola del avión.

—Pero tú quemaste el pabellón —dice Jooná con tranquilidad.

Oscar se muerde la uña del pulgar y mira al vacío.

—Dices que alguien os persigue y os mata —prosigue Jooná—. ¿Tiene eso que ver con el incendio?

—¿El incendio? —pregunta Oscar, como si se hubiera despertado de una hibernación.

—Sí.

—Joder, esto es de verdad —dice, y se frota la cara con la mano libre—. La gente está muriendo, no son fantasías de mi parte...

—Bueno, pues me voy —dice Jooná.

—Espera, por favor... Estoy intentando explicarlo todo para que me creas cuando te diga el nombre —explica con nerviosismo—. Había un muchacho en una clase paralela que se llamaba Rex, para nosotros era un auténtico perdedor... Pero nos seguía todo el tiempo, era muy pesado, quería entrar a formar parte de nuestra banda como fuera, nos conseguía cerveza y nos hacía los deberes... Recuerdo perfectamente aquel domingo lluvioso de verano. Estábamos fumando un cigarrillo detrás del edificio principal, solíamos reunirnos en una escalera que daba al sótano clausurado... y Rex estaba sentado allí y nos contó que estaba saliendo con una chica que se llamaba Grace... Me di cuenta de que Wille sabía quién era y se mostró interesado, quiso saber más y Rex presumió de haberse acostado con ella en el prado de detrás de la escuela... resultaba bastante patético, pero a Wille le gustaba fastidiarle... y solo unas horas después habló con Grace y le hizo creer que Rex había entrado a formar parte de nuestro grupo y que ella también podría ser miembro porque salían juntos... No sé qué le dijo en realidad, pero fue más o menos que Rex había preparado una fiesta sorpresa

para ella esa misma noche... Los alumnos normales no podían salir de las residencias después de las ocho, pero nosotros teníamos a un chico que trabajaba de bedel y que solía ayudarnos, y le abrió la puerta y la acompañó hasta la Madriguera.

Un frío viento nocturno penetra por el hueco del agua. Las trampillas golpean contra los bordes para después enmudecer.

—Cada día pienso en ello —susurra Oscar—. Que... ella se había arreglado y estaba tan contenta por todo, se ruborizaba, hablaba de Rex, creía todo el tiempo que él vendría, pero Rex estaba encerrado en el establo.

Los finos labios de Oscar se crispan en un gesto que se supone que es una sonrisa, pero sus ojos están completamente oscuros.

—Wille encerró a Rex y le explicó que ahora Grace era suya, que la vida era así y aquello era perfectamente normal.

Se hace un silencio y Oscar agita lentamente la cabeza. El viento barre el tejado de la casa y hace crujir las ventanas.

—Continúa.

—Creo que no quiero hablar más —susurra Oscar.

—¿Cuántos años tenías cuando sucedió eso?

—Diecinueve —responde.

—Entonces no puedes echarle la culpa a nadie —dice Jooná.

—No lo hago, pero a Wille le gustaba humillar a la gente —prosigue Oscar en voz baja—. Le gustaba hacer que se arrastraran por el suelo, hacer que se avergonzaran, pero esto, lo que sucedió cuando Grace se dio cuenta de que la habían drogado, fue tan... El infierno que desató, lo que nos hizo hacer... estábamos borrachos, no quiero pensar en quién hizo qué, algunos gritaban, otros eran como animales... Y yo me negué, pero todos, todos tenían que participar, así que me pusieron una diadema con orejas de conejo, y lo hice. No sé cómo pude pero lo hice, supongo que lo llevaba dentro de mí también... tenía un miedo de cojones, pero lo hice... hasta consiguieron que el jodido bedel lo hiciera con ella antes de llevársela a rastras.

—¿Absalon Ratjen?

Él asiente y después se queda mirando al vacío un rato antes de seguir hablando.

—Después, cuando soltamos a Rex del establo, Wille le contó que se había acostado con Grace. Se inventó un montón de mierda sobre lo que habían hecho los dos, cuánto le había gustado a ella... Yo estaba aturdido, me sentía vacío, como si me hubieran arrancado el alma, y solo pensaba en abandonar la escuela. Empecé a caminar, pero cuando llegué a la casa de baños, justo antes del puente, decidí regresar y le prendí fuego al pabellón.

—Y te expulsaron.

—No cuento esto para obtener el perdón, hice mal, lo sé, pero no quiero morir —dice Oscar—. Joder, solo quiero que me creas cuando digo que Rex Müller nos persigue.

—Pareces convencido.

—Sí.

—Pero hace un momento creías que yo era el asesino —dice Jooná.

—Rex tiene dinero, no necesita mancharse las manos si no quiere.

—Pero ¿estás seguro de que Rex estuvo encerrado durante la violación?

—Yo ayudé a encerrarlo... y también estuve presente cuando después lo soltamos —responde con vehemencia.

Jooná saca su teléfono mojado del bolsillo interior de la chaqueta, mira la pantalla y se da cuenta de que está estropeado.

Todo aquello es por una violación cometida hace treinta años.

Los diecinueve minutos de sufrimiento deben corresponder al tiempo que duró la violación.

Rex estaba encerrado en el establo, todos los muchachos participaron, pero alguien, además de Grace, se encontraba en la Madriguera.

—Dijiste que todos tomaron parte —dice Jooná.

—Sí.

—Pero eso no es del todo cierto, ¿verdad?

—¿No? —murmura Oscar.

—¿Había un testigo?

—No.

—¿Quién os vio?

—Nadie.

—Necesito los nombres de todos los que se encontraban en la Madriguera —  
dice Joona.

—No pienso dártelos.

—Tengo que asegurarme de que estén protegidos.

—Pero yo no quiero que estén protegidos —responde Oscar, y mira a Joona  
con la vista perdida.



Valeria baja al invernadero. Hace frío y se arrebujá mejor en su chaqueta desgastada. Piensa que debe pedirle ayuda a Micke con el armazón del nuevo invernadero. Ella adora su vivero, el aire repleto de oxígeno, las estanterías con los esquejes, las hileras de plantas y árboles.

Pero hoy siente un enorme vacío en el pecho.

Sabe que tiene que sacar las plantas del agua y trasplantarlas a las macetas, pero no tiene ánimos.

Cierra la puerta de cristal tras de sí, empuja unos cubos y se sienta en un sencillo taburete de acero mirando al vacío. Se sobresalta cuando Micke abre la puerta por sorpresa y se pone de pie.

—Hola, mamá —dice, sosteniendo en alto una botella de champán en una bolsa de regalo.

—No funcionó —dice ella con amargura.

—¿Qué ha pasado?

Ella se da media vuelta y comienza a quitar algunas hojas secas a un serbal para tener las manos ocupadas.

—Él lleva otra clase de vida —contesta.

—Creía que...

Guarda silencio y Valeria se vuelve hacia él y suspira. Aún no se acaba de hacer a la idea de que ya sea un adulto. El tiempo se congeló en su memoria cuando la encerraron en la cárcel y, por alguna razón, los niños permanecieron en su mente como si tuvieran cinco y siete años. Para ella siempre serán dos frágiles chiquillos en pijama que adoraban cuando los perseguía y les hacía cosquillas.

—Mamá, él parecía hacerte feliz.

—Nunca dejará de ser policía.

—Eso no importa —dice Micke—. Quiero decir, que si hay alguien que no tendría que decir a nadie cómo debe vivir su vida eres tú.

—No lo entiendes... mientras él ha estado en la cárcel no he tenido que avergonzarme de lo que fui.

—¿Ha hecho que te avergüences?

Ella asiente con la cabeza, pero de repente no sabe si es cierto. Una desagradable sensación de frío aparece en su pecho.

—¿Qué ha pasado en realidad, mamá? —pregunta Micke, y coloca con cuidado la botella de champán en el suelo de hormigón.

Valeria susurra que tal vez lo llame y hable con él. Abandona el invernadero, se seca las lágrimas de las mejillas, procura mantener la calma, y sin embargo acelera el paso en el último trecho. Se quita las botas en el recibidor, se apresura hacia el dormitorio, coge el teléfono de la mesilla de noche, desenchufa el cable del cargador y lo llama.

El teléfono da señal y después sale el buzón de voz, oye el corto pitido y toma aliento.

—Necesito un policía que venga a detenerme, porque he sido una estúpida —dice, y cuelga.

El llanto estalla en su garganta y las lágrimas arrasan sus ojos. Se sienta en la cama y se lleva ambas manos a la cara.

El Cazador deja el coche en el sendero del bosque, se cuelga la bolsa al hombro y camina el último trecho hasta el embarcadero de Malma Kvarn, continúa por uno de los pontones, mira a su alrededor y elige una antigua Silver Fox con un potente motor. Sube a bordo, fuerza la tapa del interruptor de encendido, conecta el cable del motor de arranque con el que va a la batería y enseguida oye un ruido sordo.

A unos treinta metros de distancia una familia está descargando un velero. Los niños más pequeños se encuentran ya en el embarcadero, con los rostros cansados y enfundados en sus chalecos salvavidas anaranjados.

Grandes nubes se ciernen amenazantes por el cielo y colisionan adoptando formas inquietantes.

El Cazador suelta amarras, hace girar la embarcación y navega fuera del estrecho.

El viento es fuerte en mar abierto y tiene que asegurarse de ir directo contra las olas más grandes. El equipo de radio crepita, busca la frecuencia correcta y oye fragmentos de Salvamento Marítimo sobre un rescate.

A lo lejos ve un gran clíper con velas de color bronce navegar sobre las aguas oscuras.

El Cazador mantiene el rumbo hacia la isla de Munkön para atravesar el archipiélago exterior y salir a la ensenada de la isla Bullerön.

Una ola golpea el parabrisas y el agua desciende por el cristal mientras él escucha fragmentos de la conversación de Salvamento Marítimo por radio.

Al parecer ha habido un accidente.

El helicóptero-ambulancia ha llegado al hospital Södersjukhuset.

El casco de aluminio retumba cuando la roda golpea las olas y después oye que la policía ha detenido a un hombre en Bullerön y lo llevan a bordo del barco de la guardia costera 311.

Para poder oír mejor, el Cazador desenchufa el cable del motor de forma que este se apaga.

El hombre al que han detenido es sospechoso de intento de asesinato y secuestro, y será conducido a los calabozos de Kronobergshäktet en Estocolmo.

Se trata de Oscar, lo han detenido.

El Cazador intenta apartar de su cabeza las imágenes de un conejo gris que corre deprisa, cambia de dirección, resbala con las patas y levanta una nube de polvo.

Se deja caer sobre la cubierta mojada y se tapa los oídos con las manos.

Oscar se hizo rico con los fondos de cobertura y el dinero de las pensiones de otra gente, y hace muchos años violó a una chica junto a sus amigos. Le propinó varias patadas, se puso un par de orejas de conejo y una pajarita y la violó por segunda vez con una botella.

El barco oscila peligrosamente con las olas y tiene que agarrarse para no caer.

No comprende cómo la policía ha conseguido localizar a Oscar tan deprisa, es imposible.

Oscar se le escapa como un conejo que desaparece en su agujero.

Estaba tan seguro del éxito.

Era como perseguir a un conejo con mixomatosis. Llenos de pústulas alrededor de la nariz y los ojos, se quedan ciegos y se vuelven tan débiles que puede uno acercarse y matarlos de un pisotón.

No desea pensar en ello, y sin embargo su cabeza conjura imágenes de cuando era pequeño y enjuagaba el banco de descuartizar y el suelo de azulejos con una manguera. La sangre y los pedazos se deslizaban por las juntas entre las baldosas y desaparecían por el desagüe del suelo.

Suena un golpe en el barco y cae de lado, se levanta y comprende que ha chocado contra algún escollo. Una gran ola rompe en la borda formando espuma,

y antes de recuperar el equilibrio se golpea en el rostro contra el marco de acero del parabrisas.

Vuelve a toquetear los cables, se produce un chispazo, realiza un nuevo intento y entonces el motor se pone en marcha.

El barco se balancea hacia un lado, el agua lo salpica entre las piernas, el casco golpea contra el escollo y salen volando escamas de pintura azul oscuro.

Da marcha atrás y la hélice retumba bajo el agua, la motora retrocede con dificultad y las rocas dejan un rastro plateado en la pintura del casco antes de que vuelva a encallar.

Grita con tanto desespero que se le quiebra la voz.

Rompe la siguiente ola e impulsa el barco hacia delante, el metal retumba y chorrea espuma blanca. Da más gas cuando la dirección del agua cambia y libera la motora del bajo de arena. Se desliza hacia atrás, hacia el mar embravecido, gira y consigue dirigir de nuevo el barco hacia Värmdö.

Mañana se plantará delante de la comisaria hasta que los papeles del arresto estén cumplimentados. Si ponen a Oscar en libertad a la espera de juicio, intentará abandonar el país en coche o en barco. Por supuesto, todo será mucho más complicado si lo dejan encerrado en Kronobergshäktet hasta el día del juicio.

La oficina del FBI en Chicago es un complejo de cristal azul brillante en una anodina parte de la ciudad cerca de las vías del tren y la universidad.

Saga Bauer está sentada en la planta novena junto al comisario Lowe en una sala de reuniones con una moqueta azul oscura y amarilla.

Saga ha pedido disculpas y ha explicado que no vio a nadie con un cartel con su nombre en el aeropuerto, y que supuso que se reunirían después de su visita al sanatorio.

Un jefe administrativo con bigote gris ha entrado y saludado escuetamente y ha explicado que ellos ya están hasta el culo de trabajo tras la detención de treinta y cuatro miembros de una banda criminal llamada Latin Kings.

Después de la visita al sanatorio, Saga ha llamado a Joonas más de diez veces, pero su teléfono lleva apagado todo el día.

Ha dado tiempo a que se haga de noche y la oficina está casi vacía cuando una intendente de policía del cuartel general de Washington entra en la sala de reuniones y coloca su bolso de Prada sobre la mesa. La bajita mujer tiene una profunda cicatriz en la frente, ojos negros y el pelo planchado.

—Agente especial López —se presenta en inglés, sin sonreír.

—Saga Bauer.

Se estrechan la mano y López se desabrocha la chaqueta cuando se sienta a la mesa.

—Nuestro secretario de Defensa adjunto ha sido asesinado en Suecia porque tú y tus colegas hicisteis un trabajo de pena.

—Lo siento —responde Saga.

—¿Qué me puedes decir acerca de los terroristas? —pregunta López, y se

recuesta en la silla.

—Yo, personalmente, no creo que tenga nada que ver con el terrorismo... pero por supuesto estamos siguiendo todas las líneas de investigación.

López arquea las cejas irónica.

—¿Por eso has venido aquí?

—Sí.

—¿Y qué has sacado en claro?

—No me corresponde a mí decidir la información que compartimos...

—Eso me importa una mierda —la interrumpe López.

—Tengo que hablar con mi jefe —responde Saga.

—Hazlo.

Saga saca su teléfono e intenta llamar de nuevo a Jooná, y en esta ocasión oye que da señal.

—Jooná.

—Por fin —dice ella en sueco.

—¿Has intentado llamarme? —pregunta él.

—Te he dejado varios mensajes.

—El teléfono se me cayó al agua —explica Jooná.

Saga mira la pizarra blanca con restos de rotulador rojo, verde y azul mientras explica que como agente de los servicios secretos no le puede contar que Grace sufrió una violación en grupo en la Madriguera.

—Recuerda los nombres de los agresores... fueron William, Teddy Johnson, Kent, Lawrence y Rex Müller.

—¿Rex Müller? —pregunta Jooná—. ¿Eso dijo?

—Sí —responde Saga, y le dirige una sonrisa a López, que la mira fijamente con gesto inexpresivo.

—Entonces Rex está señalado como violador y como el vengador de la violación.

—¿Qué dices? ¿De qué estás hablando? —pregunta Saga.

—Detuve a Oscar von Creutz... pienso interrogarlo de nuevo, pero me contó

lo sucedido y, al parecer, Rex no estaba presente —dice Jooná—. Lo encerraron en el establo antes de violar a su novia... y Oscar está convencido de que es él el que ha empezado a vengarse de todos ellos.

—¿Así que Rex no participó en la violación? —pregunta Saga.

—No.

López busca en su bolso y saca una barra de labios oscura.

—Y no crees que él sea el asesino —dice Saga.

—Tiene dinero de sobra para contratar a alguien que lo haga por él, pero...

—Nada de esto tiene sentido —añade Saga.

—Los asesinatos tienen relación con lo sucedido en la Madriguera —dice Jooná—. Tenemos a un asesino itinerante que mata a un violador tras otro.

—Pero ¿por qué?

—Tuvo que estar allí.

—¿Un testigo?

—Tiene que haber otra cosa —dice él—. Tuvo que pasar algo más, algo que no sabemos, un factor desconocido, un tercer elemento.

—¿Quién podría ser? —pregunta Saga.

—Tenemos a la víctima y a los autores... pero nos falta algo.

—¿Qué?

—Eso es lo que tenemos que averiguar.

—Yo hablaré con Grace y tú hazlo con Rex y Oscar —dice ella.

—No hay tiempo que perder.

Saga finaliza la conversación, se guarda el teléfono en el bolsillo y se vuelve hacia López con una sonrisa.

—El jefe dice que se pondrá en contacto contigo mañana —explica Saga.

—Entiendo sueco —dice López en inglés, con seriedad.

—Entonces ya lo sabes —responde Saga, y se levanta de la silla.

López frunce los labios porque comprende que su farol no ha funcionado y asiente.

—Tu jefe dirá que cuentes todo lo que sabes.



—Eso espero —responde Saga.

—Te recogeré en tu hotel después del desayuno.

—Gracias —responde Saga, y abandona la sala de reuniones.

Devuelve el pase de visitante en la planta baja después de pasar por la esclusa de seguridad y a continuación se monta en su coche amarillo de alquiler que está en el aparcamiento. Conduce sin prisa hasta las barreras, espera a que se levanten, gira a la derecha por Roosevelt Road y pone rumbo de vuelta al exclusivo sanatorio.

El tráfico en los suburbios se ha despejado y el cielo lluvioso de Chicago está gris como el barro cuando Saga aparca el coche en la carretera de acceso a Timberline Knolls.

A quinientos metros de distancia ve la garita iluminada del guardia y las verjas cerradas como nieve centelleante bajo el acerado brillo de las farolas.

El horario de visitas ha finalizado hace tiempo, y seguramente los pacientes están durmiendo.

Saga camina apresurada por la carretera, pero antes de llegar a la zona iluminada salta la cuneta y se adentra en el bosque.

Todo está en silencio excepto por la lluvia que resuena sobre las hojas y sus pasos sobre la hierba y la hojarasca.

Se aleja de la verja en diagonal, en dirección a la valla, aparta unas ramas y trata de distinguir alguna luz procedente de la institución entre la vegetación.

No puede esperar hasta mañana, tiene que entrar y hablar directamente con Grace. Ya que, independientemente de que el asesino esté contratado o actúe por cuenta propia, su intención es matar a todos los de la lista de una forma tan efectiva como sea posible. Tanto los motivos como la forma de actuar delatan una fuerte implicación emocional, y aun cuando los asesinatos no son de carácter sexual, todo indica que el asesino tiene una personalidad retorcida y caótica.

Saga pasa por un claro cubierto de helechos mojados, oye un sonido a su espalda, se da media vuelta y mira hacia arriba, a las oscuras copas de los árboles. Una gran ave se mueve entre las ramas más altas y suena como el

susurro de una enorme pieza de seda.

Saga aprieta el paso y vuelve a adentrarse en una oscuridad más espesa entre los troncos, hasta que por fin le parece ver luz allá delante.

Tiene que moverse deprisa, el asesino reúne todas las características de un asesino itinerante: el móvil es fuertemente personal, pero los asesinatos no son la culminación de ninguna fantasía y no necesita tiempo para recuperarse entre uno y otro.

Cada muerte es apenas un paso en el camino, una pequeña parte de una solución final.

Saga sale dando traspiés a una zona desforestada y se detiene delante de una valla de acero pintada de negro de cuatro metros de altura. Entre los pesados pilares hay una hilera de delgados postes con púas en forma de lanzas conectadas a unas barras horizontales.

A pocos metros de distancia, unos letreros informan de que está prohibido entrar en la zona, y puede ver el nombre de la empresa de vigilancia que se encarga de la seguridad.

Saga se acerca corriendo y agarra uno de los postes delgados, pone el pie en un letrero amarillo que dice CCTV IN OPERATION y se impulsa, alcanza las púas afiladas con las manos y salta por encima al otro lado.

A través del gran parque arbolado, con arbustos y césped cuidados, serpentea una red de senderos iluminados.

Saga corre entre los árboles y sigue un sendero fuera de los círculos de luz.

Si Grace no ha tomado sus medicinas quizá pueda hablar con ella sobre lo que sucedió en la Madriguera.

Saga se acerca a los edificios y reduce la marcha.

Las farolas arrojan un resplandor desolado sobre los senderos mojados por la lluvia y los bancos húmedos. Las luces de los edificios de las diferentes secciones están apagadas, los cristales de las ventanas son apenas ciegos reflejos del exterior.

Las hojas gotean y susurran tras ella.

Alguien se acerca caminando entre los edificios. Saga se aparta a un lado y se agacha detrás de unos arbustos.

Es un hombre de la empresa de vigilancia que controla que estén cerradas las puertas de uno de los edificios. Saga lo oye informar de algo a través de una radio mientras se aleja.

Reina el silencio y todo tiene un brillo apagado bajo el tenue resplandor de las farolas. Saga se aproxima a Oak Lodge, el hogar para las chicas jóvenes, se detiene y escucha.

Justo cuando comienza a caminar de nuevo se enciende una luz en una de las ventanas, que cae sobre la hierba recién cortada como una torre que se desmorona.

Saga se oculta con sigilo bajo un gran árbol de anchas hojas. Se oye un crujido cuando pisa una rama.

Una mujer desnuda aparece en la ventana.

No puede tener más de veinte años.

Saga ve su rostro pálido escrutar la noche antes de darse la vuelta y regresar tambaleante al interior de la habitación.

Espera un rato, después cruza la hierba y sale al sendero que conduce al edificio de Grace.

Es ahora cuando se da cuenta de que sus pantalones vaqueros están empapados hasta las rodillas.

Se acerca apresurada al estudio de pintura y oye que sus propios pasos resuenan contra la fachada.

Saga ha decidido contarle a Grace que Rex no tomó parte en la violación, que todo ese tiempo estuvo encerrado en los establos.

Utilizará esto para hacer que recuerde y cuente con exactitud lo que pasó.

Quizá Grace pueda señalar al desconocido de la Madriguera, como dijo Jooná.

Saga se detiene junto a la pared, ve correr el agua desde un canalón a un pozo, y ha empezado a andar con cuidado hacia la esquina cuando oye reírse a alguien

detrás de ella.

Se da media vuelta.

Una mujer vestida solo con un ligero camisón se ha detenido detrás de ella con una peluca rubia en la mano.

—Mi muñequita —dice sorprendida, y esboza una amplia sonrisa.

El rostro de la mujer parece extrañamente sincero y expresivo. Saga se aparta con cuidado, pero la mujer la sigue.

—Tuve que hacerlo, Megan —dice, y esboza una mueca apenada—. El abuelo dijo que no podía tenerte.

—¿Crees que...?

—Te lo prometo —la interrumpe con severidad—. Pregúntaselo tú misma, está allí, debajo del árbol.

La mujer señala nerviosamente entre las sombras del parque.

—De acuerdo —dice Saga, y vuelve la cabeza para mirar.

—Ahora se ha escondido —jadea ella.

—Tengo que irme —dice Saga con suavidad.

—Ven —grita la mujer, y empieza a avanzar hacia el parque—. Volemos juntas, sin ningún miedo al peligro, corramos por el bosque...

Saga sigue apresurada en dirección opuesta a lo largo de la fachada, se da media vuelta y ve que la mujer se ha detenido en el sendero.

Cruza corriendo una zona abierta, se aleja del estudio en dirección al edificio donde se encontró antes con Grace.

La entrada está iluminada, pero no se ve luz en las ventanas. Saga se acerca a la puerta y comprueba que está cerrada con llave. Mira al interior a través del cristal, ve la sala de visitas sin luz y la máquina de snacks encendida.

Se sobresalta cuando oye un ruido extraño detrás de ella, como de pies descalzos sobre un suelo mojado, y se vuelve a mirar.

Allí no hay nadie. Todo está en silencio, las superficies asfaltadas bajo la luz estática, el lento brillo alrededor de un desagüe y el parque con sus hojas goteando.

Saga se apresura a rodear el edificio, sale al césped de la parte trasera, se acerca a un banco del parque junto a un gran rododendro, se detiene y adivina enseguida cuál es la ventana de Grace.

Oye una risa maníaca y Saga se mueve hacia las sombras, y entonces ve a la mujer con la peluca esconderse detrás de un árbol y saludar con la mano en su dirección.

Saga permanece quieta y ve a la mujer sonriente darse la vuelta, restregarse la nariz con fuerza y desaparecer en el parque.

Arrastra el banco a toda prisa hacia el edificio, lo empuja debajo de la ventana, se sube a él e intenta ver el interior de la habitación de Grace.

A través de las cortinas, vislumbra una mesita de noche con una caja de música de porcelana.

Saga apenas tiene tiempo de vislumbrar la figura que se acerca por detrás antes de sentir el golpe en la espalda, como el mordisco de un perro de pelea. Las piernas se doblan y cae de lado, se golpea las costillas contra el reposabrazos del banco y gime.

Siente un dolor punzante en la espalda, el cuerpo se sacude espasmódicamente y ni siquiera se ha dado cuenta de que caía al suelo.

Cuando abre los ojos piensa que se ha debido de desmayar y mira fijamente hacia arriba al oscuro cielo lluvioso.

Vuelve a sentir un golpe, como si alguien le estuviera dando patadas en el costado, pierde la visión, pero siente que la arrastran de los pies por el sendero asfaltado y por la hierba mojada.

Saga intenta respirar, abre los ojos y ve al guardia llamado Mark inclinarse sobre ella con una pistola eléctrica en la mano.

Respira con dificultad y la mira con ojos excitados.

Ella intenta alzar la mano para mantenerlo alejado, pero no tiene fuerza en los músculos.

—Soy un muchacho grande y bueno, pero las reglas dicen que tengo que comprobar si estás armada.

El corazón de Saga comienza a latir con fuerza cuando él le baja la cremallera de la chaqueta. Encuentra su teléfono y lo tira entre los troncos de los árboles cercanos. Se oye un golpe y las piezas quedan esparcidas por la hierba.

Vuelve a inclinarse sobre ella e introduce su fría mano bajo el jersey, la mete bajo el aro del sujetador y le da un fuerte pellizco en el pezón.

—Nada por aquí —murmura, y saca la mano.

El hombre respira por la boca entreabierta, apoya la pistola eléctrica en el cuello de ella y le desabrocha los vaqueros. Ella consigue alzar la mano derecha, sujetar la manga de su uniforme y tirar sin fuerzas.

—Para —grita ella.

—Tengo que buscar armas ocultas —dice él, y traga saliva.

Mark ha empezado a bajarle los vaqueros y las bragas cuando oye que lo llaman por la radio. Se apoya con la mano sobre el pecho de ella para ponerse de pie y aprieta de tal manera que el aire sale de sus pulmones entre pitidos.

—Tenemos una intrusa, ocúpate de que venga la policía —dice, y se coloca bajo la luz de una farola.

Saga intenta subirse los pantalones y ve que dos guardias llegan corriendo entre los edificios, y desde el otro lado se aproximan dos enfermeras de noche con expresión preocupada.

El día después de que Joonas detuviera a Oscar von Creutz en Bullerön tiene lugar una corta vista oral en la comisaría de Kungsholmen para examinar su caso.

Oscar está sentado en silencio entre sus abogados defensores y dirige la mirada hacia las altas ventanas. El sol sale detrás de una nube y hace que empiecen a brillar las partículas que flotan en el aire.

Como si se encontrara a una gran distancia oye al fiscal solicitar su detención por indicios de secuestro, intento de asesinato y agresión.

Son acusaciones muy serias, pero él sabe que solo puede ser retenido si el juez cree que hay riesgo de reincidencia, de destrucción de pruebas o de sustraerse a la acción de la justicia.

Cuando el tribunal decide que Oscar sea puesto en libertad en espera de juicio, este oculta una sonrisa con la mano. Piensa que tal vez debería dar las gracias, pero no se decide, se limita a seguir a sus abogados hacia la salida.

—Tú no te preocupes por nada —sonríe uno de los abogados cuando se detienen en la puerta.

—Gracias, Jacob —responde Oscar pálido, y les estrecha la mano a ambos.

El bufete de abogados ya ha ideado un plan para que lo absuelvan de todos los cargos si no se puede convencer al fiscal de que archive el caso.

En la primera reunión con Oscar los abogados llevaron a un médico que le sacó ocho tubos de muestras de sangre. Los tubos no llegarán a ningún laboratorio, pero servirán para demostrar durante el posible juicio la minuciosidad de la defensa.

Conocen exactamente qué sustancias permiten rastrear los escasos recursos



del fiscal, así que construirán su defensa en torno a las sustancias que la fiscalía, sin duda, no podrá detectar.

Que esas sustancias nunca se hayan encontrado en la sangre de Oscar no tiene ninguna importancia.

El plan es elaborar un cuadro clínico complejo en el que distintos médicos le hayan prescrito medicinas sin controlar los efectos secundarios. Los abogados saben que podrán demostrar que la locura temporal de Oscar se debió a graves errores en la medicación.

A Oscar le da igual el juicio. Ha pagado para salir libre porque no puede estar encerrado en una jaula esperando a que le disparen.

La prisión preventiva no lo protegerá.

Por eso ha decidido abandonar el país y mantenerse alejado el tiempo que sea necesario hasta que la policía detenga al asesino.

Pero Oscar no sabe que el Cazador lo está esperando delante de la comisaria y lo ve separarse de sus abogados.

No se da cuenta de que alguien lo está siguiendo, que camina a su lado por el parque y lo oye llamar a un taxi para que lo lleve a la terminal de la Silja Line en el puerto de Värtahamnen.

Durante el trayecto Oscar reserva un billete en el crucero *M/S Silja Symphony*, al llegar paga al taxista en metálico, se registra y sube a bordo.

Encuentra su camarote en la popa, una *suite* de paredes inclinadas hacia el cielo y el mar, cierra la puerta con llave y comprueba una vez más la cerradura. Tan pronto como llegue a Helsinki piensa tomar el ferry a Tallin y allí alquilará un coche, se llevará a una puta y conducirán hacia el sur a través de Letonia, Lituania, Polonia, Eslovaquia, Hungría, Rumanía, Bulgaria y continuará hacia el sur de Turquía. Allí piensa alquilar un apartamento y permanecerá escondido hasta estar seguro de que puede regresar a Suecia.

Oscar se pone de pie y se acerca al minibar, abre la puerta tintineante, saca dos botellitas de plástico de whisky Ballantine's, abre los tapones de latón, llena un vaso, se para delante de la ventana y baja la vista a la larga cola de coches que

ruedan lentamente hacia el interior del ferry.

Los conejos son unos animales nerviosos, se acurrucan, se quedan completamente quietos y confían en que no los veas, pero no son capaces de aguantar si de repente un cazador se detiene a esperarlos.

Lo que les causa pánico es el silencio, y eso hace que comiencen a correr porque creen que han sido descubiertos.

El Cazador baja al aparcamiento de debajo del parque de Rådhus, abre el maletero del coche y se asegura de que no lo graben las cámaras de videovigilancia mientras mete en una bolsa de mano armas, mudas de ropa, guantes de vinilo, toallitas húmedas, bolsas de basura, cinta americana, biseladora y una pata de cabra especial para puertas de seguridad.

Sale del parking con la bolsa, baja por la calle Fleminggatan y para un taxi, se dirige a la terminal de ferris y compra un billete barato bajo una identidad falsa.

Tiene una nueva oportunidad de acabar con Oscar, pero sabe que todavía muchas cosas pueden salir mal. Siempre hay factores que no se pueden predecir. El plan consiste en abandonar el ferry antes de que zarpe, aunque quizá Oscar se siente entre un montón de gente en alguno de los restaurantes y no tenga tiempo de cumplir su misión. En ese caso, lo seguirá hasta Finlandia para hacer lo que tiene que hacer.

El Cazador se ha imaginado que a Oscar le abrirá la barriga y le sacará los intestinos.

El objetivo es que los diez se enfrenten a la muerte con los ojos bien abiertos.

La cancioncilla es para prepararlos.

Quiere que durante la primera fase, en medio de todo el dolor y el miedo, mantengan la esperanza de sobrevivir, que luchen desesperadamente y al mismo tiempo sean conscientes de que, si lo consiguen, su vida nunca volverá a ser la misma.

Comprenderán que van a quedar ciegos, mutilados o paralíticos.

Y a pesar de todo seguirán luchando por sus vidas hasta ser conscientes durante la segunda fase de que no hay perdón, que el dolor y el miedo solo representan los últimos momentos de sus vidas.

El Cazador no disfruta con su sufrimiento, aunque lo mueve un alto sentido de la justicia, y cuando finalmente mueran, el mundo se tornará más tranquilo, como un silencioso paisaje invernal.

En la terminal se registra en una de las máquinas automáticas, teclea su tarjeta de embarque y después sigue a la marea de personas que van a embarcar. El *M/S Silja Symphony* es un barco de más de doscientos metros de eslora con trece plantas. Con sus casi mil camarotes puede transportar a más pasajeros que el *Titanic*.

El Cazador muestra su documento de identidad falso con el apellido Von Creutschen inventado para poder estar junto a Oscar cuando lo registren en la lista de pasajeros. Ve el número de camarote de Oscar en la pantalla, se acerca a un plano del barco junto a los ascensores y después baja por las escaleras hasta la zona del personal de limpieza en la planta inferior, encima de los coches.

El Cazador se apresura escaleras abajo y espera delante de la habitación de los empleados. Después de unos minutos sale una mujer. Él asegura la puerta, la sujeta para que ella pase y pregunta por Maria para que parezca que tiene una razón válida para entrar. Pasa junto a dos hombres que cuelgan su ropa de calle y saluda a una mujer que está sentada escribiendo un mensaje de texto en su teléfono.

—¿Tienes una tarjeta de llave maestra? —pregunta.

—Yo necesito la mía ahora —responde ella, sin dejar de escribir.

—Te la devolveré enseguida —dice esbozando una sonrisa.

—Pregúntale a Ramona —responde la mujer, y señala con la cabeza hacia el cuarto de baño.

En el banco, delante de las puertas del cuarto de baño, hay una bolsa de deporte gris y rosa de cuero de imitación. Se acerca a ella, abre la cremallera, deja la tartera de comida sobre el banco, registra entre la ropa y está tanteando el

fondo de la bolsa cuando oye que en el cuarto de baño tiran de la cadena.

Rebusca con prisa en los bolsillos interiores y oye al mismo tiempo cómo la mujer se lava las manos y tira de una toalla de papel. Abre ambos bolsillos laterales y encuentra la tarjeta de identificación de Ramona y una tarjeta de llave maestra cuando la cerradura del cuarto de baño gira.

En el mismo instante en que se abre la puerta, él se da media vuelta con la tarjeta en la mano y comienza a alejarse de allí sin prisa.

Según su plan, podía dedicar quince minutos a conseguir una llave, pero ha tardado solo cinco.

El hecho de no tener que utilizar la biseladora que lleva en la bolsa le permitirá pasar más tiempo junto a Oscar en su camarote.

Sube con su bolsa por la escalera alfombrada y pasa de largo por la planta de los bares y restaurantes, una calle de tiendas *taxfree*, pasillos y salas de conferencias, tragaperras y casino.

La planta superior, debajo de la cubierta para tomar el sol, lleva el nombre de Mozart. Es aquí donde se encuentran las *suites* más exclusivas.

Una mujer borracha sale de uno de los camarotes y tropieza con él. Se planta bromeando en medio del pasillo con los brazos abiertos, como si estuvieran jugando.

—Pareces un buen tipo —dice ella, y se ríe—. ¿Quieres acompañarme al camarote y ayudarme con...?

Es como si algo estallara en su cabeza, oye un chasquido en un oído y se apoya a tientas en la pared mientras recuerda cómo lloró cuando clavó los despojos de sus últimas víctimas alrededor de la puerta junto a los conejos en descomposición.

«Ahora están lejos, ahora están lejos», susurró.

El Cazador apenas sonríe cuando pasa de largo. Le corre el sudor por la espalda y de repente piensa en el calor de la silla de ruedas en llamas.

Fue a buscar el bidón de gasolina al cobertizo de las herramientas, encontró la caja de cerillas en la cocina y dejó el cajón abierto antes de actualizar el estado

de Nils Gilbert en Facebook con una carta de suicidio.

Salió y lo roció de gasolina, le contó por qué tenía que morir esa mañana y después lanzó la cerilla sobre sus rodillas.

Retrocedió a causa del calor, mientras oía a Gilbert aullar de dolor y veía cómo su cuerpo se sacudía antes de quedar consumido y ennegrecido.

Todo el mundo sabía que Gilbert estaba solo y deprimido, y la policía no asociará el suicidio con las otras muertes.

Ahora el Cazador se detiene en la popa delante de la puerta de una *suite* con el extraño nombre de Nannerl. Se oyen voces detrás de él mientras se pone un par de guantes de vinilo, introduce la tarjeta en el lector, entra en el camarote y cierra tras de sí.

Deja su bolsa en el suelo del recibidor y la abre, saca una bolsa manchada de sangre, suelta la pinza de plástico y saca la cinta de cuero con las diez orejas de conejo.

El Cazador se vuelve hacia el espejo del recibidor, se coloca la cinta alrededor de la cabeza y la anuda con fuerza a la nuca. Retira algunas orejas del rostro con un gesto avezado y contempla su reflejo, imbuido de una estremecedora sensación de poder.

Ahora vuelve a ser un cazador.

Toma el teléfono prepago y envía el archivo de sonido a Oscar, oye sonar su *smartphone* en el dormitorio y después el eco de la cancioncilla al reproducirse.

Probablemente Oscar esté solo, pero el Cazador comprueba el cuarto de baño por seguridad y después entra en el salón, que inspecciona con rapidez.

A través de las ventanas veteadas se ve el agua del puerto de un color negro aceitoso.

Se dirige al dormitorio, empuja la puerta y entra.

En la televisión están dando un partido de fútbol sin sonido. Lo único que se oye son pequeños chasquidos cuando cambian las imágenes. Un brillo azul grisáceo parpadea inexpresivo sobre las paredes de la habitación.

Comprende al instante que Oscar se ha escondido en el armario, detrás de las puertas correderas de cristal blanco, y que seguramente en ese instante está tratando de alertar a la policía con manos temblorosas.

Todo resulta tan cotidiano, todo resulta tan extraño cuando la muerte viene de visita.

Hay un vaso de whisky encima de la mesilla de noche.

Ve los bordes rayados de las patas de la mesa, la colcha que empieza a desgastarse, manchas oscuras en la moqueta y los restregones que ha dejado un paño en el espejo.

El Cazador oye cómo a Oscar se le cae el teléfono al suelo en el interior del armario y comprende que le tiemblan las manos porque acaba de asaltarle la sensación irreal de que aquello que tanto temía está pasando. Oscar sabe que el ruido lo delata y, sin embargo, sigue escondido porque su cerebro intenta decirle que quizá el asesino no ha oído nada, que tal vez no lo encuentre.

Algunas perchas tintinean entre sí en la barra del armario.

El suelo comienza a vibrar cuando empiezan a calentar los cuatro motores diésel finlandeses.

El Cazador espera unos segundos y después se acerca y rompe de una patada las puertas correderas de cristal. Se aparta de forma automática cuando los trozos caen sobre la moqueta y alrededor de las piernas de Oscar von Creutz.

El hombre de mediana edad se deja caer al suelo como un niño a causa del miedo, termina en cuclillas en el armario, mirándolo fijamente.

Un recuerdo destella en su mente, y ve el pánico de los conejos mientras vaciaba las trampas, daba la vuelta a las jaulas, introducía la mano y los agarraba por las patas traseras.

—Por favor, te pagaré, tengo dinero, te lo prometo, yo...

El Cazador avanza y agarra a Oscar por una pierna, pero este intenta liberarse y patalea de tal forma que el Cazador tiene que soltarlo. Golpea a Oscar dos veces en la cara, aparta sus brazos con una mano y agarra su pierna de nuevo.

Oscar grita cuando el Cazador lo arrastra por el suelo y ata su tobillo a una pata de la cama.

—¡No quiero! —chilla.

El Cazador recibe una patada en la parte superior del brazo, le da la vuelta a Oscar, lo aplasta contra el suelo y le traba los brazos detrás de la espalda.

—Escucha, no tienes por qué matarnos —jadea Oscar—. Éramos jóvenes, no comprendíamos, nosotros...

El Cazador le tapa la boca con cinta americana y después se aparta un poco y lo observa durante un rato, lo ve luchar para liberarse, lo ve retorcerse a pesar de que las bridas le cortan la piel.

Estuvo dos veces en Irak y sabe cómo son los asesinatos que el Estado sanciona, sabe el enorme esfuerzo que requieren y el agotamiento posterior.

Antes solía pensar que eran chicos bastante normales, cuando hicieron juntos el adiestramiento básico en demolición submarina de los Navy Seals.

Pero las matanzas del sur de Nasiriya los llenaron de arrogancia.

Para ellos los objetivos no eran personas, eran solo parte de una fuerza destructiva que estaban arriesgando sus vidas para destruir.

Existía una cohesión, un propósito común.

Pero es muy diferente matar a una persona cuando uno ha regresado a casa y ya no viste uniforme.

Es algo solitario y mucho más poderoso, la responsabilidad y la decisión son solo suyas.

Mira el reloj y saca el cuchillo que piensa utilizar. Se trata de un SOCP con la forma de las dagas de anillas chinas, con la hoja y la empuñadura de una misma pieza de acero negro.

Es un arma afilada y muy equilibrada, con la hoja cortante de un puñal y un anillo en el extremo de la empuñadura.

El Cazador se acerca con rapidez, inmoviliza la pierna libre de Oscar con una rodilla, sujeta la parte superior de su cuerpo con una mano y le raja la camisa por el torso. Observa su barriga peluda que se agita deprisa con la respiración y le clava el cuchillo diez centímetros por debajo del ombligo. Lo desliza con suavidad a través de los tejidos y las membranas y le abre el abdomen hasta casi el esternón.

Sonriente, mira a los ojos abiertos de Oscar mientras introduce la mano entera en la raja de la cavidad abdominal y siente el calor corporal a través de los guantes de látex. Oscar tiembla de arriba abajo. La sangre brota de la herida. El Cazador agarra los intestinos, los saca y los deja colgando entre las piernas de Oscar. Y en ese momento llaman a la puerta.

Un golpe fuerte.

El Cazador se pone de pie, toma el control remoto, sube el volumen del



televisor y sale al recibidor. Cierra la puerta del dormitorio tras de sí, se acerca a la puerta del camarote y mira por la mirilla.

Un hombre mayor vestido de blanco con un carrito de servicio espera al otro lado. Oscar ha tenido tiempo de encargarse de la comida para la *suite* y ahora él tiene que recogerla.

El hombre vuelve a llamar mientras el Cazador se quita los guantes y cierra la bolsa. Se desprende rápidamente de sus trofeos, los cuelga de una percha, se mira en el espejo, se quita con la mano las salpicaduras de sangre del rostro, apaga la lámpara y abre la puerta.

—Ha sido rápido —dice sin apartarse.

Se oyen unos fuertes golpes en el dormitorio, Oscar intenta llamar la atención dándole patadas a algo.

—¿Desea que lo sirva en el salón? —pregunta el hombre mayor.

—Gracias, pero puedo hacerlo yo mismo.

—Lo haré con mucho gusto, solo tiene que pedirlo —explica el hombre, y echa un vistazo al recibidor.

—Es que todavía no voy a comer —dice él cuando el vaso de whisky se rompe contra el suelo del dormitorio.

—Entonces me contentaré con una firma —sonríe el hombre.

El Cazador está parado en la penumbra y recoge la cuenta y el bolígrafo. Cuando empieza a firmar se da cuenta de que su antebrazo derecho está ensangrentado hasta el codo.

—¿Está todo bien? —pregunta el camarero.

Él asiente, mira al hombre a los ojos e intenta determinar si debe arrastrarlo hasta el baño y cortarle la arteria carótida en el *jacuzzi*.

—¿No debería estarlo?

—No era mi intención ser entrometido —dice el hombre mayor complaciente, y se vuelve hacia el carrito.

Se oyen de nuevo golpes en el dormitorio cuando el camarero le entrega la bandeja. El Cazador le da las gracias, retrocede en el recibidor y cierra la puerta.

Deja la bandeja en el suelo, atisba por la mirilla y se prepara para salir y atrapar al camarero. A través de la lente gran angular ve al hombre mayor soltar el freno de las pequeñas ruedas del carrito sin prisa y desaparecer después por el pasillo.

El Cazador se pone enseguida unos guantes nuevos, vuelve a atarse las orejas de conejo alrededor de la cabeza y regresa al dormitorio.

Un olor a sangre, whisky y vómitos inunda el ambiente.

Oscar está a punto de perder el conocimiento, da patadas sin fuerza y golpea el suelo con el talón. Tiene el rostro pálido y sudoroso, y sus ojos se mueven inquietos.

El Cazador apaga el televisor, va directo hacia Oscar, agarra todo el paquete intestinal y lo saca un metro de su cuerpo, tira con fuerza y después lo deja caer sobre la moqueta.

El dolor hace que Oscar recobre del todo la conciencia. Respira con rapidez por la nariz e intenta retroceder de forma instintiva.

Oscar morirá dentro de tres minutos, y el ruido interior del Cazador aumenta cuando observa sus ojos aterrados. La habitación está en silencio, pero el interior del Cazador retumba como si alguien golpeará una cacerola y lanzara platos en una bañera. Oscar es uno de los hombres que violó a una joven, la dejó inconsciente y sangrando encima de un montón de estiércol y creyó que escaparía a su castigo.

El suelo oscila bajo los pies del Cazador como cuando un tren cambia de vía en un cambio de agujas.

Se apoya contra la pared, intenta respirar con calma y se concentra. Ve la huella de la mano ensangrentada sobre el papel pintado y piensa que tiene que limpiarla antes de irse, aun cuando eso no puede conducirlos a él.

—Veo que entiendes por qué ocurre esto —dice, y vuelve a sacar el cuchillo—. Está bien, esa es la idea.

Oscar gimotea, se retuerce, lucha por liberarse. La sangre de la cavidad abdominal corre por el suelo, la moqueta la absorbe y se torna oscura y

reluciente.

Por los altavoces anuncian que el barco zarpará dentro de treinta minutos. El Cazador está seguro de que podrá desembarcar antes.

A Oscar no lo encontrarán hasta la mañana siguiente en Helsinki, piensa el Cazador, y mira el cuchillo en su mano.

Como la lengua negra de un demonio, afilada y espinosa.

Pronto clavará la hoja en el corazón de Oscar a través del esternón, quizá varias veces.

Mientras ese momento llega, el mundo entero se sacude, traquetea y suena como en un casino.

Pero después un viento lo envuelve y solo deja silencio tras de sí.

Es como cuando un conejo yace en el suelo y sacude una pata. Cuando el animal por fin se queda quieto, una extraña sensación de calma embarga toda su existencia.

Un espacio donde el tiempo se detiene.

Él siempre se ha dirigido hacia allí.

Incluso los domingos después de misa cuando vivía en casa de sus abuelos maternos.

Rex se baja del tren en la estación de metro de Mariatorget y empieza a caminar por la calle Sankt Paulsgatan cuando suena su teléfono indicando que tiene un nuevo mensaje de voz. Se trata de Janus Mickelsen, que dice que le han conseguido un apartamento protegido para él y Sammy con cristales blindados, puerta de acero, alarma y línea directa con el control de emergencias.

«Comprendo que no puedas hablar con libertad si estás amenazado, lo entiendo perfectamente, te lo aseguro... Esta es una buena solución, temporal... Mi jefe me ha dado luz verde y desearía verte esta tarde a las diecinueve horas a las afueras de Knivsta, en una casa que pertenece a los servicios secretos, para analizar la situación», dice Janus, y después repite la dirección exacta de la casa dos veces más antes de que finalice el mensaje.

Rex decide ir allí y averiguar qué amenaza es esa que los servicios secretos se toman tan en serio.

Cruza la puerta de cristal de la calle Krukmakargatan, 34, en cuyo sórdido sótano se encuentra el salón de billar, y piensa que parece haberse desatado una guerra entre los servicios secretos y el cuerpo nacional de policía.

Pasa el bar, baja las escaleras y continúa por entre las mesas.

Lo único que se oye son los golpes cuando las duras bolas chocan entre sí, ruedan silenciosas sobre el fieltro y caen con un ruido sordo en las troneras.

Al fondo de la sala hay una mesa de billar que es más grande que el resto. Allí espera un hombre alto con el pelo rubio alborotado y ojos grises como madera a la deriva.

—La bola amarilla se llama *kaisa* —dice Joona.

*Kaisa*, el juego de billar finlandés, se parece al billar ruso. Se necesita una

mesa más grande, bolas más grandes y un taco más pesado. Se puede jugar al *kaisa* en equipos, aunque generalmente es un duelo entre dos jugadores.

Rex permanece quieto y escucha mientras el hombre alto le explica las reglas y le entrega un taco largo.

—Recuerda un poco al *snooker* —dice Rex.

—Gana el primero en llegar a sesenta puntos.

—Pero esa no es la razón de que estemos aquí, ¿verdad?

Joona no contesta, se limita a colocar las bolas en su sitio. Si Rex no está involucrado en los asesinatos, entonces probablemente sea una de las próximas víctimas. Los asesinatos parecen tener relación con la violación, pero hay algo más, algo que gira en la misma órbita, un participante desconocido, piensa Joona.

—Si ganas podrás irte, pero si pierdes te llevo arrestado —dice Joona, y le dedica una mirada acerada.

—Muy bien —sonríe Rex, y se pasa las manos por el pelo despeinado.

—Lo digo en serio —dice Joona con gesto grave—. Tenías un motivo poderoso para asesinar al ministro de Asuntos Exteriores.

—¿Lo tenía?

Joona golpea la bola blanca, que resuena con fuerza cuando choca con la bola amarilla y la hace rodar sobre el fieltro verde, golpea el borde, cambia de dirección y desaparece por una de las troneras.

—Seis puntos para mí —constata Joona.

Rex lo mira sin comprender.

—¿Tengo motivos porque meé en la piscina del ministro?

—Has dicho que era un cerdo y que te robó la novia en el instituto.

—Sí —dice Rex.

—Pero no has dicho que te encerraron en el establo aquella noche.

—Fueron tres de ellos —dice a regañadientes—. Me golpearon y me encerraron. Fue bastante duro, aunque no es suficiente razón para que yo...

—¿Por qué lo hicieron? —lo interrumpe Joona.

—¿El qué?

—Encerrarte.

—Porque Wille quería estar con Grace sin que le molestaran, supongo.

—¿Y lo hizo?

—Siempre conseguía lo que quería —murmura Rex, y aplica tiza a su taco.

—Apunta a la *kaisa* —dice Joona, y señala la bola amarilla—. Tiene que caer en esta esquina.

Rex se inclina, golpea y le da a una bola roja que impacta contra otra bola roja.

—Eso es un «beso» —dice Joona—. No da puntos.

Rex sacude la cabeza sonriendo cuando Joona se acerca y empuja la *kaisa* en la tronera de la esquina.

—¿Qué dice Grace? —pregunta Joona, y sigue jugando.

—¿Sobre qué?

—Sobre la noche que te encerraron —responde, golpea de nuevo y mete la bola blanca de Rex en la misma esquina.

—No lo sé, no volví a verla —explica Rex—. Dejé la escuela y ella no respondió a ninguna de mis cartas ni a mis llamadas.

—Pero estoy hablando del presente —dice Joona.

—He oído que volvió a Chicago, pero no la he vuelto a ver desde hace treinta años.

—Te han señalado como el asesino del ministro de Asuntos Exteriores —dice Joona.

—¿Quién podría señalarme? —suelta Rex.

—Esto es muy serio —dice Joona, y se separa de la mesa.

—He hecho muchas tonterías en mi vida —intenta explicar Rex mientras ajusta la posición del taco—. Pero no he matado a nadie.

Falla el tiro, la bola blanca pasa la *kaisa* de largo, golpea la banda y sigue rodando.

—Si no estás involucrado en las muertes podrías estar en la lista de víctimas.

—¿Voy a recibir protección?

—Si puedes explicar el porqué —dice Jooná.

—No tengo ni idea —responde Rex, y se seca la frente.

—¿Venganza? —sugiere el comisario, y golpea la bola.

—No es muy probable.

Jooná lo mira de reojo y vuelve a tirar.

—Depende de lo que hayas hecho —dice.

—Nada —exclama Rex—. Joder, provoqué a la gente, quizá me acueste con quien no debo, digo muchas tonterías y seguro que a más de uno le encantaría darme una buena paliza, pero...

—Cuarenta y uno —dice Jooná, se endereza y lo mira seriamente.

—No sé qué decir —concluye Rex.

—Has hecho muchas tonterías —le recuerda Jooná.

—He meado en la piscina del ministro, pero yo...

—Eso ya lo has dicho —lo interrumpe Jooná.

—Lo he hecho más de una vez —reconoce Rex, y de repente se ruboriza.

—Tus meadas no me importan.

—Quizá lo he hecho más de un centenar de veces —dice con una extraña intensidad en la voz.

—Búscate otro entretenimiento.

—Lo haré, por supuesto... pero lo que intento decir es que una vez vi algo cuando estaba allí.

Jooná se inclina hacia delante y realiza una nueva tirada para que Rex no vea su sonrisa de satisfacción. Suena un golpe, la bola rebota en la banda y desaparece en la tronera.

—Cuarenta y nueve —dice Jooná, y aplica tiza muy despacio a la punta del taco.

—Escucha —dice Rex—. Ahora soy un alcohólico sobrio, pero antes de serlo, antes de tomármelo en serio, solía ir allí con mucha frecuencia... a veces tiraba sus horribles enanos de jardín a la piscina, a veces macetas o muebles... No sé,

él tenía que saberlo, pero le daba igual, o a lo mejor hasta pensaba que se lo merecía.

—Creíste ver algo —le recuerda Jooná, mientras se mueve alrededor de la mesa y estudia los ángulos.

—Sé que vi algo, a pesar de que estaba borracho... No recuerdo en cuál de los senderos fue, pero estoy seguro de que vi...

Guarda silencio y mueve la cabeza con gesto sombrío.

—Piensa lo que quieras, pero vi a un hombre enmascarado con la cara llena de protuberancias... dentro de la casa del ministro.

—¿Cuánto hace de eso?

—¿Unos cuatro meses...? No estoy seguro.

—¿Qué habías hecho antes durante ese día?

—Ni idea.

—¿Dónde te emborrachaste?

—Al igual que Jack Kerouac, intento emborracharme solo en casa para minimizar los daños, pero no siempre funciona.

Jooná realiza un nuevo tiro, suena un golpe y la *kaisa* desaparece en la esquina.

—¿De qué mes estamos hablando?

Introduce la bola blanca de Rex en la misma tronera, y al mismo tiempo golpea una bola roja que rueda diagonalmente a través de la mesa hacia la otra esquina.

—No lo sé —dice Rex.

—Cincuenta puntos —constata Jooná—. ¿Qué hiciste después?

—¿Después? Solo eso —recuerda Rex—. Me fui a casa de Sylvia, porque ella nunca duerme. Intenté contarle lo que había visto, en aquel momento me pareció una buena idea, pero...

—¿Qué pensó ella? —pregunta Jooná, esperando para hacer el último tiro.

—No le dije nada —responde avergonzado.

—Fuiste a casa de Sylvia, llamaste... ¿y no le contaste nada?



—Hicimos el amor —murmura.

—¿Sueles ir a casa de Sylvia cuando estás borracho? —pregunta Jooná.

—Espero que no —dice Rex, y apoya el taco contra la pared.

—Podemos dejar de jugar, hasta podemos decidir que ha sido un empate —dice Jooná—. Si llamas a Sylvia y le preguntas la fecha.

—Ni de coña —sonríe Rex.

—De acuerdo.

Jooná se inclina sobre la mesa con su taco.

—Espera —dice Rex enseguida—. Bromeabas sobre eso de detenerme, ¿verdad?

Jooná endereza la espalda, se vuelve hacia él y lo mira a los ojos con un rostro completamente neutro.

Rex aparta la mirada, se pasa la mano por el pelo, saca su iPhone, se pone las gafas de leer y busca a Sylvia entre sus contactos. Se aleja entre las mesas y sube al bar mientras oye cómo el teléfono da señal.

—Sylvia Lund —responde ella.

—Hola, soy yo, Rex.

—Hola, Rex —dice ella con recelo.

Rex intenta hablar en tono amable y que no lo note nervioso.

—¿Cómo estás?

—¿Estás borracho?

Rex mira al hombre con aspecto cansado de detrás de la barra.

—No, no estoy borracho, pero...

—Suenas raro —lo interrumpe ella.

Rex sube un poco por la rampa que conduce a la calle para poder hablar con libertad.

—Tengo que preguntarte una cosa —dice.

—¿Podemos hablar mañana? Estoy algo ocupada —explica ella impaciente.

Su voz se desvanece cuando vuelve el rostro para decirle algo a alguien.

—Pero tengo...

—Rex, mi hija tiene una fiesta de...

—Escucha, necesito saber qué día era aquel en que pasé por tu casa de noche y...

La conversación se corta cuando Sylvia cuelga.

Rex mira a la calle y ve volar un globo entre los coches. Siente que le tiemblan las manos cuando vuelve a llamar.

—¿Qué diablos te crees que haces? —pregunta Sylvia con la voz tensa.

—Necesito saberlo —insiste él.

—Se acabó —lo interrumpe ella—. Quiero que dejes...

—Cierra la boca.

—Estás borracho, sabía que...

—Sylvia, si no me respondes ahora mismo llamaré a tu marido y le preguntaré en qué fecha regresó a casa de un viaje y, por una vez en la vida, te mostraste algo cariñosa con él.

Se hace un completo silencio en el teléfono. El sudor le corre por la espalda a Rex.

—El último día de abril —responde ella, y cuelga.

Un estudiante con el cabello enmarañado sale del ascensor en la decimoséptima planta, pero Joon Linna continúa hasta el último piso con una nevera portátil en la mano. Tiene esa sensación, como cuando uno sopla con cuidado las ascuas y sabe que enseguida prenderán las llamas. Está ahí para ver a Johan Jönson, que es un técnico informático del DON y uno de los principales expertos en IT. Durante muchos años, Johan fue simplemente conocido como «el friqui informático», hasta que creó el sistema de descifrado Transvector que el MI6 empezó a utilizar.

Johan Jönson abre la puerta con un sándwich en la mano e invita a Joon a pasar.

A cambio de rechazar todas las ofertas del sector privado, Johan exigió poder disponer de toda la última planta del edificio de apartamentos para estudiantes Nyponet, en la avenida Körsbärsvägen. El local corresponde a veinticinco habitaciones para estudiantes del tipo que él alquilaba cuando estudió en el KTH, el Real Instituto de Tecnología.

Han tirado todas las paredes de la planta y las han reemplazado por alguna que otra columna de acero. El espacio está completamente abarrotado de equipamiento electrónico, tanto moderno como obsoleto.

Johan Jönson es un hombre más bien bajo con bigote negro y una pequeña perilla. Lleva la cabeza afeitada, las cejas negras son espesas y se juntan en el puente de la nariz. Viste un chándal ajustado que se parece al uniforme del Paris Saint-Germain, pero la parte superior se le ha subido y le asoma la barriga.

Joon saca el disco duro con las grabaciones de vigilancia de la casa del ministro de Asuntos Exteriores de la nevera portátil, desenvuelve el plástico de

burbujas y se lo entrega a Johan Jönson.

Según la ley de cámaras de vigilancia, ningún material puede guardarse más de dos meses y, por lo tanto, las grabaciones del disco duro se borran de forma automática pasado ese tiempo.

—¿Tú puedes recuperar el material borrado? —dice Joona.

—Borrado a veces significa eso, borrado —responde el técnico—. Pero por lo general solo significa que se le denomina material borrado, aunque todavía sigue ahí. Es un poco como el Tetris, el material antiguo se va hundiendo más y más.

—Esta grabación es de hace solo cuatro meses.

Johan Jönson deja los restos del sándwich encima de un monitor polvoriento y sopesa el disco duro en la mano.

—Mi idea es probar un programa que se llama Under Work Schedule... que lo sube todo a la vez... es un poco como esos festones de papel que uno corta, con muchos ángeles o con hombrecitos de jengibre alineados muy juntos de la mano.

—Un festón bastante largo —dice Joona.

Todo el mundo sabe que bajo ciertas circunstancias se puede recuperar el material digital borrado, pero como las trece cámaras en casa del ministro de Asuntos Exteriores se instalaron hace siete años, el tiempo total de visionado sería de noventa y un años.

Ni siquiera Joona Linna podría convencer a Carlos para que invirtiera los recursos necesarios para revisar el ingente material. Pero ahora que tiene una fecha exacta no hay nada que pueda detenerlo.

—Busca la noche de Walpurgis —dice Joona.

Johan Jönson se sienta en una sucia silla de escritorio y toma un puñado de golosinas de un cuenco de plástico.

—Soy adicto al azúcar —dice por encima del hombro.

Hay más de cuarenta ordenadores de sobremesa de diferentes tipos encima de los escritorios, cajoneras y mesas de cocina. Manojos de cables corren por el suelo entre cajas de cartón de mudanza con viejos discos duros. En un rincón de la gran sala hay equipamiento electrónico desechado: diferentes placas de

circuitos impresos, tarjetas de sonido, tarjetas gráficas, monitores, teclados, routers, consolas y procesadores.

Joona vislumbra una cama sin hacer en una esquina, detrás de un banco con piezas de repuesto, una lámpara de aumento y un soldador. Encima de un cubo de plástico puesto bocabajo hay una serie de tapones anaranjados para los oídos junto a un despertador. Probablemente Johan tenga ahora menos espacio que cuando era estudiante.

—Quita la impresora de la silla, así podrás sentarte —le dice a Joona, y conecta el disco duro al ordenador principal.

—La última vez que Rex orinó en la piscina aparece en la grabación, pero estamos buscando el 30 de abril y se trata de un material sobre el que se ha grabado varias veces —explica Joona, y quita la impresora y un libro de Thomas Pynchon de la silla.

—Disculpa el desorden, pero acabo de conectar treinta ordenadores con la ayuda de una nueva versión de MPI... se convierten en una especie de superordenador, y ahora mismo me va a venir muy bien.

La fecha y la hora se ven en la esquina inferior de la imagen. La luz del amanecer se posa sobre la parte delantera de la casa y la puerta principal cerrada.

—Buenas cámaras, buenos objetivos, altísima definición —asiente Jönson.

Joona despliega un plano de la casa del ministro de Asuntos Exteriores donde se ha marcado la ubicación de todas las cámaras, numeradas del uno al trece.

—Vamos a ello —murmura Johan Jönson, y escribe la orden en un teclado rechinante.

La hilera de ordenadores comienza a chasquear, los ventiladores se ponen en marcha, las lámparas LED brillan en verde y un olor eléctrico como a maqueta de tren antiguo, corriente continua y transformadores sobrecalentados se esparce por la sala.

—Ahora todo sube del subsuelo... despacito y bien —dice el técnico, y se acaricia la corta perilla.

En la pantalla grande aparece una imagen grisácea, como limaduras de hierro

que se amoldan a un campo magnético variable.

—Esto es demasiado antiguo —susurra Jönson.

Emerge un parpadeo de sombras en varias capas, se vislumbra parte del jardín. Joono ve dos siluetas fantasmales bajar por la rampa. Una de ellas es la del ministro de Asuntos Exteriores y la otra la de Janus Mickelsen.

—Janus —dice Joono.

—El ministro de Asuntos Exteriores fue su primer destino cuando empezó a trabajar en los servicios secretos —murmura Johan, y escribe una nueva orden en el ordenador principal.

La imagen desaparece, se puede vislumbrar la casa a través de la niebla plomiza y el jardín cubierto de nieve centellea.

—El festón todavía está recogido, pero ahora podemos empezar a desplegar a los hombrecitos de jengibre uno a uno... 4 de junio, 3 de junio, 2 de junio...

Pálidas figuras se mueven adelante y atrás a una velocidad endiablada, pasando una a través de otra. Se parece a la imagen de una radiografía, con los contornos de las personas moviéndose unos dentro de otros, a través de coches que van marcha atrás y desaparecen en el interior del garaje.

—15 de mayo, 14... Y aquí tenemos trece bonitas versiones del último día de abril —dice Johan Jönson con voz apagada.

A una velocidad óctuple se ve cómo el ministro de Asuntos Exteriores y su mujer abandonan la casa a la 7.30, cada uno en su coche, y cómo la empresa de jardinería llega dos horas después. Un hombre corta el seto y otro recoge las hojas. El cartero también pasa, y a las doce hay un muchacho parado con una bicicleta mirando el jardín mientras se rasca la pierna. A las 19.40 regresa el primer coche al garaje doble y se encienden las luces de la casa. Media hora después llega el segundo coche y la puerta del garaje se cierra. A las once empiezan a apagarse las luces de la casa y a las doce se queda a oscuras. No sucede nada hasta las tres de la madrugada. Cuando Rex Müller salta por encima de la valla y avanza tambaleante por el césped.

—Ahora miremos cámara a cámara en tiempo real —dice Joono, y se acerca

más.

—De acuerdo —responde Jönson, y escribe la orden—. Empezamos por la primera.

En la gran pantalla se ve una imagen perfecta y completamente nítida de la puerta de entrada y el jardín iluminado en dirección a la verja. De vez en cuando se ven caer los pétalos de color rosa del florido cerezo japonés hasta encontrarse con su sombra sobre el sendero pavimentado.

Después de tres horas han visionado trece grabaciones nocturnas. Trece ángulos de una casa dormida el 1 de mayo entre las 3.46 y las 3.55. Cuatro cámaras captan a Rex durante los nueve minutos transcurridos desde que coloca la botella en medio de la carretera y salta por encima de la valla de hierro negro, hasta que abandona el jardín y parece alegrarse de encontrar una botella de vino en medio de la carretera.

—Nada —suspira Johan Jönson.

Rex pasa nueve minutos en el jardín y durante ese tiempo no se ve a otra persona en ninguna de las grabaciones, ni un vehículo en la calle, ni un movimiento detrás de las cortinas.

—Pero vio al asesino —dice Jooná—. Tuvo que verlo, porque su descripción concuerda con otros testimonios.

—Tal vez fuera en otra ocasión —masculla Johan.

—No, es esta noche... él ve al asesino aunque nosotros no lo hagamos —repite Jooná.

—Pero nosotros no podemos ver lo que él vio, no tenemos nada más que nuestras cámaras.

—Si al menos supiéramos exactamente cuándo lo vio... Empieza por la cámara siete, esa es la que apunta directamente a la piscina.

Rex vuelve a aparecer en la imagen, y ven cómo se mueve por la periferia curvada del objetivo cuando tropieza con la madera del porche, se golpea en una rodilla pero consigue mantener el equilibrio y sigue avanzando.

Se acerca al borde de la piscina, se balancea un rato, se baja la cremallera y orina en el agua, después se gira tambaleante hacia los muebles de jardín azul



marino y deja que la orina caiga sobre los sillones y la mesa redonda.

Se cierra la bragueta, vuelve la cabeza hacia el jardín y mira algo, se balancea antes de regresar hacia la casa, se detiene delante de la puerta del porche y echa un vistazo al interior de la sala de estar, se apoya en la valla y desaparece de la imagen.

—¿Qué mira después de abrocharse la bragueta? Hay algo en el jardín —dice Joona.

—¿Quieres que amplíe su rostro?

Rex retrocede hacia la piscina, da unas vueltas alrededor de los muebles y le da la espalda a la cámara.

Cuando la grabación vuelve a avanzar, Johan amplía el rostro de Rex y lo sigue mientras orina sobre la mesa. Aprieta la barbilla contra el pecho, cierra los ojos y resopla antes de subirse la cremallera.

Rex se da la vuelta hacia el jardín, ve algo y sonríe relajado antes de que se tambalee y su rostro desaparezca de la imagen.

—No, no es aquí... sigue hacia delante —dice Joona.

Rex se vuelve y empieza a caminar hacia la casa, y Johan Jönson amplía la imagen aún más. El rostro embriagado llena toda la pantalla con una nitidez absoluta: los ojos inyectados en sangre, el labio inferior manchado de vino y la barba de dos días.

Lo ven detenerse delante de la puerta del porche y mirar dentro de la sala de estar. Abre ligeramente la boca, está a punto de esbozar una sonrisa incierta, como si comprendiera que lo han descubierto, pero entonces los ojos se tornan serios, asustados, y da media vuelta y desaparece.

—¡Aquí! Es aquí cuando lo ve —dice Joona con la voz tensa—. Pásalo de nuevo, tenemos que volver a verlo.

Johan Jönson hace un bucle de veinte segundos en la parte en la que Rex está delante del cristal, cuando ve algo y empieza a sonreír antes de asustarse.

—¿Qué estás viendo? —susurra Joona.

Amplían la imagen e intentan seguir la dirección de la mirada. Parece dirigirse

directamente a la sala de estar.

Sin cortar el bucle cambian a la cámara seis y ven a Rex de espaldas. Su rostro se refleja en el cristal, como si mirase su propia imagen reflejada.

—¿Está ahí dentro? —susurra Jooná.

El cambio de la sorpresa al miedo en el rostro de Rex se ve incluso en la imagen reflejada. Al otro lado del cristal se vislumbran, como tenues sombras, los muebles de la sala de estar.

—¿Hay alguien ahí? —pregunta Johan Jönson, y se inclina hacia delante.

—Prueba con la cámara cinco.

La quinta cámara está situada por fuera del gran comedor, en la parte de la mansión que forma un ángulo recto con el resto del edificio. Desde ese lugar graba la sala de estar por fuera hasta la esquina donde se encuentra situada la cámara siete, toda la sección de las ventanas y parte del interior.

Johan hace zoom a través del cristal.

Los veinte segundos de grabación se repiten una y otra vez en bucle, pero en el interior del comedor en penumbra todo está en absoluta calma: la araña de cristal encima de la mesa, el reflejo sobre el tablero de cristal, las sillas perfectamente colocadas, un par de calcetines negros de hombre en el suelo.

—No hay nadie. ¿Qué diablos está mirando?

—Amplía la imagen debajo del sofá —dice Jooná.

Johan Jönson amplía la imagen, la dirige hacia la base de la lámpara de pie y sigue el cable hasta debajo del sofá.

Ahí hay algo. Johan Jönson traga saliva y aclara la imagen, pero al mismo tiempo pierde contraste. La oscuridad lechosa es casi tan impenetrable como la negrura. Una pelusa pálida se agita con la corriente del suelo. La imagen traza una lenta panorámica hacia la derecha y se acerca a una acumulación de flecos pálidos junto a las patas del sofá.

—Solo es una alfombra enrollada —dice Jooná.

—Casi me había asustado —sonríe Johan Jönson.

—Solo queda una posibilidad —dice Jooná—. Si el asesino no se encuentra

en el interior de la sala, eso es que Rex lo ve reflejado en la ventana.

—Aunque está borracho como una cuba, quizá no fuera nada —sugiere Johan Jönson.

—Vuelve a la cámara seis.

En la pantalla se ve de nuevo a Rex de espaldas, en diagonal delante de la zona acristalada que da a la sala de estar. Su rostro reflejado cambia una y otra vez de sorprendido a asustado.

—¿Qué es lo que le asusta?

—Solo se ve a sí mismo.

—No, es por el efecto Venus —responde Joon, y se inclina hacia la pantalla.

—¿Qué?

—Si se le graba de lado y vemos su rostro de frente, entonces no se está mirando a sí mismo.

—Pues está mirando directamente a nuestra cámara —dice Johan, y se vuelve a acariciar la perilla.

—Por lo tanto, reacciona a algo que tiene que estar en algún lugar debajo de la cámara seis.

El técnico cambia de cámara y traza una panorámica del gran ventanal de la sala de estar hacia el borde de la imagen de la cámara seis, que se encuentra en la esquina exterior que da a una oscura arboleda.

—Más cerca, debajo del sauce llorón —dice Joon.

Las largas ramas llegan hasta la hierba y se balancean con la suave brisa como una oscura cortina de plata.

Joon siente que un escalofrío le recorre la espalda cuando consigue un primer vistazo del asesino.

La sombra del follaje se desliza sobre el rostro enmascarado y después desaparece de nuevo.

Johan Jönson rebobina la grabación con manos temblorosas, reduce la velocidad a la mitad y luego vuelven a ver las ramas apartarse del rostro y ocultarlo de nuevo.

—Un poco más —susurra Joonna.

Las hojas se balancean lentamente y entonces vislumbran al asesino una vez más justo cuando se da la vuelta y desaparece entre las sombras.

—Otra vez, desde el principio —dice Joonna.

Ahora ve perfectamente entre las ramas del sauce llorón cómo las orejas de conejo cortadas se balancean sobre el rostro enmascarado.

—Detente... retrocede un poco.

La pantalla está casi completamente negra, pero una especie de capa grisácea se mueve sobre la cabeza del asesino y se ve un breve destello en una ventana.

—¿Qué diablos hace?

—Amplía más —dice Joonna.

—¿Qué es eso? —señala Johan Jönson.

—Tiene que ser la parte posterior de su oreja.

—¿Se ha quitado la máscara?

—Al contrario... es aquí, al abrigo de las sombras, donde se la pone.

El asesino debió de observar que había una especie de ángulo ciego en línea con la arboleda y entró en el jardín por ahí antes de detenerse debajo del sauce llorón y ponerse la máscara en la cabeza.

—Un jodido profesional —dice Johan Jönson sin aliento.

—Vuelve a probar la ocho... había algo que brillaba en la ventana.

La imagen se vuelve negra y los movimientos grises barren la pantalla cuando

el asesino se pone la máscara de espaldas a la cámara. Hay un pequeño destello en la ventana antes de que el asesino se dé la vuelta y las orejas de conejo se balanceen sobre su rostro.

—¿Qué es eso que brilla en la ventana de la cocina? —pregunta Johan Jönson.

—Es un jarrón, lo vi antes con la cámara siete —dice Joona—. Está en la ventana junto a un cuenco con limones.

—Un jarrón.

—Amplíalo —dice Joona.

Johan Jönson deja que el jarrón llene toda la pantalla, al igual que acaba de hacer con el rostro de Rex. El metal combado y brillante refleja la ventana y el jardín. A lo largo de uno de los bordes del jarrón se percibe apenas un movimiento.

—Atrás —dice Joona.

—No he visto nada —murmura Johan, pero retrocede de nuevo.

El ligero movimiento a lo largo del borde del jarrón forma una línea curva, con un color como de papel amarillento.

—Podría ser su rostro antes de ponerse la máscara —dice Joona excitado.

—*Shit me sideways* —susurra Johan Jönson, y saca una imagen de alta resolución del reflejo extremadamente convexo.

Ambos observan la imagen reflejada en el jarrón, un arco pálido vertical sobre la pantalla del ordenador principal.

—¿Qué hacemos? Tenemos que ver su rostro.

Johan Jönson tamborilea sobre su muslo y murmura algo para sí.

—¿Qué has dicho? —pregunta Joona.

—En un reflejo casi esférico, el punto focal se encuentra delante del centro de curvatura, pero detrás de la superficie... y la razón de que la imagen esté tan distorsionada se debe a que los rayos del contorno y los del centro de la superficie no se encuentran en el mismo punto.

—¿Se puede corregir eso?

—En realidad lo único que necesito es probar una distorsión cóncava que se

corresponda exactamente con la superficie convexa, y alinearla con el eje principal...

—Suena como si tomara mucho tiempo.

—Meses... si no existiera el Photoshop —sonríe Johan.

Abre el programa y empieza a corregir la imagen poco a poco.

En este momento tan solo se oye el tamborileo del teclado.

Como si de un extraño fenómeno celeste se tratara, la luminosidad circundante es absorbida por el arco blanco y deja el entorno más oscuro.

—Estoy temblando —susurra Johan Jönson.

Cuando el pálido rostro empieza a ensancharse y cristaliza finalmente en su forma original, es como un ángel que renace de sus cenizas.

Joonas contiene el aliento y se levanta de la silla. Por primera vez está viendo el rostro del asesino con total claridad.

Rex está dejando su maleta en el recibidor cuando oye a Sammy tocar la guitarra. Reconoce los acordes e intenta recordar de qué canción se trata mientras se dirige al cuarto de estar.

Para su confirmación, Rex le regaló a Sammy una guitarra Taylor con cuerdas de metal, pero no sabía que hubiera seguido tocando. Cuando entra en la habitación reconoce la canción, se trata de «Babe I'm gonna leave you», de Led Zeppelin.

Sammy tiene suciedad debajo de las uñas y se ha pintado algo en la mano. El flequillo teñido de rubio le cae sobre el rostro concentrado.

Rasga las cuerdas con habilidad mientras canta en voz muy baja, solo para oír la melodía en su cabeza.

Rex se sienta en el amplificador y escucha. Sammy toca hasta el comienzo de la larga coda instrumental, y entonces reposa los dedos sobre las cuerdas y alza la mirada.

—¡Eres increíblemente bueno! —exclama Rex.

—No lo soy —responde Sammy ruborizado.

Rex toma su guitarra Gibson semiacústica y ajusta el amplificador. Este comienza a zumbar mientras se calientan las válvulas.

—¿Conoces alguna canción de Bowie?

—«Ziggy Stardust» fue la primera canción que aprendí... Me sentía de lo más *cool*, mamá debió de escucharla como un millón de veces —sonríe Sammy, y empieza a tocar.

—«Ziggy played guitar» —canta Rex, e intenta seguir la música que toca su hijo—. «Jamming good with...», eeh... «Billy and the spiders from Mars».

Unas nubes plomizas se mueven a toda velocidad por el cielo al otro lado de la gran ventana, parece que va a haber tormenta.

—«So where were the spiders?» —cantan juntos.

Rex mira el rostro sensible de Sammy y recuerda cuando Veronica le contó que pensaba tener el niño. Él le dijo que no se sentía lo suficientemente maduro, sin poder ocultar su sentimiento de indignación, impotencia y frustración. Se levantó de la mesa, colocó la silla en su sitio y la abandonó.

—«So we bitched about his fans» —canta Rex—. ¡Y algo sobre «sweet hands»!

—¡El solo, papá, el solo! —grita Sammy.

Rex, con expresión aterrada, comienza a tocar las notas en una escala de blues que conoce, pero suena mal y extraño.

—Perdona —resopla.

—Prueba con mi bemol —dice Sammy.

Rex cambia de posición y lo intentan de nuevo. Ahora suena mucho mejor, casi como un solo de guitarra de verdad.

—¡Bravo! —sonríe Sammy, y lo mira con el rostro feliz.

Rex ríe, y han empezado a tocar «Det kommer aldrig va över för mig», de Håkan Hellström, cuando llaman a la puerta.

—Voy yo —dice Rex, y deja la guitarra en el suelo con un atronador ruido del amplificador.

Corre hacia el recibidor, aparta la maleta y abre la puerta.

Una mujer joven con el pelo teñido de negro y las mejillas llenas de piercings lo mira con ojos cansados. Viste unos vaqueros negros y una camiseta de Pussy Riot, y su delgado brazo izquierdo está escayolado desde el codo hasta la punta de los dedos. En la otra mano sujeta una arrugada bolsa de plástico de H&M.

Detrás de ella hay un hombre de unos treinta años. Sus ojos son cálidos y tiene un hermoso rostro infantil, pero ajado como el de una estrella de rock. Rex lo reconoce. Es el hombre con el que estaba Sammy en la fiesta cuando sufrió la sobredosis.



—Pasad —dice Sammy detrás de Rex.

La joven tropieza con el felpudo al entrar y le tiende la bolsa a Sammy.

—Tus cosas —dice Nico, y entra en el vestíbulo.

—Vale —responde Sammy.

La mujer rodea a Nico con los brazos y sonrío contra su cuello.

—¿Es este el maricón que pagó por tu coche? —pregunta.

—Es mi Salai, lo amo —dice Nico, y le acaricia la espalda a ella.

—Creía que me amabas a mí —se queja.

Sammy mira en la bolsa.

—¿Dónde está la cámara?

—¡Maldita sea, me la olvidé! —dice Nico, y se golpea la frente.

—¿Cómo está todo? —pregunta Sammy con voz ahogada.

—Habrá juicio en noviembre... pero he alquilado una casa en Marsella, pasaré allí todo el otoño.

—Dibujará una serie conmigo —dice la joven, y tropieza al pisar las botas de Rex.

—Filippa vendrá conmigo, seremos un pequeño grupo, será divertidísimo.

—Estoy seguro —dice Sammy.

—Ella no tiene tus ojos —dice Nico en voz baja.

Sammy lo mira a la cara.

—Mierda, mira que eres guapo —dice Nico.

Sammy no puede por menos que sonreír.

—¿Cuándo me traerás la cámara? —pregunta.

—¿Qué haces esta noche?

—¿Por qué lo preguntas? —le susurra Filippa a Nico al oído.

—Había pensado ir a la fiesta de Jonny —explica Nico.

—Son unos enfermos de cojones, no los aguanto —resopla ella, y se apoya contra los abrigos del recibidor.

—No te he preguntado a ti —dice Nico, y mira a Sammy—. ¿Me acompañas? Puede estar bien, y llevaré la cámara.

—¿A casa de Jonny? —dice Sammy entre dudas.

—Se queda en casa —responde Rex decidido.

—De acuerdo, papá —sonríe Nico, y hace un saludo militar.

—Lo pensaré —dice Sammy.

—Di que sí y seré...

—Muchas gracias por la visita —lo interrumpe Rex.

—Para, papá —susurra Sammy incómodo.

Filippa ríe tontamente y empieza a palpar los bolsillos de los abrigos que cuelgan en el recibidor. Nico la toma del brazo y retrocede hacia la puerta.

—Te llamo —dice Sammy tras él.

Rex cierra la puerta y después se queda parado con la mano en la manija y la mirada en el suelo.

—Papá —dice Sammy cansado—. No puedes hacer eso, has sido muy desagradable.

—Estoy de acuerdo, perdona —empieza Rex—. Pero... creí que habíais acabado.

—No sé qué voy a hacer.

—Tienes derecho a vivir tu vida, pero no puedo decir que ese tipo me guste.

—Nico es un artista, ha ido a la escuela de arte de Gotemburgo.

—Es bien parecido y entiendo que te parezca interesante, pero te puso en peligro y eso...

—Que no soy ningún mojigato, joder —lo interrumpe Sammy.

Rex alza las manos en gesto de disculpa.

—¿No podemos limitarnos a pasar estas semanas como dijimos al principio?

El Cazador camina por la estrecha acera de Luntmakargatan, una calle oscura y apartada entre altas casas en el centro de Estocolmo. Es como descender al fondo de un foso bordeado de restaurantes chinos, coreanos y vietnamitas.

Bajo el abrigo y la americana se balancea una pequeña hacha sujeta a su cintura por una cuerda.

Delante de uno de los restaurantes hay unos palés con latas de conserva envueltas en plástico que bloquean toda la acera, y se ve obligado a bajar a la calzada.

El Cazador se palpa bajo la nariz como si tuviera una repentina hemorragia nasal, se mira los dedos, pero no hay nada. Piensa en cómo ataba conejos vivos a otros muertos, en largas lazadas, y luego los soltaba. Los vivos y los heridos arrastraban consigo los cuerpos muertos, tirando en distintas direcciones y corriendo presas del pánico para intentar alejarse.

Creaban extraños patrones de sangre sobre el suelo de cemento.

Recuerda los vivaces movimientos de las patas traseras, las garras raspando cuando los animales intentaban liberarse del peso de los muertos.

Sigue caminando sin prisa por la acera y se aproxima a la entrada de un garaje medio abierta. La puerta automatizada parece estropeada y está sostenida por un caballete a un metro del suelo. En el interior se oye el amargo llanto de una mujer. Ella lloriquea y alguien grita con voz enfadada.

El Cazador pasa por delante de la puerta justo cuando la mujer se calla.

Se detiene, da media vuelta y escucha.

La mujer llora y un hombre le echa una bronca.

El Cazador retrocede, se agacha y echa un vistazo. Ve una empinada rampa de

acceso y unas débiles luces en la pared rugosa. La mujer habla ahora más tranquila, pero de pronto enmudece como si le hubieran dado un bofetón. El Cazador entra por debajo de la puerta y comienza a descender por la empinada rampa.

Un olor a cerrado y gasolina impregna el ambiente.

Continúa bajando y llega al pequeño garaje. Un hombre de unos sesenta años con cazadora de cuero y vaqueros holgados está empujando a una mujer joven ligera de ropa entre una furgoneta roja con cristales empañados y un deportivo cubierto con una tela plateada. La mujer se tambalea.

—¿Os lo pasáis bien? —pregunta en voz baja.

—¿Qué? ¿Quién diablos eres? —grita el hombre—. ¡No puedes estar aquí!

El Cazador se apoya contra la pared, mira a la mujer y al hombre y luego a la furgoneta, que se balancea de forma rítmica, y piensa que los abrirá en canal a todos. Les cortará las manos y se quedará para verlos correr de aquí para allá chorreando sangre.

—¡Fuera de aquí! —dice el hombre.

La mujer lo mira fijamente con expresión vacía.

Detrás del hombre hay grandes repuestos de aluminio de un equipo de ventilación sobre una lámina de plástico y, más allá, unos rollos de hierba artificial apilados contra la pared.

El Cazador nunca ha estado en contra de la lucha cuerpo a cuerpo. Cuando participó en la limpieza de la zona de guerra de Ramadi, siempre entraba el primero.

Volaban la puerta y lanzaban algunas granadas aturdidoras polacas. El oficial del grupo se ponía a un lado y daba órdenes para el asalto.

Él entraba el primero porque siempre iba directo al objetivo, con la M4, la pistola o el cuchillo. Era rápido y él solo podía matar a cuatro o cinco hombres.

—¡Lárgate! —exclama el hombre, y se acerca.

El Cazador se endereza, se seca el sudor del labio superior y mira el parpadeante tubo fluorescente del techo, el tictac del cebador y la luz fría que

parpadea en el conducto de ventilación.

—Esto es un garaje privado —dice el hombre amenazante.

—Oí gritos al pasar y...

—Esto no te incumbe —lo interrumpe el hombre, y saca pecho.

El Cazador vuelve a echarle un vistazo a la mujer. Tiene el rostro enfurruñado y la mejilla está roja porque la han golpeado. Viste una gabardina corta y una falda cruzada blanca, medias negras con pequeñas calaveras y zapatos de plataforma.

—¿Quieres estar aquí? —pregunta el Cazador con voz suave.

—No —responde ella lacónica, y se restriega la nariz con una mano.

—Me parece que estás malinterpretando la situación —sonríe el hombre.

El Cazador sabe que no debería estar ahí, pero no puede evitar quedarse. La mujer no le importa. De todos modos, quedará atrapada en la prostitución. Lo que le atrae es el hombre.

—Deja que se vaya —le dice.

—Ella no quiere irse —responde el hombre, y saca una pistola semiautomática.

—Pregúntaselo a ella —sugiere el Cazador, y siente un cosquilleo de calor subir desde el vientre.

—¿Qué diablos quieres? —pregunta el hombre—. ¿Crees que eres una especie de héroe?

Apunta la pistola hacia el Cazador, pero se siente inseguro ante su absoluta falta de miedo y retrocede unos pasos.

—No le voy a hacer nada —prosigue el hombre con un rastro de nerviosismo en la voz—. Solo se está haciendo la digna, se cree que es mejor que las demás.

El Cazador lo sigue con la mirada, y no puede reprimir una sonrisa.

El hombre ha bajado el arma, el cañón está apuntando al suelo.

Retrocede hacia el gran conducto de ventilación, se mueve sin rumbo fijo, intenta escapar como un conejo enfermo.

—Pasa de mí.

El hombre alza el arma de nuevo, pero el Cazador le detiene la mano con calma, vuelve la pistola hacia él y le introduce el cañón en la boca.

—Bang —susurra, y saca el arma de nuevo, deja caer el cargador en el suelo y saca una bala de la recámara.

La bala cae rodando por el suelo de cemento hasta los pies de la chica. Ella permanece quieta, con la vista gacha, como si no se atreviera a mirar.

El Cazador vuelve a subir por la rampa, limpia sus huellas dactilares de la pistola y la tira en un cubo con arena y colillas. Se agacha para pasar bajo la puerta del garaje y continúa por la acera sombreada de la calle Luntmakargatan.

En la calle Rehmsgatan gira a la derecha y llega al portal de madera justo cuando una mujer con el pelo teñido de negro y el brazo escayolado le está aguantando la puerta a un hombre de hermoso rostro.

El Cazador sujeta la puerta y da las gracias, se dirige directamente al ascensor, cierra la puerta y aprieta el botón del último piso.

Recuerda cuando él y su madre se ayudaban con las trampas, cómo rociaban las jaulas con sidra para que los conejos no notaran el olor a humanidad.

El ascensor llega arriba cuando se apaga la luz de la escalera. Solo hay una puerta en este rellano, una pesada puerta de seguridad con una capa exterior de roble barnizado.

Cuando Rex muera piensa cortarles las orejas, ensartarlas en la cinta de cuero y llevárselas colgadas del cuello por dentro de la camisa.

Al pensar en ello, su cabeza se llena de un sonido crepitante que se transforma en un ruido ensordecedor, como cuando alguien empuja un carrito lleno de botellas sobre el asfalto irregular de un aparcamiento.

El Cazador cierra los ojos e intenta recomponerse, tiene que atraer el silencio exterior e imponerlo al caos de dentro.

Llama a la puerta y oye acercarse unos pasos desde el interior, baja la vista al suelo de mármol y ve cómo gira bajo sus pies, como la plataforma giratoria en el centro de un autobús articulado.

Se abre la puerta y ve a Rex ante él con la camisa colgando por fuera del

pantalón. Rex le hace pasar, retrocede y está a punto de tropezar con la maleta.

—Pasa —dice con la voz ronca.

El Cazador entra y cierra la puerta tras de sí, cuelga el abrigo en una percha y se quita los zapatos mientras Rex desaparece por la escalera de caracol en dirección a la planta de arriba.

Se recoloca el hacha que le cuelga bajo la chaqueta y sigue a Rex despacio hacia el luminoso piso de arriba.

—Tengo hambre —dice al entrar en la cocina.

—*Sorry* —sonríe Rex, y se abre de brazos—. En lugar de pelar los espárragos he estado tocando la guitarra.

—Ya los pelo yo —dice el Cazador, y saca una tabla de cortar de plástico blanco.

—Entonces yo prepararé el caldo —responde Rex, y saca cuatro manojos de espárragos verdes de la nevera.

El Cazador traga saliva y piensa que tiene que tomar su medicina enseguida. Oye gritos dentro de su cabeza, como si alguien estuviera desgarrando una sábana. Rex es uno de los hombres que violó a su madre, que la dejó desgarrada encima de un montón de estiércol.

El Cazador se apoya con la mano en la encimera y saca un cuchillo de pelar del taco para cuchillos.

Sammy entra en la cocina con una manzana en la mano, le dirige una rápida mirada y después se gira hacia su padre.

—¿Podemos seguir hablando? —pregunta, y se sonroja.

El Cazador coloca el filo del cuchillo en su pulgar, presiona levemente y cierra los ojos un instante.

—Sammy —dice Rex—. No tengo ningún problema con que vivas aquí, eso no fue lo que dije.

—Pero no es nada agradable saber que no eres deseado —dice.

—De todas formas, todos tienen que morir —dice el Cazador en voz baja.

Mira el cuchillo que tiene en la mano y vuelve a pensar en su madre y la

horrible violación que la destrozó.

Ahora sabe que su madre padecía de una recurrente psicosis depresiva reactiva y que sus oscuros delirios los afectaron a los dos.

El miedo atroz a los conejos, a esas repugnantes madrigueras de conejos en el suelo.

Antes los recuerdos de la infancia eran algo que se guardaba para sí. Las cacerías del Cazador y los miedos de su madre eran parte de un pasado secreto.

Pero en los últimos tiempos esos recuerdos han empezado a aflorar con frecuencia y han traspasado todas las barreras.

Se precipitan sobre él, directamente contra su rostro, como si todo ocurriera en ese instante.

Está convencido de que él no es un psicótico, pero el pasado ha demostrado que nunca se rinde.



Después de haber tocado la guitarra, Rex siente dolor en las yemas de los dedos de la mano izquierda mientras pica las chalotas.

—¿Por qué dices que no eres deseado? —pregunta con cuidado, y echa los trozos de chalota en la cazuela.

—Porque estás todo el tiempo diciendo que tenemos que intentar pasar bien estas tres semanas juntos —explica Sammy.

Rex limpia el cuchillo contra la tabla de cortar, mira la hoja ancha y después la enjuaga bajo el grifo.

—No hay ningún problema por mi parte —dice—. Pero... lo que te estoy pidiendo es que tú me aceptes a mí.

—Pues yo no lo siento así —dice su hijo con voz pastosa.

—Nunca he visto a Rex tan contento como ahora —señala DJ sin dejar de pelar espárragos.

—Papá, ¿te acuerdas de la primera vez que tuve que quedarme contigo? —pregunta Sammy—. ¿Te acuerdas?

Rex mira a su hijo, los ojos brillantes, el rostro sensible y los hombros estrechos. Comprende que lo que piensa contar no será agradable, y sin embargo desea que continúe.

—No, no lo recuerdo —responde con sinceridad.

—Yo tenía diez años, estaba tan contento, les había hablado a mis amigos sobre mi padre, que viviría contigo en el centro de la ciudad, que comeríamos en tu restaurante todos los días.

La voz de Sammy se quiebra, baja el rostro y trata de calmarse. Rex desearía abrazarlo, pero no se atreve.

—Sammy... no sé qué decir, no me acuerdo de eso —dice en voz baja.

—No —contesta Sammy—. Porque cambiaste de opinión cuando viste que no me había cortado el pelo.

—Eso no es cierto —dice él.

—Tenía el pelo largo y no parabas de quejarte diciendo que tenía que cortármelo, pero no lo hice y... cuando llegué a tu casa...

Los ojos de Sammy se llenan de lágrimas, su rostro se torna colorado y se le hinchan los labios. Rex quita la cacerola del fuego y se seca las manos en el delantal.

—Sammy —dice—. Ahora recuerdo de lo que hablas... y no tuvo nada que ver con tu pelo... Lo que pasó fue... Cuando tu madre vino contigo yo estaba tan borracho que no me tenía en pie... no podía dejarte conmigo.

—No —solloza Sammy, y aparta el rostro.

—Eso fue cuando vivía en la calle Drottninggatan —continúa Rex—. Recuerdo que yo estaba tirado en el suelo de la cocina. Me acuerdo de ti, llevabas tus deportivas rojas y la pequeña maleta de cartón que...

Guarda silencio, porque de pronto comprende lo sucedido.

—Pero tú pensaste que fue por tu pelo —dice casi para sí mismo—. Está claro que eso fue lo que pensaste.

Rodea la encimera e intenta abrazar a Sammy, pero su hijo se aparta.

—Perdóname —dice Rex, y le retira con cuidado el largo flequillo del rostro—. Perdóname, Sammy.

DJ se mete un Modiodal en la boca y se lo traga. No sabe cómo le afectará emocionalmente lo que está ocurriendo. No estaría bien si, de repente, pierde toda la fuerza y se queda dormido en el suelo.

Corta los tallos pelados en trocitos, guarda las puntas y mete el resto en la cacerola con agua.

Piensa que ahora no puede ser un cazador, que tiene que ser DJ, el amigo,

durante un rato más.

No hay prisa, todo sucede a un ritmo perfecto, en un orden perfecto.

Recuerda cuando su madre le enseñó la fotografía escolar donde aparecen todos los alumnos delante del enorme edificio principal. Los ojos de nueve de ellos habían sido arrancados, el décimo no estaba en la fotografía, ya que era el bedel. Recuerda exactamente las manos temblorosas de su madre, y cómo la luz de la lámpara de la mesa brillaba a través de los agujeros del papel fotográfico como una constelación desconocida.

—Sé apañarme yo solo —dice Sammy tranquilo—. ¿No te has enterado?

—Pero yo soy responsable de ti mientras vivas aquí... y viendo cómo están las cosas no me siento con ganas de ir a Norrland con DJ.

—Podemos aplazar la reunión —dice DJ, y deja el cuchillo sobre la tabla de cortar—. Puedo llamar a los inversores.

Rex le dirige una mirada de agradecimiento.

DJ sonríe y piensa cómo lo matará: Rex tendrá que arrastrarse por todos los pasillos del hotel con la espalda acuchillada hasta que le dispare en la nuca.

Rex exprime el zumo de un par de limas en la cazuela y Sammy va a la nevera en busca de la crema batida y le quita la tapa.

—No necesito niñera —dice Sammy—. Comprendo que pueda parecerlo, pero me las apaño yo solo.

—Solo quiero que no te quedes aquí solo —responde Rex, y empieza a pelar las gambas.

—Has estado soñando con ir allá arriba y cazar —sonríe Sammy, y simula apuntar con un rifle—. Bang, bang... y Bambi está muerto.

—Solo se trata de negocios —contesta Rex.

—Que yo te estropee —dice Sammy.

—También puedes acompañarnos —propone DJ, y ve a un conejo ensangrentado arrastrarse por el suelo mientras las patas cortadas reposan sobre la tabla.

—Papá no quiere —responde Sammy en voz baja.

—¡Claro que quiero! —protesta Rex, y se enjuaga las manos.

—No —sonríe Sammy.

Rex mezcla la sopa con los trozos de espárragos, fríe los brotes enteros y coge el plato con las gambas peladas.

—Sería fantástico —dice con entusiasmo—. Podemos cocinar juntos para los inversores. Sammy, te lo prometo, el paisaje te encantará.

—Pero yo no puedo matar animales.

—Yo tampoco —dice Rex.

—Tal vez cuando llegue el momento os saldrá de dentro —dice DJ, e intenta alejar los gritos de su madre que oye en su cabeza.

Solo fue difícil matar a dos de los violadores. Uno de ellos porque causó un gran revuelo y su muerte suscitó una intensa actividad policial en Suecia; el otro, porque vivía en Washington DC y desde hacía muchos años tenía contratados los servicios de Blackwater para su protección personal.

Su plan era tan genial que nadie podría descubrirlo hasta que fuera demasiado tarde.

Él sabía que Teddy Johnson vendría al funeral del ministro de Asuntos Exteriores.

Pero tenía que atraerlo en el momento oportuno, antes de que le llegaran noticias de que habían muerto más de sus antiguos amigos de la Madriguera, si no, seguro que habría sospechado que se trataba de una trampa.

Y entonces ya no habría importado lo que pusiera de cebo en el interior de la jaula.

Pero cayó en la trampa, y DJ se las arregló para separarse de Rex en la aglomeración de la iglesia. Se sentó en la tribuna cerca de la escalera y saludó con la mano a Sammy, que había acabado al fondo, a la derecha. Durante un salmo especialmente atronador hasta le lanzó unas bolitas de papel a Rex.

DJ se escabulló de la ceremonia con tiempo de sobra y alcanzó a subir a la Kungstorn diez minutos antes de que el sacerdote dijera las últimas palabras. Sabía que el caos que se produciría cuando la primera bala alcanzara a Teddy

Johnson ocultaría su desaparición. Habría un gran tumulto, gritos y empujones. Pasarían horas antes de que los tres pudieran reunirse de nuevo en casa de Rex.

Un Win Mag 300 era la elección obvia.

Cuando mató al ministro de Asuntos Exteriores eligió una pistola con silenciador, ya que era consciente de que por muy bien que se preparara e investigara las rutinas de la víctima, siempre surgen imprevistos.

Estuvo allí dos veces, y antes de entrar trazó un mapa del sistema de alarma, las cámaras y las rutinas de seguridad. Pero, a diferencia del resto de la gente, un hombre en la posición del ministro de Asuntos Exteriores, por una u otra razón, podría haber solicitado la presencia de guardaespaldas armados justo la noche que él había elegido.

El Cazador habría preferido cortarle las venas de las muñecas en el baño, pero cuando la prostituta consiguió liberarse y disparar la alarma no quiso correr ningún riesgo.

Por lo general, se deja guiar por su instinto cuando elige las armas.

Había tres motivos para matar al ministro de Asuntos Exteriores mientras tenía a una prostituta atada a la cama. La primera era que sabía que el hombre solo organizaba esos encuentros cuando el resto de su familia estaba de viaje.

La segunda razón era que el ministro siempre se deshacía de los guardaespaldas cuando contrataba los servicios de una prostituta.

La tercera era que la presencia de esta aumentaba las posibilidades de que se silenciaran las circunstancias que habían rodeado la muerte del ministro.

DJ le sonrío a Rex cuando se sientan a la mesa, pero en su interior su madre sigue gritando de miedo cuando los conejos se escapan de la trampa y, presas del pánico, intentan escabullirse de la pala con que los golpea.

Joon Linna camina con pasos apresurados por el pasillo de la planta octava del edificio de la Policía Nacional en Kungsholmen, Estocolmo. Tiene el cabello rubio alborotado y los ojos de un gris acerado. Lleva puesto un traje nuevo negro y una camisa gris claro. La americana está desabrochada y la culata de su Colt Combat se vislumbra en la cartuchera de cuero brillante y desgastada debajo de su brazo izquierdo.

Una mujer joven con arrugas de expresión le dedica una amplia sonrisa y un hombre de barba plateada que está de pie en la pequeña cocina se lleva la mano al pecho cuando Joon pasa a su lado.

Fuera del despacho del jefe hay un gran cartel con las siete regiones policiales de Suecia, de las cuales la de Estocolmo es la más pequeña y la septentrional ocupa la mitad del país.

Carlos está inclinado sobre su acuario, y cuando Joon entra se sobresalta como si lo hubiera pillado haciendo algo prohibido.

—Los estás malcriando —dice Joon mirando a los peces.

—Lo sé, pero les gusta —asiente Carlos.

Ha cambiado la decoración del acuario. En lugar de restos de naufragio y buceadores de plástico, ahora los peces nadan entre naves espaciales blancas, soldados imperiales un Darth Vader tumbado y un Han Solo envuelto en el brillo de las burbujas de la bomba de oxígeno.

—Ahora conocemos el rostro del asesino —explica Joon—. Pero la fotografía no coincide con nadie del registro de antecedentes penales o el de sospechosos habituales.

Carlos abre la foto en su ordenador y observa el rostro medio de perfil que

Johan Jönson sacó de una imagen reflejada en un jarrón plateado.

El asesino es un hombre blanco de unos treinta años con el cabello rubio y una barba bien cuidada, nariz recta y frente arrugada.

Su fuerte nuca está girada y los músculos del cuello destacan entre las sombras, la boca está entreabierta, parece casi sonrojarse bajo las cejas claras y los ojos azules se ven brillantes, casi ausentes.

—Tenemos que enviar la fotografía a las terminales Rakel de todo el cuerpo, y la orden tiene que salir directamente de ti —dice Jooná—. Máxima prioridad... Les damos quince minutos, y si nadie responde enviamos la foto a todas las ediciones digitales de los periódicos y solicitamos ayuda de la gente.

—¿Por qué hay siempre tanta prisa cuando tú...?

Se detiene cuando Anja entra en el despacho sin llamar. La mujer rodea el gran escritorio y empuja a Carlos en su silla como si fuera una barbacoa que se ha interpuesto en su camino.

Difunde con rapidez la imagen a través de la red interna que comunica todo el cuerpo, le otorga la máxima prioridad, y a continuación abre un correo electrónico adjunto que ella misma ha escrito con una propuesta de texto para todas las redacciones de periódicos del país.

Ahora la fotografía del asesino se ve en el monitor del terminal de Carlos, que está junto al teclado.

—Ahora solo podemos esperar —dice ella, y se cruza de brazos.

—En realidad, ¿qué hay de nuevo en este edificio aparte del nombre? —pregunta Jooná, y mira el parque a través de la baja ventana.

—Funcionamos igual que antes, aunque algo peor —responde Carlos.

—Suená genial —dice Jooná, al tiempo que mira el reloj y se pregunta por qué Saga no se ha puesto en contacto con él.

—La razón es que ninguna región policial desea que la dirijan desde arriba... y por lo tanto ya no podemos iniciar ninguna actividad operativa, nos limitamos a dar apoyo a cada una de esas regiones.

—No tiene mucho sentido.

—Pues en realidad funciona, porque tenemos la autoridad para decidir cuándo las regiones necesitan nuestra ayuda.

Carlos guarda silencio cuando recibe una llamada desde otro terminal.

Comprende que tiene que responder y empieza a toquetear los botones hasta que consigue poner en funcionamiento el altavoz.

—Soy Rikard Sjögren, de las fuerzas especiales de Estocolmo —se presenta el colega—. No sé si esto servirá, pero estuve en el grupo de protección durante el funeral del ministro de Asuntos Exteriores en la iglesia de Sankt Johannes y estoy seguro de que vi a este hombre entre los invitados.

—Pero ¿no sabes quién es? —pregunta Carlos con la boca pegada al aparato.

—No.

—¿Estaba en compañía de alguien o cerca de alguien que tú reconocieras? —dice Joonas.

—No lo sé... pero lo vi hablar todo el tiempo con el cocinero ese de la televisión.

—¿Rex Müller?

—Sí, ese, Rex Müller.

Anja ya ha empezado a buscar en la prensa y las revistas los archivos de fotos de los asistentes al funeral antes del atentado. Revisa rostros, sobre todo de políticos y empresarios bajo el sol en el exterior de la iglesia.

—Aquí está —dice ella—. ¿No es cierto?

—Sí —responde Joonas.

En la fotografía del presidente de Estonia se ve a un hombre entre los asistentes que hacen cola en la escalinata de la iglesia. Hace visera con la mano mientras la luz del sol ilumina su barba rubia.

—Pero no hay nombre —dice Anja para sí misma, y continúa buscando.

No pasan muchos segundos antes de que encuentre una nueva fotografía de él junto a Rex Müller y su hijo. Rex le pasa el brazo por el hombro a su hijo y mira a la cámara con expresión de tristeza, mientras que el asesino está a punto de darse la vuelta. Le suda la frente y la mirada es extrañamente tensa.



—Según el pie de foto se llama David Jordan Andersen —dice Anja.

Por fin han identificado al asesino, piensa Jooná. David Jordan Andersen es el asesino itinerante que está matando a los violadores, uno tras otro.

Anja comprueba enseguida el nombre y descubre que David Jordan es el fundador de la empresa que produce los programas de cocina de Rex y que en la práctica funciona como su mánager.

—¿Dónde vive? —pregunta Jooná.

—Vive en... en Ingarö, y su empresa tiene una oficina en la calle Observatoriegatan.

—Envía un equipo a Ingarö, otro a la oficina y otro a la casa de Rex Müller —le dice Jooná a Carlos—. Pero no olvides que es extremadamente peligroso... lo más probable es que mate al primer hombre que entre.

—Eso no necesitas decírmelo —murmura Carlos.

Jooná y Anja esperan mientras Carlos organiza de manera eficiente un equipo de coordinación. Da la orden al grupo nacional de operaciones especiales de entrar en la casa de Ingarö, y luego da las otras dos direcciones a los equipos de fuerzas especiales.

Antes de finalizar la conversación con el jefe operativo, subraya la importancia de utilizar armas automáticas y chalecos antibalas.

—Su munición puede atravesar nuestros chalecos —dice Jooná, y abandona el despacho.

Después de que cese la lluvia, el cielo está blanco. Pétalos de rosas silvestres yacen húmedos sobre las rejillas del alcantarillado. El tejado de la sala de medicina forense del instituto Karolinska gotea.

Nålen pasa de largo la zona de aparcamiento en su Jaguar blanco, se sube a la acera y se detiene justo delante de la entrada del instituto con una de las ruedas traseras encima del arriate.

El profesor se baja del coche sonriendo, pero se da cuenta de que el parachoques delantero está tan cerca de la puerta que no puede abrirla. Regresa al Jaguar silbando, se sienta en el asiento del conductor, retrocede entre los rosales y vuelve a salir del coche.

Su rostro delgado está bien afeitado y sobre la nariz hundida lleva puestas unas gafas de piloto de montura blanca. Se le conoce por ser un forense extremadamente serio y riguroso, pero hoy se encuentra de un humor inusualmente bueno.

Nålen saluda contento con la mano a una mujer que está sentada en la recepción, continúa hacia su despacho, cuelga su chaqueta y se pone la bata de médico sobre su polo.

—«Tell me I'm a bad man, kick me...», tra-la-laa —canta mientras entra en la sala de autopsias—. «Tell me I'm an angel, take this to my grave...»

Frippe, el ayudante de Nålen, ya ha recogido el cuerpo de la sala de conservación de cadáveres y lo ha dejado sobre la mesa de autopsias dentro de la funda de transporte.

—He hablado con Carlos y me ha dicho que Joona Linna ha vuelto —dice Nålen—. Ahora todo volverá a ir bien.

Su voz se quiebra de repente, carraspea un par de veces, se quita las gafas y las limpia un poco con el faldón de la bata.

—Ahora entiendo por qué hemos tenido que sacar de nuevo a mister Ritter —dice Frippe, y se recoge el pelo en una cola de caballo.

—Jooná cree que lo han asesinado —dice Nålen, y le tiemblan las delgadas comisuras de sus labios.

—No, según mi opinión —dice Frippe.

—Tres personas que fueron a la escuela Ludviksberg hace treinta años han sido asesinadas esta semana... Pero como Jooná dice que tiene que haber más, Anja ha estado cribando todos los nombres del anuario a través del registro... y la única muerte relevante que ha encontrado es esta —finaliza Nålen.

—Que fue un accidente —dice Frippe.

—Jooná cree que se nos ha pasado algo.

—Joder, si ni siquiera ha visto el cuerpo —dice Frippe tratando de controlar su indignación, y se rasca la ceja con el pulgar.

—No —sonríe Nålen satisfecho.

—Carl-Erik Ritter tenía un 2,3 por ciento de alcohol en sangre, estaba muy borracho, tropezó y cayó contra un escaparate cuando volvía a casa desde el pub El Bocado en Axelsberg y se seccionó la yugular —continúa Frippe, y abre la bolsa de transporte.

Un hedor dulzón, como a ciénaga, se esparce por la sala.

El cuerpo desnudo de Carl-Erik Ritter tiene un color marrón moteado y el abdomen negruzco está hinchado.

El cuerpo se conserva a una temperatura de ocho grados para que la putrefacción sea más lenta, pero la lucha contra la descomposición es inútil.

Frippe se inclina sobre el rostro grisáceo y de pronto nota algo rojo que brilla en el interior de una de las fosas nasales.

—Joder...

De repente un líquido marrón rojizo empieza a brotar y resbala por encima de los labios y las mejillas del muerto.

—*Shit* —resuella Frippe, y echa la cabeza hacia atrás.

Nålen oculta una sonrisa aunque no dice nada, él mismo reaccionó de esa manera en una ocasión. Durante el proceso de descomposición, suelen aparecer ampollas bajo la piel y en el interior de la nariz, y resulta muy fácil confundirlo con una hemorragia nasal cuando las ampollas revientan de repente y el líquido fluye hacia el exterior.

Frippe se dirige al ordenador y se queda allí un rato antes de regresar con su iPad y comparar las imágenes del lugar del accidente con las heridas del muerto.

—Mantengo mi valoración —concluye—. Se trata claramente de un accidente... Aunque es posible que Joono tenga razón, hay muchos más distritos policiales, quizá hayan pasado por alto algún asesinato en Gotemburgo o Ystad.

—Puede que sí —murmura Nålen, y se pone un par de guantes de vinilo.

—El escaparate se rompió, Ritter cayó a través del cristal, todo concuerda, mira el informe de los técnicos —dice Frippe de nuevo, y le tiende el iPad.

Nålen no lo mira, sino que empieza a examinar la infinidad de cortes superficiales que brillan como líneas negras por todo el cuerpo. Hay muchos en las manos, rodillas, tórax y rostro. La única lesión realmente grave es el corte en el cuello, que sube en diagonal hacia el oído.

—Una herida abierta en forma de línea —lee Frippe mientras Nålen toca la profunda herida—. Las paredes interiores del corte son lisas y no están especialmente empapadas en sangre... ningún defecto en los tejidos, la superficie circundante de la piel está intacta...

—Bien —dice Nålen, y deja que el dedo recorra el interior del borde de la herida.

—La causa directa de la muerte fue una combinación de pérdida de sangre y aspiración de sangre —prosigue Frippe.

—Sí, es una herida muy profunda —murmura Nålen.

—Estaba borracho, perdió el equilibrio, rompió el escaparate, cayó de cabeza hacia delante con todo su peso, se deslizó con la garganta sobre el borde roto... como la hoja de una guillotina.

Nålen le dirige una divertida mirada de soslayo.

—Pero ¿y si las circunstancias del accidente son demasiado evidentes? —dice —. Imagina que alguien lo ayudó a poner un poco más de presión en la cabeza, que se preocupó de que el cuello se deslizara por el borde afilado... de forma que le cortara la yugular hasta la tráquea.

—Fue un accidente —dice Frippe obstinado.

—Se ahogó lentamente en su propia sangre —constata Nålen, y empuja las gafas hacia arriba sobre su larga nariz.

—Me siento como si Joonas Linna estuviera aquí delante esperando para preguntar quién de los dos tiene razón —resopla Frippe.

—Pero tú estás seguro de que la tienes —dice Nålen en tono ligero.

—Fue un accidente... Saqué doscientos diez trozos y fragmentos de cristal del cuerpo... sobre todo de sus rodillas, manos, tórax y rostro.

Nålen toca la boca del muerto, y abre la herida coagulada en el labio superior que permite que se vean los dientes debajo.

—Esto se hizo con un cuchillo —dice lacónico.

—Con un cuchillo... —repite Frippe, y traga saliva.

—Sí.

—Así que, después de todo, sí fue un asesinato —suspira Frippe, y mira al muerto.

—Sin ninguna duda —susurra Nålen, y lo mira a los ojos.

—Una sola herida... De doscientas *fucking* heridas, hizo una sola con cuchillo.

—Para que la víctima tuviera su labio leporino...

El minibús del grupo nacional de operaciones especiales bloquea la estrecha calle a cuatrocientos metros de la casa de David Jordan en Ingarö. Policías fuertemente armados acordonan rápidamente la zona con cintas de plástico y despliegan alfombras de clavos hasta la cuneta.

Tras consultarlo con Janus Mickelsen, de los servicios secretos, Magnus Mollander dirige la operación sobre el terreno. Es un hombre rubio de mirada tímida que hace solo unos días se ha separado de su novia. Una mañana, sin más, ella le dijo que no podía seguir viviendo con alguien que arriesgaba la vida cada vez que iba a trabajar. No hubo manera de convencerla, se limitó a llenar su maleta floreada y desapareció.

Mientras conducían hacia la casa, Magnus estudió detenidamente la imagen de satélite de la propiedad, ocupada en su mayor parte por bosque y acantilados que descienden hasta el agua.

El grupo de operaciones está compuesto por ocho policías equipados con cascos, chalecos antibalas de placas cerámicas, subfusiles, pistolas semiautomáticas y fusiles de precisión Heckler & Koch.

Sus pesadas botas rechinan cuando se mueven por la desierta calle asfaltada, con sus cunetas cubiertas de hierbas altas.

A una señal de Magnus, Janus Mickelsen y otros dos francotiradores salen de la carretera y se adentran entre la maleza. El resto del grupo continúa hasta la valla y avanzan junto a ella en silencio. Se oye cantar a los pájaros desde las altas copas de los árboles. Alguna mariposa aislada pulula sobre las flores silvestres.

El grupo de operaciones llega a la entrada bien cuidada de la casa de David

Jordan. Magnus Mollander observa la gravilla bien rastrillada y la plaza de aparcamiento vacía. Dos oscuros edificios adosados unidos por una especie de marquesina ocultan el resto del jardín.

Abre la verja e indica a los colegas que le sigan con la mano mientras escucha el informe de Janus de que los francotiradores han cruzado la valla y están subiendo por las rocas que hay detrás de la pista de tenis.

Indica al grupo que se desplieguen por parejas y él continúa junto a Rajmo en línea recta entre los dos edificios. Es como estar cruzando las puertas de un castillo.

Llegan con cuidado al otro lado y miran hacia abajo, al jardín en pendiente y las rocas desnudas que descienden hasta el agua.

La casa de David Jordan es grande y marrón oscuro con enormes ventanales y una bonita terraza en ángulo frente a la bahía. Debajo de la casa hay una piscina cubierta y una terraza pavimentada con sillas blancas.

Todo está limpio, bien cuidado y en silencio.

Parece que no hay nadie en casa.

Magnus y Rajmo se quedan quietos y observan la casa, estudiando detenidamente la zona acristalada, pero no se ve movimiento.

Hay una motora amarrada a un muelle junto a dos motos de agua que cuelgan suspendidas de unas grúas.

Los francotiradores informan de que han ocupado sus puestos.

Magnus suda bajo el pesado chaleco antibalas. Puede oír su propia respiración en el casco cuando levanta el brazo y da la señal de avanzar a sus hombres.

El grupo uno se acerca a la casa de invitados y fuerza la puerta mientras el grupo dos sigue a Magnus y Rajmo hacia el edificio principal.

Corren agachados por el espacio abierto hacia la casa. Entran por dos puntos distintos, Magnus hace volar la puerta principal al mismo tiempo que el grupo dos rompe una ventana y lanza granadas aturdidoras.

Rajmo empuja la puerta, aparta las astillas del marco destrozado con el cañón del arma semiautomática y corre hacia la puerta del primer dormitorio, se agacha

y abre. Magnus entra detrás de él. La alarma antirrobo resuena zumbando mientras ellos exploran los dormitorios, abren las puertas de los armarios y vuelcan las camas.

Cuando salen de la sección de los dormitorios reciben un informe del otro equipo que se encuentra en el edificio principal. Han registrado el otro lado de la casa y no hay nada.

Magnus hace una señal a Rajmo con la mano y empieza a correr por la sala de estar, comprueban los rincones ocultos y siguen por una enorme cocina bañada por una luz cegadora procedente del mar. Magnus avanza y oye gritar algo al otro equipo en el otro extremo de la casa. Sus gafas de protección se han ladeado y se las arranca al tiempo que ve con el rabllo del ojo cómo alguien sale corriendo de su escondite al otro lado del ventanal. Magnus jadea y dirige el arma hacia el cristal. El dedo reposa en el gatillo, pero ya no ve a la persona, solo una hilera de tumbonas blancas.

Magnus se agacha para protegerse. El corazón le retumba en el pecho. Ahí fuera las hojas de los árboles se mueven con el suave viento. Se limpia el sudor de los ojos y vuelve a ver a la persona.

Se trata de Rajmo, que por alguna extraña razón se refleja a través de diferentes ventanas de forma que parece como si se encontrara en la terraza cuando en realidad está rodeando la mesa del comedor a diez metros de distancia.

Magnus se levanta de nuevo, echa un vistazo fuera, da un paso atrás y ve de nuevo a su compañero reflejado en el exterior.

Se vuelve hacia Rajmo y se oye a sí mismo decir que van a registrar de nuevo la casa.

En la cocina hay un vaso de whisky medio lleno sobre una encimera de mármol junto a una bolsa abierta de ganchitos. Magnus se quita uno de los guantes y toca el vaso. No está frío, recientemente no se ha derretido ningún cubito de hielo.

Pero alguien ha estado aquí y ha abandonado la casa de forma precipitada.



Se acerca a la ventana. El grupo uno se encuentra abajo en el muelle. Dos hombres han subido a la motora, miran en la cabina de pilotaje y buscan en los compartimentos de cubierta.

Magnus abre las puertas del balcón, sale a la terraza y ve un zorro inflable en lo alto de un árbol.

El viento se ha llevado los juguetes de baño de la piscina.

Por fin la alarma se apaga y Magnus informa a la dirección del DON de que no hay nadie en la casa, pero que volverán a registrarlo todo, lenta y minuciosamente.

—Jooná llegará dentro de quince minutos —dice el jefe de operaciones.

—Bien.

Magnus da la vuelta a la casa y llama con la mano a los francotiradores, a pesar de que tienen orden de permanecer en estado de alerta. La superficie de goma roja de la pista de tenis está cubierta de agujas de pino marrones.

Magnus comienza a caminar por la parte trasera del edificio principal, pensando también que tienen que volver a registrar la casa de invitados y que debe de haber una habitación para la bomba y la depuradora de la piscina donde alguien podría esconderse.

El calor del verano reverbera desde los paneles marrón oscuro de la fachada. Por ese lado, apenas unas cuantas ventanas dan al bosque.

El suelo cruje bajo sus pesadas botas y el aire está saturado de olores de su infancia, a resina y musgo.

Bajo los aleros de la parte posterior de la casa, descubre una especie de grandes jaulas para cangrejos, y está a punto de bajar una de ellas cuando recibe instrucciones del centro de control para que entre en la casa, intente acceder al ordenador de sobremesa y busque agendas o documentos de viaje.

A lo lejos se oye el golpeteo de un pájaro carpintero. Magnus piensa que su novia siempre se tapaba los oídos cuando oía a los pájaros carpinteros, no los soportaba, estaba convencida de que aquello tenía que provocarles terribles dolores de cabeza.

Está a punto de volver atrás, y hace una señal a Rajmo para que le siga, pero se detiene cuando descubre una trampilla abierta en la fachada, quizá a un metro y medio de altura. El cerrojo cuelga por fuera.

Tal vez se trate de una especie de leñera, piensa, y saca su cuchillo. Rajmo retrocede mientras Magnus toca la puerta con la hoja.

No cree que la casa sea una trampa explosiva, a pesar de las advertencias recibidas.

No sucede nada.

Magnus sonrío a Rajmo, se guarda el cuchillo, abre la puerta de par en par y ve una escalera empinada que conduce a los cimientos de la casa.

—Bajaré a echar un vistazo —grita Magnus, mete la mano y acciona el interruptor de la luz.

Se oye un clic pero las lámparas no funcionan. Monta la luz del arma en el riel y comienza a descender por la escalera.

—¿A qué diablos huele? —dice Rajmo, y se apoya en la abertura.

Cuanto más bajan, más intenso se vuelve el olor a descomposición. La estrecha escalera de hormigón parece conducir a las entrañas de la casa. Hay telarañas por todas partes, con grandes arañas que se mecen bajo su propio peso.

Justo al final de la escalera hay un corto pasillo con dos puertas de metal. Magnus le hace una señal a Rajmo para que esté preparado y tira de la puerta más cercana. Echa un vistazo a una habitación de máquinas con filtros de radón y un sistema de purificación de agua. Rajmo abre la otra puerta y mira a Magnus negando con la cabeza.

—Una bomba de calor geotérmica —dice, y se sube el cuello de la chaqueta hacia la nariz para evitar el hedor nauseabundo.

Magnus trata de controlar las náuseas, barre el pasillo con el haz de luz y al fondo ve una pequeña puerta de madera.

Oyen una especie de zumbido muy fuerte, como cuando una aguja se atasca en una máquina de coser.

Magnus intenta abrir la puerta de madera, pero está cerrada con llave. Rajmo

da un paso atrás, le da una patada tan fuerte a la manija que salta todo el mecanismo de la cerradura y la puerta se abre.

El olor a carne podrida los golpea como una ola monstruosa. El agudo sonido se convierte en un zumbido ensordecedor cuando decenas de miles de moscas salen volando.

—¡Dios! —exclama Magnus, y se tapa la boca.

El aire está tan repleto de moscas revoloteando presas del pánico que no pueden distinguir el resto de la habitación con la luz de sus armas.

—¿Qué diablos es esto? —consigue soltar Rajmo.

Las moscas se dispersan y les sigue un sonido como si alguien arrastrara un palo por una verja y a continuación se vuelve a hacer el silencio.

Cuando se adentra en la habitación hedionda, Magnus siente que le tiemblan las piernas.

La luz de las armas se agita sobre una pared de hormigón pringosa. El zumbido de las moscas, que se había apagado, vuelve a intensificarse.

Rajmo ilumina un banco de trabajo cubierto de sangre seca. La sangre se ha escurrido por las patas hasta el suelo, ha salpicado las paredes hasta el techo.

El pequeño haz de luz de Magnus se mueve por encima de los cuerpos amontonados de los conejos destripados que brillan cubiertos de moscas negras.

Dentro de un tarro de cristal hay algunos cuchillos con mangos de madera ennegrecidos y hojas afiladas.

—Joder, esto es lo más enfermizo que...

Vuelve a oírse el traqueteo, Magnus dirige el arma al suelo e ilumina una jaula. Las vísceras de muchos animales están tiradas junto a la pared al lado de un drenaje. Hay una tabla de desollar ensangrentada y un descarnador dentro de un barreño de plástico de color amarillo.

El traqueteo proviene de una de las pequeñas jaulas que hay en el suelo. Un conejo aterrorizado corre en círculos. Las garras arañan la malla metálica.

Joona se pone la mascarilla protectora y los guantes de vinilo y baja a la estrecha habitación de despiece para examinar los animales muertos. Busca con rapidez entre las vísceras malolientes en el suelo y las partes de animales clavadas y colgadas de la pared, pero no encuentra ningún resto humano. Al parecer se trata de una combinación de matanza de conejos y maltrato animal. Puede ver intentos por empezar a preparar pieles de conejo y restos de piel desgarrada encima de un banco de descarnar ensangrentado, así como horribles rastros de descuartizamientos y mutilaciones para conseguir trofeos de su labor de caza.

En la pared ensangrentada de detrás del banco de trabajo hay un viejo recorte de periódico con una fotografía de Rex sosteniendo una estatuilla plateada de chef.

Joona se lleva la jaula con el conejo vivo arriba, a la luz del sol, y continúa hasta la linde del bosque antes de liberar al animal.

Janus ha apoyado el rifle de precisión contra la verja de la pista de tenis y se ha desabrochado el chaleco antibalas. Se mete una pastilla en la boca, aparta a un lado su cabello pelirrojo rizado y bebe a morro de una botella de agua mineral, echa la cabeza hacia atrás y traga.

—Te vi en una de las viejas grabaciones de seguridad en casa del ministro de Asuntos Exteriores —dice Joona.

—Mi primer trabajo en los servicios secretos fue limpiar su casa... Menuda forma de gastar el dinero de los impuestos... algunas de las chicas acababan tan mal que tenía que llevarlas a urgencias... y después era yo el que tenía que hacer que callaran y desaparecieran.

—Tengo entendido que cambiaste de departamento.

—Fue a petición del ministro de Asuntos Exteriores... Yo lo único que hice fue empujarlo contra la pared, lo agarré por su pequeña polla y le dije que estaba obligado a protegerlo, pero que tengo dos caras... y una de ellas no es especialmente agradable.

Magnus Mollander está esperando a Joono cuando vuelve con la jaula vacía. Magnus tiene un color malsano, como si tuviera fiebre, y tiritita a pesar del sudor que le brilla en el nacimiento del cabello.

—No hay nada en el ordenador —informa—. El técnico ha hecho una primera búsqueda y no ha encontrado nada que pueda decirnos dónde ha podido ir David Jordan.

Calla cuando Rajmo se acerca y les comunica que una mujer se ha bajado del autobús y se dirige caminando hacia la casa.

—Retira el acordonamiento antes de que lo vea —dice Joono—. Ocultaos y veremos si viene hacia aquí.

Todos se reúnen detrás de la casa de invitados, donde no se les ve desde la carretera. Nueve policías fuertemente armados, Joono Linna y el técnico del DON.

La verja se abre con un leve chirrido.

Joono saca su pistola y la mantiene oculta junto al cuerpo cuando oye acercarse los pasos de la mujer por el sendero de gravilla.

El sonido cambia cuando pasa entre los edificios, se torna más sordo y oscuro. La tiene justo al lado.

Joono da un paso al frente.

La mujer grita espantada.

—Disculpa si te he asustado —dice Joono con el arma oculta contra la pierna.

La mujer lo mira con los ojos como platos. Tiene el cabello rubio y lacio, viste unos vaqueros descoloridos, unas sencillas sandalias y una camiseta desteñida en la que pone FEEL THE BURN.

—Soy policía y necesito que me respondas a un par de preguntas —continúa

Joona.

La mujer intenta recomponerse, saca el teléfono de su bolso de tela y da un paso hacia él.

—Voy a llamar a la policía para comprobar que...

De repente guarda silencio, cuando descubre al grupo de asalto fuertemente armado que espera junto a la pared de la casa. El color desaparece lentamente de su rostro cuando repara en los chalecos antibalas, los cascos, los fusiles automáticos y los rifles de precisión.

—¿Dónde está David Jordan? —pregunta Joona, y enfunda el arma.

—¿Qué?

La joven mira sorprendida hacia la casa y ve la puerta de la calle tirada en el suelo.

—David Jordan —dice Joona—. No está en casa.

—No —dice ella con un hilo de voz—. Está en Norrland.

—¿Qué hace allí?

Ella parpadea como si estuviera deslumbrada.

—No lo sé —dice ella—. Estará trabajando.

—¿En qué lugar de Norrland?

—¿Qué ha pasado?

—Llámallo —dice Joona, y señala el teléfono que todavía tiene en la mano—. Pregúntale dónde está, pero no digas nada sobre nosotros.

—No lo entiendo —susurra ella, se lleva el teléfono a la oreja, pero vuelve a bajarlo de inmediato—. Está apagado... su teléfono está apagado.

—¿Sois novios? —pregunta Joona, mirándola con los ojos grises como piedras.

—¿Novios? No había pensado en ello... pero nos vemos muy a menudo... Me gusta estar aquí, puedo pintar cuando estoy aquí... pero no es que estemos muy unidos, no tengo ni idea de lo que hace aparte de producir los programas de comida de Rex...

Guarda silencio y mueve el pie sobre la gravilla.

—Pero sabías que estaría de viaje.

—Él solo dijo que se iría a Norrland, sabe que no me importa.

—Norrland es tan grande como el Reino Unido —dice Jooná.

—Es posible que mencionara Kiruna —dice ella—. Creo que dijo Kiruna.

—¿Qué crees que iba a hacer en Kiruna?

—No tengo ni idea.

Sin decir palabra, Jooná se dirige a su coche al tiempo que llama a Anja con su nuevo teléfono y le pide que reserve un billete de avión a Kiruna.

—¿Habéis conseguido contactar con Rex Müller? —pregunta, y se sienta detrás del volante.

—Ni él ni su hijo Sammy están en casa, nadie sabe dónde se encuentran. Hemos hablado con TV4 y con la madre del chico, que está fuera del país, pero...

—Al parecer David Jordan salió esta mañana de viaje hacia Kiruna —dice Jooná, llegando a la carretera.

—No, según las listas de pasajeros.

—Investiga si ha aterrizado algún avión privado en el aeropuerto o en algún aeródromo privado.

—De acuerdo.

—Ahora voy camino del aeropuerto de Arlanda —añade.

—Muy bien —responde Anja con tranquilidad.

—Y confío en que mientras tanto rastreéis los teléfonos.

—Estamos en ello, pero los operadores son reacios a facilitar esa información.

—Espero que lo resolváis antes de que suba al avión.

—Hablaré con el fiscal sobre...

—A la mierda con eso, pasa por encima de ellos, sáltate la ley —la interrumpe él—. Perdona, pero si no encontramos enseguida a Rex y a su hijo, están muertos.

—A la mierda con eso —repite ella con tranquilidad—. Pasa por encima de ellos, sáltate la ley...

La sinuosa carretera del bosque está desierta. Jooná pasa de largo ante un grupo de casas de campo alrededor de un lago brillante como un espejo con una plataforma de madera en medio. Hay un hombre detrás de una valla con un robot cortacésped en el regazo.

Jooná aumenta la velocidad de nuevo y está a punto de incorporarse a una carretera más grande junto a una gasolinera cuando Anja vuelve a llamar.

—Jooná, es imposible —dice ella.

Le cuenta que los técnicos del DON han intentado encontrar a David Jordan y a Rex con la ayuda de un GPS y con el rastreo de móvil GSM. No se pudieron activar los teléfonos de forma remota para que enviaran los datos de su posición, y como el operador móvil tampoco pudo captar ninguna señal de los repetidores locales de Kiruna, los técnicos están seguros de que los teléfonos no solo están apagados, sino rotos.

—¿Y el móvil de Sammy? —pregunta Jooná.

—Estamos en ello —responde ella—. Deja de estresarme, no lo soporto, todo el mundo está enfadado, no hay glamour ni coqueteo...

—Disculpa —dice Jooná, y acelera al entrar en la autopista.

—Pero puede que tengas razón... un Cessna no sé qué procedente de Estocolmo aterrizó esta mañana temprano en la base de Kurravaara.

—¿Y no hay lista de pasajeros?

—Espera un segundo.

La oye hablar y agradecer la ayuda.

—¿Jooná?

—Sí.

—Hemos localizado el teléfono de Sammy, se encuentra en los alrededores de Hallunda. Tenemos una dirección exacta, un adosado en la calle Tomtbergavägen.

—Es bueno saber que se ha quedado en casa —dice Jooná—. Envía una patrulla y que Jeanette Fleming hable con Sammy... necesito saber dónde se encuentran Rex y David Jordan.



Rex está en la habitación de su hotel y observa el equipo de caza expuesto sobre la colcha lisa. Rompe el lacre del papel, abre la caja de madera, saca el cuchillo de caza de hoja ancha y corta las etiquetas de la ropa nueva.

Por la mañana despegaron de Hågernäsviken, a las afueras de Estocolmo, en un Cessna bimotor con flotadores. Aunque la cabina presurizada era tan ruidosa que no se podía hablar. Rex se sintió como Nils Holgersson durante el largo vuelo de mil doscientos kilómetros. Allá abajo, el paisaje cambiaba: las tierras de cultivo y las edificaciones se tornaron en bosques de pinos de un negro verdoso, y después pantanos y tundra.

El avión aterrizó en la base naval de Kurravaara, donde un chófer los estaba esperando para llevarlos a las instalaciones de caza.

La E-10 a Narvik corría paralela a la línea del ferrocarril siguiendo las aguas azul oscuro de las ciénagas de Torneträsk.

Después de pasar el enclave turístico de Abisko, vislumbraron a lo lejos la abertura en forma de medialuna entre la cumbre de dos montañas conocida como Tjuonatjåkka.

En la estación de invierno de Björkliden, el coche abandonó la carretera principal y continuó por un camino de gravilla serpenteante en dirección a Tornehamn.

El hotel recién construido se encontraba en el mismo lugar que el antiguo campamento base de los obreros que, hacía más de cien años, habían construido la línea de ferrocarril Malmbanan.

El chófer giró en un cruce en T, condujo el último trecho por una entrada bordeada por grandes rocas y los dejó ante las escaleras de la entrada.

Aquí arriba están completamente solos, doscientos kilómetros al norte del círculo polar ártico.

DJ abrió y desconectó la alarma, entraron en el vestíbulo, continuaron por la recepción desierta y les mostró a él y a Sammy el solitario hotel.

Pasaron por el enorme comedor y entraron en la gran cocina del restaurante, abrieron las neveras con carne envasada al vacío, cientos de pizzas, treinta cartones de hamburguesas, pan y bollos, rodaballo, trucha alpina y caviar de coregono blanco.

Caminaron por largos pasillos enmoquetados, bajaron por la escalera de caracol al spa cerrado y pasaron ante una piscina sin agua.

Estaban arreglando el suelo en la zona de servicio y una montaña de muebles apilados les cerraba el paso.

Rex está delante de su cama y mira por la ventana: más allá del cruce y de Pakktajåkaluobbalah se ven montañas, valles y numerosos pantanos como gotas de plomo derretido.

Coge los calcetines de la cama, retira el crujiente papel de seda y comienza a vestirse para la caza.

DJ ha escogido el equipamiento, ha elegido las tallas correctas y ha encontrado unas exclusivas prendas de vestir con un protector oloroso para que los animales no puedan percibir el olor humano, hechas de un material que amortigua el ruido y repele el agua y el viento.

Una sensación de desazón hace que Rex se vuelva hacia la puerta. Siente como si de repente hubiera oscurecido detrás de él.

Rex se pone el resto de la ropa, guarda los prismáticos, la cantimplora y el cuchillo en la bolsa, posa la mano en la manija, y antes de salir al pasillo vuelve a notar la sensación de desazón.

Se detiene delante de la habitación 23 y llama a la puerta. Todas las cerraduras electrónicas están desconectadas, pero las puertas todavía se pueden cerrar por

dentro.

—Está abierto —se oye una voz tenue.

Rex entra en el recibidor, pasa por encima de los zapatos y continúa hasta el amplio dormitorio. Sammy se ha cambiado y está sentado en la cama viendo la tele. Tiene la cazadora desabrochada y se ha pintado los ojos con rímel y sombra dorada.

—Me alegro de que nos acompañes —dice Rex.

—No puedo quedarme solo aquí —responde su hijo.

—¿Por qué?

—Me están dando ganas de ponerme a correr por los pasillos con un triciclo y hablar con mi dedo índice.

Rex se ríe y le explica que DJ cree que es importante que él participe en la cacería.

—Lo único que digo es que sería más divertido que nos quedáramos aquí y cocináramos —dice Sammy, y apaga el televisor.

—Estoy de acuerdo contigo —asiente Rex.

—¿Vamos a ver a qué clase de viejos ricos ha engatusado DJ para que vengan hasta aquí? —suspira Sammy, y recoge su bolsa.

Caminan en silencio por los fríos pasillos y oyen unas risas ruidosas y tintineo de vasos. En el vestíbulo, delante de la chimenea chisporroteante, DJ está sentado con tres hombres vestidos con ropa de caza, bebiendo whisky.

—Aquí viene Rex —interrumpe DJ en voz alta.

Los hombres guardan silencio y se giran sonriendo en los sillones. Rex se tambalea hacia un lado. Es como caer en un agujero. Uno de los hombres es James Gyllenborg. Rex no lo ha visto desde la agresión de hace treinta años. James estuvo dentro del establo y lo golpeó en la espalda y la nuca con un tablón, lo pateó en la entrepierna cuando estaba en el suelo y le escupió.

Rex se apoya en un sillón de cuero y ve que se le ha caído la bolsa al suelo y que el cuchillo se ha deslizado por la alfombra.

—Papá, ¿qué te pasa?

—Se me ha caído...

Rex recoge la bolsa y el cuchillo, consigue reprimir las náuseas, se acerca al grupo y saluda. Reconoce a los otros dos hombres de la escuela Ludviksberg también, pero no recuerda sus nombres.

—Este es mi hijo Sammy —dice Rex, y traga saliva.

—Salud, Sammy —dice James.

Le estrechan la mano a Rex sin levantarse de sus asientos y se presentan como James, Kent y Lawrence.

Todos han envejecido.

James Gyllenborg ha adquirido un tono grisáceo en todo su ser, como si los años hubieran desvaído su vida y sus colores. Rex lo recordaba como un joven rubio y ardiente de labios finos y ojos azules e inquietos.

Kent Wrangel es corpulento y tiene un tono rojizo en el rostro, lleva gafas y una cadena de oro en el cuello, y Lawrence von Thurn también es robusto, tiene una barba canosa y los ojos inyectados en sangre.

—Caballeros, estamos encantados de que creáis en este proyecto —dice DJ—. Porque va a ser la hostia de divertido... ¡Y seguro que ya sabéis que Rex acaba de ganar el prestigioso premio Chef de Chefs!

—Completamente inmerecido, por cierto —sonríe Rex.

—Brindemos por ello —dice James, y bebe.

Los otros dos aplauden con sonrisa de satisfacción. Rex busca la mirada de DJ sin éxito.

—Solo quiero explicar... que la razón de que me haya quedado con todos vuestros teléfonos, incluido el mío, es que este negocio caerá como una bomba en nuestro sector —dice DJ mientras sirve más whisky—. Y después del estallido, todo será más difícil y mucho más caro. Así que esto es una especie de *dark pool*... Independientemente de si decidís firmar el contrato o no, mis condiciones son que la información al exterior se retrase, para que los que continuemos en el trato podamos negociar libremente con los proveedores más importantes.

—Esto va a ser algo grande —dice Kent, y estira las piernas.

—DJ, ¿puedes venir un momento? —dice Rex en voz baja, y se lo lleva a un lado.

—¿A que es emocionante? —dice DJ con voz suave mientras entran en el comedor.

—¿Qué es esto? ¿Qué demonios estás haciendo? —dice Rex—. No pienso hacer negocios con los cerdos de mi vieja escuela.

—Creía... todos os conocéis, no puede ser mejor, ¿a quién le importa que entonces fueran unos cerdos, si ahora tienen dinero?

Rex niega con la cabeza y trata de parecer más sereno de lo que está.

—Tenías que habérmelo dicho, tenías que haberme informado.

—Mira, en serio, es prácticamente imposible hacer negocios en Suecia sin encontrarse con gente que no haya ido a la escuela Ludviksberg —dice DJ, y ve que Kent se dirige hacia ellos con dos vasos de whisky.

DJ va a su encuentro, toma uno de los vasos y lo conduce de vuelta a los sillones.

Rex permanece en el comedor y los observa. La cabeza le zumba de indignación y piensa que tiene que sobreponerse y pasar por aquello como sea. Solo tiene que aguantar unas horas y luego buscará una excusa para que Sammy y él puedan regresar a casa mañana temprano.

Intenta convencerse de que hace esto porque es importante. Es una manera de asegurar su situación económica por si Sylvia acaba cansándose de él.

Rex observa a James Gyllenborg, que está sentado, y estudia la palma de su mano a través de la ventana circular de la puerta. Y se pregunta si siquiera se acuerda de lo que hizo.

Probablemente maltrató a mucha gente en aquella época, eso formaba parte de sus privilegios, pero Rex debió de ser uno de los pocos que no pudo aceptar lo que sucedió. Le puso fin al instante, a la mañana siguiente abandonó la escuela antes del desayuno y no regresó nunca más.

—Ahora escuchad —empieza DJ, y da unas palmadas para llamar su atención

—. Mucha gente cree que cazar en puesto fijo es cosa de reyes... pero lo cierto es que los renos salvajes de nuestra zona son mucho más tímidos que los que viven en libertad.

Rex da unos pasos hacia la puerta y vuelve a reunirse con los hombres del salón mientras DJ explica las reglas.

—Yo he cazado renos en Noruega —dice Lawrence con su voz de bajo—. Nos pasamos ocho horas sentados en un puesto de caza sin disparar ni un solo tiro limpio.

—Pero esto es una caza al acecho —les recuerda DJ—. Cazamos en pequeños grupos, sorprendemos a los renos, exploramos el terreno, las huellas... Es emocionante de cojones... Para acercarnos tenemos que estar en absoluto silencio y estar atentos a la dirección del viento.

—Y no tenemos ningún plan de contingencia —dice Rex, esbozando una amplia sonrisa—. Si ninguno de nosotros consigue matar a un reno, no tendremos nada para comer... y tendremos que conformarnos solo con patatas.

Media hora después DJ está repartiendo las armas y la munición en la amplia escalera del porche.

—El rifle que he elegido es un Remington 700 con culata sintética —explica, y muestra un rifle azul verdoso con un cañón negro sin guía.

—Una buena arma —murmura Lawrence.

—James, para ti tengo un modelo para zurdos —añade DJ.

—Gracias.

—Pesa 2,9 kilos, podréis con él —sonríe DJ, y enseña una caja de cartón marrón—. Utilizamos munición 375 Holland & Holland y solo tendréis veinte cartuchos.

Le lanza la caja a Rex.

—Así que apuntad con cuidado.

Recogen el equipo y empiezan a bordear el hotel. El cielo está gris y revuelto, huele a lluvia y el viento racheado sopla a través de los arbustos.

DJ los conduce hasta un sendero que sube por la ladera y les explica que tienen que caminar durante cuarenta minutos antes de llegar a la valla y la zona de pastos.

—El recinto tiene doscientas setenta y cinco hectáreas y abarca valles de pinos, aunque también montañas, algunos lagos, entre otros el Kratersjön, así como algunas de las escarpadas montañas del sur, donde deberéis tener mucho cuidado.

El paisaje es agreste y el aire es fresco y húmedo. Huele a bosque, brezo y hojas mojadas.

—¿Te lo estás pasando bien? —pregunta Sammy con un ligero aunque

inconfundible tono de desprecio.

—Esto es solo trabajo —responde Rex—. Pero estoy contento de que hayas venido.

Su hijo le dirige una mirada de soslayo.

—Papá, no pareces contento.

—Te lo contaré luego.

—¿El qué?

Rex está a punto de reconocer que no soporta todo aquello, que desea largarse de allí tan pronto como sea posible, cuando DJ se acerca a ellos. Les enseña cómo cargar, les muestra el gatillo y el seguro a un lado.

—¿Qué tal va todo, Sammy? —pregunta con una sonrisa.

—Lo siento, pero no entiendo eso de disparar a unos renos que están atrapados en un recinto... No pueden escapar a ninguna parte... Es como *Los juegos del hambre* sin derecho a defenderse.

—Entiendo lo que estás diciendo —responde DJ con paciencia—. Pero... si lo comparas con la industria cárnica esto no puede ser más ecológico... El recinto tiene más de tres millones de metros cuadrados.

Rex observa las anchas espaldas de James y Lawrence, las armas colgadas del hombro. Como si sintiera que lo están mirando, James se da media vuelta y le lanza una petaca dorada. Rex la atrapa y la pasa sin beber.

—¿Cómo está Anna? Parecía encontrarse mejor cuando nos vimos en la ceremonia de clausura —dice Kent.

—Le ha vuelto a crecer el pelo, pero no creen que pase del otoño. Mi mujer tiene cáncer —le explica a Rex.

—¿Tenéis hijos?

—Sí... un chico que tiene veinte años y estudia derecho en Harvard... y una niña pequeña, Elsa... tiene nueve... Ella solo quiere estar con su madre, todo el tiempo, no hace otra cosa.

Caminan subiendo en diagonal por la pendiente. El paisaje desciende sinuoso hacia un profundo valle, con unas vistas imponentes.



—Mañana nos pondremos los uniformes de la escuela, ¿vale? —bromea Lawrence.

—Sí, joder —suspira Kent.

—Qué coñazo de iglesia y de comidas dominicales... Dios, no habríamos sobrevivido sin las pizzas de microondas y los tragos de coñac.

—O sin Wille, que llamaba al chófer de la familia y le hacía venir desde Estocolmo con una caja de champán —se ríe Kent, pero luego se pone serio.

—No puedo creer que tanto él como Teddy estén muertos —dice James en voz baja.

Jeanette Fleming se encuentra en la pasarela junto a un lilo y observa la hilera de adosados marrón mate al otro lado del aparcamiento. La horquilla plateada brilla en su cabello corto bajo la luz del sol. Lleva puesta una falda ajustada y tiene la Glock 26 enfundada en una cartuchera debajo de la chaqueta.

En la distancia observa a los colegas vestidos de civil de la policía de Estocolmo mientras llaman a la puerta de la casa desconchada del final de la calle.

El DON ha rastreado el teléfono de Sammy hasta aquí.

El hijo podría ser la única persona que sepa dónde se encuentran Rex y el asesino itinerante, David Jordan Andersen.

Los colegas esperan un rato antes de volver a llamar.

Unos niños se acercan montados en sus bicicletas y una mujer enfundada en un burka pasa con una maleta con ruedas.

La puerta se abre y Jeanette ve a los policías decirle algo a una figura en el recibidor. Entran y la puerta se cierra tras ellos.

Las persianas de la cocina se agitan con la corriente.

La única misión de sus colegas consiste en entrar en la casa y comprobar que esté segura para que Jeanette pueda hacerle un pequeño interrogatorio a Sammy en el lugar.

Jeanette piensa en lo pálido que estaba su jefe de los servicios secretos cuando entró en su despacho. Sin duda, debió de creer que Anja Larsson era la máxima autoridad del DON cuando lo llamó y le exigió en términos muy claros que les cediera a Jeanette Fleming como parte del convenio de cooperación entre las dos unidades.

Jeanette se reunió con los colegas de la policía de Estocolmo delante de la iglesia Ljuset, cerca del centro de Hallunda, comprobaron las conexiones de radio, condujeron hasta la zona de adosados y aparcaron en una calle sin salida junto a los garajes.

Rodea la hilera de adosados y se detiene en la parte trasera. A diferencia de los otros jardines, este está descuidado. Una vieja parrilla se vislumbra entre la hierba crecida y sobre las baldosas agrietadas están los restos de una bicicleta oxidada.

No se ve movimiento detrás de los estores bajados.

Jeanette saca el pintalabios del bolso y se arregla el maquillaje pensando que, aunque es la mejor psicóloga de interrogatorios del país, no se entiende a sí misma.

Participó en una misión con Saga Bauer en un bar de carretera al sudoeste de Nyköping.

Jeanette aún no ha sido capaz de entender lo sucedido.

Estaban en un lugar donde los compradores de sexo y las prostitutas se reunían, y ella acabó sola en un aseo para discapacitados con un agujero en la pared.

Hasta ese momento, nunca había creído que la gente hiciera ese tipo de cosas de verdad.

Podía haber sido algo triste, podía haber sido cómico, pero su sorpresa y turbación se tornaron en un inesperado deseo, en una excitación difícil de comprender.

El acto sexual anónimo duró como mucho un par de minutos, y el hombre eyaculó antes de que a ella le diera tiempo a arrepentirse. Se sintió tan sorprendida que jadeó «Para», y se apartó, tropezó y se golpeó la rodilla contra el suelo, luego se lavó la boca y los genitales, se sentó en el retrete y dejó que le corriera el esperma.

Durante varias horas se sintió como si su mente estuviera embotada, y desde entonces ha fluctuado entre sentirse como una estúpida y sentir una extraña

liberación interior.

A veces, cuando ve hombres en su día a día, hombres por lo general mayores, quizá feos y vulgares, la embarga una sensación de vergüenza y se da la vuelta con las mejillas arboladas.

Aunque moralmente lo que hizo no es peor que encontrarse con alguien en un bar y acabar en la cama, no es peor que una fantasía sexual, un mísero polvo.

Se ha planteado si aquello no habría sido una forma inconsciente de castigar al mojigato de su exmarido, que tenía miedo hasta de que se masturbara, o a su hermana, que de quinceañera era una promiscua incorregible, pero ahora es la esposa perfecta.

Pero en realidad cree que necesitaba hacerlo por sí misma, para redefinirse en secreto, simplemente porque podía hacerlo, porque aquel acto transgresor la excitaba.

Fue casi una broma, así era como lo sentía.

Sin embargo, desde que ocurrió ha estado esperando sentirse mal, que la castigaran de alguna manera, pero no fue hasta el día de ayer cuando la ansiedad se adueñó de ella y se desmoronó.

Anteayer se hizo un chequeo médico en el trabajo como suele hacer cada año. Le tomaron la presión arterial, hicieron pruebas de sangre, un electrocardiograma, un TSH, y un día después se conectó para ver sus resultados en relación con los valores normales.

El médico solo comentaría los resultados discrepantes.

Jeanette no había pensado en ello, pero de pronto empezó a sentir auténtico pánico. Mientras estaba sentada frente al ordenador para comprobar los resultados sintió terror ante la posibilidad de haberse contagiado de VIH.

Los oídos le zumbaban por los nervios, aun cuando sabía que era demasiado pronto para detectar el virus.

Las columnas con los resultados de las pruebas en la pantalla resultaban incomprensibles.

Y cuando vio que el médico había escrito un comentario la vista se le nubló a

causa del miedo.

Tuvo que ir al cuarto de baño y lavarse la cara con agua fría antes de poder regresar a la pantalla.

Ahí no ponía nada de VIH.

El único comentario del médico era que los niveles de hCG en sangre indicaban que estaba embarazada.

En realidad, Jeanette aún no se ha hecho a la idea.

Esperó durante ocho años a que su marido considerara la posibilidad de tener hijos y luego la abandonó. Después de una larga serie de citas fallidas, decidió someterse a la inseminación artificial. Hace dos semanas le comunicaron que rechazaban definitivamente su solicitud, y ahora estaba embarazada.

Jeanette todavía sonríe cuando responde a la llamada de sus colegas del interior de la casa.

Jeanette ajusta la pistola en la sobaquera mientras camina hacia la deteriorada puerta del adosado. Antes de que llame, el más joven de los policías le abre y la hace pasar al recibidor.

—Sammy no está aquí, solo su teléfono —dice.

Jeanette pasa por encima de un par de botas de agua agrietadas y sigue a su colega al interior. En el pasillo hay unos bastidores apoyados en la pared y un rollo de lienzo en el suelo.

La cocina huele a comida para gatos y orina. El fregadero está repleto de platos sucios y en el suelo de linóleo hay bolsas con botellas de vino.

Del gancho de la lámpara del techo cuelga una especie de obra de arte: una decena de pequeños zapatos de bebé dentro de una jaula de tela metálica roja.

Hay una joven apenas vestida con unos pequeños pantalones de deporte sentada en una silla. Lleva piercings en ambos pezones y encima del ombligo se ha tatuado un sol gris oscuro.

Tiene ojeras, unas erupciones cutáneas rojas en la frente y uno de sus brazos escayolados.

En el suelo, delante de ella, yace un hombre bocabajo con los brazos esposados a la espalda.

—¿Es posible aflojar las esposas? —pregunta Jeanette.

Su colega se inclina hacia delante sobre el hombre tumbado.

—¿Ahora te vas a tranquilizar?

—Sí, joder —gime el hombre en el suelo—. Lo haré.

El agente se agacha, apoya una rodilla en su rabadilla y le quita las esposas.

—Siéntate —dice Jeanette.

El hombre se levanta del suelo y se frota las muñecas. También tiene el torso desnudo, es delgado y viste unos vaqueros de cintura baja. El pelo oscuro del pubis se vislumbra por encima de la cintura. El rostro es bello, aunque extrañamente ajado. La observa con los ojos vacíos, como si tuviera una difícil resaca.

—Siéntate —repite Jeanette.

—¿Qué coño pasa? —pregunta él, y se sienta frente a ella.

En medio de la mesa hay un smartphone negro.

—¿Es ese el teléfono de Sammy? —pregunta Jeanette.

El hombre mira el teléfono como si acabara de descubrir que estaba ahí.

—No sé —dice.

—¿Qué hace aquí?

—Imagino que se lo habrá olvidado.

—¿Cuándo?

El hombre se encoge de hombros y simula pensar.

—Ayer.

El hombre, que se llama Nicolas Barowski, sonrío para sí y se rasca la barriga.

—¿Cuál es el código? —pregunta Jeanette al fin.

—No sé —dice él con voz ronca.

Jeanette mira la jaula con los zapatos de niño que cuelga del gancho de la lámpara.

—¿Eres artista?

—Sí —dice lacónico.

—¿Es bueno? —le pregunta a la chica bromeando.

—Es auténtico —responde ella, y alza el mentón.

—Me la suda... no veo ninguna diferencia entre mi arte y las películas checas de sexo en grupo —dice Nico serio.

—Entiendo a lo que te refieres —responde Jeanette.

—Preferiría participar en un montón de películas porno que pintar al óleo —dice él, y se inclina hacia ella.

—Te resulta chocante, ¿verdad? —pregunta la chica sonriendo.

—¿Debería? —responde Jeanette.

—El arte no es bonito —prosigue Nico—. Es sucio, perverso...

—No, ahora sí que te has pasado —lo interrumpe Jeanette con juguetona indignación.

Nico esboza una amplia sonrisa, asiente y sigue mirándola como si coqueteara.

—¿Dónde está Sammy ahora? —pregunta.

—No lo sé ni me importa —responde él sin apartar la mirada.

—Está más enamorado de Sammy que de mí —dice la chica, y se aparta algo de uno de sus pechos.

Jeanette se pone de pie y se acerca al iPhone que está en el suelo conectado a un enchufe con un cargador blanco. Desenchufa el cable, ve la imagen de Andy Warhol en la carcasa y se vuelve hacia Nico.

—¿Cuál es tu código?

—Es privado —responde, y se rasca la entrepierna.

—Entonces pediré ayuda a Apple —bromea ella.

—Ziggy —contesta él sin comprender la broma.

Nico permanece sentado, con la mano entre las piernas, y la mira mientras ella desbloquea el teléfono y comprueba el registro de llamadas. La última llamada recibida es del móvil de Rex.

—¿Te ha enviado Rex Müller catorce corazones esta mañana?

—No —sonríe él.

—¿Te llamó Rex ayer?

—No —responde Nico, y se mira las uñas.

—Así que Sammy llamó desde el teléfono de su padre —dice Jeanette—. ¿Qué dijo? Hablasteis durante seis minutos.

Nico suspira profundamente.

—Estaba enfadado por... por muchas razones, y dijo que se iba de viaje con su padre.



—¿Adónde?

—No lo sé.

—Seguro que te lo dijo —insiste Jeanette, y empieza a buscar un vaso limpio en el armario de la cocina.

—No.

—¿Estaba enfadado porque le robaste el móvil?

Nico se revuelve y se rasca la frente.

—Eso también... pero dijo que su padre intentaba convertirlo en un hetero obligándolo a disparar a unos renos enjaulados.

—¿Iban a ir de caza juntos?

—No lo sé —suspira Nico cansado.

—¿Suelen hacerlo? ¿Suelen ir de caza juntos?

—No se conocen, su padre es un idiota, siempre ha pasado de él.

Jeanette tira las colillas de un vaso, echa un poco de detergente y empieza a lavarlo con los dedos bajo el grifo.

—¿Qué más dijo? —pregunta.

Nico se recuesta en la silla, cierra la boca y la mira.

—Nada, lo de siempre —responde—. Dijo que me echaba de menos, que se pasaba todo el tiempo pensando en mí.

Ella pone el dedo bajo el chorro de agua, llena el vaso y bebe, vuelve a llenarlo y cierra el grifo.

—Puedes quedarte y ver cómo me acuesto con Filippa —dice él en voz baja, y le toca el pecho izquierdo a la chica.

—Ahora no tengo tiempo —sonríe Jeanette, recoge el teléfono de Sammy de encima de la mesa y se marcha.

El grupo se detiene junto a un banco de piedra al otro lado de la valla de dos metros de altura. DJ sirve café de un termo, reparte las tazas humeantes y mira sonriente a los hombres.

Ya tiene a los cuatro últimos dentro de la jaula, listos para la matanza.

Y tendrá que ser muy cuidadoso cuando mate al primero para que el resto no trate de escapar.

Después ya no importará si comprenden lo que está a punto de pasar y son presas del pánico.

Todos tendrán que sangrar, todos gritarán y sentirán cómo la muerte se aproxima y los mira fijamente a la cara hasta que llegue el momento.

—Nos dividiremos en dos equipos, en dos zonas —explica DJ—. James, Kent y yo somos el equipo uno... y nos movemos por la zona uno. Lawrence, Rex y Sammy son el grupo dos en la zona dos... ¿Estamos todos de acuerdo?

Reparte mapas a ambos equipos, repasan los límites geográficos, los ángulos de tiro permitidos y las normas de seguridad.

—Interrumpiremos la caza a las diecisiete horas en punto, entonces descargaremos las armas. No se hará ningún disparo después de esa hora, aun cuando veáis a vuestro primer reno de la jornada. Esperamos diez minutos y después nos reunimos aquí antes de regresar juntos al hotel... y no os preocupéis por la cena de esta noche —añade—. Rex ha prometido preparar las mejores hamburguesas del mundo.

—Hemos traído entrecot picado —dice Rex.

DJ los observa, bebe un trago de café y piensa en cómo conducirá a Kent y James por las áridas montañas y dejará que se separen entre las grandes

formaciones rocosas. Su plan consiste en ir por el mismo lado que Kent. Seguirán por el sendero de caza hasta el despeñadero y allí descansarán antes de continuar hacia el valle.

Kent es el que está en peor forma física, padece de sobrepeso y tiene la presión arterial alta. Mientras descansan felicitará a Kent por su nuevo cargo como fiscal general, sacará su cuchillo de caza, le rajará la parte inferior de su gordo vientre, lo pondrá de pie junto al borde y le dirá que lo empujará exactamente dentro de diecinueve minutos, que todavía seguirá consciente y seguirá estándolo durante la caída.

Los hombres estudian los mapas y señalan el terreno a lo lejos, hacia las cumbres de las montañas. Rex deja el rifle sobre el banco de piedra y se aleja un poco, salta por encima de una zanja y se coloca junto a la maleza de la valla para orinar.

—Si abatís a un animal, aseguraos de que está muerto. Luego ya está, marcáis el lugar en el mapa —les recuerda DJ—. Los machos más grandes de aquí pesan ciento sesenta kilos y tienen unas cornamentas imponentes.

—Estoy muy emocionado —dice Kent.

Sammy sopla el café de la taza, bebe un poco y quita el pintalabios del borde con el pulgar.

—¿Tú no tienes escopeta? —pregunta Lawrence, mirándolo de arriba abajo.

—No quiero. En realidad, no comprendo cómo alguien puede pensar que es divertido matar a un animal —responde Sammy, y baja la mirada.

—Esto se llama caza —dice Kent—. Los hombres llevan haciéndolo desde hace mucho y...

—Y a los hombres de verdad les gusta —añade Sammy, y se vuelve hacia DJ—. Les gusta matar... les gustan las armas y la carne ensangrentada... ¿Hay algún problema en eso?

—¿Alguien puede darle una colleja a este marica? —dice Kent sonriendo.

DJ mira a Rex, que se ha subido la bragueta y ya vuelve a través de la maleza, salta la zanja y se acerca al banco de piedra.

No tiene ni idea de que él es una de las presas del recinto.

Hasta el momento, Carl-Erik Ritter es el único que ha causado problemas, como un conejo herido por un disparo que desaparece en el interior de su agujero.

Cuando DJ supo que Ritter padecía cáncer de hígado y estaba en las últimas, se vio obligado a rehacer sus planes.

Tuvo que dar prioridad a Ritter para que no le diera tiempo a morir de muerte natural.

El apresurado plan consistía en encontrarlo en el bar y atraerlo hacia la vía del tren en Axelsberg. DJ había conducido desde Escania por la mañana temprano, quizá estaba algo desconcentrado y no había contado con que lo atacara en la plaza. Tuvo que improvisar para que pareciera un accidente. Lo empujó contra un escaparate, rompió el cristal con la parte posterior de su cabeza, le dio la vuelta, apretó el cuello contra el borde afilado y le cortó la yugular.

A pesar de que le presionó la herida con los dedos, Ritter se desangró más rápido de lo esperado. Murió en apenas quince minutos. Quizá por eso le cortó el labio con el cuchillo antes de que perdiera la conciencia.

—De acuerdo, y ahora en marcha —dice DJ, agitando con fuerza la taza de café—. El cielo se está oscureciendo por el este y esta tarde podría hacer mal tiempo. Kent y James, seguidme, tenemos que ir un poco más lejos que los demás.

Cuando el grupo de Rex ha subido un poco más por la montaña pueden ver con claridad la vegetación bajo ellos y cómo el bosque empieza a clarear pendiente arriba para luego desaparecer.

La ciénaga es como una herida abierta entre Rákkasláhku y Lulip Guokkil. Todo el valle desde Riksgränsen se parece a una enorme barca con la proa apuntando a Torneträsk.

Sammy toma sus prismáticos, le quita el fino plástico a las lentes, se detiene y mira a su alrededor.

Lawrence lleva el mapa y dirige al grupo hacia el valle, hacia la zona dos. El recinto de caza incluye solo una parte de la ciénaga, la vertiente oriental, y se extiende más allá de la línea de árboles hasta los páramos subalpinos y el cañón.

De repente, todo es silencio en el bosque.

Lo único que se oye es el débil crujido de su equipo, el ruido sordo de sus pasos sobre el suelo y el viento que corre entre el follaje.

El sendero embarrado está repleto de huellas de botas de cazadores anteriores. Los matorrales de arándano rojo rozan contra las cañas de sus botas.

—¿Qué tal? —pregunta Rex, y ve a Sammy encogerse de hombros como respuesta.

Entre los troncos de los abedules extrañamente blancos, la luz parece de porcelana. El valle es como una inmensa habitación, una enorme sala de columnas con un techo de tela ondulante.

—¿Sabes cuál es el espesor de la nieve aquí en invierno?

—No —responde Sammy en voz baja.

—Dos metros y medio —dice Rex—. Mira los árboles... Todos los troncos

son mucho más blancos hasta los dos metros y medio...

Cuando ve que Sammy no contesta, añade en un tono exageradamente pedagógico:

—Sí, y eso se debe al líquen negro que crece en la corteza del abedul y que no puede vivir bajo la nieve en invierno.

—Por favor, ¿podéis guardar un poco de silencio? —reclama Lawrence, y se vuelve hacia ellos.

—Perdona —sonríe Rex.

—Yo quiero cazar, esa es la razón de que haya venido.

Siguen a través de un tramo cubierto de camarina negra y salen a un calvero más claro.

—Apenas si sé cómo funciona un rifle de caza —le cuenta Rex a Sammy—. Me saqué la licencia cuando tenía treinta años... Hay que tirar del cerrojo hacia atrás de alguna forma para cargar los cartuchos.

Lawrence se detiene y levanta las manos.

—Nos separamos —dice, y señala el mapa—. Yo bajaré al valle y vosotros continuáis por el sendero... o hacia arriba por ese lado.

—Bien —responde Rex, y mira a lo lejos, al sendero de la ladera de la montaña.

—Solo podéis disparar hacia allí... y yo hacia allá —señala Lawrence.

—Por supuesto —contesta Rex.

Lawrence se despide con un gesto de la cabeza, se desvía del sendero y continúa entre los árboles pendiente abajo.

—He acabado en una jaula de monos enfadados —murmura Rex, y asegura el cuchillo al cinturón.

Continúan un poco más por el sendero, pero después de un rato empiezan a subir por la ladera de la montaña. Se detienen después de medio kilómetro junto a una gran roca. La piedra es como un enorme bloque de pizarra maciza, que acabó depositado ahí cuando los glaciares se replegaron.

Están de espaldas a la pared de piedra y beben agua de una cantimplora.

En el suelo seco, entre algunas piedras redondas, hay una lata de cerveza que ha sido pisoteada hasta convertirla en un tejo.

Rex se pone las gafas de leer, despliega el mapa y lo estudia un rato antes de conseguir orientarse.

—Estamos aquí —dice, y señala el mapa.

—Bien —responde Sammy sin mirar.

Rex toma sus prismáticos tratando de hacerse una idea de cuáles son los límites de la zona. De repente ve a Lawrence más abajo. Rex enfoca y lo ve a través de los prismáticos. Su rostro barbado está al acecho y sus ojos, entornados. Camina sigilosamente entre los arbustos, alza el rifle, se queda totalmente quieto, mira por la mirilla, baja el rifle sin dispararlo y continúa hacia la valla que da a Malmbanan. Rex lo sigue con los prismáticos hasta que desaparece entre los árboles.

—Vamos más arriba —dice.

Suben en diagonal por la ladera. El suelo está seco, los bajos abedules son cada vez más escasos.

—¿Me ayudarás luego con las hamburguesas? —pregunta Rex.

Sammy se limita a mirar hacia delante enfurruñado sin decir nada. Siguen caminando, pero se detienen cuando ven tres renos a lo lejos. Los animales aparecen entre una arboleda baja y algunas piedras grandes.

Se acercan sigilosamente y, cuando rodean una roca casi negra, tienen el viento de cara.

Rex se agacha, alza el rifle y mira al macho por la mirilla.

El reno levanta la cabeza con las grandes astas, observa la tundra, olfatea y orienta las orejas, se queda completamente quieto durante unos segundos antes de seguir comiendo. El animal deambula despacio mientras pasta.

De pronto, Rex tiene una línea de tiro perfecta. Es un reno magnífico, un gran macho con la piel gris como el bronce y el pecho de un blanco lechoso.

El punto de mira tiembla sobre el corazón, pero Rex no piensa poner el dedo en el gatillo.

—Espero que encuentres un agujero en la valla —susurra, y ve cómo el reno alza la cabeza de nuevo.

Las orejas se mueven nerviosas.

Se oye un chasquido cuando Sammy pisa una rama detrás de Rex. El animal reacciona al instante y sale corriendo hacia abajo, hacia la linde del bosque.

Rex baja el arma y encuentra la mirada desafiante de Sammy, pero en lugar de enojarse sonríe.

—No pensaba disparar —explica.

Sammy se encoge de hombros y siguen subiendo por la pendiente cubierta de hierba. Hay excremento de reno humeante entre las rosas de roca y los nomeolvides. El cielo se ha oscurecido sobre Lulip Guokkil y el viento es mucho más frío.

—Habrá tormenta —dice Rex.

Caminan hasta que el suelo se aplana y se encuentran en una especie de páramo que se extiende a lo lejos, hasta las oscuras y empinadas laderas de las montañas.

—¿Puedes llevar el rifle un rato para...?

—No quiero —responde Sammy con brusquedad.

—No te enfades conmigo.

—¿Ahora soy un aburrido? ¿Demasiado perra para tu gusto?

Rex no contesta, se limita a señalar hacia delante y continúa a lo largo del sendero que transcurre entre arbustos y malezas.

Piensa en su alcoholismo, en todo lo que ha arruinado, y cada vez está más convencido de que no podrá recuperar la confianza de Sammy, aunque tal vez se puedan ver de vez en cuando en algún restaurante, y así podrá saber cómo se encuentra, podrá preguntarle si puede ayudarlo de alguna manera.

El viento sopla cada vez más frío. Las hojas secas se desprenden de los arbustos y salen volando. Se forman remolinos de polvo en el suelo.

—Haremos hamburguesas de trescientos gramos a la parrilla —dice—. Cortaremos los bordes del pan de masa madre, pondremos unas rodajas de queso



Vesterhav, ketchup Stokes, mostaza de Dijon... montones de hojas de rúcula, dos rodajas de beicon... pepinillos con aderezo a un lado...

Cuando han pasado el gran saliente de una roca, Rex siente las primeras gotas de lluvia. El viento racheado hace que la hierba tiemble como si unos animales invisibles corrieran por ella.

—Y freiremos unas patatas en aceite de oliva —continúa él—. Con pimienta negra, muchas escamas de sal...

Rex guarda silencio cuando ve a lo lejos la espuma blanca de un riachuelo que corre montaña abajo. No recuerda haberlo visto en el mapa y se da la vuelta para preguntar a Sammy, pero su hijo ha desaparecido.

—¿Sammy? —dice alzando la voz.

Retrocede, bordea la roca y ve el sendero vacío que recorre la ladera. Los árboles bajos y los arbustos se agitan con el viento.

—¡Sammy! —grita—. ¡Sammy!

Comienza a caminar más deprisa, escrutando el paisaje. En el lado sur de Lulip Guokkil cae un fuerte aguacero, la lluvia parece una cortina de alambre de acero. El viento sopla con más fuerza, la tormenta pronto llegará aquí. Rex se apresura ladera abajo. Más arriba se desprenden unas piedras y ruedan hacia él.

—¿Sammy?

Rex busca con la mirada por la ladera montañosa, sale del sendero y continúa hacia arriba. Camina tan rápido como puede, y no tarda en quedarse sin aliento y en notar que le aumenta el ácido láctico en los muslos. Está sudando y se está pasando la mano por el rostro mientras sigue el lecho de un riachuelo seco cuando tropieza con una piedra.

El cauce está obstruido por arbustos enmarañados y Rex continúa por un lado, y de pronto le parece ver desaparecer a alguien detrás de una roca más arriba.

Rex se abre paso a través de una abertura entre la maleza, tratando de protegerse la cara, pero se araña la mejilla de todos modos. El rifle que lleva al hombro se engancha entre las espesas ramas y lo abandona tras de sí. Y queda balanceándose en la maleza, mientras él tropieza, cae hacia delante, apoya las

manos en el suelo para sostenerse y alza la mirada.

Entonces ve a James a lo lejos, más arriba, entre dos grandes bloques de piedra. De repente, James dirige el rifle hacia él y apunta.

Rex se pone de pie y endereza la espalda, mira con los ojos entrecerrados hacia James, pero a esa distancia es difícil ver qué está haciendo. Ve el destello de la lente de la mirilla y levanta la mano para saludar.

El fogonazo del cañón del rifle parpadea amarillento y a continuación se oye la detonación.

Rex se tira al suelo y oye resonar el eco contra las laderas de las montañas. Los arbustos crujen a su espalda, algunas ramas se rompen y caen al suelo con un ruido sordo.

James corre agachado allá arriba, se pone de rodillas y apunta de nuevo.

Rex se da media vuelta y ve al gran reno intentando incorporarse. Le corre sangre por el pecho, pero no tiene fuerzas, cae a un lado entre los grandes arbustos. Patalea y los cuernos quedan atrapados entre las ramas más grandes de forma que el cuello se tuerce de una manera extraña.

El reno macho bufa y brama, lucha por levantarse y tensa el cuello. Se oye una nueva detonación y la gran cabeza se mueve hacia atrás y el cuerpo se desploma entre convulsiones.

James corre ladera abajo hacia Rex y el reno, acompañado por una lluvia de piedrecillas que se desprenden y caen rodando.

—¿Qué diablos haces? —grita Rex—. ¿Estás completamente loco?

Oye la indignación de su propia voz, pero consigue contenerse. James se detiene, respirando entre jadeos, los ojos como platos, el labio superior brillando a causa del sudor.

—¿Estás loco? —repite Rex.

—He disparado a un reno —dice James con decisión.

—¡Mi hijo podría haber estado ahí! —grita Rex, agitando la mano.

—Estáis dentro de mi zona —responde James impasible.

Un fuerte viento empieza a soplar y trae consigo la lluvia torrencial. El bosque

de abedules cruje y las gotas comienzan a repiquetear contra el suelo de la pendiente.

Justo cuando la lluvia empieza a caer sobre ellos, se oye el fogonazo de una explosión en el cielo.

Ambos hombres se dan la vuelta.

Una bengala de emergencia roja brilla entre la lluvia. Planea hacia un lado, cae lentamente y desaparece como si se hundiera en un mar lechoso.

La tormenta se encuentra justo encima y soplan fuertes ráfagas de viento que hacen que la lluvia les golpee en los ojos.

Cuando llegan al lugar desde donde han disparado la bengala de emergencia, Rex descubre a su hijo. Está acurrucado contra el tronco de un árbol junto a DJ. Sus cazadoras verdes están empapadas y el agua de la lluvia se desliza por sus rostros.

—¿Sammy? —grita Rex, y corre hacia él—. ¿Qué ha pasado? Desapareciste y yo...

—Ahora escuchad —dice DJ, y se pone de pie. El agua se filtra a través de su barba rubia y cae sobre su cazadora, y sus ojos azules están inyectados en sangre—. Hemos tenido un accidente... Kent está muerto, se ha despeñado por el cañón...

—¿Qué diablos dices? —grita James entre el estruendo de la lluvia.

—Está muerto —grita DJ—. No podemos hacer nada.

La tormenta cambia de dirección entre fuertes ráfagas de viento. La ropa se agita y golpea contra sus cuerpos.

—¿Qué ha pasado? —jadea Rex.

—Es un reborde cubierto de maleza —dice DJ con los ojos en blanco—. Puede que no haya visto el precipicio... quizá no sabía dónde se encontraba en el mapa.

—¿Sammy? —pregunta Rex—. Tú desapareciste...

Su hijo lo mira y después aparta la cara de nuevo.

—Se cayó —dice Sammy en voz baja.

—¿Lo viste?

—Está allí abajo —señala Sammy.

Rex y James se acercan con cuidado al borde para mirar. La lluvia les corre por el cuello, por la espalda y por dentro de los pantalones.

—Tened cuidado —advierte DJ detrás de ellos.

Bajo la intensa lluvia resulta difícil distinguir dónde acaba el suelo. Se acercan despacio al borde y ven abrirse el profundo barranco. El viento tira de la ropa de James y el hombre se tambalea un par de pasos antes de recuperar el equilibrio.

Rex continúa acercándose con cuidado, asegurándose de que el suelo está firme bajo las botas y agarrándose a los tupidos arbustos mientras se inclina sobre el borde.

Al principio no ve nada. Entorna los ojos y se aparta la lluvia del rostro. Su mirada recorre árboles, piedras, árboles arrancados de raíz, arbustos. Y entonces lo ve. El cuerpo yace unos cuarenta y cinco metros más abajo.

—Se mueve —grita James junto a él—. Voy a bajar, tengo que ir.

Rex saca los prismáticos, pero tiene que soltarse del arbusto para poder ver. Se mueve hacia un lado de la roca y se lleva los prismáticos a los ojos.

El borde escarpado todavía le bloquea la vista. Se acerca más, se inclina hacia delante y ve el fardo verde. De repente, la tierra se mueve bajo sus pies. Rex consigue sujetarse a unas ramas cercanas y cae de espaldas mientras una capa de musgo y tierra prensada se desprende del borde y cae al precipicio.

—Dios mío —murmura.

El miedo a la muerte recorre su cuerpo y su corazón late desbocado cuando alza los prismáticos de nuevo. A pesar de la lluvia que cae sobre las lentes, ahora ve el cuerpo con claridad.

La lluvia está arrastrando la sangre que ha dejado en su caída un poco más arriba.

Kent yace atrapado en una grieta, se ha debido de partir el cuello y tiene una pierna hacia arriba en un ángulo imposible.

No hay duda de que está muerto.

—Tenemos que llamar a un helicóptero de rescate —grita James, y sus ojos

pequeños están oscuros de miedo.

—Está muerto —dice Rex, y baja los prismáticos.

—Voy a descender —insiste James.

—Es demasiado peligroso —grita DJ detrás de ellos.

—¡Joder! —exclama James, y se deja caer junto al borde.

Lawrence llega jadeando al lugar, tiene las gafas empapadas y se ha arañado con algo, sangra por el muslo a través de la gruesa tela de los pantalones. La barba gris y espesa está repleta de ramitas y agujas de pino.

—¿Qué pasa? —jadea, y se quita con la mano el agua de los ojos.

—Kent se ha despeñado por el precipicio —responde James.

—¿Es algo serio?

—Está muerto —dice DJ.

—No lo sabemos —grita James indignado.

—No puede haber sobrevivido a la caída —le explica DJ a Lawrence, y señala abajo, al precipicio.

—Está muerto —confirma Rex.

—Cierra la boca —grita James histérico.

—Escuchadme —dice DJ alzando la voz—. Regresamos al hotel y llamamos a emergencias.

Lawrence se aleja, niega con la cabeza y se sienta en una roca a mirar al vacío con el rifle sobre las piernas. James está de pie, inmóvil, con los labios blancos por la rabia y la conmoción.

—Lo sabía —dice en voz baja para sí mismo.

—No hay nada que podamos hacer por él ahora —dice DJ—. Tenemos que conseguir un teléfono...

Rex se acerca y se pone en cuclillas delante de su hijo y, por fin, consigue que lo mire.

—Regresemos al hotel —dice con suavidad.

—Sí, por favor —responde Sammy.

DJ intenta razonar con los otros dos hombres, pero no le contestan.

—Comprendo que resulta difícil dejarlo ahí abajo —dice—. Pero tenemos que llamar a emergencias en cuanto sea posible.

Rex ayuda a Sammy a ponerse de pie. DJ señala en una dirección lejos del precipicio y empiezan a caminar.

—Ahora seguidme —grita DJ—. No queremos tener más accidentes.

Ambos hombres lo miran y después comienzan a moverse despacio. El grupo camina por la pendiente en diagonal al valle, en dirección al hotel y Torneträsk.

—Esto es una putada —dice James.

La lluvia sigue cayendo y las ropas se sienten pesadas sobre sus cuerpos.

—¿No podemos irnos a casa? —pregunta Sammy.

—Siento que hayas tenido que presenciar esto —se lamenta Rex, y se vuelve hacia los otros.

Ve a los tres hombres a través de la lluvia. Se empiezan a formar charcos de agua en cada cavidad y depresión, el suelo parece hervir. Las rocas adquieren un resplandor blanquecino cuando caen las pesadas gotas.

—Ten cuidado de no resbalarte —le advierte a Sammy.

—Lo vi caer —susurra su hijo—. Llegó por un lado... fue antes de la lluvia, todo sucedió tan jodidamente deprisa que... no lo entiendo.

—No deberíamos haber venido —dice Rex, y siente una fuerte ansiedad oprimiéndole la garganta—. Siempre pienso que tengo que hacer muchas cosas, pero yo no soy cazador, podría haberlo dicho directamente.

—Eres demasiado bueno para hacer eso —dice Sammy en tono cansado.

—Pero podríamos habernos quedado esperando en el hotel —prosigue Rex, y aparta una rama—. Cocinar, sentarnos y hablar, justo lo que tú querías.

—Mamá me ha contado que cuando nací no buscabais tener un hijo, al contrario...

—Escucha —dice Rex—. Yo era increíblemente inmaduro cuando ella y yo nos conocimos, nunca había pensado tener hijos, me sentía con si acabara de empezar a vivir.

—¿Querías que mamá abortara? —pregunta su hijo.

—Sammy, todo cambió cuando te vi, cuando comprendí de verdad que tenía un hijo.

—Mamá siempre ha intentado convencerme de que te preocupas por mí, pero te cuesta demostrarlo.

—Siempre me decía a mí mismo que estaría a tu disposición cuando realmente fuera necesario, pero no lo he hecho —dice Rex, y traga saliva—. No he estado ahí para ti.

Guarda silencio y siente que la voz le va a fallar. Intenta tomar aliento y calmarse.

—Quiero que tu madre acepte el trabajo en Freetown y que tú te vengas a vivir conmigo, de verdad... como debería ser —dice finalmente.

—Yo me apaño solo —objeta Sammy.

Rex se detiene e intenta captar su mirada.

—Sammy —dice—. Sabes que me encanta que vivas conmigo. Se tiene que notar, cuando cocinamos juntos, cuando tocamos la guitarra, han sido los mejores momentos de mi vida.

—Papá, no tienes que... —dice Sammy.

—Pero te quiero —continúa Rex con la voz pastosa—. Eres mi hijo, estoy orgulloso de ti, eres lo más importante para mí.



Todo el valle en dirección a Torneträsk ha desaparecido bajo la tormenta. Es como si la iglesia y las viejas tumbas de los peones ferroviarios nunca hubieran existido, apenas un mundo plomizo sin profundidad.

La ropa de Rex y Sammy está empapada y fría cuando por fin vislumbran los contornos del hotel iluminado a través de la lluvia torrencial.

DJ, James y Lawrence los adelantaron hace rato, al abandonar el cercado. Los tres hombres siguieron andando a toda prisa delante de ellos por el sendero encharcado y desaparecieron.

Cuando estaban a mitad de camino Sammy pisó mal. Ahora el pie ha empezado a hincharse y recorre el último tramo cojeando, con un brazo alrededor del hombro de Rex.

—Papá, espera —dice Sammy, y se detiene debajo de la escalera del porche.

—¿Te duele?

—No es eso... Tengo que decirte una cosa antes de entrar... Vi a Kent caerse, pero en realidad pareció como si saltara.

—Es normal que lo pareciera —dice Rex.

—Y otra cosa... Aunque solo lo vi un momento antes de que desapareciera... me dio tiempo a ver cómo su fular rojo ondeaba al viento mientras caía.

—Pero...

—No llevaba ningún fular, ¿verdad?

Suben en silencio la escalera y entran por la puerta principal al gran vestíbulo mientras intentan comprender qué puede haber pasado para que Kent estuviera sangrando antes de caerse.

Quizá se acercó al borde y se disparó, piensa Rex.

En el suelo de piedra del vestíbulo se ve el rastro mojado de los otros hombres. Los rifles y el resto del equipo se encuentran encima de la mesa baja del salón, frente a la chimenea.

DJ está en el vestíbulo, levantando los cojines de los sofás y los sillones.

—¿Habéis llamado a emergencias? —pregunta Rex.

DJ lo mira con los ojos sombríos.

—Los teléfonos han desaparecido —susurra.

—No, los dejamos en recepción —contesta Rex.

—Entonces han debido de caerse —dice DJ, y pasa tras el mostrador.

—¿Hay alguien más aparte de nosotros aquí? —pregunta Sammy.

Rex niega con la cabeza, siente un escalofrío y dirige la mirada hacia las ventanas. La lluvia repiquetea y corre por los cristales.

—¿Qué hacemos? —pregunta Sammy.

—Tienes que ponerte ropa seca —dice Rex.

—Eso lo arregla todo —dice Sammy, y echa a andar en dirección a su habitación.

—No están aquí —murmura DJ, y busca entre los papeles y el libro de registro.

—¿No hay ningún teléfono fijo? —pregunta Rex.

—No... y los ordenadores necesitan una contraseña —dice con voz hueca.

—Yo tengo mi iPad en la bolsa —recuerda Rex—. ¿Crees que habrá conexión aquí?

—Prueba —dice DJ, y sigue buscando detrás del mostrador.

—Sí —suspira Rex, mientras ve alejarse a su hijo.

DJ se detiene y lo mira.

—¿Es por Sammy?

—Estoy intentando... Yo... siento tantas cosas ahora mismo, pero entiendo que él no pueda asimilarlo, que de repente quiera ser su padre después de todos estos años... Para él nunca seré otra cosa que la persona que lo defraudó.

Rex guarda silencio, se dirige al pasillo y se desabrocha la cazadora empapada

mientras continúa hacia su suite.

Cuando abre la puerta suena con si alguien contuviera el aliento.

Tal vez el fuerte viento exterior crea una baja presión en algunas habitaciones, piensa, y se quita las botas en el oscuro recibidor.

Camina por el estrecho pasillo, entra en la sala de estar, se quita la chaqueta y la tira al suelo, y en ese momento ve que hay una persona en la esquina detrás de la lámpara de pie.

La pantalla amarilla tabaco oculta su rostro, pero el débil resplandor reluce en la hoja temblorosa de un cuchillo de caza.

—Quédate ahí —ordena una voz detrás de él.

Rex se da media vuelta y ve a James Gyllenborg apuntándolo con la escopeta de caza.

—Nada de movimientos bruscos —dice—. Muéstrame las manos, despacio.

—¿Qué estáis...?

—Te dispararé, te dispararé en la cara —grita James.

Rex muestra sus manos vacías e intenta comprender qué está pasando.

—Mátalo —susurra Lawrence desde la esquina detrás de la lámpara.

—¿Dónde tienes el arma? —pregunta James, y sacude el cañón hacia él.

—La dejé en el bosque —responde Rex, e intenta sonar lo más tranquilo posible.

—¿Y el cuchillo? —grita Lawrence—. ¿Dónde está el cuchillo?

—En el cinturón.

James da un paso adelante y lo observa con mirada febril.

—Afloja la hebilla y deja caer el cuchillo al suelo.

—Dispárale —grita el otro, arrastrando los pies con impaciencia.

—Ahora voy a abrir la hebilla —dice Rex con cuidado.

—Te mataré si haces algo raro —le advierte James, y apoya la escopeta en su hombro—. Te lo prometo, quiero disparar, tengo muchas ganas de dispararte.

—Él mató a Kent —dice Lawrence alzando la voz.

—No hagas ninguna tontería —ruega Rex.

—Cierra el pico —chilla James.

Rex se desabrocha la hebilla y el peso del cuchillo de caza hace que el cinturón salga de las presillas y se desliza a lo largo de la pierna hacia el suelo.

—Dale una patada hacia aquí —ordena James.

Rex le da una patada al cuchillo, pero este apenas se desplaza un metro por la moqueta antes de detenerse.

—Dale otra patada —dice James impaciente.

Rex avanza despacio y lo empuja de forma que acaba junto al sillón.

—Retrocede y ponte de rodillas —dice James.

Rex hace lo que le pide, da unos pasos hacia atrás y se pone de rodillas.

—Dispara ya —repite Lawrence—. En medio de la frente.

—Parece que pensáis que tengo algo que ver con la muerte de Kent —empieza Rex.

James se acerca rápidamente y lo golpea en la cara con la culata de la escopeta.

Lo alcanza encima de la ceja derecha, el cuello se dobla hacia atrás y la vista se le oscurece durante unos segundos. Rex cae de lado y siente que el dolor del golpe le quema y palpita.

—Tú estabas dentro de nuestra zona —grita James, y le pone el cañón en la sien—. Te voy a disparar, ¿te enteras?, me importa una mierda lo que pueda ocurrir...

—¡Dispárale! —grita Lawrence con voz áspera.

—Estaba buscando a Sammy —jadea Rex.

—¿Dónde diablos están nuestros teléfonos? —pregunta James, y aprieta con fuerza el cañón contra su cabeza.

—No lo sé, no los he tocado —responde Rex enseguida—. Pero tengo un iPad en la bolsa junto a la cama, podemos pedir ayuda.

—Cállate —resopla James—. Sabes perfectamente que no hay ninguna jodida conexión a internet...

La puerta del pasillo se abre y alguien entra y se detiene en el recibidor.

—¿Papá? —dice Sammy dentro de la oscura suite.

—Ve a buscar a DJ —le grita Rex a su hijo antes de recibir un nuevo golpe.

Cae de espaldas, alza la cabeza y ve que Lawrence ya está en el recibidor.

—Sammy —jadea Rex.

Lawrence tira a su hijo del pelo, lo arrastra por encima de las botas y zapatos y lo golpea en la cara con la empuñadura del cuchillo de caza. Mantiene a Sammy en el suelo bocabajo, se sienta encima de él, tira de su cabeza hacia atrás agarrándole del pelo y le pone el cuchillo en la garganta.

James respira deprisa, cierra la boca y se la humedece antes de colocarse con las piernas separadas encima de Rex, con la escopeta apoyada en su frente.

—Aquí se acaba todo —dice—. ¿Lo entiendes? Aquí se acaba, estás acabado. Nada será mejor porque te vengues, nada cambiará.

El cañón tiembla violentamente y James lo obliga a quedarse quieto apretándolo más contra el rostro de Rex.

—No sabíamos lo que hacíamos —continúa James—. Simplemente ocurrió, sabíamos que estaba mal, pero no éramos malas personas, solo éramos unos estúpidos.

—No tienes que pedirle disculpas —le grita Lawrence a James.

—¿Qué hicisteis? —jadea Rex.

—Quiero decir que yo nunca violaría a nadie... pero no fui yo, fue Wille... Y toda la jodida escuela miró para otro lado, lo sabíamos, a nadie le importaba lo que hiciéramos en la Madriguera.

—Estás hablando de Grace —dice Rex.

—¡Dispárale ahora! —resopla Lawrence.

James gira el arma y golpea a Rex varias veces en la cara, entre gemidos, con la culata. La habitación se desvanece con cada golpe, aparece borrosa antes de volver a oscurecerse.

—¡Papá!

Rex oye gritar a Sammy y siente más golpes en la cara, pero es como si todo aquello sucediera en otro mundo. Le duelen la boca y un ojo. Se hunde en la

oscuridad, intenta luchar, pero pierde el sentido.

La cabeza le explota de dolor cuando se despierta. Su rostro está pringoso de sangre y le arde la herida. Como en un sueño, siente cómo los hombres desgarran una tela y le atan los brazos a la espalda. Los oye rebuscar entre sus cosas y comprende que buscan los teléfonos.

—Iré a buscar en la habitación del chico —oye decir a Lawrence.

Rex intenta girar la cabeza para ver a Sammy, pero no puede moverse. Intenta gritar, pero no consigue articular palabra. Lo único que se oye es la sangre que resuena en su garganta cuando respira.

Cuatro guardias de seguridad del sanatorio Timberline Knolls condujeron a Saga Bauer hasta la verja y esperaron al coche patrulla. Informaron del allanamiento y se la entregaron a dos agentes de policía.

Saga se quedó medio dormida en un banco en la celda de la maltrecha comisaría de policía de Lemont, sin poder hablar con nadie.

Por la tarde la trasladaron a una sala de interrogatorios sin ventanas. No le permitieron hacer ninguna llamada telefónica, pero una policía escribió con sarcástica paciencia todos los nombres y contactos que Saga nombró.

Cuando por la noche se dieron cuenta de que probablemente había dicho la verdad, se pusieron en contacto con el FBI. Pero como su oficina en Roosevelt Road ya estaba cerrada, la condujeron de vuelta a la celda y tuvo que dormir en un duro colchón cubierto de hule.

Son las nueve de la mañana cuando la agente especial Jocelyn López entra en la celda. La mujer huele a demasiadas tazas de café y está claro que parece bastante más enfadada que la última vez.

—¿Te gustó el hotel? —pregunta después de firmar el papeleo para soltar a Saga.

—No especialmente.

Abandonan la comisaría en silencio y se sientan en el Pontiac plateado de López.

—Necesito que me prestes tu teléfono —dice Saga.

—¿Para llamar al jefe? —pregunta López, y arranca el coche.

—Sí.

—He hablado con él varias veces.

—Entonces sabes que necesito hacer una llamada —dice Saga.

—Olvídalo.

—Es importante.

—De acuerdo, Bauer. En Suecia sois guapas, pero no especialmente inteligentes, ¿verdad?

Saga no sabe cómo se ha resuelto el incidente entre las distintas autoridades policiales, pero está claro que desde el lado sueco han garantizado que regresará a casa sin causar más problemas.

López acompaña a Saga hasta la terminal 1 del aeropuerto internacional O'Hare, le agradece la colaboración y le coloca una gran pegatina con la imagen de una cebolla feliz y el texto MY KIND OF TOWN en su chaqueta.

Un policía uniformado del aeropuerto se responsabiliza de meterla en el avión. Está de buen humor y la acompaña a facturación mientras le cuenta que está siguiendo una serie de televisión sobre vikingos.

Las colas del control de seguridad son enormes. Después de cuarenta y cinco minutos solo han recorrido la mitad de la distancia. El policía recibe una llamada por radio, responde, echa un vistazo hacia las escaleras mecánicas y después se vuelve hacia Saga.

—Tengo que irme, pero no tendrás problemas, tu avión sale dentro de cuatro horas... Cómete una hamburguesa y mira las pantallas para saber cuál es tu puerta de embarque.

Y se aleja a toda prisa, abriéndose paso entre la gente mientras habla por la radio.

Saga sigue la lenta cola.

Su teléfono está roto y no tiene ni idea de lo que Joona ha descubierto sobre Rex y Oscar.

Quizá han muerto más personas, porque a ella la detuvieron antes de poder



hacerle a Grace las preguntas más importantes.

Pronto regresará a casa, no causará más problemas, pero primero tiene que ir al sanatorio y conseguir un teléfono para llamar a Jooná.

Algo ocurrió durante la violación que Grace no contó.

Había un desconocido en la Madriguera.

¿Quizá el asesino sea él?

Saga se disculpa y vuelve atrás en la cola abriéndose paso entre la gente, se cuelga el bolso del hombro, camina por el vestíbulo de salidas hacia las puertas más alejadas de las escaleras mecánicas y baja a la sala de llegadas.

El hombre que hay detrás del mostrador de la agencia de alquiler de coches la mira con expresión extrañamente esperanzada cuando la ve regresar, como si un sueño se hubiera hecho realidad.

—Ni de coña —dice ella antes que él alcance a abrir la boca.

Alquila un Ford Mustang parecido al de antes, tira la maleta en el asiento trasero, se sienta al volante y empieza a conducir de vuelta al exclusivo sanatorio.

Los suburbios de Chicago aparecen expuestos bajo la luz plomiza. Su papel en la gran maquinaria de la ciudad emerge en toda su desnudez.

Las puertas de Timberline Knolls están abiertas, y Saga pasa ante la garita del vigilante y se detiene en el aparcamiento para las visitas.

Sin pasar por recepción, corre entre los edificios principales, cruza en diagonal por el césped donde no hace tanto se coló en la oscuridad, y continúa por el sendero, más allá de los estudios.

Abre la puerta principal y pasa por el salón de día donde algunos pacientes están sentados almorzando, corre por el pasillo, llama a la puerta de la habitación de Grace y entra sin esperar a que la inviten a hacerlo.

Grace está de espaldas a la puerta, igual que la última vez, y mira el hermoso rododendro que hay detrás del edificio.

Tierra para plantas y restos de fragmentos de porcelana crujen bajo los zapatos de Saga cuando camina. Un bote blanco de medicinas yace a los pies de la

mujer.

—Grace —dice con cautela.

La mujer dibuja una mancha de vaho en la ventana con su aliento, la borra con el dedo y vuelve a respirar sobre el cristal.

—¿Podemos hablar? —pregunta Saga mientras se acerca.

—Hoy no me encuentro bien —dice Grace, y se vuelve con cuidado—. Creo que me tomé tres, tengo que dormir...

—¿Tres pastillas son muchas? —pregunta Saga.

—Sí —sonríe la frágil mujer.

—Entonces llamaré a un médico.

—No, solo hacen que me sienta un poco cansada —murmura.

Grace abre su pequeña mano y mira las cápsulas rosas, toma una de ellas y se la lleva a la boca, pero Saga la detiene con suavidad.

—Ya es suficiente —dice.

—Sí.

—No quiero molestarla —comienza Saga—. Pero cuando estuve aquí la otra vez me habló de la Madriguera, de lo que los chicos le hicieron.

—Sí —repite Grace en voz baja.

—¿Sucedió algo más en la Madriguera?

—Me golpearon, me desmayé varias veces y...

Grace guarda silencio y empieza a tocarse los botones de la rebeca con dedos temblorosos.

—Se desmayó... pero ¿está segura de que todos los chicos participaron en la violación?

Ella asiente y se lleva la mano a la boca como si estuviera a punto de vomitar.

—¿Debo llamar para pedir ayuda? —pregunta Saga.

—A veces me tomo cinco pastillas —responde Grace.

Mira al exterior y pasa el dedo sobre el vaho haciendo que el cristal chirríe débilmente. Saga ve a un par de mujeres con las batas blancas de los empleados acercarse por el sendero de la derecha.

—¿Grace? Dice que está segura de que todos estaban allí, pero...

—Lo recuerdo todo —la interrumpe la mujer sonriendo—. Cada mota de polvo en el aire...

—¿Recuerda a Rex?

—Él fue el peor —responde Grace, y la mira con los ojos medio cerrados.

—¿Está segura? ¿Lo vio?

—Él fue el que me llevó allí... Yo confiaba en él, pero él...

Grace descansa la mejilla contra la pared, cierra los ojos y deja escapar un pequeño eructo silencioso.

—¿Él la acompañó desde la residencia hasta el club?

—No. Ellos dijeron que él vendría después.

—¿Lo hizo?

—¿Alguna vez ha sentido el hedor de una madriguera? —pregunta Grace, y se acerca al sillón—. Es apenas un pequeño agujero en el suelo, pero ahí dentro hay laberintos de oscuros pasadizos.

—Pero no vio a Rex, ¿verdad? —pregunta Saga con paciencia.

—No dejaban de tirar de mí, ninguno quería esperar... gruñían, retrocedían hacia las paredes, se habían disfrazado con grandes orejas blancas de conejo...

Reposa la mano contra el respaldo del sillón y se tambalea hacia delante. Parece como si se hubiera dormido en mitad de un pensamiento.

—¿No quiere tumbarse en la cama?

—No, estoy bien, son solo las pastillas.

Rodea el sillón muy despacio e intenta sentarse, pero cuando ve que no puede acurrucarse, vuelve a ponerse de pie.

Saga oye golpes en una puerta y voces alegres, y comprende que los médicos han comenzado su ronda en el ala.

—Grace, lo que intento decir es que la memoria es complicada, que uno puede creer que recuerda cosas porque ha repetido cientos de veces las palabras, pero... ¿Y si le digo que Rex no estaba allí porque...?

—Él estaba —la interrumpe Grace, y se pasa la mano por la garganta con

expresión confusa—. Vi... enseguida vi que tenían los mismos ojos.

—¿Los mismos ojos?

—Sí.

—Tuvo un hijo —susurra Saga, y siente que un escalofrío le recorre la espalda cuando comprende que ese hijo es el desconocido de la Madriguera del que hablaba Joon.

—Tuve un hijo —dice Grace en voz baja.

—¿Y cree que Rex es el padre? —pregunta Saga, meneando la cabeza.

—Sé que lo es —responde ella, y se enjuga una lágrima—. Pero no le dije nada a mi madre ni a mi padre... estuve internada en el hospital durante tres semanas y dije que me había atropellado un camión y que lo único que quería era regresar a Chicago.

Vuelve a tambalearse y se lleva una mano a la boca.

—Yo... tengo que descansar —susurra para sí.

—Deje que la ayude a tumbarse —dice Saga, y la acompaña despacio por la habitación.

—Gracias —dice ella, y se deja caer sobre la cama y cierra los ojos.

—¿Dio a luz sola?

—Cuando supe que había llegado el momento me escondí en el establo para que no vieran toda la sangre —cuenta, y parpadea cansada—. Dicen que me volví una psicótica, pero para mí todo era real... Me escondí para sobrevivir.

—¿Y el bebé?

—Mamá y papá venían algunos fines de semana y entonces él tenía que apañarse por su cuenta, lo escondía en un corral... porque yo tenía que estar dentro, sentarme a la mesa, dormir en la cama.

Grace se mueve pesadamente hacia el borde de la cama y la almohada de flores cae al suelo. Se estira sin fuerza hacia un lado, abre el cajón de la mesilla de noche, reposa la mano en él y cierra los ojos unos momentos mientras intenta reunir fuerzas, y entonces saca una fotografía enmarcada y se la tiende a Saga.

En la foto, un joven con la cabeza rapada mira con los ojos entornados a la

cámara. Viste ropa de camuflaje color arena, chaleco antibalas, y un MK12 le cuelga del muslo.

Él es el factor desconocido de la violación.

El hombre de la fotografía tiene quemaduras del sol bajo los ojos y en la nariz.

En el hombro luce un emblema ovalado negro y oro con un águila, un ancla, un tridente, una pistola de llave de chispa y las palabras SEAL TEAM THREE.

Son las fuerzas especiales más avanzadas de la armada norteamericana. Sus miembros son adiestrados para convertirse en una combinación de buceadores y paracaidistas de combate.

—¿Es su hijo?

—Jordan —susurra ella con los ojos cerrados.

—¿Rex lo conoce?

—¿Qué? —jadea Grace, e intenta sentarse.

—¿Sabe Rex que usted tuvo un hijo y que él es el padre?

—Jamás, eso no puede ocurrir nunca —dice, y le empieza a temblar tanto la barbilla y la boca que le resulta difícil hablar—. Él no tiene nada que ver con Jordan, me violó, eso fue todo... Jamás debe conocer a Jordan, jamás debe verlo... eso sería lo peor, la peor de las locuras...

Se hunde en la almohada, se tapa el rostro con ambas manos, agita la cabeza y después yace en silencio.

—Pero ¿y si él no participó? —dice Saga, y luego guarda silencio porque se da cuenta de que Grace se ha quedado dormida.

Saga intenta despertarla, pero resulta imposible. Se sienta en el borde de la cama, le toma el pulso y escucha su respiración regular.

DJ se deja caer en uno de los sillones del vestíbulo y se reclina sobre el reposacabezas. La lluvia repiquetea contra los cristales y sobre el tejado. Encima de la mesa, delante de él, se encuentran tres de los cinco rifles de caza.

Su corazón está demasiado acelerado y su cuerpo se crispa espasmódicamente. La garganta le oprime como si alguien la sujetara con fuerza. Cada latido de indignación arrastra profundas corrientes de narcolepsia hacia la superficie.

Ha inutilizado todos los teléfonos, el router y la totalidad de ordenadores del hotel.

Intenta pensar de manera estratégica, se pregunta si tiene que preparar algo más, pero los pensamientos se dispersan cada vez en extrañas fantasías.

DJ había planeado matarlos a todos en el interior del coto de caza, pero por culpa del mal tiempo solo ha conseguido matar a uno.

Lo obligó a permanecer delante del profundo cañón, viendo caer la lluvia sobre el valle.

Cuando pasaron los diecinueve minutos, Kent rogó por su vida quizá un centenar de veces, y juró y perjuró que era inocente casi el mismo número de veces.

DJ no lo había herido de una manera especialmente grave, apenas le introdujo el cuchillo en el vientre por encima del pubis y le hizo aguantar con su cuerpo tembloroso de pie junto al borde del precipicio.

Y él se quedó allí de pie, con el cuchillo en el vientre de Kent, explicándole por qué estaba pasando aquello.

Kent respiraba entre jadeos mientras la sangre llenaba su cavidad abdominal,

brotaba a través de la herida y empezaba a correrle por las piernas.

DJ había girado la hoja afilada hacia arriba y, en cuanto Kent desfallecía y su cuerpo se dejaba caer, el cuchillo le seccionaba aún más el abdomen.

Hacia el final, Kent sentía un dolor horrible, una de las rodillas estuvo a punto de ceder varias veces y la hoja se deslizó en diagonal hacia las costillas.

La sangre llenaba sus botas y se derramaba por los bordes.

—Es ahora cuando la cuerda de la cometa se rompe —dijo DJ, y sacó el cuchillo mirando a Kent a los ojos, lo empujó en el pecho con ambas manos y lo hizo caer por el borde.

DJ se pasa la mano por la boca, echa un vistazo hacia el pasillo donde están las habitaciones del hotel, mira la mesa delante de él y empieza a descargar la munición de las escopetas. Abre la maleta que tiene en el suelo a sus pies y deja caer los cartuchos en el bolsillo junto a la ropa interior.

Es hora de acabar.

Primero Lawrence, o quizá James, y el último de todos Rex.

Tal vez le dé tiempo a matar a uno de ellos antes de que se desate el infierno, antes de que comiencen los gritos y las carreras por los pasillos.

Pero el miedo nunca ha salvado a los conejos.

Sabe que su pánico sigue unos sencillos patrones.

Le tiemblan un poco las manos mientras monta el silenciador en su pistola, introduce un nuevo cargador, lo asegura, y la deja de nuevo en la bolsa junto al hacha de mango corto.

Si no vienen ellos, tendrá que empezar a ir de habitación en habitación.

Saca su SOCP negro, seca la grasa de la delgada hoja y observa el filo.

Su madre se quedó embarazada a raíz de la violación, pero probablemente no fue hasta después de parirlo cuando sufrió el ataque de psicosis.

Ella apenas tenía diecinueve años y tuvo que sentirse terriblemente sola y asustada.

DJ no recuerda sus primeros años, pero ha comprendido que ella lo parió en soledad y después lo mantuvo en secreto. Lo ocultó en el establo. El primer

recuerdo que tiene es de él muerto de frío bajo una manta, comiendo judías verdes de una lata.

No tiene ni idea de cuántos años tenía entonces.

Durante su infancia, la caótica psique de su madre fue una parte de su vida, condicionó su propia percepción de la realidad.

Sus abuelos no volvieron a instalarse definitivamente en el país hasta que acabó la larga designación de Lyndon White Holland como embajador en Suecia.

DJ tenía casi nueve años cuando su abuelo lo encontró en el establo.

En aquel entonces, él hablaba una mezcla de sueco e inglés, y ni siquiera era consciente de que fuera un ser humano.

Acostumbrarse a su nueva situación le llevó algo de tiempo.

A su madre la cuidaban en casa, le daban fuertes medicinas y se pasaba casi todo el tiempo tumbada en cama con las cortinas cerradas.

A veces ella tenía miedo y gritaba, a veces le pegaba porque había dejado la puerta abierta.

A veces él le hablaba de los conejos a los que había disparado durante el día.

A veces se sentaban juntos en el suelo detrás de la cama y cantaban la canción de cuna hasta que ella se dormía.

Unos años después, él le grabó toda la canción en una casete para que se la pusiera cuando estaba nerviosa.

Su madre nunca quiso hablar de su padre, pero en una ocasión, cuando él tenía trece años y ella había cambiado de psicofármacos, le habló de Rex.

Fue la única vez que ocurrió durante toda su juventud y él todavía recuerda las pocas frases con exactitud. Cuando era niño se agarraba a cada pequeña palabra, construía mundos enteros de esperanza en torno a lo que ella había dicho.

Supo que habían estado enamorados y que se encontraban a escondidas como Romeo y Julieta antes de que ella regresara a Chicago.

DJ no entendía por qué no la acompañó a Estados Unidos.

Ella respondió que Rex no quería tener hijos y que ella le había prometido que



no se quedaría embarazada.

Desde el principio DJ la creyó, pero después empezó a pensar que su madre se ocultaba de Rex en Chicago porque se avergonzaba de su apariencia después del atropello.

DJ todavía no sabe de dónde salió la idea de que fue arrollada por un camión en Suecia, porque no recuerda que ella le haya hablado nunca de eso.

Cuando tenía catorce años su madre vio una fotografía de Rex en un reportaje en el *Vogue* sobre la nueva generación de chefs en París. Salió rápidamente de la casa, fue al establo e intentó ahorcarse, pero su abuelo cogió una escalera y cortó la cuerda antes de que le diera tiempo a morir.

Los abuelos la internaron en un ala psiquiátrica cerrada en el centro médico BroMenn, en Bloomington, y a él lo enviaron a la Academia Militar Missouri, una institución que también aceptaba a muchachos más jóvenes.

DJ deja la daga debajo del mantel de la mesa cuando oye que alguien se acerca por el pasillo.

Cierra la tapa de la maleta con el pie, se recuesta y se pregunta a cuál de los hombres habrá atraído el destino.

Oye un chasquido en su cabeza y ve a su madre acurrucarse en el suelo del establo, tapándose los oídos y gimoteando de miedo cuando uno de los conejos decapitados sufre un espasmo y empieza a correr de nuevo.

DJ recuerda que lo atrapó debajo de un cubo de plástico verde, metió la mano, lo agarró y lo crucificó en la pared. Su madre temblaba de forma incontrolable, vomitó de miedo y después le gritó que no podía dejar entrar a los conejos.

DJ levanta la vista cuando oye pasos en el pasillo y ve aparecer a Lawrence bajo la luz de una lámpara de pared. DJ lo saluda con la mano y piensa que ese hombre pronto correrá por las habitaciones con los intestinos en las manos.

Parece como si se hubiera pasado una noche entera llorando, tiene los ojos hinchados y rojos, y todavía lleva puesta la ropa mojada.

—¿Has encontrado los teléfonos? —pregunta, pestañeando con fuerza.

—No aparecen por ninguna parte —responde DJ.

—Creemos que Rex se los ha llevado —dice Lawrence con la voz tensa.

—¿Rex? —repite DJ—. ¿Por qué tendría que hacerlo?

—Solo lo creemos —replica Lawrence lacónico.

—¿James y tú? ¿Eso creéis?

—Sí —contesta Lawrence.

Pasa detrás del mostrador de recepción y enciende uno de los ordenadores. La lluvia repiquetea contra el tejado y los grandes y oscuros ventanales. La tormenta se mueve rugiendo por el bosque y las laderas de las montañas, toma aliento y regresa con más ira todavía.

Solo dos meses después de la última misión de DJ en Irak, su abuelo murió y le dejó una gran fortuna a su único nieto.

La abuela había muerto dos años antes. DJ fue al sanatorio para visitar a su madre, pero ella ni siquiera lo reconoció.

Estaba solo.

Fue entonces cuando decidió viajar a Suecia para, por lo menos, ver a su padre.

Rex ya era un chef de prestigio, había participado en una serie de programas

de televisión y había publicado un libro sobre comida y vinos.

DJ fundó su empresa de producción, adoptó el apellido de soltera de su abuela y se acercó a Rex sin plantearse revelar nunca que su madre había dicho que él era su padre.

Sin embargo, antes de su primer encuentro se puso muy nervioso y tuvo un ataque de narcolepsia en el oscuro pasadizo de entrada al café Vetekatten.

Se despertó en el suelo y llegó media hora tarde a la reunión.

No se parecían en nada, salvo por los ojos quizá.

DJ le propuso a Rex un gran negocio. Le ofreció un contrato increíblemente bueno, planteó una nueva estrategia de marketing, consiguió en menos de tres años colocarlo en el programa *Nyhetsmorgon* cada domingo y lo convirtió en uno de los grandes chefs del país y en una verdadera celebridad.

DJ comenzó a funcionar como una especie de mánager, empezaron a relacionarse en privado y poco a poco se convirtió en amigo suyo.

A pesar de que ya estaba seguro, no pudo evitarlo: cogió un par de pelos de Rex. Estaba sentado en su sillón blanco, y él se puso detrás y se los arrancó con unas pinzas. Rex soltó un pequeño grito, se llevó la mano a la cabeza y se dio media vuelta. DJ se limitó a reírse y dijo que una cana lo había puesto nervioso.

Sin tocarlos con los dedos, los introdujo en una bolsita de plástico y los envió a dos empresas diferentes especializadas en pruebas de paternidad.

Los resultados fueron determinantes. DJ había encontrado a su padre, pero ocultó cualquier rastro de alegría en su corazón.

—No hay conexión a internet —dice Lawrence detrás de la recepción.

—Prueba con otro ordenador —le propone DJ.

Lawrence lo mira, se seca el sudor con las manos y cabecea hacia la ventana.

—¿Se puede ir andando hasta Björkliden?

—Está a solo veinte kilómetros —responde DJ—. Iré tan pronto como deje de llover.

Durante toda su infancia, David Jordan tuvo que ver cómo trataban a su madre por depresión unipolar y comportamientos autolesivos. Después de la última

visita, cuando ella no lo reconoció, DJ hizo que la trasladaran a un exclusivo sanatorio, el Timberline Knolls. El jefe médico de allí diagnosticó su estado como síndrome de estrés postraumático y le puso un tratamiento totalmente distinto.

En vísperas del día de Acción de Gracias, DJ decidió viajar a Chicago y pedirle permiso a su madre para decirle a Rex que era su padre.

Ni siquiera sabía si ella entendería de qué hablaba, pero cuando entró en su habitación enseguida notó que ella había cambiado. Aceptó las flores y le dio las gracias, lo invitó a té y le explicó que había estado enferma a causa de un trauma psicológico.

—¿Has empezado a hablar con el terapeuta sobre el accidente?

—¿Accidente? —repitió ella.

—Mamá, sabes que estás enferma, que a veces no podías hacerte cargo de mí y que tuve que vivir con la abuela.

DJ vio la extraña expresión de su rostro cuando le habló de la prueba de paternidad, cuando le dijo que se había acercado a su padre y que ahora quería contarle la verdad. Como si estuviera a punto de caerse desde lo alto de un gran árbol.

Su madre dejó la taza sobre el platito con un leve tintineo. Pasó la mano lentamente sobre la mesa y después le contó lo que había ocurrido. De una manera cada vez más incoherente, le relató todos los detalles de la violación en grupo, el deseo de los muchachos de hacerle daño, el dolor, el miedo, y cómo acabó perdiendo la razón.

Y entonces le mostró una fotografía del internado a las afueras de Estocolmo, y enumeró con voz vacilante los nombres de todos los que habían participado en la agresión.

DJ recuerda perfectamente cómo estaba sentada, con su delgada mano sobre la boca, y que lloró mientras le decía que era fruto de una violación, y que Rex era el peor de todos ellos.

Después de esas palabras, su madre no pudo mirarlo.

Y DJ sintió como si su abrigo se hubiera quedado enganchado de un enorme engranaje que tiraba de él y lo arrastraba sin remedio hacia la potente maquinaria.

—No funciona nada, estamos aislados —dice Lawrence con voz temblorosa.

—Quizá se deba a la tormenta —sugiere DJ.

—Creo que intentaré ir a Björkliden ahora mismo.

—De acuerdo, pero abrígate bien y ten cuidado con las rocas —le recuerda DJ con calma.

—No te preocupes —murmura Lawrence.

—¿Puedo enseñarte una cosa antes de que te vayas? —dice DJ.

Levanta el borde del mantel, toma el cuchillo plano de la mesa, se pone de pie y lo oculta pegándolo a la cadera mientras camina hacia la recepción.

Lawrence se sube las gafas con el dedo, se inclina sobre el mostrador donde está el ordenador, como si trabajara en recepción, presionando la barriga contra el borde, y mira a DJ.

—¿Es difícil llegar hasta la carretera principal? —pregunta.

—No, si sabes cómo ir —responde DJ con una voz extrañamente hueca—. Te lo puedo enseñar en el mapa.

En lugar de un mapa, DJ saca una fotografía del bolsillo, la deja encima del mostrador y le da la vuelta para que Lawrence pueda verla.

—Mi madre —dice en voz baja.

Lawrence se acerca para coger la fotografía, pero aparta la mano como si se hubiera quemado al reconocer a la joven mujer.

En el mismo instante un cuchillo negro se clava en el mostrador justo donde acaba de estar su mano.

La hoja penetra en la superficie de madera.

Sin pensarlo dos veces, Lawrence lanza el ordenador hacia DJ y la esquina redondeada de la pantalla lo alcanza en un lado del rostro.

DJ retrocede tambaleándose y está a punto de caer.

El ordenador cambia de dirección cuando el cable lo frena de un tirón. La pantalla gira en el aire, desaparece por un lado del mostrador, se suelta y golpea el suelo estrepitosamente.

Cuando alza la mano y se toca la mejilla, DJ parece sorprendido.

Lawrence corre por detrás del mostrador con su pesado cuerpo tan rápido como puede, directo hacia la ventana en arco y las escaleras que llevan al spa.

Lo primero que se le ocurre es intentar escapar por la salida de emergencia en

la que se fijó cuando estuvieron echando un vistazo al llegar.

Por alguna razón se le ha quedado grabado el brillo verde de la señal.

Lawrence continúa, sin darse la vuelta, pasando ante fotografías de mujeres en bañeras de hidromasaje y tumbadas sobre mesas de masaje blancas. Deja atrás una pequeña recepción con toallas y un puesto donde se venden trajes de baño, y entra en el vestuario. Cuando cierra la puerta tras de sí, ve que tiene pestillo.

Intenta girarlo, pero le tiemblan las manos y se le escapa.

Está atascado.

Lawrence toma aliento entre jadeos, con el corazón desbocado, y se seca las manos en la camisa.

Unos pasos se acercan al otro lado de la puerta.

Lawrence tira del pestillo y vuelve a intentarlo, apenas se mueve, pero entonces, por fin, se produce un sonido chirriante, tira con más fuerza, gira y oye cómo el pestillo entra lentamente en el cerradero antes de volver a perder el agarre y arañarse los nudillos.

Se chupa la herida, escucha, y acaba de alargar la mano para comprobar si la puerta está bien cerrada cuando bajan la manija desde el otro lado.

Lawrence se aparta.

DJ tira de la manija y empuja la puerta con el hombro de forma que la jamba de la puerta cruje.

Lawrence retrocede tambaleante, con la mirada clavada en la puerta, y siente el impulso de gritar y decirle que mate a James, que está en la habitación de Rex.

Pero, en vez de eso, se adentra en el vestuario oscuro y en medio de su confusión piensa que tiene que encontrar un lugar donde esconderse.

DJ acaba de decir que Grace es su madre.

Entonces es él quien ha estado vengándose de ellos, se repite Lawrence mientras camina a lo largo del banco y las puertas abiertas de las taquillas metálicas.

Empuja una puerta de cristal esmerilado y entra en unas duchas oscuras, da unos pasos y trata de controlar su respiración.

Tiene la boca completamente seca y le duele el pecho.

Apoya la espalda contra la pared y mira al desagüe del suelo. Encima de la rejilla hay unos mechones de pelo secos.

El sudor le corre desde las axilas.

Lawrence piensa en la violación en la Madriguera, cómo hacían cola y cómo él tenía miedo de que acabara todo antes de que le diera tiempo a llegar y hacerlo también con ella.

Cuando la vio allí tumbada en el suelo debajo de los otros, tuvo un subidón de adrenalina y sintió una inexplicable rabia hacia ella.

Siempre había sabido que Grace era demasiado guapa para él, pero ahora la tenía allí con las piernas abiertas.

Se abrió paso a empujones, se tumbó encima de ella, la golpeó en la cara con una botella de cerveza y le sujetó con fuerza la barbilla para obligarla a mirarlo.

Al principio no pudo experimentar más que una poderosa sensación de triunfo.

Luego se puso de pie y le escupió, y dos semanas después intentó castrarse en uno de los baños de la residencia. Se hizo un corte profundo, pero el dolor lo hizo caer hacia un lado, resbaló y se golpeó la cara con el lavabo con tanta fuerza que este se rompió, y la gente llegó corriendo.

Después de un mes en un ala psiquiátrica para jóvenes, pudo regresar a casa y entonces fue y se denunció a sí mismo a la policía. No le hicieron caso, nadie había sido violado en la escuela y la chica de la que hablaba se había vuelto a Estados Unidos.

Lawrence se apoya con la mano contra la fría pared de granito pulido, nota el sabor de la sangre en la boca y comprende que no puede quedarse en las duchas sin asegurarse de que la puerta del spa está cerrada con llave.

Lawrence camina sigilosamente entre la hilera de duchas con las piernas temblando, cruza la puerta de cristal tintado que da a una sauna que se calienta con leña, pasa una puerta de vaivén y entra en la zona oscura de las piscinas.

Lo único que se oye es la lluvia contra los enormes ventanales.



Sabe que tiene que llegar a la salida de emergencia, abandonar el hotel y buscar ayuda, o simplemente ocultarse en el bosque.

Las instalaciones están divididas por un gran bar hexagonal.

A un lado se encuentra la bañera de hidromasaje cerrada, piscinas vacías de diversos tipos y la gran piscina, que tiene un poco de agua en el fondo. En invierno se puede nadar a través de una esclusa de láminas de plástico y salir directamente a la nieve, pero ahora la parte de la piscina que queda en el exterior está cubierta con una lona.

Al otro lado del gran bar, más allá de la zona de servicio y la zona de relax, hay una salida de emergencia. Allí los obreros han levantado el suelo y han retirado el mobiliario, que ha quedado bloqueando el paso entre el bar y las vidrieras. Se trata de una montaña de sillas de mimbre y mesas cubiertas con un plástico industrial gris.

Al parecer, la única manera de llegar hasta la salida de emergencia es pasar por delante de la puerta del vestuario de mujeres.

Lawrence escucha un momento y después empieza a avanzar hacia la puerta de vidrio esmerilado del vestuario ocultándose detrás de las columnas. Tiene que pasar por delante, y avanza sin apartar la mirada. Cada pequeña vibración en la puerta hace que tense el cuerpo para no huir presa del pánico. Llega por fin y, entre los resquicios, ve que el vestuario está a oscuras. Contiene la respiración y sigue adelante, y tiene que hacer un esfuerzo para caminar despacio cuando pasa ante la ventana que da al solárium.

Mira atrás un momento y sigue andando a toda prisa.

A través de los cristales, ahora ve un gimnasio en penumbra con aparatos para entrenar, cintas de correr y elípticas.

Lawrence sale de la columnata y continúa hacia el otro extremo del bar cuando oye un sonido chirriante.

Desde este ángulo las columnas ocultan la entrada al vestuario de mujeres, pero una sombra oscilante se mueve por la pared.

Alguien debe de haber cruzado la puerta.

Lawrence no sabe adónde ir. No se atreve a correr y continúa en silencio hasta que rodea la esquina del bar y se deja caer al suelo para recuperar el aliento.

Lawrence se oculta detrás de la barra y se tapa la boca con la mano. El pulso acelerado retumba en sus oídos. Sabe que DJ está en la zona del spa, buscándolo.

Pero todo está en calma y en silencio.

Hay un poco de Coca-Cola derramada sobre el revestimiento oscuro de la barra y alguien ha pegado un chicle debajo de la parte saliente.

Lawrence está sudando y se acurruca entre temblores.

Respira aparatosamente por la nariz a causa de la ansiedad y piensa en cómo aquella violación lo alejó de toda posibilidad de ser feliz. Nunca ha tenido una relación seria, nunca ha vuelto a tener sexo con nadie y nunca ha formado una familia.

Con el fin de no parecerle demasiado extraño a la gente de su alrededor, a veces ha fingido mantener relaciones esporádicas.

A sus amigos les ha asegurado que prefiere relaciones sexuales cortas. Pero lo cierto es que nunca ha habido nadie para él, ni hombre ni mujer.

Sin embargo, durante este último año, ha mantenido contacto con una chica que conoció en un portal de citas. Es una de las bailarinas del musical *Hamilton* en Manhattan. Lawrence es consciente de que quizá no sea cierto, que puede tratarse de un engaño, un perfil falso, pero siempre han mantenido conversaciones divertidas e interesantes, y ella nunca le ha pedido dinero. Le encantan las fotografías que le envía, es tan increíblemente guapa que le alegra la vista. El cabello rizado, las mejillas y la boca risueña. Es demasiado bueno para ser verdad, pero acaba de mandarle una entrada para la representación que parece auténtica, con código de barras y todo.

Probablemente solo se trata de un engaño, pero ¿y si aquello marca un

momento de inflexión en su vida?

Lawrence mira hacia la salida de emergencia, se incorpora medio agachado y se escabulle bajando por una ancha escalera con protección antideslizante y una barandilla plateada.

Toda la cafetería está despejada y han comenzado a poner el suelo de baldosas. Más allá de unos palés con azulejos y baldosas, se ve brillar la señal verde de salida encima de la puerta.

La lluvia cae como estrías sobre las grandes ventanas de cristal que dan a la montaña.

Lawrence camina más rápido e intenta contener la respiración.

Si consigue llegar a la oscuridad exterior solo tiene que seguir bajando hasta la iglesia y después hasta la E-10, hacer autostop o caminar hasta Björkliden, alquilar un coche y esconderse en algún lugar hasta que haya pasado todo.

Sin querer da una patada a un cubo negro y el ruido resuena. El cubo se desliza sobre el suelo polvoriento y las paletas con mortero seco que tiene dentro chocan entre sí cuando se detiene.

Lawrence echa a correr sin preocuparse de que se le oiga, bordea los palés y llega a la salida de emergencia. Presiona la barra hacia abajo y tira y empuja, pero la puerta no se abre.

Está cerrada con un pesado candado.

Se ajusta las gafas, da media vuelta y su corazón comienza a retumbar de miedo cuando ve bajar a DJ por la escalera con un hacha en la mano.

Lawrence da una patada contra el cristal pero apenas oye un sonido seco.

Mira a su alrededor y comprende que tiene que intentar pasar por el otro lado del bar, a través de la montaña de sofás, armarios, macetas, mesas y tumbonas.

Corre jadeando a lo largo de las ventanas en dirección a la montaña de muebles. Están densamente apilados y le llegan al pecho. Levanta el plástico protector, se agacha y se escurre entre una pila de sillas y una mesa de mármol redonda.

La luz cambia debajo del plástico, se vuelve turbia y extrañamente suave.

Mantiene el plástico levantado con una mano y se adentra en una especie de pasillo que queda entre diferentes armarios de servicio, pero se detiene cuando oye un estruendo tras de sí. Se acurruca enseguida y oye cómo el plástico cae de nuevo sobre los muebles.

Se inclina hacia delante y con las rodillas dobladas apretuja su pesado cuerpo entre dos armarios llenos de vajillas.

Piensa que quien viene a por él es Grace.

Que así lo han preparado.

Ve su falda plisada de color rosa, los muslos ensangrentados y el cabello lacio que cae sobre sus mejillas.

Se abre camino jadeando entre enormes macetas de terracota y sillas apiladas y, de repente, oye pasos detrás de él.

Comprende en otro nivel que se trata de DJ, pero su cerebro sigue conjurando la imagen de Grace.

Ha venido para vengarse, la oye acercarse, arrastrando una comba, de forma que el mango de plástico blanco y sucio rebota sobre las irregularidades del suelo.

Presa del pánico, derriba una silla de mimbre que está en medio, aparta la siguiente y avanza a empujones hasta una mesa de bufet que le cierra el paso.

Ha llegado a un muro formado por pesados armarios. Resulta imposible seguir por ahí en dirección a la zona de la piscina. Tiene que encontrar otro camino, tal vez por debajo de la pila de tumbonas.

El plástico se abomba hacia arriba a causa de una corriente de aire y luego vuelve a caer con un suspiro susurrante.

El dolor de pecho de Lawrence se ha vuelto más intenso y se nota el brazo izquierdo extrañamente rígido.

Cuando se agacha para ver si puede arrastrarse por debajo de las tumbonas, se le caen las gafas.

Se pone de rodillas temblando para buscarlas, pero sin querer las empuja debajo de una larga mesa. Mira con los ojos entornados y le parece verlas, se

estira pero no las alcanza. La gran mesa de salón consta de una estructura de metal pintada de blanco y un macizo tablero de piedra que pesa, probablemente, varios cientos de kilos. Encima de la mesa hay un montón de mesitas de café plegables que están atadas con cuerdas.

Se tumba sobre la barriga y comienza a arrastrarse por el estrecho espacio que queda debajo del tablero de piedra. Se desliza hacia delante, parpadea y se estira hacia un lado, alcanza las gafas con las yemas de los dedos y se las pone.

Tumbado aún bocabajo, vuelve la cabeza y mira hacia atrás bajo los muebles, hacia la zona donde el suelo de mosaico está levantado, cuando de repente DJ se agacha y lo mira fijamente a los ojos entre las patas de mesas y sillas.

Se parece a Grace, el bonito rostro brillante y el cabello rubio.

El plástico cruje y Lawrence comprende que DJ se ha metido debajo y se abre paso entre los muebles apilados.

Lawrence avanza por debajo de la mesa y oye la cremallera de la chaqueta raspar los azulejos del suelo.

Cuando respira con fuerza la espalda choca contra el tablero de piedra y parece como si se quedara atrapado.

Piensa de nuevo en la entrada del musical, y en que ella nunca sabrá por qué no ha aparecido.

Ya ha llegado casi al otro extremo de la mesa y, detrás, oye muebles que caen y cristales que se rompen.

Respira entre gemidos e intenta agarrarse a algo que le ayude a salir de ahí.

Se oye un sonido sordo cuando DJ deja el hacha en el suelo y se estira tras él.

—¡Déjame en paz! —grita.

DJ lo sujeta por un pie y empieza a tirar de él, Lawrence patalea y se libera, sale arrastrándose por el otro lado y se pone de pie con las piernas temblando. Se abre paso entre unos enormes sofás, con la sensación de que está a punto de vomitar. Derriba una montaña de cojines blancos, el plástico se hunde sobre él, tropieza y pasa por encima de los blandos cojines, pero logra mantener el equilibrio.

Ha conseguido pasar la barricada, y corre tambaleándose, se golpea el hombro contra una columna, pero sigue y rodea la piscina de hidromasaje y se detiene.

Respira increíblemente rápido y tiene los dedos de una mano completamente entumecidos.

Lawrence pasa ante la piscina fría, ve la piscina deportiva a la izquierda y más allá una para niños con un tobogán en forma de serpentina.

Sigue avanzando, echa un vistazo hacia el bar y descubre a DJ en el reflejo de las puertas de cristal del solárium.

DJ corre a través de la columnata con el hacha en la mano.

Se dirige hacia la zona de las piscinas y pasa ante las puertas de los vestuarios.

Unas extrañas tiras de cuero se balancean sobre sus mejillas.

Lawrence tose y se apresura hacia la piscina grande, pensando que puede bajar, recorrerla hasta la parte que queda en el exterior, levantar la capota de lona y salir por allí.

Le duele el corazón y tiene que moverse más despacio cuando se sujeta a la barandilla de la escalera de azulejos que conduce a la piscina. Un olor pútrido llega desde el agua que hay estancada abajo.

Baja temblando la pequeña escalera, y trata de correr por el agua, pero la resistencia es demasiado grande.

El lodo del fondo enturbia el agua, que le llega a los muslos.

Camina con pasos pesados y siente las salpicaduras hasta el estómago y el pecho.

Tiritas, zapatillas de baño y mechones de pelo flotan en la superficie ondulante.

Pasa bajo las láminas de plástico que cuelgan y sale a la piscina descubierta bajo el techo de lona. Seguro que se puede salir por ahí. El cobertor es apenas una lona tensada sobre una especie de vigas bajas.

Sigue vadeando hacia fuera e intenta ver si hay costuras en la tela.

Se oye un pesado chapoteo detrás de él y se da media vuelta.

DJ avanza hacia él por el agua.

Lawrence comprende que no tendrá tiempo de salir antes de que lo atrape.

Las yemas de los dedos le pican y siente un cosquilleo.

Lawrence se da media vuelta entre jadeos y empieza a vadear hacia el bordillo más cercano, está a punto de caer hacia delante, pero se agarra al borde.

Tira de la lona con todas sus fuerzas. La gruesa tela de nailon está tan tensa que es imposible abrir el más mínimo resquicio.

Intenta empujar el armazón para desencajarlo, pero es imposible.

DJ se acerca por el agua a grandes zancadas.

Las olas que levanta golpean el borde y salpican a Lawrence.

No consigue introducir los dedos por debajo del borde de la lona, intenta levantarla por arriba, pero se ve obligado a desistir.

Entre jadeos, vuelve a adentrarse en el agua, el corazón le late desbocado, no tiene más fuerzas, no hay ningún sitio adonde ir, se detiene y se da media vuelta.



Lawrence se queda quieto y respira aceleradamente por la boca, intenta decir algo pero todavía jadea demasiado. No es más que un conejo que da respingos en su propia sangre en el fondo de un barreño de zinc.

Ahora el Cazador se acerca más despacio y deja que el hacha de mango corto se deslice por el agua.

Había preparado la grabadora y la cinta, había pensado que Lawrence estaría preso en el mostrador de recepción con el cuchillo atravesándole la mano cuando los demás salieran en su busca.

El agua sucia ha salpicado la camisa a cuadros de Lawrence y manchas de sudor se han extendido bajo sus axilas.

—Sé por qué haces esto —dice Lawrence con la voz entrecortada.

Extiende las dos manos como para evitar que se acerque más. El Cazador apenas da un paso adelante, lo atrapa por una de sus manos, le estira el brazo y golpea con el hacha por encima del codo con todas sus fuerzas. Lawrence se tambalea hacia un lado debido a la fuerza del golpe y el grito de dolor retumba entre las paredes de la piscina.

Una sangre oscura brota de la profunda herida.

DJ sigue sujetando a Lawrence de la mano, la gira un poco y vuelve a golpear.

Esta vez la hoja le atraviesa el húmero.

Lo suelta y ve a Lawrence tambalearse hacia atrás, con el antebrazo colgando de los últimos tendones antes de separarse del todo y caer al agua sucia.

—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! —gimotea, e intenta apretar el muñón del brazo contra el cuerpo para frenar la hemorragia—. No sé qué quieres que haga. Por favor, dilo, necesito ayuda, ¿lo entiendes?

—Grace es mi madre y ahora...

—Me obligaron, yo no quería, solo tenía diecisiete años —llora él.

Guarda silencio y respira entre jadeos. El rostro está pálido, como si ya estuviera muerto. El Cazador lo observa, las salpicaduras en las gafas, la barba manchada, la sangre que empapa la ropa sucia.

—Comprendo que te vengues —dice Lawrence, jadeando pesadamente—. Pero yo soy inocente.

—Todos sois inocentes —responde el Cazador.

Piensa en Ratjen, que cuando murió estaba sentado en su casa en una silla de cocina delante de sus hijos. Ratjen murió porque fue con las llaves, porque abrió la puerta de la residencia y llevó a su madre a la Madriguera. Allí empezó todo. Si Ratjen esa vez hubiera dicho que no, habría podido comerse los macarrones en paz y se habría podido acostar con su mujer después de que los niños se durmieran. Pero él abrió la puerta. Fue él el que abrió la puerta, la acompañó a la Madriguera y esperó pacientemente su turno.

—Era Wille quien decidía —jadea Lawrence.

—Mi madre te señaló, me dijo qué hiciste —dice él tranquilo.

—Me obligaron —llora—. Yo fui una víctima, yo también...

La voz de Lawrence se desvanece, el Cazador no puede oír nada. Se toca la oreja, pero sigue sin oír. Recuerda una tarde de verano, fue el día antes del intento de suicidio de su madre.

Él estaba cazando con su rifle más allá de la carretera principal, más allá de la vía del tren, cerca del silo. Se sentó en la hierba, se recostó y cuando se despertó ya era de noche.

Fue como si despertara en un sueño.

Yacía quieto sobre la alta hierba y tuvo la sensación de que el silo parecía la chistera del Sombrero.

En ese instante él era tan pequeño como un conejo.

Lawrence todavía tiene esperanzas de escapar, se tambalea de nuevo en dirección a la escalera alicatada.

Un rastro de sangre oscura se extiende en el agua a su alrededor.

El Cazador mira el reloj y lo sigue.

Lawrence pasa debajo de las láminas de plástico, avanza tambaleante, da un paso hacia arriba y después se sienta en uno de los escalones inferiores. Levanta el muñón del brazo y grita de dolor. Se arranca jadeando la camisa y envuelve la tela alrededor del muñón tan fuerte como puede, tira de ella con su única mano temblorosa.

—Dios mío, Dios mío —susurra para sí.

La sangre fluye a través del tejido de franela a cuadros y salpica los escalones mojados.

—No te vas a desangrar —dice el Cazador, y se aparta algunas orejas de conejo del rostro—. Antes de que pierdas el conocimiento te cortaré el cuello y morirás enseguida.

Lawrence mira desesperado hacia la puerta.

—¿Acaso matamos a Grace? ¿Por qué nos matas si ella está viva...?

—Ella no vive —lo interrumpe—. Nunca pudo vivir.

Dentro de poco subirá y ahorcará a James Gyllenborg. No sabe por qué quiere ahorcarlo. Pero se le ocurrió mientras lo observaba durante la cacería, que desearía verlo ahorcado.

Un recuerdo centelleante le cruza la cabeza: el sonido cuando el abuelo cortó la cuerda de la que colgaba su madre de la viga del establo.

—¿Qué piensas hacer ahora? —susurra Lawrence con los ojos inyectados en sangre—. ¿Cuándo acabará tu venganza? ¿Qué pasará luego?

—¿Luego? —pregunta el Cazador, y se apoya el hacha en el hombro.

Cuando Rex despierta, su corazón empieza a acelerarse a causa de la ansiedad. Está tumbado bocabajo en el suelo con los brazos atados a la espalda. Su rostro se contrae y le duele por los repetidos golpes que le han dado con la culata del fusil.

En el suelo está su bolsa vacía. El contenido está esparcido por el suelo.

Oye ruido de voces y rueda con cuidado hacia un lado. Intenta liberar sus manos con discreción y se da cuenta de que no se siente los dedos.

A través de los ojos medio cerrados ve que Sammy está sentado contra la pared con los brazos alrededor de las rodillas. Rex se vuelve con cuidado, su mirada se cruza con la de su hijo y lo ve negar imperceptiblemente con la cabeza.

Rex cierra enseguida los ojos y finge estar desmayado mientras oye hablar a su hijo con voz atenuada.

—No tengo nada que ver en esto... Supongo que lo entiendes, yo ni siquiera estaría aquí de no ser porque mi padre intentaba que no me fuera con mi novio.

—¿Eres gay? —pregunta James con curiosidad.

—No se lo digas a mi padre —bromea Sammy.

—¿Qué tienen de bueno los chicos?

—También salgo con mujeres, pero el sexo es mejor con los hombres.

—En mis tiempos —dice James—, nunca podría haber dicho algo así... Las cosas han cambiado mucho... en el buen sentido.

Con los dedos helados, Rex intenta alcanzar las tiras de tela anudadas para soltarlas.

—No pienso avergonzarme de lo que soy —responde Sammy.

—¿También sales con hombres mayores? —pregunta James con un extraño tono de voz.

—Yo pienso en las personas, en las situaciones, no tengo muchas reglas —dice Sammy con tranquilidad.

Rex yace inmóvil y oye a James caminar. Abre los ojos con cuidado y ve que se ha puesto delante de Sammy. Sujeta el fusil de forma relajada con una mano, con el cañón mirando hacia abajo contra la cadera y la pierna derecha. La estilizada botella de cristal de agua está en la mesa auxiliar, junto a la botella de vino que el hotel ofrece a los clientes a un precio desorbitado.

James se da media vuelta y Rex cierra rápidamente los ojos e intenta relajar el cuerpo. Se queda muy quieto y oye acercarse a James y detenerse delante de él. El olor a metal le hace comprender que le está apuntando al rostro.

—La mayoría de la gente que conozco se denominan pansexuales —prosigue Sammy.

—¿Eso qué es?

—Uno considera que lo importante es la personalidad, no el sexo.

—Eso parece muy sensato —dice James, y regresa junto al chico—. Siento que Lawrence te haya rajado. ¿Te duele?

—Un poco...

—Tendrás una cicatriz en tu bonita cara —dice él con una inesperada ternura en la voz.

—¡Maldita sea! —suspira Sammy.

—Deberías ponerte unas tiritas —continúa James.

—Puede que haya en el neceser de mi padre —dice Sammy.

Se hace un silencio en la habitación y Rex sigue con los ojos cerrados. Está casi seguro de que James lo está observando.

—Está allí junto al sillón —añade el chico.

Rex nota cómo James da un paso y le da una patada al neceser para acercarlo a Sammy.

—Gracias.

Oye a Sammy abrir la cremallera del neceser, ruido de pequeños objetos cayendo al suelo y un frufnú cuando encuentra las tiritas.

—Deberías lavar la herida antes —apunta James.

Cuando oye que James coge la botella de agua de la mesita y desenrosca el tapón, Rex empieza a mover los brazos y a tirar tan fuerte como puede hasta que consigue liberar una mano de las tiras de tela anudadas. Siente un cosquilleo y unos pinchazos en los dedos entumecidos cuando la sangre retorna lentamente.

—No te muevas —susurra James—. Gira la cara un poco...

—¡Ay! —se queja Sammy.

Rex abre los ojos y ve que James ha dejado la escopeta en el suelo y se inclina sobre Sammy con la botella de agua y un montón de servilletas de papel.

Se levanta con cuidado. Las piernas están adormecidas y parecen pesados troncos. Una de las tiras de tela cuelga de unos hilos del botón del puño de su camisa, pero se suelta y cae al suelo con un sonido muy leve.

Rex se detiene y espera.

James no ha oído nada, vuelve la boca de la botella contra las servilletas de papel y continúa lavando el rostro de Sammy.

Rex sigue lentamente hacia la mesita y levanta la botella de vino sin hacer ruido.

—Un poco más de agua —dice Sammy—. Ay... ay...

—Ya casi he acabado —dice James con una extraña intensidad en la voz.

Rex se acerca a James, pero pisa sin querer una camisa de la maleta que han vaciado. Todavía está en su envoltorio de plástico y cruje bajo sus pies. Salta hacia delante, con la botella en alto, y ve que James deja el montón de servilletas y se vuelve justo en el momento en que él ataca. James levanta el brazo para protegerse, pero la botella lo golpea en la mejilla y la sien con tal fuerza que el cristal se rompe. Una lluvia de fragmentos verdes y gotas rojo oscuro le caen encima y salpican la pared.

James gime con fuerza y cae de lado al suelo, se apoya con las manos e intenta abrir los ojos. Sammy se aparta y Rex coge rápidamente la escopeta y

retrocede. James se sienta pegado a la pared, se palpa la sien y mira desorientado a Rex justo cuando este da un paso adelante y lo golpea con la culata en la nariz, de forma que la cabeza choca contra la pared.

—Ven —le dice Rex a Sammy—. Tenemos que largarnos de aquí.

Salen de la habitación, cierran la puerta y se dirigen a toda prisa hacia la recepción por el frío pasillo.

—Bien hecho, papá —sonríe Sammy.

—Has sido tú quien lo ha hecho todo —responde Rex.

En algún lugar se oyen golpes y Rex se da media vuelta, pero el oscuro pasillo está tranquilo y la puerta de su suite permanece cerrada. El cañón de la escopeta raspa la pared y Rex lo levanta un poco. En ese mismo instante siente un dolor de cabeza tan fuerte que tiene que detenerse.

—¿Qué pasa? —murmura Sammy.

—Nada, dame solo un segundo —contesta Rex.

—¿Qué vamos a hacer?

—Nos largaremos de aquí... Deja que te vea —dice, y le hace ponerse bajo la luz de un aplique—. Tal vez te quede una pequeña cicatriz...

—En mi bonita cara —bromea Sammy.

—Sí.

—Pues tendrías que verte tú, papá.

Rex vuelve la vista hacia el pasillo de nuevo y ve que una de las puertas que han pasado está entornada.

Rex y Sammy se dirigen hacia el vestíbulo en silencio. La gruesa moqueta amortigua sus pasos. Los dibujos del papel pintado se oscurecen entre los óvalos de luz de las lámparas de pared. Rex comprueba el seguro y se coloca la escopeta bajo el brazo.

—He pensado en lo que dijiste el otro día, eso de que tenemos derecho a ser débiles —dice Rex—. Estoy de acuerdo, quiero decir... si yo hubiera podido decirme eso a mí mismo entonces tal vez no habría tenido que pasarme la vida borracho, y quizá no te habría perdido.

Llegan al vestíbulo. Allí no hay nadie. Uno de los ordenadores está en el suelo. La lluvia golpea con fuerza los ventanales oscuros. Los canalones están desbordados y fuera el agua salpica el pavimento.

—*Ten little rabbits, all dressed in white* —se oye de repente decir a un niño—. *Tried to go to Heaven on the end of a kite.*

Rex y Sammy se dan media vuelta y descubren un viejo radiocasete encima de una mesa.

—*Kite string got broken* —prosigue la voz infantil—. *Down they all fell. Instead of going to Heaven, they went to...*

—¿Qué está pasando? —susurra Sammy.

Rex reconoce la canción de cuna de la llamada telefónica al restaurante, se aproxima a la mesa y ve que las teclas del radiocasete están manchadas de sangre.

—*Nine little rabbits, all dressed in white, tried to go to Heaven on the end of a kite...*

—Ve hacia la entrada principal —dice Rex muy nervioso.



—Papá —dice Sammy.

—Baja a la carretera principal, y continúa hacia la derecha —grita Rex.

—¡Papá!

Rex se da la vuelta y ve acercarse a James Gyllenborg a toda prisa por el pasillo de las habitaciones. Lleva un cuchillo de caza en la mano, su ropa está manchada de vino y respira con la boca abierta como si tuviera rota la nariz.

—*Eight little rabbits, all dressed in white* —prosigue la voz del radiocasete.

James llega al vestíbulo, mira el cuchillo en su mano y continúa hacia Rex. Se pasa la mano libre por la boca y bordea un sillón.

—¡Tranquilo, James! —exclama Rex, y alza la escopeta.

James se detiene y escupe saliva ensangrentada en el suelo. Rex retrocede y pone el dedo en el gatillo.

—¡Eres solo un idiota! —grita James, y extiende el brazo con el cuchillo.

Suena un chasquido y una de las piernas de James se rompe por la rodilla. La sangre salpica el suelo y el hombre se desploma. Curvando el cuerpo hacia atrás, casi como un muelle, y gritando de dolor.

Rex tarda apenas unos momentos en comprender qué está pasando.

DJ está en la escalera que conduce al spa con una pistola con silenciador en la mano.

Ha ensartado una decena de orejas de conejo en una cinta de cuero y la lleva atada alrededor de la cabeza.

Cuando entra en el vestíbulo, Rex ve que tiene los pantalones manchados de sangre hasta los muslos. Lanza una cuerda recubierta de goma negra al suelo y se guarda la pistola en una cartuchera que lleva bajo la chaqueta.

DJ se detiene, cierra los ojos y luego se da una palmada en la mejilla, por encima de una oreja de conejo cortada.

James grita e intenta arrastrarse hacia el pasillo.

DJ lo observa y después se acerca a Rex, le quita la escopeta, la descarga y la deja encima de la mesa del salón junto a los otros rifles.

—*Six little rabbits, all dressed in white, tried to go to Heaven on the end of a*

*kite*... —dice la voz infantil del radiocasete.

James está tendido en el suelo, jadeando. Un charco de sangre se extiende debajo de la pierna destrozada por el disparo.

—Tenemos que vendarle la herida —le dice Rex a DJ—. Se morirá si no...

DJ agarra a James por la otra pierna y lo arrastra hasta el comedor. Rex y Sammy lo siguen entre las mesas tan primorosamente puestas. James se golpea con una de ellas y hace caer el candelabro.

DJ empuja a James bocabajo, le pone una rodilla entre los omóplatos, le ata los brazos a la espalda con una brida y le mete una servilleta de lino en la boca.

Con movimientos metódicos, acerca una silla, recoge la cuerda negra del suelo y la pasa por el mismo gancho del que cuelga la araña de cristal.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Rex.

DJ ignora la pregunta. Hace un lazo y se lo pasa por la cabeza a James. Tira de la cuerda, le da una vuelta alrededor de una columna y después empieza a izarlo por el cuello.

El peso de James desplaza la araña a un lado, los pequeños prismas de cristal se agitan con sus pataleos. A través de la servilleta de lino se oyen sus gemidos de miedo y pánico. Algunos prismas se desprenden y caen al suelo.

—Ya basta —dice Rex, y se acerca e intenta levantar a James.

DJ enrolla la cuerda varias veces alrededor de la columna, hace un nudo y aparta a Rex de un empujón.

James se balancea hacia un lado pataleando.

Los cristales tintinean encima de él.

DJ observa a James mientras gira lentamente, después empuja la silla hacia él, y se queda mirando mientras se apoya con su pierna sana y lucha por mantener el equilibrio.

En el vestíbulo, la canción de cuna del radiocasete llega al último verso sobre un solo conejo que cae al infierno. DJ mira el reloj, se acerca y afloja un poco el nudo. James trata de respirar por la nariz rota, le corren lágrimas por las mejillas y le tiembla todo el cuerpo.

—Si te caes o te desmayas, morirás —dice DJ con tranquilidad.

—¿Estás loco? ¿Qué cojones estás haciendo? —pregunta Rex.

—Todavía no lo has entendido —dice DJ con voz apagada—. Todos los demás lo han entendido, pero tú no.

—Papá, vámonos —dice Sammy, e intenta llevárselo.

—¿Qué es lo que no entiendo? —pregunta Rex, y traga saliva.

—Que también te mataré a ti —responde DJ—. Tan pronto como haya acabado con James, entonces yo... creo que a ti te rajaré la espalda y te sacaré los omóplatos.

DJ le enseña una vieja fotografía de Grace de sus primeros años en la escuela. El papel fotográfico tiene un pliegue blanco justo encima de su rostro sonriente.

—Es mi madre.

—¿Grace?

—Sí.

—Me acabo de enterar de que la violaron —dice Rex—. James me lo ha contado.

—Papá, vámonos ya —insiste Sammy en voz baja.

—Tú participaste —sonríe DJ, y se tambalea.

—No, no lo hice —dice Rex.

—¿Sabes? Todos han dicho exactamente lo mismo antes de...

—No soy un santo —lo interrumpe Rex—. He hecho muchas cosas de las que me arrepiento, pero nunca he violado a nadie. Yo estaba...

Un fuerte ruido proveniente del vestíbulo lo interrumpe. Todos permanecen en silencio y vuelven a oírse los golpes.

El Cazador está completamente quieto con la mirada clavada en la puerta del vestíbulo y siente la fría adrenalina correr por su cuerpo.

Con el aumento del ritmo cardíaco, el cansancio aparece como un viento cálido y comprende que hoy se ha olvidado de tomar el Modiodal.

No es seguro que lo necesite, pero un fuerte ataque de narcolepsia podría arruinarlo todo.

Solo tiene que mantener la calma.

Como a través de una pared, oye decir a Rex que tienen que quitarle la cuerda del cuello a James.

El Cazador abre los ojos y sus miradas se cruzan.

Desde un primer momento decidió quién sería el último en morir. Rex estará solo frente al devastado campo de batalla, verá al vengador ir hacia él y se pondrá de rodillas ante su destino.

El comedor está en silencio.

Rex retrocede con Sammy. James siente tanto dolor que está a punto de perder el conocimiento.

Cuando golpean la puerta por tercera vez, el Cazador siente un chasquido en su cabeza y ve cómo la puerta del establo se abre con el viento y la nieve forma remolinos por el suelo.

Su madre llora como una niña asustada y retrocede con el cuchillo de carnicero contra su propio cuello.

Habían pasado una noche entera de tormenta y su madre estaba cada vez más asustada, no sabía qué hacer, estuvo mucho rato sentada tapándose los oídos con las manos y apretando los ojos con fuerza, y después se puso violenta y empezó

a arrojar despojos contra la puerta, y cuando él se echó a llorar lo amenazó con estrangularlo.

Sabe que debe evitar que las aceradas imágenes del recuerdo ocupen demasiado espacio para no empezar a parecerse a su madre, para no abrir demasiado la puerta a la psicosis.

Cuando era un niño, compartió la enfermedad de su madre, pero él no estaba enfermo. No tenía otra alternativa, y eso no es síntoma de psicosis, se recuerda a sí mismo.

Para ella la violación suplantó la realidad presente, el miedo a los conejos se convirtió en una fobia, y el pánico pactó unas terribles alianzas con el recuerdo.

Vuelven a llamar a la puerta con fuerza.

El Cazador se oye a sí mismo empezar a hablar y dar órdenes, pero se siente como en un mundo distante, una vieja película documental parpadeante, una grabación de una zona de guerra.

Le da una patada a la silla y ve cómo el cuerpo de James se sacude. Se quita las orejas de conejo, luego sale y cierra la puerta del comedor y arrastra la alfombra encima de las manchas de sangre en el suelo.

Van a la recepción. DJ se lleva a Sammy detrás del mostrador mientras Rex se acerca a la entrada para abrir la puerta.

La lluvia golpea las negras ventanas, corre por los cristales, cae a raudales del tejado.

En el exterior una figura se vislumbra bajo la lluvia.

DJ deja las orejas de conejo en un cajón, entre bolígrafos y clips. Saca la pistola, tira de la corredera y oculta el arma detrás del mostrador.

Rex descorre el cerrojo y deja entrar a un hombre alto con un bidón de gasolina en la mano. El viento hace que la lluvia caiga sobre el suelo del vestíbulo antes de que Rex pueda cerrar la puerta.

DJ observa el rostro del extraño y sus movimientos cansados.

Su cabello rubio está pegado a sus mejillas húmedas. La ropa está empapada y los zapatos y las perneras están embarrados.

DJ no oye lo que le dice a Rex, pero ve cómo deja el bidón de gasolina sobre la alfombra y continúa hacia el mostrador de recepción.

—El hotel está cerrado —dice DJ, mirando a los extraños ojos grises del desconocido.

—Lo entiendo, pero me he quedado sin gasolina en la E-10 y vi luz —explica el hombre con acento finlandés.

DJ posa su mano izquierda sobre el hombro de Sammy y con la otra mantiene la pistola oculta detrás del mostrador. Dispara igual de bien con ambas manos y no necesita pensar siquiera cuando se cambia el arma entre ellas.

DJ es consciente de que existe una posibilidad de que el extraño sea un policía.

Podría ser, aun cuando no es probable.

No puede permitir que una desconfianza irracional determine sus movimientos en los próximos minutos.

Nadie puede haber descubierto que están allí en tan poco tiempo y un policía nunca iría solo tras él.

DJ observa cómo la ropa mojada se ciñe a sus brazos y torso cuando el desconocido se aparta el agua de las cejas y está absolutamente seguro de que no lleva chaleco antibalas.

Pero todavía puede llevar una pistola oculta en la manga del brazo izquierdo o alrededor de un tobillo.

Lo más probable es que este hombre no tenga ni idea de en qué se ha metido por quedarse sin gasolina.

—Te habríamos ayudado con gusto, pero esta es una reunión privada —dice DJ, y deja que el arma cambie de mano bajo el mostrador—. No hay empleados aquí, y tampoco los teléfonos funcionan.

Joona se encuentra delante del mostrador de recepción como si fuera a registrarse. Sabe que Rex lo ha reconocido, pero lo ha tratado como a un extraño.

David Jordan tiene pequeñas salpicaduras de sangre en la frente y lo observa con una mirada extrañamente acuosa.

Lo más probable es que esté tratando de decidir si Joona es una amenaza para sus planes o si se marchará enseguida.

Joona se aparta el pelo mojado de la cara, siente cómo las gotas corren por su espalda y coloca ambas manos encima del mostrador.

En cuanto llegó al aeropuerto de Kiruna recibió una llamada de Jeanette Fleming, la psicóloga de interrogatorios. No podía darle ninguna dirección, pero confirmó que Sammy y Rex habían ido a Kiruna y después reprodujo las palabras de Nico cuando dijo que Rex intentaba convertir a su hijo en hetero obligándolo a disparar contra renos enjaulados.

Mientras Joona alquilaba un coche y empezaba a conducir, Anja encontró el único coto de caza vallado con renos salvajes de toda Kiruna. Descubrió que el hotel que se encontraba en el coto había sido alquilado durante ese fin de semana y le pidió que por favor, por favor, esperara refuerzos del distrito policial del norte de Laponia.

—Sentimos no poder ayudarte —dice David Jordan dando por finalizada la conversación.

Joona sabe que la mayor parte del adiestramiento de los soldados de élite en la lucha cuerpo a cuerpo se basa en la inferioridad del oponente, tanto en lo que respecta al equipo como al entrenamiento.

Por lo general, es así.

Sus técnicas son muy eficaces, pero al mismo tiempo hay una inconfundible arrogancia en todo lo que hacen.

—Por lo menos habrá un teléfono móvil —dice Jooná con amabilidad.

—Tendría que haberlo, pero hemos tenido un poco de mala suerte con todos los equipamientos técnicos y estamos aislados hasta que nos vengán a buscar mañana.

—Entiendo —dice Jooná—, pero ¿dónde creéis que puedo encontrar un teléfono? ¿Es Björkliden el pueblo más cercano?

—Sí —responde DJ lacónico.

Al entrar, Jooná vio cuatro escopetas encima de una mesa delante de la chimenea, lo que seguramente significa que por lo menos falta una persona.

Tanto Rex como su hijo muestran señales de haber sido golpeados, pero, aparte de algunas magulladuras en el rostro, no parecen estar heridos.

Un ordenador está tirado en el suelo y la alfombra que hay ante la puerta cerrada del comedor está torcida.

—¿Ha habido alguna pelea? —pregunta Jooná, y señala el ordenador con el pie.

—Ahora vete —dice DJ en voz baja.

David Jordan estaba de pie con la mano izquierda sobre el hombro de Sammy cuando Jooná entró, pero después apartó el libro de registro con la mano derecha.

Ambos movimientos eran totalmente innecesarios.

Probablemente quiere que Jooná piense que no tiene un arma debajo del mostrador, para comprobar si es el primer policía en llegar al lugar.

Pero Jooná sabe que el asesino es ambidiestro, y también que se encuentra en medio de una situación con rehenes.

Sin duda, el asesino tiene tiempo de disparar a Rex y a Sammy antes de que Jooná pueda meter la mano bajo su chaqueta mojada y sacar la pistola de la cartuchera.



Sabe que tiene que esperar, aun cuando eso pueda significar pérdidas, y piensa, de repente, en cuando el teniente Rinus Advocaat citó a Wei Liao-Tzu antes de la primera sesión de lucha no convencional cuerpo a cuerpo.

El equilibrio táctico del poder se encuentra en los extremos del Tao, dijo con su falta de alegría habitual. Si tienes algo, simula no tenerlo; si te falta algo, aparenta tenerlo.

Todos los niños conocen ese principio, pero se necesita una gran fuerza de voluntad para seguirlo en una situación extrema donde lo natural para un policía es sacar su arma.

Sin embargo, ahora este juego extremo es la única posibilidad que tiene Jooná de salvar la vida de los rehenes.

Como todos los asesinos itinerantes, David Jordan tiene un plan elaborado que le gustaría seguir por encima de todo.

Si creyera que Jooná era un policía o llevaba un arma le habría disparado enseguida. Es la única opción racional, incluso si eso afecta a su plan. Pero si Jooná solo es una persona que se ha quedado sin gasolina es mejor esperar y dejar que se vaya.

El asesino ha intentado varias veces mostrar a Jooná que no está armado para obligarle a actuar. Probablemente ya ha empezado a abandonar la idea de que Jooná es un policía y va armado.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunta Jooná.

—Cazar.

Por cada segundo que permanece allí, la situación se vuelve más peligrosa, pero mientras simule que no tiene una pistola existe la posibilidad de que pueda separar a Rex y a Sammy del asesino.

—Me voy, pero... se me acaba de ocurrir una cosa —dice Jooná, y sonrío—. Seguro que aquí tiene que haber un garaje con motos de nieve.

—Debería —contesta Rex, y se acerca al mostrador.

—Si lo hay, podría coger un poco de gasolina... la pagaré, por supuesto —asegura Jooná, y se desabrocha un botón de la chaqueta.

—Solo tenemos las llaves de la puerta principal, y no sirven para el cobertizo o el anexo —responde David Jordan con voz exasperada.

—Entiendo —asiente Jooná—. Gracias, de todas formas.

Le da la espalda a David Jordan, se desabrocha el último botón y empieza a andar hacia la salida.

—¿No quieres esperar hasta que la lluvia amaine un poco? —pregunta Rex detrás de él.

—Muy amable de tu parte.

Se da media vuelta y ve que Sammy ha empezado a temblar y que David Jordan cierra los ojos durante demasiado tiempo.

Espera, espera, le da tiempo a pensar a Jooná.

David Jordan se mueve rápido como el rayo y, sin embargo, parece como si estuviera moviendo el brazo a través de una corriente de agua cuando alza la pistola y aprieta el gatillo.

Al hacerlo, se libera el diente de escape y la ignición de los gases de la pólvora impulsa la bala hacia delante por la recámara y el cañón.

La sangre salpica detrás de Rex cuando la bala le atraviesa el abdomen.

David Jordan ya ha dirigido el arma hacia Jooná y sale de detrás del mostrador sin perder ni un segundo la línea de tiro.

Tiene los dos ojos abiertos y abarca con la vista toda la sala mientras se mueve. Rex parece confuso y se tambalea hacia atrás con una mano sobre la barriga ensangrentada.

—¡Papá! —grita Sammy.

Jooná se obliga a no llevarse la mano bajo la chaqueta. David Jordan lo apunta al pecho y tiene el dedo en el gatillo.

Llega hasta donde está Rex, lo sujeta del pelo por detrás y lo golpea en la corva para hacerle caer de rodillas sin perder a Jooná de vista.

—Tú no tienes nada que ver en esto —le dice a Jooná—. Si no te metes, sobrevivirás.

Jooná asiente y extiende ambas manos.

—Llévate a mi hijo de aquí —jadea Rex hacia Jooná—. Esto es solo entre nosotros dos, lo mejor será que lo acabemos sin que nadie nos moleste.

David Jordan toma aliento, aprieta el cañón del silenciador contra la sien de Rex y cierra los ojos de nuevo. Jooná alarga la mano y agarra a Sammy del antebrazo. Se lo lleva hacia la puerta con cuidado. Pasan junto a la mesa con las escopetas y la oscura chimenea. David Jordan alza la vista hacia ellos. Parece como si casi no pudiera mantenerse despierto a pesar de que los nudillos de la mano que sujeta la pistola se están poniendo blancos.

Jooná llega a la puerta principal y presiona la manija con cuidado. Los ojos del asesino comienzan a cerrarse de nuevo entre temblores.

—Sammy, te quiero —dice Rex a su hijo.

David Jordan abre los ojos de golpe y alza el arma hacia ellos. Jooná aparta a Sammy de un tirón justo cuando la bala impacta en el cristal junto a ellos.

Salen trastabillando a la lluvia y el viento huracanado, Sammy se cae al suelo y la puerta acristalada se cierra con tal fuerza a causa del viento que el vidrio se rompe.

Jooná levanta a Sammy y a través de los trozos de cristal ve que David Jordan corre por el vestíbulo con el arma levantada.

—¡Tenemos que escondernos! —grita a través del fuerte viento, y se lleva al muchacho hacia un lado.

El agua cae como una cascada del tejado, desborda los canalones y brota como espuma de las alcantarillas.

—¡Papá! —grita Sammy.

Jooná se lleva a Sammy más allá de las rocas que bordean la entrada y se adentran entre los arbustos. Tropiezan con el bordillo y se escurren por una pendiente empapada, y la tierra suelta y las piedrecillas caen con ellos por la cuesta.

Sammy gime cuando unos tupidos abedules frenan su caída.

Jooná ya está de pie y aleja a Sammy a toda prisa del edificio. La lluvia retumba sobre ellos y el agua cae por nuevos torrentes y arrastra a su paso tierra

y hojas.

Se ocultan detrás de una roca y oyen a David Jordan llamarlos.

—¡Sammy! —grita David Jordan mientras camina por el borde asfaltado—.

Tu padre se está muriendo, te necesita.

El muchacho respira demasiado deprisa e intenta sentarse. Jooná le obliga a permanecer agachado y ve que sus ojos se dilatan a causa del shock.

—Tengo que hablar con mi padre...

—Baja la voz —susurra Jooná.

—Él cree que no me importa, pero sí me importa, tiene que saberlo —murmura.

—Ya lo sabe —dice Jooná.

La lluvia resplandece a través de la luz de las ventanas, y una silueta se agita fugazmente al pasar ante una de ellas. Se desprenden pequeñas piedras por donde avanza DJ y Sammy se sobresalta cuando estas caen al suelo delante de ellos.

Pero de repente cesan los pasos.

David Jordan se ha detenido y está completamente inmóvil, escuchando. Está esperando a que se descubran y empiecen a correr como conejos.

Saga lo intenta hasta el final, pero no consigue despertar a Grace antes de que el médico llegue a la habitación para hacer la ronda. Ella abre la puerta y sale, evitando al personal sanitario vestido de blanco, se dirige hacia la sala de día y se sirve estresada una taza de café.

Una mujer de mediana edad con bonitos ojos verdes la mira fijamente y niega con la cabeza.

—No es horario de visitas —murmura, y empieza a desmigalar un bollo sobre su regazo.

Saga bebe el café aguado, deja la taza y mira la fotografía de David Jordan vestido de militar. Se parece un poco a Rex Müller en los ojos y los pómulos, pero no son especialmente parecidos.

Coge la taza de nuevo, bebe otro sorbo, da una vuelta por la sala, mira al pasillo y ve al personal abandonar la habitación de Grace y llamar a la puerta siguiente.

Saga espera unos segundos más y vuelve a toda prisa, entra y cierra la puerta con cuidado, se acerca a Grace y le da unas palmaditas en la mejilla.

—Despierte —susurra.

Los párpados tiemblan, pero permanecen cerrados. Saga oye que ahora la respiración es más tranquila y vuelve a darle una palmadita en la mejilla.

—¿Grace?

Poco a poco, la mujer abre los pesados párpados, pestañea y mira sorprendida a Saga.

—Me he dormido —murmura, y se humedece los labios.

—Luego podrá seguir durmiendo, pero necesito saber por qué está tan segura

de que Rex es el padre de su hijo si él no...

—Porque he visto las pruebas de ADN —la interrumpe Grace, e intenta sentarse en la cama.

—No hubo investigación —objeta Saga—. No le hicieron ninguna prueba, ¿no lo recuerda? Dijo que la habían atropellado... nunca habló de la violación.

—Me refiero al test de paternidad —responde.

Saga mira sorprendida a Grace, se sienta en el borde de la cama y de repente comprende lo que sucedió hace treinta años.

—Estuvo con Rex antes de la violación, ¿verdad?

—Era una tonta, estaba enamorada...

—Pero... ¿mantuvieron relaciones sexuales?

—Solo nos besamos —dice Grace, y mira desorientada a Saga.

—¿Eso fue todo?

Grace juguetea con el camisón con la mirada gacha.

—Bueno, lo hicimos en el prado detrás de la escuela... Pero paramos antes de... ya sabe, para evitar...

—No siempre funciona, supongo que lo sabe.

—Pero...

Grace se lleva la manga del camisón a la cara y se seca las mejillas y debajo de la nariz.

—Ahora escuche —dice Saga—. Rex estuvo encerrado en el establo durante la violación... Si él es el padre de su hijo, entonces tuvo que quedarse embarazada antes.

Una expresión de reconocimiento cruza por un instante el rostro de Grace.

—¿Está segura de que estaba encerrado en el establo? —pregunta.

—Sí, lo estoy... Los otros lo golpearon y lo encerraron, él nunca supo qué pasó.

—¡Dios mío! —susurra ella, y las lágrimas comienzan a correr por sus mejillas.

Grace se tumba en la cama, la boca se abre, pero no consigue articular

palabra.

—¿Tiene un teléfono? —pregunta Saga, y le acaricia la mano.

Se rompe el cristal de una ventana en algún lugar del edificio y la alarma comienza a sonar en el pasillo. Saga ve acercarse a un guardia por el sendero de Oak Lodge.

—Grace —repite—. Tengo que saber si tiene un teléfono.

—No nos dejan tenerlo —responde Grace.

Algo golpea con fuerza el suelo en una habitación contigua y el cuadro que cuelga de la pared encima de la cama se balancea.

—No es hora de visitas —grita una mujer con la voz rota a través de la pared—. No es hora de visitas.

Saga abandona la habitación y se dirige hacia la salida por el pasillo a toda prisa cuando un guardia corpulento llega corriendo por la esquina con las llaves tintineando. Se detiene al verla, respira con dificultad y saca la pistola eléctrica del cinturón.

Ella continúa hacia él decidida, arranca un extintor rojo de la pared y se acerca a grandes zancadas.

El guardia la mira fijamente, le quita el seguro al arma y va hacia ella.

El pesado extintor cuelga de una mano de Saga, lo levanta agarrándolo con los dos y avanza con rapidez.

—Necesito un teléfono —dice, y golpea con la base del extintor en el pecho del guardia.

El hombre gime cuando nota que se queda sin aire y se tambalea hacia atrás a causa del impacto. Está buscando a tientas apoyo en la pared cuando ella lo golpea de nuevo con el extintor en el pecho.

El guardia está a punto de caer, pierde la pistola eléctrica, y al agitar las manos tira un cuadro que ha pintado algún antiguo paciente.

Saga lo sigue, lanza una patada baja contra la pantorrilla por detrás de la pierna, de forma que el hombre pierde el equilibrio, golpeándose el hombro contra la pared y aterrizando de culo.

—¡Joder! —exclama el guardia, y la mira desconcertado.

Saga deja caer el extintor al suelo, se aproxima a él, sujeta su cabeza con ambas manos y le golpea el rostro con la rodilla derecha. Suena un chasquido, el sudor salpica hasta el techo y la cabeza se mueve hacia atrás. El enorme cuerpo la sigue y cae desplomado al suelo. El hombre queda tumbado de espaldas con los brazos abiertos y la boca ensangrentada.

—Sí que es difícil que le dejen a una un teléfono —murmura Saga mientras toma aliento.



DJ vuelve adentro, pasa a través de la puerta destrozada, grita algo y arroja la pistola contra la pared. El arma cae hecha pedazos y los fragmentos quedan desparramados por el suelo y debajo de los muebles del vestíbulo.

Rex yace de lado y apenas puede respirar. El estómago le quema y cada movimiento le duele tanto que tiene que hacer un gran esfuerzo para no desmayarse.

—¿Qué ha pasado ahí fuera? —pregunta respirando con rapidez.

Intenta incorporarse, pero se tambalea hacia delante, las piernas ceden y cae de rodillas. Aprieta la mano contra la herida de bala. El campo de visión se estrecha durante unos segundos y después ve que DJ se ha puesto de nuevo la cinta de cuero con las orejas de conejo y se dirige hacia él con un cuchillo negro en la mano. Las orejas cortadas se balancean a cada paso que da.

—Sammy es solo un niño —jadea Rex.

El dolor y la conmoción son tan intensos que apenas se da cuenta de lo que pasa. DJ lo empuja hacia delante y él se apoya en ambas manos, y después siente que le acuchilla en la espalda.

Los brazos se doblan y cae contra el suelo.

—No puedes... —gime cuando DJ lo obliga a ponerse de pie de nuevo.

Rex no tiene ni idea de lo profunda que es la herida de la espalda, el miedo a que Sammy esté muerto supera todo lo demás. DJ lo empuja delante de él, a través de la puerta rota, y lo obliga a salir a la lluvia.

Rex busca aterrado con la mirada el cuerpo de Sammy en el camino hacia la iglesia.

Llueve a cántaros sobre él, la ropa está empapada y fría, se sujeta con ambas

manos el estómago y siente la sangre caliente correr entre sus dedos.

El fuerte chaparrón cae sobre la carretera de gravilla en franjas de espuma.

DJ lo empuja hacia delante, y él da un par de pasos con una vertiginosa sensación de cansancio. Todo se mueve a su alrededor, como si alguien intentara tirar del mundo bajo sus pies.

—¡Sammy! —grita DJ bajo la lluvia.

Rex empieza a llorar de alivio cuando comprende que Sammy ha escapado, que DJ lo ha perdido en la oscuridad.

—¡Sammy! —brama DJ, y se aparta las orejas del rostro—. ¡Ven a ver a tu padre ahora!

Rex se tambalea hacia delante y trata de decir algo, pero apenas tose sangre.

—Llama a Sammy —dice DJ—. Dile que salga, que lo quieres, di que todo irá bien si...

Rex se detiene entre jadeos en el cruce. No piensa seguir participando en esto. DJ se pone delante de él y lo golpea con furia en la cara con el mango del cuchillo. Rex se tambalea pero consigue mantener el equilibrio y alzar el mentón.

—Llama a Sammy —dice DJ amenazante.

—Nunca —jadea Rex.

La lluvia azota tronando por el aire como velas rotas y los charcos parecen bullir. Abajo en el valle, la vieja iglesia pintada de rojo parece un trozo de madera ensangrentado en medio de las cruces blancas del cementerio de peones ferroviarios.

—Entiendo —grita Rex—. Entiendo que creas...

—Cállate —brama DJ.

—Yo no violé...

—Te voy a degollar —grita DJ.

Más abajo, en la E-10, se ve el resplandor azul e irreal de los coches de policía que se aproximan al ramal de la carretera que conduce al hotel.

—¡Sammy! —grita DJ.

Rex cree que Sammy se salvará si se mantiene escondido.

—¡Sigue andando! —ordena DJ.

Rex lo mira a los ojos y después se deja caer de rodillas en medio del cruce. Ya es suficiente.

DJ quiere obligarlo a ponerse de pie, lo golpea en la mejilla y le grita que continúe. Rex se queda de rodillas. Ya ni siquiera le duele como antes. DJ tira de él y se tambalea, pero no se pone de pie.

Cierra los ojos y los vuelve a abrir pensando que aquello es el fin, cuando ve una figura en la distancia bajo la lluvia. Alguien se acerca por el camino de gravilla en dirección al cruce.

Joonah ha salido al camino de gravilla. Camina bajo la lluvia hacia las dos figuras del cruce. Todo el suelo parece temblar. Sabía que tenía diecinueve minutos exactos para salvar a Rex desde el instante en que la bala le alcanzó en el estómago.

El asesino ha seguido siempre el mismo patrón.

Quedan dos minutos.

Joonah sabía que le daría tiempo a sacar a Sammy de allí y regresar antes de que David Jordan decidiera que había llegado el momento de ejecutar finalmente a Rex.

La lluvia corre por sus cejas y le cuesta ver con claridad. La pistola se balancea en la cartuchera por debajo de la chaqueta empapada. Todavía no le ha revelado al asesino que está armado.

El Cazador agarra a Rex del pelo y tira de su cabeza hacia atrás, pero deja que el cuchillo repose en su hombro. Mira fijamente al hombre que se acerca sin acabar de entender qué quiere. ¿Por qué regresa? Tiene que entender la gravedad de la situación, debería hacer todo lo posible por mantenerse alejado.

Los vehículos de emergencias llegarán en cinco minutos.

Eso está bien.

Le da tiempo a hacer lo que debe, no hay nada más importante, piensa, y mira el reloj.

La sincronización es perfecta.

Rex engendró a su propia némesis en la violación: en el instante exacto del crimen, dos células se funden y comienzan una vida que crece en el útero de Grace, ese feto que la acompaña a Chicago, ese niño que nació en secreto y se convirtió en un cazador que treinta años después regresa y castiga al criminal.

El extraño se acerca a grandes zancadas por el camino.

Está diluviando y la lluvia azota los arbustos y los vence hacia el suelo. El agua corre veloz sobre el camino como una membrana de oscuro cristal.

El Cazador mueve sin prisa la hoja hacia la garganta de Rex y ve cómo el hombre alto parece relajarse en medio de un paso, se desabrocha el último botón de la chaqueta, introduce la mano, saca una pistola y la alza en un solo movimiento suave y concentrado.

El Cazador no tiene tiempo de reaccionar, es como si no lo comprendiera, como si no pudiera aceptar que aquello está sucediendo.

Joona camina bajo la lluvia a grandes zancadas mientras apunta y le dispara tres tiros a David Jordan en el pecho.

El retroceso empuja hacia atrás y el resplandor blanco de las llamaradas del cañón brilla bajo la luz gris como una pequeña explosión. Los gases de la pólvora se diluyen en la lluvia vaporosa y los cartuchos caen tintineando al camino de gravilla.

David Jordan se tambalea hacia atrás debido a la fuerza de los impactos y se desploma pesadamente en el suelo. Las detonaciones de los tres disparos resuenan con un eco sordo entre las laderas de las montañas.

Joona da los últimos pasos apuntando con la pistola al rostro del asesino y

aparta el cuchillo de una patada. Lluve de manera torrencial sobre ellos y el agua borbotea en el suelo. David Jordan yace de espaldas y lo mira fijamente.

—Has tenido una pistola todo el tiempo —dice sorprendido.

Joona ve que los tres orificios de entrada se encuentran junto a los músculos del pecho y sabe que a David Jordan no le quedan más que un par de minutos de vida.

No hay posibilidad alguna de salvarlo.

El agua fluye a lo largo de los surcos del camino y se lleva la sangre consigo.

Joona tiene el cañón de la pistola pegado a la frente de David Jordan y le registra rápidamente la ropa antes de ponerse de pie y enfundar el arma.

David Jordan tose sangre sobre su barba y mira fijamente al cielo oscuro. La lluvia al caer le produce la extraña sensación de estar viajando a toda velocidad hacia arriba.

Rex sigue de rodillas, en medio del cruce. Al principio no quiere tenderse cuando Joona intenta ayudarlo.

—Sammy —jadea.

—Está a salvo —dice Joona, y hace que Rex se tumbe de lado con cuidado.

Rex tiene los labios blancos y tiembla de arriba abajo como si tuviera mucha fiebre. Joona desgarró su camisa y ve la sangre brotar a través del orificio de entrada en el abdomen de Rex. Lo más probable es que le haya alcanzado en un riñón. Siente mucho dolor y está a punto de sufrir un shock circulatorio.

Su teléfono suena y Joona ve que se trata de Saga. Responde y dice que ahora no puede hablar.

—Esto es importante —dice Saga—. He hablado con Grace de nuevo y me he enterado de que Rex es el padre de David Jordan.

—Pero él no participó en la violación —apunta Joona.

David Jordan yace de espaldas con la boca abierta, pero los ojos aún parpadean cuando las gotas de lluvia caen sobre ellos.

Los primeros vehículos de emergencias llegan a la pequeña iglesia. Las luces azules barren la madera rojo oscuro a través de la lluvia.

Joona conecta el altavoz y deja el teléfono encima de una de las piedras redondas que marcan el borde del camino.

—¿Oyes lo que estoy diciendo? —continúa Saga.

—Sí —contesta Joona mientras ayuda a Rex a levantar las rodillas un poco para reducir la presión en la cavidad abdominal llena de sangre.

—Ahora tal vez ya no tenga ninguna importancia —dice ella—. Pero David Jordan no fue fruto de una violación como ellos creían... en realidad fue fruto del amor.

Saga sigue hablando, pero el sonido del teléfono crepita y se desvanece, y la voz se extingue cuando la pantalla se apaga.

Rex intenta girar la cabeza para ver a DJ, pero no tiene fuerzas. Su sangre corre entre los dedos de Joona y cae al camino de gravilla.

Los policías y el personal de las ambulancias corren el último tramo del camino.

DJ deja de respirar. Tiene el rostro muy tranquilo. Tal vez alcanzó a oír las palabras de Saga antes de morir, tal vez comprendió lo que ella dijo.

Joona Linna se pone de pie y comienza a bajar la cuesta mientras ve que Sammy sigue a su padre hasta la ambulancia. La lluvia de color piedra se precipita sobre el valle y el gran lago. Todo el paisaje está tallado en gris y plata.

## Epílogo

Rex se aproxima al borde de la piscina y observa el vaho que flota sobre el agua de color azul claro. Alza la mirada y ve las polillas revolotear alrededor de las farolas del exuberante jardín.

Se oye el crepitar de la grasa que gotea sobre el carbón y crea pequeñas llamas alrededor de los gruesos filetes en la rejilla de la parrilla.

Sammy ha puesto la mesa larga de la terraza y en este momento está ocupado inflando un gran conejo de baño rosa. Veronica está sentada más allá en una hamaca y bebe vino tinto junto a Umaru, a quien conoció en Sierra Leona. La hija de nueve años de Umaru sale por las puertas abiertas del porche con una fuente de ensalada.

Rex acompañó el cuerpo de David Jordan hasta Chicago, estuvo sentado al lado de Grace durante el funeral y sujetó su mano. Ella había tomado tantos calmantes que tuvo que ayudarla en la iglesia. Cuando salían después de la corta ceremonia la oyó susurrar, una y otra vez: «Lo siento».

Rex se acerca a la parrilla y da la vuelta a los filetes, comprueba que la superficie asada esté perfecta y bebe un poco de agua mineral de una botella antes de añadir unos filetes de soja para Sammy. Está pensando en ir a buscar el pastel de alcachofas y patatas gratinadas a la cocina cuando suena el teléfono.

—Rex —responde, y comprueba con las pinzas la consistencia de la carne.

—Hola, Rex, soy Edith —dice una voz clara.

—Hola —responde él pensativo.

—Nos conocimos cuando te dieron el premio al Chef de Chefs.

—Sí, lo sé, había pensado llamarte, pero...

—Estoy embarazada —dice ella.

—Enhorabuena —dice él sin pensarlo.

—Tú eres el padre.

Ya es de noche cuando Valeria recoge las manzanas y lleva las cestas a la fresquera. Sube a la casa, llena la bañera del piso de arriba y a continuación vierte un poco de aceite y unas gotas de perfume en el agua.

Se sumerge entre suspiros en el agua caliente, siente cómo los rígidos músculos se relajan y piensa que Jooná no devolvió el mensaje que le dejó en su buzón de voz.

Lo entiende, por supuesto. Lo había rechazado sin razón, por ser como es.

Siempre será un policía.

Valeria dejó pasar dos meses, pero no dejó de pensar en él, y la semana pasada se armó de valor, cogió el teléfono e hizo un último intento de contactar con él. Resulta que no había recibido su primer mensaje.

Sonríe para sí, cierra los ojos y escucha su propia respiración y las gotas que caen del grifo al baño, el ritmo tranquilo, el suave murmullo.

Por alguna razón, no puede recordar si ha cerrado la puerta del sótano antes, por la tarde.

No tiene ninguna importancia, pero suele hacerlo.

Está a punto de quedarse dormida, coloca un pie en el borde de la bañera, mira los oscilantes dibujos cuadrados del techo y después se pone de pie despacio para no marearse. Sale con cuidado de la bañera y empieza a secarse. Tiene la piel muy caliente y el espejo que hay encima del lavabo está empañado a causa del vaho.

Se escurre las puntas húmedas del cabello y cuelga la toalla, empuja la puerta del baño para abrirla, espera unos segundos, busca con la mirada fuera en el pasillo y observa las sombras inmóviles sobre el papel pintado.

Estos últimos días a veces ha sentido una desagradable presencia en la casa. No suele tener miedo a la oscuridad, pero de sus tiempos en la cárcel conserva



una cierta cautela.

Valeria sale del cuarto de baño, va desnuda por el pasillo y se quita las tiritas mojadas de las manos y los brazos. Anteayer estuvo limpiando la maleza de un enorme jardín en Saltsjöbaden. Había unas cuantas zarzamoras a lo largo del muro de piedra del jardín y las espinas de sus delgadas ramas traspasaron sus guantes.

Entra en el dormitorio, ve que, más allá del invernadero, las copas de los árboles todavía están más oscuras que el cielo, se acerca a la cómoda, abre el cajón superior, saca un par de bragas limpias y se las pone, se dirige al armario, toma el vestido amarillo y lo deja sobre la cama.

Algo resuena en el piso principal y sus movimientos se detienen de golpe, se queda completamente quieta y escucha, pero todo está en silencio.

No comprende qué puede haber sido.

Tal vez se ha caído al suelo la fotografía de su madre cuando el clavo al fin ha cedido.

Tal vez los platos se han movido en el fregadero porque el grifo ha estado goteando.

Esta noche Valeria ha invitado a Joonas a casa, cenarán juntos, y ha pensado preparar filetes de cordero especiados con cilantro siguiendo una receta que ha encontrado en el nuevo libro de cocina de Rex.

No le ha dicho a Joonas que puede quedarse a pasar la noche, y, sin embargo, ha preparado la cama del cuarto de invitados.

Se acerca a la ventana y comienza a bajar el estor cuando le parece ver a una persona junto a uno de los invernaderos.

Da un paso atrás de forma instintiva, se le escapa la cuerda y el estor cae de golpe.

Valeria apaga la lámpara de la mesilla de noche, se cubre los pechos con las manos y mira fuera.

Allí no hay nadie, pero está casi segura de lo que ha visto.

Un hombre delgado con el rostro arrugado la observaba completamente quieto

entre los delgados troncos de los árboles.

Como un espantapájaros en la oscura linde del bosque.

Era un esqueleto, resuena en su cabeza.

Un esqueleto enfundado en una parka verde, sosteniendo su vieja podadera en una mano.

Ahora solo ve el reflejo en los cristales del invernadero, los troncos, la hierba amarillenta y la carretilla oxidada.

Valeria vive sola en una casa en el campo, no puede tener miedo a la oscuridad.

Quizá se trataba de un cliente o un proveedor que deseaba preguntar algo, pero se ha retirado cuando la ha visto desnuda en la ventana.

Coge el teléfono de la mesilla de noche, pero se ha quedado sin batería.

Joona llegará dentro de una hora como mucho, tiene que empezar a cocinar y, sin embargo, siente que tiene que salir y echar un vistazo en el vivero.

Valeria se pone la bata raída y baja las escaleras, pero se detiene antes de llegar abajo. Nota una corriente fría en las piernas. Continúa bajando el último tramo con cuidado y siente un escalofrío al ver que la puerta de la calle está abierta.

—¿Hola? —grita con cuidado.

El viento ha impulsado algunas hojas de otoño mojadas hasta la alfombra del recibidor y el suelo de madera blanca. Valeria se pone las botas de agua sin calcetines, coge la linterna de la estantería de los sombreros y sale de la casa.

Se dirige al invernadero, comprueba que las puertas estén cerradas, enciende la linterna y las ilumina. Gotas de condensación brillan en el vidrio, las hojas presionan los cristales, se avivan bajo el brillo y proyectan sus sombras hacia el interior.

Valeria continúa rodeando el invernadero más alejado y se acerca con cuidado al bosque. La hierba cruje bajo sus botas y una pequeña rama se rompe bajo su peso.

—¿Puedo ayudarle en algo? —dice alzando la voz.

La pálida corteza del sauce cabruno recuerda a alguna formación geológica bajo la luz de la linterna. Los troncos iluminados ocultan los más oscuros de detrás.

Valeria sigue hasta la carretilla, observa las escamas marrones de óxido, los agujeros en el metal poroso, y de repente siente tanto frío que tiembla.

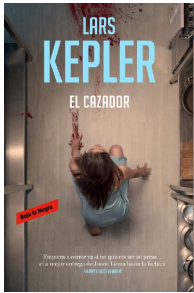
Se mueve con cuidado hacia un lado, deja que la luz de la linterna busque más allá y bajo la luz ve brillar unos hilos de tela de araña.

No hay nadie aquí, la hierba del prado parece intacta, pero más allá entre los árboles, justo donde reina la oscuridad, hay una manta gris, una vieja manta de viaje que no ha visto antes. Se acerca a pesar de que el corazón le late desbocado.

La manta parece cubrir algo en el suelo que tiene la forma de un pequeño cuerpo, una persona acurrucada sin brazos.

**Empieza a correr ya si no quieres ser su presa...**

**Con once millones de lectores en cuarenta idiomas, el mundo sigue rendido a Lars Kepler con su serie sobre el inspector Joonas Linna**



### **NO SE PUEDE RESOLVER**

Joonas Linna, el mejor investigador del país, lleva dos años entre rejas. Solo quiere cumplir condena y empezar una vida nueva, alejado de las fuerzas de seguridad. Pero cuando lo visita un alto cargo del gobierno sueco para proponerle un trato, su resolución se tambalea.

### **NI LOS SERVICIOS SECRETOS ACIERTAN**

Un terrorista ha empezado a cazar y es capaz de cometer magnicidios. Se ensaña con sus víctimas, además, tras hacerles oír una vieja canción infantil. El implacable Joonas Linna y la glacial Saga Bauer volverán a colaborar en una misión clandestina y a contrarreloj.

### **NADIE ENTIENDE QUÉ MUEVE AL CAZADOR**

La sexta novela de Lars Kepler concentra aún más su fórmula: bajas pasiones, ritmo frenético, situaciones límite y personajes imborrables. Estremecimiento asegurado para los lectores de Preston & Child, de Jo Nesbø, y de Hjorth &

Rosenfeldt.

**«Un hechizo envolvente y vertiginoso. La mejor entrega de la serie hasta la fecha.»**

*Fædrelandsvennen*

**«Lars Kepler es sinónimo de calidad. Y de dureza.»**

*Time*

**«Lars Kepler no defraudan y siguen ofreciendo lo que hace de sus novelas un éxito global: crueldad sin cortapisas, ritmo infernal y mucho, mucho suspense.»**

*Norrköpings Tidningar*

**«Brutal, sangrienta y más trepidante que nunca: *El cazador* no es novela para aprensivos. Para los lectores curtidos es una delicia leer a Lars Kepler.»**

*Verdens Gang*

**«Una prosa afilada que nos introduce en conspiraciones laberínticas. Todo su engranaje está al servicio del suspense, que llega a raudales del rincón menos esperado.»**

*Politiken*

**Lars Kepler** es el pseudónimo bajo el cual Alexander Ahndoril y Alexandra Coelho Ahndoril han dado vida a uno de los personajes más célebres de la novela negra escandinava, Joonas Linna. Esta pareja literaria y sentimental decidió ocultar su identidad cuando escribió *El hipnotista*, manteniendo así aislada la trayectoria como narrador de cada uno de ellos. Tras el éxito sin precedentes de su debut a cuatro manos, sin embargo, revelaron sus verdaderos nombres. Desde entonces, sus novelas han sido traducidas a cuarenta lenguas y los han afianzado como una de las plumas más fructíferas del género a nivel mundial.

Para más información, visita la página web de los autores: [larskepler.com](http://larskepler.com).

También puedes seguir a Lars Kepler en su Facebook ([Lars Kepler](#)).

Título original: *Kaninjägaren*

Edición en formato digital: marzo de 2018

© 2016, Lars Kepler

Publicado por acuerdo con Salomonsson Agency

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2018, Carlos del Valle, por la traducción

Adaptación de la portada original de Albert Bonniers Förlag: Penguin Random House Grupo Editorial

Fotografía de portada: © Love Lannér

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17125-40-0

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

[1] «Diez conejitos, todos vestidos de blanco, / intentaban llegar al Cielo colgados de una cometa. / La cuerda de la cometa se rompió, y todos cayeron. / En lugar de ir al Cielo se fueron al... / Nueve conejitos, todos vestidos de blanco, / intentaban llegar al Cielo...» En inglés en el original. (*N. del T.*)

[2] Quizá requieran tus servicios en McDonald's... en algún lugar fuera de Francia. (*N. del T.*)

[3] «Creo que te has equivocado de número.» En inglés en el original. (*N. del T.*)



# Índice

El cazador

Es de madrugada...

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Capítulo 63

Capítulo 64

Capítulo 65

Capítulo 66

Capítulo 67

Capítulo 68

Capítulo 69

Capítulo 70

Capítulo 71

Capítulo 72

Capítulo 73

Capítulo 74

Capítulo 75

Capítulo 76

Capítulo 77

Capítulo 78

Capítulo 79

Capítulo 80

Capítulo 81

Capítulo 82

Capítulo 83

Capítulo 84

Capítulo 85

Capítulo 86

Capítulo 87

Capítulo 88

Capítulo 89

Capítulo 90

Capítulo 91

Capítulo 92

Capítulo 93

Capítulo 94

Capítulo 95

Capítulo 96

Capítulo 97

Capítulo 98

Capítulo 99

Capítulo 100

Capítulo 101

Capítulo 102

Capítulo 103

Capítulo 104

Capítulo 105

Capítulo 106

Capítulo 107

Capítulo 108

Capítulo 109

Capítulo 110

Capítulo 111

Capítulo 112

Capítulo 113

Capítulo 114

Capítulo 115

Epílogo

Sobre este libro

Sobre Lars Kepler

Créditos

Notas